



Cambiando tus Reglas

«Todos tenemos un sueño, no hay excepciones.

La excepción radica en el tipo de sueño que cada persona tiene; algunas quieren casarse, otras viajar por el mundo, tener un hijo, ser un afamado cantante o compositor, conseguir una casa, escribir un libro, publicar un libro... y, otras personas con una mente tan extravagante como la mía, quieren pertenecer a uno.

Me explico:

Mi sueño desde que empecé a leer a mis trece años ha sido ser la protagonista de una novela que hable de amor.

Suena extremadamente raro, ¿verdad?

Pues es culpa de los libros.

Ellos me hicieron una maniática por la lectura juvenil y desear formar parte de las páginas de un libro que trate sobre amor. Y, siendo honesta —y dejando de lado el egocentrismo—, soy la protagonista ideal para una novela de amor.

Tengo una familia de locos, tengo un trabajo de mesera en una cafetería, tengo a dos mejores amigas, un vecino estúpido, un gato como mascota, estudio en la universidad y, como a toda protagonista, me llueven los hombres.

Nah, es broma.

He ahí mi pequeño y singular problema; toda protagonista de una novela romántica tiene a su media naranja, pero desde que salí del colegio no he tenido más que desamores. Es por eso, que decidí crear tres reglas

que debo seguir para encontrar a mi chico perfecto y al complemento ideal que haga de protagonista masculino:

- 1. Debe ser honesto, tanto conmigo como con los demás.*
- 2. Debe ser responsable.*
- 3. Debe amarme y respetarme.*

Tres simples reglas, lo sé. No quiero ser exigente con mi futuro novio y padre de mis hijos. Además, en la universidad todos sabemos que los chicos son unos idiotas que piensan con cada testículo (por no decir otra cosa).

¿No me creen?

Já, será porque no conocen a Jax.

*Atentamente,
Murph.»*

Capítulo 01: Tengo una cita

—¡Murphy Reedus, ven aquí!

¿Alguna vez han hecho algo tan malo que saben que su desenlace no tendrá un final feliz?

Bien, entonces, estamos en la misma patética, inaccesible y precaria situación.

Desearía que esos gritos fuesen de mi papá despertándome para ir al colegio. Ya saben, como a los inicios de todas esas novelas juveniles donde la protagonista despierta escuchando el despertador y por arte de magia lo lanzan. ¡Oh, claro! Siempre terminan destruyéndolo como si tuviesen una fuerza descomunal. O simplemente, lo despierta un ser querido diciendo que faltan dos centésimas de segundos para entrar al colegio. Luego se va corriendo a toda velocidad por los pasillos y choca con el chico que será el amor de su vida, con el que tendrá una ardiente historia.

Pero no.

Esos gritos no son provenientes de un despertador parlanchín o algún familiar. Son de mi hilarante, comprensiva, tolerante y joven jefa —*tos, sarcasmo, tos*—. El ser humano lleno de amor hacia sus empleados que trabajan arduamente en una cafetería ubicada en el centro de la ciudad. Ese ser que después de una larga y agotadora jornada de trabajo agradece tu esfuerzo. Ese ser que le sonrío con cariño a sus clientes, pero al girarse en como un demonio que quiere matarlos a todos. Esa es mi querida jefa, Penny.

O como yo suelo apodarle: *La mano derecha de Lucifer*.

—¿Diga, jefecita?

Lo sé, "jefecita" es demasiado, pero suele calmarle su humor de perro en ocasiones. A principio el año pasado, cuando empecé a trabajar aquí, ella actuaba como la resurrección de la *Madre Teresa*, pero con el tiempo su personalidad se fue dilatando hasta convertirla en un dragón escupiendo fuego.

¿Qué creen? Mis amigas y compañeras de trabajo, Dell y Thiare, dicen que es la menopausia. Yo digo que es falta de «*diversión*». Y no, no me refiero a sexo, querido humano con mente de alcantarilla. Me refiero a que le falta leer más.

—¿Estabas leyendo de nuevo a escondidas? Murphy, sabes que lo odio. Odio todo lo que tiene comienzo, desarrollo y desenlace.

Para ser una mujer que odia los libros sabe muy bien las secuencias de ellos. Eso se resume en que odia la vida, básicamente. Por qué será ya me esperaba eso...

—No, estaba colocándome el uniforme... El otro lo manché.

Mentira, estaba leyendo en los vestidores. ¡Sabes que a Plutón no le gustan las mentiras!

Calla, consciencia mía. Sólo en una pequeña mentira para salvar nuestro blanco trasero. Y Plutón es un personaje literario, no lo metas aquí.

Con ojos que dictan la sentencia de muerte de algún preso que en realidad no cometió delito alguno, la jefa examina mi rostro buscando así delatar mi mentira. Confesaré algo que sonará bastante raro viniendo de un chica, pero apostarí a la saga de libros que quieran a que Penny

Oldman, la mujer de hierro, la jefa de la cafetería, la dictadora indoblegable, era un imán de hombres en su tiempo.

Para haber nacido en el siglo Antes de Cristo es bastante presentable. De tez blanca, unos ojos profundos y azules, el cabello corto y rubio, una nariz puntiaguda que forma un perfil envidiable. Hasta se viste bien presentable, incluso teniendo un humor de perros.

—Bien —dice finalmente después de su escepticismo hacia mi mentira—, ve a trabajar.

Música gloriosa de fondo, maestro. Hoy no he recibido ninguna amenaza de rebajarme el sueldo.

Quizás sea mi día de suerte. O tal vez estoy divagando demasiado un domingo por la mañana.

Es culpa de los libros.

Mi querido lugar de trabajo es un lugar apacible que posee un estilo minimalista mezclado con artesanías en mimbre. No me quejo del lugar; no podría, es bastante genialoso trabajar en una cafetería. Aunque al llegar a mi casa lo único que quiero es tomar té porque el olor a café ya me marea. Además, difícilmente puedo estresarme teniendo a mis queridas (en ocasiones) amigas aquí en el trabajo, charlando con los clientes habituales, haciendo *Art latte* y cotilleando sobre ese particular ser que cada semana trae a beber café a una chica diferente. Por eso, al salir de mi encuentro con la jefa, salgo esperando encontrarlo en su mesa correspondiente, tomando la mano de una dulce chica de largas pestañas y unos rojos labios.

—Allí está de nuevo ese tarado. Qué mente diminuta y enferma tiene...

Thiare, quien limpia el mesón de entrega observando la ya tan familiar escena, escupe su comentario lleno de odio. Odia ver cómo ese mujeriego, sacado de novela romántica para adolescentes, siempre se sale con las suyas con cada chica tonta e ingenua que cae en sus encantos. En una ocasión, quiso advertirle a su víctima sobre el tipo de hombre que es, pero antes de hacerlo, la mano derecha de Lucifer la frenó diciendo que no debe meterse en asuntos del cliente.

—¿Quién es su víctima? —pregunto haciendo una ademán para que me ayude con el desastre de camisa que tengo.

—No lo sé —gruñe, acomodando el cuello de mi camisa—. Parece que cambió sus gustos y ahora se fijó en las pelirrojas. Ten cuidado.

Freddie, Walter, Shaggy, Mike, Chase, Mika, Antony, Ben... y no sé cuántos más. Esos son los nombres que el mujeriego de cuarta les ha dicho a todas sus víctimas que trae a cada chica a la cafetería. Siempre cambia de nombre para que no los puedan reconocer o lleguen aquí buscándolo. Aunque ya es conocido dentro de estas cuatro paredes por todos, nadie tiene el privilegio —*tos, sarcasmo, tos*— de conocerlo tanto como yo.

Lamentablemente para la poca tolerancia que me queda, él y yo coincidimos en el ramo de Expresión Vocal en la universidad.

Nuestro primer encuentro fue memorable y dejó en evidencia el retraso que posee.

Lo recuerdo como si hubiese sido ayer.

Mi respiración se oía entrecortada por el hormigueo incesante que mi estómago sentía revolviendo todo mi desayuno. Estaba nerviosa, y no es

para exagerar. Soy mala haciéndolo. Pero era mi primer día de clases en la universidad.

En el metro, de camino a la universidad, todo lo que hice fue moverme como una enferma de *parkinson* mientras devoraba mis uñas. Ni siquiera me fui leyendo el nuevo libro que había comprado para entonces —que ya terminé—, o quise fantasear con mis amantes literarios. Tampoco reaccioné cuando una mujer de edad me pidió el asiento hasta que las demás personas empezaron a señalarme y regañarme. ¡Dios! Yo estaba en un trance pre-traumático de camino a una nueva vida.

Ellos no entendían nada.

Una hora antes de mi primera clase, estaba sin saber qué hacer después de cerciorarme en qué sala me tocaba la primera clase. Mordí mi uña, o lo que quedaba de ella. Abaniqué con mi mano mi rostro ofuscado, como si eso sirviera de algo. Miré como paranoica a todo aquel que se me cruzaba.

Necesitaba algo de aire y una buena distracción.

Vi como el mundo universitario se movía a mí alrededor. Estudiantes, profesores, algún que otro perro en busca de comida, palomas, hojas por el suelo. Entre los edificios enormes que se encontraban junto a mí, una torre gigante destacaba por sobre los tejados. En el centro de la torre, colgando del techo había una campana gigante de la cual pensé que servía para alguna emergencia; sin embargo, supe luego que es para anunciar el inicio el comienzo de las clases, así como en el colegio.

Parecía un buen lugar para relajarme, también para ir a suicidarme en caso de que algo saliera mal en mi primer día.

Emprendí mi camino hasta la torre más alta.

Válgame, eso me recordó a Shrek.

Al llegar, descubrí que la puerta estaba entreabierta, por lo que no dudé un segundo para entrar en la torre, cerrando la puerta tras mi espalda. Una larga subida de escaleras se visualizó desde mi posición como un gigantesco tornado de escaleras. Respiré hondo y subí los peldaños.

Si no bajé de peso subiendo esas malditas escaleras, entonces no sé qué más puedo hacer. O al menos que haya endurecido mi trasero como las deportistas de la televisión.

Luego de unos minutos, donde todo lo que pedí era tener alas o una escoba para salir volando hasta el punto más alto de la torre, por fin me encontré con una clase de puerta muy parecida a la de mi casa que da al ático. De madera, casi a punto de desvanecerse de lo apolillada que está. La abrí encontrando la campana gigante, ésta reflejaba mi extenuado rostro.

La atravesé con cuidado para no golpearme la cabeza y cerré la puerta.

—¿Y ahora es cuando me da un infarto y muero?

Ah, no.

Caminé hacia el borde de la baranda para contemplar mejor la universidad. La vista desde las alturas no tiene precio. Todas las personas que transitan abajo se ven diminutas y poco distinguibles. Los edificios son dignos de una foto postal. El sol entre las nubes comenzaba a enseñarnos sus rayos. Es el lugar perfecto para leer y botar todos mis nervios. Podía lanzar un grito al aire de satisfacción o...

—Eh, no te tires.

O tal vez, no.

Mi cuerpo se tensó al escuchar la voz de mi hablante masculino. No tenía idea que alguien me había seguido durante todo mi trayecto. Tampoco escuché cuando abrió y cerró la puerta.

—No te suicides, los empleados del aseo no tienen por qué limpiar tu desastre.

«¿Ah? ¿Qué es esto? ¿Violet y Finch?», pensé.

—¿Disculpa? —volteé en dirección a mi hablante, quien no parecía interesado en mi vida, sino en el desastre que podría dejar mi cabeza reventándose contra el suelo.

¿Qué clase persona hace eso?

Ah, claro. Don Casanova.

—Hagamos algo, linda. Tú no te tiras y a cambio te doy una noche con éste bebé —señaló su pecho con sus pulgares—, ¿qué dices?

Sí, es más idiota de lo que creía.

—No intento suicidarme, tampoco quiero una noche contigo.

Fui tajante y fría.

Él pasó junto a la enorme campana con una sonrisa a medio labio. Se veía tan seguro de sí que pensé que podría ser la próxima víctima de sus engaños y estar bajo los dominios de su lujurioso cuerpo. Pero entré en mis cinco sentidos, aún cuando ya me sentía acorralada entre la baranda y él.

—No te avergüences. Anda, cuéntame tu problema y veré si puedo solucionarlo.

Definitivamente no sabía que lo conozco de la cafetería. No supe si sentirme mal por ello, ya que me hacía ser una invisible ante sus ojos, o sentirme bien porque no cabía espacio para mí en sus lascivos juegos de mujeriego de alcantarilla.

Optaría por la segunda opción.

—Yo sólo vine acá a leer, pero ya me voy.

«Ni siquiera deberías darle explicaciones. Una patada en los huevos debería bastar para que nos dejara en paz y dejarlo estéril para que no pueda engendrar a más seres de su clase», medité capacitando esa tentativa idea.

Pero no incitemos a la violencia, no merece tanto odio de una vez. Al menos, no en ese entonces.

—¿Y qué lees? —curioseó, recorriendo con sus ojos mi ropa.

—Un libro. Bueno, adiós.

Pasé junto a él, encorvando la espalda y desaparecí de su vista lo antes posible, pensando en que Thiare y Dell se querrían morir cuando les contase que el motivo de nuestros cotilleos en pleno trabajo apareció creyéndose la mierda de las moscas.

En lo que llevo conociéndolo actuamos como completos desconocidos. Tanto en clases como en mi trabajo. Parece que no puede reconocer a «La chica suicida» —como me apodó— con una malla en la cabeza. Eso es bueno, pues hasta ahora, mis amigas no tienen idea que ambos somos compañeros.

—Conozco a los de su clase, Thiare —respondo a sus precauciones—.

Además, sabes que-

—Sí, sí... —blanquea sus pardos ojos al interrumpir mi frase—. "Quiero a un chico de libro" —recita en un tono monótono. Seguro que mi pobre amiga está hasta el cuello de escuchar mis plegarias al cielo sobre mis romances no realistas, sino idealistas—. Lo sabemos, Murph.

—Oye, no me culpes. Culpa a lo-

—Sí —vuelve a intervenir—, los libros.

Tras salir del trabajo, Dell, Thiare y yo nos despedimos de los trabajadores que aun no terminan su jornada de trabajo. Como estudiantes universitarios tenemos la posibilidad de moldear nuestro horario laboral como se nos haga conveniente. Mis dos amigas van un año por delante a mí en la universidad; Dell estudia enfermería, y Thiare, estudia derecho.

Yo en cambio, estudio Teatro.

Cuando le conté la idea a mi familia, todos se sorprendieron creyendo que decidiría mi futuro estudiando algo que me apasiona más, como la lectura y el crear novelas que nunca terminé. A decir verdad, decidí irme por Teatro ya que mis ambiciones son diferentes.

Quiero vivir siendo la protagonista de una novela romántica, tener mi romance de libro. Quiero crear con mi vida una historia inolvidable.

Aunque todos crean que estoy más loca que una cabra.

Tal vez tengan un poco de razón... sólo un poco.

—Vamos, Murph, no oigo rebotar a esas nalgas.

No, esa no es mi jefa, esa es Dell: mi alocada, amante de los perros y morbosa profesional amiga.

—Estoy leyendo, Dell.

Alzo la vista encontrando a mis dos amigas a varios pasos más adelante que yo. Bueno, las dos locas que tengo por amiga me conocen lo bastante bien como para saber que al salir de la cafetería saco un libro y me voy leyendo por la calle como un trastornada, perdiendo el sentido de todo a mi alrededor. Confío en que ellas sean mis ojos en los serpentinos caminos hasta el paradero.

—Estás en la maldita acera, Murph. Puedes chocar con una puta persona, ¿lo sabías?

Disculpen su vocablo, ella está loca y seguramente fumada.

—Lo sabe, pero no le importa —interviene Thiare—. ¿Cómo es que siempre tenemos la misma discusión?

Dell se encoje de hombros, mientras yo guardo mi libro en el bolso.

Antes de cerrarla, la melodía «*Für Elise*» surge de mi bolso como saliendo del inframundo. Saco del bolso mi celular, comprobando que tengo un mensaje de *WhatsApp* de mi hermana mayor, Jollie.

«Queda el último trozo de pizza. Como soy buena hermana me lo comeré :)»

—¡Oh, qué pena! —exclama con cinismo Dell, haciendo un puchero como de niño pequeño.

—Adoro a tu hermana —sonríe con satisfacción Thiare—. Ya que estamos aquí, ¿por qué no vamos a comer pizza donde *Marco's*?

—Okey, pero tú la pagas —sentencia Dell mirando a su compañera.

...

De regreso en casa, escucho como mis tres revoltosos hermanos pequeños corren por el segundo piso.

¿Alguna vez han oído lo desastroso y divertido que es tener a una familia gigante? ¡Pues bienvenidos a la Familia Reedus!

Teníamos galletas pero los trillizos se las devoraron apenas las compramos.

Podría nombrar a los once miembros de mi familia —excluyéndome— aunque seguro me demoraría una eternidad explicando las manías y los intereses que tienen cada uno de ellos. Lo cierto y relevante de aquí es que gracias a mi enorme familia he pensado en mudarme de casa un par de veces, después de un rato entro en razón y caigo en cuenta que los extrañaría demasiado.

Además, alguien tiene que escuchar las penas amorosas del vecino adolescente que se pasa a mi habitación.

—¡Murphy!

Jollie, mi agraciada hermana mayor —quien me mandó el mensaje hace un rato—, baja las escaleras seguida de Chloe —menor a nosotras— con una sonrisa que me causa ganas de salir arrancando. Las dos al llegar abajo se me acercan enseñándome el nuevo celular que papá le regaló a Jollie para su cumpleaños.

—¿Qué? —interroga al ver la pantalla de bloqueo.

Jollie mira la pantalla, blanquea los ojos y lanza lo que parece ser un gruñido.

—Mira —vuelve a enseñarme el celular. Son mensajes por *WhatsApp* con un chico—. Tengo una cita para el próximo domingo por la mañana.

—Oh...

Arrebato el celular de sus manos para leer con más certeza el contenido de los mensajes.

Es cierto.

¡La maldita tendrá una cita y yo aquí queriendo mi propia historia de amor!

—Se llama Spencer —agrega Chloe, como si no lo hubiese notado antes— y es un bombón.

—¿Tienes una foto?

Jollie me quita el celular. En un par de segundos, vuelve a entregármelo.

—Allí está.

—¡Mi-er-da! —exclamo al ver la foto.

Escucho desde la cocina a la abuela regañarme por la grosería que he lanzado. Tengo un argumento realmente válido para lanzarlo; es Jax Wilson, el casanova de cuarta que no puede comportarse como civilizado ni siquiera en clases de Expresión Vocal.

—¿Lo conoces? —interroga Chloe, alzando una ceja.

Me abro paso entre las dos, buscando entre mis bolsillos alguna moneda para dejar en el tarro de groserías.

¿Si lo conozco? Desearía que no.

—Es mi compañero de Expresión Vocal —respondo, echando las monedas en el tarro—. Y es un idiota, no tengas esa cita con él, Jollie.

—¿Por qué?

No te gires.

Volteo encontrando a Jollie con rostro desesperanzado. Eso me parte el corazón en dos porque suele enamorarse de idiotas que siempre la lastiman. Hace poco terminó con su novio y hasta entonces su mundo se vio deprimido. Seguro vio a Jax como un nuevo futuro novio, pero él es todo lo contrario y... y... explotaré.

Termino exhalando un profundo suspiro.

—Por nada.

No tiene caso hablar con Jollie y romperle su corazón diciendo lo asqueroso que es Jax. Lo mejor es hablar con el diablo para que se lo lleve a él.

Como sea, hablaré con Jax mañana.

Capítulo 02: "Cuestión de familia".

Unos ronquidos provenientes de algún lugar lejano a lo que mi subconsciente desea enseñarme en un plácido sueño con uno más de mis amantes literarios, hace que lentamente me vaya transportando de vuelta a mi habitación, alejándome de todo lo irreal.

Asimilar que estoy de vuelta a la realidad escuchando los ronquidos de Tony es duro, pero al abrir los ojos puedo darme cuenta, con pesadumbre, que mis cinco sentidos han vuelto a funcionar y que estoy acostada en mi cama.

Un escalofrío me recorre el cuerpo. Me abrazo a mí misma frotándome los brazos. La ventana de mi habitación está junta, por lo que puedo deducir que desde allí entra el aire frío.

Mis ojos son pesados, probablemente por la desvelada de anoche.

Que me haya dormido tarde leyendo no es una novedad. Tampoco el haberme dormido a las cinco de la madrugada charlando con el vecino. Así que el encontrarlo durmiendo a mi lado no me sorprende. Lo verdaderamente sorprendente de todo esto, es que haya comenzado a roncar.

Es un adolescente, creí que sólo los viejos y personas con sobrepeso lo hacen.

Deberé buscar sobre ello en Google.

—Tony...

Lo zarandeo para que despierte, pero en su rostro no veo expresión alguna de querer hacerlo. Se relame los labios y continúa su concierto de sonoros ronquidos. Contengo el aire dentro de mis pulmones reteniendo

las ganas garrafales de querer golpearlo, consciente de que recurrir a la violencia contra un adolescente no es buena idea.

—¡Tony!

Sus ojos pardos se abren con una sutil mezcla de sorpresa y temor, dando un salto seguido de un grito ahogado. Desorientado, como pueblerino en la ciudad, mira hacia los lados hasta percatarse —para su buena fortuna— que está en mi habitación, durmiendo en mi cama.

Pobre, seguro por un segundo creyó que era la señora Russell quien lo despertaba.

—Murph, por poco me das un infarto.

Se sienta, frotándose los ojos. Apoyo mi mano sobre la cama, reposando todo mi peso sobre mi fuerte brazo.

—Y tú a mí, con tus guturales ronquidos traídos del mismísimo inframundo.

—Las clases de rugby me cansan.

Sí, ya lo noté.

Se levanta de la cama y estira los brazos al aire, lanzando un gruñido al hacerlo. Camina hasta el sitio donde su short gastado de mezclilla se encuentra tirado. Al agacharse a recogerlos, noto que tiene un pequeño agujero justo en el centro de su bóxer negro.

—Necesitas cambiar tu bóxer, Tony, puedo ver todo tu trasero.

Se levanta con el short en mano y voltea para ver su agujero, pero no parece ser lo suficientemente flexible para hacerlo. Dándose por vencido, alza su vista para verme.

—No sería la primera vez que lo haces.

Me encojo de hombros a sabiendas que tiene razón.

Sé qué clase de cosas sucias deben estar pensando, mas dejen decirles que toda interpretación lasciva es incorrecta: Tony Russell es mi mejor amigo.

Lo conocí a los diez años, cuando él tenía ocho, después de que lanzara una pelota a su patio y le cayera justo en la boca, aflojándole dos dientes. Desde entonces, tras ser regañada por su madre, nos volvimos amigos. Fuimos a las mismas escuelas, compartimos casi los mismos gustos, nos consolamos mutuamente con cada desilusión amorosa y nos contamos absoluta y rotundamente todo. Hasta podría decir que le tengo más confianza a él que mis hermanas. Además, Tony está locamente enamorado de Chloe... y así me lo ha hecho saber en muchas ocasiones. Suele pasarse a mi habitación a charlar y distraerse de la vida cuando sus padres discuten, situación que ya es casi frecuente.

Es como un hermano más.

Busco bajo la almohada mi celular, con el fin de ver la hora. Tengo un reloj enorme colgado en la pared que la abuela me regaló para el cumpleaños dieciocho, pero nunca atino a verlo. Creo que me acostumbré a ver la hora desde mi celular como todos hoy en día.

—Ya casi despiertan los locos Adams —digo, bloqueando la pantalla.

Miro a Tony. Él termina de ponerse el short de mezclilla y asiente, caminando hacia la ventana. Al abrirla una corriente de aire invade la habitación provocándome otro escalofrío. Le hago unas señas para que salga ya, a la que responde enseñándome sus dientes y con una seña de despedida.

—Hablamos luego, Watson.

—Claro, Sherlock.

Veo como el adolescente alocado que tengo por vecino se pierde al salir por la ventana, sólo entonces vuelvo a estirarme para mirar el agrietado techo blanco de mi habitación. Me quedo inmóvil siendo hipnotizada por la nada y cierro mis ojos.

Viendo todo negro, puedo escuchar con más agudeza los pasos que se acercan a la puerta.

Es hora de levantarse, Tercera.

—Es hora de levantarse, Tercera.

Papá da dos golpes a mi puerta, esperando la típica respuesta que le doy a su sobrenombre. Por el amor a Sirius, ¿quién en su vida puede apodar a sus hijos por el número de nacimiento? Ni siquiera *Voldemort* lo hacía con los *mortífagos*, aunque en su caso es comprensible, eran demasiados... ¡Pero nosotros sólo somos ocho hijos!

Esas ocurrencias las puede inventar papá y Saya, mi madrastra.

¿Olvidé decirles que tengo una madrastra? Pues la tengo. No es la madrastra malvada de cuentos, sino es todo lo contrario. Es un pan de Dios. Hablaría de cómo me acogió después de que papá le pusiera los cuernos con mi verdadera mamá, pero dejaré eso para otra ocasión.

¿En qué iba?

Ah, sí. La respuesta.

—¿Tercera? ¿Qué es esto? ¿El siglo XVII? Luego me llamaré Gregory III. ¡Qué horror!

Escucho sus carcajadas desde el otro lado haciéndose cada vez menos audibles.

Papá es profesor de Historia en un colegio para estudiantes en riesgo social. Tiene una paciencia del tamaño de una montaña, la prueba evidente es que haya criado ocho hijos sin nunca poner mala cara.

No puedo evitar preguntarme cómo se pondrá cuando sepa que hace unos minutos en mi cama dormía un chico.

Lanzo un gruñido para expulsar de mi cuerpo todo espíritu maligno que quiera atarme a las pecaminosas sábanas que cubren mi tentadora cama. Me levanto, y comienzo mi carrera para ser la primera en ocupar el baño.

Una lucha de vida o muerte nace en los pasillos de la casa cada mañana. El primero en posicionarse en la puerta es quién debe ducharse primero y hacer sus cosas. Nadie quiere ser el último en la larga fila que compone las afueras del baño, después de todo, ninguno quiere atrasarse con su quehacer.

Abro la puerta de mi habitación y parto con paso ligero en dirección al único baño bueno de la casa.

Chloe sale de su habitación también.

Tiene la ventaja, pues su habitación es más cercana al baño. Al verme, achina sus ojos como si me desafiara a un duelo silencioso para saber quién llega primero. Sin decir nada acepto su reto, apresurando más el paso.

—No vas a ganarme —dice, estirando los brazos hacia los lados para que no logre pasarla.

—Eso es trampa —gruño, intentado hacerla a un lado.

Se echa a reír como la villana de una película y gira hacia la puerta del baño. Sin embargo, nuestra competencia queda en nada al comprobar que entre los once miembros de la familia, nosotras somos las últimas en llegar.

Entre risas y miradas burlonas, las dos nos colocamos tras los demás en completo silencio.

—Suerte para la próxima, novatas. —Finn nos saca la lengua, colocando su toalla en el hombro. Es el siguiente en entrar al baño.

Hago un conteo de quienes son los que esperan, deduciendo que es Jollie quién está dentro.

Magnífico, llegaré con tres horas de atraso a la universidad.

...

Me abrazo al pilar más cercano para recomponerme de mi estado. Ya casi puedo ver la luz al final del túnel después de correr, cual *Forrest Gump*, del metro hasta la universidad creyendo que llegaría tarde. Lo cierto es que faltan cinco minutos para entrar a Expresión Vocal.

Sé que no he hablado de eso —cuando me refiero a «eso», me refiero al *Juan Tenorio* de la universidad—, pero la idea de hablar con él para hacerlo desistir de salir con mi hermana y amenazarlo a muerte con mi varita-

No, esperen... la dejé en la casa.

Bueno, el punto es que mi prioridad hoy es hablar con él para que no se meta con mi hermana. Es una cuestión de sangre y de familia el tener

que cuidarnos los unos a los otros. Sobre todo de chicos como Jax. No quiero que Jollie sufra otra decepción amorosa, mucho menos si la causa de ella será el primitivo de la clase, por eso con mi gran intelecto tengo el plan perfecto para que ella no resulte herida. Y si para ello dejo ensuciarme las manos, y mis lindos ojitos hablando con *Don Casanova*, lo haré.

Espero ganarme el premio a mejor hermana.

Antes de entrar a la sala, acomodo mi ropa, quito el cabello pegado a mi cuello por el sudor y respiro hondo. Es una pequeña forma de preparación y estudio, para guardar la compostura frente a un deficiente inescrupuloso como Jax Wilson.

Logro divisarlo en el último asiento del rincón, lugar que ya podría denominarse como suyo. Todos los lunes por la mañana se sienta allí, para recostarse sobre la mesa ocultando su cabeza entre el hueco del centro que hacen sus brazos. Siempre hace lo mismo al comienzo de la clase, hasta que el profesor Leyton debe llamarle la atención. Eso deja en evidencia que en su casa —o donde sea que vive el pobre— lo ignoran. Tener conocimiento de ello me hace sentir compasión por él... y quizás algo de empatía, pero todo acto caritativo de mi parte desaparece los domingos por la mañana, cuando su sonrisa falsa seduce a las pobres víctimas que caen en sus redes.

Gracias a él es que, Thiare, Dell y yo, podemos descargar nuestro mal humor con insultos y apodos hacia su persona.

—Oye tú.

Camino hasta quedar frente a su banco, esperando que levante la cabeza para verme.

Pero no lo hace.

—Oye.

Pateo su mesa, cruzándome de brazos. Ahora mismo debo verme como el chico arrogante y dictador del colegio público encarando a la nerd del curso.

Lentamente, Jax me enseña su expresión incomprendida. Sus irises azules se ven más profundos con las marcadas ojeras que tiene bajo los ojos. Tuerce los labios, recorriéndome en silencio de pies a cabeza.

—Lo siento, *Chica Suicida*, mi oferta para que no te mates ya no corre.

Se dispone a refugiarse otra vez entre sus brazos y la mesa, pero lo detengo pateando otra vez de ésta.

—No vengo por eso. Tú...

Escucho la puerta de la sala cerrarse. Volteo hacia la pizarra; el profesor ya está aquí. Como sé que Jax saldrá como cohete despegando a la luna al sonar el timbre una vez terminada la clase, opto por agacharme y continuar con mi advertencia. Me acomodo junto a la mesa, implorando que mi cabello rojo no llame la atención del profesor. *Don Juan Tenorio* me observa confundido, pero no dice nada, cosa que agradezco en una parte recóndita de mi cabeza.

—Iré al grano —pronuncio en tono bajo—. La próxima cita que tendrás es con mi hermana mayor. No quiero que alguien como tú salga con ella.

Jax se rasca la barbilla, alzando una ceja.

—¿Disculpa? No te oí.

Blanqueo los ojos, apretando los dientes con fuerza.

—Tú tendrás una cita con mi hermana. No quiero que eso pase, por eso...

—¿Estás celosa? —interrumpe— ¿Por eso estás aquí?

Recuerda, Murphy, la paciencia es la madre de las virtudes.

Cierto, consciencia mía.

—¿Me estás tomando el pelo? —interrogo, acercando mi rostro al de él. Ya saben, para lucir más amenazante.

—Podría tomarte otra cosa, cariño.

"Podría tomarte otra cosa, cariño", repito en mi cabeza. Eso basta para dejarme claro que Jax Wilson está falto de neuronas funcionales. Lo peor de todo es que su respuesta tan ridícula no sólo deja en evidencia su ignorancia, atrevimiento y desequilibrio mental; sino también que no puedo permitir que alguien como él forme parte de mi vida, o la de Jollie. Bastante trauma tengo ya con los libros sobre mujeriegos y los tormentosos recuerdos de mi adolescencia.

Tenía quince años cuando mi apego por los libros llamó la atención de "cierta persona" más de lo que alguien como él podría tener en mí. Era el típico mujeriego que se creía la guinda del pastel sólo por tener un buen físico y una sonrisa idéntica a las de los galanes de telenovela. Sus estrategias románticas lograron tenerme comiendo de su mano, hasta que una tarde la cerró aplastando con ella todo mi interés por los chicos de su calaña... o los chicos en general. Sin embargo, dentro de mi rechazo hacia cualquier humano con bulto entre las piernas, uno siempre estuvo allí para apoyarme. Tony no sólo me consoló después de mi

fatídica tragedia romántica, él me demostró que una decepción amorosa forma parte de la vida de cada adolescente, de esa forma fortalecemos nuestros corazones.

Sí, sí... demasiadas palabras cursis para alguien como él, pero tenía razón.

—¡Basta! —le ordeno, levantándome.

Un silencio de funeral se alza en toda la sala. El profesor Leyton, de pie con una hoja en sus manos, mira en mi dirección. Antes de poder disculparme por interrumpir su clase —a la cual, por cierto, no le prestaba atención—, él interrumpe mis palabras alzando su brazo y moviendo hacia los lados su dedo índice.

—Reedus —dice—, creo que todos en la clase estamos interesados en saber qué cosa importante le decía al señor Wilson.

No soy el tipo de persona que se queda sin palabras o tiene miedo al ridículo. Pero una indefinida sensación en mi estómago indica que puedo estar en serios problemas. Mentirle a un profesor de Teatro, sobre todo con su conocimiento en el área, no es la más brillante idea que pueda tener.

Mentirle como lo hago con mi jefa no es favorable, quizás deba ser honesta.

—Le decía que dejara en paz a mi hermana. No quiero que alguien como Jax tenga una cita con ella, consciente de su historial de víctimas amorosas.

¿Y ahora es cuando me tachan de loca y llaman al manicomio, verdad?

—¡NO! —exclama el profesor Leyton, provocando que todos lo miremos— No, no y no. Esa no es la forma correcta de decirlo.

¿Ah?

Alguien amable dígame qué rayos está pasando. Gracias.

Con la misma mano que me negó hablar, hace un seña para que vaya hasta donde él. Miro a los demás sintiendo algo de temor avanzar al frente, pues con su repentino grito me ha dejado claro que debe sufrir de un trastorno de bipolaridad extremo.

—Necesitas ser más expresiva al decirlo, dejar de lado ese monótono tono de voz y mostrar potencia en él. —En cuanto llego a su lado, pasa una mano por mi espalda y la posa sobre mi hombro, atrayéndome a él. Omito una mueca de asco al sentir su aliento con olor a cigarrillo y miro en la misma dirección que él. Jax está tan estupefacto como todos los demás—. Debes expresar con la voz, de eso se trata la clase, no puedes ordenarle que se aleje de tu hermana si no lo haces con autoridad, Reedus —continúa. Esboza una sonrisa, soltándome. Ahora su mano me da palmaditas en la espalda como forma de apoyo—. Vamos, hazlo otra vez.

¿De quién fue la brillante idea de estudiar Teatro?

Fue mía, pero no creí que situaciones como ésta ocurrirían.

—Bien... —Miro a Jax otra vez. Está con su mano en la barbilla y sus ojos azules puestos en mí. Ya no luce sorprendido, sino más bien aburrido. Contengo unos milisegundos el aire de los pulmones, preparándome para repetir mi orden con la autoridad que, según el profesor, requieren. Mentalizo mi odio hacia Jax consciente de que mi

voz puede ser vital para que él obedezca y expulso el aire de mis pulmones—. Jax Wilson, tengo conocimientos de t-

—No, no, no —interrumpe moviendo con exageración sus brazos—. Pésimo, pésimo. Tu voz es perfecta, pero tu expresión muy plana. Falta dramatismo, movimiento... ¡Falta fuerza! ¡Vamos, otra vez! —El entusiasta profesor ahora se sienta en una de los asientos del montón, frente a mí. Recorro con mis ojos a cada uno de mis compañeros, quienes parecen tomarse en serio todo, y vuelvo a mirar a Jax— Espera —dice. Estira su brazo y me detiene en cuanto abro mis labios otra vez—. Wilson, pasa al frente también.

...

La campanilla que cuelga de la puerta llama la atención de los demás unos segundos hasta que vuelven a centrarse en sus asuntos, comprobando que no somos ningún tipo de alien entrando a la cafetería de la esquina frente a la universidad. Caminamos hasta una mesa libre que se encuentra en uno de los rincones del sitio; ese lugar más oscuro y apartado de los demás, de esa forma, quienes entren no captaran su atención en nosotros.

Suficiente con el escándalo dramático que tuvimos en clases de Expresión Vocal.

En un millar de años imaginé el tener la mala fortuna de sentarme con un Casanova de cuarta calaña, pero llegamos a éste lamentable acuerdo para dejar las cosas claras.

Luego de intentos e intentos donde montamos un espectáculo frente a nuestros compañeros, decidimos hablar las cosas en privado. Aunque sé que todo éste asunto de la cita conllevará un chantaje usado en los libros

con mujeriego, estoy dispuesta a arriesgar mi salubridad mental por mi hermana.

Al sentarnos, una señora llega a nuestra mesa para recibir nuestra orden con una libretita en su mano y un lápiz en la otra.

—Bienvenidos, ¿qué se servirán?

Su sonrisa radiante deja de enseñarnos sus dientes amarillentos al notar el mal ambiente que hay entre los dos.

—Yo quiero un café —le digo. Miro Jax, pero parece no tener intenciones de hablar.

Golpeo su pierna por debajo de la mesa con la patada más gratificante de mi vida. Él me frunce el ceño como amenaza y se gira hacia la señora.

—Quiero una cerveza.

Es más troglodita de lo que pensé.

—No vendemos eso —dice la mujer al instante, con un fingido tono de lamentación.

—Entonces nada. —Escucho el "bien" que murmura la señora emprendiendo su camino hacia la barra. Es entonces que reposo mis ojos en Jax, y él en mí—. No entré a Teatro para que me humillasen como lo hiciste hoy.

Qué dramático.

—¿Entonces por qué lo hiciste? Actuar conlleva hacer el ridículo muchas veces.

—Lo hice porque las chicas se vuelven loquitas por los actores... como tu hermana, por ejemplo.

Golpeo la mesa con las palmas de mis manos, causando un sonido seco. Jax se hace hacia atrás, chocando contra el respaldo de la silla.

—Aléjate de mi hermana —vuelvo a ordenarle por milésima vez en el día (sin exageraciones)—. No permitiré que le rompas el corazón como lo haces con todas la tontas mujeres con las que tienes una cita cada domingo.

Jax imita mi posición, acercándose hacia la mesa, y por consiguiente, a mí. Ambos nos miramos fijamente, desafiantes, con una lucha interna de quien pestañea pierde. Dibuja una sonrisa algo tétrica y se relame los labios, preparándose para hablar.

—¿Qué estás dispuesta a hacer? Perderé una cita, deberás hacer algo para compensarlo. ¿Qué estás dispuesta a hacer por tu linda hermana?

—Lo que sea —respondo sin vacilación.

Esa es la respuesta que él esperaba, y que yo había planeado decirle si este encuentro se formulaba. Ahora dirá lo que creo que dirá. Personas como él siempre son muy predecibles.

Pasa en los libros y pasa en la vida real, seamos claros.

—Entonces sal conmigo como pago por lo de tu hermana. Digámosle a tu hermana que estamos saliendo y todo el rollo estará arreglado. ¿Qué dices? ¿Aceptas?

Justo en el clavo.

Jax es igual que todos esos tipos de los libros y series. Obviamente, yo soy mucho mejor que él, y conociendo todo ya lo visto y por ver que acontece en los libros, tengo un as bajo la manga.

—Claro, acepto.

.....

Capítulo 03: "Así comienza todo".

¿Alguna vez han flotado boca arriba en alguna piscina?

Es una cuestión bastante relajante, al menos cuando mis queridos hermanos no están cerca para salpicarme agua. No obstante, dejaré los divagues para otra ocasión porque aunque desearía estar flotando en la piscina de los Cooper, estoy lejos de hacerlo; primero porque nuestros queridos vecinos Coopers se mudaron a otra ciudad, segundo porque es un otoño friolento, y tercero, porque estoy recostada en mi habitación.

Es una manía algo loca que agarré hace mucho tiempo al notar lo fácil que es perderse en el techo blanco de la habitación. Es, de alguna forma, relajante. Ahora entiendo porqué a los locos del manicomio los encierran en habitaciones blancas.

¡Esperen! Si el blanco te ayuda a imaginar cosas entonces lo hacen para que los enfermos mentales se enfermen más aún y luego hacer experimentos con ellos... ¿Quién sabe cuántos archivos sobre ello tienen en sus casilleros?

¡Eureka! Hemos descubierto una conspiración.

Bien, dejaré de inventar cosas, aunque investigaré luego sobre ello, mi teoría debe tener algo de cierta.

Creo que el color blanco del techo me está trastornando... y esta vez no es culpa de los benditos libros.

—¿Qué haces?

Tony me mira dubitativo, tiene esa expresión con la que suele mirarme en ocasiones donde no estoy en mi cien por ciento de cordura. Aunque sucesos así suelen ocurrir cuando estoy en un caso de duda extremo,

suele comprenderme pero no deja de sorprenderse con mis repentinos e impredecibles estados.

Es la primera vez que me ve tendida en el suelo como tapete de bienvenida.

—Estoy tendida en el suelo.

—¿Por qué?

Sus cejas se arrugan marcando más las arrugas tan peculiares en su frente.

—Me ayuda a pensar mejor, supongo.

—¿Pasó algo?

Resoplo moviendo el cabello rebelde que me cruza la mitad del rostro, pero no consigo apartarlo por más que me esfuerce. Es Tony quien se agacha a mi lado y lo quita de mi cara por mí, sonriendo luego de hacerlo.

—¿Recuerdas del idiota que conocí en la torre de la universidad? Ese que me "sugirió" no tirarme por misericordia a los trabajadores —Tony asiente animosamente, como si se tratara de una anécdota graciosa. Desde cierto punto de vista (y con "cierto punto de vista" me refiero a seres unicelulares como Jax) es gracioso, para mí fue una muestra más de lo incorregible, anormal y troglodita que es—. Bueno, "ese caballero" invitó a Jollie a una cita, y para que no le rompa el corazón decidimos hacer una especie de trato...

Antes de continuar mi cuento, Tony me cubre la boca con su mano. Al notar mi sumisión ante su silenciosa —pero muy expresiva— muestra para que me calle, quita su mano de mis labios.

—No me digas que se harán pasar por una pareja.

—Exactamente, pero yo-

El singular sonido que hace el pomo de la puerta al abrirse provoca que guarde silencio. Tony y yo nos petrificamos mirando en dirección a ésta, esperando que autor se asome por el umbral. Es un hecho que desde hace ya tiempo mi adolescente vecino entra a mi habitación; sin embargo, nadie es conocedor de ello, pues se armaría la Tercera Guerra Mundial si fuese así. Papá es alguien genial, pero es celoso si se trata de relaciones amorosas románticas que involucran a sus queridas hijas.

Y Saya no se queda atrás...

Una melena pelirroja y risada aparece desde el costado de la puerta blanca, enseñando a un inexpresivo Emer "Quinto" Reedus.

No se hace ánimos en preguntar qué hace el vecino en mi habitación, o qué hago tendida en el piso. Emer nunca fue alguien de muchas palabras o más bien expresiones, él disfruta de la vida coleccionando insectos e investigando sobre ellos. ¿Peco de mala hermana si les digo que en varias ocasiones he querido llamarlo "Bicho raro"? Bueno, creo que como fiel amante de los insectos a él no le ofendería mi apodo, no obstante prefiero reservarlo para mis más oscuros pensamientos y deseos.

Entra con un libro en sus manos —el cual reconozco al instante—, lo deja sobre el escritorio y se marcha sin decir nada más, cerrando la puerta a sus espaldas.

—¿Estamos en problemas? —pregunta Tony.

—Nah..., Emer no abre la boca a menos que lo sobornen con algún insecto extraño.

Escucho la carcajada que se expande por toda la habitación. Tony con una sonrisa algo boba se recuesta a mi lado, contemplando también el techo blanco.

Así de idiota debo verme. No me extraña que me mirase de esa forma antes.

—A veces me gustaría tener más hermanos —comenta con cierto dejo de melancolía en su voz.

—Puedo compartirtelos unos cuantos... o arrendártelos, así tengo para comprar libros.

Coloco mis brazos a los lados y siento de pronto el roce de los dedos de Tony con los míos. Una fuerza sobrenatural me obliga a poner mis brazos sobre mi vientre mientras una ola de calor abrazadora provoca que mis mejillas se calienten cual caldera hirviendo. No hace falta estar viéndome frente al espejo para deducir que soy un tomate con variados colores que derivan del rojo. Es como si un choque eléctrico produjera una fuerza más allá que causara un bochorno en todo mi ser por un mero roce de manos con Tony. Situación en extremo absurda, puesto que él y yo hemos estado de formas muchos más comprometedoras sin que me sienta como una tonta avergonzada; no obstante, un toque inocente de dedos envuelve tantas cosas, significando muchas más en los libros, que es inevitable. Para mí significa mucho más un roce de dedos que dormir juntos en la misma cama.

En definitiva, deberíamos estar en un manicomio.

—Eres una malvada —reclama, rompiendo el silencio emergente ante mi gesto de apartar mi mano de la de él. No quiero hacerme una idea de las especulaciones que debe estar haciendo dentro de sus

pensamientos, pero hacerlo me coloca más nerviosa que el tonto roce—. Y... ¿qué libro estás leyendo ahora?

Bien, perfecto, una pregunta para cambiar el tema.

—Se llama «When she was a virgin». Trata sobre...

Las palabras mueren en mi boca cuando escucho mi nombre en la lejanía. Los pasos de quien parece ser Jollie, comienzan a provocar una vibración poco natural en el piso. Tony me mira algo acongojado a sabiendas de que en segundos, o menos, mi hermana mayor lo descubrirá dentro de la habitación.

—El closet. Escóndete en el closet.

Nos levantamos con una rapidez alucinante. Empujo a Tony por la espalda en dirección al enorme armario. Él abre una de las puertas para meterse dentro (no sin antes correr los abrigos) y yo hago como que me observaba por el espejo.

El pomo de la puerta hace su peculiar sonido y Jollie entra a mi habitación.

—¡Murph, no tengo nada que ponerme y la cita es en dos días!

El alarido que sale del interior de Jollie se oye tan dramático que podría ganarse la compasión y misericordia del mismísimo *Snow*. Lleva sus manos al rostro, apretujando sus mejillas. Su siguiente acto de desesperación es tomarme por los hombros y zamarrearne para que reaccione o diga algo. Sé perfectamente qué espera que le diga, pero no puedo decirle que le prestaré de mi ropa cuando Tony está oculto en mi closet.

—Oh, qué lástima.

—Préstame de la tuya. —Camina en dirección al closet, pero la detengo del brazo antes de que pueda atreverse a abrir la puerta—. ¿Qué?

—Mi ropa es muy fea y te quedará grande, Jollie —espeto, actualizando dentro de mi cabeza todas las clases de actuación que he tenido. Mentir es algo fácil, siempre y cuando sea a un desconocido; cuando le mientes a un familiar que conoce todas tus mañas es diferente—. ¿Por qué no mejor vamos al centro comercial? Así de paso compro algún libro.

Una petición tentadora que le lleva tiempo en contemplar, hasta que dentro de algunos segundos acepta con una enorme sonrisa.

—¿Alguien dijo centro comercial? —curioseosa Chloe, asomándose por la puerta.

—¿Te apuntas, *Cuarta*? —Chloe me responde sacudiendo su cabeza— Bien, entonces vamos.

—Nosotros también queremos ir.

Amira y Emer aparecen junto a Chloe. Ella con una radiante sonrisa y él con su rostro inexpresivo. Miro a Jollie buscando su aprobación, pero ella simplemente se encoge de hombros.

—Bien —accedo, resoplando—. Vamos a pedirle el auto a papá.

Salir con los pequeños Reedus puede ser en muchas ocasiones una pesadilla nocturna de la que no puedes escapar y ruegas despertar, pero no puedes. Suena algo tétrico y desastroso, y lo es muchas veces. Hace un tiempo salimos los once miembros de la familia al centro comercial para celebrar el compromiso de Finn. Comimos una deliciosa comida chatarra después de que Saya nos reprendiera a todos por empezar a pellizcar las papas fritas sin bendecir los alimentos antes. Tras una

plática familiar, brindis con los vasos plásticos de las bebidas y llenarnos los estómagos, nos percatamos que los trillizos habían desaparecido. Tuvimos que recorrer todo el centro comercial en su búsqueda y alertamos a los guardias informándoles que tres niños pelirrojos se perdieron; al final del día los encontramos a los tres en una tienda de legos.

Creo que desde entonces todos nos tienen puesto los ojos encima, por lo que no me sorprende que al entrar a las diferentes tiendas que componen el centro comercial nos vean con cierto atisbo de sospecha, como si fuésemos a escandalizar todo el lugar otra vez.

Yo intento verle el lado bueno: al menos no nos vetaron.

—¿Paga en efectivo o con tarjeta?

Me apoyo en la barra de la caja esperando a que Jollie termine las compras. Tras vestido y más vestidos, donde insistió que fuesen de color rosa —aunque yo le rogué que comprase uno verde para resaltar más—, se decidió por uno bastante diferente a los que frecuentemente compra. Con un cuerpazo de modelo como el de ella todo se le veía de maravilla, Chloe se esmeró en hacérselo saber una y otra vez al salir del probador. Mientras, Emer y Amira corrían de lado a lado jugando a la pillada.

Me vi tentada a jugar con ellos, pero me arrepentí cuando noté la advertencia silenciosa, pero muy expresiva, del guardia.

No quería que otra vez me regañaran.

—Gracias. —Jollie recibe la bolsa con su vestido. Me toma del gancho y me arrastra lejos de la comodidad de la barra. Chloe se coloca a su lado y con un silbido llama a Emer y Amira. Los dos pelirrojos aparecen de entre la ropa y corren en nuestra dirección.

Al salir de la tienda los cinco nos detenemos para decidir qué haremos ahora.

—Vamos a comer —Amira se frota el vientre y hace un pequeño puchero—. Tengo mucha hambre.

—Yo estoy con ella.

Emer alza su mano, apoyando a su hermana menor.

—Yo quiero ver un video-juego que salió recientemente —informa Chloe—. Por favor..., vamos a verlo y luego vamos a comer, ¿sí? Será una cosa de segundos, nada más.

Jollie se cruza de brazos, tornando una pose que la convierte instantáneamente en una diva. Noto como un grupito de chicos pasa tras ella y la miran de pie a cabeza con rostros que detonan cierto grado de lujuria. Se dan codazos y le miran el trasero como si no hubiese mañana.

—¿Se les perdió algo, babosos? —les pregunto a los adolescentes hormonales.

Los cuatro chicos al percatarse de mi pregunta, niegan con la cabeza con expresiones temerosas. Se giran y continúan su camino.

Jollie voltea hacia ellos sin comprender mucho mi pregunta, pero no le da suma importancia.

—Bueno, bueno. Vamos al los video-juegos y luego a comer.

...

—¡Murphy Reedus, ven aquí!

¿Tienen alguna idea de quién es la que me llama?

Pues sí, es mi linda jefecita.

Con su grito furioso podría jurar que está más molesta que de costumbre. No entiendo cuál es la manía que tiene para convertirse todos los domingos de una mandona despiadada, a una mandona despiadada y gritona. Supongo que es por el pesimismo del día siguiente a éste que coloca a todos de mal humor por la mañana. Sí, puede ser culpa de eso, pues los lunes son atroces y tortuosos, pero no olvidemos que los miércoles son peores. ¿No me creen? Pues entre los cinco días hábiles que la mayoría de las personas tiene para trabajar o estudiar, el miércoles es el día del medio donde las ansias para que llegue el santo viernes se hacen más grandes y desgarradoras.

Los miércoles son malvados... casi tanto como los lunes.

—¿Qué pasa contigo hoy? —interroga cuando salgo de mi pequeño trance— Pareces en las nubes...

—Nada, jefecita.

Jamás superaré el tener que llamarla a "jefecita" para calmar las aguas de su mal genio. ¡Ay de mí!

¡Ay de nosotras, querrás decir!

Si llego a escribir una historia donde sea la protagonista, omitiré todos mis problemas laborales.

—Trabaja entonces —sugiere en un sutil tono de advertencia—, cuando no estás leyendo estás divagando escondida en los rincones de la cafetería. Vaya juventud la de hoy.

Ya empezó con lo de la juventud. Ni mi abuela es tan amargada.

Miro la hora en mi celular, comprobando que ya es tiempo del show.

Me asomo por la barra de la cafetería y soy interceptada al instante por Jax. No hay tiempo de reprocharle, o buscarle, es él quien lo ha hecho por mí. Me agarra del brazo sin esperar momento para objetar por hacerlo. Thiare y Dell, quienes están tras la barra también, se colocan a la defensiva como fieras queriendo arañarlo.

—¿Qué le pasa a este? —pregunta con desdén Thiare. Su tono expele todo el repudio que le tiene al *Casanova* de cuarta.

—Espera —le doy una mirada precavida, aprontándome a sus movimientos para hacer que Jax me suelte—. Está bien.

Dell alza una ceja con incredulidad, arrugando su frente de una forma alucinante. Y la expresión de Thiare no se queda atrás. Jax lanza un bufido que se mezcla con un gruñido molesto.

—Claro que estoy bien... Soy Jax, primor —vomita con arrogancia.

Blanqueo los ojos siendo arrastrada por él fuera de la barra hasta su conocida mesa, donde diviso una melena ondeada y pelirroja que me da la espalda. Mientras más avanzo a través de las mesas siendo guiada por Jax, más ansiosa me siento. El corazón se me agita más y más. Mis manos son sudorosas. La garganta se me seca, por lo que trago saliva para humedecerla y poder recitar las palabras que planeé decirle a Jollie desde que encaré a Jax.

La única vía factible que vi dentro de la maraña de cosas que se han alzado después de enterarme que Jax es la cita de mi hermana, es decirle que Jax es gay. Sé perfectamente que de esa forma Jollie no se sentirá mal si le digo que la cita fue un error de Jax como forma de demostrarse a sí mismo que no es un homosexual. Dado al respeto que

ella tiene hacia todo ser terrenal y celestial, entenderá que es un ser humano atrapado dentro de la incompresibilidad de los demás y que no puede admitirse como es. Así, sin preámbulos, su corazón no saldrá lastimado ni Jax podrá invitarla a más citas.

Todo lo que debo hacer es aprontarme a que Jax sea quien hable.

Como dentro de una cámara lenta, Jax y yo nos colocamos junto a la mesa. La cabizbaja Jollie aparta sus ojos del celular y alza la cabeza para observarnos.

Entonces, me doy cuenta de algo sumamente inesperado.

Ella no es Jollie.

Hago oídos sordos a las palabras que salen de Jax sin poder creer lo que está pasando. Es extraño e irreal, tanto así, que mi plan para no romperle el corazón a mi hermana y mi cordura se ha visto en juego en cuanto la pelirroja se giró para vernos.

¿Dónde rayos está Jollie?

El empujón que la pelirroja me da para salir corriendo hacia la salida me despierta del letargo que trascurrió. Vuelvo lentamente a mis cinco sentidos y a la realidad, sólo para encontrar a un Jax con el ceño fruncido.

—¿Por qué no dijiste nada? —me reprocha, como si fuese un niño pequeño.

—Esa no era mi hermana...

Mi tono de voz es bajo.

—¿Qué?

—Esa no era mi hermana —vuelvo a decir con más seguridad. Me volteo en su dirección y lo agarro del cuello de su camisa, amenazante—.

¿¡Dónde está mi hermana?!

Silencio absoluto.

Miro alrededor notando los ojos de todos, tanto compañeros de trabajo como clientes, puestos en nosotros dos. Despliego la peor sonrisa que una chica en problemas puede esbozar y suelto a Jax, acomodando y sacudiendo los pliegues de su (ahora) arrugada camisa.

—Si esa no era tu hermana, entonces no tengo ni puta idea de quién sea.

Un enorme «Oh» se escucha entre los inaudibles susurros de la cafetería. Por algún motivo aparente lejos del que mi raciocinio pueda deducir, somos el centro de atención como una tonta y absurda obra teatral. Un pequeño *déjà vu* emerge desde lo más recóndito de mis recuerdos, sobre la clase de Expresión Vocal con el profesor Leyton.

Noto que Dell me hace una seña para que arregle mis asuntos afuera, antes de que llegue *La mano derecha de Lucifer*.

No me hago de rogar y arrastro a Jax afuera de la cafetería, ante las miradas y murmuraciones de los demás.

Lanzo un resoplido intentando calmarme.

—Mira: mi hermana dijo que tendría una cita contigo hoy... —De pronto me veo hipnotizada por los movimientos que hace. Mete una mano dentro de sus bolsillos y saca un cigarrillo arrugado, el cual coloca entre sus labios—. Incluso me enseñó tu fotografía.

—No sé. —Desde el otro bolsillo de su pantalón saca un encendedor. Sin más preámbulo, enciende el cigarro para echarme el humo en la cara luego—. Yo cumplí con la parte del trato, ahora tú cumple con la tuya.

Estira sus labios y me tira el humo otra vez, sin inmutarse por hacerlo. Le doy un manotazo al cigarrillo y éste cae al suelo.

—¿De qué hablas idiota? El trato era hacerme pasar por tu novia... o lo que sea. Además, no intentes cambiar el tema, tonto y repulsivo ser unineuronal. Le hablaste a mi hermana por *WhatsApp* diciéndole que te llamas Spencer, le enviaste una fotografía y quedaron de juntarse en una cafetería hoy.

Un incomprendido y molesto Jax achina sus ojos azulados.

—¿"Spencer" dijiste?

—Sí.

Un haz de luz divina ilumina su rostro.

—Mierda... Ya sé dónde debe estar tu hermana. Ven conmigo.

...

1... 2... 5... 56... ¿Có-cómo era que se contaba?

Mantengo mis ojos cerrados, abrazándome con más fuerza a torso de Jax. Es un hecho, caí en sus redes desencadenando los gritos más desgarradores que un sujeto como Jax Wilson puede sacarle a una tonta como yo. Cuando acepté su "ven conmigo" nunca creí que me enfrentaría a la mismísima muerte sobre dos ruedas; porque eso es lo

que una moto que alcanza tales magnitudes de velocidad es. Entre todos los medios de transporte, el que más odio es éste; por su velocidad y los miles accidentes que protagoniza. Y eso es sólo una parte. Si tuviese que hacer un ensayo de «por qué no hay que usar motos» sería más largo que la mismísima saga de... de...

Hemos parado.

Jax es el primero en bajar y quitarse el casco. Yo con suerte puedo levantar alguna extremidad. Con un dedo de mofa, me ayuda a quitarme el casco y salir de su estúpida moto.

Oh sí, tengo varios insultos que le diré luego por andar a tal velocidad.

—Es aquí.

Salgo de mi enojo para darme cuenta que estamos a pasos de una cafetería al otro extremo de la ciudad.

—¿Quién es Spencer? —pregunto siguiéndole el paso.

En cuanto mi pregunta termina, Jollie sale deprisa por la puerta de la cafetería, seguida de un chico con el cabello castaño, lentes negros y gruesos, un escuálido peinado de partidura al medio y pecoso. Él podría ganar el concurso a "Mister Nerd" sin esfuerzo, aunque dudo mucho que un concurso así exista y sea popular dentro de la ciudad.

—¡Jollie! —gritamos ambos a la vez.

Mi hermana se para en seco y voltea en mi dirección con la expresión más decepcionada de la vida.

Dentro de mi cabeza ya puedo hacerme una idea de qué está pasando...

Observo los cubiertos plásticos sobre la bandeja amarilla hecha del mismo material. Lo que antes era una bandeja con empanadas de queso, nuggets y papas fritas, ahora es un depósito de papeles arrugados que contienen moco.

Jollie ha estado chillando y lloriqueando por su nueva decepción amorosa desde que paramos para comer algo. Esperé que me explicase todo, pero sólo ha estado informándome entre balbuceos mientras por sus mejillas corren lágrimas negras por el rímel corrido.

Malas noticias, creo que después de todo si le rompieron el corazón a mi hermana.

Adiós premio...

—Ya, ya, Jollie —intento consolarla una vez más—. Hay muchos chicos tontos, por eso no es bueno conocer a chicos por internet... o todo lo que esa cosa pecaminosa envuelve.

Se limpia una vez más la nariz haciendo un sonoro ruido que llama la atención de las chicas de la mesa continua.

—No puedo creer que haya sido tan tonta para caer en la trampa de un farsante. Imagínate, Murph, conocer a un chico con el que hablas por chat y cuando por primera vez lo conocerás físicamente te dice que ocupó la foto de su amigo.

—Tal vez se sentía muy avergonzado de su aspecto (y tiene motivos para estarlo) como para mostrarse tal cual es. Si todo lo que dijo por chat es cierto, incluyendo su nombre, entonces deberías darle una oportunidad. ¿Dónde dijo que te conoció?

—En el asilo Greenburns —gimotea—, cuando fue de visita a ver a su abuelo.

Jollie desde hace mucho tiempo es voluntaria y hace servicios sociales de diversos tipos. Últimamente ha estado asistiendo día por medio al asilo Greenburns donde cuida a los ancianos del lugar. No tengo la menor idea de cómo se las habrá arreglado el tal Spencer para obtener su número, pero de lo que estoy segura es que su aspecto de chico inteligente no le sienta para nada, después de todo es un idiota.

—¿Por qué estabas con su amigo? —pregunta de pronto.

Vamos Murph, inventa algo ya.

—Ah, pues... fue a comprar a la cafetería donde trabajo, recordé que era el de la fotografía y le pregunté por la cita. Él me dijo que no tenía ninguna cita, que es gay y no se fijaría jamás en alguna chica incluso si lo torturasen o se quedara en una isla solo con una y fuesen los dos quienes deben procrear para la subsistencia de la raza humana. Ante mis insistencias, confesó que su amigo se llama Spencer. Me llevó hasta la cafetería... ¡Y voilà! —Todo lo he dicho tan rápido que dudo que una conmocionada Jollie comprenda lo que dije. Solamente espero haberle dejado claro que Jax es gay..., supuestamente—. El resto de la historia ya la conoces.

—Cielos...

Respira hondo y bota el aire de sus pulmones con pesadez.

Hoy me ha quedado más que claro que los chicos universitarios suelen ser, en su mayoría, unos tontos. Quizás deba hacer un par de reglas que no deba quebrantar jamás para mejorar mi búsqueda del chico ideal que protagonice (junto a mí) la historia de amor con la que tanto he soñado.

¿Quién sabe? Quizás encuentre al candidato perfecto con tres simples reglas...

Capítulo 04: "Tutorial para arruinarlo todo - Parte 1".

Releo una vez más lo que acabo de escribir para cerciorarme que nada esté mal escrito, y así pueda memorizar una vez más el texto —no tan complejo— plasmado en la hoja del viejo diario que alguna vez decidí escribir de niña, contando las pocas emocionantes vivencias que transcurrían en mi día a día.

¿Qué niña no soñó alguna vez tener algún diario de vida? Creo firmemente que la mayoría de nosotras tuvo un diario, ya sea porque se lo regalaron para un cumpleaños o por la fascinación de relatar nuestros amoríos en éste.

Yo también comencé a escribir en uno, pero me di cuenta que despiste tras despiste siempre terminaba siendo leído por Finn, así que opté por dejar de escribir dado a que todos mis escondites no eran un reto para el *Primero*. Mi bocón hermano mayor terminó contándole a todo el mundo que ya había dado mi primer beso, que me atraía el profesor de deporte, que me encerré con un chico en el armario de las escobas y que fantaseaba con personajes literarios... aunque eso ya no es una novedad.

Sin embargo, tras todos esos bochornos e invasiones a mi privacidad, puedo decir con total seguridad que he llegado a un punto de madurez donde los diarios de vida ya no me son la gran cosa. Sé que muchos hoy en día lo usan, mas como soy alguien especial —en muchos sentidos— quise darle un nuevo uso y hacer anotaciones importantes en él, así al menos le daré un buen uso y llenaría un par de hojas vacías antes de quemarlo para no padecer más vergüenzas.

Tomé la determinación de hacerlo mientras veía una película en el cine con Jollie, invitación que hice para que se distrajera un poco. No me pregunten el nombre de la película porque no le presté mucha atención que digamos, lo único interesante fueron las tráilers y el anuncio de los monitos de seguridad en caso de alguna emergencia. Allí, sentada comiendo palomitas, las voces de la película se hicieron roncas hasta el punto que no pude escucharlas, las risotadas de los espectadores también. Puse suma concentración y planeé las tres benditas reglas para mi chico ideal.

Y bueno, ahora las anoté para no olvidarlas.

—Estando así de seria me recuerdas a tu madre, Murph... Tienes el mismo seño fruncido.

—No digas eso o tendré que sonreír más a menudo, abuela.

—¡Señorita! —La abuela se levanta del sofá del frente para caminar con paso de tortuga hacia mí. Extiende su bastón de madera que perteneció al abuelo y lo pone frente a mis ojos. Su mirada de anciana comprensiva y caritativa es una completamente diferente. Apego la cabeza al respaldo del sofá donde me encuentro mientras suplico que ella no use sus movimientos de karate que tanto presume en sus relatos— ¿¡Cuántas veces debo decirte que no soy "abuela" soy "mama"?! —inquiérese con un fuego saliendo de sus ojos.

Trago saliva esperando que alguien venga en mi ayuda. Es Saya quien se asoma al living y nos mira con asombro.

—Suegra, no se estrese o le subirá la presión. Venga, ayúdeme con la cena...

Saya la toma por los brazos guiándola hacia la cocina, pero la abuela opone resistencia. Antes de acceder a la sutil petición de Saya, voltea a verme por encima del hombro y se acomoda su dentadura.

—Te quedas sin cazuela por un mes.

Olvidé decirle que la abuela es un amor, siempre y cuando no le llames *abuela*. Pero como soy una chica ruda siempre la llamo así.

En mis pensamientos, claro.

Miro la hora y me apronto en guardar el viejo diario de vida debajo del sofá. Es entonces que golpean la puerta.

—¡Familia Reedus ha llegado la doctora especialista en amor!

Esa trastornada chillando es Maya Holdman. Estudiante de Psicología de mi universidad, y mi amiga (lamentablemente) desde hace años. Vive a dos casas de la nuestra. Su aspecto de adolescente le ha dado el privilegio de atraer a miles y miles de chicos con los que regularmente habla hasta la madrugada por internet.

Por ese motivo tan particular es que la llamé. Maya Holdman tiene a mi candidato indicado, o al menos eso es lo que me ha dicho.

Abro la puerta sin mucho ápice de ánimo. La rubia, y bien maquillada, Maya avanza por la puerta para sentarse en el sofá donde la abuela antes estaba sentada.

—Murph, siéntate. —Sus ojos hacen un movimiento hacia el sofá donde hace unos segundos reposaba mis nalgas. Por algún extraño motivo me siento como en una oficina de psicólogo, lista para que me sentencien como una mujer falta de cordura—. Traje la carpeta con cinco candidatos

perfectos que cumplen tus tres penosas reglas. Cada uno de ellos ha sido analizado por expertos especializados en temas amorosos.

—¿Expertos? —interrogo con incredulidad mientras acomodo mi trasero en el sofá— ¿Quiénes?

Una sonrisa llena de confianza se dibuja en los rosados y brillosos labios de Maya. Sus ojos están cargados de confianza argumentando sus palabras anteriores.

—Por mí, claro —responde con voz apacible—. ¿Quién mejor que yo para presentarte chicos y organizar citas? ¡Pues nadie, corazón! *Mamá Maya* es la mejor en todo este asunto.

—Bueno, ¿quién es el primer candidato?

Me hace entrega de una carpeta verde plastificada. Al abrirla compruebo que las hojas archivadas en ella están empastadas cuidadosamente y adornadas con stickers de niña pequeña. Alzo las cejas queriendo preguntar el porqué de los stickers, pero me contengo cuando una carcajada se escapa sin previo aviso de mi interior.

—¿Esto es una broma? —le pregunto sin apartar los ojos de la fotografía de Petyr Holdman, el hermano de Maya.

—Dale otra oportunidad, ¿sí?

Petyr Holdman es un idiota. Estuve babeando por él durante meses y meses, pero nunca se interesó en mí. Resulta de después de unos años se interesó en mí. ¿Les suena de algo? Ajá, la típica historia de "te quiero-no me quieres, no te quiero-me quieres". Tuve mi corazón acongojado por mucho tiempo soñando con Petyr Holdman como para que me fije de nuevo en él.

Si algo bueno saqué de mi desamor por Petyr, es que aprendí a no ser tan enamoradiza.

—Me niego.

Maya larga un bufido y blanquea sus ojos.

—Bien, pasa al siguiente entonces. —Doy vuelta la hoja encontrando al siguiente candidato. Maya se endereza e inclina hacia mí para ver quién es el siguiente, entonces esboza una enorme sonrisa—. Oh, ese es Ashton Black. Es un bombón y estudia Medicina. Creo que él y tú congeniarían perfectamente, ¿sabes? Es amante de la lectura, la música clásica, suele practicar tenis y tocar piano... Además es millonario.

—Amante de la lectura, ¿eh?

—Sí. Al final de la hoja está su número telefónico.

Capítulo 04: "Tutorial para arruinarlo todo - Parte 2".

«...La miró de pies a cabeza con el desdén tan propio de él. Ante sus ojos no había más que un pájaro asustado temblando por su tormentoso encuentro. Él era el gato. Él era la pesadilla oculta en lo más recóndito de la cabeza de aquel pajarito. Sus ojos reflejando el auténtico miedo de su interior de pronto se tornaron diferentes. La forma en que lo miró cambió.

Aquel gato notó la transformación de un diminuto pájaro a un feroz halcón. Y lo supo..., supo que ya no había vuelta atrás...»

Detengo la lectura. Dos zapatillas *Convers* gastadas aparecen en mi campo visual. Arrastro mis ojos al tanto levanto la cabeza, apartándola del nuevo libro de romance que salió a la venta. Los jeans gastados, la camisa roja a cuadros, la chaqueta de cuero negro, la manzana el cuello bien marcada, la barba escasa, los ojos profundamente azules y el cabello despeinado; todo eso forma la composición más apestosa e impertinente que la existencia humana podrá ver alguna vez.

Jax Wilson está plantado frente a mí, de brazos cruzados y esperando alguna explicación, probablemente. Me hago a un lado, pero él se interpone una vez más en mi camino.

Cierro el libro suplicando paciencia.

—¿Se te ofrece algo, *muggle*?

—De hecho sí —responde con tranquilidad.

Da un paso al frente quedando aun más cerca. Las puntas de sus zapatillas chocan con mis botas, y por un segundo pienso en retroceder

como cualquier chica siendo intimidada por el popular del colegio lo haría. Sin embargo, descarto aquel pensamiento al instante. Yo no seré la tonta niña que cae en las redes del *bad boy*, mucho menos de uno tan inescrupuloso. No, claro que no. Yo seré la niña que conseguirá el protagonista masculino más admirable de todos los tiempos.

Bien... ahora baja de la nube, corazón.

Calla.

—Quiero lo que quedó pendiente entre nosotros —continúa hablando.

—Mira... —Examino cada facción de su rostro buscando la palabra perfecta para describir a un ser anormal y cerebralmente inferior como Jax, pero no es de buena persona denigrar tanto a las moscas, así que prefiero dejar mi apodo de lado—. Sé lo que quieres, pero no. No tendré una noche lujuriosa contigo por muchas razones, una de ellas es que no estaba en el trato y tengo más de dignidad de la que crees. Los libros y las películas están llenos de cosas por este estilo, ¿sabes? —Respiro hondo y me acomodo junto a él. Extiendo mi brazo por su espalda y le doy un abrazo cual amigo lo haría. Extrañamente él no se aparta, sino que parece bastante interesado en mis palabras— Te diré algo importante, puesto que si nos llegamos acostar ocurrirán dos cosas: Uno, si hago uso de mi conocimiento en libros y películas clichés, deduzco que una de las opciones más frecuentes es que nos acostaremos y tú me tenderás una trampa grabando o fotografiando nuestro acto en plena cama, entonces lo subirías a internet y mi vida será un desastre. Dos, nos acostamos y mágicamente nos enamoramos porque nuestro encuentro corporal fue tan mágico e inolvidable que quedará grabado para siempre. En cualquiera de las dos opciones mi vida será un desastre, así que prefiero pasar.

Un silencio adormece la atmósfera entre ambos por unos segundos, hasta que parece reaccionar haciéndose a un lado.

—Eres rara.

—Gracias. Y ahora que sabes lo que posiblemente ocurrirá entre nosotros no vuelvas a hablarme. Adiós.

Coloco el libro bajo mi brazo y acomodo su ropa, palmeando su pecho cuando termino de hacerlo. Su atónito rostro es digno de una fotografía.

Le brindo una sonrisa y pasó junto a él. Pero entonces, una fuerza casi sobrenatural traída del más allá me empuja desequilibrándome tanto física como mentalmente. A lo único que atino antes de caer al suelo, es aferrarme a lo más cercano. Agarro el brazo de Jax con fuerza y él me sostiene por la cintura también.

Genial, tendré que quemar mi chaqueta junto con el diario de vida.

Ya estando estable, suelto su brazo. Él parece disfrutar del lugar donde se encuentra su mano, pero una mirada de advertencia basta para que también me suelte.

—Lo siento, no fue mi intención.

Ambos volteamos para mirar al causante del tormento que me ha hecho pasar, causando casi una caída y la quemazón futura de una chaqueta.

—¡Tony! —Un grito exagerado se escapa de mí al ver a mi vecino adolescente en la universidad. Con los ojos bien abiertos y una expresión seguramente tan sorprendida como la mía, Tony mueve sus labios sin formular una palabra— ¿Qué haces aquí?

—Vinimos a ver la universidad con el profesor de Orientación — responde, caminando en mi dirección. Ya estando lo suficientemente cerca, extiende sus brazos para estrecharnos en un abrazo.

—Entonces Chloe también debe andar por aquí...

Se le escapa un jadeo y al separarnos compruebo una extraña expresión en su rostro.

—Está corriendo de lado a lado viendo a chicos con sus amigas.

—Oh, pobre Tony —se burla Jax con un fingido tono de compasión.

Mi vecino y yo lo miramos con recelo. Si no hubiese disparado su comentario ni siquiera recuerdo que estaba hace un momento hablando con él. Tony frunce el ceño haciendo énfasis a su curiosidad.

—¿Este es el idiota de la cita? —pregunta.

—Sí —Asiento para darle versatilidad a mi respuesta. Jax se cruza de brazos a mi lado mirándonos—, ahora quiere que me acueste con él.

¿Puedes creerlo?

De nuevo mi vecino repasa con la mirada la figura de Jax. Ambos chicos parecen examinarse al mismo tiempo hasta que es Tony el que toma la palabra primero que el unineuronal, dejándolo con la boca entreabierta y una expresión de mofa colgando de sus cejas.

—No creo que este viejo dure mucho..., ya está muy usado.

Una sonrisa ladeada se dibuja en el rostro de Jax. El Señor Confianza probablemente no se sentirá ofendido creyendo que es un dios en la cama.

—Esos temas no lo debería hablar un niño inexperto y virgen.

—¿Usas la palabra "virgen" como ofensa? Qué anti-religioso eres Jax — espeto con incredulidad, pero sin dejar de lado mi tono satírico—. Seguro ya ni te aceptan en la iglesia.

Tony se echa a reír.

Es cuando seca una lagrimilla del rabillo de su ojo, que uno imponente grito salido del mismísimo inframundo aclama su nombre. Los tres giramos en dirección a la voz de instructor militar, encontrando a un sujeto bajito vestido con un smoking a una distancia considerable como para no poder divisarlo bien.

—Debo irme. Nos vemos luego, Murph. —Tony hace un gesto con su mano como despedida, para luego mirar a Jax y hacerle un ademán algo tímido con la cabeza.

Ya a una distancia prudente, Jax carraspea.

—Lindo amigo. ¿Cómo fue que te diste cuenta que te gusta?

La pregunta hace eco dentro de mi cabeza provocando un choque eléctrico que me recorre toda la espina dorsal. Hago una pequeña súplica para no colocarme como caldera caliente y carraspeo también, aprontándome a todo gesto de debilidad frente a Jax.

—A él le gusta mi hermana.

—Entonces es un amor no correspondido... Qué pena tu vida, Chica Suicida. Eso explica por qué intentabas matarte aquella vez.

—Calla, Tenorio.

La campana de la torre retumba por todo rincón de la universidad, indicando que es hora de volver a clases.

...

Al finalizar la siguiente clase tendré mi primera cita real en mi vida, porque sé que las citas creadas en mi imaginación no podrían calificar como una; pero sirven para hacerme una idea de lo que prontamente pasará en ella. También estoy lo suficientemente cuerda para saber que las citas creadas en *Los Sims* son bastante diferentes a las que ocurren en la vida real. Por otro lado, cuento con todo el apoyo de Maya para aconsejarme cuando esté en algún aprieto... y si algo malo pasa usaré mis habilidades teatrales.

Todo marchará bien, pero siento que algo me falta...

¿El libro nuevo? ¿Dar las gracias por el desayuno? ¿La tarea de Cultura? ¿Cepillarme los dientes? ¿El celular?

—Mierda...

Me petrifico mirando en dirección a la pizarra. Suerte que la profesora no ha escuchado mi grosería. Pero parece que mi compañera del asiento continuo sí, pues me mira algo confundida. Vuelvo a enterrar mi nariz en el cuaderno con las anotaciones sin darle mucha importancia a lo que piense de mi reacción.

Estoy cien por ciento segura que llegué a la universidad escuchando música.

Busco en mi bolso: Nada.

Busco en mis bolsillos: Nada.

Lo más seguro es que se haya caído cuando Tony me chocó... o que alguien por arte de magia oscura lo extrajo de mi bolsillo sin percatarme.

¡Rayos! Y tenía tantos libros en PDF allí...

Son los golpes en la puerta los que me hacen salir a la superficie del mar de lamentos.

—Vengo a dejarle esto a Murph Reedus. ¿Está aquí? —Jax se asoma por la puerta y me enseña con una maliciosa sonrisa mi celular.

La profesora le hace un gesto para que pase a dejármelo, y es cuando noto el mismísimo rostro de *Hades* esbozando una sonrisa. Ya junto a mí, deja el celular en mi mesa y vuelve a sonreír.

¿Por qué siento que todo se ha arruinado?

Capítulo 04: "Tutorial para arruinarlo todo - Parte 3".

No hay nada.

Dejo el celular sobre la mesa y me cruzo de brazos apoyando la espalda en la silla. Sé que es un gesto un tanto estúpido, pero por unos segundos he tenido la vaga impresión de que si observo con detenimiento el celular desde cierta distancia, encontraré lo que busco. Quizás mirarlo con otra perspectiva también me resulte bien para hallar algún indicio de las peligrosas garras que Jax Wilson ha puesto en éste.

Sin embargo, no hay nada; no hay indicio alguno de haber leído mis mensajes, eliminado alguna cosa, robado otras. Todo está intacto.

Incluso las conversaciones por *WhatsApp* están sin leer.

Está todo tan normal que me da mala espina tomarlo, pues quizás exista la remota posibilidad de haber colocado un dispositivo explosivo que se activa cuando suene el timbre de salida. Tal vez, Jax les pidió a los chicos del Departamento de Tecnología que lo hiciesen a cambio de consejos para tener a chicas babeando como *bulldog* por ellos.

De ser así, estoy lista para lanzar mi celular —con el dolor de mi alma— por la ventana en caso de escuchar algún sonido extraño salir de él.

O, probablemente, Jax Tenorio tuvo compasión de su humilde hablante, por lo que decidió entregarme el celular indemne, libre de daños y sin exigir algo a cambio.

¿Pero a quién rayos quiero engañar? No creo que Jax sea el alma caritativa que deje pasar algo así.

El timbre resuena por toda la sala colocándome en alerta. Es el momento donde mi cita y yo nos encontraremos.

Lo poco y nada que hablamos por chat fue para ponernos de acuerdo de nuestro encuentro. Ashton Black decidió ir a un restaurant donde aseguré que la comida es una delicia para todo paladar que tenga el privilegio de probarla. Aunque al comienzo rechacé la idea de ir a un restaurant puesto que no es el mejor lugar para una joven de clase media como yo, Ashton insistió diciendo que allí nadie podría juzgarme, ya que el restaurant es de su familia. Fue ese momento donde me di cuenta que no tenía posibilidad alguna de rechazarlo o convencerlo de ir a otro lugar.

Adiós a las típicas citas en cines, parques de diversiones, agarrones de manos en la casa embrujada, gritos eufóricos en la montaña rusa.

Salgo de la sala de clases buscando a Ashton, mas una parte de mí también piensa en buscar a Jax para preguntarle qué artimaña maligna ha planeado hacerme.

—Murphy Reedus, aquí estoy.

Contengo la respiración unos segundos hasta bajar mi vista en dirección a la apacible —y un tanto chillona— voz que busca llamar mi atención. Dentro de mi campo visual nadie parece prestarme interés, por lo que bajo un tanto más la cabeza encontrando a alguien idéntico a Ashton Black... pero mucho más bajo de lo que aparentaban las fotografías.

Hago un esfuerzo sobrenatural para lucir lo menos sorprendida o contrariada. Maya olvidó mencionar en el expediente que Ashton es pariente de *Los Pitufos*, pues éste me llega con suerte (y probablemente gracias a sus zapatos) a los hombros.

Y eso no es todo; algo lo hace lucir más "delicado" de lo que creí que luciría alguien de su status.

—¿Ashton Black? —Pregunto, mientras para mis adentros ruego que diga que es su hermano gemelo, o algo por el estilo.

Es su efusivo movimiento de cabeza, acertando a la pregunta, lo que me hace añicos toda esperanza. Esta vez los libros no tienen la culpa de crear una imagen idealizada de mi cita, porque esta vez fue la fotografía de Maya lo que me hizo pensar en él como alguien de mis medidas y no como un llavero. Quizás si hubiese escogido una donde Ashton saliera de cuerpo completo no me habría decepcionado al verlo.

Sonríó... O más bien, hago el intento de "sonrisa cordial".

—Es un placer.

Sí, uno muy diminuto.

Ya basta. No seamos seres superficiales que se fijan en el físico. Murph Reedus no es el tipo de chica así; ella ve el interior de las personas, por eso tienen tan buenas amigas. Amigas, por cierto, que le han hecho la ley del hielo por largarse del trabajo con el Casanova de cuarta.

Já, estoy esperando que esas dos se enemisten —como suelen hacerlo una vez a la semana— para que regresen a hablarme y contarme sus infidencias mientras yo finjo escucharlas.

En fin..., ¿en qué iba?

Ah, claro. El físico es lo de menos, y no lo digo porque además de ser bajo de estatura, Ashton parezca un chico que busca su identidad sexual con su caminar tan femenino y la forma en la que constantemente corre su flequillo hacia el lado. Debería estarle prestando atención, no

obstante, mi sentido auditivo se ha ido al infinito y más allá dejando que me deleite —*tos, sarcasmo, tos*— con los gestos cada vez más afeminados de Ashton.

¿Qué rayos está pasando?

Querías alguien honesto, responsable y que te quisiera, no especificaste qué "preferencias" debía tener.

Calla, consciencia, quizás son meras impresiones mías.

—Bueno, ¿nos vamos?

De vuelta a la realidad, Murph. Concéntrate en tu cita e intenta no divagar.

—Ah, claro. Vamos, muero de hambre.

—No te decepcionarás, la comida de nuestro restaurant es exquisita.

...

El restaurant de la familia Black parece mucho más común de lo que imaginé. Creí que sería un lugar donde los multimillonarios exigentes y de fino paladar degustan de la comida para así no pedirles a sus nanas a cocinar en casa. Sin embargo, contra todo pronóstico, el restaurant —y su gente— me ha demostrado lo contrario. Si es un sitio elegante, pero conserva ese toque "normal" para cualquiera que ponga un pie dentro.

Al entrar, Ashton Black me guió hasta esta mesa privilegiada junto a una ventana gigante con vista a un parque lleno de flores que parece reservado para personas que frecuentan el restaurant. Mientras hice mi recorrido hasta la silla (que el mismo Ashton hizo hacia atrás para que me sentase), seduje a mis humildes ojos contemplando mi entorno; sillas

de madera oscura acorde al color del piso flotante, mesas cubiertas por manteles colores pastel con una decoración excéntrica en el centro, garzones vestidos con un uniforme similar a la cafetería, lámparas colgando del techo con una luz tenue y hasta dos guardias en la entrada. Todo perfecto para una cita madura donde dos personas similares se conocerán.

Dejando de lado mi primitivo pensamiento sobre Ashton, puedo decir que el final de esta cita puede salir de maravilla. Hasta ahora nuestra plática ha sido un debate amistoso sobre diferentes libros de temática clásica, las similitudes de la Medicina y el Teatro, y las mejores sinfonías de *Beethoven*.

—Me sorprende lo bien que congeniamos, Murphy —comenta Ashton, dejando la copa de vino junto a su brazo. Me brinda una sonrisa y continúa hablando—. Es difícil encontrar a alguien que aprecie a Beethoven tanto como yo.

—Sí, suena extremadamente raro. Deberían existir más jóvenes que aprecien su música.

—Es lo único q-

Una voz peculiar sale a la superficie interrumpiendo súbitamente las palabras de Ashton. A continuación varias voces más acompañan a la primera voz, repitiendo lo que dice. No logro congeniar del todo qué repiten, pero a juzgar por la estrepitosa melodía pegajosa, que ahora contamina todo el ambiente captando los ojos en nuestra mesa, a mi cita no le hace ninguna gracia. Alzo una ceja y busco el origen de la canción que parece grabada de un concierto hecho en el zoológico, pero no encuentro al responsable.

—Creo que alguien te está llamando —informa Ashton, arrastrando sus palabras.

Alzo una ceja con incredulidad.

Imposible, *Für Elise* es el tono de llamada de mi celular.

Saco mi bolso del respaldo de la silla notando que el volumen de la canción se intensifica más cuando lo coloco en mi regazo. Abro el bolso encontrando mi celular con la pantalla encendida y la llamada entrante de un número desconocido.

Corto al instante, avergonzándome de estar presumiendo mi conocimiento en la música clásica y despotricando a la música urbana, sin tener conocimiento de que mi celular fue profanado con una canción tan vulgar como la de hace unos segundos. Claramente el responsable puede haber sido solamente uno: Jax Wilson.

O quizás mis hermanos haciéndome una broma, aunque lo dudo.

¿Cómo ha podido burlar el patrón de seguridad?

—Lo siento.

No soy del tipo de chica que va como tomate por la vida cuando situaciones así pasan, pero por algún motivo soy una caldera caliente.

Ashton hace un gesto despectivo al tanto me digno, con timidez, a dejar el celular junto a mi plato a medio comer.

—No te preocupes.

Otro silencio incómodo que es opacado otra vez por la voz seguida de la canción.

Pongo el celular en silencio, pero las llamadas entrantes insisten, causando que repase dentro de mi cabeza la posibilidad de agarrar mis cosas y huir lo más lejos de la faz de la tierra para enterrarme sin tener conocimiento de lo desastrosa que es mi vida.

—¿Por qué no contestas? —sugiere Ashton haciendo una sonrisa forzada.

—Ah, claro.

Me levanto del asiento con mi bolso y celular en mano. Me apronto a entrar al baño ante las miradas de todos los curiosos y prejuiciosos que alcanzaron a escuchar mi tono de llamada. Miro mi roja cara en el enorme espejo pegado a la cerámica y respiro hondo.

Ni siquiera he contestado la llamada pero me hago una idea de quién es el emisor.

—Jax —contesto. Una carcajada burlona se escucha desde el otro lado de la línea—. Debí saberlo. ¿Qué pretendes hacer? ¿Arruinarme la cita, idiota?

—*Precisamente, así estaremos a mano.*

—Ni lo sueñes. ¿Acaso eres un niño pequeño? Escucha, deberías estar agradecido de mí, porque al menos un domingo te ahorraste la posibilidad de contagiarle alguna enfermedad venérea a una pobre mujer ilusionada. O mejor para ti, que evité la posibilidad de que caigas más en el estado depresivo que, probablemente, el sexo casual te deja después de hacerlo. Soy una mujer benevolente, corazón, ahora deja de llamarme.

Corto.

Derrochar palabras en Jax es más cansador de lo que pensé que sería si llegaba a irrumpir en mi cita. Lo cierto es que no hay mejor placer que el poder decir lo que pienso sin tapujos o reclamos de su parte, pues apenas lo dejé hablar. ¿Qué es lo pronto a venir? Probablemente, y si mis intuiciones no me fallan, ya está en el restaurant para hacer mi día peor del que ya es.

El que haya cambiado mi tono de llamada no tiene perdón de Dios.

Salgo del baño guardando el celular dentro del bolso. Cuando mis ojos dan con los de Ashton, éste esboza una sonrisa de fingida cordialidad, quizás igual a la que yo hice cuando lo vi por primera vez. Él ya no me quiere aquí, pero no puedo marcharme sin explicarle lo acontecido. Existe la remota probabilidad de que crea a mis palabras y comprenda mi estado.

Claro que todo está en mi contra hoy, y el tener que argumentar cómo llegó esa horrorosa canción a mi celular es un hecho improbable de creer, pero no me queda de otra.

Me dejo caer sobre la silla moviendo la mesa por error, provocando que algunas gotas de vino caigan sobre su ropa. Él parece murmurar una maldición y buscar algo con qué limpiarse.

—Escucha, Ashton —Le hago entrega de un paño a juego con el mantel—, creo que deberíamos continuar con la cita en otro sitio.

Ashton detiene su innecesaria sesión de limpieza para observarme ofendido.

—¿De qué hablas? No me marcharé de acá.

—Es un lugar genial pero hay alguien que- Oh, mierda...

Volteo la cabeza en dirección a la ventana cuando la figura singular de Jax se posa junto a nuestra mesa, con su respectiva vestimenta de hoy en la mañana. De reojo veo que Ashton alza su cabeza para contemplar al unineuronal de pie como planta en una maceta a nuestro lado.

—Así te quería pillar, Murph.

¡Y comienza la hora de actuación, señores! Lentamente me giro para observar a mi compañero de Expresión Vocal, sólo para descubrir con asombro que no tiene la expresión pedante tan propia de un espécimen como él, o la sonrisa que imaginé en el baño. No, señores, Jax Wilson a usado su segunda neurona para arruinar mi cita de una forma que no pude prever. Sus ojos están inyectados de sangre y lagrimean como los ojos de un niño pequeño al que recientemente han regañado, sus labios están ligeramente hacia abajo y sus cejas... Por Dios, Jax es la representación ideal de un borracho despechado.

—Lo negaste una y otra vez, pero acá estás. Mentirosa, jugaste con mi corazón ayer, cuando dijiste que me eras fiel... ¿Tienes alguna explicación para... —Mira con incredulidad la mesa y a Ashton— esto? Yo te amo, te regalé un anillo y así me pagas. ¿Tanto te gusta ver mi corazón pisoteado una y otra vez?

Sé que tu enemigo y todo eso... pero admite que actúa de maravilla.

—¿Lo conoces? —Ashton me mira confundido.

—No —miento—, debe ser alguien que...

—¡Murph, no mientas más! Amor, no me hagas esto... —Jax seca una de sus falsas lágrimas que caía por su mejilla—. Ahora resulta que te gustan los afeminados..., ayer eran los rudos. ¡Amor, no puedo entenderte!

Trago saliva buscando responderle. Mas cuando por fin recreaba una actuación predilecta para hacerlo callar, Ashton Black llega a la cumbre de su paciencia, sacando a la diva que guarda dentro:

—Esta todo el mundo viendo... —dice en tono bajo— ¡Guardias!
¡Guardias, saquen a estos dos de aquí!

—¿Qué? Espera, Ashton, sólo es una broma de-

Mis ojos dan a la entrada del restaurant al caer en cuenta de las palabras de Ashton. Los dos guardias que resguardan la puerta vienen de camino en nuestra dirección, dando zancadas cual gigantes. Mi pecho se contrae ante la pasajera imagen de mi persona siendo llevada en un auto de policías por armar escándalo en un lugar público, como recientemente ocurrió en las noticias de una chica en el cine. Me levanto de golpe y siento la mirada de Jax sobre mí. Lo miro a sabiendas que por su culpa ambos estamos en problemas.

Los dos gigantes están cerca. Jax me hace un singular ademán con la cabeza y agarra las dos copas con vino. Entonces, en unos segundos, les lanza el líquido a los dos guardias, agarra mi mano y emprende camino hacia la libertad...

—¡Eres la persona más idiota que conocí en mis diecinueve años!

Apoyo mis manos en las rodillas en un intento por apaciguar mi respiración agitada. Jax se echa a reír cuando me observa en un estado tan malogrado.

—Deberías hacer más ejercicio, cariño. Y deberías estar agradecida, te salvé el culo de un gay no declarado. Soy una buena persona, Murph.

—Estaba todo perfectamente hasta que llamaste. —Acomodo mi ropa y le miro de pies a cabeza—. ¿Cómo hiciste todo eso?

—¿Hacer qué?

—Cambiaste mi tono de llamada y llegaste al restaurant.

Una sonrisa arrogante se dibuja en sus rojos labios.

—Tengo mis medios, nena. Creo que ahora estamos a mano.

Aprieto los dientes con fuerza hasta hacerlos rechinar. La victoriosa expresión de Jax es más desesperante de lo que pensé. Hago un esfuerzo casi sobrenatural por no dejarme llevar por el deseo violento de golpearlo, pero lo hago: tomo con fuerza mi bolso y lo estrello contra Jax con todas mis fuerzas.

—¡*Ouch!* —Se queja, cubriendo su cabeza— ¡Esto es violencia de género!

Antes de dar el siguiente golpe, un pensamiento me cruza por la cabeza y me detengo.

—Tienes razón, la violencia no arregla las cosas. Adiós.

Respiro hondo y me cruzo el bolso. Le doy una última mirada a Jax y salgo del callejón donde dimos a parar de tanto correr. Pero en cuanto salgo, una mujer de cabello castaño hace su aparición entre la multitud. Sus ojos dan con los míos con cierto ápice de esperanza que me resulta una tortura interna. Doy un paso hacia atrás, pensado en huir, mas ella se apronta a nuestro encuentro.

—Murphy... mira qué grande estás —dice con timidez.

Es Margary, mi madre biológica.

Capítulo 05: "La ley de Murphy".

—¿Y usted?

Un sutil movimiento con la cabeza es la respuesta más agradable que puedo darle a la mesera que se ha acercado a la mesa. Puedo sentir la mirada de Margary sobre mí, examinándome, y Dios sabrá pensando qué cosas.

Luego de toparme con ella en plena calle tras de sufrir la peor indignación que alguien como yo puede pasar, llegó este encuentro fortuito para demostrarme que estaba total e irrevocablemente equivocada; la peor indignación que puedo pasar es esta: estar sentada en una misma mesa que Margary.

—Entonces... —Posa sus manos sobre la mesa sonriendo. La pausa que ha hecho después de hablar me es más que incómoda, rogando dentro de mi interior el poder hacerme invisible para no tener que pasar por esta propuesta de la que no me pude negar aunque bien lo quise—. ¿Cómo estás?

—Eh... ¿Bien?

Ojalá alguien pudiese rescatarme de esta situación. No sé, tal vez una llamada, un mensaje... o algo por el estilo.

¿Nadie? Está bien.

—¿Te ha ido bien en la universidad? —Respondo asintiendo con la cabeza mientras juego a doblar una de las servilletas que saqué del centro de la mesa. Por voluntad propia seré una mujer muda hasta que este encuentro acabe— ¿A Gregory le está yendo bien en el colegio?

Asiento otra vez. Sé que muchos de ustedes pensarán que es un gesto infantil de mi parte —y créanme que respeto sus estúpidos puntos de vista—, pero pido que por unos segundos se metan dentro de mis sucias botas. Reencontrarme de casualidad por la calle con mi madre biológica es como si fuese un ex que me puso los cuernos multiplicado por mil. Así es, señores. No sé si debería llamarla mamá pues soy una fiel creyente que una madre no sólo es la que te tuvo dentro den vientre por nueve meses, sino la que te crió y estuvo contigo durante los años siguientes. Margary nunca estuvo allí para mí, sino que es una completa desconocida. Tampoco sé si debería tutearla o tratarla con honoríficos. Todo es tan extraño y frustrante.

—¿El chico de antes es tu novio?

—Jax e-

Momento, Murph, usa la parte funcional de tu cerebro.

Carraspeo, acomodando mi trasero en la silla. Por un milisegundo me atrevo a mirarla y vuelvo a clavar mis ojos sobre la servilleta que arrugué al escuchar su insípida pregunta, muy oportunista además.

—Jax es mi novio, sí. Y acabo de pelearme con él, quizás sea mejor que arregle las cosas con él antes de que cometa algo estúpido. Es alguien muy impulsivo, sobre todo cuando está molesto. Gracias por la invitación que no rechacé por cortesía pero creo que deberíamos dejarlo para otra ocasión (que espero no llegue jamás).

Tomo mi bolso y emprendo mi camino hacia la puerta de la cafetería pasando junto a la mesera que nos atendió hace unos minutos. Entre abre sus labios como si quisiese preguntar algo, pero se arrepiente

cuando le doy una mirada recelosa.

Salgo sin más, hecha una bala.

He tenido días malos y este.

Sí, este supera a todos los demás por mucho.

Mi historia con Margary es mala desde el comienzo. Papá y ella se conocieron una noche en un bar, conversaron y bebieron como es costumbre en esos lugares, se pasaron de copas y se aventuraron a conocerse de forma más íntima en una barata habitación de hotel. Nueve meses después, una bebita llorona y calva nació; sin embargo, Margary no la quería. Ella no la quiso nunca, pero los ruegos de papá suplicando que la tuviese fueron tantos, que decidió tenerla a cambio de una suma de dinero... algo así como un vientre comprado. La bebita llorona, ahora con algo más de cabello, se crió hasta los cinco años con una madre que no pasaba en casa, que prefería beber alcohol que ayudar con las tareas y que se divertía viendo TV basura. Ya a los seis años la niña llorona y no-calva se fue a vivir con su padre donde finalmente encontró a unas personas que no la trataban como una piedra en el zapato, sino como una más de ellos. Y aunque su único vínculo era su padre, nadie nunca la juzgó.

Fin.

Escucho los jadeos de Tony al entrar a mi habitación por la ventana. Desde mi cómoda posición en el suelo, puedo ver que su pie está enredado en la cortina complicándole obtener un equilibrio. A tropezones llega junto a mi lado, recostándose en el suelo.

—¿Por qué esa cara?

—Es la única que tengo.

—Tu humor es asombroso, Murph —espeta con sarcasmo—. ¿Qué pasó con la cita?

Bufo moviendo mis labios cual caballo relinchando. Decirle que mi día fue un mal presagio desde que me topé con Jax en la mañana es un cuento demasiado extendido; además, no deseo revivir cómo, a causa del mismísimo Tony, osó a agarrarme de la cintura —eso me recuerda tener que quemar mi abrigo, gracias— y consiguió profanar mi celular con música trivial.

Für Elise es lo "in", eso se sabe, pero Jax es de mente diminuta.

—Estuvo bien —me limito a especificar demás—, sobre todo el desenlace de ella. Al final terminé encontrando a Margary. Ella me invitó a tomar café y... No sé, inventé algo para evitar conversar con ella.

—Murph...

Tony voltea a verme. El tono con el que ha dicho mi nombre me ha sonado igual al de Saya, por lo que puedo hacerme una idea de qué piensa decirme. Tanto él como Saya quieren que deje de evitar el tema de mamá y converse sobre ello, aunque claramente es un tema del que no me gusta hablar ni cuando estoy de buenas. Creen que darle una oportunidad a esa mujer es buena idea. Sé que todos tenemos el derecho que enmendar nuestros errores, pero no quiero escuchar de ella sus "los siento mucho" que tanto oía de niña cuando caía en un estado depresivo post-borrachera.

—No digas nada.

—Murph, no seas así con ella. Es tu mamá al fin y al cabo.

—¿Qué pasa? ¿Ahora tú también me darás el sermón del perdón y eso? No quiero oírte, vejestorio.

Tony se echa a reír y pellizca mi mejilla.

—¿Sabes? Creo que ya descubrí cuál es tu punto débil.

—¿De qué hablas? —Volteo, usando mis brazos como almohada, quedando frente a frente. Una conversación anterior hace que caiga en cuenta de sus palabras. Habíamos estado charlando sobre las personas cosquillosas; Tony es cosquilloso del cuello, piernas, bajo los brazos, la cintura, los pies y no recuerdo dónde más. Intentó hacerme cosquillas en los mismos sitios donde yo le hice a él, pero no consiguió que riera en ningún momento—. Ah, las cosquillas. ¿Cuál crees es que mi punto débil?

—Tus pies, pero no correré el riesgo de tocarlos.

Abro la boca enfatizando mi expresión de ofensa. Él achina sus ojos incursionando dentro de mi cabeza para que responda si es así o no, a lo que respondo con un movimiento malvado de dedos en su cuello, lo que provoca que contraiga su cuerpo y atrape mis dedos.

—Mis pies huelen mejor que los tuyos.

Reirimino, girando mi cuerpo y colocándome encima de él. Frunce el ceño al sentir todo mi peso sobre él y se cubre con los brazos para que no le haga más cosquillas. Se encoje de hombros, sonriendo mientras hago un intento por destrozarlo con mis dedos juguetones. Sin embargo, la frase de Jax rebota en mi cabeza provocando que me petrifique cuando sus palabras cargadas de mofa clavan en lo más profundo de mi pecho.

«*Entonces es un amor no correspondido...*»

El *crush* de mi corazón probablemente ha llegado hasta los mismísimos oídos de Tony, pues me mira con los ojos sumamente abiertos. Dejo de respirar unos segundos. Mi sangre se acumula en las mejillas y un calor apabullante me consume por completo. Los ojos de Tony viajan por todo mi rostro, sonrojándose también. El silencio de la habitación hace que solamente se escuchen los gritos de los trillizos en la lejanía. Siento cómo la respiración de Tony se acelera con cada movimiento de su cuerpo. Entre abre sus labios, y yo los míos, pero nada decimos.

¿En qué momento las risas se transformaron en frases que no atrevemos a decir?

Tengo miedo.

—¿MURPHY LUDWIG REEDUS, QUÉ HACES FORNICANDO EN MI CASA!?

Ahora ten miedo, pequeña Reedus.

Papá entra a zancadas en la habitación y me agarra como si fuese un trapo sucio, apartándome de Tony. Mi vecino adolescente se levanta de golpe más pálido que una hoja de papel. En segundos, el resto de la familia llega para asomarse por la puerta de mi habitación, expectante.

—Se-señor Reedus, no estamos haciendo nada malo —titubea, acomodándose la ropa. Sus ojos se desvían hacia la puerta donde una sorprendida Chloe lo mira.

—Tony, yo pensé que eras un muchacho decente. —Papá se agarra el tabique de la nariz, negando con la cabeza, ya saben, para verse más ofendido y darle más drama a la absurda situación. Gira en dirección a la

puerta, espantando a los espectadores del ridículo show gratuito—. ¿Quién dejó entrar a este corrupto de mente?

Los nueve niegan con la cabeza repitiendo una y otra vez que ninguno de ellos fue.

Me cruzo de brazos y carraspeo, llamando la atención de mi airado padre.

—Papá, baja las revoluciones que sólo estábamos jugando. Además fui yo la que estaba encima de Tony haciéndole cosquillas. Y yo lo dejé entrar.

—¿Eso es cierto, Tony?

—A-así es, señor Reedus. Nada estaba pasando entre los dos y nada nunca pasará.

Auch.

—¿Cómo puedo estar seguro de ello? —inquire papá, caminando hacia él.

—Po-porque a mí me gusta Chloe.

El ruido de motores de los autos que transitan por afuera, es la sinfonía perfecta para darle al silencio de nuestro hogar un toque cómico. Sólo falta el grillo con su cantar para enfatizar la situación, pero claro, Emer tiene a sus insectos bien encerrados.

—¿¡Primero Murph y ahora Chloe?! Eso es aún peor de lo que creí... —murmura papá falto de aire. Se tambalea hasta mi cama, pero cuando Tony y yo pretendemos acercarnos para ver si se encuentra bien, alza su cabeza mirando a la abuela— Mamá, préstame el bastón de papá. Hoy

haré guardia y mañana mismo vamos todos a comprar materiales para enrejar todas las ventanas de la casa.

¿Alguna vez escucharon sobre "La ley de Murphy"? Papá debió estar tomado cuando decidió bautizarme con aquel nombre, pero creo que es un nombre que me calza a la perfección.

Si algo puede salir mal, saldrá mal... Hoy es un día de esos.

Capítulo 06: "El despertar del lobo".

Me quito los audífonos en cuanto papá detiene el furgón.

Como lo proclamó ayer, nos ha traído a todos los Reedus, apretados como sardinas dentro de latas, al centro comercial con el fin de comprar los materiales necesarios para enrejar la ventana por donde Tony frecuentaba entrar a mi habitación.

Él definitivamente iba en serio cuando nos dijo aquella advertencia, sin embargo, Saya se las arregló para convencerlo de no enrejar toda la casa. Y aunque intentó convencerlo de dormir con ella y no en el sofá de mi habitación, no hubo caso de hacerlo cambiar de opinión...

Tan terco.

Tony no hizo más que marcharse como perseguido por perros cuando papá le dio la orden.

Y así, un sábado por la mañana, todos nos hemos organizado para una salida que seguramente no terminará bien. No quiero ser pesimista, ni mucho menos hablar mal de *Los Locos Adams*; pero siempre que salimos todos juntos ocurre algo. Creo que ya les conté cuando los trillizos se perdieron, ¿no?

Pues no quiero ni imaginar qué ocurrirá hoy.

—Bien, vamos.

Los diez seguimos a papá por todo el estacionamiento hasta llegar al centro comercial donde nos plantamos como estatuas en la entrada causando una pequeña conmoción entre las personas que salen y

entran. El mal humor de papá se acentúa cuando un hombre se queja de nosotros y él pretende responderle, siendo detenido por Saya. Lo toma del brazo y le dice algo al oído. Con el ceño fruncido y la frente más arrugada que la misma abuela, asiente.

—Me parece bien —dice—. Hagan lo que se les antoje y estén atentos a sus celulares, en cuanto me desocupe los llamaré para comer algo.

Los más pequeños lanzan un grito de celebración — Los trillizos, Emer y Amira— y se marchan con Saya de camino a la juguetería. Noto que la abuela le da unos disimulados codazos a Jollie y luego carraspea.

—¿Qué pasa, mama? —pregunta mi hermana, inclinándose un poco hacia ella. Los años definitivamente no pasan en vano y el hecho de encogernos en la vejez es cierto, basta con ver a la abuela.

—Quiero irme a ver unas lindas pantis, ¿me acompañas, nieta preferida?

Chloe da un grito ahogado y adopta una evidente expresión de ofensa ante las palabras de la abuela, quien recae también en sus palabras y la mira.

—Tú también eres mi nieta preferida, Chloe, sólo que Jollie llegó primero.

Finn se echa a reír señalando a Chloe.

—Pobre Chloe, la única persona que te quiere es Tony.

Ella se cruza de brazos tornándose seria, pero sus mejillas se tiñen de un notorio color rojo.

¡Genial! Justo cuando estaba olvidando el haber sido rechazada indirectamente por Tony y sus inocentes palabras, llega Finn para refregarme el no poder ocupar nada más allá que un simple puesto como mejor amiga. No sé qué habré hecho mal para recibir tanta caca indirecta de parte de los dos, pero seguramente eso no cambiará. Estoy en la *friendzone* y nada podrá sacarme de allí, ni siquiera los constantes consejos que le doy a mi vecino adolescente.

—Chicos, no... —Jollie habla para calmar los aires—. Te acompañaré, mama. Vamos.

La abuela toma del gancho a Jollie, sosteniéndose con el bastón desde el otro lado. Se giran en dirección a la tienda de ropa interior más cercana para perderse luego entre las personas. En segundos, Finn, Chloe y yo quedamos solos.

—¿A dónde vamos nosotros?

Chloe y yo nos encogemos de hombros ante la pregunta de nuestro hermano mayor. Él entrecierra los ojos y se pone a examinar nuestro alrededor, hasta que un chillido de Chloe lo distrae.

—¡Vamos a ver los video-juegos, por favor! ¿Sí? Quiero probar los que tienen en el mostrador... ¡Por favor! —Junta sus manos y entrelaza sus dedos como haciendo una oración. Su rostro suplicante es digno para una fotografía.

Finn me lanza una mirada pretenciosa buscando mi respuesta ante la sugerencia de Chloe, pero me limito a responder con un gesto de hombros.

—Bien, vamos.

Sigo los pasos de Chloe y Finn viendo como ambos hablan animosamente de juegos para computador de los que no tengo la menor idea. Nunca fui una experta para los video-juegos, sino lo contrario. Lo mío es leer y lo dejé bien demostrado cuando aposté poder leer trescientas cincuenta páginas en un día. Dejé sin habla a Jollie y Finn cuando supieron que la apuesta maliciosa de comer testículo de ternero no se llevaría a cabo para mi fortuna, sino que ellos tuvieron que comérselos.

Nunca me sentí tan satisfecha en la vida real sin haber fantaseado con mis amores literarios.

Pero bueno, eso quedó para el recuerdo y tengo una fotografía de los dos vomitando los testículos. Creo que fue culpa de ellos dos que los baños dejasen de funcionar correctamente.

Pobres baños.

Cuando llegamos a la tienda de video-juegos, Chloe se apresura en ir a los televisores con diferentes consolas de juego. Finn se apronta en llegar a su lado y con un par de configuraciones los dos se ponen a jugar, siendo la menor quien se lleva la victoria. El grito de lamento de Finn llama la atención de los demás, incluyendo a los empleados del lugar. Niego con la cabeza en cuanto un nuevo grito por parte de Finn es la prueba viviente de cómo sería el llamado de apareamiento de un extraño pájaro, pues más personas curiosas comienzan a acercarse. Todos y cada uno de ellos intentan derrotar a una eufórica Chloe, quién parece haber consumido un litro de bebida energética.

No es hasta que derrota al último espectador, que uno de los empleados se aproxima a su encuentro, aceptando el desafío y quitarle el puesto.

La curiosidad me supera y debo acercarme para saber el nombre de tal inexpresivo empleado, el cual toma el mando entre sus manos y comienza a elegir el personaje a ocupar contra mi hermana.

«*Allek Morris*» alcanzo a leer.

Su nombre aparentemente corto y para una persona más vivaz no le viene en absoluto, siendo sincera. ¿Pero quién soy yo para juzgar los nombres de las personas? Basta con leer el mío para pensar que les habla un chico, pues mi nombre no es para una linda, sensible, honesta e inocente chica como yo.

Já, creo que desperté de buen humor. Ríanse, porque es el último chiste que haré...

El silencio emerge cuando el juego comienza. Un choque de miradas desafiantes es el único contacto ameno que yace entre Allek y mi hermana. Las campanas para iniciar el primer round se escuchan por la sala y los golpes afloran. Los personajes se mueven de un lado a otro, saltan, lanzan poderes y gritan.

Hasta que un grito de victoria enardece a la multitud.

Chloe ha vuelto a ganar, pero el sujeto inexpresivo no queda conforme con su derrota y le pide la revancha.

Mejor larguémonos de acá...

Asiento en silencio, respondiéndole a mi consciencia y me abro paso entre las personas que aplauden por el desempeño de mi hermana menor. No tengo la menor idea de qué lugar sacó su habilidad para los video-juegos, pero seguramente hoy por hoy sería una grandiosa *youtuber*. De todas formas —*tos, sarcasmo, tos*—, es lo que

está de moda últimamente. Aunque ciertamente no soy una consumista de internet, me he percatado que un resplandeciente futuro como *youtuber* no está del todo mal; pero para qué divagar de ello, yo soy mejor moderando en foros y escribiendo *fits* que nunca termino.

—¡Oh, rayos!

Miro a chica de rodillas en el suelo recogiendo unos papeles. Su familiar rostro pálido, expresión de aflicción, cabello rubio (igual de alborotado que el mío) y ropa desaliñada me parecen en extremo familiar. Me agacho a su lado para ayudarla a recoger los papeles junto a otras dos personas.

Le da las gracias a los dos desconocidos, y cuando le entrego los papeles me sonrío agradecida; sin embargo, cambia su expresión a una de asombro.

—¡Murphy! —exclama, riendo con más naturalidad— Cielos, no creí que te encontraría aquí.

—¿Qué te pasó, Michi? —curioso, ayudándola a levantarse.

Ella lanza un resoplido hacia arriba que mueven todo su cabello.

—Vine después de la universidad a imprimir sobre papel de fotografía y pues... tropecé. Oh, cierto... el saludo.

Deja los papeles bajo su brazo y me extiende una de sus manos para comenzar a hacer nuestro saludo de "*La hermandad Notrux*" en referencia a la saga de la que ambas somos fans. Correspondo a su saludo secreto con expresión solemne.

Michelle Wallas, o Michi —como todos la llaman—, es parte de un foro sobre «*Más allá de la Tierra*»; saga de dos amigos que viajan por el

espacio descubriendo constelaciones, estrellas y nuevos planetas. Si bien está catalogado como un libro para niños, ella y yo somos las únicas dentro del foro en tener más de dieciocho. Dentro de la página administramos diferentes tópicos y creamos un saludo secreto dentro de nuestra hermandad. Aunque nuestro saludo es bastante ridículo ante los ojos de los demás, para nosotras es algo casi religioso. Ya son casi dos años desde que nuestra amistad virtual surgió y, viviendo dentro de la misma ciudad pero asistiendo en universidades diferentes —ella está en una mucho más prestigiosa que la mía— nos juntamos de vez en cuando para charlar de la vida.

—¡MURPHY!

Agrando mis ojos al escuchar la chillona voz de Maya desde el otro extremo del centro comercial. Michi y yo nos giramos en su búsqueda, encontrándola dando saltitos y haciendo señas para que la vea. En cuanto cae en cuenta de mi "apreciación" hacia su persona, apresura el paso hasta donde nos encontramos.

—¡Mamá Maya está aquí, corazón! —Extiende sus brazos hacia los lados para luego apretujarme con ellos y mecirme de izquierda a derecha. Luego mira a Michi, examinándola; ella se encoge de hombros alzando una ceja y estremeciéndose con temor, como si un perrito chihuahua la estuviese olfateando... Aunque pensándolo desde una perspectiva fría, si fuésemos animales, a Maya le vendría a la perfección ser una chihuahua—. ¡Hola! Soy Maya, la mejor amiga de Murphy, su consejera en el amor, la luz de sus ojos y probablemente la futura psicóloga de tus hijos. Un gusto.

Michi me mira de reojo, después mira la mano extendida de Maya.

—Ah, yo soy Michi —informa ella, estrechando sus manos.

Maya agita las manos con entusiasmo y luego la abraza como si la conociera de toda la vida. Doy un paso al lado para evitar ridiculizarme más de lo que ya lo estoy haciendo.

—¡Genial! —Exclama Maya— Fíjense, somos el *Team M*. La pasaremos de maravilla hoy en el bar.

—¿Bar? ¿De qué hablas, Maya? Ya te dije que dejaras de fumar esas cosas raras que Petyr te da.

Maya me lanza una mirada de pocos amigos y se dirige a Michi.

—Cada viernes mis amigos de la universidad y yo salimos a una discoteca para cantar y charlar de la vida, ¿te animas?

Maya está loca. Tenía una referencia vaga sobre los psicólogos y los estudiantes de aquella carrera, pero Maya corrompe toda mi impresión sobre ellos. Creí que eran tranquilos, muy buenos para la lectura, con un punto de vista diferente de la vida, muy analistas y serios; no obstante, Maya es todo lo contrario, además de tener un poco de convencimiento impresionante, sus locuras son inquietantes...

...

Respiro hondo sintiendo el olor a trago y cigarrillo mezclados con un sutil aroma a lavanda. Llevo mi mano a mis ojos para frotarlos.

Instintivamente aquella acción me lleva a bostezar, para luego abrir mis ojos con dificultad. Miro el techo, descubriendo que es totalmente diferente al de mi cuarto, sino que está cubierto de póster de autos, deporte, películas de acción y series de televisión.

Doy un grito ahogado cuando la resucitada melodía de *Beethoven* en mi celular resuena por toda la habitación, provocando que la persona roncando junto a mí se mueva. Me siento sin pensarlo y corto la llamada, quedándome petrificada unos segundos buscando memorizar qué pasó. La persona cubierta por la sábana blanca con rayas azules murmura algo que no logro descifrar, pero me basta lo suficiente para deducir que no es una chica, sino un chico.

Le doy un último vistazo a la habitación, encontrando más posters y nada que se me haga familiar.

Calma, calma.

Hago otro intento por recordar qué pasó ayer sin obtener nada.

Todo está blanco.

Llevo mis manos a la sábana y la levanto comprobando que estoy en ropa interior. Trago saliva y mi cuerpo comienza a temblar. Alargo mi brazo en dirección al lado de la sábana que cubre el rostro del sujeto a mi lado. La agarro suplicando que no encuentre a alguien indeseable.

Pero allí está.

Jax frunce el ceño y se gira aun dormido dejando que sacos de lamentos se me vengan encima.

Capítulo 07: "Debe ser un malentendido".

Preguntar cómo rayos llegué aquí es lo de menos. La agravante de la situación es que haya amanecido con Jax a mi lado y... Cielos, esto es peor de lo que pensé... ¡Ni siquiera trae calzoncillos! Tener una idea definida dentro de lo que respecta mi cabezota no sirve para nada. Estoy hecha un lío, tanto mental como físicamente. Sé que soy lo bastante decidida y cuerda como para no dejarme engatusar por un mujeriego tan connotado como Jax, así que seguramente todo es un malentendido y nada ocurrió entre nosotros.

Seguro el muy bastado se aprovechó mi inocencia y me trajo hasta su departamento. De ser así que vaya considerándose muerto.

Espera, espera, no lo mates aún.

¿Qué más da? Si no lo hago yo lo hará papá, o la abuela con su bastón por simple hecho de amanecer con él al lado.

No, primero debo actuar como las personas civilizadas, seguramente todo es de verdad un malentendido y malinterpreto el contexto de mi precaria situación. En todos los libros —o en la mayoría— pasa lo mismo; la chica tiene una visión errada de la situación y todo tiene su explicación cómica. Sí, estoy segura que Murphy Reedus tiene las capacidades suficientes para decir que es un cliché andante y nada pasó.

Vamos, Murphy, intenta recordar algo...

—Chica, no seas tímida.

Maya insistió en que la acompañáramos, una vez más al club... o bar. Como sea. Y yo abrí mi bocota aceptando.

—Está bien —asentí haciendo una mueca—, quizás allí pueda encontrar un nuevo candidato para mi historia de amor.

—¿Piensas buscar a un chico en un lugar así? —preguntó Michi, con pasmo— No, no, no. Allí no encontrarás a nadie que no piense con su... virilidad.

Se encogió de hombros. Maya la observó unos instantes, inexpresiva, y habló:

—Te refieres a su...

—Maya —intervine, negando con la cabeza—, no es necesario que lo digas con tu chillona voz aquí... hay niños.

Hasta allí la situación era relativamente normal, hasta que llegó la noche.

Terminaba de arreglarme frente al espejo de cuerpo completo junto al closet. Allí, vi de reojo hacia la ventana donde antes no había nada ahora hay fierros que cubren exterior de ésta. El viento meció las cortinas y entre ellas, pude observar una nota amarrada a uno de los fierros verticales.

La carta decía:

«Supongo que este es el adiós a nuestras noches de desveladas»

Respiré hondo y arrugué la nota. Fue entonces que escuché a Maya gritar desde afuera de la casa.

Y sin más, nos fuimos al bar.

—¡Vamos, chicas, anímense! ¡Somos el *Team M*, ¿recuerdan?!

De las siete apretujadas chicas de la mesa, las únicas que estábamos como friki en fiesta éramos Michi y yo. Las amigas de Maya resultaron igual de locas que ella y pasaban de nosotras como si nuestra existencia fuese nula. Por un lado agradecí el hecho de pasar desapercibida de aquellas conversaciones sobre maquillaje y chicos reales. Mi pesimismo y amarga tragedia con Tony era el centro de mis pensamientos y solamente un sorbo de lo que fuese esa bebida anaranjada lograba disipar el incómodo dolor en mi pecho. Sentía la garganta ardiendo y un leve mareo al que no le presté mucha atención cuando Michi cubrió el vaso, y el dorso de su mano chocó contra mis labios.

—No deberías estar bebiendo tanto, a menos que quieras emborracharte y hacer una locura de la que te arrepentirás mañana.

—¿Lo dices porque tienes experiencia sobre ello? —Bromeé.

—Precisamente, la primera vez que bebí alcohol terminé declarando mi amor y vomitándole encima a Chase.

Hice un esfuerzo por recordar quién es ese tal Chase. Una charla en una fea plaza de la ciudad vino a mi mente trayendo retazos de quien es Chase.

—Ah, tu novio —dije más para mí misma. Michi asintió e intentó cruzarse de brazos, pero no pudo cuando la chica junto a ella le lanzó una mirada recelosa—. Bueno, no te salió nada mal...

—Sí, pero él todavía me lo restriega; además, beber alcohol mata neuronas.

Me eché a reír. Y bebí otro sorbo ante sus ojos molestos al no darle importancia a su advertencia.

—¿Sabes quién no tiene neuronas? Mi compañero de Expresión Vocal. Deberías conocerlo, es un idiota. —Apreté mis labios por el sabor amargo del trago. O quizás fue porque otra vez su rostro burlón y aquellas palabras cavaron en lo más profundo de mi psiquis—. Como sea, yo vine aquí con un objetivo claro.

Recorrí con mis ojos el bar, examinando a los hombres. Había hombres de aspecto roquero, hipster, empresarial, a quienes las 5 chicas de nuestra mesa ya las habían echado el ojo. Continué mi recorrido hasta las mesas frente al pequeño escenario pero sólo vi a chicas enloquecidas bebiendo y alucinando con el cantante de aspecto hippie que terminaba su actuación. Seguí hasta un sitio más apartado que daba hacia el pasillo de los baños y me detuve allí. Una figura familiar estaba apoyada en una de las paredes junto a una chica alta y rubia, quien le susurraba cosas al oído.

Lo reconocí al instante, porque definitivamente nadie puede olvidar a un espécimen tan peculiar como Spencer... Sin ofenderlo.

El muy pobre estaba como un niño siendo hostigado por el matón del curso, por lo que mi deber de heroína de libro no se hizo esperar y como pude entre tambaleos llegué junto a él.

—¡Spencer! —Lo llamé y me incorporé desde su otro lado. La rubia alta me miró con algo de desprecio. Yo hice el mismo gesto despectivo de ella y me coloqué en puntillas para verme un poco más de su altura—
¿Interrumpo algo?

La mujer se hizo hacia atrás el cabello y sonrió.

—No, veo qu-

—Perfecto, puedes alejar tus bubis de mi chico. Gracias.

Spencer se sobresaltó ante mis palabras, pero por debajo pellizqué su brazo para que me siguiera la corriente. Me quedó mirando a través de esas gafas horribles y dio un paso a mi lado, asintiendo con frenesí.

—¿¡Cómo te atreves?!

—Oye no lo digo de mala forma, quizás no lo dije con buenas palabras o me expresé mal, pero tus... ah, ¿bustos? ¿Así está mejor? Son enormes y casi estás punzándole el ojo, y como novia de él no es lindo tener que aguantar la escena. Además, él es muy bobo para decir no le incomoda tenerte cerca porque es hombre y claramente se está diciendo que no quiere verte los melones. Es muy tímido para poder decirte que tiene novia y así...

En ese momento no tuve idea de mis palabras, sino que hablé sin más. Enredarla era una parte improvisada de mi plan, pero los mareos no estaban en mi plano. Me tambaleé unos segundos y por unos segundos creí caer, hasta que las arcadas salieron a la luz. La rubia alta y con bubis enormes se asqueó de mi estado y se marchó junto a su orgullo.

Por mi parte, intenté calmar mis ansias de vomitar repitiendo una y otra vez la advertencia de Michi.

—¿Estás bien?

—Sí, sí. —Sacudí mi mano para restarle interés a mi estado—. ¿Eres Spencer, verdad?

—¿Tú eres la hermana de Jollie?

Asentí. Él se acomodó los lentes y se incorporó.

—Podrías decirle que me perdone. Vine a este lugar junto a Jax para buscar a chicas —Hice una pausa mental. ¿Por qué siempre debo

toparme con personas indeseables? Por cierto, cuando digo "indeseables" me refiero a Jax—, pero nadie es la candidata perfecta para mí... Yo sólo tengo ojos para ella, pero ni siquiera quiere leer mis mensajes.

Se cubrió el rostro con las manos y comenzó a sollozar.

—Oye, no llores. A nosotras nos gustan los chicos sensibles, pero nunca tan sensibles. ¿Entiendes? No llores... —Mientras palmeaba su espalda miré alrededor en busca del unineuronal, pero no di con su paradero—. ¿Dónde está tu amiguito inescrupuloso?

Spencer, cual niño pequeño, se limpió los mocos con un pañuelo sacado de su bolsillo y apuntó a su amigo sentado en medio de dos gemelas en los asiento de la barra.

—¿Qué clase de amigo deja a su amigo nerd solo?

Pregunté en voz alta, olvidando la presencia del nerd Spencer. Al caer en cuenta de mis palabras, lo miré esperando otro lloriqueo de su parte, pero en lugar de eso contesto:

—Descuida, después de tantos insultos y expresiones de odio en el colegio, me volví inmune a todo ello. No me importa lo que digan o piensen las personas de mí.

—Ah, okay. Bueno, me voy.

Hasta allí todo marchaba bien... ¿Entonces cómo terminé aquí?

Quizás este idiota me drogó y me trajo hasta para abusar de mi estado. Sí, debe ser eso. Quizás Spencer le dijo de mi presencia y aún molesto por lo que le hice, quiso finalizar su venganza con una sutil droga en mi vaso.

Oh, Dios. Necesito saber si hay un vídeo. Quizás ya estoy viendo viral por todas esas asquerosas páginas. Seguramente el muy desvergonzado hasta mi nombre le puso de título para que toda mi familia se entere de lo desdichada y tonta que fui.

Salgo de la cama y busco mi ropa, pero ni siquiera está en la habitación.

No hay tiempo para vestirse ¡busca el vídeo!

Sí, sí..., el vídeo.

Respiro hondo y recorro con mis ojos la habitación en busca de todo aparato electrónico disponible. Pero no doy con nada sospechoso. Jax ni siquiera tiene su celular encendido. Y el mío, no parece haber sido profanado de nuevo, lo que me lleva a otra búsqueda para no aceptar lo evidente.

Necesito respuesta, pero todo lo que consigo son más interrogantes, como el saber porqué Jax tiene un pizarrón enorme con el mapa de la ciudad y lugares tachados, ¿acaso tiene complejo de detective?

Sigue buscando, idiota.

—¿Qué es todo ese ruido?

La voz rasposa emanando de la cama, indica que Jax Wilson ha despertado por mi causa. El estómago se me revuelve y todo lo que puedo hacer es mirar en otra dirección cuando se levanta de la cama como si existiera entre nosotros una confianza como la de Tony y yo.

Cierro mis ojos apretando los puños.

Necesito respuestas y no las obtendré actuando como un ratón asustado.

Respiro hondo y me giro en su dirección, omito verle más abajo del ombligo y lo ataco colocándolo contra la pared y apoyando todo el peso de mi cuerpo en mis manos que lo sostienen por los hombros. Jax tiene la misma expresión aburrida de la primera vez que lo amenacé en clases, como si esta típica pose invertida de chico malo y chica buena no surtiera efecto ninguno.

—¿Tú, qué hiciste con el vídeo?

—¿Qué video? —pregunta sin cambiar su expresión, ni siquiera cuando lleva su mano a la cabeza para despeinarse el cabello— ¿Por qué estás tan a la defensiva? Oh, cierto, eres así por naturaleza.

Intenté hablar, pero mi lengua se trabó, lo que le sacó una sonrisa a medio labio.

—El vídeo de nosotros haciendo... lo que sea que hicimos.

Por un segundo ruego escuchar de su boca decir que todo es un malentendido, pero en lugar de eso emite un «já» arrogante y aparta mis brazos sin problema.

—No recuerdas nada, ¿verdad?

Saca un cigarrillo del velador donde mi celular se encuentra para sentarse en la cama. Busca en el cajón un encendedor y antes de disponerse a encender el cigarrillo, palmea la cama para que me siente.

—No —declino—, estoy bien aquí.

—Mejor, así puedo verte completa. —Me observa de pies a cabeza con lascivia. Gruño girándome hacia la puerta, pero antes de abrir me detengo al escuchar voces masculinas desde el otro lado—. No te

aconsejo salir así, mis compañeros de piso no son igual de santos que yo, excepto Spencer.

—¡Entonces ve por mi ropa!

Me examina de nuevo, remordiéndose los labios.

—No quiero. —Enciende el cigarrillo y lo lleva a su boca, acomodándolo a un lado—. ¿Sabes? Me resultaste mucho más fácil de lo que pensé. A decir verdad, nunca te imaginé aquí, pero ya ves como cambian las cosas.

—Dime qué pasó.

—Tuvimos sexo, cariño. Eso pasó. ¿Y sabes que es lo mejor de todo? — Abro mi boca para responder, pero él prosigue— Lo mejor de todo es que tú llegaste solita pidiéndolo. Ese chico Tony te trae loquita, Chica Suicida.

Tony.

Un frío sobrenatural me recorre por completo, y creo que no se debe a estar en ropa interior, sino a la mención de mi adolescente vecino. Una armoniosa canción me viene a la cabeza, transportándome de vuelta al bar. Recuerdo las bebidas, Los mareos, mi encuentro con Jax en la barra, su complaciente propuesta para ayudarme a conquistarlo, su rostro transformándose en el de Tony, el asqueroso beso que le di... y, finalmente, una atrevida yo pidiéndole ir a un lugar más privado.

Esto no es un malentendido. Esto es un error garrafal.

Capítulo 08: "Destruyendo a Jax".

—Oh, qué linda. No te conocía ese lado tímido, *Chica Suicida*.

Idiota.

Soy la deshonra de cualquier lector e historia cliché, seguro ustedes creen lo mismo...

Esto no fue como yo esperaba, ni mucho menos como suelen ocurrir en las novelas de comedia romántica. Esto es mucho peor. Ni siquiera merezco estar narrando esto... o continuar con las tres reglas que me prepuse, he caído tan bajo que ni siquiera sé si valgan la pena ahora. Digo, lo malo no es haber dormido con un chico, sino que lo hice con el más indecoroso, idiota y detestable de todos: Jax Wilson. Seguramente mi nombre ya está inscrito en su estúpida lista de chicas fácil y todo por...

Bah, ¿qué más da a estas alturas? Los accidentes pasan y los errores hacen del ser humano alguien más precavido. Y aunque nada de esta locura hubiese ocurrido si le hubiese hecho caso a Michi, debo destacar que no lo hice por Jax en sí, sino por...

Por mi vecino con "T".

Dilo ya, tonta. Tony. Apréndelo: T-o-n-y.

Oye, consciencia, no te pongas en mi contra que ya estoy demasiado destruida por dentro para que tú me achaques más.

Y sí, Dios, fue por él y nadie más que él. Lo que me convierte en una tonta desdichada.

Y en una borracha.

También, de haber bebido menos no estaría aquí, mirando hacia un lado mientras Jax se viste a paso de tortuga disfrutando del martirio que me provoca el estar aquí. ¿Qué pasará ahora? Probablemente lo que ocurre siempre: me ignorará y se olvidará de mí para siempre, o posiblemente me tilde como fácil, como lo dijo antes.

Hijo de Snow, pero qué descaro al decir eso. No quiero ni imaginar el gallinero que tendrá con sus amigos cuando nos encontremos en la universidad y le comente lo que hicimos, entonces el chisme se expandirá por toda la ciudad hasta los oídos de papá; él matará a Jax a palos y querrá mandarme a un pueblucho lejos de toda vida humana donde no hacen más que cultivar y cosechar, sin luz, sin agua caliente, sin librerías.

Oh, no.

No, no, no. Es hora de volver a la Murphy real y decidida para poner en su lugar a este unineuronal.

—Oh —expresa con cinismo—, al fin te atreves a mirarme. Ayer lo hacías con gusto, ¿sabes? Pero tranquila, seguro anoche fue mejor que tu primera vez con el niño tonto que te gusta. ¿Cómo era su nombre? Me lo repetiste una y otras vez mientras... tú sabes.

Asqueroso.

Debería ganarme un premio por abrir la boca y decir payasadas cuando estoy ebria, porque entonces no le habría contado a Jax que esta inocente lectora amante del romance tuvo su primera vez con su mejor amigo una tarde en que ambos estaban solos en casa. Ese momento lo recuerdo perfectamente, porque vamos ¿quién puede olvidar su primera vez? Fue como fuese (o quien fuese), es una cosa que no se olvida, algo

así como el primer beso, pero mucho más especial. Confieso que me dolió más que golpearse en el dedo chico del pie en un mueble, pero luego...

En fin.

¿En qué estaba? Ah, claro. Romperle el ego a un chico después del sexo es fácil; basta con una frase bien usada.

Tomen nota.

Carraspeo observándolo de reojo. Ya tiene sus típicos jeans gastados y ahora se coloca sus botas militares. Antes de vestirse, cuando todo permaneció en silencio y yo me torturaba mentalmente por mi garrafal error, Jax comentó en un tono cantarín que buscaría mi ropa para que me fuera, pues mi expresión le era como una tortura china. Claro, siendo él no apartó la mirada lasciva cuando dijo sus palabras, sino que su expresión arrogante y coqueta dejó mucho más que lamentar.

—A decir verdad —Vuelvo a carraspear—, él duró mucho más que tú. Creo que tenía razón cuando dijo que ya estabas gastado. Y no lo digo sólo por la duración, sino por... ah, bueno, tu amiguito de abajo... ¿acaso se va achicando con el tiempo? Lo siento, no sé mucho de los cambios fisiológicos que afectan a los hombres con el paso de los años, pero definitivamente a ti te afectaron. Lástima, te creí más un león, no un minino.

Lo miro dejando de lado ese tono de falsa inocencia. Jax está inmóvil, agachado y con sus manos a medio atar los cordones de las botas. Un silencio fúnebre y una sombra sobrenatural lo rodean, entonces, sé que es el mejor momento para dejar de lado mi vergüenza, agarrar mi celular del velador y salir a la vida en ropa interior.

Ya dormí con Jax, ¿qué puede salir peor?

Una risa que mezcla inseguridad con incredulidad, sale disparada de los labios del unineuronal. Prevengo sus movimientos y me adelanto ellos agarrando el celular y salgo a un pasillo largo, cerrando a mis espaldas la puerta del cuarto. Afuera hay un peculiar aroma a comida, se escucha música en la radio, oigo unos tarareos y risas de chicos, y sobre un sofá café, mis jeans.

Tan lejos y tan cerca...

Escucho los pasos desde el interior de la habitación de Jax, así que entro a la primera puerta frente al pasillo. Cierro la puerta y me apoyo en ella. Dejo escapar un suspiro de alivio que es parado en seco cuando me topo con los lentes gruesos, el peinado con la raya al medio, el chaleco a cuadros y las marcas de acné de Spencer.

Él hace un gesto de querer gritar, pero le hago un gesto para que no diga nada. Sus ojos viajan por mi figura y noto cómo le hierven las mejillas.

—No digas nada, Spencer —me apronto a decir—. Anoche te ayudé con la "melones" esa, así que ahora necesito tu ayuda... Por favor.

Camino hacia él. Está sentado en la silla de su escritorio, frente a lo que parece ser un invento... o el intento de eso. Al notar que me acerco, aparta la vista cerrando sus ojos.

—Cl-claro, ¿qué necesitas? —Pregunta raspando la voz. Luce nervioso, como si nunca hubiese visto a una chica en ropa interior.

—Mi ropa está en el living, necesito que la recojas por mí para largarme de una buena vez de acá. ¿Puedes hacerlo?

Asiente repetidas veces sin abrir los ojos. Se levanta como puede de la silla, extendiendo sus brazos para los lados y camina hacia la puerta a tropezones. Me hago a un lado mirándolo. ¿Qué clase de chico puritano es? Si tuviese inclinación a chicos como él (y me refiero a los de su especie) probablemente no sería tan menso como Jollie. Spencer parece un buen chico, quizás demasiado inocente, pero eso no le quita lo lindo de ¿su corazón? Sí, porque físicamente... Si hicieran un concurso de chicos feos, probablemente lo ganaría sin problemas.

Ah, pero cierto, hay que fijarse en el corazón de las personas. Olviden lo que estoy diciendo. A decir verdad, estoy muriendo de nervios. Lo único que quiero es llegar a mi casa.

La melodía de *Für Elise* vuelve a sonar, causándome un pre-infarto.

Con el celular en mis manos veo la pantalla, sólo para ver que tengo una llamada entrante de la bruja de mi jefa.

Capítulo 09: "Reducción de personal".

Silencio la llamada sabiendo bien que estoy perdida. He descuidado mucho el trabajo por diferentes problemas, y probablemente eso conllevará mi despido. Que me llame la mano derecha de Lucifer es una cuestión grave. Seguro debe estar escupiendo fuego por la boca y dándole latigazos a Thiare y Dell preguntándoles sobre mi paradero. Ella es un caso serio, aunque ya deben haberlo notado. Estirada y malhumorada. Espero no terminar como ella, porque a este paso (y como van las cosas) creo que tengo el pase ya comprado para serlo.

—Aquí está tu ropa.

Spencer me tiende la ropa bien doblada sobre sus manos, junto con mi bolso. Está mirando en otra dirección y luce igual de nervioso que antes, aunque las tonalidades rojas de su avergonzado rostro ya no son tan agravantes.

Recibo la ropa sintiendo en el interior de mi pecho un alivio satisfactorio.

—Gracias, Spencer. —Comienzo a colocarme los jeans mientras él está con los ojos cerrados—. Por esto te compensaré con lo que quieras para ayudarte con Jollie.

—¿¡En serio?! —De la pura emoción gira para mirarme con los ojos brillosos cual caricatura de la televisión. Al ver que aún no me visto por completo, vuelve a girar escondiendo su cabeza entre sus brazos—. Lo siento.

—Tranquilo. Pero sí, pregunta lo que quieras.

Metó el celular en el bolsillo trasero del jeans. Me pongo la blusa que tiene un desagradable olor a cigarro y trago, y continúo con los zapatos. Soy una inexperta para salir a bares, discotecas y ese tipo de ambiente que retratan siempre en las historias, por lo que después de meditarlo, opté por ponerme algo básico para salir.

Debí verme como una vagabunda al lado de la melones rubia que acosó a Spencer.

—Quiero... quiero saber qué tipo de chicos le gustan.

—¿Qué tipo de chicos le gusta Jollie? Ah, por cierto, ya me puse la ropa.

—Spencer asiente, volteando a verme. Largo un suspiro y lo recorro con mis ojos—. Pues le gustan todo lo contrario a ti. Anoche te dije que a las chicas nos gustan los sensibles, pero nunca taaaan sensibles. A Jollie le gustan los chicos rudos que son sensibles. Por algún motivo tenemos la tonta idea de poder cambiar al chico malo por arte de magia. Jollie es una de ellas. Pero no creo que necesites aparentar ser el chico malo para gustarle a alguien, aparentar ser alguien que no somos para conquistar es una pachotada más estúpida de la que acabo de la que cometí anoche. Yo diría que mejor le demuestres que puedes hacerla feliz. Ya sabes, usa ese tipo de cursilería de las telenovelas, conquistala con detalles.

—Espera, ¿pu-puedes repetirlo?

—No. Sólo no cambies para mal por alguien, eres lindo como eres, Spencer. —Vuelve a sonrojarse—. Lo que sí te cambiaría es ese peinado y esos lentes. —Me levanto de la cama con las botas ya puestas, y camino hacia el pretendiente de Jollie, quien al verme de pie se acomoda

las gafas—. No está mal querer verse intelectual, pero tampoco hay que exagerar, y siendo sincera, pareces un ratón de laboratorio.

—Tengo lentes de contacto...

Esbozo una sonrisa y aplaudo.

—Perfecto, úsalos. Ah, ¿afuera estaba Jax?

—No lo vi.

—Bien. Gracias de nuevo, Spencer, cualquier cosa puedes ir a «CoffeDreams» y preguntar por mí... si es que no me han despedido antes.

Spencer esboza la mejor de sus sonrisas. Me despido con un abrazo al que responde con perplejidad y salgo de la habitación con cautela, procurando no emitir ningún ruido. Las noticias en la radio continúan, pero los tarareos no. Me asomo hacia el living; todo está más sucio que sala después de clases. Típico entre los universitarios. Sin nadie para descubrirme —o hacerme algo peor— salgo del departamento sana y salva.

Ahora debo concentrarme en que este error no se vuelva a ocurrir. No quiero a Jaxcitos corriendo por todos lados...

¡Mierda! No recuerdo si usó preservativo.

¿Uso o no usó? ¿Usó o no usó?

Independiente de eso, ¿cuánta probabilidad hay de embarazarme como ocurrió en el libro que recientemente leí? No puedo tener la misma suerte de Annie. Aunque si venimos al caso, tengo por nombre el peor nombre

de la vida, lo que conlleva a ser la diosa de la mala suerte. Ya saben, la ley de Murphy corre gratis desde mi hemisferio.

Debo ser precavida.

—Hola, buenas. Quiero diez test de embarazos, gracias.

La sonrisa cordial de la farmacéutica desaparece en cuanto le hago el pedido. La mujer a mi lado deja la conversación al aire, el anciano desde el otro lado se acomoda los lentes de sol y reafirma el agarre de su bastón. Miro a la farmacéutica esperando una respuesta de su parte, pero ella no parece salir del choque de mi pedido.

—¿Disculpa?

Blanqueo mis ojos sabiendo que, tanto ella como los presentes, escucharon perfectamente lo que dije.

—Quiero test de embarazo, para saber si el idiota con el que tuve sexo anoche me embarazó. ¿Entiende ahora?

—Dama, eso se sabe después de unos días. Si se hace el test ahora posiblemente le saldrá negativo.

Busco mi dinero bien guardado en el bolso y lo pongo sobre la mesa.

Sí, yo también me sorprendo de que el unineuronal no lo haya robado.

—Sólo deme los test. Usted vende y yo compro, eso es todo.

...

Analizo mi entrada a la cafetería sin verme sospechosa. O mejor dicho, para que la jefa Penny no quiera degollarme viva por ser tan irresponsable en el trabajo.

He estado tan desaparecida de este lugar que ya se me hace frío, oscuro, lleno de orcos hambrientos y snobs. Y cuando digo "orcos hambrientos" me refiero a las dos locas que les dije al principio de la historia que eran mis amigas. Amigas ingratas que se han olvidado de mí. No hay llamadas, no hay mensajes, no hay rastro de vida humana dentro de ellas, por eso decidí llamarlas "orcos". Resulta que esperé a que discutieran, pero sin mí ahora resulta que se llevan como hermanas.

Ingratas, ya no me necesitan para separarlas cuando peleaban. Y para rematar, son unas traidoras que salen a comer pizza y no invitan.

Lo sé porque las vi por *Instagram*.

Con estas amigas para qué enemigas... No importa, los libros me hacen compañía. Sus hojas hablan y dicen más que ustedes, orcos come-pizzas.

Entrar por la cafetería entre todos los clientes llamará mucho la atención, sobretodo porque llevo conmigo la llamativa bolsa de la farmacia y un aspecto deprimente. Ni siquiera me he lavado los dientes, o lavado la cara. Por suerte, en los casilleros de los vestidores tengo cosas para verme como una persona normal.

Alargo el paso en dirección a la puerta trasera de la cafetería, donde sólo el personal autorizado puede entrar. Suele estar vacío y nadie entra o sale por allí a menos que quiera fumar, cosa que nuestra simpática, amorosa y cordial jefa —*tos, sarcasmo, tos*— no tiene permitido.

Aferro la bolsa con los test a mi pecho y, antes de agarrar el pomo de la puerta, miro hacia todos lados comprobando que nadie me vea. Soy un pez muerto, pero si llego a los vestidores, me pongo el uniforme y finjo que estaba en el baño, puede que el reto no sea tan grande.

¿Quién no ha tenido problemas estomacales alguna vez?

Abro la puerta y ésta hace un rechinado salido del inframundo. Trago saliva y me dispongo a entrar; sin embargo, antes de poner un pie dentro, una mano recae sobre mi hombro. Es el sutil aroma cítrico lo que me hace saber perfectamente de quién se trata.

—Murphy Reedus.

—Jefecita —Me giro esbozando la mejor de mis sonrisas—, ¿qué tal su día?

—Maravilloso. Estoy reduciendo personal ahora mismo, Murphy.

Esto es malo. Esto es muy malo.

—¿Lo dice en serio?

—Sí. Has estado saliendo y entrando a la cafetería, desapareces cuando quieres, le gritas a los clientes, estás distraída... Tengo más de una razón para despedirte. Me has dado muchas horas de enojo. —Se inclina hacia mí. Por alguna razón aparente me siento diminuta. Soy un gnomo pelirrojo y asustado—. Ya no lo tolero.

Exhalo el aire de mis pulmones emitiendo el sonido de un globo botando todo el aire que contiene hasta hacer un sonido agudo y molesto. Me arrimo a la bolsa de la farmacia viendo cómo todo mi mundo se viene abajo.

—Prometo trabajar arduamente, no leer en el trabajo. Llevo ya tiempo trabajando aquí. He tenido problemas, pero puedo...

La mano tendida de la jefa hace que guarde silencio. Agita sus dedos como si esperara que le entregue algo. Al no comprender qué, resopla y mira la bolsa que tengo entre mis brazos.

—¿Qué tienes allí?

—Nada interesante, jefecita.

—Déjame verlo y veré la posibilidad de no despedirte, Murphy. —A regañadientes, le hago entrega de la bolsa. En silencio, abre la bolsa y mete su mano dentro, sacando uno de los test de embarazo. Entre abre sus labios con sorpresa, alza su cabeza y me mira—. ¿Así que esto es por lo que has estado faltando?

Miro hacia el lado un segundo sin comprender lo que dice, luego vuelvo a mirarla.

—Ah... ¿Algo así?.

Capítulo 10: "Momento de lucidez".

Mi querida jefa parece repasar dentro de su cabeza la respuesta que acabo darle. Probablemente ahora todo tiene sentido para ella, y desde un punto de vista más objetivo, el que crea que estoy embarazada o tenga sospechas sobre ello, me sacará del problema que tengo. Seamos claros, nadie puede ser tan pedante e inmoral para dejar sin trabajo a una joven estudiante embarazada. Es una cuestión de misericordia, *La mano derecha de Lucifer* no puede ser tan malvada.

¿O sí?

—Si este es tu problema, con mayor razón no puedo dejarte aquí. Las embarazadas se vuelven un problema con el tiempo. Mareos, vómitos, antojos... No puedo permitirlo. —Abro mis labios para pedir una vez más clemencia, pero ella alza su mano y me calla al instante. Su expresión fría demuestra que mi apodo está bien usado después de todo. Le queda a la perfección ser llamada como tal cuando ni siquiera se apiada de una embarazada. ¿Qué clase de persona vil es?—. Adentro está el sobre. Recoge tus cosas, Murphy. Estás despedida.

Mete el test de vuelta a la bolsa y se adentra a la cafetería haciéndome a un lado como si fuese una escoba en su camino. Una muy despeinada y choqueada.

Nunca esperé ser despedida de acá. Si bien es cierto que estuve a punto de serlo en muchas ocasiones, creí que mis astutas frases resolvían las cosas. No obstante, esto es completamente diferente. ¿Qué será de mí y mi universidad ahora? Los gastos de la tarjeta de transporte, la colación, los materiales...

Estoy hecha un lío.

Si esto es una prueba de vida para ver qué tan idiota soy, seguro ya me llevo el premio mayor.

Estoy despedida, es un hecho. Pero si no voy a volver a poner un pie dentro de esta cafetería, tendré que hacer una última cosa.

—Jefa, espere. —Me adentro a la cafetería. Penny Oldman, ahora mi ex jefa, se detiene al escuchar mi llamado. Se gira con altivez observándome como si fuese una hormiga fácil de pisar. Sus arrugas y ojos azules se acentúan con el foco de luz que está justo por encima de ella. De pronto me siento encima de la tarima que hay en la universidad, y donde solemos ensañar e improvisar para la materia de Teatro Clásico. A mi alrededor todo se torna oscuro y el drama comienza, señores—. Ahora que me has despedido me siento libre de decirle unas cuantas verdades.

Ella blanquea los ojos.

—Murphy, no estoy para juegos. Soy una mujer ocupada, no una universitaria sin trabajo.

—Usted es la persona más arrogante y déspota que pude conocer en mis diecinueve años. Trata como basura a sus empleados y sólo tiene fijación por el dinero. ¿Sabe? —Saboreo mis palabras, aunque se me hace extraño tutearla aún— No me extraña que sea una vieja amargada y solitaria que, probablemente, ahogue sus penas en vino después del trabajo sentada en el banquillo de su cocina, preguntándose y rememorando todos los errores de su vida, y cuando ve al otro día a jóvenes llenos de vida quiera convidarles un poco de su amargura siendo una bruja. Le aconsejaría que cambie, pero a sus años creo que no

servirá de mucho. Ahora sólo me resta agradecerle por abrir mis ojos y saber que podré tener un mejor trabajo en otro lugar.

¿Y ahora es cuando llama a la policía, verdad?

—Tienes diez minutos para largarte de acá, tú y todas tus pertenencias.

Creo que no.

Quizás fui demasiado lejos con mi antigua jefa, pero en el momento disfruté como nadie el decirlo. Me sentí tan libre y plena que lo volvería a repetir si pudiera. Lo malo es que dudo mucho que haga una carta de recomendación y me costará encontrar trabajo, lo bueno es que mi vasto conocimiento en el placer más adictivo de la vida puede ayudarme a conseguir trabajo en una librería. O en la biblioteca municipal.

Oye, eso no estaría nada mal ¿verdad? Sentir el olor a hojas antiguas, a libros recién impresos, el sonido peculiar que hacen las hojas al girar de página, los murmullos bajos, la unánime pasión por la lectura.

Ahh... los reales placeres de la vida.

—Murph...

Dell y Thiare se asoman por la puerta del vestidor. Sus rostros achacados son el informante perfecto para saber que mi despido ya ha llegado a sus oídos.

—Ah..., ahora me hablan ¿verdad, orcos come-pizzas? —Mi tono acusante no parece caerles en gracia, pero no parecen molestas, sino más bien ofendidas.

—¿Estás leyendo esa mierda de la "Tierra Media" o qué? —pregunta Dell frunciendo el ceño.

La miro de reojo unos segundos y continuo guardando mis cosas en una bolsa mal oliente que encontré dentro de la taquilla.

—La jefa nos contó todo, pero queremos escucharlo de tu boca, Murph.

Una carcajada incrédula sale disparada de mí. Guardo lo último que tengo y le hago un nudo simple a la bolsa.

—No hay mucho que escuchar, pero esto debe ayudarte a comprender.

—Saco de mi muñeca la bolsa de la farmacia y se la entrego a Dell—. En resumidas cuentas, un malentendido pasó a un error. Eso es todo.

...

Le doy un enorme mordisco a la pizza. La mezcla de sabores sacados del mismísimo Edén, son la prueba infalible que me asegura que la pizza es la comida más sublime que el hombre pudo crear. Dicho y hecho, mastico con entusiasmo la masa apreciando con delicadeza la porción que me queda por comer. *Marco's* es el mejor lugar donde comer pizza de toda clase. Él y todos sus trabajadores fueron bendecidos con un don para esto, no me cabe dudas.

—¿Podrías dejar de elogiar mentalmente la pizza y contarnos qué ocurrió de una puta vez? —Dell: siempre tan sutil con las palabras. Extrañaba escuchar sus groserías y su mal genio. Thiare no parece interesada en que su amiga-orco esté mirándola con asco, sino que tiene una pequeña relación con su propio trozo de pizza—. Quiero saber por qué tienes diez test de embarazos, ¿perdiste la poca cordura que tenías?

—Anoche tuve sexo con el idiota de Jax, ¿qué querías que hiciera?

Dell golpea la mesa. Por unos segundos la veo como un pitbull rabioso que me gruñe.

—¡Pero para eso está la maldita píldora del día después! ¿¡Es que no sabes de biología y esas mierdas?!

—No, y poco me interesa. Hasta ahora mis únicas fantasías habían sido con chicos de libros. sinceramente, nunca pensé que intercambiaría información genética con alguien real.

Mi primera vez con Tony es un caso aparte.

—Esto es culpa de los libros —comenta Thiare en medio de un resoplido. Se echa sobre el respaldo de la silla y se frota el estómago como si hubiese participado en un concurso de comida.

Oh, mis pequeños, ustedes no tienen la culpa.

Ambas me miran esperando a que les cuente la historia más interesante de la vida, pero lo cierto es que no tiene nada de "interesante", sino que es una historia llena de horrores.

—No, yo fui la estúpida...

—Estoy esperando, cuenta qué pasó, Murphy. Vamos, se nos acaba la hora de almuerzo.

Cojo el otro trozo de pizza y lo examino hasta que mi visión se torna algo borrosa, mientras retazos de lo que ocurrió anoche en el bar se van acentuando dentro de mi cabeza tornándose más claros. La mirada acusadora de Michi a mi lado era de permanente dolencia, sabiendo que estaba cometiendo un acto suicida y yo no quise obedecerle. Llevaba tres vasos de tragos que nunca en mi vida había probado, que sabían amargos y me dejaban un picor en la garganta.

—¿Recuerdan cuando Jax me sacó de la cafetería? Bueno, hasta ese momento nada pasaba con él, simplemente éramos compañeros de

Expresión Vocal. Resulta que un amigo de él engañó a mi hermana usando una fotografía del unineuronal como señuelo. Tras saber eso, me di cuenta que el chico no es una mala persona, sino alguien con malos amigos... como yo.

—Ajá, y yo me casaré con Brad Pitt —expresa Thiare con sarcasmo enseñando el bolón de pizza ensalivada de su boca.

Hago una mueca asqueada y prosigo:

—Bueno, anoche salí con unas chicas a un bar y me lo encontré siendo acosado por una rubia con más silicona que el trasero de Nicky Minaj, y lo ayudé. Resulta que no andaba solo, sino con Jax. Recuerdo que bebí más de la cuenta para ahogar las penas amorosas que atormentan mi corazón y...

—Espera —Dell mueve sus manos con dramatismo y las estampa contra la mesa—. ¿Qué penas amorosas?

—Las que tengo con chicos de libros, ya sabes, Patch, Peeta, Jake, Sirius...

—Dudo mucho que un amor de libro te lleve a ingerir alcohol. ¿Acaso te gusta alguien y no nos has dicho quién? —Thiare me mira perspicaz, buscando la respuesta dentro de mi cabeza. Uso mi mayor conocimiento en teatro para no lucir nerviosa, sino más bien aburrida por la acusación, pero el simple gesto de morderme los labios hace que ella sonría victoriosa—. ¿Quién es el desafortunado?

—No es nadie.

Mis amigas se miran entre sí, y vuelven a mí.

—Si tú lo dices...

—Como sea. Debí de más y quise pedir un trago más. Recuerdo que le dije a Maya que sería el último trago. Me dirigí a la barra y me encontré a Jax... y pasó.

Sí, recuerdo cuando el rostro preocupado de Maya se presentó ante mí, pero como toda buena actriz demostré que estaba aún en mis cinco sentidos principales, aunque el sentido común estaba por el suelo. Caminé tambaleándome hasta la barra y choqué con el hombro de un sujeto que vestía chaqueta de cuero. Él hizo un gesto extrañado y habló con un sutil dejo de arrogancia e impresión: "Chica Suicida, no creí que eras del tipo que visita estos lugares". Mi respuesta no hizo más que encender la llama lujuriosa que se precipitaba en su mirada. "Hay muchas cosas que no sabes de mí, Tenorio", respondí sonriendo. Él acercó el banquillo vacío a su lado y le dio dos palmaditas para que me sentara. Yo respondí gustosa a su invitación. Luego de eso, no hice más que abrir la boca para relatarle con delirios y sollozos sobre cómo mi miserable vida no deja que pueda expresar mis sentimientos amorosos sin avergonzarme de ellos, e ignorándolos por completo aunque siempre se presentan. Y, por una milésima de segundo, cuando acabé el trago que el barman nos sirvió, la voz de Jax se volvió difusa. "Puedo ayudarte a conquistarlo" sugirió, entonces todo su rostro se tornó la de mi adolescente vecino. Un impulsivo beso fue todo lo que pude hacer y luego un gesto a las chicas con las que había ido al bar diciéndoles que me marcharía con Jax. Los besos no pararon, ni tampoco las caricias, sino que todo se fue intensificando y acabó en locura desenfadada.

Lo peor de todo es que por un segundo, una milésima de segundo, tuve un momento de lucidez, y ese momento de lucidez es el error por el que me arrepiento.

—Oh, vieja —salta Dell—. Tendrás que bañarte en cloro.

Capítulo 11: "Nada pasó".

Golpeo la puerta blanca que yace en frente. El momento decisivo para contarle a *Los Locos Adams* el porqué estoy en casa tan temprano —y probablemente, el porqué compraré el periódico más seguido desde ahora— ha llegado. Me siento como un hombre el cual llega donde su familia con la mala noticia, cargando las preocupaciones venideras. Si bien yo no soy quien mantiene a Los Reedus, siempre quise aportar un granito de arena. El dinero no sólo me servía para deleitarme con libros, sino también para ayudar a nuestra numerosa familia como pago por tenerme con ellos sin juzgar que sea sólo mitad loca.

Siento los pasos de Jeffrey, Jessy y Jensen desde el interior. El último de los trillizos se asoma por la ventana y me saluda meneado sus manitos con entusiasmo, mientras los otros parecen tener una riña sobre quién abre.

Es Amira quien les grita y los dos se echan a llorar.

La puerta se abre y en un pestañear me encuentro dentro de la casa.

—Hola, Tercera —saluda cerrando la puerta.

—Hola. —Ups, creo que he sido sospechosamente cortante—. Iré a bañarme.

Subo la escaleras como apaleada por una multitud furiosa. Dejo mis cosas sobre la cama, busco una toalla en el último cajón del closet y salgo de la habitación. Ya después de unos minutos en la bañera, salgo y me dirijo a la habitación. Las cortinas están abiertas dejándome entrever hacia la casa continua, justo a la ventana de Tony. Respiro hondo

apartando cada uno de mis pensamientos y cierro las cortinas para comenzar a vestirme.

—Tercera, ¿estás ahí?

Papá golpea la puerta. El momento de la verdad llegó.

—Ah, sí, termino de vestirme.

Me pongo el pijama a la velocidad de la luz y escondo las bolsas con los test dentro de un cajón en el closet. Antes de abrir la puerta, me miro al espejo e intento controlar mi nerviosismo. Ya lista, le abro la puerta a papá, quien se asoma y luego entra. Mira mi habitación como si buscara algo y luego sus ojos recaen en mí.

—Creí que estarías trabajando. Maya dijo que pasarías directo de su casa para allá. —Repentinamente siento un nudo en la garganta y mi pecho agitarse. Sube y baja con rapidez provocando que mi respiración se haga más sonora. Mis ojos pican y son vidriosos. Papá alza sus cejas con sorpresa y se apronta a estrecharme entre sus brazos con un «Oh» compasivo que me destroza el alma—. ¿Qué pasó, pequeña?

Muerdo mi labio inferior para no llorar y carraspeo.

—He tenido un día horrible. Me despidieron de la cafetería.

—Bah, tu jefa esa no sabe lo que se pierde. Tranquila, todos nosotros nos ocuparemos de buscarte un nuevo empleo a tiempo parcial, ya verás.

Cierro mis ojos sintiendo su abrazo con más fuerza, reconfortándome completamente. Esbozo una sonrisa y abro los ojos, encontrando a los demás Reedus asomados por el umbral de la puerta viéndonos con expresiones curiosas.

Nota mental: Agradecerla a Maya el haberme cubierto.

«Se miraron a los ojos embriagándose en la inmensidad que estos les brindaban y recitaron las palabras que sellarían su amor por el resto de la eternidad...»

—Fin...

Seco una lágrima invisible del rabillo de mis ojos y beso la contraportada del libro que acabo de terminar. Nunca había tardado tanto en leer uno, pero dado a los últimos acontecimientos no había podido. Ahora, después leer en lo que llega el profesor Leyton, sólo puedo quedarme con ese sabor entre melancolía y felicidad que «El gato que se enamoró del pájaro» me ha dejado.

Respiro hondo y aferro el libro sobre mi pecho, cerrando mis ojos. Rutina que tomé desde hace ya tiempo.

Nada ni nadie puede quitarme este sentimiento de plenitud.

Nadie, excepto...

—Jax llamando al planeta suicida. ¿Aló?

Claro, Jax Wilson, a quien había estado ignorando desde hace un rato.

—¿Podrías dejar de patear mi mesa?

—¿Por qué? Tú lo hiciste gustosa la otra vez... y no, no me refiero a eso.

Conserva la calma Murphy, recuerda que es un idiota que habla siempre en doble sentido.

Respiro hondo mirando hacia el frente. Adiós a la plenitud y dicha de haber terminado el libro, hola a los desaires con mi compañero de Expresión Vocal.

—¿Qué quieres? —pregunto, colocando el libro sobre la mesa. Él observa la portada del libro unos segundos y luego sonrío a medio labio.

—Vengo a sacarte la verdad.

Arrugo mis labios sin comprender de qué rayos habla.

—¿Qué verdad?

—Que gozaste plenamente de lo que hicimos el sábado por la noche, cariño.

—¿Qué pasa, Tenorio? ¿Acaso lastimé tu orgullo?

Achica sus ojos mirándome con recelo y luego se agacha junto a mi mesa, apoyando sus brazos sobre ésta.

—Juraría que fue al revés, Chica Suicida, fuiste tú la que salió asustada de mi habitación —espeta con una diminuta sonrisa.

—Es que no te has visto como amaneces por la mañana —Chiste malo, lo sé—. ¿Y qué haces acá? Lo que pasó no se volverá a repetir, ten eso presente. Ahora si me disculpas, acabo de terminar un libro y quiero quedarme con esa sensación de felicidad, pero tú rostro la opaca.

Gracias y adiós. —Sus ojos se tornan de aburrimiento. La entrada del profesor Leyton no parece inquietarlo en lo absoluto, sino que permanece con sus ojos fijos en mí. Clamo a mi consciencia para que ésta me quite las ganas de abofetearlo y abro mi bocota de nuevo—. ¿Puedes irte ya?

—¿Por qué? ¿Mi presencia te inquieta?

Definitivamente habría preferido que me ignorase. De haber sabido que estaría pegado a mi mesa como goma de mascar, no le habría dicho lo de antes.

—El profesor ya está aquí y...

—Reedus, Wilson ¿qué pasa por allá? ¿De nuevo quieren pasar adelante?

Le doy una mirada desafiante a Jax y me predispongo a abrir mis labios. Obviamente no le contaré sobre mi desliz, pero conociendo a mi estimado —*tos, si claro, tos*— compañero de Expresión Vocal, quien suele sentarse al otro extremo de la sala, no permitirá que abra la boca y cuente sin pudor lo que le dije para ese entonces. Parece alguien de se preocupa por su dignidad, quizá tenemos eso en común. Así que, antes de responder, me cubre la boca.

—No-digas-nada —me dice entre dientes y se levanta—. Volveré a mi banco —le informa al profesor.

—No, no —El profesor Leyton hace uno más de sus voces dramáticas que me hacen preguntar sobre su salubridad física y mental. Extiende su mano hacia nosotros y la agita, deteniendo a Jax en el acto—. Quédate allí. Aprovecharé que están juntos para informarles a todos que haré un trabajo para la próxima semana. El trabajo constará en parejas sobre diferentes épocas; ustedes investigarán sobre la vestimenta, la forma de expresarse, la música, etc. Harán una pequeña actuación y se les evaluará. Tengan presente que este trabajo es el con más porcentaje, así que influirá en sus notas como no imaginan.

Genial, un trabajo con Jax.

No hay dudas, una fuerza superior me quiere unir a él.

Jax arrastra la silla desde su banco hasta el mío emitiendo un molesto ruido. Golpeo mi cabeza contra la mesa a la espera de que se siente y podamos colocarnos de acuerdo.

—Juntémonos en mi departamento, así podemos repetir lo del sábado.

Tan desvergonzado.

—Olvídalo, unineuronal, nos juntaremos en mi casa.

—¿Tienes miedo? Oh cierto —*Argh, cuánta arrogancia y sarcasmo*—, estás sobria.

—Y tú desesperado. Podemos hacer esto más fácil y no hablar de eso, porque sinceramente prefiero trabajar con cualquiera excepto contigo... pero como no hay opción lo haré. Te propondré un trato justo para que saquemos una buena nota y, de paso, recordarte que no volveremos a estar junto.

De nuevo me mira con aburrimiento y finge un bostezo.

—Aburrida. ¿Qué quieres?

—Hacer como que nada pasó. Simple.

Jax se recuesta sobre la silla y se cruza de brazos.

—Bien, nada pasó. ¿A qué hora en tu casa?

—¿A las 17:00 te parece bien?

—Okay, dame la dirección en un papel y me verás el sábado allí.

—Genialoso. Ah, una cosa más...

Alza una ceja y se acerca a la mesa, confidente. Sus ojos azules me prestan suma atención.

—Vas a conocer a mi familia, no te sugiero que vayas en...esas fachas de chico malo, Jax.

Agacha su cabeza y examina su propia vestimenta. Hoy viste como un motoquero de televisión.

—¿Qué tiene mi vestimenta? Tú te vistes como vagabunda.

—Es ropa que ya no le queda a mi hermana y, por tu bien, no llegues así. Papá trabaja en un colegio con chicos en riesgo social y no dudará en darte un sermón sobre buena educación cuando te vea.

Capítulo 12: "Conociendo a Los Reedus - Parte 1".

Bajo las escaleras olfateando el pan caliente, escucho las conversaciones dispersas que tienen *Los Locos Adams* y el choque de las cucharas dentro de las tazas.

Son las once de la mañana, es la hora del desayuno. Entro al comedor y saludo a mi familia sentándome entre Jollie y Chloe. Como podrán imaginar, nuestra mesa es enorme y precisa para que doce personas puedan comer sin problemas. El carpintero que debió crearla seguramente murió después de armarla, o quizás lo haría si viera lo mal cuidada que está. En la cabeza de la mesa se sienta papá; a su derecha Finn, le sigue Jollie, yo, Chloe y Amira. A la izquierda de papá se sienta Saya, le siguen los trillizos, Emer y la abuela. Y en el otro extremo de la mesa hay un asiento vacío, que vendría siendo para algún invitado. Los más grandes solemos repartir el trabajo para colocar la mesa y, para no armar disputas, colocamos todo doble; de esa forma no tenemos que estar gritando esperando que nos pasen la margarina, el azúcar o lo que se nos antoje. Todos debemos ser puntuales, tanto para el desayuno, el almuerzo y la cena, a menos que no estemos en casa. Si un alma en pena llega tarde o come a deshora, sufrirá un sermón. Pero, la regla que siempre debemos respetar, es no comer antes de dar las gracias por la comida. Saya nos inculcó eso desde niños, y ahora lo hacemos turnándonos para hacer la oración.

Hoy es el turno de Finn.

Me siento y todos, sin excepción bajamos la cabeza y cerramos nuestros ojos.

—Querido Dios, gracias por darnos la fuerza para levantarnos esta mañana, por la muestra de tu misericordia y por la compañía en nuestra mesa. Bendice estos alimentos y prepáranos para sobrellevar el resto del día. Amén.

Diez amenes concluyen su oración y procedemos a comer.

Miro la taza vacía frente a mi nariz y busco por la mesa el café. Emer lo tiene delante, aunque no toma.

—Pst, Emer —le llamo—, empuja el café.

Él no hace ningún gesto, sino que mantiene su rostro inexpresivo y somnoliento. Con sus delgados y blancos dedos empuja el café y vuelve a mirar su pan con mermelada. A su lado, la abuela relata una más de sus historias fantasiosas sobre dragones, las que copia descaradamente de una popular serie de TV.

—Familia... —Papá alza la voz para que logremos prestarle atención. Recorre con sus ojos cada uno de nuestros rostros—, tengo algo importante que enseñarles.

Con sólo escuchar su "algo importante" el corazón me da un vuelco. Tengo bien guardados los test, no creo que los haya encontrado...

¿O sí?

—¿Qué es? —Curioseas Amira, enderezando su espalda.

—Esto. —Papá se agacha y recoge del suelo lo que parece ser un canasto con flores y jabones de colores. Escucho los suspiros de Chloe y Jollie, lo que me hace preguntar qué tiene de lindo que te regalen jabones. Es decir, si yo recibiera algo así probablemente pensaría que el remitente me está diciendo indirectamente que huelo mal. Ah, claro, ellas

son mucho más sensibles que yo, y mucho enamoradizas. Gestos así son lindos sólo narrados en libros, porque en la vida real no tengo idea de qué hacer con las flores y el jabón. Sinceramente prefiero el jabón líquido—. Venía con una tarjeta de parte de un tal... —Saca la tarjeta roja con forma de corazón de su bolsillo, frunce el ceño acercándola a su rostro— Spencer.

Escucho que Jollie murmura algo que no logro percibir en tanto los demás aclaman que papá lea lo que está escrito en la cursi tarjetita.

Spencer se tomó en serio mi consejo.

Válgame, no creí que tuviera esa influencia en las personas.

—No, no la leeré, pero se la entregaré a su destinatario.

La carta viaja de mano en mano hasta llegar a las de Jollie, quien guarda la carta en el bolsillo de su bata de polar. Percibo con sutileza cómo sus mejillas se tornan rojas y la risilla juguetona de Chloe.

—Tienes un nuevo novio muy romántico, Jollie —canturrea la abuela—. Espero encontrar uno también.

—¿No está muy grande para tener un novio, suegra? —pregunta Saya, entre la incredulidad y mofa. La abuela la mira recelosa y le susurra algo al oído a Emer, quien pone una sorpresiva cara de espanto— Pero tú, Murphy, ¿cuándo nos traerás a tu chico?

Si pudiera sacarlo de las páginas lo haría, pero...

—¿Mi chico?

—Sí. ¿Cuándo nos lo presentarás? —Papá se le suma— Estoy seguro que estaré encantado de conocerlo. Por cierto, había pensado en tu

empleo, ¿por qué no lo intentas de niñera? Así estás preparada para lo que se viene.

¿Eso ha sido una indirecta muy directa? ¿Es que acaso me descubrió o lo dice sólo para fastidiar? Es cierto que, según mis amigas, los padres suelen molestar a sus hijos adolescentes y jóvenes respecto a sus novios, pero por alguna razón aparente esto me ha dado justo en el corazón. Lo he sentido como un flechazo, sin exageraciones. Es imposible que sospeche o sepa algo. Quizás me estoy sugestionando en vano.

—Ah... no estoy interesada en esas cosas. ¿Por qué lo dices?

¿Interesada en niños? No. ¿Interesada en chicos? Sí.

De otra forma no habría libro, ni capítulos. Duh.

—Está bien, está bien —Papá alza los brazos como si se rindiera—. Sólo les diré que si mis hijas saldrán con chicos que se cuiden, se respeten y antes de hacer una locura lo mediten. Sobretudo tú, Murphy.

Otro flechazo.

—Okay, lo haré... Por cierto, hoy vendrá un compañero a hacer un trabajo y...

—Murphy tiene novio y no es de un libro —comienza a cantar Amira y le sigue Chloe—. Murphy tiene novio y no es de papel.

...

El cantico desafinado de mis dos hermanas gira dentro de mi cabeza y posiblemente será así por el resto del día.

Navego por internet en busca de información para el trabajo. Siento mis parpados pesados y un peso sobre mis hombros. Apoyo mi cabeza en el respaldo de la silla y cierro mis ojos un momento, dejándome llevar por el embriagador deseo de dormir unas cuantas horas sin ser molestada.

Pero allí está, en la lejanía, el timbre sonando. Y después, el grito de Chloe.

—¡Tercera, tu novio está aquí!

Capítulo 12: "Conociendo a Los Reedus - Parte 2".

Pocas han sido las veces que Murphy Reedus trae a chicos a casa, sin contar a Tony. En realidad esta sería la primera vez que un chico de carne y hueso se presenta en la puerta de nuestra casa buscándome. Jollie es la afortunada que tiene novios reales, yo sólo me inclino por los de papel, así que no puedo imaginar el rostro de todos cuando vean a Jax.

O que se enteren que me acosté con él.

Avanzo por el pasillo hasta llegar a la escalera. Escucho que Chloe hace pasar al unineuronal y ofrecerle esperarme en el sofá. Muero de curiosidad por saber qué más hablan los dos estando solos, pero recuerdo que mi compañero de Expresión Vocal es todo un caso, y aunque dudo mucho que les atraigan las menores, uno nunca sabe.

Bajo hasta el primer piso encontrando a Jax sentado en el sofá junto a la ventana, con Chloe observándolo como si se tratara de uno de sus amores en los video-juegos. Antes de animarme a saludarlo, examino su vestimenta para cerciorarme de que haya tomado en cuenta mi advertencia; pero no, está con su vestimenta de *bad-boy*.

Estoy segura que papá disfrutará darle la charla para que deje sus malos actos atrás, que sea responsable, que piense en su familia y bla, bla, bla.

—Hola —saluda. Arrastro mis ojos desde sus pies hasta sus azules ojos, los cuales me observan como ese dejo arrogante tan común en él—. No sabía que le habías contado a tu hermana de... lo nuestro. ¿En qué momento empecé a ser "tu novio"?

Despliego una sonrisa, ocultando tras ella mis fervientes deseos de hacerlo añicos. Luego miro a mi hermana, quien capta al instante mi sonrisa. Un ataque de tos delata su nerviosismo.

—Yo... debo irme a... a jugar —informa con la voz rasposa y señalando la cocina. Blanqueo mis ojos mientras niego con la cabeza—. Adiós.

—Nos vemos, Murphy en miniatura.

Jax le hace una seña con su mano sin quitarme los ojos de encima. Me siento en el sillón del frente donde la abuela suele sentarse a divagar acompañada de su bastón para entretener a los trillizos. Por alguna razón aparente, la única que ha hecho su aparición es Chloe. De los demás no hay rastro. Dudo mucho que hayan salido al centro comercial, al parque o algún sitio para matar las horas del sábado. Tampoco creo que hayan ido a la iglesia o a una charla porque Chloe habría ido con ellos. Además, después de lo que ocurrió con Tony, no creo que a papá le agrade que su querida hija esté sola en casa con un chico (idea que aprecio siendo Jax "ese" chico).

Esta es la calma antes de la tormenta.

Tienes razón, consciencia.

La idea de que aparecerán cuando menos lo espere se acentúa y me causa un picor incómodo en la nuca. ¿Quién sabe? Quizás papá de verdad sea un mago y aparezca de pronto junto a los demás agarrándole la mano, o probablemente, el bastón que el abuelo dejó a la abuela sea un *Traslador*. Si ese es el caso, entonces estoy muy molesta por no haberme informado de esto antes; de ser así, no tendría que irme apretujada en el metro evitando que algún perverso en el vagón me agarre el trasero.

Nah, creo que la abuela es más de escobas.

—Hola, ¿eres el novio de Murph?

Miro a Amira agachada junto al sofá donde Jax está sentado. Él se gira con sorpresa hacia ella y luego gira hacia el otro lado, descubriendo que Emer está agachado también, pero como siempre, sin ninguna expresión y no hace ánimos de hablar. No tengo idea el momento en que llegaron hasta allí, lo que confirma que son...

—¡Emer, Amira! —Los llamo, inclinándome hacia ellos— No hagan eso, no están en edad y el Ministerio de Magia... es decir... ¡No lo hagan!

Amira me saca la lengua y se marcha corriendo siendo seguida por Emer, quien desaparece hacia la cocina caminando. Es entonces que el distintivo bastón de la abuela chocando contra el piso me pone en alerta. En unos segundos, la abuela está examinando el rostro de Jax, a quien no le queda de otra que echarse hacia atrás cuando, en un acto osado de la abuela, se acerca a su rostro quedando solo a pocos centímetros.

—Lo siento, lindo —le dice, enderezando la espalda todo lo que la edad le permite—, tengo mala vista.

Válgame, y yo que me creía mentirosa...

—¿Mama, qué haces aquí?

—Vine a ver a tu novio —confiesa, volteando en mi dirección. Frunzo el ceño para luego derrumbarme de indignación cuando me guiña uno de sus ojos—. Acepto que tienes buen gusto.

—Sí que la tiene...

Golpeo mi frente con la mano al escuchar la aprobación de Saya. Ahora solo falta que llegue papá y comente algo, ¿verdad?

—¿Sabías que Murphy te puso los cuernos con el vecino? Descuida, ya me las arreglé para que no vuelva a pasar. Ese chiquillo promiscuo...

Allí está.

—¡Papá! —Refunfuño para mis adentros. Papá se encoje de hombros, luego guía a Saya y la abuela hacia la cocina, tomándolas por la espalda— ¿Quién falta ahora? ¿Finn, Jollie y los trillizos?

Acepto que no fue una idea brillante el habernos juntado en mi casa, pero definitivamente sería mejor que en el departamento de Jax, rodeada de sus compañeros de piso.

—¿Cuántas personas viven aquí? —Pregunta Jax con incredulidad. Lleva una mano al cuello de su camiseta blanca y sin mangas, como si ésta le estuviese ahorcando, y la estira.

—Somos doce personas y un gato, pero él desaparece a menudo y detesta a las personas. —Jax me observa como si fuese un bicho raro para luego hacer un gesto indiferente. Al parecer, con la repentina aparición de mi familia, y la aprobación de ésta, le ha entrado la confianza—. Ahora que conociste a la mayoría y no molestarán podemos trabajar...

Enmudezco al ver que se levanta del sofá y se pasea por las fotografías enmarcadas que cuelgan en la pared. Camina lentamente observándolas con una estúpida sonrisa burlona dibujada en sus labios. La vena de la paciencia que está en mi cuello está al borde de estallar, pero es la fotografía donde se detiene lo que me hace perder la poca cordura que me queda del día.

—¿Eres tú? —Pregunta, señalando con su dedo la foto y girando en mi dirección — ¿Quién es la mujer que te sostiene? Me parece familiar...

Me levanto de un salto y me apronto en esconder la fotografía bajo mis manos. Jax parece disfrutar de cercanía y se inclina en mi dirección. Antes de que se acerque más, piso su pie con fuerza, disfrutando la satisfacción de provocarle dolor físico. Él se incorpora, torciendo sus cejas en señal de dolor.

—¿Por qué haces eso? —Me cuestiona— Tu padre ya nos dio la aprobación, Suicida.

Ajá, sorprendentemente no hubo sermón por la vestimenta y parecía haber asumido que Jax y yo somos "algo más". En realidad, parecen todo haber malinterpretado mi aviso del desayuno.

—¿Podemos comenzar con el trabajo? Gracias.

Capítulo 12: "Conociendo a Los Reedus - Parte 3".

Jax alza sus brazos en señal de rendición y pasa junto a mí hasta volver a sentarse en el sofá. Achico mis ojos y me siento en el sofá de la abuela.

—Bien. ¿Investigaste algo sobre el trabajo?

—Já, no fue necesario —habla acomodando su trasero. Apoya su pierna sobre el muslo de la otra, viéndose como un sujeto de negocios que está frente a uno de sus empleados quien le pide un aumento. Sólo le hace falta tener un gato sobre su regazo mientras lo acaricia, esbozando su dichosa sonrisa—. Conozco todo sobre los 80's.

—¿Oh, en serio?

—¡Claro! Época con las mejores películas y canciones.

En eso no puedo contradecirle. Aprecio enormemente, desde el fondo de mi corazón, que el profesor Leyton nos diera para interpretar la época de los 80's.

Ahora que lo dice, cuando estaba desesperada en la habitación de Jax, pude ver que los póster pegados en la pared eran de películas de los 80's; Volver al futuro, E.T., Terminator, Karate Kid, Aliens, fueron algunos de los que pude reconocer. Al menos tiene un buen gusto para las películas, aunque para la música...

Mis oídos siguen escupiendo sangre después del tono de llamada que colocó a mi celular.

—Perfecto, ahora solo tenemos que inventar algún dialogo y actuar. Fácil y sencillo. Iré por mi laptop, espérame aquí.

Antes de poner el pie en el peldaño de la escalera, le lanzo una mirada pretenciosa a Jax como advertencia para que no suba. Dudo mucho que sea de ese tipo de chicos chismosos y curiosos, pero uno nunca sabe lo que piensan las personas, ni los planes malignos que guardan dentro de sus cabezas.

Subo y avanzo por el pasillo, escuchando desde afuera a Finn cantarle a los trillizos dentro de su habitación. Eso explicaría por qué no aparecieron abajo. Es bueno saber que dentro de la familia todavía queda alguien cuerdo que no busque meter su nariz en las cosas que no son de su incumbencia.

Ya en mi habitación, cierro la pantalla del laptop y lo tomo abrazándolo para que no resbale. Una ventisca provoca un escalofrío en mi espalda y me giro en dirección a la ventana para ver como las cortinas se mecen. Las cortinas de seda casi dejan ver a la perfección el otro lado de la ventana, justo el cuarto de Tony. Él está escuchando su música desastrosa a todo volumen y cantando con sus manos como micrófono.

Una sonrisa se escapa de mis labios y me dispongo a salir, pero me detengo en cuanto veo a Jax apoyado en el umbral de la puerta.

—Es la primera vez que te veo sonreír... —comenta, incorporándose y adentrándose a la habitación— No lo vuelvas a hacer.

—Movilízate y baja, entrometido.

—Ese que está cantando —Señala hacia a Tony con su barbilla, sin quitarme los ojos de encima—, ¿es tu amor no correspondido?

Avanza hasta quedar frente a mí. Hago un intento por apartarlo, sosteniendo el laptop con una mano y haciendo fuerza sobre su pecho con la otra. Él sonríe con picardía y mira de nuevo por la ventana.

—Da un paso más y gritaré tan fuerte que papá vendrá corriendo para darte la paliza de tu vida. —El peso de su cuerpo hace que retroceda dos pasos. Mis intenciones de mantenerme como estatua ante él es un vano intento que parece notar. Me guiña uno de sus azulados ojos y estira sus labios como si me fuese a besar—. ¿Qué haces?

—Un acto de piedad, Suicida.

Retrocedo otra vez. Los fierros fríos de la reja dan con mi espalda y el choque provoca un eco en el sitio. La canción alocada que Tony escuchaba ahora se ha transformado en una melodía *cortavenas-romántica*. Me siento como una hormiga siendo acechada por un niño con una lupa en sus manos... y no lo digo sólo por estar acorralada entre Jax y la ventana, sino porque un bochornoso calor colapsa todo mi cuerpo.

Seriedad, Murphy, tú no eres así.

Jax coloca sus manos sobre las rejas mirando por encima de mi hombro hacia la casa de Tony. Podría jurar que por un momento vi reflejado el rostro de Tony en sus pupilas.

—Los celos son un arma infalible, corazón. Confía en mí, sé de estas cosas. Espera a que tu tonto enamorado nos vea y mañana mismo estará en la puerta de tu casa pidiéndote explicaciones, o si tienes suerte, declarándote su amor.

Mi ojo derecho tiritita.

—No necesito tu ayuda. —Vuelvo a pisar su pie. Jax se aparta al instante gimiendo del dolor, mientras yo me acomodo la ropa con la mano libre—. Agradece que fue en el pie, porque la próxima va en los huevos, corazón.

Wacala, le has dicho corazón...

Tendré que bañarme de nuevo. ¡Genial!

Me giro hacia la ventana para cerrarla. Mis ojos lentamente, como si tuviesen imanes, miran hacia la de mi vecino. Allí está él, con una extraña sonrisa trazando su rostro.

—Hola, Murph.

Me hace una seña. ¡UNA TONTA SEÑA!

Jax se arrima a mi hombro y le devuelve la seña a Tony.

—Hola —le saluda—, ¿disfrutando de la tarde?

—No mejor que ustedes... por lo que veo —dice, capturándome con sus ojos pardos.

Por alguna razón siento que Tony me exige explicaciones con sus ojos, pero yo estoy muda y tal vez demasiado atontada por su reacción como para decirle algo. ¿Dónde quedó toda la confianza que le tengo a mi vecino adolescente? Seguro se fue volando al infinito y más allá después de encontrar a Jax en la puerta de mi habitación.

—Ignora al unineuronal.

Sin más que decir, cierro la ventana y las cortinas rojas para que nada de lo que ocurra en mi habitación pueda verlo Tony. Un asesinato

sangriento posiblemente ocurrirá en los próximos segundos, con Jax como la víctima.

—¿Has leído todos estos?

Tenorio para sus dedos por el lomo de los libros que reposan sobre la estantería de madera que papá hizo para mí cuando cumplí quince años. Aunque la estantería está bastante mal cuidada, sigue cumpliendo la función de cuidar mis libros que con tanto esfuerzo compré.

—Sí, todos ellos, y tengo un amor literario en cada uno.

Se gira alzando una ceja. Allí está, de nuevo esa mirada de "esta tipa está loca".

—¿Prefieres a los tipos idealizados de los libros? —Cuestiona, a lo que respondo con un movimiento asertivo con la cabeza— La realidad es mejor que la ficción, Chica Suicida, yo podría demostrártelo.

—Paso. Ahora, si dentro de tu primitiva cabeza cabe la palabra "lárgate", sal de mi habitación y vamos a trabajar.

¿La realidad es mejor que la ficción? No, la frase es al revés.

La ficción siempre supera la realidad.

...

Miro el dialogo con temática de los 80's que llevaremos a cabo el próximo lunes para la clase del profesor Leyton. No sé cuánto tiempo ha pasado desde que lo escribí, pero mi compañero no hizo mucho para ayudar. Me lo esperaba, aunque tenía la mínima esperanza de que ayudara al menos con una frase. El muy... patán está bostezando y jugando con su celular. Ignoró completamente mis órdenes para que colaborara con

algo. Ahora entiendo el porqué reprobó la clase, es un incompetente unineuronal mujeriego. Lo peor de todo es que a los profesores universitarios no les importa mucho quien trabaja y quien no, ellos solamente ven resultados.

Espero que nuestro resultado actuando sea perfecto.

—¿Terminaste ya? Tengo que juntarme con una... alguien. —Levanto la cabeza del laptop para dar con su rostro—. ¿Qué?

Y tiene el descaro de preguntar.

—No irás a ningún lado, debemos ensayar la actuación.

—Oye, no te pongas celosa. Podemos ensayar la actuación una hora antes de entrar a clases, eso no es un problema. Mi amigo de abajo no se entretiene viéndote escribir.

—Jax, de verdad, desde el fondo de mi paciencia, quiero empatizar contigo... Quédate y ensayemos.

Se guarda el celular en uno de los bolsillos y se inclina en mi dirección.

—Oblígame —sugiere y relame sus labios—. O compensa la cita que perderé por quedarme.

—¡Es un maldito trabajo! No es por mí, es por ti y tu repitente cerebro.

Desde la cocina escucho a la abuela gritarme por maldecir. Aprieto con fuerza mis dientes y busco en mis bolsillos dinero para meter en el tarro de groserías. Jax, por su parte, se ha quedado pensativo unos instantes. ¿Tal vez me sobrepasé con los insultos? No me juzguen, estoy segura que ustedes lo habrían hecho en mi lugar.

—Murphy, tienes una lengua muy larga. —La abuela entra a la sala acompañada de Emer, quien sin decir nada sube las escaleras, perdiéndose en el segundo piso—. Es hora de la cena —informa, con una sonrisa cordial impropia de ella—. Vamos, Jaime, estoy segura que te encantarán las donas que hicimos.

Jax abre levemente sus labios como si quisiera rechazar la propuesta, luego me mira y vuelve hacia la abuela, sonriéndole.

—Claro, me encantará.

Se levanta del sofá y se encamina hacia la cocina, pero antes de que dé un paso más, lo retengo del brazo.

—¿Qué pasó con tu víctima nueva?

—Ella puede esperar, la comida no.

En el gran comedor papá ha dictado que Jax se siente a mi lado, siendo Finn quien se sienta al otro extremo de la mesa. El manicomio ha reunido a los Locos Adams y ellos no paran de preguntarle cosas a mi compañero universitario quien luce sumamente confundido, pero con su pecho alzado como paloma por el ego que todos le han elevado... más aun. Jollie es la única que no parece decir nada, sino que no le ha quitado los ojos de encima y, al parecer, busca el momento indicado para hablarle. La Murphy oscura, cual sombra saliendo de mi espalda, ya le ha hecho la advertencia para que no haga nada tonto. Una charla con nuestras miradas es todo lo que obtengo como respuesta y deduzco que mi hermana mayor no está interesada en Jax, sino en el regalo que Spencer le dio en la mañana. Niego con la cabeza convenciéndola que no se lo regrese, puesto que es un detalle asquerosamente tierno. Ella frunce los labios y luego los mueve, sentenciando un "entonces te lo

quedas tú" silencioso. Por el otro lado, los trillizos parecen estar embobados en la cantidad de dulces que hay sobre la mesa, pues se lamen los labios y sus ojos brillan cual caricatura de televisión.

Miro de reojo a Jax. Él está deseoso de comer, pero por costumbre, no comemos hasta el último miembro del manicomio esté sentado. Con disimulo, extiende su brazo hacia las galletas de avena que están al frente. Antes de que pueda ponerles un dedo encima, la abuela golpea su mano.

—Todavía no, Jason.

Oculto una risita cuando aparta su mano y se la frota con la otra, luciendo sumamente ofendido.

—Tengo una duda existencial: ¿Cómo puede tu abuela memorizar los nombres de sus nietos? —pregunta Jax, confidencial, siguiendo con sus ojos a Saya, quien por fin se sienta a la mesa.

—No tengo idea, eso me lo he preguntado muchas veces.

Ya todos sentados, Jax extiende su mano para agarrar las codiciadas galletas, pero esta vez soy yo quien le pega en la mano.

—Antes de comer damos las gracias a Dios —le informo, ante su gesto confuso.

—¿Las gracias? ¿Por qué?

—Por la comida, por la salud... —se apronta a explicar papá, esbozando una apacible sonrisa—. ¿Quieres intentarlo?

Después de su intento de oración Jax Amadeus Wilson murió.

Es broma.

El unineuronal no se queja, en lugar de eso se acomoda en la silla y por consiguiente nosotros hacemos lo mismo. Bajo mi cabeza y cierro mis ojos. Lo escucho carraspear y luego toser; se está preparando.

—Gracias por la comida... ¿amén?

Já, me lo esperaba.

¿Eso es válido como una oración?

...

Respiro hondo y hago otro intento por terminar la tarta de chocolate que compraron. Todos parecen sumamente satisfechos. A excepción de los trillizos quienes se han levantados de la mesa para correr de lado a lado. Jax parece haber tenido un ataque de azúcar y ni siquiera ha movido un dedo; está echado sobre la silla mirando a la nada y moviendo la cabeza en respuestas a las preguntas de Saya, la abuela y papá. Claro, al parecer la mitad de sus respuestas han sido mentira, porque jamás lo he visto usar lentes de lectura, agarrar un libro, actuar en un comercial de desodorante masculino, tener un Mercedes Benz (ya que tiene una moto) y vivir con sus padres.

Mujeriego, unineuronal y mentiroso.

—Jax —lo llama Finn, quien luce serio. Tiene esa fachada de tipo malo jugueteando con un cuchillo para la mantequilla sin filo. Alzo una ceja al notar que sus dedos están cubiertos en mantequilla y que luce demasiado ridículo. Supongo que le dará la misma advertencia que les ha dicho a los novios de Jollie—, escucha algo: Si llegas a engañar a Murph en algún momento, o si por alguna razón la haces llorar, considérate muerto.

—Finn...

—No, en serio. Si llegas a dañarla de alguna u otra forma más vale que te largues del país, porque Murph te castrará.

Dios, lo que faltaba.

Los trillizos llegan junto a Jax con la guitarra de Finn y se la entregan. Jax la recibe algo confuso, pero ante la mirada de los tres niños comprende que lo que quieren es que les cante como Finn lo hace. Todo queda en sumo silencio, haciendo de Tenorio el centro de atención.

—¿Nos tapamos los oídos para que no sangren? —pregunta Chloe.

Jax le lanza una mirada desafiante y luego sonrío. Pasa sus dedos sobre las cuerdas de la guitarra, como si las acariciara y luego respira hondo.

*«I'm not the kind of fool
Who's gonna sit and sing to you,
About stars, girl...»*

La voz va al son de la guitarra, ésta es rasposa y resuena por todo el comedor. Todos están contemplándolo. Parece que Jax ha sido dotado con habilidades artísticas porque además de actuar bien, no canta mal... y jamás creí que tocara la guitarra. ¿Podría ser él el próximo Travolta?

*«But last night I looked up into
The dark half of the blue,
And they'd gone backwards.*

*Something in your magnetism
Must have pissed them off,
Forcing them to get an early night...»*

La canción se detiene y todos los demás estallan en aplausos. Jax le entrega la guitarra a los trillizos y voltea a verme. Luce completamente diferente mientras canta, esta es una faceta muy diferente a la del Jax unineuronal.

¿Será que tal vez..., sólo tal vez, lo he subestimado?

—No me mires tanto o te enamorarás.

Nop, sigue siendo el mismo unineuronal de siempre.

Capítulo 13: "Cuando se cierra una ventana..."

Miro una vez más a los universitarios que caminan en dirección a sus salas. Si bien son pocos, me asombra que algunos sean tan puntuales un lunes por la mañana.

Faltan quince minutos para entrar a Expresión vocal, y Jax no se da dignado a aparecer con su fastidioso rostro y su facha de chico malo. Se suponía que debíamos estar una hora antes en la universidad para ensayar nuestro diálogo *ochentero*, pero como era de suponerse, mi compañero no es puntual. Si bien es un error mío el haber accedido a esto después de que saliese prácticamente huyendo de casa tras degustar felizmente la cena con mi familia, el 99% restante se debe a su irresponsabilidad. He ahí, lectoras que osan a emparejarme con él, que un enorme trecho lo separa de mi lista.

Jax no cumple el punto dos de ella, aunque tampoco cumple los demás.

No entiendo la clase de personas que pueden ser para creer por una milésima de segundo que ese Tenorio de mala muerte podría ser algo más que un mujeriego mentiroso para mí. Es decir, tengo decencia ¿saben? Y sí, me acosté con él, pero eso fue un simple desliz.

Un error que no cometeré otra vez.

Asno.

Quizás debería dejar de desvariar en su espera y buscar a un real candidato, con todo el asunto de mi "desliz" ni siquiera he pensado en mi posible futuro amor. Tampoco he hablado con la demente de Maya. Con

la única que hablé por celular fue Michi, quien me regañó como seguramente Tony lo hará.

O tal vez, deberías enfocarte en lo realmente importante y buscar trabajo.

Sí, eso está mejor...

—*Jio*, Chica Suicida.

—Jax, siempre tan puntual... Dame una buena razón para no matarte.

Jax Tenorio está sonriente. Parece que se ha levantado de buen humor mientras yo estoy con el ceño fruncido por haberme despertado una hora antes de lo normal. Tenerlo de tan buen humor y desplegando esa extraña aura de buena suerte me fastidia.

Sí, soy una amargada, y es que el unineuronal aflora mi mal humor.

Observo de reojo su vestimenta al tanto se sienta junto a mí en la banca. Anda con sus trapos de chico malo de los 80's. Por mi parte, tuve que pedirle un vestido a Jollie que pareciese de la época, así que además de verme como un duende furioso, estoy vestida ridículamente.

—¿Una buena razón? Que me amas, me adoras y deseas.

Ojalá supiera pársel y así insultarlo en otro idioma.

— ¡Já!Qué lindo es soñar... —Meto las cosas en mi bolso y me levanto, girando en su dirección. Como era de esperarse sus ojos estaban bien puestos en mi trasero y ahora recorriéndome por completo. Chasqueo los dedos—. ¿Quieres una invitación? Vamos, ponte de pie para ensayar la actuación.

Mi compañero me mira con incredulidad, extiende sus brazos en el respaldo de la banca y se acomoda.

—¿Para qué? Ya me aprendí el diálogo y supongo que tú, nena, hiciste lo mismo. Ya improvisamos antes, apuesto que la actuación será mejor. Por cierto, ayer no te vi en la cafetería, supongo que estabas demasiado celosa para verme coquetear con otra chica.

—Me despidieron. —Blanqueo mis ojos. Debo ganarme un premio a la tonta más paciente de la existencia—. Ahora, ponte de pie y ensayemos.

—Ah, bueno. Supongo que tu ex jefa se cansó de tu falta de buen humor y expresión. Y no te preocupes, Suicida, desde que nos acostamos no he estado con ninguna mujer.

—Pobre..., debes estar desesperado. —Un escalofrío recorre mi espalda y viaja hasta mis desnudos brazos. Me estremezco y vuelvo a sentarme en la banca. Jax retrae sus brazos y se saca su chaqueta de cuero negro y me la extiende con una sonrisa perversa trazando su rostro—. No gracias —expreso antes de que la coloque sobre mis hombros—, no quiero que se me peguen las pulgas. Además, todas tus estrategias románticas me las sé por libro, literalmente, así que detén el carro aquí.

¡Tan esquiva!, si sigues así te quedarás sola.

Cállate.

...

Jugueteo con mis dedos, bostezo, me hago una trenza con el cabello y vuelvo a desarmarla, bostezo otra, carraspeo y observo a mis demás

compañeros. La clase de Expresión Vocal ha sido eterna con las demás actuaciones. Jax y yo hemos sido los primeros en salir, cosa que agradecí en un principio porque así encontraría tiempo para leer el nuevo PDF que descargué, pero el profesor Leyton tuvo la brillante idea de requisar los celulares y así prestar atención a las actuaciones. Apenas se puede escuchar lo que dicen desde donde me encuentro, y con los ronquidos (no tan ronquidos) de Jax, no creo que lo haga.

Resulta que mi compañero de actuación astutamente a traído unos feos lentes con unos ojos bien abiertos en lugar de los vidrios, y con lo loco que es nuestro profesor, dudo mucho que sospeche que Jax tiene puestos lentes falsos mientras duerme plácidamente en el asiento a mi lado.

¿Qué es lo peor de todo? Que su cabezota hueca suele desviarse en reiteradas ocasiones hacia mi hombro.

—Bien, bien, bien... —El profesor Leyton se levanta de su silla y camina apresuradamente hacia los dos chicos que están adelante. Le doy un codazo a Jax para que despierte, y éste parece hacerlo algo desorientado. Se quita los lentes falsos y mira al profesor—. Eso es todo por hoy. Los que faltan en actuar lo harán la próxima clase. Pasen a buscar sus celulares.

Acomodo mi vestido y sigo a Jax hasta la mesa del frente para buscar mi querido y atesorado celular. Tras la mesa, el profesor Leyton nos observa a cada uno de los que tomamos los celulares con su expresión digna de película de terror.

—Reedus, Wilson —nos llama antes de salir. Ambos nos miramos extrañados y volteamos en su dirección. El profesor Leyton nos hace una

seña para que nos acerquemos a él y espera a que el último chico coja su celular y salga de la sala.

—¿Pasa algo?

Un presentimiento sobre los lentes de Jax me cruza la cabeza.

—No sé si tienen una idea, pero yo no solo hago clases acá en la universidad, sino que hago clases aparte a estudiantes de preparatoria

—Ya tenía conocimiento de ello cuando lo conocí el primer día de clases y lo único que puedo pensar ahora es: "Pobres niños"—. Resulta que últimamente las inscripciones para unirse aumentaron y necesito personas que me ayuden... Asistentes —se corrige— que sepan de la materia, y pensé en ustedes dos. Estaba dudando de ello, quise confirmarlo luego de su actuación y, sinceramente, no me decepcionado.

¿Qué?

—¿Quiere que trabajemos como sus asistentes? —pregunto para confirmar que no estoy loca, sino más cuerda de lo que pensé.

El profesor Leyton asiente esbozando una sonrisa. Obviamente no le preguntaré el porqué no elige chicos de teatro más avanzados, pero claramente es una excelente noticia.

—Ya hablé con el colegio con la propuesta y ha dicho que sí. Además, los asistentes recibirán un modesto pago.

¡Es más que excelente entonces!

—Sí, claro, cuente conmigo.

¡Murphy Reedus ha conseguido trabajo! Bueno, debo firmar un contrato todavía, pero nada en estos días podrá hacerme tan feliz. Creo que después de toda peste rodeándome estos días, por fin la vida me ha sonreído.

—Yo paso —habla Jax—, pero gracias por la oferta, Leyton, me alegra saber que reconoces mi trabajo. —Busca en el bolsillo de su chaqueta un cigarrillo y lo coloca en sus labios—. *Ciao*.

Mucho mejor, entonces.

...

¡Oh, no! Creo que estoy embarazada.

Es broma, resulta que Andrés me ha visitado y ya no hay drama por saber si estoy embarazada del unineuronal. Eso quiere decir que malgasté en vano mi dinero en diez test de embarazos que, probablemente, ya no servirán cuando de verdad entre en duda si estoy embarazada.

No importa, toda está bien. La vida me ha sonreído y yo le sonreiré a ella.

—Tu expresión es odiosa.

—Gracias, Maya. Por favor recuérdame nunca más llamarte cuando estés con el periodo.

Los cambios hormonales con una cosa que jamás podré entender aun siendo mujer. Es decir, no entiendo los motivos por los que en "sus días" algunas nos ponemos sensibles y lloronas, mientras otras son un demonio en tierra.

Supongo que Andrés es uno más de los misterios que envuelve la vida.

—Entonces... —Maya toma aire y acomoda su trasero en el sofá, procurando que la carpeta con mis candidatos no caiga de su regazo— quieres una cita con el siguiente chico.

—Sí, pero que no sea como el anterior... Por favor.

Mi amiga resopla y blanquea los ojos. Con sus dedos gira la página con una delicadeza impropia de ella. Sus uñas rosas están más brillantes que nunca y su vestimenta la hace ver una completa diva. A su lado seguro parezco una *sin facción*.

—Tengo a uno que podría congeniar contigo. —Alza sus cejas y apega la cabeza a la carpeta—. Se llama George, tiene veintidós. Estudia Historia y le gusta la fotografía.

Extiende la carpeta para entregármela, pero antes de recibirla, dos golpecitos tímidos en la puerta me interrumpen. Una borrosa imagen del tal George queda grabada en mis retinas y no me queda de otra que abrir la puerta.

Es Tony.

—¿Está tu padre? —pregunta, mirando por encima de mi hombro hacia el interior de la casa.

—No está...

Con mi respuesta, sus ojos se posan en mí. Lo conozco lo suficiente como para saber que algo anda mal, pero cuando me hago los ánimos de preguntar qué le sucede, él me toma de los hombros, cierra sus ojos y me besa.

Capítulo 14: "Nada es lo que parece".

Mi corazón palpita con frenesí al tanto todo mi cuerpo se tensa. Puedo sentir sus labios tibios sobre los míos, su aliento cálido sobre mi piel, sus manos sosteniéndome... puedo sentir todo. Todo se siente tan real, así tal cual lo había imaginado en mis más profundos pensamientos que se negaban a reconocer que, muy en el fondo, ansiaba tener un beso así; directo, de parte de alguien a quien siempre le rehusé mis sentimientos pues sabía que no serían correspondidos, y decidí enterrarlos para no padecer la enfermedad del rechazo.

Entonces, cuando paulatinamente abre sus ojos y se incorpora, bajando sus brazos y separándose de mí, todo vuelve a ser normal...

—Murph... Murph, ¿estás pisando tierra?

Tony agita su mano frente a mis ojos. Se le ve un tanto asustado y extrañado. Una sonrisa es todo lo que obtengo cuando caigo en cuenta que aquel beso solo ha sido una mala jugada de mi cerebro.

Pestañeó un par de veces sin poder creer lo que me acaba de pasar.

¿Qué pasa? ¿Desde cuándo el periodo viene con alucinaciones?

Cubro mi rostro con mis manos y niego con la cabeza. No puedo estar tan demente para haber imaginado tal cosa. O necesitada para hacerlo. ¡Esto es culpa de Jax! Claro, él dijo que Tony vendría a la puerta de mi casa a declararse y yo lo creí en el momento en que abrí la puerta.

Mala idea.

Estúpido cerebro, juegas con mi inocente corazón.

—¿Estás bien? —Mi vecino extiende una mano en mi dirección con el fin de posarla sobre mi frente, pero la aparto sintiendo todo mi cuerpo encenderse.

—Estoy bien, estoy bien. —*Bien loca*—. ¿Qué ocurre?

Tony vuelve a lucir atemorizado. Mira en todas direcciones como un lunático creyendo que es perseguido.

—Mamá fue a reunión y no me está yendo muy bien que digamos... ¿Puedo esconderme aquí un rato? Hasta que se preocupe de mi ausencia y su amor de madre supere los deseos de golpearme por mis notas.

Un puchero acompañado de la mirada del gatito de Shrek hace que quiera golpearlo en plena nariz, pero me retraigo puesto que estoy demasiado conmovida por mi beso imaginario como para querer que mi cuerpecito toque alguna zona de su cuerpo. Resoplo como respuesta y le hago un espacio para que entre.

—Supongo que no has olvidado dónde queda mi habitación.

Tony entra a casa y saluda a Maya con un ademán. Como somos de la misma corrida de calle, todos nos conocemos, así que no pongo reparos en tener que hacer presentaciones. Maya le regresa el gesto con una reluciente sonrisa y, finalmente mi amigo, cual ninja, sube las escaleras procurando no ser visto.

—Entonces... —Maya carraspea para llamar mi atención. Alza sus cejas y con sus enormes ojos mira hacia arriba— ¿Cuándo pensabas decirme que te gusta el chico Russell?

Un enorme «Já» se escapa de mí. Vuelvo a sentarme en sofá, sintiendo la mirada de Maya clavada en mí como si sus ojos fuesen dos lanzas apuntándome.

—Es mi mejor amigo.

—Y yo Mamá Maya, querida —responde en un tono lleno de obviedad. Blanqueo mis ojos ante su ataque de egocentrismo, pero ella no hace más que sonreír con satisfacción—, y como buena madre sé siempre que le pasa a mis hijos. Soy muy intuitiva, corazón.

—¿Ah sí?

Asiente cruzando se de brazos.

—Por ejemplo, sé muy bien que de niña tuviste un trauma que no te deja expresar bien tus emociones, probablemente por el miedo a que los demás los rechacen. Creo que tu problema fue causado por tu madre cuando eras pequeña.

—No has deducido nada, eso te lo conté yo... y no le tengo miedo al rechazo.

—Si no le tienes miedo entonces ve y dile al chico Russell que lo amas.

—Un choque de miradas desafiantes es todo lo que hay entre Maya y yo. Puedo sentir la electricidad chocando en medio para ver quién de las dos es la vencedora—. No puedes temerle al rechazo por siempre. El rechazo nos vuelve humildes, y es una experiencia por la que todos tenemos que pasar. Así que quiero que tomes tu trasero de anciana y te declares a ese muchacho. Olvida a tus pretendientes, olvida tus absurdas reglas. No sabes si por miedo a ser rechazada estás perdiendo al amor de tu vida.

¿Quién es esta y qué pasó con Maya?

—¿Irás o tengo que esperarte todo el maldito día?

Creo que ha tenido un momento de lucidez no ligado al periodo.

—Lo haré, cuando me sienta preparada. Ahora solamente dame el número de ese tal George, prometo que será el último.

¿¡Qué he hecho?! Firmé mi sentencia de muerte al decirle a Maya que me declararía a Tony cuando bien no estoy preparada ni para mirarlo a la cara después de mi tonta imaginación. Me dejé engatusar por unas tontas palabras de aliento sin percatarme que la loquera estaba usando sus habladurías, cual mujeriego en una nerd, en mí. Ahora mi amiga psicológicamente desenfrenada será más insistente que novio a dos meses de relación.

Calma, calma.

Yo nunca dije en qué tiempo lo haría, ni en qué vida. Lo mejor será esperar a que Maya duerma, pescar mi varita, entrar a su casa a escondidas y lanzarle el encantamiento *Obliviate*.

Reacciona, eres una muggle.

Gracias por arruinar mis fantasías.

No hay de qué.

...

No hay mejor satisfacción que perderse del mundo con un poco de buena lectura, ¿verdad? Ustedes deben darme la razón. He comprado con algunos ahorros un nuevo libro en el centro comercial. Ha salido

hace poco y después de leer varias críticas por internet decidí tenerlo en mis manos.

Repaso el nombre del libro plasmado en la portada, sintiendo la suavidad de la tapa plastificada y me predispongo a leer. A unos cuantos minutos para salir de clases, el profesor nos ha dejado en completa libertad.

Podría estar de camino a casa, pero como es viernes, he acordado con George tener una "cita".

Me he vestido como toda una dama para impresionar a quien posiblemente será un futuro profesor de historia; tacones en punta que les conseguí (sin avisarle) a Jollie, un vestido casi apolillado del armario de la abuela, un intento de peinado, una cartera de Saya y un semblante quizás demasiado diferente al mío. Aunque soy de las personas que dicen tener que mostrarse tal cual son, no puedo dejar escapar a mi candidato. Prometí que sería el último y, si por alguna razón no pasa nada de nada, tendré que proclamar mi amor hacia Tony.

No hay opción... A menos que decida tirarme desde la torre.

Es broma.

Miro una vez más la portada. Estoy demasiado ansiosa como para ponerme a leer y dentro de poco sonará el timbre. Comienzo a moverme por la universidad hacia la salida, después de todo, es afuera donde George dijo que vendría a recogerme. Guardo el libro en la cartera de Saya al tanto presto atención en pisar correctamente para no doblarme el pie y así arruinar la cita. Paso por afuera de la sala de física y por los baños, lugar donde logro reconocer a cierto unineuronal sonriéndole a una pelirroja teñida con la raíz más negra que he visto en la vida.

Parece que ha cambiado sus gustos, ahora tendrá que cuidarse Dell, aunque ella es una fiera y dudo mucho que caiga en las garras de un minino como Jax, incluso cuando éste parece ensimismado con las teñidas.

Paso junto a ellos, logrando escuchar su odiosa voz.

—¿Qué dices? ¿Quieres contar todas las estrellas del cielo conmigo?

—Para hacer eso tardaríamos una vida entera, Jake.

Jake... Por Dios.

—Por eso mismo, dulzura.

Definitivamente, Tenorio moriría de hambre si fuese poeta.

Apenas salgo de la universidad, un auto último modelo toca la bocina llamando la atención de unos cuantos presentes. Pretendo pasar de largo y buscar a mi cita, pero el sujeto del auto de lujo baja la ventanilla.

—Murphy, ¿verdad?

Agrando mis ojos con sorpresa, inclinándome con cuidado hacia el auto. Nunca había visto un auto tan alucinante ¡Ni siquiera sé cómo se abre la puerta!

—Sí.

—George. —Ríe, extiende su brazo y abre la puerta del copiloto—. Anda, sube.

De niña siempre quise viajar en la alfombra mágica de *Aladino*, pero seguramente no se habría sentido tan bien como andar en este súper auto del futuro. Es decir, ni siquiera se me mueven las nalgas mientras recorre las calles. Hasta mirar por la ventana se siente de otra era.

George solo sonríe mientras conduce. Siento el viento enredarse en mi cabello. Cierro mis ojos y me dejo llevar a la vida.

—Ya estamos llegando...

Inspiro sintiéndome en completa armonía con el mundo. El sonido del motor cada vez es menos intenso y, lentamente, George estaciona el auto frente a una linda florería.

—Reserve una mesa en un restaurante a la vuelta.

Baja del auto y da la vuelta para abrir mi puerta. Como todo caballero de película, me ayuda a bajar. Hago un esfuerzo más allá de todo el aprendizaje teatral que la universidad me ha entregado y me pongo de pie. Todos los que pasan junto al auto deben tener la misma expresión que yo.

—Vamos —sugiere George con una sonrisilla tras activar la alarma del auto.

Asiento y le sigo el paso por la acera hasta doblar la esquina, donde un cambio drástico de ambiente me clava un presentimiento completamente malo. Miro alrededor notando como las construcciones y los edificios son cada vez más sucios, llenos de grafitis. La calle está llena de basura y posas. El olor a yerba y sonidos de disparo me pone en alerta. Agarro el hombro de George para detenerlo. Él se gira y, como un mago experto, saca de su abrigo un arma.

—Entrégame tu cartera... ¡Ahora!

Pego un grito ahogado y alzo mis manos en señal de rendición. Es la primera vez en mis diecinueve años que me asaltan. Todo parece tan irreal y repentino que parece un sueño. ¿Será otra alucinación?

—¿Qué? No te daré.

George me agarra por detrás de la cabeza y pone la pistola bajo mi barbilla.

No, no es una alucinación.

—No me obligues a tener que usar esto, *rojita*. Entrégame tu bolso y la chaqueta. —Me suelta, pero no deja de apuntarme. Un sudor frío me recorre la frente. Mis manos son sudorosas—. ¡Vamos! Contaré hasta tres...

Trago saliva con dificultad.

—Okay, okay... Deja sacar mi celular.

—¿Estás loca? Eso es lo que más compran, déjalo en la cartera.

—Pero mis libros descargado...

George se echa a carcajear manteniendo la pistola en alto. Mi corazón palpita a toda prisa. Según los libros, películas y series, alguien vendrá a rescatarme de la situación. Sí, alguien tiene la obligación de rescatar a la protagonista en casos así.

—¿¡Crees que me importa la mierda que almacenas allí?! —Baja la mirada unos segundos —. Y los zapatos..., dámelos.

—¿Qué los piensas usar, idiota? ¡Ni siquiera son de marca!

Cállate, empeoras las cosas.

—Pero a mi novia le encantarán.

—¿Quieres algo más? ¿Qué te invite a un café a comer medias lunas?

El sarcasmo como autodefensa. Estamos perdidas.

—Lo harás con el dinero que obtenga de tus cosas.

Temblando me quito lo poco y nada que tengo, quedando con una feo vestido descalza sobre la acera. Le hago entrega a mi asaltante mis pertenencias y, en cuanto las toma, él me rodea sin dejar de apuntarme. Retrocede unos pasos con la mirada fija en mí para luego emprender su huida hacia el auto de lujo.

Del impulso salgo en su persecución, pero tropiezo cayendo de rodillas al suelo. Vaya suerte. ¡Vaya suerte!

Sola, descalza y sin dinero. ¿Qué sigue ahora? ¿Pasa un camión y muero?

Un dolor en el pecho es todo lo que siento. El nudo en la garganta se acentúa. Nunca había estado en una situación así, siendo apuntada por un arma que no fuese el bastón de la abuela. Las comisuras de mis labios tienden a irse hacia abajo y la presión en mi pecho provoca que gimotee. Mis ojos pican y los deseos de llorar a todo pulmón, de rodillas en el suelo, aumentan.

—Mis libros... Mozart... Mi libro nuevo... Mis ahorros...

—¿Murph? —Volteo para ver a mi hablante. Podría reconocer esa horripilante partidura y esos feos lentes a leguas—. ¿Murph que te ha pasado?

Limpio mis lágrimas y el líquido saliendo de mis fosas nasales. Spencer se acerca a ayudarme.

—Un sujeto me robó —gimoteo otra vez.

¡Maldito Andrés que me haces más susceptible a llorar!

—¿Hasta los zapatos?

—Sí, genio, hasta los zapatos. También mis libros, chaqueta... ¡Todo!

Spencer se lamenta, enseñando una expresión de compasión que se le ve realmente tierna para ser alguien de su aspecto. Frunce sus labios unos segundos y luego se agacha de espalda a mí.

—Sube, te llevaré a casa.

Capítulo 15: "En tierra hostil - Parte 1".

Agarro mi vestido como si agarrase la poca decencia que la vida me ha dejado después del robo... literalmente. Coloco mis manos sobre sus hombros y en tanto él se levanta pongo mis piernas a los lados.

Me he convertido en una mochila humana.

—Permiso. —Spencer lleva sus manos bajo mis muslos para sostener mis piernas. Puedo ver sus orejas tornarse rojas junto con sus mejillas. Sonrío de forma boba cuando caigo en cuenta que el muy tímido ha pedido permiso para sostenerme de las piernas.

—¿Qué haces en un sitio como este? —Inclino mi cabeza hacia un lado para ver su perfil. Tengo la mala costumbre de observar a las personas cuando hago preguntas.

—Hay un sujeto al que le encargo piezas, cables eléctricos y esas cosas.
—Carraspea y guarda silencio unos segundos. Su paso es más lento que el de una tortuga lo que me hace preguntar si tal vez me he pasado estos días en comer pizza como si no hubiese mañana. Pobre, además de mala suerte con Jollie quedará con la columna vertebral desviada—. ¿Y tú?

Resoplo moviendo mis labios como un caballo molesto.

—Tenía una cita y el idiota me robó. Eso me pasa por andar saliendo con chico que apenas conozco... Pero no entiendo, el sujeto no se veía como un ladrón, ¡hasta tenía un súper auto!

—Los ricos también roban. La tía de un amigo es de dinero, pero bien que se roba las prendas en las grandes tiendas. Supongo que todos tenemos ese "algo" que no nos hace perfectos.

Tiene razón, aunque Spencer parece ser el chico perfecto, tierno, amable y honesto, he de suponer que también tiene un lado malvado que no se refiere a su físico. Bien, dejaré de molestarlo con su físico. Son bromas, ¿okay? Incluso huele bien. Podría ser un candidato perfecto, pero él es de Jollie y en terreno ajeno yo no me meto. Espero que Jollie se dé cuenta que si continúa rechazando a alguien amable como Spencer lo perderá. Ya saben, siempre pasa eso de *te gusto-te ignoro* y luego *me gustas-me ignoras*.

Es el karma, amores.

—Gracias, Spencer, te compensaré por esto.

—Tomé tu consejo anterior y le envié un canasto con jabones a Jollie, ¿sa-sabes si le gustaron?

Pensaba devolvértelos.

—Oh, sí. Le encantaron tanto que los usa todos los santos días.

Soy una buena persona, tener que mentir para no romper corazones como lo acabo de hacer es la prueba de ello. Por eso no logro entender de qué va mi mala suerte, quizás mucha junta con Michi está afectándome o su mala suerte es contagiosa. Tal vez he hecho algo tan malo, inconscientemente, que se me está devolviendo. De hecho, soy tan buena gente que el regalo que Spencer le envió a Jollie lo terminé usando yo. Los jabones tienen una aroma alucinante y hacen mucha espuma. Los empecé a usar cuando el jabón líquido se acabó y tuve que salir de la ducha corriendo por la casa al puro estilo de *Usain Bolt* a

buscar el canasto. Saqué un jabón rosa y volví al baño provocando que Chloe y Amira gritaran de espanto cuando de casualidad mi toalla resbaló.

Al bajar del bus, Spencer se agacha para que suba otra vez a su espalda, pero en vista de estar ya lo suficientemente cerca de su departamento reniego su amable gesto. Ya estando en el ascensor, con los pies descalzos y el apolillado vestido de la abuela, comienzo a arrepentirme el no irme a casa. Esto me trae malos recuerdos a decir verdad, y no tengo que olvidar quién vive en la habitación del frente a la de Spencer.

—No te preocupes por los chicos —alienta Spencer observándome a través de la pared del espejo del ascensor—, suelen salir de fiesta los viernes.

—Es bueno saberlo. Una chica en una departamento lleno de hombres me suena al típico corto pornográfico.

Mi sincero comentario parece espantarlo, un ataque de tos es toda la respuesta a mi comentario. Al abrirse las puertas del ascensor él es el primero en salir y dirigirse al departamento. Es pasillo ya se me hace conocido, aunque poco recuerdo de la puerta principal. La sala principal del departamento es un desastre y huele a yerba con un sutil y apestoso olor a calcetines que no han lavado en meses.

—¿Quieres tomar algo?

—No gracias, no quiero morir de hepatitis.

Spencer se echa a reír y se adentra a su habitación. Dudo mucho que encuentre zapatos que calcen con mis diminutos pies, según veo. Me

conformo con unos calcetines para no lastimarme los pies... o unas sandalias.

Busco un sitio en el maltratado sofá frente a la televisión y me siento a la espera del enamorado de mi hermana, no obstante, mis inquietos pies son la señal indicada para decirme que mi vejiga necesita descargar toda la ansiedad de la tarde.

Con las piernas juntas y caminando como lo haría un pingüino, camino hasta la habitación de Spencer y abro la puerta.

—¿Dónde está el baño? —Spencer está agachado al pie de su closet.

—Al final del pasillo.

Junto la puerta y miro la puerta blanca que yace en el oscuro pasillo. Está llena de calcomanías y alguno que otro grafiti. Frunzo la nariz cuando la idea de hacerme pis encima parece mejor que tener que hacer en un baño del departamento donde viven solo chicos.

Al abrir la puerta un olor putrefacto es lo primero que me da la bienvenida al trono. Miedo ver a los millones de gérmenes gritando en la taza del baño y animándome a poner mis dos cachetes sobre ésta. Hago una mueca de asco y busco papel higiénico, para luego ponerme en tal posición que mi cuerpo no toque ninguna parte del baño.

Definitivamente debí volver a mi casa a pies descalzos.

Te lo dije, pero nunca me haces caso.

Salgo del baño luego de lavarme las manos con un jabón que parece tener más infecciones que el mismísimo baño. Desde el pasillo escucho la puerta principal abrirse y luego, la risilla tan reconocible que hacemos todas las chicas cuando un chico nos está coqueteando. Sí, sin ver

podría jurar que hasta jugueteando con su cabello. Antes de dar otro paso, los sonoros besuqueos me detienen. No tengo intenciones de arruinar su momento, así que me apronto en entrar a la habitación de Spencer y cerrar de golpe la puerta.

—Acaba de llegar alguien y creo que pasará un buen rato...

Siento el peso de mi torpeza caerme de lleno sobre la cabeza. Spencer no está en ningún lugar, no está su escritorio, su computador de antaño, su closet, su cama bien estirada. No, esta habitación no es la de Spencer y parece muy lejana a serla.

Es la habitación de Jax.

Capítulo 15: "En tierra hostil - Parte 2".

¿Aló? ¿911? Estoy en un gran aprieto.

Esto me recuerda a aquella vez cuando tuve que esconderme bajo la cama de Tony una tarde que decidí cambiar la rutina y pasarme a su habitación. Fue después de tener nuestra "primera vez" y estábamos demasiado avergonzados como para vernos la punta de la nariz. Fue algo tragicómico el tener que esconderme de la señora Russell cuando ambos escuchamos que subía furiosa las escaleras. Por suerte el catre de Tony es antiguo y guardé refugio allí mientras escuchaba cómo mi vecino adolescente era regañado. Los minutos pasaron y tener que estar bajo una cama, y rodeada de hollín, me hizo estornudar emitiendo un sonido similar al de las ratas. La señora Russell se espantó y mandó a Tony asear su cuarto.

Podría decir que fue una salvada épica, pero no se compararía a ésta... si es que llego a salvarme.

Un golpe sordo mueve la puerta tras mi espalda. Probablemente están apoyados besuqueándose en ésta mientras yo estoy más que encerrada. Ahora sí debo parecer una rata encerrada. ¿Por qué debía ser Jax? El ápice de esperanza que tenía pensando que tal vez los besuqueos eran de otro chico, se ha ido por el retrete. Tenía que ser el unineuronal y, probablemente, la pelinegra de la universidad.

No importa, no importa. Si algo me ha enseñado la vida es que mi imaginación sobrepasa fronteras y como excelentísima estudiante de teatro —*tos, si claro, tos*—, tengo la majestuosa habilidad de improvisar. Que todo el dinero invertido en mis estudios sirvan de algo ahora.

Lo primero: Ordenar este desastre.

¿Debo describir lo desordenada que es la habitación? Creo que no hay tiempo. Bóxers, jeans gastados, camisetas, camisas, botas... Todo lo recojo y lo meto en el armario corredizo. Agarro los papeles y las bolsas de comida y las meto a un papelerero junto al velador. Estiro las sábanas y acomodo los almohadones.

Soy *Flash*, he descubierto a mi súper-héroe interior.

La puerta se abre en medio de las risas traviesas de los dos. Estoy de pie junto a la cama tiesa como animal recién muerto, y es que al parecer tengo complejo de uno. Los sonidos de sus labios devorándose se detienen en cuanto un grito de consternación sale de la pelirroja de la universidad —como supuse— acompañado de una expresión de terror. En segundos, ambos me miran confusos, aunque la expresión de Jax está a punto de cruzar la línea hacia la incredulidad.

—Señor Wilson, ya le ordené la habitación, ahora iré por la sala principal.

Sin más que decir, salgo del cuarto caminando cual soldado de El Cascanueces. Junto la puerta y entro al cuarto de Spencer hundiéndome en indignación. Lo único que quiero ahora es irme a casa y hundirme en mi cama.

—Cada vez que entras a mi habitación me das un susto que no te imaginas. —Spencer se levanta y me enseña dos sandalias negras—. Las encontré.

—Genialoso. —Por fin mis dos pies tocan algo relativamente acolchado. Ahora solo falta el dinero y marcharme a casa—. No tienes idea de todo

lo que te debo, Spencer, creo que ni siquiera un consejo bastaría para compensarte.

Un gruñido salido del mismísimo inframundo provoca que ambos agrandemos los ojos asustados. Un portazo es todo lo que queda antes del silencio. Lentamente me giro y entrebrazo la puerta para saber qué ha pasado. Jax aparece en mi campo visual y, sin previo aviso, abre la puerta.

—Felicidades, loca, acabas de arruinar otra linda velada. —Aplaudes tres veces. Sus cejas casi tocándose, está molesto. ¿Cuánto tiempo lleva sin acostarse con alguien? Pobre—. De todas las dementes pelirrojas con las que me acosté tú has sido la peor... Y tú, Spencer, la cubres ¡Traidor!

¿Arruinar tu "linda velada"? Acabo de salvar una vida.

—Tranquilo, campeón, hay muchas arrastradas con las que podrás acostarte. Ahora, si me disculpas, tengo cosas que hacer con Spencer.

—¿Van a...? —Un gesto obscuro concluye la pregunta de mi unineuronal compañero. Spencer niega con manos y cabeza que no es así, rojo como un tomate. De mí un sonoro «Pff» es todo lo que puedo responder. Jax Tenorio parece examinarnos un momento y, finalmente, se recuesta sobre la cama de su amigo de un salto—. Bueno, sea lo que sea que hagan, estaré mirando.

—¿Por qué no regresas a tu habitación? —le pregunta el cuatro ojos a Jax, éste coloca dramáticamente su mano en el pecho luciendo ofendido por la sutil sugerencia de su amigo para que se largue.

Que una chica aconseje a un hombre debe ser vergonzoso... supongo. No sé mucho del sexo opuesto, pero me parece que un consejo del sexo

opuesto cuando se trata de machos no es bien visto entre amigos. De ser así, qué tontería, porque de lo contrario no me explico los motivos de Spencer para correr a Jax

A menos que le moleste su presencia tanto como a mí. Parece que él y yo no somos tan diferentes.

—Ignóralo, seguro de niño nadie le prestó atención, lo que le causó un problema de adaptación y autoestima, lo que probablemente compensa con chicas y llamando la atención con su aspecto de chico malo. Esas personas piden ayuda inconscientemente.

—¿Tienes complejo de loquera, Chica Suicida?

Ruedo mis ojos y recaen en Spencer. Un tímido chico se presenta ante mis ojos, con su aspecto de chico demasiado reservado. ¡Eureka! He ahí el porqué Jollie no mira con otros ojos al pobre y desdichado Spencer. Todas quieren a los *bad-boy*, basta con ver los libros, no hay novela donde el chico de aspecto rebelde no enamore a la protagonista, o la ayude en situaciones difíciles.

—Tú, chico de horrible aspecto, necesitas llevar el cabello más despeinado y vestirte como tu impertinente compañero de piso. —Le desordeno el cabello. Es extremadamente suave y envidiable. Uno risos rebeldes invaden su cabeza. Spencer se encoge de hombros mientras continuo con mi trabajo para darle el aspecto de chico malo. Agarro su suéter y se lo quito, dejándolo con una camiseta blanca que se ajusta a su cuerpo—. Así estás mejor, incluso con tus feos lentes. Nada de suéter.

—Pero hace frío estos días...

—Usa una chaqueta —habla Jax—, yo tengo muchas.

Asiento aprobando la participación de Jax.

—Si pudiera hacer que Jollie te quiera sería perfecto, pero por ahora eso es todo lo que puedo hacer. —Pellizco su mejilla, como lo haría la abuela—. Ahora debo irme.

—Te doy dinero... —Spencer se mete las manos a los bolsillos.

—¿Qué te pasó, Suicida?

—Un tipo me asaltó... —Jax estalla en carcajadas agarrándose el estómago—. ¿Dónde está lo gracioso? Me apuntó con un arma y todo... Fue horrible.

—Luego te vio la cara y salió huyendo él. —*Es un idiota, ya... cástrenlo*—. No le prestes dinero, yo la llevaré —advierte mirando a Spencer. Me encojo de hombros, accediendo, después de todo así no le deberé más favores al pretendiente de Jollie.

Pero le deberás a Jax.

Eso lo puedo evitar, deberle a Spencer me romperá el alma.

Me despido de Spencer con un beso en la mejilla por el que queda pasmado. Jax sale del cuarto y yo le sigo detrás hasta llegar al ascensor.

—¿Por qué no le dijiste a tu padre o alguno de tus familiares que viniese a recogerte?

—Porque no tienen idea que saldría con un ladrón... bueno, yo tampoco, pero papá se volvería loco si le decía que tendría una cita. —Miro hipnotizada como Jax gira las llaves en su dedo—. Papá cree que salgo contigo. Si supiera...

—Yo me estoy reservando mi virginidad para la indicada.

Me echo a reír ante su comentario, y él hace lo mismo. Sin embargo, lentamente se torna serio y extiende su mano hacia mi mejilla, pellizcándola como yo lo hice con Spencer. Aparto su mano para luego frotar la zona, frunciendo mis cejas.

Las puertas del ascensor se abren. En el interior, mi progenitora alza su cabeza disponiéndose a bajar. Sus ojos se posan sobre mí con sorpresa y una sonrisa minúscula traza su rostro. Ya sabía yo que algo faltaba para que mi día completase con una «D» mayúscula de desastre.

—¡Murphy!

Su sonrisa falsa se ensancha.

—Hola —saludo, bajando mi cabeza. Ella sale y nosotros entramos. Abre sus labios para decir más, pero hago todo lo posible para que el bendito botón de cerrar las puertas funcionen al instante.

Lo último que alcanzo a ver de ella es su mano alzada como despedida.

—Esa era... la mujer del cuadro y si mal no recuerdo es la mujer de aquella vez cuando arruiné tu cita. ¿Quién es?

Me abrazo a mi misma sintiendo un dolor extraño en mi pecho, ese que siempre queda cuando por motivos del destino que no logro comprender ella aparece para arruinar mi día.

—Es mi progenitora —musito como si me lo respondiese a mí misma—, solo una mujer normal —reafirmo la voz.

—Es tu mamá. —El ascensor se detiene en el primer piso. Mastico las tres palabras que ha dicho, renegándome a llamarla de tal forma—.

Deberías estar agradecida, al menos tú la conoces. Yo apenas tengo recuerdos de ella...

Con ese nefasto pensamiento me siento como la mala entre las dos, aunque firmemente creo que es al revés. Yo no soy la mala de la historia, ella lo es y lo seguirá haciendo. Por otro lado, lo último que ha dicho el unineuronal hace que me ponga a crear suposiciones de su afición hacia las chicas. La falta de amor materno puede ser la consecuencia de todos sus desaires y odiosas frases caprichosas. Tal vez no somos tan diferentes, después de todo.

Buscar el amor de madre en una chica cualquiera no es la solución, eso debería saberlo.

—Esta será la última vez que coloque mi trasero en tu moto.

La voz emana de mí temblorosa. Antes de subir a la moto le advertí a Jax que anduviese a una velocidad moderada, pero parece que mi amenaza no bastó para asustarlo y mis palabras entraron por un oído y salieron por el otro.

—De nada. Ah, y sé que gozaste tanto como yo abrazarme por la espalda.

Idiota.

Me ayuda a bajar y quitarme el casco. Siento que podría vomitar cinco pizzas de tamaño familiar en pequeños pedazos. Controlo mi respiración afirmándome de su camisa unos segundos hasta equilibrar correctamente mis cinco sentidos.

—Bueno, adiós.

—Reedus —susurra deteniéndome en el acto. Cuando giro a verlo mis ojos dan los suyos, azules y penetrantes. Noto que se acerca e inclina acortando la distancia de nuestros cuerpos. Las sandalias de Spencer tocan sus botas militares. Un pensamiento confuso cruza por mi cabeza e intento apartarme para empujarlo, pero él me agarra desde las muñecas. Cierro mis ojos con fuerza juntando mis labios, pero nada pasa. Nada más que un simple beso en la frente—. Eso es por arruinar mi velada y esto... —Besa mi frente otra vez— como recompensa por traerte.

Me libera, lo que me genera un rápido debate mental sobre si golpearlo o no.

—Creí que me besarías... *Eugh.*

—En tus sueños, Suicida.

Especial Jax #1

Apegó sus labios a los míos entre jadeos. Su pálida piel estaba roja y con la fuerza del ahogado beso que nos estábamos dando pude notar el calor de sus mejillas. Nos separamos agitados, mi pecho subía y bajaba a un ritmo anormal. Degusté el sabor a mango de sus labios relamiendo los míos. Ella se abalanzó otra vez sobre mí. Todo mi cuerpo dio contra la puerta de mi habitación. Contuve la respiración mientras con mi izquierda hacía un esfuerzo sobrenatural en busca del pomo de la puerta, mi otra mano estaba ocupada acariciando su espalda bajo la camiseta. Acaricie la curvatura de su espalda con mis dedos y ella se enderezó lanzando un gemido.

Casi tropezamos cuando la puerta se abrió. La abracé por la cintura comprobando lo diminuta que era ésta y la apegué a mi cuerpo mientras la guiaba hasta mi cama donde me recosté observando con magnificencia su rostro iluminado por el halo de luz que atravesaba las cortinas. Estaba más despeinada que de costumbre, con sus mejillas sumamente rojas y la piel melosa. Se sentó sobre mí y allí permaneció quieta unos segundos, hasta que se quitó la blusa, enseñando sus dos diminutos pechos cubiertos por el sostén más infantil que pude ver en mi asquerosa vida. De igual forma, a mi amigo de abajo no le importó en absoluto la imagen ante mis ojos y comenzó a cobrar fuerza. Sentí un remezón dentro del pecho que me erizó la piel cuando la borracha sin suerte empezó a moverse encima, sobre mis jeans. Mi respiración debió sufrir alguna fractura porque cuando menos lo esperé, un jadeo escapó de mí... y ni siquiera había empezado lo bueno. Acaricié sus brazos y de las ansias los agarré con fuerza para apegarla a mi cuerpo. Sus labios

quedaron a centímetros de los míos y bastó que inclinara un poco mi cabeza para volver a besarla.

—Déjame conservar la ropa interior... —musitó sobre mis labios— es más excitante.

Capítulo 16: "Un escolta y un qué pasaría".

Tras contarle la horrible noticia sobre mi asalto a Los Locos Adams, papá propuso, con la voz alzada y severa, que me pusieran un chip de rastreo por si algún día me secuestraban o algo por el estilo. Ya saben que papá es extremadamente exagerado y tiene ideas deschavetadas. Si no fuera por Saya, seguro ahora tendría que estar cuidando hasta lo que como. No me habría gustado que papá supiera dónde voy a meterme... conseguir libros no es fácil y el contrabando es sumamente peligroso.

Es broma, soy una santa paloma que no hace más que comer, leer y cagar.

Olvidé decirles que papá me ha cedido su celular hasta que logren comprarme uno nuevo. Su celular es un *iPhone 10*, súper moderno con imágenes en 3D. Es una broma, comprendan mi humor. Papá me cedió su celular de antaño con un teclado en el que necesitas incrustar tu dedo para que funcione. La tecla para contestar llamadas está tan gastada que no sabía con cuál contestar cuando recibí una llamada del colegio donde trabaja. Y sí, me llamó para saber cómo había llegado. Pero ese no es el colmo de las cosas; resulta que le ha dicho a Jax que me cuide bien después de encontrarnos afuera de la casa.

¿Y qué creen? Pues tengo nuevo compañero de banco.

Apenas entró a la sala, Tenorio ha estado pegado a mí como chicle en la suela de un zapato. Y es curioso porque se parece a uno; sucio y fastidioso. Arrastró su mesa sin importarle el molesto ruido que ésta emitió mientras la acercaba, y finalmente la junto a la mía. Una maliciosa sonrisa bastó para advertirme que el resto de la hora sería una tortura.

Incluso cuando le marqué una línea para mantener la distancia, no hizo caso. Al parecer, mi hombro es su mejor almohada. Y esos lentes... He canalizado mi enojo de tal forma antinatural para así no quitárselos y romperlos.

Ayer repasé mi vida antes de dormir en mi oscuro cuarto custodiado por papá y el bastón de la abuela, y caí en cuenta del trágico destino que me espera de acuerdo a las estadísticas de libros sobre romance con mujeriegos. Así que, cuando Jax osó a reposar su cabezota unineuronal en mi hombro, le di un codazo que lo sobresaltó como no imaginan, y procedí a advertirle:

—He leído demasiadas historias como para saber con total certeza que tú y yo terminaremos juntos, y como mi vida es un cliché por donde lo mire, lo mejor será distanciarnos de una vez por todas.

Fue allí cuando tracé una línea imaginaria que ninguno debía cruzar, y sin embargo...

Suerte que solo coincidimos en una clase.

—Estuve pensando sobre tu forma arisca hacia mi persona y llegué a la conclusión que estás locamente enamorada de mí, pero como no quieres reconocerlo me evitas y esquivas. Ah, también usas la excusa de que te gusta Tony para ocultarlo.

¿Qué?

—¿Disculpa?

Muevo mi hombro para que levante su cabeza.

—Eso, Suicida —Me observa con cierta inocencia—. Te he descubierto.

—Tu razonamiento me sorprende bastante. A decir verdad, no entiendo cómo entraste a la universidad. No me sorprendería si dices que seduciendo a la rectora.

—Eso lo hice para no reprobar los demás ramos.

Y lo reconoce sin más, qué desvergonzado.

Mi cara de repulsión debería bastar para darle a entender que su comentario no me hace gracia alguna. Él lanza un resoplido y apoya sus brazos sobre la mesa y sumerge su cabeza sobre éstos. Parece que el mujeriego de cuarta tuvo una "linda velada" anoche, pues luce más cansado de lo acostumbrado.

—Estoy bromeando, Suicida —alcanzo a oírle—, no te pongas celosa.

Asoma su cabeza por su brazo y noto que tiene los ojos sumamente rojos. Frunce el ceño como queriendo estornudar. Antes que lo haga, me preparo cubriendo mi nariz con la bufanda tejida a mano que traigo. Últimamente hace un frío que congelaría a cualquiera, no me extrañaría que el unineuronal hubiese agarrado un resfriado con las fachas que trae.

—Oye, ¿estás bien?

—Sí, nena, tu macho está perfectamen...

Un estornudo muy sonoro se escucha por toda la sala, incluso cuando se ha tapado la boca con sus manos, las cuales refriega por su camisa. No escatimo en evitar la mueca de asco cuando comienza una banda sonora con su nariz para que los mocos no resbalen. Busco en mi bolso papel higiénico y le hago entrega de un rollo.

—Por favor, Tenorio, define "perfectamente". ¿Sabes? Creo que quizás deberías ir con las chicas de Enfermería o a descansar a tu casa, no te ves muy bien.

—¿Si voy a casa serás mi enfermera?

—No, lo siento.

La clase termina con una charla del profesor Leyton motivándonos a ser mejores y a no desanimarnos por las penosas actuaciones que dimos la clase pasada. Tenorio se levanta de su silla en un estado zombie y camina por el largo pasillo con sus cosas hasta salir de la sala. Eso es bueno, por un momento creí que la petición de papá para cuidarme se lo había tomado demasiado en serio y no podría quitármelo de encima. Por mi parte, me dirijo hasta el profesor Leyton para recibir lo que será mi nuevo contrato como su asistente.

Apenas me ve, él esboza una horrible sonrisa que asustaría a cualquier infante y me hace entrega del contrato.

—Léalo bien antes de firmar, Reedus.

¡Firma ya!

Cállate. Primero la letra grande y luego la letra pequeña...

—¿En el colegio Clarkson? —Despliego mis ojos de la hoja para posarlos sobre Leyton— Allí va mi hermana.

Y Tony.

—Genial, tal vez sea una de mis estudiantes.

Chloe no tiene interés alguno por la actuación, sino más bien por los videojuegos. Estoy teniendo malas sospechas sobre ese tipo inexpresivo

que viene a verla a veces para superarla. Y es que los dos tienen una química escalofriante y cuando pierden parece que hoyo negro se abre en el cielo y rayos caen sobre la casa.

Firmo el contrato tras leer todo y cada una de las palabras impresas en éste. El profesor se despide de los demás estudiantes y termina cogiendo las hojas del contrato y guardándolas en su maleta. Luego de despedirnos, salgo de la sala con una nueva forma de ver la vida: al fin tengo trabajo.

Los miércoles y los viernes a las 17:30 debo estar en el colegio Clarkson ayudando al viejo Leyton, y enseñando a otros estudiantes. Genialoso, nunca imaginé que algo así podría pasarme... así como nunca pensé que terminaría acostándome con quien desprecio. Las vueltas de la vida son inesperadas, qué puedo decir. Lo mejor de todo es que mi horario calza justo con el de Tony y podremos recuperar el tiempo perdido desde que papá me enrejó la ventana.

Conversar, como en los viejos tiempos...

—No necesito a un unineuronal como escolta, gracias y adiós.

Un estornudo es todo lo que obtengo como respuesta por parte de Jax Wilson. Parece que el mujeriego de cuarta se ha tomado en serio la petición de papá. Ni siquiera puedo ir al baño en paz. Todas las veces que hemos coincidido han sido porque parece olfatearme. No importa dónde esté, él allí aparece. De niña vi una película donde seis guardias custodiaban a una princesa adolescente y la seguían a todos lados. Creí que estar así de protegida podría ser divertido... Ya saben, seis hombres de smoking cuidando de una persona te hace sentir importante. Sin

embargo, creo que esto es lejos de lo que imaginé. Sentirse observada, sobre todo por alguien que no para de estornudar, no tiene gracia.

—Lo digo en serio, Wilson, no necesito que me acompañes al baño.

—Tu papá me pagará una módica suma de dinero por cuidar tu trasero

—habla, frotándose la nariz—..., el poco trasero que tienes.

—¿Cuánto? Yo te haré el doble de eso si dejas de perseguirme a todos lados.

Una «Já» burlón se estampa en mi frente. Lo que dije iba en serio, pero obviamente, se lo ha tomado en broma.

—No tienes ni un ahorro. Te robaron, ¿recuerdas?

Él tiene razón.

Quizás necesite usar otro método para que salga huyendo.

—Bien, escucha... —Intento de cambiar mi expresión a una más seria y no tan fastidiada, pero tenerlo de frente es algo difícil, ya les dije que su rostro es fastidioso—. No había querido decirte esto, pero ya es hora de que lo sepas: Estoy embarazada.

Su mirada queda me informa que no se ha tragado ni una de las dos palabras. ¿Qué pasa? Se supone que funciona en casos donde el padre es un mujeriego. Siempre terminan desapareciendo de la faz de la tierra. Tal vez mi forma de decírselo ha sido un fracaso.

—Usé preservativo, cariño.

—Pues no funcionó. Estoy esperando un hijo, y es tuyo.

—Bien —Frunce el ceño y vuelve a estornudar por milésima vez en el día—, me haré cargo.

Se acabó, yo me voy.

...

Camino por la sala escuchando con esmero las voces de los estudiantes de la academia de teatro. El profesor Leyton los ha animado para participar en un evento de teatro que se realizará dentro de dos meses. La obra ha sido escogida por los mismos estudiantes y se trata de nada más y nada menos que Romeo y Julieta.

Nah, es broma.

La obra que interpretarán fue escrita por los chicos de la academia de Literatura y trata sobre tres adolescentes que asisten a reuniones de Narcóticos Anónimos, teniendo diferentes flashbacks sobre sus vidas. La idea no me pareció conveniente dado a que todos los que actúan son pubertos, pero admito que actúan genialosamente. El mismo profesor Leyton me ha dicho que se siente más orgulloso de ellos que los de la universidad, exceptuando algunos.

Para ser mi primer día todo anda bien, todo está completamente bien. La sala es cómoda, los chicos son agradables, el ambiente es bueno y la vista también. Desde la sala se puede ver la enorme cancha de entrenamiento de rugby donde Tony probablemente está practicando. Ya le he escuchado a coach gritar con furia su nombre varias veces, y aunque Tony es un nombre algo común por la ciudad, estoy segura que no hay dos chicos con un nombre tan feo.

No deberías hablar de nombres, el tuyo supera a todos en cuanto a ridiculez.

Cierto. Ahí lo tienen, mi mala suerte no fue contagiada por Michi, sino que es causa de mi nombre. Pisotearé tu tumba Edward Aloysius Murphy.

—Nos vemos el viernes.

Son casi las nueve de la noche y la clase ha terminado. Siento mi boca seca y los parpados pesados. Ni siquiera levanté un músculo pero estoy agotada, deseando llegar a casa pronto sobre una escoba o usando un *traslador*; mas la realidad una vez más me da un golpe en plena nariz.

No, no me han golpeado, lo digo de forma metafórica.

Salgo de la sala luego de hablar con el profesor Leyton. Afuera hace frío y cuando suspiro el vaho sale de mi boca. Me abrazo a mi misma avanzando hacia la salida del colegio donde los chicos de la academia están reunidos charlando entre ellos. Me despido una vez más con una seña y alzando mis cejas junto a una sonrisa. Cerca de los barrotes, guardando una distancia prudente, Tony silba capturando mi atención.

—...entonces, ¿esta será nuestra nueva rutina?

—Así parece.

Acomodo mi bolso en el hombro mientras caminamos en plena noche bajo la luna. El aire fresco entra por mis fosas nasales y tengo una leve picazón. Creo que "cierta persona" me ha pegado el resfrío...

¡Genialoso!

Tony está con el cabello mojado por la ducha que se ha dado después del entrenamiento y camina con una camiseta como si no tuviese frío alguno. Le insistí que se abrigara pero se ha negado rotundamente.

Dentro del sonido de nuestros pies contra el pavimento y las hojas de los arboles meciéndose por el viento, el retazos sobre la vez que lo imaginé besarme me vienen a la cabeza. Las palabras de Maya causan eco en mi cabeza. El corazón me da vuelta y mi respiración se acelera. Trago saliva, nerviosa, mientras observo el perfil de Tony de reojo.

—¿Tony, qué pasaría si te digo que me gustas?

Capítulo 17: "No cruzar la línea".

¿Eso lo dije en voz alta o sólo fue un mero pensamiento? Ya no sé qué esperar de mí.

Sólo mira su rostro... ¡No lo puede creer!

Los ojos de Tony están sobre mí. Parece asombrado e incrédulo, así como yo debo estarlo después de preguntarle tal cosa. Lentamente baja la cabeza y se mira las zapatillas, para luego volver a mirarme. Una sonrisa corta es todo lo que recibo y continuamos caminando.

Creo que moriré después de esto. Mi corazón no puede ir más deprisa. Estoy nerviosa como nunca lo había estado antes. Mordisqueo mis labios en medio del silencio y ruego con frenesí que desde ahora nada pueda cambiar, que tenga la extraña habilidad de retroceder en el tiempo.

—Hay cosas que son muy evidentes de las que nunca nos damos cuenta, es por eso que nunca descarté la idea de la existencia de extraterrestres. Muestras de su existencia es casi obvia pero a veces preferimos no creer en ellas. Nos cuesta salir de la rutina y la creencia en otras cosas nos aparta del confort. —Puedo ver nuestras casas desde donde nos encontramos. Mis pasos y los de él van coordinados y lentos, a pesar de que lo único que deseo ahora es salir corriendo y encerrarme en mi cuarto. No obstante, una parte de mí, esa parte masoquista, quiere que termine lo que debe decir. Sé perfectamente de qué va sus palabras—. Siempre supe de la existencia del algo más allá, pero ante la percepción y lo inestable de mis sentidos me negué a creerlo... quizás por mi bien, o por el de "eso". A decir verdad, prefiero seguir con mi rutina y no seguir pensando en seres extraterrestres o del más allá, mi

mundo está bien tal cual y tener lidiar con la existencia de algo más desenfoca todo lo que quiero. Buenas noches, Murph.

Tony se despide con un beso en mi mejilla, abre la puerta de la reja sin mirarme y golpea la puerta de su casa. Estoy perpleja afuera de su casa, en medio de la oscuridad de la noche, en la fría calle, con un solo pensamiento en mi cabeza.

—¿Me han rechazado?

—Suenas a que sí, cariño, de una forma muy sutil. —Maya me da palmaditas en la espalda como una forma de consuelo. Lo que menos quiero ahora es sentirme como la tonta a la que su mejor amigo friendzonó, aunque así es lo que pasó—. ¿Quieres un agua con azúcar?

—No estás ayudando mucho, Maya.

—¡Pero el agua con azúcar ayuda para el corazón! ¿Y chocolate?

—Creo que me iré a casa, solo vine para confirmar mis dudas.

Me levanto del sofá de cuero y avanzo hasta la elegante puerta principal de su casa. Vivimos en la misma calle pero las casas son completamente diferentes y la de Maya es la que más destaca, pues parece una mini-mansión.

—Adiós, guapura. Y recuerda que la vida no termina con un rechazo, hay muchos peces fuera del agua que ansían a chicas-tablas como tú.

—Gracias por el consuelo. Adiós.

Y por eso, queridos lectores, siempre hay que escoger bien a sus amistades.

Fin.

Miro a las personas transitando por la universidad, diminutas, borrosas y despreocupadas. Un largo trecho me aleja de ellas y es que desde hacía tanto tiempo que no subía a la torre de la universidad que parece mucho más alta que la última vez que estuve aquí. Incluso la campana se ve diferente, mucho más reluciente, como si la hubiesen cambiado hace poco; mi reflejo deformado por la forma de ésta asevera mi ceño fruncido.

Estoy tomando todo con calma, en serio, pero recordarlo me deja un mal sabor de boca, un leve dolor en mi pecho y las ganas de arrancarme los dientes, uno por uno, por ser tan idiota. Debí quedarme callada, o ser menos obvia. Probablemente ustedes opinen lo mismo. Debería haber usado ese truco de "la amiga de la amiga de una amiga" para preguntar, y sin embargo, mi lado directo habló primero.

—Estás de mal humor, ¿quieres que...?

Un estornudo interrumpe la nefasta pregunta de la cual poco interés tengo en escuchar. Lo que me faltaba, el deforme rostro de Jax Tenorio. Observo su reflejo en la campana gigante y me aparto, asomándome por la baranda.

—Estoy de mal humor porque tengo que soportar a un espécimen de laboratorio que no para de estornudar y usa la única neurona que tiene para coquetear con chicas. Ahora dime, ¿no tienes a otra persona que fastidiar? ¿Amigos? ¿Tus víctimas de siempre? ¿Perros salvajes?

—¿Estás con Roberto? ¿O era Andrés?

—Eso pasó la semana pasada —Miro hacia abajo. De reojo noto que él también se asoma por la baranda y mira a los estudiantes que van a sus

salas—. Estoy así porque ayer me gané un ticket directo a la friendzone.

—Eso era algo obvio, cariño —responde sonriente, burlándose de mi desdichado estado—. Ese es el problema de las amistades con el sexo opuesto, siempre uno de ellos termina con sentimientos amorosos. Por eso yo no le llamo amistad, sino que supervivencia mutua.

Hago un esfuerzo por imaginar a Jax "Tenorio" Wilson compartiendo secretos con chicas y se me hace un caos la cabeza.

—No puedo imaginarte con amigas.

—Nunca he tenido una, siempre termino teniendo sexo salvaje con ellas en mi departamento. —Me lo imaginaba, pero de igual forma la imagen mental se recrea otra vez en mi cabeza—. Pero ya que Tony ya no es tu amigo, yo podría reemplazarlo... —Su mano, como si fuese una araña, recorre la baranda hasta tocar mis congelados dedos—, algo así como amigos con derecho. —Golpeo su mano y lo miro desaprobadoramente—. Eso es agresión.

—Y pronto se convertirá en homicidio si sigues con esas insinuaciones. Adiós.

Bajo de la torre con la garganta seca y el corazón en la garganta. Cada día mi estado anímico va en decadencia y la falta de ejercicio me afecta más. Una vez abajo, entro al baño más cercano; éste es igual o peor que el baño del departamento de Jax. Abro la llave del único lavamanos que parece funcionar y me lavo la cara para despertar del letargo llamado "rechazo", finalmente me miro al espejo; tengo una ojeras horribles y el cabello más despeinado que el de la vieja loca de los perros que pasa por las mañana fuera de la casa. Intento arreglarlo peinándolo con las

manos, y me dispongo a salir. Sin embargo, dos chicas entran al baño pisoteando con sus enormes tacones el piso con rudeza. Me siento de vuelta en el colegio, cuando las chicas rudas solían acorralar a los más nerd de la clase. Nunca me tocó ser una de las víctimas, no obstante, a juzgar por cómo me miran ambas, puedo deducir que será la primera vez.

—Esta es la perra nueva de Jax —le dice la más alta a su compañera de cabello castaño.

—Ahh, no creo que sea buena idea que le digas perra a tu amiga —espeto esbozando una sonrisa. Las dos abren sus labios, ofendidas—. ¡Oh! —exclamo con falsa sorpresa— ¿Lo decías por mí?

La más alta, quien parece ser la de la idea de intimidarme aquí, da dos pasos acortando la distancia. Camina a mi alrededor con sus tacones tronando contra el piso mojado y vuelve junto a su amiga.

—No sabía que teníamos a una comediente —habla—. Está asustada.

¿Deberíamos estarlo?

Más me asustó Tony.

—No tengo tiempo para estas cosas.

Camino hasta ellas y pretendo pasar entre las dos, pero la más alta me da un empujón y una cachetada en plena mejilla. El sonido hace eco en el baño. Cierro mis ojos un momento asimilando el dolor y luego el calor que invade la zona. Una sonrisa maliciosa se dibuja en el rostro de ambas.

—No eres más que otra perra que quiere estar con Jax. —La alta habla escupiendo más saliva que una llama, me da otro empujón con el que

casi resbalo, mas logro afirmarme del lavamanos más cercano—. Siento desilusionarte, zorrita de medio tiempo, él solo tiene ojos para una mujer y es ella, ¿oíste?

Aprieto mis puños queriendo golpearlas, pero no soy predilecta a la violencia. La castaña le da la razón a su amiga asintiendo mientras parece divertirse. Mi vena de la paciencia está al borde de estallar. Respiro hondo para calmarme y carraspeo para hablar. No obstante, el unineuronal, causante de todo esto, entra al baño y se coloca junto a mí.

—¡Jax! —Chillan ambas.

—¿Qué diablos está pasando aquí? —Los ojos azules de Tenorio se posan sobre mí y por un segundo creo que estoy leyendo sus siniestros pensamientos—. No me digan que es el típico caso de no te metas con mi chico... —continúa. Cruzo mis dedos mentalmente para que no diga lo que creo que dirá—. Supérenme, nenas, Jax ya tiene dueña.

Allí está...

Golpeo mi frente con la palma de mi mano y niego con la cabeza queriendo desaparecer. ¿Puede haber cosa más horrorosa que esta?

—No te creo —confiesa la castaña, aferrándose al brazo de su amiga—. Proclamaste con voz alzada que no había otra como yo, que me amabas y que sería la única. Que no había otra chica que te hiciera feliz, que los años de amistad fueron...

—Tan ingenua... Lo mismo le dije a tu amiga. —Jax apunta con su barbilla a la tipa alta, ambas se miran sorprendidas y vuelven a mirarnos. Siento un cosquilleo viajando por mis dedos. Tenorio entrelaza sus dedos con los míos y se dirige otra vez a las dos amigas—. Esto es especial, y

va mucho más allá que una tonta amistad con sexo casual como lo hice con ustedes. ¿Verdad, nena?

Volteo al notar que me mira por el rabillo del ojo. No sé qué es lo que más me impresiona de todo esto, pero definitivamente necesito digerirlo lentamente. Jax traza una sonrisa ladeada y, en segundos, le da veracidad a sus mentiras plantando un sonoro beso sobre mis labios. Luego, suelta mi mano para estamparla en mi nalga izquierda y apretujarla dos veces seguidas.

Mi vena de la paciencia estalla y, antes de poder esculpir su estúpida sonrisa, aprieto mi puño con fuerza y lo colisiono justo en su nariz, provocando que resbale y caiga al suelo.

—Eso pasa cuando cruzas la línea, Asno. —Me acomodo el bolso y miro a las dos payasas de pie—. Él y yo no somos nada más que compañeros de Expresión Vocal, si tienen algo que arreglar, háganlo con él. Adiós, hijas de Snow.

Les lanzo una última mirada a las dos chicas y paso entre las dos. Pero algo hace que me detenga, no sé si ha sido el hecho que ninguna me ha devuelto la mirada o que Jax no ha dicho ni pio. Volteo, sin pensar que lo encontraré en el piso, inconsciente.

Capítulo 18: "Confesiones y encuentros cercanos - Parte 1".

Hierba mala nunca muere, ¿no me creen? Pues vean a la abuela, tantos años y parece karateka. Ese fue el primer pensamiento que pasó por mi cabeza cuando me acerqué hacia Jax y comprobé si estaba con vida. Estaba con los ojos cerrados y un hilo de sangre bajaba por sus fosas nasales. El peso de la culpa se alojó sobre mi espalda y no pude hacer más que apoyar su cabeza sobre mi regazo olvidando por completo que el piso del baño estaba mojado. Ahora ambos estamos olor a orina, barro y humedad de camino al hospital sobre una ambulancia.

No sabía que mi izquierda podía ser tan letal como para dejarlo inconsciente, supongo que su resfrío colaboró para que todo ocurriese de esta forma.

—¿Estará bien? —Miro al paramédico sentado junto a la camilla. Él asiente en silencio sin quitar su mano de la frente.

En estos momentos lo único que deseo es que el unineuronal abra los ojos, dibuje su tonta sonrisa, se siente en la camilla y diga que es una broma. Pero no lo hace, está completamente dormido, como un bebé recién nacido. Es extremadamente raro verlo tan calmado y callado, ni siquiera está roncando como suele hacerlo cuando duerme en clases. Amaso mis manos sin saber qué hacer. Si tuviese una máquina del tiempo definitivamente no lo habría golpeado a él, sino a las dos plásticas de las que me defendió; y aunque por un lado fue su culpa por besarme y agarrarme una nalga, fui yo la que cruzó la línea esta vez.

—Por un demonio... ¿Qué es este jodido dolor de cabeza?

Su voz quebrada y rasposa es como la sinfonía más hermosa de Mozart, me incorporo junto a la camilla para verlo con detenimiento. Está totalmente pálido, sus ojos están inyectados en sangre causando que el azul de sus iris se intensifique.

Tengo la tentación de preguntarle cuántos dedos ve, pero no parece estar dentro de sus sentidos. Se toma la cabeza en un intento por ver a su alrededor.

—Jax lo lamento mucho, no medí mi fuerza y te golpeé muy fuerte. Es que no creí que fueses tan debilucho, ¿sabes? Necesitas hacer más ejercicio o no sé, hacer algo para tener más resistencia, hasta Emer aguanta más golpes.

Frunce el ceño como haciendo un esfuerzo imperial por reconocerme. La confusión adorna su rostro y me hago un ovillo creyendo que no logra reconocerme.

—¿Quién eres?

Contengo la respiración unos segundos para descifrar si es una pregunta en broma o realmente no me recuerda. Sin embargo, una sonrisa burlona lo delata.

—Debí esperarlo de un unineuronal —refunfuño, cruzándome de brazos. Sus carcajadas logran oírse por toda la ambulancia, incluso el paramédico que lo revisaba sonrío. Chasqueo la lengua y le enseño el dedo del medio.

Tendrías haberlo golpeado más fuerte.

—¿Debería ponerte una demanda por violencia? —pregunta rascando su barbilla, luego se dirige al paramédico— ¿Debería hacerlo? ¿Tú qué dices?

—Si tú haces eso, entonces yo te demandaré por acoso, cariño. —
¿Cariño? Se te está pegando hasta su forma de hablar—. Veo que estás mejor, así que cuando llegemos al hospital volveré a la universidad, Tenorio.

Un puchero de niño pequeño se dibuja en su rostro, blanqueo mis ojos en cuanto lo veo y resoplo.

—No piensas dejarme solito en un hospital lleno de enfermeras sexys, ¿verdad?

—Dudo mucho que sea un problema, estoy segura que sobrevivirás unas horas solo en el hospital. Además, no puedo con este olor a pis.

Mi fuerza de voluntad es alta, pero mi cargo de consciencia es mucho mayor. No hagas preguntas tontas ni creas que algo más allá que la lastima me ha hecho estar aquí, en una habitación fría y con olor a muerte, acompañando a Jax Tenorio Wilson. Mi corazón de abuelita pudo más y, como soy una buena persona, decidí quedarme. El olor a hospital probablemente supere el olor a meado que traigo encima.

O eso espero.

Doy vuelta a la página para continuar leyendo. Como no tengo dinero para comprar un nuevo libro, y mis supuestas amigas no han deseado prestarme, estoy releendo uno para matar el tiempo. No comprendo a la perfección el porqué Tenorio me pediría acompañarlo en el hospital cuando el muy... descarado está perfectamente acompañado por una enfermera con buenas piernas, largas y bien formadas. Yo estoy en un

rincón de la habitación intentando leer, mas las risillas —de esas que evidentemente son de coquetería— me distraen como no pueden imaginar. Ya lo presentía. Volver a la universidad apenas bajé de la ambulancia era mejor idea que hacer acto de presencia como si fuese un objeto más en la sala.

—Oye Suicida..., golpéame más seguido.

Quito mis ojos del libro para posarlo sobre Tenorio. Está sonriente, tan sonriente que es como una patada en la espinilla.

—Será un gusto, unineuronal. —Guardo el libro en mi bolso y me levanto del sofá—. Ahora que estás mejor me iré. Adiós.

—¡Espera! ¿Puedes acomodar mi almohada? La enfermera no la ha dejado bien.

Aprieto mis puños con fuerza rindiéndome a su petición. No puedo decirle que no a la persona que dejó inconsciente en el baño de chicas.

Camino hasta la camilla donde está bien recostado. Le han tenido que poner suero porque lo encontraron deshidratado, eso me hizo subir un tanto los ánimos, porque después de todo, no fui la culpable total de su estado.

Hace un esfuerzo casi sobrenatural para levantarse. Me apronto en acomodar el almohadón gigante y con un quejido se vuelve a recostar. Acomodo la sabana junto a la frazada, subiéndolas a la altura de su pecho y veo que no quede descubierto de ningún lado.

—Este... Gracias por intentar defenderme en el baño —musito más para mis adentros.

—¿Disculpa? No te escuché. —Coloca una mano tras su oreja, la que me veo obligada a apartar metiéndola bajo la sabana. Incluso después de estar en el hospital y enfermo de resfrío es un asno—. No hay nada que agradecer, nena, estabas defendiendo tu honor de mujer y yo debía ayudarte.

—Sí, con un beso y un agarrón... Vaya forma de ayudar.

—No sé por qué te molestas si hicimos cosas peores antes... —Volteo observando su rostro cercano al mío y blanqueo mis ojos mientras niego con la cabeza—. Mucho más intensas.

Lo que faltaba, recordar "esa" noche. Mi pequeño desliz, aquí está tu consecuencia.

—Estoy intentando borrar ese error de mi vida.

Posa su mano sobre mi hombro y funde peso sobre éste, provocando que me incline en su dirección acortando todavía más la cercanía.

—No puedes borrar lo que ya está hecho, Murph —susurra.

Sus palabras se revuelcan en mi cabeza. El cosquilleo sobre mi cuello me causa escalofríos, pero no es uno incómodo, sino uno totalmente placentero. Me hago a un lado frotando la zona donde su aliento a chocado contra mi fría piel. Una sonrisa acompañada de un guiño es todo lo que Jax hace, hasta que un repentino cambio en su rostro indica que probablemente está viendo un fantasma a mi espalda. Me giro con la idea de ver a un ser bajo una sabana blanca o algo por el estilo, pero todo lo que encuentro es a una pelirroja alta con sus ojos puestos en él.

Capítulo 18: "Confesiones y encuentro cercanos - Parte 2".

Observo la puerta ante mis ojos. Está llena de moho, le falta el último número y hay goma de mascar en el centro del cero. Nadie podría decir que frente a mis ojos está la puerta número 103... ¿O es 104? Bajo mis ojos hasta el picaporte donde un cartelito tiene impresa en letras grandes y gruesas "No Molestar". Giro el cartel para leer qué dice atrás, encontrando el dibujo de dos perros teniendo sexo y más abajo, con el mismo tipo de fuente que la parte anterior del cartel pero más pequeño, las palabras "animales reproduciéndose". Lanzo un bramido que continua con mis ojos en blanco.

No puedo creer que haya llegado hasta aquí por mi cuenta.

Golpeo dos veces y espero mirando con cautela no ser vista por alguien. El frío pasillo lúgubre me da mala espina y en cualquier momento creo que aparecerá un *dementor* para absorber toda mi felicidad o peor, que aparezca ora vez mi progenitora. Por eso que al escuchar el crujir de la puerta doy un respingo.

—Tranquila, bebé, no muerdo.

Un sujeto alto con una sonrisa ladeada me observa apoyando su cuerpo en el umbral. Parece dichoso de verme de pie frente a él. Carraspeo guardando la compostura y me limito a hacerle una seña con mi mano.

—Vengo a ver a Jax.

—¿A Wilson? —pregunta otro chico con la misma sonrisa de surfista que el que me abrió.

Jax había mencionado que sus otros compañeros eran mucho peores que él, y así parece. No puedo evitar mirarlos como si fuesen unos jotes hambrientos de chicas. Comienzo a comprender un poco todo el embrollo de mujeriegos universitarios que hay acá. Papá se volvería loco si viniera y supiera cuanta "fornicación" ha ocurrido dentro de esas paredes y probablemente a Saya le daría un paro con el asqueroso baño. Esto es como un círculo vicioso, o la mismísima cárcel, todos se complementan con todos. No me calza porque Spencer es tan diferente de sus compañeros de piso.

—¿Por qué quieres a Wilson si nos tienes a nosotros? —curioseas el primero.

Resoplo acomodando mi mochila sobre mis hombros. Como el profesor Flickher no ha ido a la universidad todos lo de la clase salimos temprano, solo tuvimos que firmar la hoja de asistencia y marcharnos, así que mi cargo de conciencia me ha obligado a hacer un buen acto y visitar a Tenorio.

Tengo que carraspear de nuevo para responder. Un dolor en mi garganta me ha molestando todo el santo día.

—Esas cosas no sirven conmigo, no le funcionó a tu amigo enfermo y no funcionará contigo... —miro al segundo chico— o contigo.

—¿Cómo estás tan segura, *Rojita*? —curioseas el segundo chico meneando sus cejas— Apenas son conoces.

Ya dales un puñetazo.

Calma.

—Porque no me gustan los hombres. Ahora, ¿puedo pasar?

Como lo haría un caracol —o la anciana de la florería— el sujeto uno abre la puerta a regañadientes, enseñando el interior del departamento que tanto escalofríos me da. Todo está igual de desordenado que antes, con la diferencia que ahora hay muchas cervezas por donde se mire. Con una sonrisa amable entro al departamento y me aseguro de pisar el pie del sujeto con sonrisa de surfista.

—Ups, lo siento... tengo el pie grande.

Un quejido de dolor y una mirada hostil es todo lo que el sujeto me da antes de girar en dirección al pasillo. Espero que esos sujetos se marchen porque no quisiera tenerlos cerca nunca más. Spencer había dicho que salían los viernes, rezaré porque sea así.

Frente a la puerta del cuarto de Jax, lanzo un suspiro. Tengo una idea mental que desarrollé de camino aquí sobre cómo debe estar. Obviamente ayer tenía los ánimos suficientes para correr hasta una maratón, pero eso no es lo que me preocupa en realidad, sino la forma extraña que adoptó cuando vio a aquella enfermera. No lo conozco de toda la vida, pero Jax es lo suficientemente predecible como para pensar que reaccionaría con alguna sonrisa coqueta o sus disparatados comentarios; no obstante, todo lo que hizo fue agachar la cabeza y volver a mirar por encima de mi hombro. Cuando me giré para preguntarle a la enfermera si debía irme ella ya no estaba. Se había esfumado, así como la personalidad juguetona de Jax. Quise preguntar qué rayos le pasó, pero no son mis asuntos. ¿Alguna ex novia, tal vez? ¿Alguna amiga o nueva conquista? Preferí dejar pasar cada una de las posibilidades.

Giro el pomo de la puerta y asomo mi cabeza hacia el cuarto, echando un vistazo hacia su cama. Jax está recostado en su cama, no logro verle

el rostro, sino que parece estar bien envuelto entre las tapas. Haberlo visitado ya no parece una buena idea.

—Unineuronal... —le llamo en voz baja para comprobar si está dormido— Tenorio...

Nada más que un feroz ronquido. Achico mis ojos y entro, cerrando la puerta mi espalda con extremo cuidado para que ésta no emita un sonido. Lentamente me quito la mochila y a tomo entre mis manos al tanto me voy acercando a un lado de su cama. Parece estar durmiendo plácidamente, sin nada que lo complique e interrumpa. Esbozo una diminuta sonrisa y le lanzo la mochila encima de su castaña cabeza.

—No finjas que estás durmiendo, ya me di cuenta que no lo estás por tu ronquido.

Aparta la mochila y me mira con uno de sus ojos, frunciendo el ceño.

—Apuesto a que contaste los minutos para verme —Se sienta sobre la cama y agita la mochila—. ¿Qué me trajiste?

—Unas galletas que hizo la abuela especialmente para ti y un libro, aunque no sé si sabes leer.

Un estornudo evita que pueda ver su expresión. Paso mi dedo por debajo de la nariz para disipar la repentina picazón que me ha dado. Tenorio me mira como pidiendo permiso para abrir la mochila, a lo que respondo con un simple movimiento de hombros. Una vez abierta, mete la mano y saca una bolsita cerrada con un alambre que tiene colgando una notita rectangular.

—"Para Jeremy" —lee.

—Vaya, si sabes leer.

—Estás de buen humor... Je, bueno, este rostro contenta a cualquiera.

Diferir de su arrogancia no está en mis planes hoy. Me prometí ser lo más tolerante hacia Jax para no quedar en deuda con su persona, después de hoy todo volverá a ser normal. Nada de actos caritativos hacia el unineuronal.

Dejo caer mi peso sobre la cama sentándome a su lado. Él ha sacado una galleta que me da a ofrecer. Reniego con la cabeza y observo su rostro; está mucho mejor que ayer, hasta se parece al antiguo Jax.

Su celular vibra sobre el velador. Con una galleta entre sus labios lo revisa y vuelve a dejarlo sobre el velador. Se echa la galleta a la boca y se levanta de la cama.

—Iré a mear —dice con la boca llena.

Hago una mueca cuando noto que está en bóxer y con sus dedos lo arregla como si fuese lo más normal del mundo. Sé que lo he visto en con menos ropa pero no quiere decir que después de eso tenga la confianza de mostrarse así... Bueno, es Jax, después de todo. Observo el celular y mis dedos inquietos cual araña se mueven hasta el velador para tomarlo. Está desbloqueado y, por consiguiente, muy indefenso.

Activo el *bluetooth* y busco en mi bolsillo el celular de papá. Podría jugar que escuché una canción bastante vergonzosa como para vengarme por el horroroso tono de llamada que puso en mi celular.

Que en paz descanse donde quiera que se encuentre... ¡Nunca te olvidaremos!

Cuando la puerta se abre y Tenorio entra tarareando una canción, finjo revisar la hora.

Hoy tengo que ir al Clarckson y no tengo la menor idea de cómo haremos Tony y yo para cuando nos encontremos. Ya saben que me rechazó indirectamente. Todo es un caos en mi cabeza al tener retazos de ese momento, no sé qué me duele más; el que me haya rechazado o la forma en que lo hizo. Sé que no lo hizo con la intención de hacerme sentir mal, pero hubiese preferido que respondiera de forma directa para que los ápices de esperanza esparcidos por mi corazoncito no me hagan sufrir más de la cuenta. Tengo miedo, tengo mucho miedo de lo que pasará hoy.

Actuar como si nada hubiese ocurrido en una opción, pero no es mi estilo.

—Me sorprende que todavía estés aquí, Suicida.

Jax vuelve a la cama. Rebusca en mi mochila el libro que traigo conmigo y lee en voz baja el título.

—¿Qué me darías si te consigo una firma del autor que escribió esto?

—Dudo mucho que consigas una firma de tal escritor. —Una extraña sonrisa traza el rostro de Jax, salta de la cama como si fuese un niño pequeño y busca en una repisa alta de papeles—. Según sé está en Los Ángeles escribiendo su próximo libro.

—Las personas como yo, cariño, tenemos ciertos privilegios.

De la repisa tira unos cuantos papeles al piso y saca el libro mismo libro que tengo en mis manos. Me lo extiende con una tonta sonrisa traviesa. Dejo de lado mi libro y recibo el libro. Lo abro encontrando en la primera plana el título "El gato que se enamoró del pájaro" y una dedicatoria abajo.

«Para Jax.

*Sé que no lo leerás y posiblemente lo subastaras
en algún sitio de internet, pero aquí lo tienes, lobo inescrupuloso.*

*Espero que alguien pueda domar a la bestia,
Atte. Mika McFly.»*

Capítulo 18: "Confesiones y encuentros cercanos - Parte 3".

—Debes estar bromeando... ¿Con qué lo amenazaste para que te escribiera ésto?

Me acomodo el bóxer antes de volver a la cama.

Hace un frío el demonio hoy y la Suicida es como una reja en invierno, plana y fría, no me calienta ni la cama. Por Tarantino, ¿por qué entre todas las mujeres que conozco ella tenía que venir? Unos besos ardientes no me vendrían mal pero mis insinuaciones hacia su persona no sirven.

Ella es la Dama de Hierro. Claro, sólo conmigo...

Por ahora.

—No lo amenacé, Suicida. Mika y somos amigos de años. —Sus ojos se agrandan con sorpresa. Abre sus labios como si quisiera hacer uno más de sus reproches, pero no lo hace. Está muda, incluso se ve menos fea así—. ¿Entonces? ¿Qué me darás por él?

Que no sea otro puñetazo o acabaré sin nariz.

Vuelve a abrir sus labios observando mi rostro de una forma singular. Podría jurar que nunca la vi mirarme así desde que tuvimos sexo en esta misma cama. La Chica Suicida no parece ser el tipo de persona que duda de sus palabras, sino que responde siempre directa. Supongo que encontré su punto débil, así como lo hice aquella vez en el bar...

—Quiero ese trago extraño con sabor a mango.

Le di un trago a mi cerveza y miré a la pelirroja con voz cargada y gangosa que acaparó la barra a mi lado. Extendía su vaso hacia el barman mientras todo su cuerpo estaba sobre la barra. Creí que era otra loca de la mesa 23, el grupo de universitarias despechadas que juraron no estar con más hombres; pero me sorprendí al ver que era la Suicida con un evidente estado de borrachera. No me extrañó verla en así después de su intento de suicidio, ahogar penas en el bar no era poco visto, de hecho todos las jodidas despechadas lo hacían allí, lo que me hacía más fácil encontrar a alguien para alimentar a *La Bestia*.

—¡Argh...! ¡No puede ser! ¡Lo que faltaba! Encontrarme con el unineuronal.

Se sentó en el banquillo libre junto al mío y recibió el trago, el cual bebió hasta la mitad. Arrugó el ceño y sacó su lengua como si masticara un limón.

—Sé que estabas ansiosa por verme, Suicida, no lo niegues.

Bufó moviendo sus labios y blanqueó los ojos cuando acomodó su cabello hacia atrás. Aproveché la vista para degustar con complacencia su físico, desmotivándome de lo mal vestida que andaba y de sus planos pechos.

No sé si lo sabrá, pero existen los sostenes con relleno. Pobre.

—De todos mis enemigos y personas que odio en este momento tú eres la segunda persona que no deseaba encontrarme, Tenorio.

Reí y le di un sorbo a la cerveza. Ella aprovechó de beber el resto de su trago y eructó cubriéndose la boca intentado disimularlo. Comenzaba a sentir pena de su estado, después de todo soy mucho más compasivo que ella.

O eso parece.

—¿A quién quieres ver entonces, Suicida?

Me miró a los ojos uno momento e intentó hablar.

—Si te digo te reirás de mí... y eso es lo último que estoy deseando.

Bajó la cabeza apenada. Los efectos del alcohol son impresionantes, ¿quién diría que podría verla en un estado tan deprimente? En serio me estaba compadeciendo de ella.

—Prometo no reírme.

Amasó las palabras antes de decirlas, y como si confesara la mierda más mala del mundo empezó a hablar sin detenerse a tomar aire:

—Es Tony, es mi estúpido vecino puberto loco por mi hermana. Desde que me consoló por mi rechazo con el tipo ese tonto y deportista de mi colegio que alucino por él y no puedo decírselo por miedo a lo que piense de mí. Soy una tonta sin remedio... Mi primera vez fue con él, pero yo fui la única que se sintió como en otro planeta y alucinó días y días con volver a repetirlo. Yo y sólo yo. Desdichada y rechazada Murphy Reedus, enamorada de su amigo y futura friendzonada.

Chocó su vaso vacío contra mi botella de cerveza y bebió aire, estrellando el vaso contra la barra. Le hizo una seña al barman para pedirle otro trago, pero yo negué con la cabeza.

Las mujeres borrachas y vulnerables son tan manejables, así que pensé en fastidiarla más tiempo con su tonto y puberto amiguito. Romper sus ilusiones era parte del plan, pero no contaba con su repentina respuesta. Además, comenzaba a sentir lástima de ella. Está metida en el turbio juego de los caprichos.

—Yo podría ayudarte con tu amiguito.

Sus ojos fueron iluminados como por una maldita luz divina cuando me observaron. Supongo que mi propuesta inocente encendieron una llama en ella, pues cuando menos lo esperé estaba sobre mí, besándome. Al separarse sus ojos no miraban nada más que mi rostro, entre la confusión y esa mirada excitante que tienen todas las mujeres cuando quieren algo más. Supe enseguida sus intenciones en cuanto se mordió sus labios y se abalanzó sobre mí otra vez. Y como no soy exigente, no opuse ninguna resistencia. Le daría sexo por misericordia, me debería ganar el cielo. Era igual de sumisa que una ovejita, hasta que la Dama de Hierro volvió al otro día.

Mierda, cómo extraño a esa ovejita. Ahora no es más que una niña arisca que ni siquiera se deja tocar por casualidad o broma. Cosa que sólo pasa conmigo, porque a Spencer bien que lo agarra como si nada.

Suicida, te estás convirtiendo en todo un reto.

—Sigo sin creerlo... Oh por Dios, ¿por qué no me lo dijiste antes?

—No me gusta presumir, Suicida. —Ella contempla el libro con incredulidad. Arrastró mi mano por la cama, su pierna y luego su mano hasta tocar el libro, el cual arrebató de sus manos—. Entonces... ¿qué me darás a cambio de él?

—¿Qué quieres? —pregunta con su rutinario mal humor y desdén.

—Un beso, inocente y pequeño.

Tose una vez más.

—Como tu neurona, exceptuando lo de inocente. —Me mira de forma solemne y altiva. Va a decir que sí—. Bien, pero cierra tus ojos.

—Já, ¿para que salgas corriendo con el libro? —Guardo el libro bajo las sábanas—. Así está mejor.

Hace una mueca de asco y luego se incorpora. Cierro mis ojos al tanto un peso a mis costados indica que se está acercando. Abro uno de mis ojos para observarla. Su blusa verde es de escote holgado y al inclinarse en mi dirección deja entrever su sostén blanco con puntitos rojos.

Mierda.

Eso no excita ni a Carl y Shawn, pero al parecer, a mi amigo de abajo le gusta ha traído recuerdos.

Tranquilo campeón. Sólo es...

—Listo, exijo el libro. —Hace un movimiento con su mano—. Ya te di tu asqueroso beso, ahora quiero el libro de Mika.

Ha sido un puto beso en la frente.

—Creí que era un beso en la boca.

—En tus sueños, Tenorio. Oye, responde algo.

Juega con sus dedos, algo nerviosa.

—Algo. —Me echo a reír, pero a ella no le cambia su expresión de aburrimiento. Siempre tan linda, ¿verdad?—. Estoy esperando la pregunta, nena.

—¿Por qué tienes una mapa de la ciudad? Lo vi debajo de tu cama cuando me trajiste aquí.

No hay espacios para bromas respecto a la noche del bar. Siento la garganta seca y un golpe frío en la espalda. No tiendo a bajar la jodida

cabeza, pero lo hago y ella parece notar mi estúpido gesto de niño arrepentido.

—Busco a mamá.

—¿Cómo así?

—Mamá me abandonó hace años. No tengo recuerdos de ella, nadie sabe de ella, pero necesito buscarla.

Ella tuerce los labios y su frente. Parece que mi respuesta la ha descolocado tanto que está más desaliñada que de costumbre. Mis ojos súbitamente la recorren por completo, deteniéndose en su boca, la cual abre para hablar.

—¿Por qué buscarías a la mujer que te abandonó? Algo así ni siquiera puede perdonarse.

—¿Y quiénes somos nosotros para juzgar las acciones de otros? Si ella lo hizo fue por algo, "ese algo" es el porqué la busco.

Capítulo 19: "Soy tu Watson y tú mi Sherlock".

Camino con el libro de Jax en mis brazos. No puedo creer que tenga un libro con la dedicatoria de Mika McFly. La verdad es que nunca pensé que podría apreciar su letra tan ordenada, su firma excéntrica y complicada, su... su todo. Hasta podría jurar que la hoja está impregnada de su perfume. Es un perfume cítrico.

O quizás sólo es de esas cosas raras para el ambiente en la habitación del unineuronal.

Dudo que sea del unineuronal, él tiene un aroma más dulzón que se mezcla con los cigarrillos mentolados que suele fumar. Lo descubrí porque el muy insensato estaba encendiendo uno en su habitación. Obviamente no dejé que lo hiciera, está enfermo de resfrío y odio el olor a cigarro.

Mi progenitora solía fumar todo el tiempo; era cigarro tras cigarro. Tengo difusos momentos en los que ella movía su pierna con nerviosismo, sentada en la silla junto a la mesa de la cocina. Su rostro me resulta borroso, no lo veo bien desde la cintura hacia arriba; pero sé que es ella por sus zapatos de tacones rojos. Recuerdo también el cerámico blanco y negro de la cocina, el tapiz verde de las paredes, el olor a cloro, mis dibujos en el suelo, el crayón rojo y su rasposa voz reprendiéndome cuando quería dibujar sobre el piso.

No tengo muchos recuerdos lindos de mi progenitora ¿Tendrá Jax alguno de la suya?

Sinceramente me sorprendió su respuesta. Pensé que ese mapa mostraba lugares claves sobre dónde hallar mujeres o bares de la

ciudad, después de todo es Jax, no obstante me sorprendió que fuese algo anexo a sus placeres carnales. ¿Quién lo diría? El chico tiene su lado bueno. Creí que era una mentira hasta que vi su rostro respondiendo a mi cuestionamiento. No sé qué pensar sobre su búsqueda, pues yo en su lugar no lo haría.

—¿Reedus, puedes hacer los ejercicios vocales? Iré a imprimir unos papeles.

Asiento en silencio y miro a la clase. Hoy he estado en otro planeta, quizá en alguno de la saga *Más allá de la Tierra* de la que Michi y yo somos fanáticas. Lo cierto es que me siento en un vaivén de emociones y estados de ánimos. Estoy totalmente fuera de mí, Murphy Reedus se ha ido. No sé si es por causa de lo que pasó con Jax, o que Tony está a unos metros de distancia entrenando.

¿Cómo debería actuar ahora?

Mi declaración indirecta fue demasiado obvia y su rechazo indirecto también. Tengo el corazón estrujado, pero no quiero que mi tonta declaración nos aleje más de lo que lo estamos después de las rejas en la ventana.

No importa ya, hoy después de esto aclararé todo.

Tras salir de Clarkson pego un estornudo que se oye por toda la calle, alguno de los chicos que platican afuera del colegio me dicen un simpático "salud" que respondo con una sonrisa.

Comienzo a caminar por la calle con lentitud, Tony aún no sale y ahora es el momento ideal para que hablemos. Pero no aparece. Algo anda mal y dudo mucho que se haya atrasado porque escuché muy bien cuando el

silbato del entrenador hizo eco por todo el colegio y les gritó a los chicos que fuesen a ducharse.

Me detengo en seco escuchando a mis espaldas unos pasos que se detienen luego. Me giro para comprobar mis sospechas. Allí está, de pie y mirándose sus zapatillas.

—Cobarde.

Tony me mira cabizbajo, mordiendo sus labios con aflicción. Qué mundano, se ve totalmente tierno en su faceta culposa.

—Creí que no querrías verme después de...

De su rechazo indirecto y la vil comparación que hizo con extraterrestres.

—Ah, eso. —Asiento, aplanando una sonrisa forzada—. Te seré franca, Tony... Sí, me dolió, pero no es tu culpa. No puedo obligarte a tener sentimientos amorosos por mí o que te deje de gustar Chloe de la noche a la mañana, así como tampoco pude evitar que me gustes.

Tranquilízate, no lloré con lo de Margary y no lloraré por un amor no correspondido.

—Tú nunca lloras, Murph, siempre te contienes.

—Ajá, y también odio que me tengan lástima, así que no vuelvas a evitarme o mirarme con tus estúpidos ojos de borrego yendo al matadero. —Hace una mueca accediendo y camina hasta alcanzarme—. Además, no te hagas el que no sabías nada ¡hasta Jax se dio cuenta de mis sentimientos!

Lanza una risa nerviosa.

—No lo supuse hasta la noche en que tu padre nos descubrió. Dios, me siento como un idiota, tú todo este tiempo... ¿Desde cuándo te gusto?

Le doy un codazo en el brazo para que se detenga.

—No te entusiasmes, Tony Russell.

Todo muy normal preguntándole a la chica que rechazaste hace unos días desde cuándo gusta de ti. Sí, muy normal. Lo cierto es que después de mi declaración nada será como antes entre nosotros. Y dudo mucho que tenga una oportunidad con Tony, a él de verdad le gusta Chloe.

—Te veo luego.

Le hago señas a mi vecino adolescente antes de abrir puerta. Él entra cerrando la puerta de tirón y yo busco en mis bolsillos alguna la llave, los trillizos deben estar dormidos y no quiero hacer bullicio, pues si despiertan será una tragedia para todos.

Metó mis manos a los bolsillos, pero la puerta de la reja estrellándose contra las demás hace que pegue un salto. Me giró asustada y con corazón latiéndome a mil por horas. Chloe está con expresión seria a mis espaldas. Noto sus ojos vidriosos, su cabello desordenado y la comisura de sus labios ligeramente hacia abajo.

—¿Tienes complejo de *Hulk*? ¿Qué rayos te pasa? Los trillizos deben estar durmiendo.

¿"Andrés"?

—¿Te importa? Hazte a un lado, Tercera, quiero entrar.

Afirmativo, parece que es "Andrés".

Me da un empujón que me desequilibra. Tiene la llave en su mano y la mete en la cerradura, le da un giro, luego otro, pero no da la media vuelta para abrir la puerta. Está estática con la cabeza gacha.

—¿Qué pasó? —Tomo su hombro y ella se encoge, escondiendo su rostro en sus manos. Unos sollozos casi imperceptibles hacen que frunza el ceño, compasiva.

—Me rechazó... —Refriega sus ojos y respira hondo—. Me declaré al chico de la tienda de video-juegos, el que venía a veces a jugar. Todo iba tan bien con Allek, incluso lo hice reír en ocasiones, pero lo arruiné todo con mis estúpidos sentimientos. Dijo que era muy "pequeña" para él.

—Ese robot de voz monótona no sabe lo que se pierde —le digo, acariciando su cabello—. Además no te rechazó porque no le gustarás, sino porque eres menor que él. —Chloe se pasa el dorso de su diestra por debajo de la nariz. Mi estómago se revuelve cuando la imagen de Tony aparece en mi cabeza. Aprieto mis dientes con fuerza y tomo aire—. No llores por ese idiota inexpresivo, tienes a un chico al que le gustas que es mucho mejor.

...

"...tienes a un chico al que le gustas que es mucho mejor".

Sé lo que deben estar pensando; "pobre y rechazada Murph", "es una idiota por decirle eso a la hermana cuando a ella le gusta", "eso es ser una tonta", "oh, eso fue lindo" "¿acaso se está rindiendo" y "mejor que Tony se quede con Chloe, así le queda el camino libre a Jax". Sí, leo sus mentes lectoras. Yo también soy una lectora, ¿recuerdan? Y no, no me he rendido en cuanto a Tony y mi amor no correspondido. No hay caso en que continúe teniendo sentimientos hacia él, es un hecho que no

estemos predestinados pues a él siempre le gustó Chloe. Tampoco pienso que es una competencia por eso no me estoy rindiendo, sino que estoy pasando a otra etapa.

Quiero tener mi historia de amor, ¿no? Bueno, para conseguir el chico ideal que co-protagonice mi historia necesito descartar a los que no sean aptos.

Auch, eso sonó como a que tienes el orgullo herido.

Cállate.

Es cierto, lo reconozco, si me duele un poco el que me hayan rechazado. También me dolió cuando le dije eso a Chloe. Soy de las que cree que cada uno tiene su propia historia y yo, siendo la amiga rechazada, no quiero interferir en la de Tony sólo porque él me compadezca. No puedo hacerlo cambiar de opinión ahora, y dudo mucho que sus sentimientos por mí cambien. No lo hicieron antes y no lo harán ahora.

Así están las cosas.

—Tercera, ¿estás despierta? —Papá se asoma por la puerta. Su cabello canoso con leves intervalos de color rojo está alborotado y con su expresión parece la versión más arrugada de *Jack Torrence*, de la película *El Resplandor*.

—¿Qué pasa? —Busco el celular viejo de papá bajo mi almohada y veo la hora. Son las diez de la mañana— Todavía es temprano para desayunar.

Estrello mi cabeza contra la almohada. Fue una mala idea deprimirme anoche escuchando *All by myself*.

—Margary llamó, dice que quiere cenar contigo.

—Paso, no quiero cenar con esa... —Me muerdo la lengua— con *ella*.

Siento un peso al costado de la cama, me giro encontrando a papá sentado. Él corre mi cabello del rostro, observándome compasivo.

—No te estoy pidiendo que vayas, es una orden —Su voz es apacible, pero la forma en que lo ha dicho no—. Sólo será una cena en algún restaurante, nada más. Dale una oportunidad, ella quiere...

—¿Enmendar sus errores? —interrumpo. Trago saliva sintiendo un picor en mis ojos— Bien, iré, pero luego no me juzgues por lo que pase en esa cena.

Observo hacia la ventana evitando todo reflejo del interior. Estoy de brazos cruzados guardando lo poco y nada de paciencia que me queda. A Jax le encanta que pierda los estribos, esto lo tengo muy claro. Yo soy la tonta por venir aquí también, a la cueva del lobo. Ya saben que mi cargo de consciencia supera mi repulsión por él, así que no pude evitar visitarlo.

Sin embargo, no estoy en su habitación, sentada sobre la cama esperando a que termine de vestirse, simplemente porque mi sentido compasivo lo quisiera. No, tengo unos motivos mucho más perversos, que no tienen que ver con lo que está pensando, mentes de alcantarilla, sino con la cena de mañana.

Jax arruinó monumentalmente mi cita con el *pitufu* (a quien no recuerdo de nombre), así que es perfecto para hacerlo mañana en la cena con mi progenitora. Sólo debo soportar lo que pedirá a cambio y listo.

—¿Ya te vestiste?

—¿Por qué la pregunta? Tú y yo sabemos que has estado viendo este cuerpo esculpido por los dioses desde el reflejo de la ventana. —Sus ojos azules dan con los míos. Una sonrisa arrogante hace que blanquee los ojos.

—No tengo interés en ver tu cuerpo, las descripciones de los chicos en los libros son mucho más candentes.

—Pero este pechito lo puedes tocar —Se señala y me guiña un ojo—. ¿A qué se debe el disgusto?

Es un idiota, pero te regalo el libro de Mika, no lo insultes.

—Necesito un favor.

Una sonrisa ladeada oculta la sorpresa de su rostro. Su expresión ha cambiando a una seductora, como las que hace cuando coquetea con sus víctimas. Se sienta en la silla junto al escritorio y entrelaza sus dedos. Es una versión barata de algún villano de película de los 70's.

—¿Qué clase de favor, Suicida?

—Quiero que arruines una cena que tendré mañana. Fácil y sencillo, tú eres experto en arruinar mi humor, seguro te será fácil.

Arrastra la silla hasta quedar frente a mí y se inclina.

—¿Una cita acaso?

—Es una cena y punto.

—¿Sabes que te pediré algo a cambio, verdad? —Asiento comenzando a fastidiarme. Espero que no me pida otro beso—. Bien, porque estoy muy molesto contigo. Ayer estaba alimentando a *La Bestia* cuando una

llamada entrante nos distrajo... No fue la llamada en sí, sino la asquerosa canción de tono.

Aplano mis labios conteniendo la risa. Habría pagado por ver su reacción con la horrorosa canción que le puse de tono. La venganza es dulce, eso es verdad.

—Nada prueba que fui yo.

Me mira con fastidio y con su dedo índice golpea mi frente despacio, provocando que sonría.

—Fuiste tú, no te hagas la inocente. Usaste el mismo truco que yo.

—Me disculparé después de la cena. Ahora dime qué quieres a cambio, que no sea un beso o hacer cochinas contigo otra vez, déjame con algo de orgullo.

—Quiero que me ayudes con algo. —Su expresión se torna seria. Noto que juega con sus dedos. ¿Acaso está nervioso? Un Jax nervioso parece sorprendente, pediré un deseo—. Sabes que estoy buscando a mamá y no hay mejor lugar que la biblioteca, pero yo no puedo entrar.

—¿Por qué? ¿Eres alérgico a los libros? Ya lo suponía...

—¿De verdad quieres saber por qué?

La voz de la lujuria ha preguntado, ese tono profundo no podría haberlo hecho Tenorio. Fue tan... tan...

—Prefiero pasar. Entonces, ¿quieres que investigue sobre ella por ti?

—Iba a pedirte que robarás un pase para que entrase, pero eso también sirve.

Lo miro un momento comprendiendo que lo de robar un pase es mentira. Creo que comienzo a entender el humor del unineuronal. Resoplo y hago una mueca.

—Bien, desde ahora soy tu Watson y tú mi Sherlock.

—¿Eso es una propuesta obscena? —Menea sus cejas.

Me dejo caer sobre la cama y miro el techo.

—Para ti todo tiene doble sentido, ¿verdad?

Él se recuesta a mi lado y mira el techo también, guardando silencio. Realmente espero que haya cambiando el cubre-cama o tendré que ducharme otra vez. *Eugh.*

Capítulo 20: "Sólo es Jax".

—¿Cómo lo hiciste?

En cinco minutos tendré el encuentro con mi progenitora. No mentiré cuando les digo que pensar en ese encuentro, otra vez, me descoloca entera y resalta mi mal humor. Detesto sentirme así, ¿por qué no puedo ser como las personas normales y acceder abiertamente a nuestro encuentro? No puedo, simplemente no puedo. Hay algo en mi interior que no me deja. La relación madre-hija con mi progenitora sería mucho más sencilla si ella no estuviese aquí, si ella viviese en China. Sí, eso sería mucho más sencillo para que mis emociones no se enreden entre sí causándome confusión. Por eso prefiero pasar y hacer el ridículo, alejarla si es posible, para que nunca más nos veamos. La quise desde el primer día y ella me detestó, ahora que las cosas se invirtieron ella quiere acercarse, ¿por qué? Odio que parezca la mala de la historia cuando de mi mamá biológica se trata.

—Cuando iba al colegio y no tenía dinero para libros solía leer en la biblioteca, Martha y yo hablábamos todo el tiempo. Tienes suerte y cuida tus futuras acciones, Tenorio, que no te prohíban la entrada otra vez.

Jax mira el pase de la biblioteca que sostiene con sus dedos. Parece un niño pequeño que encontró la última lámina especial de un álbum. Se ve tan tierno... Dentro del parámetro de ternura que alguien como Jax Wilson podría tener, claro. De ninguna manera el unineuronal podría ser tierno.

—Prometo comportarme lo mejor que pueda dentro de la biblioteca y si me encuentro con otra chica linda la invitaré a hacer cosas ricas en otro lugar. —Jax ha levantado su mano como si hiciera una promesa en la

corte. Una vez tuve que ir a ver un juicio de un ladrón de celulares y todos los testigos tuvieron que hacer un juramente con su derecha. No me sorprendería si Tenorio fue a uno—. Haré lo que pueda, la tentación es fuerte.

Tan fuerte como mis deseos de ir a la cena —*tos, sarcasmo, tos*—.

—Vamos andando, quiero que el espectáculo termine rápido.

Veo la hora en el celular prestado de papá, faltan dos minutos para la cena en un restaurante que está a una cuadra. Mientras más cercano noto el enorme letrero del restaurante Liberty, más inquieta me siento. Mis manos sudan mucho y mis dientes están apretados, siento la mandíbula tiesa y mis piernas torpes. Inspiro y exhalo como una demente para tranquilizarme, pero no consigo llegar a mi cometido, sino que todo en mi cabeza se trasloca. No comprendo por qué estoy tan ansiosa, no es la primera vez que la veo, aunque sí es la segunda que nos sentaremos frente a la misma mesa después de mucho tiempo.

Nos detenemos frente a la puerta de vidrio con una enorme «L» estampada en cada una. No creí que el restaurante sería tan fino.

—Dime de nuevo qué debo hacer. —Jax parece un perro frente a una carnicería, sólo falta que empiece a babear.

—Actuar como tú mismo, pero mucho más desagradable.

—¿Es decir que no me encuentras desagradable? Me adoras, muñeca.

—Dije "mucho más desagradable", es decir que eres un desagradable con una neurona.

Chasquea la lengua y me agarra del brazo para que entremos, cosa que agradezco porque sentía que mis pies estaban clavados al pavimento. Dentro todo es mucho más lujoso, tanto que luzco como una vagabunda con mi peinado y mi vestido. La primera impresión que Margary se dará seguro será la misma que el recepcionista nos está dando.

—Tenemos una reservación a nombre de Margary Lanz —le informo al sujeto. Prometo que no miento cuando les digo que ya estaba moviendo su mano para corrernos.

Creo que el aspecto de chico malo de Jax da mala impresión, ¿o serán mis medias con puntitos? Bah...

—La mesa 23, síganme por favor —habla el recepcionista con la voz cargada. Jax le hace una mueca al recepcionista cuando éste le da la espalda.

Lo seguimos entre las mesas evitando las miradas que nos dan los demás comensales. Me siento como un bicho raro que finge no darse cuenta de las miradas prejuiciosas de los demás. Volteo y veo por encima mi hombro a Jax, quien parece entretenido haciendo cambios de luces con las chicas. Blanqueo mis ojos y miro al recepcionista. Puedo ver el rostro de mi progenitora; pero no está sola. Me giro sobre mis pies y doy con el hombro de Jax, donde mi barbilla choca. Estoy tocando su asquerosa chaqueta con olor a cigarro pero poco me importa. Él me toma por los hombros y examina mi rostro.

—¿Qué demonios te pasa? —pregunta con preocupación.

—Creo que... —Mi voz sale temblorosa. Cielos, no me reconozco. Carraspeo y aparto sus manos de mí—. Margary no está sola, creo que está con su hija...

Había escuchado sobre ella pero no creí que fuese así, ni que Margary se haya dignado a criar a alguien más. ¿Acaso fue igual con ella que conmigo? ¿Por qué está con ella y a mí me entregó a papá tan libremente?

—Entonces... ¿adiós al plan?

Observo mi reflejo borroso en el botón plateado de su chaqueta.

—No, continuemos.

Junto a la mesa Margary se pone de pie, la noto nerviosa —una cosa que tengamos en común después de todo— y a su hija también, traza una sonrisa enseñando sus dientes y luego mira a Jax.

—Espero que no importe que haya traído a mi novio. —Por el rabillo del ojo veo que el recepcionista hace un ademán con la cabeza y se va.

—No hay problema, Murphy, supuse que querrías venir acompañada de alguien más. —Tomamos asiento. Le doy una mirada rápida a la niña sentada a mi derecha; tiene el cabello castaño y los ojos verdosos muy abiertos, cualquiera se daría cuenta de lo espesa que es la atmósfera—. De hecho, me parece realmente familiar.

Los ojos de mi progenitora se achican examinando a mi compañero de Expresión Vocal, Jax que parece no estar pisando tierra, endereza su espalda en medio de un quejido cuando piso su pie con disimulo.

—Me has visto un par de veces con Murph —responde, sacando un pan pequeño de la panera, al cual le da un mordisco y empieza a comer con la boca abierta. Luce como una vaca comiendo pasto—. Esto está rico, muero de hambre.

No sé si reír o sentir asco, el pan molido en su boca se ve tan asqueroso que ninguna de las tres podemos evitar fruncir el ceño. Margary pestañea con desconcierto y mira a su hija.

—Ella es Charlotte. —Pone su mano sobre la niña y ella sonrío con timidez—. No sé si lo sabías, pero es tu hermana.

—Medio hermana querrás decir —me apresuro en corregir—. ¿Alguien te pasó dinero para que la tuvieras o por fin decidiste actuar como una madre?

—Sé que actué como una mujer detestable, Murphy, pero debes comprender que era una mujer joven y...

El garzón llega justo antes de que concluya sus excusas. Nos deja cuatro cartas sobre con el menú del restaurante. Todos son platos elegantes y caros, lo que me dificulta más tener que pedirle algo a mi progenitora.

—Oh, qué lástima... No traje mi billetera. —Mi compañero palpa sus bolsillos con el ceño fruncido—. Estoy seguro que lo traje, ¿viste cuando la guardé, amor?

No puedo imaginar a Jax llamado así a alguien, en su repertorio de apodos para chicas no va esa palabra, ni en su vocablo. Me descoloca que la use conmigo tan abiertamente y sin titubeos, el chico se toma su papel en serio.

—No importa —habla Margary—, yo pagaré la cena.

Pedimos los platos y nadie dice nada, todo es muy incómodo. Jax no para de hacer gestos de camionero y a comer pan con la boca abierta. Charlotte, tiene unos ojos puestos en él y en mí, pero es alguien silenciosa; ella no pasa los 12 años, así que supongo que mi progenitora

la tuvo un año después o algo así. Margary está seria, sus ojos están puestos en mí y sólo en mí. Yo intento evitarla, pero me es imposible, una parte en mí necesita regresarle esa mirada cargada que me da.

Con la comida en la mesa, lo único que se escuchan son los tenedores golpeando los platos. Le doy una miradita a Jax quien disfruta de su filete.

—¡Que comida más deliciosa! Y si me lo permite... —Jax se echa sobre la silla y se desabrocha el cinturón de cuerno negro que trae—. Perdón, pero mi estómago no da para más.

Se acaricia el estómago y luego lanza un eructo que podría haber peinado al sujeto que come en la mesa del frente. Margary lo mira entre el horror y el asco. Luego de su cántico estomacal, Tenorio bebe de su copa del vino al seco y sonrío como si no hubiese hecho nada malo.

—¿Co-cómo te ha ido en la universidad?

—Excelente —La pregunta iba dirigida a mí, no obstante, Jax por fin parece usar su neurona funcional y hacer lo que le pedí—, aunque reprobé Expresión Vocal el año pasado. Si no lo hubiera hecho no habría conocido a mi amorcito.

—Se lo preguntaba a Murphy —replica mi progenitora—. ¿Sabes? Creo que ya sé de dónde nos conocemos, eres el universitario promiscuo del quinto piso, en los edificios del este. Eres Jax Amadeus Wilson.

Los azules ojos de mi compañero se agrandan, pero en segundos su mirada arrogante vuelve acompañada de una sonrisa ladeada.

—Vaya, no sabía que también tengo buena fama entre las mujeres de edad —habla Tenorio, con ironía. Una minúscula sonrisa es todo lo que esbozo hasta que siento los ojos de mi progenitora sobre mí.

—Me sorprende que sepas su segundo nombre, hasta hace unos meses ni siquiera conocías el mío —espeto sin mirarla.

—¿Realmente sales con alguien como él, Murphy? —pregunta con desconcierto.

—¿Te importa? Yo creo que no.

Me cruzo de brazos y apoyo mi espalda en la silla. Margary aplana sus labios marcando su quijada.

—Por supuesto que me importa, tú me importas. Hice esta cena para que podamos conversar, para...

—Para romper con tu cargo de conciencia —interrumpo—. Por favor, no me vengas con que quieres mi perdón y ser la madre que nunca fuiste, tuviste seis años para hacerlo y no lo hiciste. Enmendaste tus errores con ella —señalo a Charlotte, quien agranda sus ojos con asombro—, y está bien, a mí déjame en paz. No quiero verte nunca más, mi vida está mejor sin ti.

Ambas nos levantamos de la mesa causando un enorme estruendo. La tensión en nuestras miradas rompe cuando me doy media vuelta, tomo mis cosas y salgo lo más rápido que puedo del restaurante. Afuera el ambiente parece mucho más fresco que al interior, incluso algo de viento mece mi cabello. Masajeo mis ojos con los dedos y siento una bola inflarse en mi pecho. Ahora el sinónimo de idiota lleva mi nombre, eso es seguro. Mi barbilla es como gelatina y el picor en mis ojos me obliga a cerrarlos. Quiero esconderme de las personas, huir a Nunca Jamás si es

posible. Mi respiración entrecortada marca el inicio de unos sollozos rebeldes que no quiero que noten; mucho menos Jax, que llama mientras camino hacia ningún lugar en específico. Muerdo mi labio inferior con fuerza al tanto mi nariz se siente caliente, junto con mis ojos.

—Suicida, no puedes escapar de mí. —La mano de Jax me detiene, pero no me giro. Ya lo dije antes, no quiero que me vea en mi paupérrimo estado. Me mantengo firme dándole la espalda. Su agarre cambia a uno más ligero y no tan brusco, sube lentamente por mis brazos y me gira. Observa mi rostro unos minutos y luego sonrío—. Te ves fatal.

—Cállate.

—¿Tuve que usar mis dotes gaseosos para eructar y es así cómo me pagas?

Págale con una patada en los huevos, es un hijo de Voldi.

—No estoy de humor para escucharte, Jax, o ver tu espantoso rostro. Adiós.

Quito sus manos de mis brazos y me doy media vuelta en dirección al paradero más cercano, sin embargo, Tenorio me sigue el paso caminando junto a mí.

—Tu madre quiere redimirse, ¿por qué no la perdonas?

Río sin ánimos, aunque sé que su pregunta no fue una broma pesada o sarcasmo. Me abrazo a mí misma sintiendo otra vez el nudo en mi garganta. Trago saliva y respiro por la boca entrecortadamente.

—No puedo perdonar a la mujer que recibió dinero para no abortarme y me entregó como si fuese un cachorro en adopción. Amo a mi familia, amo ser una Reedus, de verdad, pero pensar en que fui producto de una

infidelidad y alguien no deseada duele... duele mucho. —Ya está, lo he dicho. El amargo dolor que me acompaña cada vez que veo a mi progenitora por fin fue dicho con palabras—. Maldición, Tenorio, di algo para no sentirme como una estúpida.

Abre sus labio como queriendo decir algo, pero luego me abraza, y aunque opongo algo de resistencia al comienzo, cedo a sus brazos y apoyo mi cabeza sobre su pecho.

—Yo también sé cómo se siente —dice en voz baja, muy suave—, ¿pero sabes qué hago?

—¿Acostarte con chicas?

—Demonios no, me gusta gritar a todo pulmón.

—¿Acostándote con chicas?

—No eres graciosa.

...

Abro otra cerveza y se la enseño a Jax de forma solemne. Él me guiña un ojo sin dejar de cantar desafinadamente (y con un forzado tono grave) la canción "Unchained Melody" de la película Ghost. Me sirvo medio vaso con cerveza y le echo un poco de bebida, cantando en voz baja. Siento la garganta seca de tanto cantar, sinceramente nunca creí que me cansaría tanto cantando e imitando a las Spice Girls. Debo darle la razón a Jax "Tenorio" Wilson por traerme a un karaoke.

Cuando me subió a su moto y me colocó su enorme casco, me entregué a la vida. Sorprendentemente la velocidad con la que anduvo fue moderada, pero me llevé más de algún susto. Pensé que su idea de "descargarse" sería en algún bar o sitio para gritar a todo pulmón, pero el

karaoke resultó mucho más fascinante. "Amablemente" la chica de la entrada nos cedió una sala por una hora, ¡así que henos aquí!

No quiero pensar en nada.

Y descuiden, no ocurrirá lo mismo que pasó en el bar.

—Necesito una de éstas... —Toma la botella que acabo de abrir y la bebe al seco emitiendo un sonido de satisfacción relamiéndose los labios—. Ah... un manjar.

De pronto una melodía pegajosa y llena de vida comienza a sonar por los parlantes. La reconozco enseguida; es "You're the One That I Want" de la película Grease. Los ojos de Jax se abren de golpe y agarra el micrófono para cantar. Me hace un guiño y me anima para que me levante y cante con él. Arrugo mi nariz y tomo el otro micrófono a regañadientes. Los movimientos como los de Travolta no se quedan cortos cuando Tenorio los imita sacados de la película. Me echo a reír sin poder creer el ridículo que está haciendo, pero al final me contagio de ellos al ser mi turno de cantar. Hacemos la misma dinámica que en la película entre risa y mirando la pantalla en ocasiones. Es fácil hacer el ridículo cuando sólo estamos los dos en la sala, con una luz de discoteca y sin nada que perder.

La canción se pierde y empieza otra, una mucho más lenta y marcada. Jax me mira serio unos instantes, me quita de las manos el micrófono y deja ambos sobre la mesa, volviendo a mí. No me quita sus ojos azules de encima ni cambia su expresión. Siento sus manos sobre mi cintura y yo coloco las mías sobre sus hombros, moviéndonos al compás de la canción. Ninguno dice nada. Me apegamos más a él y me veo obligada a apoyar mi barbilla sobre su hombro, colocando mis manos brazos bajo

sus brazos. Sus manos ya no están sobre mi cintura, sino que me rodean. No sé si soy la única que se siente demasiado fuera de sí, o si él también se siente igual. Pero es una sensación que se siente bien, muy apacible. La canción se enmudece y ambos nos separamos, sólo para mirarnos.

—Todavía estoy sobria, ¿sabes?

Mi broma lo mantiene serio, ni siquiera pestañea.

—Lo sé —murmura—, pero necesito hacer esto.

Mi respiración se corta cuando noto que sus ojos dan con mis labios y los pocos centímetros que nos separan se van acortando más y más. Siento mis labios palpitantes y muy sensibles. Cierro mis ojos, entregándome a la pérdida masiva de todas mis neuronas funcional por hacerlo.

Pero nada pasa.

No jodas, ¿otra alucinación?

—Se acabó la hora —le escucho decir a la tipa de la entrada, y luego el golpe de la puerta al cerrar. La luz se enciende, el disco con luces de colores se apaga y la pantalla con el karaoke también.

Me doy un patada mental al caer en cuenta de lo cerca que estamos, y él parece hacer lo mismo, pues su cara de horror es monumental. Nos alejamos como si fuéramos cactus y quedamos en silencio.

—Iré al baño.

No espero que me responda, simplemente salgo de la sala como una *bludger* loca. En el baño enciendo una de las llaves y me mojo la

cara, una y otra vez. Apoyo con indignación mis manos sobre el lavado y observo mi rostro.

—Mierda... ¡Mierda de mierdas! No, no, no, no, no... ¿qué está pasando aquí? ¿Corazón agitado? ¿Extraña sensación en el pecho? ¿Rubor? — Pongo mi mano sobre el pecho y respiro hondo calmándome.

Tranquilízate, estúpida, sólo es Jax.

Sí, sólo me dejé llevar por el ambiente, por eso las mujeres desdichadas son las que más les gusta. Rayos, qué tonta he sido.

Salgo del baño y me encuentro a Jax junto a una pelirroja que me da la espalda. Su figura ya me es conocida, y aunque no está vestida de enfermera, puedo reconocer su peinado. Parece que la tensión está a flor de piel entre ambos, sobre todo en el rostro de Jax. Llego junto a ellos, pero ella se marcha. Sin embargo, susurra algo casi imperceptible que deja a Tenorio sin habla, y sin ganas de girarse.

"Sharick, no te olvides de ella".

¿Quién es Sharick?

Capítulo 21: "Tu nuevo mejor amigo".

Le doy un sorbo a la bebida mientras mis ojos están puestos sobre una pareja muy acaramelada unas mesas más adelante; se besan como si no existiera mañana y se sonríen cuando se susurran cosas como los típicos enamorados idealistas de los comerciales en la televisión.

Y yo aquí, esperando que llegue mi pretendiente ideal para mi mágica historia de amor.

Hasta ahora sólo me he topado con puras decepciones. Mi corazón inocente no resistirá más, quizás debería buscar la forma más factible de traer a la vida real a Tobias y ya.

-El otro día vi a tu nuevo mejor amigo en el hospital. -Dejo el vaso sobre la mesa y agarro el trozo de pizza. Antes de poder darle una mordida la mirada molesta de Dell hace que pierda el apetito.

-¿Me lo dices a mí?

-No, a mi mejor amigo imaginario -Dell arrastra sus palabras con sarcasmo.

Una vez más nos hemos juntado para comer pizza, cosa que es lo único que hacemos sin parlotear como mujeres en una peluquería.

-¿No estás muy grande para tener amigos imaginarios? -Un trozo de aceituna es lanzado como proyectil justo en mi mejilla. Thiare a mi lado se echa a reír por mi repentina reacción, pero yo le lanzo un pedazo de masa para que pare-. No sé a quién te refieres con "nuevo mejor amigo".

Dell y Thiare se miran con obviedad y ruedan sus ojos, creo que en mi ausencia éstas dos se han unido demasiado, hasta parecen gemelas con los mismos gestos.

-Yo creo que si sabes de quién habla Dell -canturrea Thiare-. Hasta creo que lo conoces demasiado bien. ¿Sabes que nunca te perdonaré por acostarte con él?

-No quiero hablar de eso, específicamente de "eso". Y no es mi mejor amigo, sólo lo estoy ayudando a buscar a su mamá, eso es todo.

-Oye, loca, tú mejor que nadie deberías saber qué pasa cuando dos personas se van acercando más y más por esas difusas casualidades del jodido destino -señala Dell, apuntándome con una papa frita-. Por cierto, estoy saliendo con un viejo que enseña en la universidad. Anoche él y yo salimos a cenar, después de eso fuimos a cenarnos.

-¿Él y tú... cabalgaron delfines? -Frunzo el ceño ante la confusa pregunta de Thiare. Por Dios, ¿quién le dice así a tener sexo? Niego con la cabeza borrando la imagen mental que mi despiadada cabeza ha creado, Dell sonrío con satisfacción y asiente en respuesta-. Eugh, no sé qué le ves a los viejos.

-La billetera, corazón -me apronto a responder por la amante de los perros. Dell no se ofende con ello, más bien me da la razón alzando su mano para que choquemos palmas. Luego de hacer ese gesto a regañadientes, tomo el vaso con bebida y llevo la bombilla a mis labios-. ¿Cómo se llama el tipo?

-Marcell Leyton.

Una explosión de bebida sale de mi boca impactándose sobre la pizza y los rostros de mis amigas. Paso el dorso de mi mano para limpiar mi

rostro al tanto los quejidos entre el enojo y asco por parte de ambas adormece aún más mi cabeza.

-Es mi profesor de Expresión Vocal, no lo puedo creer.

-Yo no puedo creer el chorro de bebida que nos lanzaste -expresa Thiare sacudiendo su abrigo.

-Vaya, qué coincidencia, ¿sabes por qué actúa en ocasiones como un maníaco?

Eso es algo que me he preguntado muchas veces...

El sonido de una notificación me distrae. Olvidaba decirles que tengo nuevo celular, y aunque no es uno último modelo, cuenta con todo para hacer de mi vida un sueño, mucha memoria para guardar libros y más libros. Ya conseguí unos cuantos, ahora estoy leyendo un libro que se llama "Maya S. y Lucas. S". Todavía no tengo suficiente dinero para comprar libros en físico, necesito convertirme en el próximo Jack Sparrow para conseguirlos.

«Cada minuto que pasa en esta biblioteca me vuelvo más nerd..... ¡Alluda!»

¿"Alluda"? Por Dios, Tenorio tiene un amigo escritor y no puede escribir una palabra correctamente.

«Una pregunta, ¿regurgitaste el diccionario? Porque tu ortografía da asco»

No llevo la cuenta exacta de cuánto tiempo ha pasado desde el karaoke, desde esa noche llena de emociones, pero durante estos días me he empeñado con mucho esmero en la búsqueda de la desaparecida madre de Jax. Hemos estado en contacto y juntándonos en la biblioteca

municipal donde básicamente yo trabajo y Tenorio coquetea con las chicas guiñándoles o diciéndole cosas en silencio. Es como un típico trabajo en el colegio, cuando el peor de la clase nunca aporta algo y el estudioso hace todo. Soy demasiado benevolente con el unineuronal. No les miento cuando les digo que cada día mi teoría sobre si piensa por ahí abajo se hace más fuerte.

«Halluda* Estás feliz ahora??»

Asno.

«Mis ojos son débiles, no soporto tanta aberración hacia el componente principal de las historias que leo con tanto entusiasmo... Adiós»

«Ya hablas como Mika... »

¡Oh cielos, oh cielos! Esa es la cosa más hermosa que Jax me ha dicho. Creo que le tomaré un pantallazo.

-Mira su risa... -Dell chasquea la lengua. Ella y Thiare me observan con sus ojos achicados- Y dice que no le gusta.

-Tenemos un 3312, hermana -dice con seriedad Thiare, aplanando sus labios y negando con la cabeza.

«Y por cierto, tus ojos son débiles hacia mí, nena, no puedes resistirte al placer de mirarme»

Saludo a Martha con una seña y avanzo por la biblioteca hacia el apartado de los computadores. El recorrido que debo hacer por los estantes ya casi lo aprendo de memoria; antes la biblioteca municipal no era tan enorme como en la actualidad. A veces me gusta perderme en el

aroma de los libros viejos, en las llamativas portadas de los cómics, en el silencio del lugar.

Obviamente para mi compañero de Expresión Vocal mis placeres de la vida le parecen la cosa más absurda y la biblioteca le es sinónimo de spa, pues cada vez que estamos aquí el sueño lo vence, ¿y quién es su almohada? Pues yo.

-Llegas tarde, tuve que llamar a alguien más nerd para que me acompañara.

Jax parece un niño pequeño reprochándole a su madre el no haberle comprado dulces. Alzo mis cejas y resoplo, sentándome en la silla vacía junto a él.

-¿A quién trajiste? ¿Otra más de tus citas?

-No precisamente...

Miro la pantalla de su computador, tiene abiertas múltiples ventanas sobre personas desaparecidas. No hay una razón aparente, pero ver esas imágenes no me sienta en gracia.

-¿Hablaste con tu padre? -Tenorio hace un gesto con desdén y arruga todo su rostro. Hace unos días contó como si no tuviese importancia que se crió de niño con su papá y su madrastra, mujer con quien no se llevaba bien del todo. Agradezco que Saya sea una mujer fantástica, porque según los relatos de Jax, la suya era la reencarnación de la madrastra de Cenicienta-. Supongo que es un no.

No sé mucho sobre la relación de Jax y su papá, si se escapó de su casa de adolescente o su padre y madrastra lo abandonaron ya más grande,

pero cuando de familia se trata -y más refiriéndose a la búsqueda de su mamá- él parece actuar como alguien más... normal.

-Murph, hola.

Spencer está sonriente como si hubiese visto a la mismísima Jollie. No hay dudas de que tomó mi consejo de la otra vez pues su cabello está más desordenado y hasta tiene un aspecto más de chico malo. Sus ojos parecen iluminados por una luz divina.

-¿Qué hay de bueno, Spencer?

-Tengo una excelente noticia, ¡creo que podría estallar de felicidad! -Los chicos de alrededor lo hacen callar con un furioso "shh" al que Spencer responde sonrojándose al instante y encogiéndose de hombros. Se acerca a nuestra mesa y se agacha-. Jollie aceptó una cita conmigo, este sábado.

¿Jollie al fin tuvo misericordia? ¡El fin del mundo está cerca, señores!

-Eso es genialoso.

-Lo sé, estoy muy emocionado, pero no tengo idea de cómo actuar, nunca he tenido una cita con nadie. -No me digas, eso ya lo suponía-. La única que tuve fue con ella, cuando me hice pasar por... bueno, ambos conocen lo que pasó.

Lo recuerdo muy bien, de hecho, fue por eso que creé las tres reglas.

-Bueno, tienes de amigo experto en chicas fáciles y que es un troglodita de la época moderna: Jax.

-Mientras más me insultas más sé que me adoras, Suicida, no me sorprendería si tienes un altar en tu habitación. Pero sí, Spencer, puedes

preguntarle lo que quieras a Mamá Jax. -Eso ha sonado tan Maya, los dos serían uña y mugre, una pareja explosiva-. Y en cuanto a ti -su voz cargada se dirige hacia mí, me señala con el dedo y por un momento me siento confundida de su repentina reacción-, necesito un favor.

-Si ese "favor" involucra a tus victimas no lo haré, lo siento.

-No tiene nada que ver con ellas, es sobre algo mucho más serio.

Su quejada de marca y sus ojos bajan hacia sus manos, juguetea con sus dedos y vuelve a mirarme.

¡Escúpelos de una vez!

-¿Qué cosa quieres?

-Quiero que hables con mi papá.

Capítulo 22: "El corazón de Spencer".

¿Hablar con su papá? ¿¡Hablar con su papá?! ¿Qué clase de favor es ese? No entiendo en qué podría ayudarme yo hablando con alguien tan cercano y con quien parece tener una relación no muy amistosa. No puedo evitar preguntarme qué clase de persona es como para que Tenorio no quiera hacerlo por sí mismo. Bueno, sé que por un lado no se llevaba bien con su madrastra y supongo que eso influye en que no quiera hablar con su progenitor, ¿pero hacerlo yo? Válgame, creo que de verdad Jax me está dando demasiada confianza. ¿Qué pasará si lo arruino todo?

—¿Por qué debo hacerlo yo? —le cuestiono cruzándome de brazos— Ni siquiera sé tus motivos, no haré nada hasta que me des explicaciones, Tenorio.

Así es chica, disfrazas tu curiosidad con el orgullo. Idiota.

Jax, quien luce serio, blanquea los ojos con fastidio y resopla. Cierra las ventanas de las personas desaparecidas y sólo deja el escritorio en la pantalla del computador. Parece que contará la historia de su vida, así que no pretendo decir nada más. Spencer también está serio, al verlo agacha la cabeza metiéndose en sus asuntos.

—Papá me odia, fin de la historia.

¿Eso es todo? ¿Para eso taaaanto dramatismo? Ya, dile que te cuenta más.

Calla, consciencia mía, debemos ser más sutiles.

—¿Te odia por ser un idiota o un mujeriego sin escrúpulos?

¿A eso le llamas "sutil"? Compra un boleto de avión y suicídate, querida.

—Ah, estás siendo graciosa. —Jax alza una ceja y luego se rasca la barbilla cerrando con fuerza los ojos—. Digamos que es por lo primero.

—¿O sea, admites que eres un idiota?

—Admito que a veces me comporto como un idiota, sí, y por eso papá no quiere verme ni en pintura. A temprana edad me fui de casa y empecé a vivir con mis tíos, personas con clase que me querían que fuese como su perfecto hijo; por supuesto yo nunca quise ser como él, ni mucho menos tengo sus "gustos".

Sube los pies hasta la mesa y se recuesta en el respaldo de la silla, como si estuviese en una hamaca, sólo le falta los lentes de sol y el vaso con jugo de piña. Agarro sus piernas y vuelvo a sentarlo como las personas normales, creo que su única neurona disponible le hace olvidar que estamos en una biblioteca. Él vuelve a subir los pies a la mesa con una sonrisa llena de mofa.

—Bueno, idiota se nace y en parte tu padre tiene culpa de eso, ¿no?

—Ya te dije que mientras más me insultas más demuestras que estás loquita por mí, Suicida. —Se cruza de brazos y cierra los ojos—. Buenas noches.

Pellizco su mejilla y él abre con espanto sus ojos, pero no lo suelto hasta que él toma mis dedos para que lo haga.

—¿Cómo pretendes que vaya si no me dices nada respecto al tema?

—Sólo quiero que saques de manera sutil alguna información sobre el paradero de mamá, fácil y sencillo.

¿Fácil y sencillo? Un investigador privado es más fácil y sencillo.

...

Al volver a casa quien me abre es Jollie, justamente con quien quería hablar.

Sé que "ayudé" a Spencer con Jollie, pero me parece injusto que después de todo este tiempo, rechazo tras rechazo, le diga que sí a tener una cita con él. Claro, el chico ahora tiene aspecto más rebelde y a ella se le alborotaron las hormonas. Algo raro pasa aquí, Jollie nunca fue de las chicas que toma la apariencia por encima de los sentimientos y la personalidad.

Después de inspeccionar la nevera y comer lo primero que encontré para que mi estómago dejase de exigirme alimento, subo a la habitación de Jollie sin siquiera golpear y me siento en su cama. Ella está en su computador, ni siquiera voltea a verme, sino que parece demasiado entusiasmada en Facebook.

El cuarto de Jollie tiene ese ambiente tan femenino que me da escalofríos estar aquí, incluso tiene aroma a lavanda, como si fuese su olor natural. Hay una ventana que da justo hacia la calle y las cortinas rosadas le dan ese toque cálido a toda la habitación. En su cama muy ordenada tiene sus diez peluches, todos regalos. Su closet es blanco y con un espejo alargado. De niña siempre quise una habitación así, ahora me conformo bastante con la mía, incluso si no tiene olor a aromatizante; yo tengo libros, eso suma muchos puntos.

Carraspeo en vista que mi presencia ha pasado desapercibida.

—¿Qué pasa, Murph? —pregunta, sin apartar su cara de la pantalla.

—Aceptaste una cita con Spencer, creí que no te gustaba. —Jollie se encoge de hombros y me mira por encima del hombro—. ¿Por qué saldrás con él? ¿Es porque luce un poco más normal?

—Es un chico tierno y ha insistido demasiado.

Gira la silla y queda frente a mí. La frialdad con lo que ha dicho lo último es casi irreconocible que haya salido de su boca.

—¿Vas a rechazarlo? —pregunto en voz baja, como si temiese escuchar lo obvio. Jollie aplana sus labios y asiente lentamente—. ¿Por qué? ¿Quieres a un chico malo para que después de embarace y haga sufrir? Spencer es el chico ideal que alguien como tú podría soñar; es tierno, amable, generoso, muy inocente y no anda metido en nada turbio, además siempre ha tenido ojos para ti.

—Suenas como si fuese el chico soñado para ti, Murph —reprocha frunciendo el ceño, pero luego se relaja—. Escucha, no quiero salir con nadie, no quiero estar con nadie... no ahora. Me rompieron el corazón y cuando acepté una cita descubrí que "esa persona" no era quien decir ser. ¿Cómo puedo confiar en alguien así? Pasaré de chicos, me haré una monja.

Blanqueo mis ojos con impaciencia y me levanto de la cama para salir lo más pronto de su femenina y demasiado rosada habitación. Siento que el aroma a lavanda me asfixia. Por otro lado, imaginarme lo desastrosa que será la cita para Spencer me rompe el corazón en dos.

Por lo que me detengo me detengo en el umbral, volteo para verla una última vez antes de perderme en mi habitación y la miro con seriedad.

—Le falta confianza, eso es todo, así como tú la perdiste con el fastidioso ex que tenías. Si no le das una oportunidad, quizás estarás perdiendo al indicado.

—Es un riesgo que correré, Tercera.

Cierro la puerta del cuarto y me echo sobre la cama. Cielos, pensar en el pobre corazón de Spencer hacerse añicos no es algo lindo. Necesito impedir esa cita, necesito impedirla a toda costa.

O actuar como un Cupido y evitar así todo.

Pisa tierra, corazón, de Cupido no tienes ni el peso ni el tamaño.

Resoplo y cierro mis ojos.

Por otro lado está el favor de Jax y actuar ante su padre. ¿Qué tiene en mente ese mujeriego unineuronal? Pues es un misterio. Sé que la mayor parte del tiempo él es predecible en vista de que cumple todos los estereotipos del "playboy" de una novela romántica, saber qué trae entre manos ahora me hace un lío la cabeza. Necesito salir y tomar aire, necesito pensar en nada, necesito meditar sobre mi vida, necesito...

—Un chico en tu vida. —Maya la venido justo en el momento indicado. Debe ser una bruja, pues justo cuando quería de algún consejo, ella canturreo desde la entrada que venía a ser la solución de mis problemas—. Sólo piénsalo: Tony te rechazó, estás engordando, necesitas relajarte y salir más. Sé que dijiste no más candidatos y pretendientes, no más citas, pero este chico es ideal para ti. —Abro mis labios para reprocharle que no quiero nada con nadie y que las reglas y el amor de libro se pueden ir por el escusado, no obstante, mi impulsiva amiga loquera me detiene—. Es mucho más alto que tú, es músico, le gusta leer, es de una familia humilde, tiene personalidad pero no es

arrogante. ¡Hasta va a cantarle al hospital a los enfermos! Es un amor de persona, todo lo contrario a ti.

—Oye, gracias por el cumplido.

—No te ofendas, cariño, Mamá Maya dice la verdad, y la verdad duele más que una mentira. Pero eso no es todo, Murphy, él va a tu universidad y cuando le comenté de tu miserable vida dijo que te había visto un par de veces. Yo le pregunté cómo te encontraba y dijo que parecías el tipo de chica reservada con ese toque divertido del que estaría encantado de sacar.

Vaya, vaya.

—¿No es homosexual o un ladrón?

—No, tonta, es un amor de persona. Dale una oportunidad, dijo que estaría encantado de ser "ese" chico en tu historia. ¿Qué dices?

Capítulo 23: "Señor Wilson".

El peso en mi estómago es realmente incómodo. La razón de sentirme tan mal no se debe a que la cazuela de la abuela fuese un desastre o tuviese mucho picante, para nada, la abuela siempre cocina como si el mismísimo Dios en persona le hubiese creado sus milagrosas manos. Nadie cocina como la abuela y todos en el barrio conocen sus habilidades para la cocina, pues cada otoño para el festival de la cocina gana el concurso a mejor plato. Una vez Chloe y yo le pedimos que nos dijera el secreto de su comida, pero ella dijo que simplemente era amor, cariño y años de experiencia.

Estoy divagando, lo sé.

La verdad es que estoy ansiosa dos por razones aparentes: hoy hablaré con el padre de Jax y Maya me presentará a Cole, el chico de mi universidad.

Sé que muchos estarán diciendo que no fui leal a mis principios y mis palabras, pero me importan un rábano los principios. Después de pensarlo unos dos segundos, acepté gustosa salir con Cole. Es decir, parece el chico ideal, el chico perfecto, y mi curiosidad por saber quién es esa persona que me conoce y de la cual no sé nada me intriga. No obstante, no tropezaré con la misma piedra y no cometeré los errores banales que cometí con mis otras dos citas; antes de tener una cita, pretendo conocer más de Cole y que Maya nos presente como corresponde. Basta ya de citas a ciegas que terminan en desastre y basta de pisotear mi orgullo de mujer.

Eso será dentro de unas horas, ahora debo enfocarme en hablar con el padre de Jax.

Un motor enfurecido a las afuera de la casa indica que ha llegado. Le encanta lucirse y aparentar ser un chico malo de película cuando anda con su moto, al llegar a la universidad siempre hace lo mismo. Su fascinación por ser el centro de atención es tan grande como mi amor por la pizza.

—¡Ya me voy! —grito en dirección a la cocina esperando que alguien responda.

—No llegues tarde, Murphy, sobró cazuela para la cena. —La abuela camina con su bastón a una velocidad sobrenatural sólo para asomarse por la ventana y ver a Jax bajarse de la moto.

—No sé si llegue para la cena, nana, tendré un día agitado. —Me acerco a la abuela y deposito un beso en su mejilla como despedida. Ella me toma por los hombros con una expresión pervertida en su rostro.

—Recuerda usar protección.

—¡Mama! Esa serie de televisión te pone como una pervertida...

—Me refería al casco —dice con una sonrisa pícara.

Niego con la cabeza y al salir saludo a Jax con un ademán, él extiende el segundo casco y lo recibo. Creo que me estoy acostumbrando a tener que usar un casco y montar su moto, con todo lo que ha pasado en algún momento mi miedo por estas cosas hechas por el diablo debe desaparecer. Pero claro, teniendo a un unineuronal conduciendo como en una carrera dudo mucho que pierda el miedo.

—¿Estás lista? —pregunta, ayudándome en amarrarme el casco. Asiento lentamente y no digo nada esperando que no descubra mi real estado—

¿Seguuuura? —pregunta otra vez con una sonrisa, sé que lo hace para fastidiar así que también sonrío.

—Si todo sale bien y consigo el paradero de tu madre entonces me deberás una pizza extra-familiar con papas y empanadas de queso incluidas.

—¿Si no sales en una hora de su casa marco a emergencias? Al viejo no le gustan los juegos y pierde la paciencia con facilidad, o así era cuando vivía con él.

—Te golpearé.

Me saca la lengua cual niño pequeño y se coloca su casco, me hace un gesto para que me suba también. Una vez arriba agarro su chaqueta de cuero y él enciende la moto.

En los libros siempre las descripciones de escenas así sacan más de un suspiro a sus lectores, pero la verdad no contada de toda escena de este estilo es muy diferente a lo que aparenta. La chica que va en su espalda —por cierto, aferrándose como gato en la pierna de una persona para no tocar el agua— nunca podría colocar "su cabeza en la espalda de su amor y sentir los latidos de su corazón", va con un mendigo casco ¿cómo podría hacerlo? Además, es realmente incómodo usar uno. Por otro lado, el viento golpeando contra la ropa es horrible de sentir, me congeló hasta la médula. Si se imaginaron la típica y linda escena, lamento decirles que no lo es.

Estiro mis músculos al bajar de la moto y me saco el casco, Tenorio lo recibe por mí. Arreglo mi cabello y lo observo, está algo nervioso, busca dentro de su chaqueta un cigarrillo y lo coloca en sus labios.

—Clavos de ataúd —pronuncio, mirándolo con desaprobación.

—Es la casa azul con rejas de madera pintadas de blanca que está a la vuelta —informa, sacando del bolsillo de su jeans el encendedor—. Suerte y recuerda que la más mínima pista sirve.

—No me des instrucciones, sé mi trabajo.

Y me conozco lo suficiente como para saber que la palabra sutileza no está en mi vocablo ni en el diccionario que tengo en mi cabeza. Jax sugirió que me hiciese pasar por una estudiante de Trabajo Social haciendo una encuesta para la universidad, incluso en mi mochila tengo un papel para ello. Admito que lo pensó bien, pero que resulte todo bien depende de mí.

No quiero arruinarlo todo. No quiero decepcionarlo.

Respiro hondo y golpeo la puerta, después de unos minutos esperando a que alguien abra, un hombre de aspecto amargado y vistiendo un traje de mecánico muy sucio abre la puerta. Tiene sus manos manchadas en grasa y las limpia con un paño más sucio que sus propias manos. Omito describir el olor que emana del interior, realmente me está asustando esto.

—Hola —saludo fingiendo una sonrisa—. Mi nombre es Tamara Franco y estoy pasando por las casas haciendo una encuesta a los vecinos para mi trabajo de la universidad, estaría muy agradecida si usted...

—Estoy ocupado, niña. —Se adentra y pretende cerrar la puerta, sin embargo coloco mi pie para que no lo haga.

Cielos, ya nos parecemos a los Testigos de Jehova.

Calla.

—Realmente esto es importante, sólo son una cuantas preguntas y no lo molestaré más.

El sujeto me echa un vistazo como lo haría el mismo Jax, me recorre de pies a cabeza y finalmente hace una mueca accediendo. Tiene sus ojos marrones y el castaño que se mezcla con algunas canas, la forma de su barbilla y la forma de su nariz es muy similar a la de Jax, incluso su mal gesto es parecido. No hay dudas de que este sujeto es el padre de Tenorio.

—Es extraño —comenta de pronto—, en este barrio no hay "vecinos" que se visten tan bien.

—Hay que aparentar para que las personas desconocidas puedan aceptarte y acceder a las preguntas, ¿no? —Hace otra mueca mientras hago un intento por sacar la hoja impresa sobre la supuesta encuesta.

—¿Eres policía? —curioseas, sin quitarme los ojos de encima— ¿O vienes de parte de alguien?

Abro mis labios para responder, pero la vena de la paciencia imaginaria está al borde de estallar. Guardo silencio unos instantes y repaso las palabras de Jax, mencionando la palabra sutileza.

No puedo ser sutil, lo mío es ir directo a punto.

—Seré franca con usted, señor Wilson —Parece algo espantado al decir su apellido, pero luego se calma—, soy una estudiante de Teatro. Por razones aparentes del destino he tenido el no tan privilegio de conocer a su hijo y él me ha dicho que está en busca de su madre biológica, llámelo locura, solución a sus serios problemas de hombría y el cierre de un ciclo en su vida... Mi nombre es Murphy Reedus y estoy aquí de su parte, para

preguntarle si tiene algo de información sobre su progenitora; nombre, edad, lugar de nacimiento, alguna descripción, todo puede ayudar.

Amasa sus manos con el paño y luego se asoma en busca de Jax.

—¿Dónde está ese mocoso? —pregunta con desdén— ¿Después de años se atreve a venir y preguntarme por su mamá? Cobarde. ¿Por qué no está él parado en tu lugar?

—Dijo que su relación no es buena y siendo él, obviamente no podría lograr que le dijese algo sobre...

—Todo lo que tiene él se lo buscó —interrumpe—, nunca quiso a su madrastra, ni siquiera de niño. Luego se fue con Harold y Valery, entonces desapareció. Él y su búsqueda de niños pueden irse y tú también.

Aprieto mis dientes con fuerza y me planto como una hierba mala frente a la puerta.

—Escúcheme un momento: independiente del hecho que se lleve mal con su hijo o le haya hecho lo que sea a su madrastra, usted no sabe lo que él siente por ser abandonado por su madre y odiado por su padre (o sea, usted). ¿Tiene alguna idea de cuántas chicas ha llevado a la cama por su trauma de niñez? Muchas, yo he sido testigo de eso. ¿No ha pensado que esta búsqueda es una forma de redimirse y empezar de cero? Yo sé qué se siente vivir con una madre que no actúa como tal y créame que las cosas que hizo no fueron buenas. Yo no la buscaría por nada del mundo, pero Jax es un idiota sin remedio y tiene un corazón extraño, lo único bueno y humano que ha dicho desde todo el tiempo que lo conozco es sobre su mamá y por eso decidí ayudarlo. Ahora, sólo le

estoy pidiendo un aporte, uno muy pequeño para colaborar a quien es su hijo, independiente de las cosas que haya hecho antes... por favor.

Los ojos del padre de Jax me observan sin siquiera pestañear. Poco sé de lo que he dicho, pues me he dejado llevar, pero independiente de lo que haya sido, sólo espero que resulte bien.

—No —responde—, todo lo que tenga que decir sobre aquella mujer se lo diré a él, en persona. ¿Dónde está?

Respiro hondo y asiento.

—Está a la vuelta. Sígame.

El señor Wilson tira el paño al suelo y busca la llave. Dentro de su traje busca un cigarrillo y lo coloca en su boca, cierra la puerta y busca en los bolsillos traseros un encendedor que apenas logra encender al tanto caminamos por la acera. Al girar la esquina, logro divisar a Jax, quien se menea de lado a lado hasta que se para en seco; sus ojos son una mezcla entre el asombro y el miedo cuando ve al hombre a mi lado, sus labios se entreabren como queriendo pedir alguna explicación.

—Mi hijo...

La voz del padre de Jax es casi imperceptible, pero sé que lo dicho ha sido con un tono y una pronunciación quebrada y melancólica. Lo observo un momento de reojo y noto que el semblante de mecánico rudo ha desaparecido, así como el aspecto arrogante de Jax. Ambos están callados, como si no se hubiesen visto por una eternidad, y parece que yo estoy a punto de ver un reencuentro de años.

Capítulo 24: "Me gustas - Parte 1".

De pronto me siento en medio de ambos, como si fuese una barrera, así que me hago a un lado para darles espacio. La expresión de Jax es desconcertante, incluso puedo ver como sus azules ojos se humedecen y brillan. Su reacción es temerosa, como si quisiera salir huyendo, pero hay algo que lo atrae y no lo deja. Se ve tan vulnerable, tan fuera de sí. Y su padre no es diferente, él también lo observa con timidez, después de tanto tiempo probablemente le es difícil creer que sea su hijo.

—Cuando te fuiste eras un mocoso que me llegaba al hombro, te vestías con polerones holgados y los vellos en tu barbilla apenas estaban creciendo —habla con la voz quebrada. Su barbilla tiembla y sus ojos son como cristales—. No puedo creer que seas mi muchacho.

Y, como sobran las palabras y faltan acciones, ambos no esperan más reducir la distancia y el reconocimiento de cada uno con un abrazo lleno de emociones. Las emociones fluyen por el aire, tanto que me veo incapaz de resistir a la nostalgia que ambos demuestran con su abrazo. Todo demuestra que desde hacía tiempo ambos lo necesitaban, y por una parte, me alegra ser la gestora de eso.

—¿Quieren algo de beber?

En efecto, el padre de Tenorio es mecánico y su casa está llena de figuras hechas de tornillos y metales. Después de su reencuentro nos ha ofrecido entrar a su casa para ponerse al tanto. Jax lo pensó antes de acceder y me hizo un gesto para que lo acompañase, al que no me pude resistir. Sé lo incómodo que puede ser encontrarte con una persona que no ves hace tiempo. No obstante, el señor Wilson no parece contar con

la descripción que Jax dijo para asustarme; sí, tiene aspecto de hombre amargado y rudo, pero ya no lo veo tan así.

—Una cerveza —dice entusiasta mi compañero.

—¿Y la jovencita? —Los ojos de ambos dan con los míos.

—Sólo quiero agua. —Un «Pff» por parte del unineuronal hace aparecer mi mal humor—. Estoy reservando mi estómago para más tarde.

—¿Qué tienes más tarde? —curioseas colocándose en el borde del sofá— ¿Una cita?

Lo último lo ha preguntado con sarcasmo. ¿Qué se cree? Yo también tengo citas y espero, con toda mi alma, que mi cita con Cole sea tratada dentro de todos los parámetros que conlleva la palabra "normal". La cabeza de Jax serpentea y luego se levanta de su sofá para sentarse junto a mí.

—¿Qué pasa? —pregunto haciéndome a un lado.

—¿Piensas dejarme solo aquí? Sabes, no he estado aquí durante años y es bastante incómodo.

—Supéralo. Además, estoy segura que él y tú tienen muchas cosas privadas que aclarar. No quiero ser mosca en la pared y estar aquí cuando lloren a mares y se pidan disculpas por sus vidas pasadas.

Egoísta.

No lo digo por egoísmo, lo digo porque así debe ser. Yo sólo soy una conocida, compañera de estudio y la tipa con mala suerte que dentro de unos minutos puede que conozca al amor de su vida.

El padre de Tenorio entra a la sala con una cerveza y un vaso con agua. Al recibirlo lo bebo al seco y dejo el vaso sobre la mesita de centro decorada con figuritas de hierro, una de ellas tiene un reloj pequeño. Saco mi celular del bolsillo y veo la hora.

Maya querrá matarme si llego tarde.

Cuando el padre de Jax se sienta en el sofá del frente, la tensión se torna incomprensible.

—Tienes los ojos de tu madre —habla sin quitarle los ojos de encima a su hijo.

¡No puede ser, Jax es hijo de Lily! Oh, esperen... ese es otro libro.

—¿Dónde está Brenda? —pregunta Jax tras darle un sorbo a la cerveza.

—Se fue unos años después de que te fuiste a vivir con Harold, he estado solo esperando que alguno de los dos volviese. Da la impresión que estás muy cambiando a como eras antes, pero conservas algunos gestos... y tu gusto con la buena cerveza.

Ambos se echan a reír. Mi celular vibra y temo que sea un mensaje de voz de una histérica Maya preguntando por qué no estoy en el sitio donde acordamos reunirnos.

—Hay cosas que nunca cambian —dice Jax sonriente—. La casa está igual a como la recordaba, salvo por el color de las paredes.

Carraspeo para llamar su atención.

—Debo irme, los dejo con su charla de padre e hijo. Espero todo resulte bien y mucha suerte.

Me levanto de un salto del sofá y dispongo a irme, pero algo me detiene.

No, Tenorio no me ha sostenido del brazo o rogado que me quede, ha sido su actitud la que me hace detener mi mundo. También se ha levantado.

—Te iré a dejar —ofrece, dejando la cerveza en la mesita.

—No es necesario, Jax. —Niego con la cabeza y luego volteo hacia el señor Wilson—. Muchas gracias —le digo sintiendo los reproches de Jax como el zumbido de una mosca. Blanqueo mis ojos y vuelvo a negar.

—Deja que te lleve, pronto él y yo nos pondremos al día. —Lo suponía, la insistencia y cobardía de Jax terminarían ganando—. Pero antes que se marchen, les daré lo que quieren. —Mira a Jax con seriedad y carraspea—. Tu madre se llamaba Anastasia Finch, nació en Texas, debe tener unos 46 años y tiene unos ojos preciosos, o así era antes de marcharse. Tenía fotos de ella, pero las quemé una noche de ira, lamento no poder recordar más.

Tenorio parece haber visto un fantasma, está con los ojos vacíos, y por un momento creo que su alma ha despojado su cuerpo, hasta que vuelve a pestañear.

—Gracias, señor Wilson, eso ha sido de gran ayuda —me apronto a hablar en vista de que mi compañero no puede hacerlo—. Y prometo hacer que Jax lo visite lo más pronto posible.

Tomo a Jax por el brazo y lo arrastro con fuerza hacia la salida.

—Mierda... —musita de camino a su moto—. Con esa información ya tenemos la mitad del trabajo hecho.

—Deberías volver y ponerte al tanto de su vida, eres un cobarde.

—Te recuerdo que estoy actuando como tú lo hiciste con tu mamá, también soy humano por si no lo has notado. Ahora dime dónde vas.

El tema de mi progenitora siempre se hace presente, de alguna u otra forma. Odio que eso pase porque es algo de lo que no puedo huir, intente lo que intente. ¿Tal vez debería aprender un poco de la humanidad de Jax y dejar de lado mi orgullo? Admito que admiro en cierta parte su habilidad para no guardarle rencor a nadie, incluso a su madre. Ni siquiera cuando hablaba de su madrastra sonaba lleno de odio, sino más bien como algo del pasado.

Necesito avanzar y no dar un paso mirando hacia atrás.

—¿Vas a bajar o le estás tomando el gusto a agarrarme por la espalda?

Chasqueo la lengua y bajo de la moto, apenas me fijé que ya llegamos. Me quito el casco y se lo entrego, para luego acomodar mi ropa y peinar con mis dedos mi cabello. Jax también se quita el casco y sacude su cabeza como si tuviese una larga melena, cosa que llama la atención de un grupo de estudiantes que justo pasaba por el lado.

—Gracias por traerme.

—No hay de qué, Suicida, espero alguna vez me empieces a pagar la gasolina que gasto con tus recorridos.

—No seas tacaño, recuerda que me debes una pizza.

Finge sorpresa y luego sonrío, pero sus ojos viajan en otra dirección por encima de mi hombro. Curiosa, me volteo para ver en su dirección, encontrando a Maya y un veinteañero con una enorme guitarra en sus manos. Debe ser Cole. Su sonrisa se alarga al verme y me hace señas

como si me conociera de toda la vida. Nunca lo había visto a decir verdad, y debo confesar que si no estoy prestando atención a chicos como él debo estar volviéndome una tonta.

Siento unas campanas y un flechazo directo al corazón. Cupido seguramente me estaba reservando para Cole.

Capítulo 24: "Me gustas - Parte 2".

—¡Por fin apareces, Murphy! —Maya camina hacia mí y estando lo suficientemente cerca besa mis mejillas dejándolas pegajosas con su brillo labial, algo asqueada debo limpiarme con mis manos. Está vestida como para una pasarela cuando quedamos de juntarnos a comer en un local cercano nada más; por supuesto, a mi amiga de años le da igual el sitio a donde irá, ella siempre debe vestirse bien. Es la regla número uno para la loquera salida del manicomio—. A ti te he visto un par de veces en la universidad —le dice a Jax, achicando sus ojos. Coloca un dedo su barbilla, examinándolo.

Jax no da ni un paso atrás al ver que Mamá Maya está haciendo su análisis, sino que disfruta de la cercanía pues esboza una sonrisa socarrona.

—Soy Jax Wilson, linda —se presenta y luego le guiña el ojo.

Niego con la cabeza con desaire y mis ojos dan con Cole, él estaba mirándome, pero el haber volteado parece haberlo espantado.

—Él ya se iba —informo, volviendo a mirar a Tenorio.

—Entonces será una salida para dos —habla Maya—. Lo siento, pasó algo y debo irme.

Debe estar bromeando. Se supone que ella estaría con nosotros para que mis atípicas vivencias y mala suerte sean acopladas conforme a su estadía. Digo, por algo tenía que estar aquí, ¿no? Siendo Cupido, ese es su trabajo.

—¿Te vas? —le pregunto, sólo para confirmarlo. Ella asiente con un puchero fingido.

—El lunes comienzo mi práctica y tengo que ordenar los papeles, lo siento. —El mundo se me hace inmenso y la única vía de escape que veo para que esté acompañándonos es Tenorio, pero cuando abro mis labios para hablar, Maya se adelanta—. Ya que estás aquí, ¿me puedes llevar a casa? Te pagaré... con dinero.

Si tuviese telepatía o algo de coordinación con Jax las cosas hubieran resultado mejor, o quizás si me hubiese adelantado a los hechos y descifrado el fatídico plan de Maya, no estaría viendo como Tenorio accede con gusto. Es impresionante lo mal intencionada y malvada que puede ser Maya cuando se lo plantea. ¿Por qué dejarme con un desconocido? Cole no parece un mal chico, pero el sujeto con buen auto que me robó tampoco lo parecía. Desde entonces el dicho "las apariencias engaña" ha cobrado coherencia y juro que ya no confío a nadie.

Por otro lado, Jax ni siquiera le apartó los ojos a Maya para ver mi suplicante rostro pidiendo que se quede. Así que, sin más remedio, no puedo hacer más que ver como Maya se aferra a la espalda del unineuronal después de colocarse sus respectivos cascos, y perderse por la calle.

—Tranquila —Pego un salto y volteo, Cole está mirándome con sus ojos oscuros. Al ver mi reacción traza una pequeña sonrisa—, no soy un ladrón, ni un afeminado encubierto que pretende echarte a los guardias.

Válgame, ¿es que Maya no se guardó nada? ¿Qué más le dijo? ¿Qué compro mi ropa interior en tiendas chinas?

—¿Qué clase de chico resultarás tú? —le pregunto, contagiándome de su sonrisa.

No puedo creer que sonría con tanta facilidad como una puberta viendo al chico que le gusta mientras hace deporte, me siento descolocada y no entiendo el porqué.

—Uno normal al que le gusta tocar guitarra y cantar, supongo. Soy Cole, aunque eso ya lo sabes.

Extiende su mano para estrecharla.

—Soy Murphy, aunque eso ya lo debes saber.

Le regreso el saludo y tomo su mano. Es como si millones de hormigas viajaran de mi cerebro, bajaran por mi cuello y brazo hasta mi mano, concentrando un choque eléctrico hipnotizante al hacerlo. No puedo con sus ojos mirándome todo el tiempo, como un Edward Cullen atrapándome en la inmensidad. Puedo ver un enorme cartel de madera que reza en mayúsculas: "AQUÍ YACE MURPHY". Estoy totalmente perdida en Cole, y siento la rara sensación de familiaridad, pero estoy cien por ciento segura que éste es nuestro primer encuentro. A menos que nos hayamos topado en el metro o el bus, o en la misma universidad, no tengo recuerdos de interactividad con él. Sus ojos son tan vivaces y transparentes que no tengo dudas de que es auténtico, tiene el cabello algo largo y de color azabache, algo de barba, la nariz larga y fina, dientes perfectos, labios...

Basta.

—¿Pasamos a mejor algo o continuamos estrechándonos las manos? — pregunta sacándome de mis turbios y pensamientos con programación para mayores. Aparto mi mano y me río como una tonta, y su risa boba tampoco se queda atrás.

Un punto a favor: los dos nos veremos sonriendo y riendo como idiotas, es decir, no se're la única idiota.

—Claro. No sé dónde pretendía comer Maya, podemos ir a...

—Comer pizza en *Marco's* —irrumpe—, si quieres... claro.

Si le gusta la pizza con extra queso, piña y anchoas es el indicado.

Cole toma su guitarra y la acomoda en su espalda.

—Maya dijo que vas al hospital a cantarle a los enfermos —comento de camino a la pizzería. Él hace una mueca y asiente con lentitud—. Eso es bueno.

—Intento aportar un granito de arena a este mundo de locos. Hoy en día cada uno está tan sumido en sus asuntos y problemas que olvida a las personas que están padeciendo lo mismo, o peor que eso. Me gusta pensar que ayudo a esas personas cantando. ¿Qué te gusta hacer?

—No tengo un corazón tan caritativo como el tuyo, sólo me gusta leer. Mi vida no es tan interesante.

—Apuesto a que sí. Todos los días cuando abres los ojos te sumes a una aventura, tal vez no como las de películas, series o libros, pero es una al fin y al cabo.

Supongo que tiene razón, el simple hecho de vivir ya es una aventura.

Al llegar a la pizzería saludo al cocinero, soy una cliente habitual después de todo. El lugar está casi vacío, lo que es sorprendente pues siempre Marco tiene clientela por montones. Hay un grupo de adolescentes sentados en un rincón, una pareja silenciosa del otro extremo y una mujer sentada de espaldas.

Después de pedir la pizza, nos sentamos cerca de la puerta, de frente. Cole ha tenido que dejar la guitarra sobre una de las sillas, como si fuese una persona más comiendo. La pizza especial con anchoas y piña es demasiado para espantar a una persona, así que humildemente acordamos ponerle champiñones y trozos de pollo. Para beber dos vasos de *Sprite* y por si quedamos con hambre unas papas fritas.

—No creo que podamos con todo esto. —Cole mira la pizza con desacierto y traga saliva—. Esto es mucho para mí.

—Ah, tienes el estómago pequeño —espeto sonando arrogante. Él se ríe entre dientes, enseñando lo perfectamente alineados que son—. La pizza es mi postre favorito, si no puedes con ella yo me haré cargo.

Se ríe y me hace un gesto para que saque la primera rebanada.

Charlamos de la vida y hacemos brindis con nuestros vasos de bebida, nos reímos de cosas absurdas y coincidimos en otras. Cole parece alguien auténtico y muy carismático, es estudiante de Música y tiene una banda en la que es el vocalista. Le gustan los libros, pero su verdadero amor son los versos de canciones, es hijo único y vive con su banda en una casa arrendada, trabajan en un club los fines de semana y, por último, no es un mujeriego.

Al menos eso ha dicho.

—No-te-creo —le digo dejando el vaso ya sin nada de bebida sobre la mesa—. ¿De verdad nunca has tenido novia?

—De verdad —se echa a reír algo avergonzado.

Apoyo mis manos sobre la mesa y me inclino con sospecha. Si algo me han enseñado las clases de teatro, es a actuar mejor y saber con certeza cuando alguien miente.

—Seré honesto contigo, Murphy Reedus —habla, tornándose serio. Vuelvo a acomodar mi trasero en la silla mientras agarro una última rebanada de pizza—. Hace tiempo, asistía a un colegio para chicos, quienes me molestaban e insultaban por mi peso. No te mentiré, era alguien que prácticamente ocupaba dos asientos en el bus y todos se alejaban porque ver a un adolescente lleno de granos y grasa le parecía una abominación. No tenía amigos, no tenía amigas y mucho menos novia. Una tarde esperando el metro, Jean (el típico deportista) y sus amigos con buen físico llevaron los insultos a otro nivel y con mi baja autoestima nada podía hacer, no me atrevía siquiera a levantar la cabeza, simplemente a quejarme por los golpes y tirones; hasta que un grito eufórico espantó a los cuatro deportistas y me dejó helado. Era la voz de una chica que llegó dando enormes y furiosos pasos. Se colocó frente a mí, dándome la espalda, apenas logré ver su rostro, pero su cabello rojo es... bastante singular. —Me mira, como si intentara descifrar lo que pienso. Tontamente, al escuchar lo del cabello me lo he tomado—. "Ustedes par de cobardes, márchense" les dijo a los cuatro chicos con autoridad. Obviamente, los cuatro chicos no hicieron más que reírse a carcajadas. "¿Tu noviecita debe defenderte, gordo? Eres patético" me dijo Jean, pero la chica no dejó siquiera que me mirara, pisó su pie con fuerza haciendo que chillara. "¿Patético? Patético eres tú que abusa de otra persona y se burla de su peso. Patético eres tú que para alimentar tu ego debes golpear e insultar a alguien. Regresa a tu casa y enciérrate en tu cuarto antes de que tu abusivo padre llegue y te reprenda por la escoria humana que eres y tu primitivo cerebro, *Procónsul*". Los cuatro

se marcharon y ella me dijo que nunca me dejara pisotear por alguien más, que tenía derecho a sacar la voz y defenderme. Nos volvimos a ver en otras ocasiones entretanto sus palabras habían marcado un compás en mí, decidí tomar su consejo y no dejar que nadie me pasara a llevar, también decidí cuidarme más. Sin embargo, nunca la volví a ver, hasta hace unos meses. La vi en la universidad, leyendo. —Mierda...—. He esperado mucho tiempo para esto, Murph... Sé que es apresurado y no debería hacerlo ahora siendo este el primer día en que hablamos después de tanto tiempo, pero me gustas.

Baja la cabeza, apenado. Mi lengua se traba y no sé qué hacer. Intento beber de mi vaso, pero recuerdo que ya no queda nada dentro. Trago saliva con dificultad y me apronto a decir con frialdad:

—Creo que Maya habló demás.

—Maya cree que sólo te he visto de la universidad. Quiero conocerte y demostrarte que soy sincero. Permite que nos conozcamos, seré tu amigo. Quiero, desde hoy, ser parte de *tu* historia.

No sé qué decir. Las palabras han muerto en mi cabeza. Su historia me lleva años atrás, cuando era una adolescente fanática de cantantes y bandas, que leía fics y libros, estaba enamorada de un niño tonto con problemas de hormonas. Recuerdo el metro, al chico sumiso y callado siendo golpeado mientras los demás reían y no hacían nada. Recuerdo ese impulsivo deber por ayudar, recuerdo el rostro hinchado y los ojos tristes del chico, pero nunca le pregunté su nombre, ni tampoco él el mío.

—¡Mida, es una *guitada*!

Los ojos vivaces de una pequeña se posan sobre la guitarra de Cole y la apunta dando saltitos con entusiasmo. Cole le sonrío y se acomoda la guitarra.

—¿Quieres que cante una canción? —pregunta con su voz calmada y añorada. La pequeña asiente con una felicidad propia de los niños, no debe pasar de los cuatro pues casi tiene la misma estatura de los trillizos.

Cole afina la guitarra y carraspea, aclarándose la garganta. Frunce el ceño y respira hondo, pasando sus dedos sobre las cuerdas con delicadeza. La melodía se me hace conocida al instante, es "Happy Together" de The Turtles.

Los ojos brillantes de la pequeña niña parecen querer soltar chispas de estrellas por todo el lugar, pero no es la única hipnotizada por el canto y la guitarra, todos los demás están prestando atención a la particular voz de Cole. Y yo, no puedo hacer más que observar cómo sus ojos llenos de sentimientos me miran mientras canta y repaso en silencio dentro de mi cabeza las cortas charlas que teníamos en nuestros encuentros.

Al terminar la canción, la pequeña aplaude y Cole se revuelve el cabello. Entonces, desde la caja, una mujer pelirroja le hace señas a la pequeña.

—Sharick... Ven a escoger de qué sabor quieres la bebida, cariño.

Mi sonrisa desaparece al instante y podría jurar que mis pulmones ya no cumplen su función. Observo a la niña corriendo hacia la mujer pelirroja, la misma del karaoke y la enfermera de aquella vez. Todo cobra sentido por un momento, esos ojos vivaces y profundamente azules ya los había visto antes.

Jax.

Capítulo 25: "Una cabina para dos".

—Tony... ¡Tony!

Otro papel arrugado que saqué de mi papelera golpea la ventana de mi vecino adolescente. Al parecer está dormido, justo cuando necesito desahogarme con alguien sobre mi nueva duda existencial.

Después de escuchar "Sharick" mi cerebro ha intentado hacer conexiones y actuar como comúnmente lo hace, pero nada puede ser normal cuando se trata de una pobre joven estudiante de teatro. No pude actuar normal pensando que aquella pequeña rubia y con los ojos tan familiarmente azules tiene una relación con Jax. ¿Qué tipo de relación? Quiero creer que se trata de un familiar; alguna hermana, prima, quizás es su hermanastra.

¿Pero qué pasa si va más allá? ¿Y si Jax hizo de las suyas y ahora es padre?

—¿Qué pasa? Mañana tengo entrenamiento, Murph. —Tony se frota un ojo. Su otra mano está ocupada rasqueteando su estómago.

—No preguntes cómo o por qué, sólo escucha: ¿Crees que Tenorio podría haber dejado sus semillas por aquí o por allá y ahora sean flores?

La quijada de mi amigo se desencaja, se apoya sobre el marco de la ventana y frunce el ceño.

—¿Con "semillas" te refieres a que él puede haber embarazado a alguien? —Asiento con entusiasmo, es bueno hacerme entender con

tanta facilidad usando cosas tan absurdas como las usaría una profesora de primaria—. ¿Estás embarazada?

—¡No! —Agarro los barrotes de la reja y me acerco a ésta. Quiero golpearme la cabeza, pero corro un serio peligro de que ésta se encaje entre los fierros, cosa que no quiero—. Hace un tiempo una mujer pelirroja parecía atormentar al unineuronal...

—Seguro una ex novia —interrumpe.

—Sí, también lo creo. Pero esa no es la cuestión, resulta que esa mujer mencionó a una tal Sharick, hoy me enteré que es una niña pequeña, con sus ojos. ¿Crees que él...?

—¿Es papá? No me sorprendería —espeteta—. Es un mujeriego, tarde o temprano sucedería algo así. ¿Cuál es el problema?

Cierto. Si Jax es papá ¿cuál es el problema? Ni siquiera debería ser de mi incumbencia. Simplemente me inquieta saber quién es ella y si Jax sabe de su existencia, ¿por qué todo indica que no la quiere? Él sabe qué se siente ser abandonado, subestimado por su padre y odiado por su madrastra, dudo que sea tan hipócrita como para hacer lo mismo y no reconozca a su hija, ¿verdad?

—Ninguno, sólo quería chismear un poco.

Es ruido del secador desde la habitación de Jollie hace que voltee unos segundos hacia la puerta. Mañana le romperé el corazón a Spencer, probablemente.

He intentado convencerla de hacer lo contrario y darle una oportunidad pero su orgullo es mucho más grande y está ensimismada, no puedo

hacerla cambiar de opinión. Pero tranquilos, si ella no quiere cambiar, puedo hacer que Spencer cambie de idea.

Sí, esa es una buena idea.

Lástima que no tenemos su número.

Válgame, es cierto. Pero tengo el de Tenorio.

—Suerte en el entrenamiento, te hablo luego. —Me despido de Tony con un ademán y él me regresa el gesto con un bostezo.

Cierro la ventana y de paso las cortinas. Busco el celular entre mis cosas y desbloqueo la pantalla siguiendo el patrón. Tengo unos cuantos mensajes, pero les hago caso omiso. Le doy a los contactos y busco a Tenorio, quien en un arrebato de locura se nombró como «Tu deseo prohibido» cuando investigaba el paradero de su madre una tarde en la biblioteca.

Nota mental: Cambiarle el nombre.

Marco y espero la tonada, pero no escucho más que el buzón de voz. Repito la acción unas tres veces más sin conseguir respuesta. Lanzo un gruñido que espanta a Emer, quien pasaba afuera del cuarto, lo que me hace quedar pensativa, sentada en mi cama.

Piensa, cabezota, piensa...

Puedo pedirle el celular a Jollie, pero como estamos molestas no me lo prestará. Podría pagarle a alguno de mis hermanos, pero estoy juntando dinero para comprar la saga Lux. La única solución factible es hacer lo que yo hice hace mucho cuando creí que Jax era su cita, y a lo que el destino le encanta hacer conmigo: Arruinarla.

Un rugir de motores me pone en alerta sacándome del letargo de mi maligna creación para arruinar la cita. Conozco ese sonido tan particular de una moto con un conductor tan singular. Es Jax, estoy segura de que es él tanto como que mi nombre es Murphy.

Me levanto de la cama de un salto y bajo las escaleras. Abro la puerta esperando encontrarlo afuera de la casa. Y no está. Escucho unas risitas dos casas más allá y me asomo para comprobar mis sospechas.

Jax está afuera de la lujosa casa de los Holdman.

Me siento como la vecina Ramms, del frente, quien suele asomarse por la ventana con mucho disimulo —*tos, sarcasmo, tos*— cuando algo interesante pasa en el barrio. A decir verdad en esta calle nunca pasan cosas interesantes, estamos en uno de los barrios más tranquilos de la ciudad, pero ya saben que cualquier cosa interesante o fuera de lo común hace que las antenas invisibles de la Sra. Ramms se activen y se asome para curiosear. No me extraña que mañana corra un rumor entre los vecinos sobre Jax.

¿A qué iba? Ah, claro, soy una Ramms nacida entre los Reedus, porque la curiosidad me mata. Supuse que Maya debía estar en su casa, pero que la traiga Jax a estas horas, incluso después de haber llegado de mi "cita" con Cole, es sospechoso. Dudo que Maya sea lo bastante insensata como para que algo entre ambos haya ocurrido, aunque no descarto el que Jax haya intentado usar sus trucos baratos para conseguir una cita.

Ponte seria, estúpida, tienes a Jax a sólo unos pasos para advertirle sobre la cita entre Jollie y Spencer.

Lo sé, lo sé.

Tomo el cerrojo de la reja y lo giro, abriendo así la reja. Cuando la puerta da hasta atrás ya no hay nada que me separe del terreno de mi casa y la acera, mas no puedo moverme. Siento que hacerlo será interrumpir sea lo que sea que está pasando entre ellos.

Entonces el motor vuelve a gruñir, hasta hacerse más y más lejano.

—Sal de ahí, corazón, Mamá Maya sabe dónde te ocultas. —El tono cantarín de Maya hace que por un instante me convierta en un felino rabioso. No lo pienso dos veces y salgo de casa para encontrarme con el rostro de mi amiga, quien sonrío ampliamente—. No sabía que tenías el complejo de Ramms, Murphy.

—¿Cómo sabes que estaba espiando?

—Reconozco el sonido que hace tu reja al abrir en cualquier sitio, años quejándome de lo mucho que rechina.

Papá siempre olvida ponerle aceite, no es mi culpa. Bueno, en parte lo es porque siempre pide que se lo recordemos, cosa que nunca hacemos.

—Creí que ya estarías en casa, hablando con uno de tus tantos novios cibernéticos, no con Jax. ¿Perdiste la cabeza?

—¿Disculpa? ¿Lo que escucho son celos?

No, esto se llama cuidar de la integridad de mis amigas, pero explicárselo sería algo demasiado tedioso y lejos de entendimiento.

—No se trata de celos, se trata de salvar una vida humana.

Okay, estás exagerando.

Maya me mira como si fuese una ladrona que acaba de robar en una tienda con cámaras de testigo y lo niega una y otra vez.

—Tranquilízate, nada más que una buena charla pasó entre tu amigo y yo. Fue buena para sacar algunas conclusiones y creo que tú acabas de confirmarlas. —Tuerzo las cejas con desentendimiento, pero omito decir algo—. Además, tienes a Cole. ¿Qué tal estuvo la cita? ¿Cumple los requisitos de tus reglas?

—Cole es genialoso... Quizás demasiado, eso me asusta un poco.

—Diría que todos se sienten así cuando encuentran a su pareja perfecta, pero asumo que tu indecisión se debe a que no entiendes lo que quieres. O tal vez, tus gustos han cambiado sin que te percatas. Si te gusta Cole, bien; se pueden conocer más, gustarse, acostarse, enamorarse y casarte. No obstante, sino te imaginas a futuro con él, entonces debo decirte que tú, Murphy Reedus, no sabes lo que quieres.

¿Yo, Murphy Reedus, no sé qué es lo que quiero? Mi enfoque sobre mi persona ideal siempre ha sido la misma, mi estereotipo de chico para que complemente mi historia de amor siempre fue la soñada y eso es lo que plasmé en mi diario. Cambiar de gustos a estas alturas es una completa locura. Sólo tengo miedo. Sí, ese tipo de miedo que siente una novia antes de casarse. Ese tipo de miedo a perder algo genialoso que se ha encontrado.

...

Miro el diario adolescente donde escribí los motivos y mi opinión sobre las tres reglas. Lo tenía abandonado bajo la cama, justo al lado de los diez test de embarazos que nunca usaré si continúo exigiéndoles a los chicos que seas como los de libros. No estoy exagerando con esto, y supongo que ustedes tienen el mismo problema. ¿Ahora entienden por qué culpo a los libros? Si no soñaste y fantaseaste con encontrarte a un

amor de tu libro favorito entonces no has sido un lector de verdad... o estás mintiendo.

Guardo el diario dentro de mi mochila, junto a otro de mis libros. Me gusta siempre andar con uno pues nunca sé qué pasará el resto del día, así no me aburró y tengo con qué entretenerme. También tengo un par de cosas útiles; como mi gas pimienta en caso de que alguien quiera robarme. He practicado para que no vuelva a ocurrir, y para que en algún caso fortuito me encuentre con el idiota que me robó y así vengarme.

Es temprano por la mañana y estoy en un taxi siguiendo el bus hacia el parque de diversiones, sitio cliché para citas de adolescentes. No entiendo qué es lo genial que le ven a este sitio, personas gritando groserías y siempre la adrenalina dura un momento, ninguna atracción es realmente divertida, excepto la casa de los espejos. Seguro Jollie fue la de la idea, le encantan los sitios así desde que nos conocimos, le fascinan los juegos de puntería y ganar peluches o cosas que puedes conseguir sin tanto esfuerzo en la feria o el supermercado.

Mi meta de hoy es conseguir Spencer no resulte herido. Haré que la casa del horror sea de ponys rosas si es necesario para lograrlo.

Después de pagar la entrada y hacerle un seguimiento a mi hermana mayor, todo el mundo me da vueltas. No recordaba que el parque fuese tan enorme y que los juegos luciesen tan fascinantes. Cielos, a decir verdad siempre soñé con ir a The Wizarding World of Harry Potter, pero me falta el dinero, así que me conformo con verlo en fotos e imaginar qué cosas locas haría allí. La montaña rusa es enorme, las tazas voladoras parecen mucho más extremas, los puestos de puntería mucho más complicados, los niños más valerosos y los padres más distraídos.

Me paseo por los alrededores viendo a los trabajadores disfrazados, a parejas sonriendo, a grupos de adolescentes platicando, a otros comiendo... Unas ganas enormes por comer algodón de azúcar me invaden y no puedo evitar gastar algo de dinero comprando uno. Sacando un poco de algodón busco a Jollie.

Y no está.

Me doy un golpe mental y apuro el paso para dar con su paradero. ¡Se ha hecho humo en un par de segundos nada más! La busco con la mirada, estirando mis pies, pero no la encuentro.

Es culpa del algodón de azúcar.

Continúo caminando hasta que mis pies chocan contra unas botas militares gastadas. Dos manos me sostienen antes de dar de lleno contra el pecho de la persona, con algodón de azúcar y todo.

—Ten cuidado, mocosa —gruñe el sujeto, mirándome con desprecio. Le regreso la mirada.

—¿Te pisé muy fuerte, grandulón? No sabía que tienes el pie delicado —espeto con falsa modestia y sigo caminando para no discutir más. No estoy de humor, mas me detiene.

Lanzo un gruñido perdiendo la paciencia, pero en cuanto me giro descubro que el grandulón no es quien me sostiene del brazo, sino Tenorio.

—Tú tienes una fascinación por discutir con todo el mundo, ¿sabías?

La sonrisa de Sharick se cuela en mi cabeza y por un segundo, una milésima de segundo, tengo la intención de preguntar qué pasa con la pequeña. Pero recuerdo que no estoy aquí para eso, sino por Spencer.

—¿Dónde está Spencer?

—¿No hay un "Hola, Jax" o un "Te extrañé"?

Hace un puchero al que respondo con indiferencia. Baja su mirada hasta el algodón de azúcar y no duda un segundo para sacar un poco. Lo aparto pero es demasiado tarde, casi la mitad de mi algodón ha desaparecido.

—De nada. ¿Dónde está Spencer? Jollie no quiere una cita, lo quiere rechazar.

—Veo que la maldad va en su sangre, basta con verte.

Una sonrisa torcida es todo lo que obtengo. El unineuronal se toma todo tan a la ligera, provoca que mi sangre hierva. Saco el resto de algodón y lo pongo en su boca para que deje de sonreír.

—Eres un mundano.

Paso junto a él buscando en mis bolsillos papel higiénico. Escucho sus carcajadas y noto de reojo cuando llega junto a mí.

—No sé dónde está, lo perdí de vista.

—Seguro te quedaste embobado mirando alguna chica —le recrimino, limpiando el azúcar de mis manos—, no me sorprendería.

—De hecho te estaba buscando a ti. —Detengo el paso y lo miro con aburrimiento. Otro truco barato de seducción que no me llega ni a la intravenosa. Sigo caminando como si Jax no existiera, sólo hace que me retrase—. Okay, Okay. A veces olvido que eres La Dama de Hierro. Intenté llamar a Spencer, pero no contesta.

Chasqueo la lengua y hago lo mismo, pero Jollie no contesta.

—Mándale un mensaje, o algo.

—También lo intenté y me dejó un enorme y lindo *visto*.

Me agarro la cabeza con desesperación. Me siento una completa inútil, aunque desde cierto punto no debería meter mi nariz donde no me corresponde, no quiero ser una cómplice cuando Jollie le haga añicos el corazón a Spencer, él no lo merece. Yo lo sabía, pude decirle a Jax para que le advirtiera, pero lo olvidé. Me siento fatal. Estúpido sentimiento de culpa, tendré que hacer trabajo comunitario para sentirme bien.

Bah, ya estoy pagando condena por ello teniendo que ver a Jax tan temprano por la mañana.

—¿Crees que podemos verlos desde allí?

Miro a Tenorio, quien parece demasiado entusiasmado por lo que apunta. Recorro su brazo cubierto por su chaqueta de cuero negra y sigo con su dedo, al final de éste, la noria gira lentamente dejando entre ver en las cabinas a personas que miran con ilusión hacia abajo o saludan a otras desde las alturas.

No es una buena idea.

Me encojo de hombros y Jax me arrastra para la fila de personas.

El adolescente lleno de granos que atiende la taquilla luce como si quisiera suicidarse en cualquier momento. Comprendo aquel sentimiento de tener que ver a tantas personas y hacer lo mismo todo el tiempo; en la cafetería siempre pasaba algo malo —apartando el hecho de que regañaran por leer siempre—. La rutina siempre aburre, por eso cuando Tenorio le entrega el dinero para el boleto, no le refuto su mal gesto.

Al entrar en la cabina, otro adolescente (con aspecto más animado) cierra la puertecilla de vidrio. El sitio es más estrecho de lo que pensé, la mitad de las paredes es de metal, junto con los asientos pegados a las paredes, y la otra parte superior es de vidrio para ver con magnificencia el exterior. Jax se sienta esperando que la noria se ponga en marcha, pero yo estoy inquieta. Me pego al vidrio con un ápice de esperanza por ver a Jollie o Spencer.

—No entraba a una de éstas hace siglos —exclama Tenorio con voz añorada.

La noria comienza andar lentamente, lo que me obliga a sentarme frente a Jax. El corazón me sube a la garganta por un segundo hasta que vuelvo a relajarme. Me apego otra vez al vidrio, esta vez desde mi asiento.

—Tú y yo, solos aquí... ¿No se te ocurren cosas malas? —Su voz profunda se cuele por mi oído.

¿Cómo cometer homicidio con su persona? Pues la verdad, sí.

—Deberías ayudarme a buscar, Unineuronal, fue tu idea subir aquí.

—Le temo a las alturas.

Mentiroso.

Sigo observando hacia abajo al tanto la noria cada vez nos sube más arriba, las personas se ven más y más pequeñas, y por un instante siento que vuelo. Mis manos sobre el vidrio frío y mi respiración choca contra el cristal... Algo raro pasa. Mi expresión confusa se refleja en el vidrio, volteo para ver a Jax; él tiene la misma.

¿Desde cuándo la noria se queda quieta?

Capítulo 26: "Cuentos de niñas".

El primer cuento del que tuve conocimiento fue el de Rapunzel. Recuerdo que mi padre me lo leyó pocos días de haber dejado a mi progenitora y comenzar a vivir con él. El recibimiento en la casa de los Reedus fue mejor que esperaba, pero evitar sentirme como una extraña en los primeros días fue como ser la nueva en un curso donde todos se conocen desde hacia años. Tenía algo de incertidumbre, me sentía atrapada en una vivencia penosa de la que no podía escapar; era como estar en una torre. Fue entonces cuando papá, a quien entonces llamaba Gregory, se ofreció a leerme un cuento. Con una timidez impropia en mí y asintiendo sin hablar accedí, él me sonrió y salió de mi habitación volviendo en unos minutos con el cuento de Rapunzel que Jollie guardaba en una caja de juguetes. Me entretuve mucho, me reí demasiado con las voces y sonidos que papá hacía. Desde ese momento deseé salir de la torre como Rapunzel, dejarme el cabello largo y encontrar a mi príncipe azul que llamara desde el otro lado de la ventana pidiendo que dejase caer mi cabello.

Pero claro, no pretendía llegar a ser Rapunzel de forma tan literal con la diferencia de estar atrapada en la noria y no en una torre. Cada día me sorprenden más los giros que da la vida, conmigo incluida. Admito que toda este acontecimiento tiene su lado bueno: hay una vista genial y completamente panorámica.

¿Lo malo?

—Ya deja de mirarme como si la culpa fuese mía.

—Fue tu idea subir a esto. —Alzo mis manos señalándole la estrecha cabina. Estoy teniendo fuertes intuiciones, de esas muy malas, que me

dicen que en cualquier momento comenzará a caerse. Retraigo mis brazos y los coloco a mi lado cual momia embalsamada y cubierta de vendas. Jax alza una ceja observándome una vez más con esa expresión de suficiencia, como si viese una loca. Lo cierto es que si paso un minuto más aquí me convertiré en una, de hecho, hasta mi peinado va acorde a la situación—. Bueno... yo también en parte tengo la culpa por no hacerle caso a mi consciencia.

El unineuronal se ríe inclinando su cabeza hacia atrás y dejando entre ver su largo cuello. No es el momento ideal para carcajearse de algo que digo, es momento de conservar la calma, quedarse quietos y rogar para que la noria vuelva a funcionar.

Prometo que si que salgo viva de esto donaré mis libros a una fundación para personas que se han quedado atrapadas en algún juego.

Tal vez no deberías hacer promesas que no cumplirás y ¿realmente hay una fundación así?

—¿Tu consciencia? —Me mira divertido. Odio que esté tan relajado mientras yo me carcomo la cabeza viendo los posibles escapes o si los rescatistas vienen por nuestra salvación.

—¿Hola? —Meneo mis manos abriendo mis ojos como una demente—. Todos tenemos una consciencia, Tenorio, esa que nos dice qué es bueno y qué es malo.

—¿Y qué te dice ella de mí?

Que es una idiota con complejo de rey que se acuesta con muchas mujeres para saciar su ego inexistente y quebrado por la pena pasada del abandono de su madre.

—No te gustará saberlo.

—Siempre me verás como una escoria humana, ¿verdad?

Aplana sus labios y me mira con severidad, metiendo una de sus manos dentro de su chaqueta de cuero y sacando un cigarrillo algo arrugado. Antes de que lo pueda colocar en sus labios, se lo arrebató. Puedo ver como la decepción enardece su rostro cuando lo hago añicos.

—Sólo continúas consumiendo esto —objeto enseñándole lo que antes era un cigarrillo. Lo tiro al suelo para pisotearlo luego.

Escudriña en su jeans y saca su encendedor. Comienza un juego de encender y apagar la pequeña llama anaranjada con su dedo. Supongo que es una forma de distraerse, la mía es algo diferente a la de él.

Me estoy quedando sin dedos.

—Tenía dieciséis cuando me quedé encerrado en la bodega de los balones con una chica, se llamaba Denny Turner. ¿Tienes alguna idea de lo que hicimos allí? —Jax menea sus cejas y me observa con perversión.

—No quiero saberlo, gracias y adiós. —Busco distraerme del encierro y la imagen mental revisando las cosas dentro de mi mochila. Tengo demasiadas porquerías dentro exceptuando mi querido libro, claro. Saco un par de cosas y las dejo a mi lado para vaciarla, tirando los papelitos y restos de comida al piso de la cabina.

—No es lo que piensas —espetá—, sólo hablamos.

—Supongo que si no hiciste tus locuras con ella fue porque te gustaba — Me encojo de hombros volviendo a guardar las cosas dentro de la

mochila. Jax mira lo que hago con detenimiento—. Quién lo diría, Tenorio sí conoce lo que es el amor.

—¿Amor? Yo lo llamo "efectos colaterales".

¿Efectos colaterales? No podría estar más de acuerdo.

Lanza una sonrisa ladina y se inclina en mi dirección. Extiende su mano y toma mi diario de vida. Me doy un golpe mental he intento quitárselo antes de que lo abra, pero esquivo mi mano con un rápido movimiento. El corazón me salta a toda prisa y creo que en cualquier momento podría padecer alguna enfermedad cardíaca. La cabina se mueve en el aire y me petrifico ante la idea de verme cayendo de golpe al suelo. El unineuronal con una sonrisa arrogante, teniendo conocimiento de mi temor, se levanta y evita que pueda conciliar con el diario.

—Dámelo —ordeno con autoridad, pero mis intentos y mi voz parecen los de una niña muerta de miedo. Miro la altura en la que estamos y todo mi mundo pretende girar—, es personal.

—Es un diario de vida... —pronuncia con sorpresa fingida— No creí que alguien como tú tendría uno de estos. —Extiendo mi brazo e intento conseguir el diario una vez más, pero doy de lleno con la espalda de Jax.

—¡Jax!

Le llamo con severidad, sin embargo todo lo que obtengo a cambio es una carcajada. Entonces comienza a leer con voz chillona y sobre actuada:

«Todos tenemos un sueño. No hay excepciones. La excepción radica en el tipo de sueño que cada persona tiene; algunas quieren casarse, otras viajar por el mundo, tener un hijo, ser un afamado cantante o compositor,

conseguir una casa, escribir un libro, publicar un libro... y, otras personas con una mente tan extravagante como la mía, quieren pertenecer a uno.

Me explico: Mi sueño desde que empecé a leer a mis trece años ha sido ser la protagonista de una novela que hable de amor. Suena extremadamente raro, ¿verdad? Pues es culpa de los libros.

Ellos me hicieron una maniática por la lectura juvenil y desear formar parte de las páginas de un libro que trate sobre amor. Y, siendo honesta —y dejando de lado el egocentrismo—, soy la protagonista ideal para una novela de amor.

Tengo una familia de locos, tengo un trabajo de mesera en una cafetería, tengo a dos mejores amigas, un vecino estúpido, un gato como mascota, estudio en la universidad y, como a toda protagonista, me llueven los hombres. Nah, es broma.

He ahí mi pequeño y singular problema; toda protagonista de una novela romántica tiene a su media naranja, pero desde que salí del colegio no he tenido más que desamores. Es por eso, que decidí crear tres reglas que debo seguir para encontrar a mi chico perfecto y al complemento ideal que haga de protagonista masculino:

1. Debe ser honesto, tanto conmigo como con los demás.

2. Debe ser responsable.

3. Debe amarme y respetarme.

Tres simples reglas, lo sé. No quiero ser exigente con mi futuro novio y padre de mis hijos. Además, en la universidad todos sabemos que los

*chicos son unos idiotas que piensan con cada testículo. ¿No me creen?
Já, será porque no conocen a Jax.*

Atentamente, Murph»

Mis intentos para que deje de leer son en vano y no es hasta que lee mi nombre que un silencio aflora en toda la cabina. Desearía que los gritos de los niños corriendo por el parque de diversiones y los de las personas en las entreteniciones se escucharan, mas ni siquiera se pueden oír a esta altura. También desearía que, al menos, Jax se carcajeara de mi caligrafía o de lo absurdo que le parece el que haya escrito en un diario para adolescentes. Deseo muchas cosas en este momento, excepto este mortificante silencio.

—Te dije que es personal —inquiero arrebatando por fin el diario de sus manos.

—¿Así que pienso con las bolas? —pregunta girándose sobre sí y quedando de frente— Así es como me ves, ¿verdad? Bien, así están las cosas... —Mueve su cabeza como si se convenciera de sus propias palabras, o de las mías escritas en el diario. A pesar del diminuto lugar donde nos encontramos, por un momento me siento intimidado por Jax y sus azules ojos que lucen extremadamente molestos. Tengo la necesidad de explicarme, pero todo se desenvuelve tan misteriosamente que no entiendo en qué momento me he sentado. Jax luce como un lobo feroz que pretende saborear a una temerosa ovejita—. Como pienso con las bolas puedo hacer lo que se me dé la puta gana, ¿no? Todo se justifica por eso.

Intento explicarle una vez más que fue algo escrito cuando apenas lo conocía, que después de todos los acontecimientos que pasamos no me

parece alguien que piense así, que todo este tiempo de verdad lo había subestimado por ser el prototipo de mujeriego como en todas novelas.

Pero no puedo, Jax ha hecho su primera jugada.

Mi respiración se reduce a nada y la necesidad de obtener algo de aliento se asemeja a estar bajo el agua. No diré que me encuentro en el paraíso, sino en un mar de impulsos que me llaman a caer bajo la pérdida de todos mis sentidos siendo el del gusto el único funcional. Comprender qué pasa es un desafío incluso cuando sé qué llevó a ello. No estoy loca, pero por Dios. necesito que alguien venga y me dé un golpe de raciocinio. Cierro mis ojos e intento apartar a Jax con la poca fuerza de cordura que queda, pero comienzo a creer que nuestros labios tienen imanes que nos mantienen unidos. Toda la sangre de mi cuerpo podría acumularse allí para hacerlos palpitar con frenesí. Cada movimiento es como si llevásemos años de práctica para hacerlo, como si la forma de nuestros labios se hubiera hecho para encontrarse con la del otro.

—Puedo hacer eso... —musita sobre mis labios, agitado, después de su demostración.

No quiero abrir mis ojos. No quiero abrirlos y tener que centrarme en la realidad, sabiendo que una vez más me he dejado llevar por un "desliz", uno donde no había motivo alguno para hacerlo, donde Tony no está en mi cabeza y no estoy con unos tragos de más. Estoy tan sobria y tan emborrachada de un extraño éxtasis que me sabe a algodón de azúcar.

—Puedo hacer esto...

Una vez más me besa. Una y otra vez mis labios saborean los suyos; besos cortos pero muy sonoros. Sus manos están sobre mis hombros,

tomándolos con delicadeza, las desliza suavemente por mi cuello hasta escarbar con sus dedos mi cabello. Un relámpago de electricidad me recorre por toda la espina cervical y mi espalda se irgue provocando que alce más la cabeza.

Por favor que sólo sea un sueño. Por favor que todavía esté en casa.

—¿Si yo pienso con las bolas con qué lo haces tú? —Su susurro provoca que encoja el hombro y así suprima el cosquilleo de su aliento en mi oído. Abro mis ojos volviendo a la realidad y me encuentro con su mirada sobre mí que se mezcla con un sutil aire de arrogancia—. Creaste tres reglas inútilmente exigentes para buscar a un idiota que te satisfaga, me culpas a mí de ser un mujeriego de cuarta cuando tú no estás lejos de ser como yo. ¿Con cuántos has salido hasta ahora?

—¿Con cuántas te has acostado hasta ahora?

—¿Debería preguntarte lo mismo? Yo no llevo la cuenta, y si mal no recuerdo también fuiste una de ellas, Murph. Es una lástima que creas que necesitas a un hombre para vivir feliz. Los cuentos de niñas te enseñaron que necesitas a un príncipe para solucionar tus problemas, ¿leíste en alguno que él la necesitaba a ella? No. Toma esto como un consejo.

—Lo dices como si las mujeres fuésemos desechables. Eres tú el asno que engaña a las mujeres para acostarse con ellas. ¿Quién es el idiota que necesita del sexo opuesto para alimentar su ego? Y no, después acostarme contigo no he estado con nadie más. No me compares contigo que ves el sexo como un deporte.

Un enorme "Já" sale disparado de su boca.

Guardo el resto de cosas en mi mochila y la aferro entre mis brazos como una forma de refugio. Hoy definitivamente me gané el premio a la idiota del año.

Jax vuelve a sentarse en su lado y guardamos silencio en los siguientes minutos.

Cuando la noria vuelve a funcionar todo lo veo como una vía de escape. Mi interés por continuar buscando a Spencer se reduce junto a mis ánimos de estar en el parque de diversiones. La única cosa que me saca una pequeña sonrisa es un mensaje de Cole:

«Hoy tocaré con la banda en el club Blue Flames, por si quieres venir a vernos. Antes de media noche entrada rebajada, gratis para amigos. Quizás haga una excepción y te firme un autógrafo. ¿Qué dices? :)»

A pocos metros de llegar abajo, coloco la mochila en mi hombro y acomodo mi cabello (que probablemente sea un desastre). La ansiedad en mi estómago por bajar después de minutos arriba se hace más y más fuerte. Soy la primera en colocarse en la puerta de vidrio viendo los ojos curiosos de todos los que esperaban subirse y los que, seguramente, esperaban encontrar a alguna persona desmayada por el pánico de quedarse atrapada en la noria.

Tomo aire y, antes de que el adolescente abra la puerta, volteo hacia Jax.

—Suerte con tu búsqueda, yo no te ayudaré más.

La puerta se abre y salgo lo más rápido que puedo del lugar para refugiarme en los baños.

¿Por qué tenía la tonta idea de que me detendría?

Capítulo 27: "No mires"

Escucho los pasos de los trillizos hasta que se detienen cerca de la puerta. Luego la voz de Saya, quién les pide que conserven la calma o no abrirá la puerta. Una pequeña sonrisa se me escapa y noto que desde la ventana los tres me hacen señas. Los saludo mostrándome entusiasmada y enfatizando en una sonrisa que no quiero esbozar. Mi solo deseo ahora es meterme a la cama y dormir como nunca lo he hecho. Mi cama y yo, amantes eternos...

Sí, nuestro amor sobrepasa fronteras y universos.

Un sonido grave hace que mire al costado de la puerta. Rain, nuestro peludo, gordo y gruñón gato también está esperando que Saya nos abra.

—Hola Rain, ¿dónde estabas cazando ratones esta vez?

Estiro mi mano para acariciar su cabeza pero el gato con cara achatada no escatima en negarse a darme un arañazo, al que por suerte puedo prever y esquivar. A ratos olvido que nuestro querido gato odia a todos los humanos.

—¿Qué tal tu día, Murph? —pregunta Saya luego de darme un beso en la mejilla.

—Todo perfectamente, no sabes cuánto me divertí.

Mi madrastra entrecierra sus ojos mirándome con sospecha, es demasiado suspicaz como para creerse una de mis mentiras. Acaricia mi cabello delatando su gesto compasivo y reafirmando que mi respuesta ha sido un desastre muy evidente.

—Tranquila, tu día todavía no termina. —Le guiña un ojo a Jeffrey y él no pone reparos en buscar el periódico de papá que está en uno de los sillones—. Lee la página veinticuatro —me sugiere sonriendo con algo de complicidad.

No tengo la menor idea de qué se tratara o qué dirá el periódico, pero debe ser algo bueno. Tal vez demasiado bueno como para que Saya tenga la expresión de una madre viendo por primera vez al novio de su hija.

¡Nos ganamos un viaje al parque temático de Harry Potter! ¡Sí!

Dejo de respirar un momento. Espero que sea eso, espero que mi deseo de cumpleaños se haya cumplido... aunque fue hace mucho.

—Iré a dejar mis cosas y lo leeré allá arriba —informo con impaciencia.

Subo las escaleras como perseguida por una *bludger* loca. Ya en el segundo piso atravieso el oscuro pasillo hacia mi habitación descubriendo que el cuarto de Jollie está a oscuras. ¿Será que no ha llegado? ¿Cuánto tiempo le tomará destrozarse un corazón inocente? No creo que eso tome mucho tiempo, a menos que lo rechace después de tener la cita y disfrutar de los privilegios que probablemente tendrá de ella. Lo dudo, Jollie no puede ser tan mala persona.

Ya en mi cuarto enciendo la luz, tiro mi mochila a la cama y me siento a los pies de ésta con el periódico en mis manos. No entiendo cuál es el afán que tenemos todos de acentuar nuestra torpeza cuando ansiamos algo o estamos más apurados. Mis dedos deben estar cubiertos de mantequillas porque ni siquiera puedo sostenerlo correctamente. Entre gruñidos dejo el acertijo de papeles sobre mis piernas y busco la página 24 con cuidado.

El boletín informativo de la ciudad tiene como título de la sección "Cultura". Repaso lentamente y con detalle las noticias impresas; obras de teatro, rebajas e informes sobre el observatorio a las afueras de la ciudad... y casi de las últimas noticias una feria de libros con algunos invitados especiales. Una fotografía peculiar hace que el corazón se me salga por la boca de la pura impresión, en ella está el rostro serio de Mika McFly firmando su primer libro.

—No entiendo... De verdad, no logro hacerlo. ¿Quién estaría más emocionada por un escritor que por un chico lleno de testosterona que seguramente te dedicará una canción?

—No es cualquier escritor, Dell, es *el* escritor. Además su libro es uno de los favoritos de Murph, ¿verdad? —Thiare me mira con comprensión. No sabe cuánto aprecio que entienda lo que es tener una enorme posibilidad de ver al escritor de El Gato que se enamoró del Pájaro en vivo. Me puedo tomar una foto con él y pedirle que firme mi libro.

O muchos más, y así comercializarlos por internet.

—Exacto, no es un escritor cualquiera, y con Cole... —Atravesamos la puerta del club y en la distancia logro verlo tocando su guitarra y cantando al micrófono.

—Sécate la baba —escupe con cizaña Dell adelantándose. Conozco sus comentarios reacios pero con el tiempo he aprendido que tratar mal a las personas está en ella, de nacimiento quizás. Thiare a su lado sonrío con picardía.

Por todos los libros del planeta tierra, Cole se ve mucho más atractivo iluminado con todos los focos del escenario. Probablemente nació para

lucirse sobre la tarima pues todo su aspecto lo hace una cantante en potencia.

Nos sentamos en una mesita redonda cerca del escenario donde el ambiente es mucho más rosáceo y tranquilo. Me alegro haber venido con Dell y Thiare, no perderé la cabeza con ellas sino que me sentiré responsable por que ambas permanezcan sobrias.

Miro al escenario otra vez. Más bien dicho a Cole, porque el atrapa mi atención entre todos los demás, y escucho su melodiosa voz. Una boba sonrisa se dibuja en mis labios y la expresión de adolescente rebosante de hormonas alborotadas se intensifica. Debo darme un golpe mental para volver a mis sentidos.

—Iremos por bebidas, ¿vas a querer una?

—Quiero una soda. —Le hago a Thiare un gesto despectivo a la espera de que se marche con Dell a la barra. Cole debe ser hijo de las sirenas para cautivar a todos los que lo escuchan.

Recorro el escenario para ver a los demás miembros de la banda. El chico que toca el bajo tiene el cabello rubio y un estilo grunge, me recuerda mucho a Kurt Cobain. Otro chico toca la guitarra eléctrica, está vestido con una camiseta muy holgada y los pantalones gigantes, los que prácticamente le cuelgan desde las rodillas. Al fondo, una chica con el cabello rosa juguetea con las baquetas pasándola por sus dedos como una experta. Los cuatro lucen muy diferentes.

Cuando la canción termina y escucho la apacible y viril voz de Cole dando las gracias por escucharlos mi corazón se exalta. Su matadora sonrisa derrite-corazones va dirigida a mí. Vuelvo a sonreír como una

tonta niña enamorada y le devuelvo la seña que él me hace desde el escenario.

Controla tu dopamina, Murph.

...

El techo de mi cuarto luce tan extraño desde la última vez que me tiré al piso para perderme en el blanco. Hasta la pintura se ve más opaca y quebrada. Un toque de melancolía me entra a la mente al recordar los motivos del porqué ya no me tendía en el suelo como una demente. Sin embargo, el blanco continúa induciéndome a divagar e imaginar cosas sin sentido.

La noche en el club fue tranquila, omitiendo que debí controlar que Thiare y Dell dejaran de beber como si fuese su último día en la tierra. Cole permaneció en el escenario cantando y le dedicó una linda canción a cierta "pelirroja con afición a leer". Cuando llegó la hora de irnos, bajó del escenario y se acercó a nosotras diciendo:

—Lamento no tener el tiempo disponible para ti. —Llevó su mano detrás de su cabeza y se revolvió el cabello. Ese fue el segundo golpe que me aturdió, el primero fue su dedicación.

—Será para otra ocasión —respondí sintiendo los codazos de Thiare incrustándose en mi costilla, le di un pisotón para que se detuviera.

—Claro, te enviaré un mensaje.

Me sonrió y se despidió con un tierno beso en mi mejilla. Ese fue el tercer golpe y el que probablemente me dejó *nocaut*, no recuerdo cómo volví a casa. ¿Puede haber un chico más perfecto? Cole es el chico ideal, me intriga conocerlo más, saber qué piensa, y desde hace mucho

que no me sentía como una tonta por sonreír con cada palabra que su divina boca dice. Pero eso no significa que me espante un poco todo ello, no quiero decepcionarme como con los otros, creo que ya estoy demasiado involucrada y lo último que quiero es salir lastimada.

«¿Si yo pienso con las bolas con qué lo haces tú?»

—Sal de mi cabeza, idiota.

Detengo mi mano, la cual parece cobrar vida propia, para que no toque mis labios inconscientemente. Lo que faltaba, tener que pensar en Tenorio y lo que pasó en la noria. Remuerdo mi labio suprimiendo todo lo que pasó y nos dijimos. Si la primera vez que me acosté con él fue un desliz, ¿ahora que nos besamos y correspondí a su beso qué es?

Me giro y busco el diario de vida que guardé antes de salir al club.

—Debí quemarte cuanto antes —le reprocho al inanimado cuadernito.

Me levanto del suelo y me echo en la silla junto al escritorio. Busco una lapicera azul con la que suelo garabatear las notas que tengo sobre el escritorio y abro el diario justo en la página que escribí (y la que desencadenó el alboroto en la noria). Repaso lo que escribí echándole un leída rápida hasta dar con las tres reglas. La sangre me hierve y una furia contenida se destapa, tacho las tres reglas y lo último que escribí de Jax.

Acepto que fue mi culpa haberlo juzgado antes de conocerlo y hacer una mención honorífica refiriéndome a él en la última frase.

—Toc, toc. —Cierro el diario de golpe y miro hacia la puerta. Jollie está asomada observándome con una expresión culposa que roza la seriedad. Al abrir más la puerta, entra a mi habitación con cierta timidez

vistiendo su pijama rosado con estampado de ositos que compramos en una oferta al dos por uno—. ¿Puedo sentarme? —pregunta con la voz casi imperceptible y con los hombros en alto. Sé perfectamente que su forma de actuar es la misma cuando está arrepentida de algo e intenta disculparse.

Asiento como respuesta, girando mi la silla en su dirección. Me cruzo de brazos mirándola con altivez y espero a que hable, pero ella no hace más que mirarme como una niña pequeña que rompió el jarrón de su madre y ahora está siendo regañada.

—¿Quieres que te de permiso para hablar? —espeto cruzando los brazos y acomodando mi espalda en el respaldo de la silla.

—No... Bueno sí, es tu cuarto y estás molesta conmigo. —Se encoge de hombros y me mira como el gato de *Shrek*. Blanqueo mis ojos, inmune a todos sus intentos de lucir tierna los cuales ya me sé de memoria.

Resopla y juguetea con sus dedos—. Yo sólo vine a decirte que siento mucho haber sido una arrogante que pretendía rechazar a Spencer. Realmente no sé qué me pasó —dice exasperada y colocando sus manos en cada mejilla—, fui muy altanera y yo... yo no soy así, sólo tenía miedo de toparme con otro hombre fanático de herir sentimientos. Al llegar al parque me ensimismé con la idea de rechazarlo, pero cuando lo vi sentado y muerto de nervios no pude decirle nada. Me quedé muda. Luego pasó lo de la noria y...

—¿Noria?

—Sí, subimos a la noria y por casi media hora estuvimos atrapados. Spencer fue muy amable conmigo, me consoló todo el tiempo, conversamos de muchas cosas.

Qué ironía. Nosotros buscándolos cuando estaban mucho más cerca de lo que pensamos.

—¿En qué quedaron? —curioso omitiendo recobrar lo que yo viví dentro.

—En conocernos, salir de vez en cuando y esas cosas.

Música de victoria, maestro. Spencer, después de tantos rechazos e intentos por fin ha logrado que Jollie lo tenga en mente. Él debería ser un ejemplo de perseverancia y superación, quizás necesite aprender un poco más de él.

...

Faltan dos semanas para terminar el semestre y salir de vacaciones de invierno. No puedo creer que falte tan poco para que Mika firme mi libro. Sé bien que Tenorio me obsequió el suyo, pero la dedicatoria va dirigida a él y si tengo una dedicatoria para mí será un sueño tachado de mi lista. Pensar en ello hace que mi corazón se acelere y me devore las uñas. La ansiedad es fuerte cuando se trata de escritores, créanme cuando les digo que por poco me desmayo cuando le tomé una foto a Veronica Roth ¡y ni siquiera salió bien! Si McFly no puede firmar mi libro me conformo con que me salude, de todas formas, puedo oler y alucinar con su firma en el libro de Jax.

Y mencionando a Jax no puedo evitar carcomerme la cabeza pensando qué hacer después de clases. Solía acompañarlo a la biblioteca de la universidad para ayudarlo con su búsqueda, pero ahora que le dije que no mi tiempo libre ya no será el mismo. Tengo un nudo en mi pecho que no me deja. Y sí, sé que es un sentimiento de culpa, porque después de todo él me ayudó cuando se lo pedí.

Estúpido orgullo, quizás si me hubiera mordido la lengua y no hubiese dicho aquello la historia sería diferente, aunque no descarto que la situación fuera de lo más incómoda.

Al sonar el timbre para salir de clases tardo más de lo acostumbrado en ordenar mis cosas. Mis ojos de vez en cuando se desvían para mirar el banco al otro lado de la sala donde Jax suele sentarse. Tenorio ni siquiera se molesta en sacar un lápiz o algún cuaderno en clases, sino que vive dormitando, así que no tiene mucho que ordenar. Se levanta de la silla, cuelga su mochila en uno de sus hombros y sale de la sala ignorando al profesor Leyton, quien suele despedirse de todos sus estudiantes.

Una lucha interna por seguirlo o no provoca que por poco olvide mi nueva adquisición, el último libro de la saga "Más allá de la Tierra", del que Michi fantaseaba todas las noches por chat. Lo tomo entre mis manos y me despido con un ademán del profesor Leyton.

—Reedus no te olvides que el viernes será la última clase —informa antes de que cruce la puerta.

¡Cierto! Como los colegios suelen salir de vacaciones mucho más pronto que en las universidades también tendré vacaciones del trabajo, pero no puedo vivir sin trabajar durante un mes, necesito buscar un empleo a tiempo parcial.

Asiento y salgo de la sala en dirección a la biblioteca.

El bullicio del exterior es evidente y los murmullos de algunos hacen que la biblioteca pierda su toque. La bibliotecaria parece estar de mal humor, ni siquiera me regresa el cordial saludo que suelo hacerle. Camino hacia

los computadores y busco con mis ojos el lugar donde Jax y yo nos sentamos.

Tenorio está sentado frente al computador con una resplandeciente sonrisa, a su lado hay una rubia de lentes que le devuelve la sonrisa y posa sus ojos sobre la pantalla. Me quedo de pie un instante visualizando lo que ambos hacen, como la mujer que descubre a su pareja infraganti engañándola, y cuando noto que Jax alza su vista en mi dirección, pretendo girar y actuar como una demente que sólo anda de visita por el mercado. Sin embargo no logro conseguirlo, todo se torna negro de pronto.

—No mires —susurra Cole—, yo estoy justo aquí.

Capítulo 28: "¿Qué es esto?"

El corazón me da un vuelco al terminar la frase. Siento el cuerpo de Cole tan cercano que me inquieta más él que sus palabras. Cielos, estoy perdiendo la cabeza como nunca lo hice antes y es malo. Demasiado malo. El efecto que él provoca en mí debería estar penalizado por volverme una tonta niña con complejo de adolescente.

Con cierta indecisión tomo sus manos y las quito de mis ojos con cuidado. Suerte que no estoy temblando por el tacto tan divinamente tentador que me causa, porque moriría de vergüenza. Vamos, no sólo me ha pillado viendo a Jax como una despechada que ve a su amor con otra, sino que precisamente eso es lo que debe estar pensando, de otro modo no vendría al caso sus palabras. ¿Puede ser más perfecto? Independiente del hecho que le guste, él no quiere verme sufrir y eso demuestra que es sincero.

—Cole —Giro un tanto la cabeza y lo miro por encima de mi hombro. Él baja sus brazos y me sonrío con cordialidad, la distancia que nos separa es mayor de la que sentí o creí, eso confirma una vez más que soy una perversa sin escrúpulos—, ¿qué haces acá?

—Te seguí. —Tuerce las cejas y arruga un tanto la nariz, negando levemente con la cabeza—. Eso sonó a como si fuera un psicópata, ¡rayos! —Lleva su mano detrás de la cabeza y se revuelve el cabello. Según mis observaciones, ese gesto es típico entre los hombres cuando están nerviosos, qué ternura. Murmura algo en voz baja para sí mismo y vuelve a mirarme como si hubiese hecho algo realmente malo—. No piensen mal de mí.

—No lo hago. —Me echo a reír, sus hombros estaban tensos y ahora luce más relajado.

—Te vi de camino aquí y quise venir a hablarte, ya que no pudimos hacerlo en Blue Flames y quedamos de hacerlo luego, pensé que podría ser ahora —Alza su vista por encima de mi hombro hacia donde Jax y la rubia con lentes están sentados—. Y creo que llegué en el momento indicado.

Suprimo una carcajada que queda cortada en medio de la biblioteca. Créanme cuando les digo que probablemente iba a ser una explosión de risa que me contuve de hacer... Debí verme tan patética viendo a Tenorio que si no fuese por el compasivo de Cole y su grandiosa aparición estremece-corazones yo habría resultado como la campeona mundial a la tonta del año. Porque eso es lo que soy por venir aquí: una tonta. Una tonta que ya fue reemplazada por una rubia mejor peinada y con mejor sonrisa.

Linda, fuiste tú la que le dijo al unineuronal que no lo ayudarías mal.

Sí, soy la consecuencia patética de mi orgullo y bocota.

—Ah, no... —Avanzo por el pasillo más cercano y recorro mis ojos por el estantes con libros que finjo tener interés— Yo vine por libros. —Deslizo mis dedos por el lomo de los libros hasta dar con uno al azar, el cual saco. No me interesa para nada "La psicología de los colores", pero basta para hacer más firme y congruente mi pequeña mentira. Por obvias razones omitiré la verdad—. Mi hermano estudia eh...

—¿Diseño? —Se apronta a preguntar con una sonrisa ladeada luego de darle un rápido vistazo a la portada del libro.

—Exacto —exclamo animosa. Tal vez demasiado animosa. *Vamos, cariño, puedes hacerlo mejor*—. La biblioteca sufrió un horrible percance con los estudiantes y sus protestas, así que me pidió que le consiguiera los de mi universidad. Soy una buena hermana.

Con la expresión que tiene Cole no sé si llorar porque no se ha tragado ninguna de mis palabras o reír para disimular mi fracasada mentira. Ojalá hubiese usado esta vez el sarcasmo como medio de protección, pero por algún motivo aparente estar a la defensiva es una herramienta innecesaria con Cole. Opto por meter el libro de vuelta al estante con el mismo semblante que podría lucir un soldado después de la guerra. Creo que la amnesia de las vacaciones me ha afectado mucho más pronto como debe ser y olvidé actuar, porque seamos sinceros, en las vacaciones siempre vaciamos el chip que almacena nuestro conocimiento escolar y universitario, y cuando vuelven las clases no recordamos cuánto es 2+2.

—La mentira sonaba mejor en mi cabeza, créeme —confieso apoyando mi espalda en el estante.

—Descuida, por un momento pensé que era verdad. ¿Jax y tú fueron algo?

—No, nada —Doy un respingo apenas concluye su pregunta—. Jax es... mi compañero de Expresión Vocal.

Un compañero con lo que he pasado más cosas que las mismas Dell y Thiare. Si tuviese que darle un puesto a Jax en lo que respecta mi vida diría que ascendió de un mujeriego de mala muerte a un unineuronal, luego subió un escalón más a ser un aliado muy curioso y ahora es quien pone mis pies en la tierra. ¡Qué ironía! Para cualquier chica él es su

sueño frustrado y con quién probablemente quisiera pasar el resto de su vida, ya saben... Jax puede ser un romántico poeta frustrado si lo quisiera (aunque sus frases encantadoras son vomito auditivo para mis oídos), él saca suspiros y las miradas lascivas de chicas no faltan. Para muchas, él las aleja de la realidad; sin embargo, a mí me ata a ella.

Cole me observa serio, tanto que siento que me atravesara con su mirada y escudriñara dentro de mi cabeza para saber si es verdad. Algo en él me atrapa completamente y mis intentos por pensar en otra cosa que no sea lo idealista que parece me es imposible. La cercanía emergente entre ambos, el silencio en la biblioteca, el aroma a hojas impresas... ¿Puede haber algo más perfecto?

—Salgamos el sábado en la noche —Envuelve su propuesta con una sonrisa ladina.

—Claro, tú sólo debes decir dónde.

Achica sus ojos y aplana sus labios colocando sus dedos en el mentón.

—¿Te gustan los clásicos del cine?

Quiero blanquear los ojos ante la obviedad de la respuesta porque ¿a quién no le gustan los clásicos del cine? Las películas antiguas son los padres de las rancias imitaciones que son las películas de la actualidad. Una lástima que se degrade tanto el cine, pocas películas podrían catalogarse buenas, ahora lo que se vende es catalogado como "bueno". Películas de superhéroes y de zombies. Y ni hablar de las malas adaptaciones que hacen ahora de los libros... Válgame, podría escribir un ensayo de cien hojas defendiendo porqué el cine antiguo es mejor que el de ahora, pero eso lleva tiempo.

En fin, ¿en qué estaba? Cierto, Cole.

Asiento en respuesta y extendiendo mi sonrisa.

—¡Genial! —exclama con una alegría propia de un niño. Un «shh» rabioso hace que se encoja de hombros agrandando sus ojos con sorpresa, aprieta sus dientes e inclina las comisuras de sus labios mostrándose culposo—. Entonces te veo el sábado a las 19:00 en la cafetería *CoffeDreams*.

¿La cafetería donde *La mano de Lucifer* tiene su reinado? Ya puedo sentir esas sombras tenebrosas envolverme. Hace bastante tiempo ya que no he visto a Penny y realmente no tengo deseos de hacerlo, puedes de ser despedida y decirle todo lo que pensaba de ella no creo que me quiera ver paseándome con su cafetería como lo hacía antes. De mi antigua jefa no puedo destacar nada favorable además de su pésimo y persistente mal humor... y quizás lo higiénica que era, los únicos recuerdos buenos que tengo de ese entonces son mis charlas con los clientes, la lectura prohibida de mis libros y fastidiar a Thiare y Dell.

—¿No puede ser otro sitio?

—Uhm, no sé —responde a mi sugerencia—, es el único punto más cercano al sitio que quiero llevarte.

Frunce el ceño esperando a que acceda, y lo hago resoplando con resignación.

—Bien, te veo allá, pero debes el puntual.

Se echa a reír en silencio hipnotizándome con su perfecta sonrisa. Me doy una patada mental para reaccionar y no sonreír como boba. Mis sonrisas de "enamorada" son la portada perfecta para una película de terror, lo digo en serio. Una vez Emer, mi hermano inexpresivo y con amor a los bichos, me tomó una foto con la cámara fotográfica que Saya

le regaló para su cumpleaños, y con la cual les tomó cientos y cientos de fotos a sus insectos. Fue en una cena familiar con los padres de Naomi, la prometida de Finn, que decidieron enseñarles las fotos de Emer y entre ellas estaba la mía. Esa es la peor elección que pudieron hacer. Ojeras, expresión de trastornada abrazándome a un libro y sonriendo como lo haría una demente. Era una foto tétrica y para enfatizar la demencia interna que emanaba de mi interior el contraste era perfecto. Desde entonces me pregunto dos cosas; ¿si llevo la fotografía a un casting para una película de terror quedará automáticamente? ¿Y por qué a los padres de Naomi le interesan las fotos de insectos horripilantes como los de Emer?

Volviendo al punto, mejor omito sonreír, no quiero que Cole salga chillando de miedo.

—Seré puntual. —Me guiña un ojo.

Por Patch, ¿cómo no sonreír cuando es así de lindo?

«Für Elise» se intensifica desde algún lugar entre las cosas de mi bolso. Otro siseo se escucha a la vuelta de la estantería y no veo el segundo por encontrar mi celular. Abro el bolso y meto la mano en su búsqueda pero el mío debe estar encantado con un hechizo de *extensión indetectable*, pues eso explicaría por qué no puedo hallar mi bendito celular. Cuando al fin doy con éste la llamada se corta y en la pantalla sólo veo la llamada perdida de papá.

—Tengo que irme ya.

—Suerte, yo me quedaré un rato... los sofás son bastante cómodos como para echarse una siesta. —Cole planta un beso en mi mejilla que me

hace ver el mundo de color rosa. Un beso en la biblioteca es sumamente tierno.

—El sábado a las 19:00 afuera de la cafetería —digo para confirmar nuestra "salida". Camino hacia atrás metiendo el celular de vuelta en mi bolso mientras Cole asiente animoso, observándome divertido. Le hago una seña antes de salir al pasillo.

Un tentador deseo por querer mirar otra vez hacia los computadores me invade y por un momento creo que me dejaré llevar por la curiosidad de saber si todavía están las dos allí. Quizás malinterpreté la situación, pero la manera de comprobar si lo hice es viendo si ambos están melosos. Si lo están, entonces comprenderé ella es una más de sus víctimas amorosas.

Trago saliva y miro de reojo en su dirección.

Ya no están.

Al salir de la biblioteca saco mi celular del bolso y marco al número de papá. Que me llame se me hace extraño, generalmente no lo hace para que no pierda la concentración en clases, aunque claro, él no tiene la menor idea de que paso todas las clases con mi nariz entre libros.

El tono de marcado cesa y escucho la rasposa respiración de papá. Ha respondido más pronto de lo que pensaba que lo haría, eso quiere decir que su llamada no fue casualidad, ya saben, a todos se nos ha marcado por arte de magia el celular sin darnos cuentas. Comienzo a creer que cuando eso ocurre es porque a mi bolsillo le salen dedos y quiere jugarme una broma.

Cariño, ¿qué libro de fantasía leíste para pensar esa barbaridad tan absurda?

—¿Papá, me estabas llamando?

—*¡Al fin respondes, Tercera! ¿Acaso estabas en clases?*

Por algún motivo puedo imaginar su exasperado rostro al decir sus palabras. Apartando su exclamación, debo también enfatizar en su exageración al decir "al fin respondes", pues sólo llamó una vez. Los padres lo exageran todo.

—En la biblioteca. ¿Qué pasa? Me estás asustando...

—Estoy llamando a los Reedus a una reunión familiar, tengo una noticia que darles.

—¡No me digas! —Aprieto con fuerza el celular para que del asombro no caiga al suelo—. ¿Acaso Saya está embarazada... otra vez?

Una fuerte carcajada, grave y rasposa, se escucha desde el otro lado de la línea. También me pongo a reír, la risa de papá es algo contagiosa. —No, hija —reniega entre risas. Lanza un enorme suspiro para calmar los ánimos y se aclara la garganta—, no se trata de eso. Ven a casa y te explicaremos todo.

—¿Explicaremos?

—Así es.

Odio la intriga, no puedo sobrevivir a ella, por eso prefiero no leer libros de misterio y suspenso. Sí, sí, algunos libros interesantes de romance tienen su toque intrigante, pero claramente es para mantener expectante al lector y muchas veces esa intriga tiene que ver con el pasado oscuro

del protagonista; ya deberían entender de qué hablo: ese pasado tormentoso que no lo deja avanzar, ser más humano, enamorarse y bla, bla, bla. Pero este caso es diferente, esto no es un libro y la incertidumbre sobre lo que hablará papá me carcome la cabeza.

Al llegar a casa cierro la reja y ésta se estrella contra las otras emitiendo un ruido molesto que hace eco entre las demás. Me encojo de un hombro y cierro un ojo a la espera del regaño que me dará la abuela por ser tan descuidada, pero todo queda en silencio cuando las rejas cesan su estruendo. La puerta principal de la casa está junta y entre el umbral la cortina está pillada para que no se abra. Qué misterioso todo esto, papá nunca deja la puerta junta, tampoco Saya pues los trillizos pueden salir a la calle y ya comprenderán lo peligroso que están las cosas ahora. Trago saliva y empujo la puerta asomando la mitad de mi cuerpo en el interior. No hay rastro de vida y todo está intacto; las fotografías en la pared, las dos plantas en el rincón, la escalera, el sofá y el sillón donde la abuela se sienta, la caja con juguetes de mis pequeños hermanos. Entro y cierro la puerta a mis espaldas. Me siento como en una película de terror en la que todos mis movimientos son estudiados para que nada malo vaya a pasarme.

—¡Ya llegué!

Informo en medio del lúgubre, inquietante y casi siniestro silencio. Me quito el bolso y lo pongo sobre el sillón junto a la puerta. También me quito el abrigo, el frío poco común que se ha alojado en la casa es mortificante. Me abrazo a mi misma y busco algo con qué defenderme en caso de que algo ocurra. Una espada de juguetes es todo lo que consigo, pero de todas formas me armo de valor y me adentro hacia el pasillo. La primera parada es la cocina, lugar donde tampoco encuentro a algún loco

Adams. Avanzo por la cocina y me asomo por el ventanal que da hacia el patio, pero tampoco encuentro vida.

Estoy comenzando a asustarme.

Yo que tú saco el celular y me preparo para marcar a emergencias, esa espada de juguete no hará mucho que digamos.

—Estamos aquí, Murphy.

La voz de papá suena como salida del inframundo. Lo peor de todo es que me ha llamado por mi nombre completo, ¿Murphy? Él nunca me llama así, de hecho, todos cuando están bien conmigo omiten la «y», siendo en este caso diferente, puedo hacerme una idea que estoy metida en un problema.

Atravieso el arco hacia el comedor, papá está sentado en su respectiva silla en la cabeza de la mesa, a su derecha está Saya y por la izquierda la abuela. Los tres me miran con una severidad penetrante que me hace tener una pequeña pero nada insignificante idea de qué se trata todo esto.

—Murphy Ludwig Reedus —habla papá—, ¿puedes explicar qué es esto?

Un sonido sordo es producto de una bolsa golpeando la mesa, una bolsa que ya me es familiar. Es la bolsa con los test de embarazo.

—Eso es... —Piensa, Murph. Los libros son la mejor herramienta para imaginar cosas, imagina algo rápido para que salgas de esta, ya te has librado de situaciones peores—. Eso es...

¿A quién trato de engañar? Mis mentiras e inventos no sirven con papá y la abuela ¡mucho menos con Saya! Los tres son demasiado perspicaces

y son los únicos que no se tragan mis actuaciones, y no trato de presumir y sobrar pedante, pero no lo hago mal. Ellos me conocen mejor que yo... o Maya.

—¿Es la prueba de que estás embarazada? —pregunta papá—
¿Cuándo pensabas decirme que seré abuelo?

—No lo serás, papá, eso es de...

—¿El padre es Jacob? —interrumpe la abuela, solamente ella se ve mucho más relajada que Saya y papá, hasta pronunciar el incorrecto nombre de Jax le hace dar un toque cómico a mi incómoda situación.

—No, no, no... ¡No estoy embarazada!

Mis intentos por explicar son en vano. ¿Qué debería hacer? Tal parece que lo mejor aquí es contarles la verdad, que una noche tuve un *desliz* y me acosté con Jax, temí estar embarazada y los compré. Sin embargo, eso suena tan disparatado que probablemente pensarán que es una mentira más.

—Murph —habla con voz apacible Saya. Hace un gesto con su cabeza para que me siente en una de las sillas más cercanas, cuando mis cuerpo se tensa sobre la silla, ella se aclara la voz y continúa—, sé que en su tiempo no pudimos hablar de esto, pero necesitas saber que los instintos de jóvenes son fuertes y, aunque no estoy de acuerdo con esto, si vas a tener relaciones con tu novio debes usar protección.

Oh, cielos... la charla de la sexualidad.

—Exacto, niña —La abuela me señala con su arrugado dedo—, debes ser más precavida y no comprar cientos de esos, los preservativos son gratis.

—Y si estás embarazada debiste decirnos antes, ¿acaso no pensaste que ocultarlo sólo agrava la situación? Un bebé es una bendición, no ocultes la noticia como si fuese un delito.

—Que-no-estoy-embarazada.

Blanqueo los ojos con exasperación. ¿Por qué mi familia es tan extraña? Bueno, prefiero que digan esto a que se enojen y me juzguen por hacerlo. Otras personas no tienen la comprensión que papá y Saya tienen, sino que comienzan a ver a sus propios hijos como piedras en el zapato sólo porque pretenden traer una vida al mundo.

—¿Ah no? —La abuela se coloca sus lentes que cuelgan del cuello—. Yo te veo más rellenita.

—Es la pizza —me apresuro a decir antes de que los otros dos la apoyen—. E insisto, no estoy embarazada y Jax no es mi novio. Y esos test de embarazo son porque la obra de Clarkson los requiere, no quise decírselos porque pensarían mal de mí.

¡Bien! Al fin comienzo a pensar con congruencia, decir que los test son para mi trabajo en Clarkson, el colegio de Chloe y donde trabajo, es lo mejor que pudo ocurrírsele a mi cabezota. Además, parece que se están masticando muy bien mi mentira, ahora la tragan y la digieren, fin de historia.

—¿Entonces compré una cuna en vano? —pregunta papá rascándose la barbilla. Las tres lo miramos con incredulidad, papá se echa a reír y luego se encoge de hombros— Es una broma.

Niego con la cabeza esbozando una sonrisa, es un alivio que la atmosfera terrorífica se haya esfumado.

—Por cierto... ¿cómo descubrieron los test?

—Jeffrey estaba jugando con su pelotita y cayó bajo tu cama —explica papá—, cuando me pidió sacarla encontré la bolsa.

Consejo del día: no dejes la puerta de tu habitación abierta.

Capítulo 29: "Tú eres mi favorita".

Cubro mi rostro con el libro que voy leyendo. Lo sé, caminar y leer a la vez es una rutina muy peligrosa, pero vamos, hoy en día las personas están metidas en sus celulares. Yo, avancé un paso más allá en esta civilización prefiriendo ensimismarme con un buen libro.

Lamentablemente no tengo a Thiare para que me instruya y ayude por el camino, pero tengo mi sentido auditivo; si escucho un "no cruces, está en luz roja" sé que irá para mí.

Es el furioso motor de una singular moto la que me hace tomar extrema precaución con mis siguientes actos. Levanto la mirada por encima de mi libro para examinar lo que mi compañero de Expresión Vocal hace. Jax ha venido muy bien acompañado de una rubia a quien ayuda para bajar del "emisor de ruido". Que Jax salga con otras chicas y sea visiblemente coqueto con ellas no es una novedad, la sorpresa de todo esto es que ahora le haya tomado el gusto a las rubias. Debo suponer que su etapa por las pelirrojas ha cambiado, un alivio.

Vuelvo a meter mi nariz entre las páginas del libro e ignoro las estrepitosas carcajadas que Tenorio y la rubia imparten a la universidad, deben suponerlo, para alegrar un poco el ambiente un miércoles por la mañana —*tos, sarcasmo, tos*— y hacer el resto de las horas más amenas. Todo sería mucho mejor si mis audífonos estuviesen buenos, pero no tengo tanta suerte y su excesivo uso los a hecho inservibles. Una pena, no sólo porque debo escuchar a Jax y su nueva víctima alardear de una falsa felicidad de pareja enamorada, sino porque en el metro las conversaciones de los demás a veces son muy interesantes y mi inquieto sentido chismoso no puede evitar querer escuchar más y más.

El espíritu de la Sra. Ramms me está poseyendo.

Huelo el perfume cítrico de Jax al pasar y un golpe propinado por la rubia al pasar junto a mí. El impacto del golpe hace que mi bolso se deslice por todo mi brazo hasta caer junto a al libro que he tirado sin querer.

—Cuidado, Ricitos de Oro.

Le lanzo una mirada a la rubia y la extiendo hacia Jax, ambos se han detenido a verme, pero ninguno se dispone a ayudar. Reniego con la cabeza ante su displicencia y me dispongo a tomar las cosas, sin embargo, al estirar mi mano para recoger el libro, otra lo hace por mí. La sonrisa caritativa de Cole es mi regalo anticipado de Navidad, me entrega el libro, toma mi bolso y me ayuda a levantarme extendiendo su mano como invitándome a salir a la pista de baile. Acepto con gusto, claro.

—¿Qué te pasó? —pregunta acentuando en su frente una que otra arruga al hacerlo— No me digas que tropezaste por estar leyendo. Murph, debes leer en lugares seguros.

—Lo sé, mamá, pero no fui la que causó esto.

Me acomodo el bolso en el hombro y miro con desaire a la rubia, todavía está parada y su séquito unineuronal también. ¿O es al revés? Creo que sí, ella es el séquito de Tenorio.

—No fue su culpa —se adelanta Jax, defendiéndola—. Sólo pasaba y chocó, además no es para tanto.

—No, lo sé, ella es muy ancha. —Recorro con cuidado a la rubia y todo lo que veo son curvas por doquier. Claro, el tono sarcástico con que he aducido las palabras de Jax no le han caído en gracia puesto que de ancha sólo una tiene irónica y petulante sonrisa—. No importa, lo dejaré pasar esta vez.

Tomo a Cole del brazo y lo arrastro hasta el interior de la universidad antes de escuchar la contra respuesta.

Así da gusto empezar las clases...

Bah, se lo merecen por hacer que tires un libro.

—Tú eres todo un caso, Murphy Reedus. —En el patio central de la universidad, Cole arregla el tirante de mi bolso—. Ni siquiera tuve que decir algo, sabes cómo defenderte.

—Si quieres puedo darte clases.

Se echa a reír agarrando el tabique de su nariz, mas todo lo que hago yo es resoplar con exasperación. No me molesta que la rubia haya chocado conmigo, sino que una disculpa no hubiese estado fuera de lugar... o una ayuda. Suerte que Cole hizo su espectral aparición.

—Eres muy...

—¿Enojona? —Interrumpo— Ya me lo han dicho antes.

—No, no... iba a llamarte linda.

Oh, eso no me lo esperaba.

—Harás que me sonroje —le reprocho cubriéndome la mitad del rostro con el libro. Cole agranda su sonrisa, pero luego sus ojos se desvían en otra dirección. Me giro para verlo que mismo que él y reconozco a sus compañeros de banda entrando a la universidad.

—Ya debo ir a clases. Nos vemos luego.

Asiento animosa y le observo encontrarse con sus compañeros, estrechándose en abrazos como si no se vieran en siglos. Una sonrisa nace en mí al ver la familiaridad entre ambos, pero la reprimo al instante

al sentir una pesada mano sobre mi hombro. Volteo al instante apaciguando el revoltijo en mi estómago por el asombro. Greta, una de mis compañeras de Teatro Clásico —y con quién mejor me llevo en la clase—, alza sus cejas y quita su mano de mi hombro.

—Hey, no ando vestida de payaso para que te asustes así.

Comprendo su broma; hace unas semanas tuvo que vestirse de payaso para una presentación en la clase, no pude mirarla porque lucía extremadamente terrorífica, su maquillaje y su traje habían ido inspirados en *Pennywise* y su actuación fue espectacular.

—Por suerte, sino ya estaría gritando —espeto, asentándome la ropa. Greta lanza una sonrisa ladina que no pega para nada con su personalidad y estilo, ella es más de sonreír como si recién se hubiese fumado un porro.

—Sólo vine a decirte que profesor Marcus no vendrá, así que no habrá clases.

Gruño como un perro furioso, pero luego gimoteo. Me levanté temprano para nada, tuve que discutir con las viejas criticonas del metro por nada (aunque eso es pan de cada día) y tuve que encontrarme con el unineuronal para nada.

Genial, destino, muy genialoso.

—La próxima clase será en dos horas... —me digo a mí misma en voz alta.

—Si quieres puedes acompañarme. Los chicos y yo iremos a la plaza a charlar... ya sabes. —Greta alza sus cejas, sugerente. A unos cuantos

pasos su grupo de amigos con el puro estilo hippie me hacen seña. Ya puedo hacerme una idea de qué charlaran.

—Nah, prefiero elevar mi imaginación con otro tipo de cosas —le enseño el libro.

—Cualquier cosa ya sabes dónde encontrarnos —Golpea mi hombro un par de veces y se encamina hacia sus amigos—. *Namasté*.

Algo extraño debe tener mi hombro como para que todo el mundo quiera tocarlo o golpearlo.

Para pasar las dos horas de tortura decidí subir hasta la torre más alta de la universidad, donde cuelga la característica campana gigante, para leer. Hace mucho que no leo desde las alturas —eso sonó como si fuese un deporte extremo— y me aparto de toda alma humana para leer con tranquilidad. La verdad, es un sitio bastante adecuado para quienes desean disfrutar de la soledad.

Al llegar arriba estiro mis brazos procurando no chocar con la campana gigante. Inspiro hondo el aire frío que avecina el invierno y me asomo por la baranda, observo el campus y despliego una sonrisa para conservar los ánimos.

Pero mi dichosa soledad se ve fracturada con la aparición de alguien más.

Acertaste: Jax Amadeus Wilson.

Blanqueo los ojos y finjo no haberlo visto, continuo degustando con mis ojos la vista panorámica de la torre, hasta que escucho la madera crujir y sus pasos acercarse. Tengo la vaga intención de marcharme, pero omito

hacerlo por mera curiosidad, quiero saber qué planes ha tenido al venir hasta aquí.

—¿Vienes a disculparte por tu amiga? —espeto antes de que hable. Al girarme noto que está sobre la escotilla y si por alguna razón quiero escapar de la desdicha de tenerlo aquí, no podría hacerlo a menos que lo lance por la baranda, idea que no se me hace tan descabellada por cierto.

Tenorio aplana sus labios mostrándose serio, mi pregunta no le ha sentado bien. No obstante, su cambio de humor me sorprende, sobre todo cuando golpea la campana como una canica y sonrío.

—Parece que por fin encontraste a un patético que cumpla tus antojos —Aplaude tres veces con un entusiasmo fingido—. Felicidades. Lástima que a ti no te interesas esas cosas ahora, sino que tu interés por los chicos idealizados se aplastó así —Extiende su mano y luego la hace un puño, apretando sus dedos con fuerza—. Me costó, pero finalmente puedo decir que La Dama de Hierro sólo era de plástico y ser persistente tuvo buenos resultados.

Jadeo con incredulidad. La expresión que trae Jax no me gusta para nada, nunca fui fans de sus expresiones, pero que luzca como un macabro asesino que pretende torturar a su víctima, claro antes relatando sus malévolos planes, no me gusta nada.

—¿De qué estás hablando? —pregunto con desdén.

Camina hasta colocarse junto a mí, apoya sus manos en la baranda y se encorva un tanto observando los techos de los edificios de la universidad. Pasa su lengua por sus labios, humedeciéndolos, y gira su cabeza para verme, entonces habla:

—Te gustan las historias, ¿verdad, Suicida?

—Depende de qué traten y quién la cuente —contesto, inquieta.

—Yo tengo una muy interesante... —Carraspea, aclarándose la garganta—. Había una vez un chico con ganas de diversión que se impuso un pequeño y entretenido desafío: salir con chicas que tuviesen el cabello de un color hasta encontrar una que no cayera en su juego y fuese un reto, ya sabes, a los chicos nos gusta lo difícil. Hasta que esa chica no cediera, él no podría salir con alguien con el cabello de otro color. Resulta que un día ese chico se interesó por las pelirrojas y se encontró con una que se opuso a todas las propuestas que este chico le hizo. Fastidiado y molesto, buscó una nueva forma de acercarse a ella, una forma más sutil que ablandara su corazón, y de esta forma pasar la etapa de las pelirrojas. Pasó el tiempo y los acercamientos funcionaron perfectamente, la chica cayó justo como él pretendía y pasó al siguiente nivel: las rubias.

Contengo la respiración un instante para digerir lo que Jax acaba de contar. En efecto, todo parece sacado de una película, o bien un libro. No puedo hacerme una idea de lo que está pasando por su cabeza al ver cómo sonrío de forma siniestra, incluso luce mucho peor que Greta en su disfraz de payaso.

—Si lo que acabas de contar es cierto... ¿qué te hace pensar que babeo por ti? No seas pedante, Tenorio.

Río con sarcasmo, aunque no tengo ganas de hacerlo. Estoy molesta... No, estoy realmente decepcionada. ¿Acaso todo, absolutamente todo, siempre fue una broma? ¿Y lo de su madre? Dudo lo eso lo sea, ¿pero si sólo fue una forma para victimizarse y así empatizar con él? Si es así,

oficialmente me ganaría un boleto garantizado a la cárcel, porque juro que lo mataría.

—Todo quedó perfectamente claro el otro día en la biblioteca. —Se acerca, confidente. No puedo mirarlo, pero siento cuando su aliento mueve las hebras de mi cabello junto a mi oreja—. Tú expresión fue digna de una fotografía, enmarcada y todo, Suicida. Pagaría por verte así otra vez. Fue mucho mejor que la expresión que pusieron las otras chicas; pero descuida, entre todas ellas tú eres mi favorita.

Aprieto mis dientes amasando dentro de mis pensamientos mi siguiente acto. Quiero golpearlo, quiero destruir su estúpida sonrisa. Pero me contengo a consciencia que, después de todo, una parte de todo fue mi culpa; Jax es el típico prototipo de mujeriego de libro y yo, ilusamente, confío en él cuando la primera regla es no hacerlo.

—Perfecto —pronuncio con dificultad—, gracias por confirmarme que sigues siendo un idiota. Y espero que ocupes tu neurona en otras cosas... no sé, ¿ocuparte de Sharick quizás?

Sus azules ojos se abren de una forma magistral, su expresión es de asombro. Lo de Sharick lo he dicho porque no pude contenerme, porque mi orgullo me pide siempre tener la última palabra y, a juzgar por el rostro de Jax, la tengo esta vez.

Es viernes por la noche.

He tratado de no pensar en los sucesos ocurridos en la torre de la universidad, cosa que es casi imposible de hacer cuando mi mal recuerdo sobre ella tiene como protagonista a Jax, quien parece estar

justo en el lugar más oportuno para amargar mi existencia. Por obvias razones todo lo que hago al verlo es recordar sus frías palabras sobre su tonto juego y sentirme patética. Debí haberlo esperado de alguien petulante y desagradable como él, siempre lo leí en los libros e incluso lo sospeché en alguna ocasión; los mujeriegos con mala fama siempre se acercan con malas intenciones, es un clásico. Ustedes también debieron haberme advertido... Ajá, sí, un "estás pisando terreno peligroso" no estaba demás, ¿saben? Bueno, supongo que no tenían conocimiento de ello, o quizás lo sospechaban pero ¿quién no? Su interés en mi persona y los encuentros inevitables que tuvimos conllevaron a que me fiara y ahora, según él caí en su turbio juego.

No me siento participe de uno a decir verdad, pero sí confundida y enojada. Ser parte de una treta absurda para alimentar el ego y aburrimento de alguien más es decepcionante.

Y ni hablar de su expresión con lo de Sharick... Cielos.

Suelto un bufido y me recuesto sobre la montaña de ropa en mi cama. No tengo la menor idea de qué ponerme para mañana y poco sé qué debería, sólo vamos a ver una película arreglarme demasiado es absurdo. Además, vestirme de forma diferente —y con esto me refiero a provocativa— no viene al caso siendo Cole con quién saldré, después de todo él ya se interesa en mí, y lo hace siendo yo misma, con mi mal genio y mi lengua larga.

—Ah... ¿Qué haces? —Doy un respingo y me levanto de la cama. Chloe está asomada por la puerta de mi habitación mirándome con expresión divertida. La saludo con la mano y ella entra, cerrando la puerta detrás de sí—. ¿Vas a salir?

—Mañana, iré a ver una película con... alguien.

—Suenas bien —dice en voz baja. Se rasca su brazo con inquietud y noto que quiere decirme algo. Chloe es muy evidente a veces, la aflicción en su rostro se me hace conocida. Ella y Jollie tienen eso en común, cuando hacen algo malo e intentan disculparse lo demuestran con sus expresiones.

Empujo la montonera de ropa y le hago un espacio en mi cama para que tome asiento, pero niega con la cabeza a mi silenciosa petición.

—¿Qué ocurre?

Se remuerde el labio y termina suspirando.

—¿Recuerdas a Allek? —pregunta— El chico de los juegos a quien me declaré...

—Sí, por quien te pusiste como perro contagiado con rabia y luego lloraste como si fuese el último hombre en la tierra —comento.

—Fue a buscarme al colegio después de clases para salir y... le dije que no quería nada con él —Asiento y le hago un gesto de aprobación con mi mano, Chloe sonrío con cierta timidez—. También le dije que estaba saliendo con alguien más, refiriéndome a Tony que justo pasaba por ahí. Juro que lo hice como autodefensa, pero, por alguna extraña razón cuando Allek se marchó, me sentí como la peor mujer del mundo. Después de eso Tony estaba confundido, me preguntó en qué momento empezamos a salir y recordé lo que dijiste aquella vez en la noche.

Pego un grito ahogado y me cubro la boca con mis manos con sorpresa, las mejillas de Chloe se encienden y varían en diferentes tonalidades del

rojo. Comienzo a sospechar que en algún momento se desmayará, pero no, sólo es por la conmoción.

—¿¡Tony y tú están saliendo?!

—¡Shh...!

Una exasperada Chloe cubre mis manos con las suyas, como si con eso bastara para que mi sorprendentemente alta pregunta cambiase a un tono más bajo. Obviamente, si alguien la hubiese escuchado papá ya estaría gritándole desde mi ventana a Tony "promiscuo" o algún insulto incoherente.

—No estamos saliendo, sólo salimos en la tarde.

—Eso explicaría por qué faltó a su práctica hoy, tuve que venirme sola en medio de la oscuridad. —Seco una imaginaria lágrima del rabillo de mi ojo. Chloe sonrío y golpea mi hombro. Sí, el mismo al que todos quieren golpear—. Entonces, ¿qué hay de malo? A Tony le gustas desde... Uf, hace tiempo.

—No digo que eso sea lo malo, a lo que vine es otra cosa —Baja su cabeza y juguetea con sus dedos—. Vengo a preguntarte directamente a ti qué sientes por Tony. No sé si sientes o sentiste algo por él, todo indicaba que sí, incluso cuando me sugeriste fijarme él, tu expresión de decepción dijo mucho. No quiero salir con la persona que quiere mi hermana, aunque hayas traído a tu novio y todo...Yo...

Otra vez el innombrable. Nos aparece hasta en la sopa. ¿Qué no podemos tener un segundo sin que él sea mencionado o aparezca de alguna u otra forma?

—Jax no es mi novio, tampoco creas que lo traje a casa para ocultar mis sentimientos hacia Tony —aclaró—. No te mentaré, Chloe, sí me gustó Tony en su tiempo y pasaron cosas entre ambos, pero él siempre me vio como su amiga. A él siempre le gustaste tú, y no soy nadie para cambiar su opinión, creo que es absurdo hacerlo. No pude obligarlo a que me viese como algo más, así que yo me rendí. A Tony lo quiero, pero ahora sólo como amigo. Si pretendes salir con él o quieres abrirle tu corazón y algo más...

—¡Eres una perversa, Murph! —Me echo a reír ante su gesto alarmante.

Tanta inocencia para alguien con diecisiete años, yo a su edad le veía el trasero en los recreos a mis compañeros mientras fingía leer. Era un truco muy eficiente, hasta que uno de ellos comenzó a sospechar de mí, así que lo dejé.

—Pero en serio, si quieres salir con Tony tienes mi aprobación.

Y así, señores, Murphy Ludwig Reedus se ha convertido en Cupido y cierra la puerta a su antiguo amor.

...

Un aura maligna es lo que sale desprendido de la cafetería donde *La mano derecha de Lucifer* tiene su imperio del mal. La he visto en varias ocasiones observándome con severidad como preguntándose qué rayos hago afuera de sus terrenos. Quizás cree que estoy maldiciendo su cafetería o pretendo poner una bomba en ella, no obstante, mi sentido de maldad aún no está tan desarrollado.

Yo estoy aquí por esperando a Cole.

Son las 19:30 según mi celular y él todavía no llega, estoy comenzando a inquietarme, se suponía que sería puntual. He intentado llamarlo pero su celular tiene buzón de voz. Anoche, después de hablar con Chloe y dejar que ella me relatase con detalles su cita con Tony, Cole me envió un mensaje recordándome ser puntual. Vaya ironía. No tengo nada malo con esperarlo, pero lo estoy haciendo afuera de *CoffeDreams*, y con unos jeans demasiados ajustados.

La abuela tiene razón, estoy más rellenita.

Metó mi celular dentro de mi bolso luego de ver la hora, los minutos se me están haciendo eternos. Sólo espero no haberme peinado en vano. Observo a las personas pasar con impaciencia hasta que una mirada curiosa resalta entre ellas. Reconozco al ceñudo hombre que me regresa la sonrisa incrédula. Es el padre de Tenorio.

—Eres la amiga de Jax, ¿verdad? —pregunta el Sr. Wilson, asiento omitiendo explicaciones sobre nuestra *peculiar* relación.

—Sí, ¿cómo va todo? ¿Jax lo ha visitado?

—Sólo me ha hecho llamadas preguntando más sobre su madre —Hace una mueca algo entristecida—. Supongo que todavía le incomoda estar a solas, no fui un buen padre después de todo. ¿Estás esperándolo o algo? —Me echa un vistazo. Bajo mi cabeza para recorrer mi sencilla vestimenta y niego con la cabeza.

Si hay alguien más me empareja con Jax Wilson creo que me pegaré un tiro.

—Espero a alguien más, pero... —suspiro con resignación— se ha retrasado bastante.

Hago una mueca y miro de reojo hacia la cafetería. Penny nos está mirando con detenimiento, al notar que la observo, avanza hasta la puerta de la cafetería y sale como un toro echando humo por su nariz. Sus pasos son zancadas que podrían resonar por toda la ciudad si no fuesen interrumpidos por los motores de los autos.

—No puede ser... —musita el padre de Jax, observándola también. Sus ojos son dos cristales que reflejan el rostro amargado y furioso de mi antigua jefa.

—¿Qué haces aquí? —pregunta ella, luego me mira a mí— ¿Estás involucrada en esto? —Frunzo el ceño sin comprender— Oh, claro que sí lo estás. —Sus azules ojos se ven inyectados en sangre y su pálido rostro está rojo de rabia. Su pecho sube y baja con desenfreno, como si estuviese al borde del colapso, entonces una efímera idea se cruza por mi cabeza. Una que se ve interrumpida al instante por lo insólita que resulta—. Llamaré a la policía si no se marchan de aquí.

Me toma corriéndome del sitio, pero logro hacer que me suelte sacudiendo mi brazo.

—Anastasia —vuelve a hablar el Sr. Wilson con cierto dejo de nostalgia.

Penny lo mira con desprecio, reacia a su llamado, entonces pronuncia entre dientes:

—Dejé de llamarme así hace mucho. Ahora, largo de aquí... los dos, o llamaré a la policía. Lo juro.

Mi pecho se acelera, el corazón me baila dentro.

—Usted es la mamá de Jax...—musito.

Vuelvo a mirarla con detenimiento antes de pretender alejarme del sector. Sus azules ojos sorprendidos me observan al igual lo que hicieron los de Jax en la torre.

Ya no hay duda.

Capítulo 30: "No tocar".

¿Cómo puede ser posible que ella sea la mamá de Jax? Después de meses y meses teniéndolo en frente, tan cerca, para nunca mostrarse como lo haría cualquier madre hacia su hijo. ¿Acaso no lo sabe? ¿Acaso no lo recuerda? Lo dudo mucho, tengo presente que entre sus clientes Jax siempre fue uno de los privilegiados puesto que nunca dejaba que alguna de nosotras (Dell, Thiare y yo) nos acercásemos para recriminarle su apetito lascivo hacia las chicas. Eso sin hablar de la forma en que me miraron sus azules ojos cuando con voz apagada e incrédula lo confirmé.

Ella siempre estuvo cerca de él, después de todo este tiempo.

—Debe decírselo a Jax.

La voz emana de mí ahogada, y es que mi insólito descubrimiento tiene una falla importante: Dándole una vista gorda a mi situación con Jax Amadeus Wilson, yo no tengo nada que hacer o decirle al respecto. No es de mi incumbencia, menos después de la torre, menos después de decirme que fui parte de su entretenimiento barato para saciar su ego. Lo mejor es no volver a involucrarme.

Me detengo a unos pasos de la cafetería donde en la distancia todavía puedo divisar a Penny observando en nuestra dirección. El Sr. Wilson también detiene el paso y voltea hacia su ex mujer. Hace un gesto negativo con la cabeza, al tanto se quita una sucia gorra de ella, y luego, me mira.

—Yo no puedo, el muchacho no confía en mí todavía. No puedo decírselo yo. Tú eres su amiga, lo estás ayudando. ¿Por qué no te tomas un tiempo y se lo dices?

—Usted es el padre —le recrimino—, además Jax y yo ya no estamos en esas andanzas.

Mi voz se apaga al decir lo último, como si extrañase ser la que hacía todo el trabajo de búsqueda mientras el que debía estar realmente interesado, es decir, Jax se pasaba toda la tarde durmiendo o coqueteando con chicas de la biblioteca.

—No puedo —acaba diciendo el padre de Jax, con exasperación, frotando su frente.

Por algún motivo aparente, siento que el reciente descubrimiento lo ha dejado impactado. Aprieta con fuerza su gorra y la estruja con nerviosismo. Su expresión es pálida, como si hubiese visto un fantasma. Irónicamente así fue; ha visto un fantasma del pasado.

—Bien —accedo en un hilo de voz—, yo le diré a Jax, a su tiempo. — Una fracturada sonrisa se asoma entre las comisuras del Sr. Wilson, levanta la cabeza con más entusiasmo y asiente con seguridad—. Ahora, ¿puede decirme cómo nunca se fijó que la madre de Jax tiene una cafetería?

—Todo este tiempo creí que ella estaba fuera del país. Nunca me interesó andar por este sector de la ciudad, demasiados ricos arribistas, encontrarla aquí nunca se cruzó por mi cabeza. Ana está cambiada... — Vuelve a mirar en su dirección con cierto dejo de melancolía— muy cambiada —confirma—, en todos los ámbitos.

—Ella es un amor de persona —ironizo, fregando mis manos por mis jeans todavía nerviosa.

Una mirada desaprobadora es todo lo que obtengo de su parte. Quizás debería moderar el odio hacia mi ex-jefa, pero me es casi inevitable, más

cuando revivo esos drásticos momentos donde le debía decir "jefecita" para no enfadarla más.

—¿Vas a decirle a Jax? —me pregunta, centrando ahora sus ojos en mí. La seriedad y severidad de éstos es casi intimidante. Ya no tengo opción, haberme ofrecido a contarle quién es su madre a Jax fue un pase misericordioso de lo más absurdo.

Resoplo con pesadumbre, sintiendo dos enormes sacos sobre mis hombros.

—Se lo diré, aunque todavía creo eso le corresponde a usted.

—Gracias. —Asiento ante su gratitud y acomodo los tirantes de mi bolso. Vaya disyuntiva en la que estoy, eso me pasa por ser una buena samaritana... o ser muy idiota—. Volveré a mis asuntos. Nos volveremos a ver, Murph.

El Sr. Wilson me hace un ademán con su cabeza luego de colocarse la gorra, asiento con un entusiasmo casi impropio de mi persona y lo veo alejándose por la acera. Lentamente giro sobre mis pies hacia *CoffeDreams* esperando encontrar a Penny mirando hacia nosotros, sin embargo ya no está. Y tampoco lo está Cole. Ni siquiera debería haberlo esperado tanto rato, cualquier persona con un tanto de dignidad se habría marchado a los diez minutos de espera. Ya está oscuro, las luces en la calle se han encendido y las personas transitando han disminuido. Creo que es tiempo de acomodar mi bolso, enderezar mi espalda, tener la frente en alto y seguir mi camino hacia el paradero más cercano.

—¡Murph!

Es Cole.

Detengo el paso. No sé si debería golpearme y decirle que se largue pues ya esperé demasiado, o golpearme por no querer hacerlo. En lugar de usar la violencia contra mí debería hacerlo con él, las ganas de hacerlo no me faltan, sobre todo porque está sonriendo como si no se hubiese atrasado por... ¿cuánto? ¿Cuarenta y cinco minutos? Lo peor de todo es que me está haciendo una seña con su mano como si no lograra verlo.

—Espero que tengas una buena explicación. —Continúo caminando hacia el paradero más cercano. Cole se adelanta unos pasos y se coloca frente a mí, dándole la espalda a la acera.

—La tengo —dice enseñando las palmas de sus manos para que deje de caminar. No es hasta que tropieza cuando me detengo y lo sujeto desde su camisa a cuadros roja—. Pensaba venir en auto pero se quedó parado a mitad de la calle, es una chatarra de antaño que mi amigo adora y no podía dejarla tirada.

—Ah, pero decidiste dejarme tirada a mí —recrimino pasando por su lado.

—Estoy aquí, ¿no? No te dejé tirada, ya sabes el dicho: "Más vale tarde que nunca".

Disminuyo la velocidad de mis pasos, Cole está con una expresión de gatito callejero que pide a maullidos que le des un hogar. Quiero apretar sus mejillas y amenazarlo de muerte por hacerme esperar, mas termino encogiéndome de hombros y expulso un bufido que se mezcla con un gruñido.

—¿Y tu celular? —le pregunto con más calma y menos seca.

—¿Hablas de esta cochinada? —Mete su mano al bolsillo trasero del su gastado jeans y saca un celular—. Está muerto, tuve que conseguir uno para llamar a mi amigo del auto. Fue todo un desastre. —Lo miro ceñuda intentado descifrar si su cuento es cierto, pero el toque de su dedo índice entre mis cejas hace que rompa con mi modo de chica molesta para derretirme como un helado en verano—. Perdón, juro que no fue mi intención hacerte esperar. Y no te arrugues tanto o te saldrán arrugas.

Hago una mueca, me cruzo de brazos y ésta vez soy yo la que lo apunta.

—Tendrás que pagar las palomitas y las bebidas.

—No hay problema —accede con una enorme sonrisa.

Luego de unos minutos caminando y charlando, Cole se detiene frente a una estructura casi terrorífica similar a los cines antiguos, donde había una sola boletería para comprar las entradas y un puesto para comprar palomitas de maíz. Un estremecimiento interno me adormece unos instantes, hasta ver que una pareja entra al sitio sin problemas y luego le sigue un grupo de chicos que platican entre ellos son problema. Le despliego una sonrisa a Cole y él me la regresa enseguida.

Antes de entrar me percato que hay un sendero de luces de todos colores, como en Navidad, que iluminan una pequeña zona del largo pasillo que nos depara. Cuando nos adentramos más logro percibir una melodía singular que provoca un paro a mi órgano muscular bombeador de sangre. ¡Es la melodía tan característica de Harry Potter! Podría saltar sólo por tener el privilegio de escucharla. Retazos de la película vienen a mi cabeza. Apresuro el paso por el pasillo hasta una puerta doble que Cole abre sin problemas, dentro hay una sala grande con puestos golosinas, un sujeto está detrás de la barra administrando el cajero y

atendiendo a la pareja de enamorados que vi antes de entrar. Desde el otro lado de la sala puedo ver la entrada a los baños con sus respectivas etiquetas que indican cual es el de hombre y el de mujer. Frente a la puerta por donde entramos, hay otra puerta negra con dos ventanillas que están cubiertas por cortinas oscuras.

—Compraré las palomitas y las bebidas —me informa Cole dirigiéndose a la barra, detrás noto el puesto de palomitas que caen dentro de la caja. Mi estómago pide clemencia y mi lengua rememora el delicioso sabor a caramelo—. ¿Por qué no buscas unos asientos?

Con su cabeza señala la puerta que ya les mencioné antes, asiento y me dirijo a ésta con cierta ansiedad. ¿Y las entradas? Frunzo el ceño y empujo la pasada puerta con fuerza. El lugar al que me adentro está oscuro, pero puedo notar los asientos en caída que le hacen frente a una enorme pantalla que muestra los créditos de *Harry Potter y la piedra filosofal*. Hay personas que están instaladas en asientos con la vista más privilegiada, por lo que tengo que bajar unos escalones hasta otra fila de asientos para que pueda ver todo con lujos y detalles.

Con mi trasero en el asiento, pongo mi bolso en mi regazo. Siempre me puse ansiosa dentro del cine, y aunque éste parece uno muy descuidado y antiguo, la sensación es la misma. Busco mi celular dentro del bolso para colocarlo en "modo silencio", y en cuanto desbloqueo la pantalla me topo con un mensaje de Jax en *WhatsApp*.

«Tenemos que hablar»

No hay ninguno más de él, los demás mensajes son de Dell y Thiare, el grupo de mi familia y otro de Michi.

Me quedo viendo el mensaje por unos segundos sin poder crear una idea de qué hacer. Debería bloquearlo, quemar mi celular y enterrar las cenizas. Pero en lugar de llevar a cabo mi descabellada idea, pienso en mis queridos, infaltables y recién descargados PDFs, ellos no tienen por qué padecer mi odio hacia el unineuronal. Me remuevo en mi asiento y me dispongo a enviarle el emoji del dedo corazón para luego proceder amablemente a bloquearlo. Irónicamente el emoji está entre los que más uso, así que doy con él fácilmente y le doy enviar.

Pero algo no me calza.

Mi primitivo cerebro no está seguro que el emoji correcto que envié fuese ese, así que vuelvo a abrir el chat para encontrarme con un rojo corazón palpitante que Jax no tarda en ver.

¡Tú y tus dedos de salchicha, Murph!

Golpeo mi cabeza en el asiento del frente y con los ojos entre abiertos con temor veo el mensaje que me ha enviado como respuesta.

«¿Eso es un sí o un no?»

Es un NO.

Escribo la respuesta, pero justo antes de poder enviarla, Cole llega a mi lado. Temiendo que vea el nombre la conversación y, en parte, con quién lo hacía, bloqueo la pantalla y lo miro cual niña buena.

—Aquí está tu bebida. —Cole extiende uno de los vasos. Antes de recibirlo guardo en mi bolso el celular. El frío de la bebida se adormece mi mano y no tardo en colocar el vaso en el porta-vasos del asiento. A mi lado, Cole logra sentarse y hace lo mismo, abrazando con su otro brazo un tarro de palomitas enorme—. La próxima película es El Padrino.

—Cielos, hace milenios que no veo esa película. ¿Esto es un cine clandestino? —le pregunto con voz baja, acercándome un poco a él. Al girarse noto que la cercanía es mucha, así que doy un respingo y pretendo sacar un puñado de palomitas.

—S-sí... —Se aclara la garganta—, por eso la entrada es gratis pero la comida no.

—No tenía idea de la existencia de este lugar. Si hubiese sabido antes lo cerca que está de mi antiguo trabajo me habría pasado con Dell y Thiare.

Le echo un vistazo al lugar otra vez sintiéndome privilegiada de poner estar aquí. Lo único malo que veo es que el techo casi se cae a pedazos, un temblor y probablemente caerá sobre nosotros aplastándonos.

Linda, deja de pensar en desgracias, es momento de disfrutar junto a tu (quizás) futuro príncipe azul.

Sí, lo sé, pensar en tragedias no viene al caso, en lo que debo enfocarme en pasarla bien con Cole viendo un...

—Creo que algo malo le ocurre a tu celular.

Aprieto mis dientes con fuerza al punto de hacerlos rechinar. Mi celular no para de vibrar dentro de mi bolso, y el sonido es sumamente martirizante. Blanqueo los ojos y escudriño en mi bolso hasta encontrar el emisor de ruido que no para de vibrar. Al desbloquear la pantalla me percató que está vibrando sin parar a causa de todas las notificaciones de Jax. Ahogo un gruñido al recordar lo que por una fracción de segundo casi olvido. Estoy en presencia de Cole, por consiguiente sería muy deschavetado enseñarle o responder siquiera a los mensajes, así que opto por apagar el celular.

—Lo siento...

—¿Quién es "Tu deseo prohibido"? —pregunta con tono divertido.

—Mi vecino —respondo antes de atragantarme con mi propia saliva por la pregunta—. Vive al lado mío y le gusta fastidiar con que me gusta, es un demente.

¿Usar tu propia historia de vida se considera como una mentira? Espero que no. Me he vuelto tan propensa a mentir que la nariz terminará creciéndome como la de Pinocho y seré la envidia de Voldemort.

El cine queda en silencio un instante y los murmullos se alzan hasta que la pantalla enorme frente a nuestros rostros cambia los créditos de Harry Potter por la típica presentación de las productoras antes de comenzar una película. Me acomodo en mi asiento y saco otro puñado de palomitas.

La película ha comenzado.

Recorro un extenso camino de tierra que está adornado con flores de campo a los costados, el viento mece mi cabello, las montañas se ven cubiertas de nieve, el cielo está despejado y escucho el cántico de niños pequeños que viene desde ningún sitio. Miro mis pies descalzos tocando la tierra. Es una extraña sensación la que siento. Inspiro el puro aire y doy vueltas con entusiasmo ahora por un prado. Los pájaros canturrean a mi alrededor mientras agitan sus alas. Entonces todo guarda silencio, es la voz del viento la que habla esta vez; es una melodía lúgubre, tanto así que el cielo se torna gris. Intento hablar para saber qué rayos pasa, pero cuando abro mis labios de mí sólo sale humo. Miro mi mano, estoy fumando un cigarrillo, el cual lanzo al suelo. La tierra bajo mis pies ahora es de madera oscura. Alzo mi cabeza y me encuentro en una oficina que

solamente consta de un escritorio y una silla que está de espaldas a mí. Alguien de traje blanco ocupa la silla, puedo verle brazo apoyado en ésta y la mano con un habano encendido. Intento otra vez hablar, pero no puedo. Avanzo con precaución hasta la mesa sintiendo en mi espalda que algo me apunta. Mis piernas chocan contra el escritorio y debo sostener mi cuerpo en él para no caerme. Mi gesto hace que la persona en la silla sacuda su mano para tirar las cenizas a suelo, luego la esconde y lentamente se gira para revelar su misteriosa identidad. Doy un paso hacia atrás al ver su rostro, el sujeto del traje es...

Abro mis ojos como platos y me acomodo en la silla. Mis parpados son pesados. Quiero pegar un bostezo enorme, pero me contengo al ver que Cole se gira en mi dirección.

—¿Te gustó la película? —pregunta con su tierno tono.

Apenas recuerdo en qué momento me quedé dormida. Lo cierto aquí es que ese tipo de películas no son de mi gusto.

—Oh, sí. Y la banda sonora es... excelente.

Mentirosa.

Vamos, consciencia mía, Cole se sentiría muy mal si le decimos que dormimos toda la película. Fue pura suerte el haber despertado en el final, de lo contrario, la sonrisa en su rostro quizás sería una expresión de decepción. He tenido suficiente este día como para sentirme culpable.

Al salir del cine el aire frío se adentra por mi ropa por lo que tengo que encorvarme como una anciana y abrazarme a mí misma para entrar en calor. Mi nariz es fría y mis mejillas no se quedan atrás. Dado a mi flamante conocimiento en libros, sé perfectamente que éste gesto desatará uno amable por parte de Cole y, probablemente, se quitará su

abrigo para ponerlo sobre mis hombros. Yo me negaré y le diré que él podría coger un resfriado, entonces él insistirá y dirá que está bien.

—Usa esto —Y como lo suponía, Cole se quita su abrigo y lo coloca sobre mis hombros—, luego me lo regresas.

—Gracias.

Respondo omitiendo todo ese cuento absurdo de negarme a recibirlo, creo que ya está demás gastar saliva cuando el resultado ya es de conocimiento.

Me corrijo: del conocimiento de todos, ¿verdad?

—Te iré a dejar a tu casa —dice encaminándonos al paradero.

—No, espera a que llegue el bus conmigo y seré feliz.

Cole se encoge de hombros accediendo y vuelve a acomodar su abrigo en mis hombros apenas éste comenzaba a deslizarse. Nos encaminamos al paradero más cercano y nos sentamos en la banca, la que milagrosamente está en buen estado y sin ningún rayón.

—Gracias por la película, las palomitas de maíz y la bebida, Cole.

—No hay de qué. —Me guiña un ojo y sonrío con dulzura—. Cuando quieras volvemos.

Si eso llega a pasar cruzaré los dedos para que nos toque ver una película más cursi, llena de besos, abrazos y palabras que le provocarían diabetes a cualquiera.

—¿Sabes? Me parece tan extraño que no seas un papanatas —confieso mirando el cielo. Cole no dice nada, así que volteo para ver qué expresión tiene. Para mi sorpresa, él ya está mirándome, lo que me hace

contraerme y carraspear con nerviosismo. Todos sabemos que dos personas, que tienen atracción entre sí y están solos en la calle, sentado en una banca, terminarán intercambiando saliva—. ¿Qué pretendes? Eres demasiado perfecto para ser real.

Lo observo un instante con sospecha, achinando mis ojos. Cole echa a reír a carcajadas.

—Rayos —dice—, me descubriste —Se torna serio de pronto enderezando su espalda—. Soy traficante de órganos, toda esta salida fue un engaño y ahora vienen mis compañeros a secuestrarte. ¿Tus últimas palabras?

Le doy un codazo suprimiendo mi sonrisa.

—Ten cuidado conmigo —inquiero, mirando al frente con altivez— soy muy buena golpeando con mi bolso. Es sólo una advertencia.

—Lo tendré en cuenta a futuro. Ahora presta atención —Mira por encima de mi hombro hacia la calle, una luz blanca ilumina su rostro—, creo que ese es tu bus.

Volteo en mi dirección contraria. En efecto, ese es el bus que me llevará a casa. Extiendo mi brazo para hacerlo parar, la velocidad del bus disminuye.

—Nos vemos luego —le digo a Cole, volteando a verlo.

Él está relativamente cerca y, sin preverlo, toma mi rostro con sus manos para luego plantar un beso sobre mi frente.

—Adiós, Murph.

...

Los Locos Adams se han vuelto aún más dementes buscando sus abrigos, las llaves, dinero, entre otras cosas. Chloe va de lado a lado con su celular siguiendo a los trillizos, Amira y Emer le siguen detrás. Jollie anda con un espejo en su izquierda y con su diestra sostiene su rizador. Papá habla por teléfono y Finn también. La abuela ve la televisión, Saya escribe en su agenda y yo estoy sentada en el sillón junto a la puerta esperando a que todos estén listos para salir.

Como es de costumbre siempre hacemos las compras navideñas antes que todo el centro comercial se vuelva un caos. En el almuerzo papá dio la idea de hacerlo en la tarde y así ser los primeros en la calle en armar el árbol de Navidad. A los más pequeños de la familia les encantó la idea, sobre todo cuando Saya sugirió comprar una nueva estrella para poner en la punta del árbol. Todos accedimos con gusto. Después de lavar los platos, ordenar la casa y hacer algo de aseo, se suponía que nos marcharíamos; sin embargo, las cosas no han salido precisamente como lo hemos previsto.

Y como siempre, yo soy la única que está lista para salir.

Lo malo de ser la primera es que siempre mis intenciones por leer algo o distraerme se ven interrumpidas cuando por arte de magia todos se alistan. No sé cómo lo hacen, pero aquí entre nosotros, comienzo a creer que mi familia de verdad son magos, quizás hasta seamos descendientes de los Weasley. Eso sería realmente genialoso, además explicaría por qué somos tantos.

¿Sabes qué otra cosa es lo malo de ser la primera en arreglarme? Que tiendo a divagar más de lo acostumbrado y mis divagues siempre terminan como una Murphy Reedus intentando resolver sus problemas. Me pasó anoche después de fantasear con el beso en la frente que Cole

me dio. Me estaba revolcando en mi cama como una demente que intenta soltarse de sus correas cuando recordé que mi celular estaba apagado. Al encenderlo me encontré con los mensajes de Jax y mi deber por informarle quién es su madre se resumió en la tonta idea de decírselo anónimamente en una nota que colocaría bajo su puerta. Luego de descartar mi primera idea, decidí contárselo a Spencer para que él, como su amigo, se lo dijese; no obstante no todo podía ser tan sencillo y cuando le pedí a Jollie su número me dijo que él anda en no-sé-qué lugar lejos de toda la tecnología.

Muy conveniente de tu parte, Señor Destino.

Al final de mis trágicos pensamientos relacionados con el "innombrable", decidí dejar de pensar en ello, olvidar que él y yo hablamos, olvidar todos los sucesos en los que nos vimos involucrados, olvidar quién es su madre, dejar que su mismo padre se lo comente. No vale la pena quebrajarme la cabeza pensando en farsantes con apetitos carnales.

En resumen: Olvidar que existió...

—Mierda.

Cubro mi boca con ambas manos y agrando mis ojos con sorpresa. Esa grosería se me ha escapado de casualidad, lo juro. Por suerte nadie anda cerca como para haberlo escuchado. Yo sé que se están preguntando por qué la expresión grosería y totalmente repentina, pero sus motivos son obvios. El característico sonido de la moto de Jax cesa frente a nuestra casa. No hago la tentativa de asomarme por la ventana, porque sé bien que está afuera, puedo escuchar el rechinado de la reja al abrirse y cuento los pasos hasta detenerse frente a nuestra puerta. La golpea y sé que la persona que debe abrir soy yo, pues todos los demás

están metidos en sus asuntos. Pero no quiero. Doy un salto fuera del sofá y voy en busca de Emer, mi inexpresivo favorito, cualquier mentira sale verídica de él.

—Emer, ven aquí —Lo llamo con voz baja. Mi querido hermano camina con toda la tranquilidad del mundo hasta mi encuentro, me mira de pies a cabeza y espera a que vuelva a hablar—. Necesito que le digas al sujeto de afuera que no estoy en casa.

—¿Por qué? —pregunta con la voz monótona.

—Porque yo no quiero verlo, tampoco deseo hablarle, y tú eres el perfecto candidato para decírselo. ¿Entiendes?

Emer sacude sus hombros y camina hasta la puerta. Yo me oculto al otro extremo de la sala para darle indicaciones.

—¿Está Murph? —pregunta Jax apenas le abre. Emer me mira de reojo, luego vuelve a mirarlo negando con la cabeza— ¿Dónde está?

Emer vuelve a mirarme esperando a que le dé alguna indicación, le hago un gesto desesperado para que le responda que no sabe, el que capta tras unos segundos. Otra sacudida de hombros es todo lo que obtiene el unineuronal como respuesta.

—¿Sabes que estudio teatro, niño? Sé que ella está aquí y que tú estás mintiendo. —Jax hace un intento por entrar, pero hábilmente Emer no lo deja.

—No está... —le responde y vuelve a mirarme en busca de ayuda. Le hago un gesto para que le diga que si no se marcha lo golpeará y llamará a la policía, pero Emer no hace más que fruncir el ceño— ah, fue a boxear.

—¿Boxear? —inquire Jax con incredulidad, conociéndolo probablemente está frunciendo el ceño tanto como Emer— ¿Desde cuándo la Suicida boxea? Demonios... —Coloca sus manos en la puerta y pone su cabeza entre el umbral— ¡Sé que estás ahí, Murph!

—No está —vuelve a decir Emer.

—Has estado pidiéndole indicaciones todo este tiempo, Mr. Robot —le recrimina Jax, forcejeando para entrar. Emer termina dándole una patada en la espinilla y cierra la puerta de golpe—. Tu novio es muy insistente —espeta y se marcha.

Suelto un bufido. Tengo unos fervientes deseos de arrancarme la piel por lo obvia que ha sido la situación. Tampoco es lo mío quedarme oculta en un rincón esperando que alguien resuelva mis problemas cuando tengo una lengua demasiado afilada para hacerlo por mí misma, pero esto me supera. Quizás más de lo que pensaba, hasta me sudan las manos y tengo revuelto el estómago.

—Murph... —Jax golpea la puerta otra vez—, no seas cobarde y da la cara.

Mi manos se convierten en un puñado de carne y avanzo hasta la puerta. La abro un tanto sólo para ver su rostro y encontrarme con sus azules ojos.

—Lárgate si no quieres que te arranque tus estúpidos ojos. Adiós. — Quiero cerrar la puerta, pero su pie se interpone entre medio. Sabía que esa podía ser una consecuencia por abrir la puerta, pero no pensé que la usaría. Parece que Jax sí piensa después de todo. Idiota—. Te lo advierto una vez más; si te veo otra vez aquí y tocas a la puerta te castraré, freiré tus partes y se las daré a *Coffe*.

—¿Coffe? —pregunta arrugando el ceño— ¿Quién demonios es Coffe?

—El perro del vecino.

¿Cómo puede actuar tan normal después de lo que me dijo? No, la pregunta correcta aquí es por qué no lo he golpeado en su fea nariz. Ah, claro... no soy una persona violenta, o mejor dicho, aunque mis deseos son hacerlo añicos sé que no es lo correcto.

—¿Hablas del chihuahua a dos casas de aquí?

—¡No, hablo del pitbull del vecino de atrás! —exclamo con exasperación— Ahora, hazle un favor a la humanidad y piérdete.

—Murph, ¿qué sucede? —Blanqueo los ojos temiendo a lo que posiblemente ocurrirá. Papá camina hasta la puerta y se sonríe cuando ve a Jax asomado— ¡Eh, Jax! ¿Qué haces ahí afuera? Pasa, pasa.

¡Oh, vamos! ¿Qué sigue? ¿Qué nos acompañe al centro comercial?

—Sr. Reedus —saluda Jax con un ademán—. Su hija no me quería dejar entrar.

Esquivo la mirada de Jax, pero no la de papá. ¿Cómo podría hacerlo cuando su enorme mano se posa sobre mi cabeza y revuelve mi cabello? Amo a papá con todo mi ser, pero que sea tan amable con todo el mundo me trastorna, sobre todo que sea tan amigable con Tenorio.

—Se pone tímida cuando se trata de romance y esas cosas. El otro día la encaramos porque...

—Maldición, papá —Un gruñido furioso emerge de mi interior—. No digas nada.

Espero que haber maldecido haya sido de impacto para que no le cuente a Jax sobre los test de embarazo.

—Bien, bien... no lo contaré —Hace una mueca y se vuelve hacia Jax—. Estamos saliendo para hacer las compras navideñas, ¿quieres acompañarnos? —Un «crack» es el sonido que hace todo mi ser al partirse en dos. Niego con mi cabeza mientras en silencio le advierto a Jax que rechace el ofrecimiento de papá, cuando me mira por una centésima de segundo comprendo que hoy es el día de hacer sufrir a Murphy Reedus, así que su respuesta no me sorprende—. Genial, llamaré a los demás.

Papá se adentra por el pasillo hacia la cocina. Jax y yo quedamos en la sala, solos, en silencio, mirando a la nada. Tengo la mandíbula tan apretada que comienza a dolerme, mis manos son un puño enfurecido con ganas de estrellarse en cualquier lugar. Intento verle el lado positivo al asunto, pero no logro conseguirlo.

—Escucha —hablo con sequedad. Me acerco a Jax hasta tenerlo en frente y lo agarro del cuello de su camiseta blanca bajo su singular chaqueta de cuero—, si llegas hablarme o tocarme, sea un roce adrede o casual, considérate muerto —advierto—. Tengo suficiente con respirar el mismo oxígeno que tú.

Capítulo 31: "Estoy contigo - Parte 1".

Me siento flotando sobre el mar, meciéndome en un baile tranquilo de las olas. Un silencio acompaña el azulado cielo que yace en la lejanía. Es extraño, no puedo sentir nada, como si estuviese en un sueño siendo un ente que nadie puede ver ni tocar. Un cosquilleo baja por mis sienes e intento comprender de qué se trata, pero no puedo moverme... o mejor dicho, no sé cómo. Ahora el cielo azulado se torna más lúgubre, un rostro no me permite ver más allá y deja su rastro cuando se mueve por encima de mis ojos. Me está mirando. Otro rostro se le suma y noto que sus labios se mueven con lentitud. Debo estar viendo una película en cámara lenta, porque todo resulta muy extraño. No entiendo qué intenta decirme, su voz es densa y monstruosa, muy grave e imperceptible como una canción en retroceso. Frunzo el ceño, confusa. Mojo mis labios para hablar, pero en cuanto lo hago el sabor a sangre provoca que quiera escupir; sin embargo, me contengo e inspiro hondo para hablar. Nada, no puedo. ¿Qué me está pasando? ¿Por qué todo se ve tan irreal? Cierro mis ojos y recuerdo la cafetería, la espalda de Jax, y yo intentando seguirlo... recuerdo la calle, la luz roja y luego el espantoso ruido de una frenada. Entonces, un pitito invade mi cabeza, las voces rebobinando vuelven a la normalidad, los murmullos de las personas se hacen más claros y un punzante dolor en todo mi cuerpo. Sé que duele, pero es tanto que siento un calor abrazador del que quiero escapar.

—Tranquila —Una mano acaricia mi cabeza y luego seca mis lágrimas—, yo estoy contigo.

Tuve un accidente, no hay que ser un genio para deducirlo. ¿Pero cómo ocurrió?

Intento recordar los acontecimientos, cerrando mis ojos. El dolor en mi cabeza es punzante y no cesa, pero es necesario esforzarme un poco más para comprender la situación que me envuelve.

Estaba con la frente arrugada, había una tensión leve entre mis cejas. No podía distraerme en mis asuntos, ni conseguía leer el libro que ingenuamente pretendía leer de camino al centro comercial. No era el olor cítrico su perfume lo que me molestaba, sino el tenerlo tan cerca; mi cabeza estaba apoyada en su brazo y con el auto estático podía sentir como su pecho se inflaba al respirar. Era obvio que en ocasiones me miraba porque sentía el aire de sus pulmones chocar contra mi cabeza.

Todos los Reedus iban como sardinas en la van Toyota Hiace de papá, uno al lado del otro, apretujados.

Claro, entre los pelirrojos había un infiltrado castaño.

Jax se sentó junto a la ventana, lugar que siempre es de mi preferencia y que siempre ganaba estratégicamente. No sé cómo llegó a sentarse allí, pero lo hizo. Mi ceño se arrugó mucho más cuando pensé en ello.

Llegaba de "visita a mi casa", aceptaba asistir a una salida familiar y me ganaba el asiento junto a la ventana... ¡Qué descaró!

¿Acaso no tenía nada más interesante que hacer además de poner su trasero en mi asiento predilecto y respirar tan roncamente?

Intenté acomodarme, mas fue imposible moverme siquiera un dedo. Al final, después de minutos que me fueron eternos, terminé yendo todo el camino apegada a su hombro. Fuimos el prototipo de pareja tierna, o eso quedó en claro cuando Saya y la abuela voltearon y nos vieron por encima de sus asientos.

En definitiva, una vez que bajé de la van, la expresión «aw» dejó de estar en mi lista titula: Sonidos para hacer cuando veo o escucho algo tierno.

Con la misma expresión de poker, seguí a los demás hasta la enorme puerta de vidrio. Fue el mismo Jax que la abrió para mí cuando Finn la cerró y me sacó la lengua a modo de travesura. La enseñé el dedo corazón antes de que me diera la espalda. Al abrir la puerta y permitirme entrar, Jax se colocó a mi lado e, inclinándose levemente en mi dirección, pronunció un locuaz «de nada». Omití darle una respuesta a la sugerencia bien escondida que me decía ser más amable con los demás. Jax no era precisamente el indicado para darme esas clases.

Apenas entramos, las miradas de las niñas, las adolescentes, las jóvenes y las mismas ancianas, se posaron sobre mi compañero de Expresión Vocal. Y él lo notaba, su pecho se infló y la sonrisa ladina fue mucho más arrogante que de costumbre. Le di puntos por su ingenio al estudiar Teatro, si de llamar la atención se trata, Jax es perfecto. Y luego de darle una buena ojeada, estaba yo: la pelirroja malhumorada que despedía una aura sacada del mismísimo inframundo.

—Murph... ¡Tercera!

Saya fue la que me distrajo de la tentación que te incentiva a creer que es buena idea tener poderes para espantar a todas esas personas que te miran raro. Agradecí que lo hiciera antes de volverme en una próxima genocida.

—Dime.

—¿Podrías llevar a los niños a la juguetería? —Antes de que terminara de hablar, capté que los trillizos prácticamente colgaban de sus piernas y

le rogaban ir a la enorme juguetería del centro comercial—. Que Jax te acompañe, si no es mucha la molestia.

Iba a negarme, no porque no quisiera llevar a los niños a jugar (a veces la juguetería tiene juegos atrapantes y uno se distrae con facilidad), sino porque mencionó a Jax, mi grano en el culo.

—Yo no tengo problema —dijo Jax.

Le lancé una mirada recelosa. No me libraría de él a menos que me encerrara en el baño de mujeres —cosa que no iba hacer—, así que decidí arrastrar conmigo a Jollie. Ella no puso reparos, los trillizos y ella siempre se alocaban en lugares así.

—No me dejes a solas con Jax. —Me aferré al brazo de mi hermana mayor para que fuera consciente de que no estaba jugando con mi petición. Ella sólo asintió y volvió su vista hacia los trillizos que corrían hacia la juguetería.

Hasta llegar a la enorme tienda todo marchaba bien. Los niños se entretuvieron con una pista de autos, imitaban los sonidos de los motores y recreaban una pista imaginaria en el aire. Jollie por su parte estaba quejándose con su expresión de la figura de las muñecas; decía que creaban un estereotipo de chicas que les enseñaba a las niñas a creer que para ser alguien en la vida debían ser esbeltas, ojos claros y muy delgadas. Desde una sillita de madera junto a una mesa de dibujo, le di la razón, pero no quise meterme más en el tema. Jax dejó su interés por los juegos de mesa y se acercó.

—Tenemos que hablar.

—No tengo nada hablar contigo. Nunca más. En la vida. —Apoyé la barbilla mi mano, mi brazo estaba bien firme sobre mi muslo. No quise

darle un vistazo a Jax hacia arriba, el muy indecoroso tapaba mi visión de los enormes pasillos de la juguetería con sus jeans gastados.

—Hay muchas cosas que hablar, y lo sabes —insistió, agachándose y quedando a mi altura.

—Todo quedó dicho en la torre de la universidad. Ahora, si me permites, debo ver a mis hermanos.

Me esforcé en levantarme de la silla, pero Jax me sostuvo por los hombros y me obligó a sentarme. Antes de recriminarle su gesto colocó su dedo índice sobre mis labios y los presionó.

—¿Por qué eres tan terca? Estoy tratando de explicarme, Murph.

—Ah —me carcajeé ofendida—, soy Murph, deje de ser la... ¿cómo era? Dama de Plástico. No tienes que explicar nada, Jax, puedes buscar tu siguiente reto cuando quieras. Oh, espera, creo que ya lo encontraste.

Sí, lo dije por la rubia de lentes de la biblioteca.

No, no digan que lo dije por celos.

Me levanté de golpe antes que me obligase a permanecer un segundo más frente a él. Inestable en su posición, casi cae de trasero al suelo, pero logró estabilizarse. No miré atrás, quería volver a encontrarme con mis hermanos y Jollie.

Busqué en la tienda, llamándolos por sus nombres, pero para mi sorpresa, se habían esfumado. Supe que mi advertencia no le causó una pizca de temor a Jollie.

Me aloqué buscándolos una vez más por la juguetería sin encontrarlos e intenté llamar a Jollie sin que me conteste. Mi vena paciente se inflamó.

Me sentí abandonada en el centro comercial, como una indefensa niña. Gracias al cielo tenía mi celular, y antes que Jax llegase a mi lado para continuar diciendo su "Tenemos que hablar", marqué a papá.

—¿Dónde rayos están? Jollie me dejó tirada en la juguetería.

—*Estamos en la tienda Chroma comprando manteles navideños*—
respondió—. ¿Por qué no disfrutas tu momento a solas con Jax?
Tranquila, pásenla bien.

¡Eso era precisamente lo que no quería!

Me espantaba la idea de tener que verlo con su expresión seria. ¿En qué momento Jax se había convertido en alguien maduro?

Corté.

Papá estaba de parte de Jax, ¿qué pretendía con eso? ¿Acaso quiere un nieto con los ojos azules? Negué con la cabeza ante esa idea.

«Ni en mis pesadillas», pensé.

Volteé mirando a Jax, sabía lo que esperaba, pero me negué una vez más a querer hacerlo. ¿Por qué debía escuchar los parloteos y las excusas de alguien que sólo me vio como un reto? Sí, ajá, debía escuchar lo que tenía que decir, pero él no escuchó lo que tenía que decirle cuando leyó mi diario.

Estábamos a mano.

Apresuré el paso por el hall del centro comercial, esquivando a las personas y prescindiendo de los llamados que Jax hacía a unos pasos atrás. Fue cuando me retuvo del brazo, y ninguno de mis forcejeos logró

dejarme en libertad, entonces, una vez que desistí de mis intentos, me soltó.

—Dime cinco razones por las que me odias y yo te daré mil razones por las que deberías amarme.

—¿Qué?

—Lo que oíste —respondió.

Debí haber adivinado lo que pretendía. Jax usó su única neurona funcional, y sin mentir, le salió muy ingeniosa.

—Bien —accedí, entonces comencé a enumerar—. Razón uno: eres un mujeriego. Razón dos: eres irresponsable, arrogante y mentiroso. Razón tres: tienes una pésima ortografía. Razón cuatro: tienes un estúpido juego sobre chicas para alimentar tu ego. Razón cinco: apestas a...

Y pasó... Jax me besó. ¡Pero, hey! No saquen sus conclusiones precipitadas, yo también creí que lo hacía porque así lo dictaba su corazón y ya estaba pasando lo que ocurre en todas las historias, que empezaría a proclamar su amor por mí y diría que la noche en que dormimos juntos fue la mejor de su vida. Ya saben, siempre pasa lo mismo, y como estoy envuelta en un cliché, ya me estaba haciendo la idea mientras intentaba apartarlo sin éxito. Ese beso sólo fue parte de su siniestra actuación, el objetivo real de Jax era otro.

Lo descubrí cuando logré apartarlo de un empujón. De la pura rabia lo abofeteé y el impacto llamó la atención de las personas que pasaban por nuestro alrededor. Éramos el centro de atención. Algunos exclamaron de asombro por mi cachetada, otros se carcajearon, algunos reaccionaron con pasmo. Me quería enterrar viva, pero la función recién comenzaba.

Miré a Jax, con su mejilla algo roja y una macabra sonrisa ladina que me desafiaba.

La actuación de los amantes problemáticos comenzó:

—No esperes de mí una frase poética de libro o un me gustas... Mucho menos un "tú me cambiaste", las personas no cambian a otras, sólo influyen para hacerlo. Tampoco esperes un "lo siento, no debí estar con nadie más que contigo", somos lo que somos y así se debe apreciar. Me conociste siendo un idiota y de ser así nunca estarías acá. No me arrepiento de nada de lo que he dicho y hecho. Me estoy presentando ante ti tal cual soy, sin máscaras, sin tapujos, sin juegos y chistes. Me estoy presentando ante ti porque te quiero, porque todo lo que dije antes fue un error, porque realmente comprendí que soy dependiente de ti, Murph. No te quiero como una compañera más, no te quiero como alguien pasajero, te quiero conmigo por el resto de mi vida, como mi complemento.

Fue tan dramático y sentimentalista que todos en la audiencia dijeron el espantoso «Ahh» lleno de ternura, como si la propuesta de Jax fuera real. Al mirar con más detenimiento me fijé que nos habían encerrado, rodeándonos. Por mi parte, quise lanzarle un *Avada Kedavra* que lo dejara bien tieso, porque, aunque estaba inquieta por el número de personas que cotilleaba sobre nosotros, una parte de mi cabeza consiguió captar las palabras de Jax, y su actuación casi perfecta por una centésima de segundo me hizo que todo lo que había dicho creer que era cierto.

«Te quiero conmigo por el resto de mi vida, como mi complemento» eso no podría decirlo el Jax real a menos que una pistola lo estuviera apuntado justo en la sien.

No obstante, si él quería jugar a ser sentimental, también lo haría yo.

—Me traicionaste —lo acusé, poniendo la más penosa de mis expresiones faciales—, y fui una tonta al creerte. Fui parte de tu juego y me decepcionaste. ¿Por qué debería aceptarte ahora? ¿Qué me afirma que no estás mintiendo ahora?

—Si vine hasta aquí fue para arreglar las cosas, ¿es que no tengo derecho a dar una explicación? —Algunos le dieron la razón asintiendo.

—¿Fuiste capaz de escuchar la mía? No, en lugar de eso actuaste peor que antes. —Apreté mi mandíbula y no pestañeé hasta que mis ojos se hincharon y un picor me fastidió—. Maldición, Jax, ni siquiera debías enojarte conmigo en esa noria cuando intentabas jugar conmigo todo el tiempo... ¡Hasta te ayudé con tu madre! Ponte en mi lugar. Si te ofendí en la noria al decir que piensas con cada huevo entonces eres un hipócrita, porque aquel día en la torre demostraste que así es. ¿Qué dirás ahora? ¿Qué lo hiciste por celos?

Sacudí la cabeza, negándome a creerlo. La audiencia vociferó un «uh» que en su mayoría era de mujeres. Me abracé esperando que Tenorio contraatacara simulando que unas enormes ganas de llorar me invadían.

—Actué mal, pero no sé qué es lo que te sorprende de eso. No entiendo por qué estás tan ofendida, si realmente no te importara tú...

—Porque pensé que, dentro de lo inverosímil que suena, era tu amiga —le interrumpí—. Una muy rara, tal vez —agregué con la voz baja—. No pensé que sería un reto que sobrellevar para pasar a la siguiente ronda.

Sus ojos azules se agrandaron. Había que parar la función y la manera más coherente de hacerlo era saliendo lo antes posible de allí. Me esforcé un poco más y terminé con los ojos llenos de lágrimas, las cuales sequé con el dorso de mi mano. Mi barbilla era temblorosa y mi nariz se calentó provocando que más lágrimas salieran. Asentí en silencio, asumiendo una derrota en una guerra sin cuartel. Finalmente, busqué una vía factible para ponerle fin al espectáculo y salí corriendo, asumiendo que Jax no me dejaría escapar tan fácilmente.

El unineuronal no quedó satisfecho; me tomó al brazo y me arrastró a una tienda de ropa cercana hasta que ambos quedamos encerrados en el probador.

—¿Qué haces? Pensarán que estamos robando o algo por el estilo.

—Entonces no te muestres sospechosa y quédate acá —ordenó, tomando la manilla de la puerta para ponerle seguro—. Ya no tienes escape, arreglaremos las cosas por las buenas o por las malas.

Me sentí acorralada.

—Yo ya dije todo lo que pretendía decir —contesté, sentándome en el banquillo de madera junto al espejo pegado a la pared—. ¿Qué dirás en tu defensa?

Capítulo 31: "Estoy contigo - Parte 2".

—No vine aquí para darte excusas...

Se calló un instante. La puerta del probador fue golpeada.

—No pueden entrar de dos al probador —amedrentó una voz femenina del exterior, seguramente una de las vendedoras de la tienda (la cual ni siquiera me fijé de qué era)—. Tampoco puede entrar si no se probaran algo.

Tenorio me hizo una señal para que guardara silencio justo cuando iba a responderle que estábamos aclarando algunos asuntos serios. Lo agradecí luego, pues su respuesta fue mucho mejor; abrió la puerta y asomó la cabeza hacia afuera, entonces dijo:

—Lo lamento, pero mi chica tiene un problema con su... uhm... —Se volvió esperando que le diera una ayuda. Miré mi vestimenta; unas botas marrones, jeans ajustados, una camiseta blanca con líneas horizontales rojas. No había nada destacable que pudiese usarse como excusa, al menos no para mí—, con su sostén —dijo en tono bajo para que nadie más escuchara.

—Oh, está bien... pero por reglas de la tienda no pueden estar dentro mucho tiempo.

—Serán unos minutos nada más. —Y volvió a cerrar la puerta, quedando solos—. El cuello de tu playera es demasiado grande, te inclinas y se te ve todo el sostén. ¿Qué tienes con la ropa interior infantil?

Me tapé el pecho con ambas manos sintiendo un rubor en mis mejillas. Me acomodé la camiseta y fingí no haber escuchado la pregunta. No

tengo nada con la ropa interior que lleva estampados de puntos o cosas tiernas, simplemente me gustan. Además, encontrar sostenes que *compensen* mi tamaño es complicado, siempre debo buscar los de adolescentes.

Alcé mi cabeza, Jax tenía su sonrisa ladeada y se había cruzado de brazos, pero estaba pensativo.

—¿Realmente creíste que eras mi amiga? —preguntó volviendo al mundo terrenal.

Cuando sus ojos azules dieron con los míos no supe si era buena idea mentirle o decir la verdad.

Preferí responderle con sus mismas palabras.

—¿Realmente quieres pasar el resto de tu vida conmigo como "tu complemento"? —Enfaticé lo último, burlándome de sus dramáticas palabras.

—Yo no tengo problemas —dijo—. Eres arisca, malhumorada, egoísta, prejuiciosa y fea, ¿pero qué más da? Me gusta tener a la Mona Chita a mi lado.

Le di un pisotón que podría hacerlo dejado sin pie. Su sonrisa mordaz fue reemplazada por una expresión como la que tiene un sujeto en el metro con ganas de llegar a su casa y meterse al baño para hacer del dos.

Lo siento, fue asqueroso, pero mi cerebro no está pensando correctamente. Creo que me golpeé la cabeza demasiado fuerte.

Y por un minuto había olvidado que estaba molesta con él, y habría seguido así más tiempo si él no hubiese hablado.

—Lo digo en serio, Murph, me gusta estar contigo.

Mis cejas volvieron a tensarse y la arruga entre ellas se dibujó otra vez. Toda mi expresión era la de una vieja amargada en el metro a la que no le cedieron el asiento. Solo me faltaban las bolsas e ir golpeándole el brazo a alguien con ellas.

Sin embargo, en mi interior... Bueno, allí las cosas eran muy diferentes. Basta con mencionarles que mi corazón era un tambor que golpeaba contra mi pecho con una rapidez asombrosa.

—Y no lo digo porque fuiste parte de mi absurdo juego —agregó—. Estoy completamente consciente de que fui un estúpido, y cien por ciento arrepentido de lo que te hice y dije en la torre. Estaba molesto y tuve un día de mierda —iba a protestar, pero una vez más me lo impidió—. No tengo ninguna excusa para decirte, no tengo con qué defenderme por querer jugar contigo, no tengo nada que decir respaldando las cosas que te dije en la torre de la universidad. Sólo quiero volver a la rutina de antes. ¿Me disculpas?

—¿Lo dices de verdad?

Asintió.

—Lo digo en serio. Sí hay algo de cierto en lo que te dije antes. Me estoy presentando ante ti como Jax Wilson: unineuronal y mujeriego. Un gusto.

—Eres un asno —le recriminé al ver su sonrisa. ¿Cómo podía sonreír en un momento así?—, pero yo también lo fui. Dije muchas cosas en tu contra cuando apenas te conocía, escribí eso en mi diario sin conocerte totalmente, y no soy una santa —Me encogí de hombros resoplando—. No debí juzgarte, supongo que ese fue mi gran fallo.

—Olvidaste decir los otros, como que eres orgullosa y tienes una lengua afilada.

Alcé una ceja (o intenté hacerlo). Jax se colocó en cuclillas quedando unos centímetros más bajo que yo, y apoyando sus brazos sobre mis piernas, alzó la cabeza y me miró.

—¿Qué? —interrogué mientras enderezaba mi espalda.

—¿Amigos?

Chasquéé la lengua, negando con la cabeza.

—Dijiste que con "tus amigas" siempre terminas teniendo sexo salvaje.

—Bueno, contigo ya pasé por eso.

Otra vez mi desliz salía al aire. Siempre estaba allí.

—Si esto es parte de un engaño y quieres jugar conmigo otra vez, prometo hacerte añicos. —La sonrisilla ladina de Jax fue remplazada por una ráfaga de temor que duró un segundo, probablemente imaginando su fatal desenlace.

—Estoy siendo sincero, Suicida.

—Bien, disculpa aceptada. Otra cosa: ¿era necesario el beso?

—Este machote necesitaba sacrificar una de sus mejillas para que no escaparas tan fácilmente.

Blanquéé los ojos e hice una mueca al ver que extendía su mano para estrecharla como símbolo de hacer las paces y ser *amigos*. A regañadientes la estreché, pero cuando quise soltarla, no me dejó. Lo miré interrogante.

—Te necesito —dijo con voz baja, muy serio. Me inflé como un globo, para luego desinflarme cuando continuó—. Te necesito para acabar lo que empecé.

Lógicamente no estaba hablando de su juego, sino de la búsqueda de su madre. Me mordí los labios a sabiendas que su madre es Penny, mi antigua jefa. *La mano derecha de Lucifer*. Sentí miedo asimilando su posible reacción.

—Jax...

Antes de hablar sobre Penny, los golpes en la puerta volvieron. Enmudecí al instante, dejando que todo mi cuerpo quedara expectante. Estaba nerviosa porque, sin bien Jax era predecible para muchas cosas, el tema de su madre era algo serio para él.

¿Cómo actuaría al saber que su progenitora estuvo todo el tiempo cerca?

La vendedora de la tienda nos volvió a llamar la atención, y esta vez no nos quedó de otra que largarnos de la tienda. Ni siquiera me había fijado al entrar que nos metimos a una tienda de lencería, cosa que calzó justo en la mentira que dijo Jax antes.

Al salir también pude percatarme que el centro comercial ya fue adornado con gigantes árboles navideños, luces colgando de las barandas, otras enrolladas alrededor de las columnas. Ni siquiera me había percatado del gigante árbol con un viejo disfrazado de Santa Claus al pie de éste, sentado en un trono y con esbeltas "enanas" que dejaban pasar a niños para que se sentaran en la falda del viejo.

Fue cuando caí en cuenta de ello que Tenorio volvió a hablar.

—¿Qué ibas a decirme?

Lo miré y, probablemente, palidecí. Los nervios afloraron y todo lo que me rodeaba se tornó en una cámara lenta. Las voces de las personas cesaron y la música navideña se oyó en la lejanía. Sólo éramos Jax y yo.

—Ya sé quién es tu madre —confesé. La expresión confianzuda de Jax se quebró—. Es Penny, la dueña de DreamCoffe.

La quijada de Jax se marcó.

—¿Cómo lo sabes? —Fue recto y algo frío.

—Fue casualidad. Estaba esperando a alguien afuera de la cafetería, me encontré con tu padre y él la reconoció. Él no quiso decirte nada porque prefirió que yo te lo dijera, ya que entre ustedes no hay mucha confianza...

Dejé de hablar porque parecía que Jax no estaba interesado en oír más. Lo noté tenso, apretó más su mandíbula y los puños. Luego de un momento digiriendo lo que acababa de escuchar, me agarró y arrastró por todo el centro comercial hasta la salida. No tuve tiempo de reclamarle, tampoco tenía muchos ánimos de hacerlo.

Nos subimos a bus más cercano y nos fuimos de camino al centro de la ciudad. Jax no estaba dispuesto a decir "pio", y no yo pretendía meterle conversa. Dejarlo pensar era lo mejor, así que decidí enviarle un mensaje a Jollie explicándole que por algunos asuntos, Jax y yo volveríamos a casa más tarde. Y sí, puse "volveríamos" porque seguramente la moto de mi compañero fue estacionada frente a nuestra casa.

El bus nos dejó a dos cuadras de la cafetería. Apenas bajamos Jax me agarró y volvió a llevarme como un amo a su perrito. Su paso era mucho

más grande que el mío, así que quedarme atrás fue sinónimo de trotar, porque eso hice prácticamente.

Mientras más me acercaba a la cafetería, mis ansias iban en aumento. Me vi en la piel de Jax, podía sentir lo mismo que él. Me metí en sus botas y sentí miedo.

Una vez dentro de la cafetería, todo fue caos.

—¡Murph! —exclamó Thiare al verme entrar, luego bajó su vista y se detuvo en la masa de piel y huesos que formaba la mano de Jax y la mía.

—¿Dónde está tu jefa? —preguntó con una voz impotente y rompiendo el agarre— ¿Dónde está Penny?

—Oye, cálmate —intervino Dell, frunciendo el ceño—. No tienes por qué estar tan... —Agité mis manos y negué con mi cabeza para que guardara silencio. Jax se acercó a la barra y volvió a preguntar por Penny—. Iré a buscarla —dijo mi amiga en voz baja.

La cafetería estaba llena, y no era para menos, es un día friolento. Algunos ya eran conscientes de que algo raro pasaba, otros (los de las mesas más lejanas) no pararon ni siquiera para saber qué pasaba.

—¿Qué pasa? —salió preguntando Penny, pero se detuvo a medio camino al vernos.

O al ver a Jax.

—¿Por qué nunca me lo dijiste? —comenzó Jax— Me viste todos los domingos aquí y nunca fuiste capaz de decirlo.

Penny palideció, sus labios se separaron del puro asombro.

—¿De-decirte qué?

—¡Que eres mi madre! —Allí fue cuando todo el mundo se alarmó. Ya nadie, absolutamente nadie, estaba metido en sus asuntos. Todos los curiosos se fijaron en Jax y mi ex jefa. Estaba a un paso más atrás de Jax, no podía ver su expresión, pero sabía que estaba molesto—. ¿Por qué no me lo dijiste...? ¿Por qué me abandonaste?

Lo último no fue una pregunta llena de furia, sino una llena de dolor. Todo el compuesto de ella reflejaba la incógnita que desde (quizá) hacía mucho él intentaba resolver. ¿Desde cuándo la buscaba? ¿Desde cuándo imaginaba tenerla en frente? No lo sabía, pero su voz rasposa y algo quebrada no fue dicha por un joven-adulto, sino por la de un niño lleno de dolor. Jax no siente ira por su madre —como yo siento por la mía—, él siente tristeza y decepción.

Ese es el largo trecho que nos diferencia.

—Yo...

La mano derecha de Lucifer no pudo decir más. Estaba temblando, su barbilla la delató. Sus ojos se cristalizaron y el azul en ellos fue más notorio al inyectarse de sangre. La imagen de una Penny recta y estricta se esfumó frente a todos sus empleados y clientes. Así que, la "amable" dueña de DreamsCoffe tuvo que tener ayuda para que su humillación no siguiera en pie.

Un sujeto, alto y robusto, se levantó de su silla y tomó a Jax del brazo.

—Sal de aquí, payaso —le ordenó, forzándolo a salir.

—Quítame las putas manos de encima —farfulló Jax, dándole un empujón y luego un puñetazo en plena nariz.

El acompañante del hombre saltó en defensa de su amigo y pretendió darle un golpe a Jax, mas no pudo tocarle ni un pelo y terminó estrellando su mano en la barra. Al advertir que ya no era bienvenido allí, Jax prefirió salir más molesto de cómo llegó.

La cafetería solo quedó con los cánticos sufridos del robusto con la nariz sangrando. Cuando decidí salir detrás de Jax, Penny alzó la voz y habló.

—Tú causaste esto —me acusó, señalándome con rencor.

—No —respondí muy seria—, usted lo hizo cuando prefirió callarse. ¡Lo tuvo frente a su nariz y nunca le dijo nada! ¿Es que no tiene corazón? Mientras usted se llenaba los bolsillos con dinero, él la estaba buscando. Tenga eso en mente.

Salí en busca de Jax, quien ya me llevaba varios pasos. Pretendí correr para seguirlo entre todas las personas que transitaban. Pasé el primer semáforo en rojo, esquivando los autos y llegué al otro lado de la calle apenas con vida. Continué corriendo para alcanzarlo. Gritaba su nombre, una y otra vez. No quería que estuviera solo en un momento así, tampoco tenía una idea de dónde iba ir a parar.

No me di cuenta que en poco tiempo el siguiente semáforo llegó, crucé sin mirar y terminé en el suelo.

Volvemos al inicio. Así fue como pasó todo.

Qué dramático, ¿no?

Presiono con toda la fuerza que dispongo la mano que sostiene la mía. Dicen que los apretones de mano significan muchas cosas: éste me da confianza. La familiaridad que siento me tranquiliza. Cierro mis ojos unos instantes, el peso de mis parpados en tremendo. Me siento muy

cansada, batallada. Los sonidos externos a mí quedan en el olvido y me concentro en el tacto. Me están acariciando la cabeza otra vez. Ahora puedo sentir con más detalle ese perfume cítrico tan característico que Jax siempre usa.

Es él.

—Jax...

Mi voz es como la de un anciano.

—Shh... —sisea y continúa acariciándome con más entusiasmo, como si eso sirviera para que el dolor que siento por todo mi cuerpo se disuelva. De todas formas, agradezco que lo haga. Se siente bien—. ¿Estás loca? No hables... —Me echo a llorar una vez más, y él vuelve a secar las lágrimas que pretenden recorrer mis sienes—. Creo que te tomaste lo de "Suicida" muy literal.

Quiero reírme, pero me duele todo, incluyendo el tórax. Abro mis ojos y su rostro es lo primero que veo, pero éste desaparece y es remplazado por otro. Los paramédicos lo apartan (o así parece) y me atienden.

Tengo un cuello ortopédico y me suben a una especie de tabla para sufiar. Me siento flotando para caer de lleno contra una camilla. Ya no veo el cielo, todo lo que veo ahora es el interior de una ambulancia.

—¿Es usted pariente? —alcanzo a escuchar antes de que uno de los hombres me coloque la máscara de oxígeno.

El otro paramédico no tarda en subir junto a Jax.

—Jax, no me abandones —le pido, cediendo lentamente al sueño mientras vuelvo a sentir su mano sobre la mía.

—Nunca —pronuncia.

No logro discernir si está lejos o cerca, pero su respuesta es reconfortante.

Capítulo 32: "Yeso, araña y libros".

¿Sabes qué es lo mejor de estar con un pie tieso? Que no tengo que moverme de la cama para comer. Estoy como en un hotel con servicio a la habitación las 24 horas del día. También que todas las personas son mucho más amables con una inocente chica que camina como una tortuga; lento y seguro. ¿Lo malo? Tener que ir al baño es un desastre, ya no tengo intimidad ni siquiera para bañarme. Todo el tiempo alguien tiene que estarme ayudando para poder agacharme. Jollie, es mi ayudante en esos casos, cada vez que necesito ir al baño ella me acompaña.

Como mi altercado tuvo su acontecimiento a una semana de terminar el semestre, no me ha quedado de otra que asistir a clases para entregar los últimos trabajos. El lunes y el martes falté por cuestiones de cuidado, porque me golpeé la cabeza y porque así lo dictó el sujeto que me atendió en el hospital. Pero el resto de los días debo asistir por obligación. No les mentiré, todo lo que me toca hacer es estar sentada, cosa que me aburre lo suficiente como para querer devorarme libro tras otro; sin embargo, no me queda de más que poner extrema atención. Solo quedan dos días para salir de vacaciones de invierno.

Sé que a la larga, andar con un pie tieso me aburrirá. Estoy contando los días para que pase el mes pronto y ser libre otra vez.

Poco recuerdo de lo que pasó en el hospital; desperté en una cama junto a una señora que no dejaba de toser. La enfermera me preguntó qué tal estaba y me examinó los ojos, luego salió de la habitación. Papá entró a

verme, después Saya y la abuela. Al otro día salí del hospital en una silla de ruedas con Denny como nueva compañera.

Denny es el yeso. Así le he puesto, ¿lindo, verdad?

Muy lindo nombre, sí.

—Murphy Reedus.

Un chico de cabello azabache y una amplia sonrisa se presenta ante mis ojos. Quiero enterrarme dos metros bajo tierra porque en mi estado sólo doy lástima. A Cole no parece importarle mucho andar hablando con una tortuga, en lugar de ello, me ayuda a caminar hasta la salida de la universidad, donde seguramente Saya me espera. Ella es mi chofer esta semana, papá lo ha decidido así.

—Cole, ¿qué tal?

—Todo bien, ¿y tú? —pregunta. Baja su cabeza a mi pierna enyesada procurando no pisar mal, y entonces vuelve a mis ojos— ¿Denny es una buena amiga?

Me echo a reír. Ayer, hablando por chat, le hablé sobre mi nueva compañera de parranda.

—Es buena guardando secretos. Y no estoy muy bien... —Inspiro profundo, lanzando un bufido luego— ¿realmente quieres ir a mi casa? Mi familia está algo loca.

Bien, bien... No solo hablamos de Denny y mi fatídico accidente. Ayer quedamos de acuerdo con que iría a mi casa, no recuerdo cómo pasó, pero así fue. Creo que fue porque lo regañé cuando me dijo que no había leído Don Quijote de la Mancha. Después de hablar, llegamos a un acuerdo: él leería uno de los libros de mi estantería, y yo tendría que ver

Breaking Bad, su serie favorita. Así que, después de la universidad, como coincidimos en la hora de salida, nos reuniríamos para marcharnos juntos a casa.

Ahora, la idea de que vaya a casa se me está haciendo muy mala. Por no decir pésima. ¡Los renacuajos de mis hermanos se volverán locos! Y ni hablar de la abuela... ¿qué apodo le pondrá a Cole? ¿También lo llamará por diferentes nombres como a Tenorio?

—Tranquila, sobrevivo a los chicos de la banda, puedo hacerlo con tu familia.

Me guiña un ojo que se ve acompañado de una sonrisa ladina. No puedo evitar regresarle la sonrisa de una forma muy boba. Me siento tan tonta a su lado con todos mis movimientos torpes y los vuelcos que da mi corazón.

Controla tus hormonas, nena.

Calla.

Al salir, Saya espera afuera. Junto al auto, baja la ventanilla y me saluda.

—¿Cómo te fue, cariño?

—Nada mal, el único problema fue ir al baño... —Iba a contarle que Greta, mi compañera, me ayudoólas tres veces que mi vejiga estuvo al borde de estallar, pero recordé que un pequeño detalle: Cole está junto a mí—. Uhm, Saya, él es Cole. Lo invité a la casa.

Saya se ha inclinado aún más para poder ver a Cole.

—Hola —saluda Cole con cierta timidez en su tono.

Saya lo está examinando, ese silencio entre líneas me parece muy sospechoso. ¿Acaso no le agrada?

—¿Solo Cole? —espeta, alzando una ceja.

—Cole Anderson —agrega.

—Bien, Cole Anderson, puedes subir.

...

Mis manos sudan, cuestión que me resulta asquerosa y penosa, sobre todo cuando Cole extiende su mano para ayudarme a bajar del auto. Antes de tomarla, la seco en mi abrigo con un disimulo nivel 100.

Saya es la primera en abrir la reja y golpear la puerta de la casa. A mi lado, Cole se nota nervioso, tiene la mandíbula tensa y con sus dedos juguetea con la uñeta que usa para tocar guitarra. El ya voy de la abuela hace que se tense aún más y enderece su espalda. Le doy un codazo capturando su mirada.

—Tranquilo, están locos pero no son asesinos en serie... aún.

Mi broma hace que despliegue una sonrisa, entonces vuelve a mirar al frente. La puerta ha sido abierta, la abuela es la causante. Entramos uno por uno a la casa y me siento en el sillón más cercano.

—¿Y este chiquillo? —pregunta la abuela acorralando a Cole en la puerta antes entra. Está muy cerca, examinándolo—. No me digas que practicarás la poligamia, Murph.

Oh, ya empezamos...

—Abuela, es un amig-

Me callo al instante. La abuela se gira en mi dirección y camina con su bastón hasta quedar frente a mi nariz. No entiendo cómo, pero su aspecto enfurecido ha aumentado su tamaño al triple. Trago saliva con dificultad, sintiendo un nudo que obstruye mi garganta.

—¿Cómo me llamaste? —pregunta con una sonrisa que promete destruirme.

—Mama, quise decir mama —respondo escondiendo mi cabeza entre los hombros.

—Eso está mucho mejor. —Asiente y vuelve a Cole—. ¿Cómo te llamas, lindo?

Cole me lanza una mirada como pidiendo auxilio.

—Cole —contesta con la voz temblorosa—, voy a la misma universidad que su nieta. Soy un amigo.

—Clem —la llama Saya, tomándola por los hombros—, ¿por qué mejor no vamos a ver esa serie que tanto te gusta? Dejemos a los chicos solos.

Por fin alguien rescata al pobre Cole, aunque me parece extraño que los demás no hayan aparecido para hacer sus extravagantes presentaciones. Eso es bueno, con lo asustado que se ve Cole quizá salga huyendo despavorido para nunca más hablarme.

—¿Dónde están los demás?

—No tengo idea —me encojo de hombros—, pero no los invoques.

La expresión de Cole, que comenzaba a tornarse más normal, se altera de sobre manera cuando vuelve a mirarme. Con los ojos enormes y señalando mi hombro, intenta pronunciar algo que no logro comprender.

—¿Qué pasa?

—¡U-una araña! ¡Una araña en tu hombro!

Contengo el aire un momento mientras mecánicamente giro la cabeza para ver mi hombro, una enorme tarántula está quieta sobre mí, con sus peludas patas, ojos cafés y los dos colmillos enormes.

—No te muevas.

Emer llega justo en el momento que mis pulmones pretendían gritar del horror. Mirando a Cole como si una soga rodeara mi cuello y estuviera a segundos de ser ahorcada, espero que mi hermano menor saque a su peluda amiga.

—Listo, está a salvo —dice Emer con la araña caminando por sus manos.

—¿Está a salvo? Casi muero de un infarto, ¿qué iba a pasar si me mordía?

Un escalofrío recorre mi cuello y me sacudo entera. Mi hermano no parece feliz —cosa que nunca demuestra si lo está—, pero se limita a negar con la cabeza, luego sube las escaleras con la araña. Ni siquiera sabía que tenía una, ahora, definitivamente, no entraré a su cuarto... ¡Jamás!

—Odio las arañas —habla Cole en un suspiro—. Si la hubiese tenido en mi hombro me declararían oficialmente pirómano: apartaría a la araña, saldría de la casa y la quemaría.

—Tendré eso en mente a futuro —ironizo, sin saber esbozar una sonrisa—. ¿Por qué no vamos por el libro y luego vemos una película?

Hago un esfuerzo en mis brazos para levantarme del sofá, Cole se apresura en ayudarme. Paso por paso, comienzo a subir los escalones, con él siguiéndome detrás.

—Espero que no compartas habitación con tu hermano —comenta al llegar arriba.

Me echo a reír de camino a mi habitación. Al entrar compruebo que un remolino ha pasado por mi habitación, todo está desordenado.

—Siento el desorden —Mi cara se torna caliente—, con el pie tieso no puedo hacer mucho.

Ajá, sí... culpa al yeso, pero el desorden estaba así desde antes de accidente.

Me siento en la cama mirando hacia el estante. Cole parece indeciso, pero le hago un ademán con la cabeza para que entre sin problemas. Sé que dos personas en una habitación es un problema, pero no creo que Cole sea el tipo de chico que se lanza sobre una chica, menos en su propia casa y asustado con la araña.

Avanza lentamente por mi habitación hacia el estante con libros, junto al escritorio donde está mi laptop. Como un anciano, se inclina y recorre los libros.

—Tienes muchos... —dice en voz baja— ¿Cuál me recomiendas?

—Te recomendaría la Saga de Harry Potter, pero no cuenta porque viste las películas. —Cole se encoge de hombros con una sonrisa culposa—. Te recomiendo *Fight Club*, te gustará.

Busca el libro y lo saca del estante, examina la portada y me mira dubitativo.

—¿Tú crees? —Camina hasta la cama y se sienta a mi lado con la cabeza fija en el libro.

—Sí, quiero que te explote la cabeza con el final. Es un libro para machos pecho-peludo.

—¡Entonces es perfecto para mí!

Me echo a reír y él hace lo mismo. Estamos sentados en la misma cama, observándonos. Un silencio surge de pronto, y por una centésima de segundo me siento embobada en él. Hasta que dos golpes en la puerta hacen que los dos demos un respingo.

—Vaya, vaya... creo que llegué en el momento más oportuno. —Jax se apoya en el umbral de la puerta y se cruza de brazos. Me está mirando como probablemente lo haría papá—. ¿No piensas presentarme a tu amigo, Suicida?

Blanqueo los ojos canalizando mi paciencia y éstos recaen en Cole.

—Cole, él es Jax —hablo, entre dientes—. Jax, él es Cole.

Capítulo 33: "Entre ambos".

Me siento una terrible estúpida. Cuando Cole me preguntó qué era Jax para mí dije que era un mero compañero de clases, ¡y ahora está en casa! No quiero parecer una hipócrita mentirosa frente a Cole, pero no creo que este sea el momento adecuado para darle explicaciones. Han pasado muchas cosas poco creíbles para informarle en este preciso momento. Lo mejor que puedo hacer ahora es lograr que Jax se vaya.

—Ahora que sabes quién es mi amigo —carga la voz en lo último—, creo que deberías inmiscuirte en tus propios asuntos, Tenorio. Cole y yo pretendemos hacer... cosas.

Jax alza una ceja. El muy... ni siquiera ha cambiado su postura altanera y ese semblante similar al que tiene papá cuando el nombre "Tony" es nombrado en la mesa. No sé qué rayos habrá pasado entre estos dos (Jax y papá) para que luzcan y actúen igual.

—¿Qué tipo de cosas? —espetea con un tono que me recuerda al de Umbridge de *Harry Potter*. Ahora que lo pienso, su madre no es muy diferente a esa insufrible mujer.

—Veremos una película, campeón —aclara Cole, ladeando un tanto la cabeza al mirarlo—, no te alteres.

La expresión quejica y pedante de mi compañero de Expresión Vocal cambia a una completamente diferente. Fingiendo un interés, que de seguro no tiene en lo más mínimo, agranda sus ojos y alza ambas cejas. No es muy diferente a los trillizos cuando algo llamativo los aloca. Hasta podría jurar que en cualquier momento de los ojos azules de Jax saldrán escarchas.

—Entonces me quedaré a verla con ustedes.

Camina hasta mi cama y se sienta entre ambos. Cole tiene que hacerse un espacio más lejos para que el culo de Jax pueda caber, y yo debo apartar mi cabello para que éste no se pille en el cierre de la tan tradicional chaqueta de cuero que Tenorio siempre anda trayendo encima. Mastico los insultos que tengo planificado decirles, así me contengo de gritárselos a los cuatro vientos. No quiero quedar como una persona susceptible —aunque bien ustedes saben que soy así la mayor parte del tiempo—, sin embargo, el simio que tengo junto a mí saca ese lado irracional sangriento y asesino.

—Jax —le llamo con mi voz más apacible, por lo tanto, no en un tono muy alto—, cariño, no te invites donde nadie quiere tenerte.

¿Cariño?

Golpe mental. Prometo que el espíritu salvaje e impuro de Tenorio no me volverá a poseer.

—¿De qué hablas? —inquire, volteando a verme— ¿Acaso no fuiste tú la que me pidió que no te abandonara?

—Eso fue en el accidente, unineuronal sin sentido común —refunfuño entre dientes—. Y lo decía porque los hospitales son fríos y despiden un aura muy extraña.

—Esa es la descripción exacta de "cierta" persona que conozco.

Me estoy preparando para que Denny le dé un pisotón que aplane su pie, pero me contengo al ver que mi invitado está con una sonrisa, como si nuestras peculiares discusiones fueran un juego. Inspiro hondo y termino botando el aire de mis pulmones en un resoplido muy sonoro.

—No importa —dice—, ya tendremos más oportunidades.

Cole me guiña un ojo y me regala una sonrisa ladina. El mar de hormonas de mi interior revolotea dentro de mi estómago como mariposas en un prado de flores en primavera. Vuelvo a sonreír como una tonta engatusada, hasta que el apestoso rostro de Jax interfiere entre ambos. Por unos segundos creí que sólo éramos Cole y yo, pero no.

La ley de Murphy siempre se cumple, soy la prueba más evidente de ello.

En la sala las cortinas están cerradas, siendo la precaria luz del pasillo lo único que ilumina (relativamente bien) el lugar. Entre las ventanas hay un equipo de música y un toca-disco antiguo que pertenecía al abuelo, de bajo de éste están los discos en sus respectivas cajas y también hay centenas de DVDs. Todos son CDs que papá grabó con música y fotografías, a excepción de las temporadas de *Game of Throne*, la serie de la que tanto delira la abuela. Cuando Cole vio la cantidad de CDs comentó que es algo loco tener tantos en una época donde casi están extintos, pero que no puede negar es nostálgico guardarlos. También comentó que tiene un cassette de Michael Jackson que pensaba seriamente en vender por eBay para pagar la universidad. Se sentó en el sofá frente al plasma gigante que papá compró hace un año —y que está más cochino que baño público y tuve limpiar con la manga de mi ropa cuando Cole cogió en bol con palomitas—. Lentamente me senté de lleno sobre el sofá estirando mi pierna entre un quejido, Denny es un completo fastidio cuando no me permite flexionar bien la pierna.

La película que elegimos fue *Luces Rojas*: Trata sobre dos investigadores Margareth y Tom, que se dedican descalificar

científicamente la existencia de fenómenos paranormales, y su trabajo marcha de maravilla hasta que un psíquico retirado vuelve a la ciudad para dar un espectáculo. Ambos investigadores intentan desenmascarar a Silver, el psíquico, pero éste parece que va un paso por encima de ellos.

La distorsión de la realidad en la película te hace dudar si lo que estás viendo realmente está pasando o si es mera imaginación de Tom. Eso me recuerda que mi maligna imaginación también me ha jugado en contra en muchas situaciones. Como cuando abrí la puerta y encontré a Tony afuera, entonces supuestamente me había besado.

Cielos, cuánta demencia...

Cállate.

Toda la casa está en silencio sumida en la tensión de la película. El suspenso está a flor de piel, es un calculador martirio que no pretende desenmarañar la agonía de saber cuál es la verdad en la película.

Mi ansiedad va en aumento y tengo que distraerme con algo. Meto la mano al bol, mas la retraigo al agarrar la mano de Cole en vez de las palomitas. Una onda de calor adormece mis mejillas y tengo que disiparla abanicando mi cara con ambas manos.

—Lo siento —le digo con una sonrisilla culposa.

Cole niega con la cabeza y me regala una sonrisa que no logro descifrar. En mi cabeza no hago más que repetirme, una y otra vez cada vez con más fuerza, que actúe normal. Vuelvo a mirar la pantalla; Tom, el protagonista que ahora ha quedado solo, se está adentrando al edificio donde Silver, el psíquico, hace su trabajo.

—¿Crees que realmente es un vidente? —le pregunto para olvidar completamente mi desasosiego anterior.

De reojo puedo ver que Cole voltea en mi dirección, entonces vuelve a la pantalla.

—No lo sé —responde—, comienzo a creer que Tom está loco.

—No está loco, él es psíquico. Y Silver no es vidente o psíquico, tampoco es ciego, solo es una persona muy ingeniosa e inteligente.

Mecánicamente, como dos gemelas coordinadas, Cole y yo miramos al unineuronal sentado entre ambos. Jax está con una sonrisa burlesca trazando sus labios y no despega su mirada de la pantalla ni siquiera para sacar una porción de palomitas del bol que está en su regazo. O mejor, para decirnos que lo que acaba de escupir es una broma de mal gusto.

—¿Te parece divertido arruinar el final de la película, Tenorio? —inquiero con deseos de agarrarlo desde la oreja para que me mire y clame perdón— ¡CONTESTA!

Busco el control de la televisión y le doy al Pause, solamente de esta forma Jax podrá prestar atención.

—¿Quieres la verdad? —me pregunta mirándome. Asiento sin más—. Sí, me divierte arruinar finales de películas que ya he visto.

—Ya nos dimos cuenta de eso —dice Cole con un sarcasmo latente que provoca que Jax frunza el ceño luego de blanquear los ojos—, pero, viejo, no tenías que ser tan infantil para hacerlo.

—¿Qué haremos ahora? —le pregunto. Cole se limita a encogerse de hombros.

—Terminemos de verla, ya da igual —responde mirando con displicencia a mi compañero de clases.

—Bien —accedo—, pero primero iré al baño.

Cole se apresura en ayudarme a levantar del sofá. A paso de tortuga salgo de la sala y avanzo por el pasillo hasta el baño que se encuentra en la última puerta de la primera planta. Es un baño pequeño y siempre tiene problemas. La verdad, es una vergüenza de baño. Pero hay que darle créditos de ser tan accesible en mi deplorable estado con Denny, tengo muchos lugares donde poder agarrarme y apoyarme para volver a levantarme.

En completo silencio, salgo del baño y avanzo por el pasillo de vuelta a la sala.

Pero me detengo antes de asomar mi mata de cabello rojizo. La curiosidad por saber qué hablan Cole y Jax es deliciosamente tentadora. Me quedo de pie junto al arco y agudizo mi audición.

—Hazlo con más fuerza... ¡Vamos! —se escucha la voz de Jax y unos jadeos por parte de Cole— No seas niñita y hazlo con más fuerza... A ver...

Los jadeos de Cole son cada vez más altos. Lo primero que se me cruza por la mente es que ambos están peleando, así que optó que Denny y yo nos asomemos. Allí, en medio de la sala, Jax tiene sus brazos alrededor de la cintura de Cole, con sus manos entrelazadas y su pelvis bien apegada a su trasero. Cole está hecho un tomate andante y jadeando como actor en vídeo porno gay.

—¿¡Qué rayos...?!

Ambos chicos se separan al instante, pero Cole de nuevo comienza a jadear y ahora tose sin parar.

—Se ahogó con una palomita —me informa Jax, mirándome con ese dejo de aburrimiento, como si ante mis ojos la sorpresa de verlos tan pegados fuese lo más común.

¿Ahora cómo podré borrar esa imagen de mi cabeza?

Una corriente de escalofríos recorre mi espalda.

Ya cuando Cole por fin se calma, volvemos a la película.

...

Luego de media hora esperando que el (para nada) inesperado final de Luces Rojas llegue, los créditos aparecen en la pantalla y el tema principal envuelve la sala. En efecto, todo lo que Jax nos había dicho se cumplió al pie de la letra, cuestión que a medida avanzaba la película nos quedaba más esclarecida. Adiós a las vanas deducciones que había recreado y a la sorpresa cuando Tom encara a Silver.

Nos quedamos unos segundos en completo silencio.

—Bueno —comienza a hablar Cole—, para haber sabido el final no estuvo tan mal.

Jax saca las últimas palomitas del bol, se levanta y se marcha sin despedirse o decir pio. Por fin, después de horas, Cole y yo quedamos a solas, sentados en el sofá como lo había planeado desde que lo invité a casa. Irónicamente creí que serían los Locos Adams quienes arruinarían esta junta, no el unineuronal que cree que esta es su casa.

—Te dije que era mala idea, Cole.

—No estuvo mal, excepto por... ya sabes, haberme atragantado con una palomita —Nos echamos a reír—. No niegues, a ti también te ha pasado.

—Ajá, sí, y alegremente no fue tanto como para que alguien más me agarrara por la espalda para ayudarme.

Cole lleva su mano a la frente y se arruga por completo negando con su cabeza.

—No me recuerdes eso, por favor.

—Lo usaré a futuro, para mi conveniencia. —Sonrío con malicia. Él hace un puchero que reemplaza luego con una expresión gesto de sorpresa.

—Tengo algo para ti. —Busca en su bolsillo trasero y saca lo que parece ser una pulsera trenzada de cuervo que lleva un dije colgando del centro. El dije es un pequeño libro abierto de color plateado—. Lo hice yo, espero que lo uses.

Extiendo mi mano y él coloca la pulsera sobre mi palma con un cuidado casi extremista. La examino viendo los detalles. Es una artesanía muy linda, y el detalle del libro se me hace genialoso en todos los sentidos.

—Gracias —le digo y beso su mejilla, para cohibirme luego.

—No hay de qué. Ahora, creo que debo irme, mañana me toca madrugar y tengo el sueño muy pesado.

Nos despedimos en la entrada. Al cerrar la reja de afuera, noto que la moto de Jax todavía está aparcada afuera de la casa, por consiguiente, ese simio unineuronal todavía está aquí.

Camino hacia la cocina en su búsqueda, pero solo me encuentro con tazas sucias que probablemente Saya y la abuela usaron para tomar sus rutinarios cafés. Vuelvo a la sala sin dar con él. Lo llamo desde la escalera hacia el segundo piso, pero nada. Vuelvo a recorrer el pasillo y miro la puerta blanca al final de éste. Ando lentamente hacia la puerta del baño hasta quedar en frente. La abro sin más.

Un asustado Jax se sube los jeans con toda prisa. Al notar que en la puerta no es nadie más que yo, su expresión vuelve a ser la de un sujeto arrogante y rebosante de confianza.

—Solo eres tú.

—¿Es en serio? —Inquiero— ¿Bóxer con estampado de corazones? ¿Y tienes el descaro de criticar mis sostenes?

—Esto le pone a las chicas.

Menea las cejas. Lo miro con repulsión solo al entender qué quiere decir con "poner".

—Yo soy una chica, y no me "pone" para nada.

—Es que tú eres especial, Suicida. —Se sube el cierre y procede a lavarse las manos. Al igual que él en mi habitación, me apoyo en el umbral de la puerta y me cruzo de brazos—. ¿Vas a hacer...? —pregunta, mirándome— ¿Quieres que te ayude?

—No gracias —reniego al notar que su pregunta tiene doble sentido, basta con ver su cara de pervertido del metro para darse cuenta de sus intenciones ocultas—, puedo hacerlo sola. ¿Qué haces en mi casa?

Termina del lavarse las manos y ahora las saca con una toalla de mano que cuelga del fierro de la cortina de la ducha. La deja en su lugar y camina hasta quedar frente a mí.

—Tu padre me dijo que soy bienvenido y que puedo venir cuando se me plazca. Además, tengo algo interesante que informarte.

—¿Qué?

—Mika estará firmando sus libros en una feria el fin la próxima semana.

Solo con escuchar el nombre del escritor de *El gato que se enamoró del pájaro* todo mi ser se electrocuta y tengo la necesidad de agarrar cosas para estrujarlas con nerviosismo. Como no tengo nada para hacerlo, no me queda de otra que agarrar las mejillas de Jax y estrujarlas hasta deformar su rostro.

—Lo sé, ¡lo sé! —exclamo con desesperación— ¡No puedo aguantar más hasta que llegue ese momento!

Las cejas de Jax podrían tocarse en el centro de su frente de no ser porque lo libero de mis pinzas andantes que llevo por mano. Se frota las mejillas mientras éstas se van tornando más rojas.

—¿Con quién irás?

—Dell y Thiare, ellas me acompañarán. Dell le conseguirá el auto a su novio.

Quien vendría siendo nuestro querido profesor de Expresión Vocal. Todavía no me lo creo, me parece tan raro que dos personas completamente diferentes salgan. Dell y el profesor Leyton ¿quién lo diría?

—Sólo como consejo, no te vuelvas como una loca fanática, Mika pierde la paciencia con facilidad.

Pasa a mi lado para salir del baño y se aleja por el pasillo.

—¿Qué pasará con tu libro? —le pregunto siguiéndolo.

—Puedes hacer lo que quieras con él, Suicida, sólo es papel y lápiz.

Capítulo 34: "Feria del Libro - Parte 1".

Si hablamos de personas propensas a encerrarse en su cuarto cuando encuentra algo interesante que leer o ver, entonces yo soy parte de ese conjunto. Estuve toda la semana viendo la serie que Cole me recomendó a cambio de leer el libro *Fight Club*. Confieso que jamás creí que me engancharía tanto en una serie pues nunca me interesaron realmente las series de TV (creo que ese lado no lo heredé de los Reedus, o mejor dicho de la abuela) pero *Breaking Bad* me ha tenido pegada a la pantalla de mi laptop. Denny, mi querida amiga enyesada, también ha influenciado para que eso suceda. Ahora puedo decir, firmemente y con la voz alzada, que me he convertido en una aspirante digna a ermitaña. Y todo por una serie que combina las drogas junto a un profesor con cáncer y su ex alumno.

¿Me podrían creer que ya estoy por iniciar la última temporada?

No me he mirado detalladamente en el espejo, pero supongo que las ojeras son como para que cualquiera me confunda con un muerto viviente. Pero, oigan (o lean mejor dicho), yo no soy la única que se ha quedado pegada a la pantalla.

Claro que no.

Mi turbio don de la palabra también ha calado profundo en la psiquis de mi vecino adolescente, quien hace dos días comenzó a ver la serie. Lo mismo ocurrió con papá y Finn (a quien por cierto no puedo ver desde que les comenté inocentemente qué pasaba con Gus Fring, uno de los personajes).

También está Jax Wilson, mujeriego a medio tiempo y unineuronal a tiempo completo, quien viene de visitas a cenar y fastidiarme amenazando con decirme qué pasará en los siguientes episodios. Cada vez que Los Locos Adams cenar y yo no quiero bajar excusándome con Denny, Jax entra a mi cuarto con una bandeja, y la exquisita comida sobre el plato. Agradezco su amable gesto, no digan que no, pero cuando sus amenazas comienzan a colmar lentamente mi vena de la paciencia, quiero sacarlo a patadas. Luego recuerdo que apenas puedo levantar a Denny y simplemente lo dejo estar.

Jax es como un niño pequeño cuando está aburrido, se pone a sacar los libros de mi estantería o revisar las cajas a un costado del closet que tienen guardados recuerdos de mi flamante adolescencia. Y si con eso no es suficiente para entretenerse, me arrastra al otro extremo de la cama para recostarse a mi lado a ver la serie conmigo.

¿Ahora es cuando todos dicen sus «aw» imaginando la escena?

Por Dios. El romanticismo que hay entre nosotros es tan real como la probabilidad que tuvo Isaac de no quedar ciego.

Okay, chiste cruel.

No me lancen piedras ante mi crueldad, él y los demás también se tomaban con algo de humor su estado... con el tiempo, claro.

Sólo empeoras las cosas, luego yo soy la cruel. Y no me vengas con tu "CRUEL es bueno".

En fin. ¿Qué les decía?

Ah, claro, la serie. Realmente Cole tiene un buen ojo para las series, espero que le haya gustado el libro. No hemos hablado mucho, de

hecho, según lo que he salido, ha estado muy ocupado con presentaciones, tanto en pubs como en bodas. ¿Pueden creerlo? Estoy pensando seriamente en retirarme de Teatro y dedicarme exclusivamente a tocar el triángulo en bodas, la comida gratis sería un pago irresistible.

Sin embargo, hoy he tenido que interrumpir mi nuevo vicio por una adicción de años. Mi estado anímico es muy similar a la de un adicto que necesita consumir. Bueno, ellos necesitan drogas y yo necesito la mía.

La feria del libro ha abierto y podré conseguir la hermosa firma de Mika McFly.

Está demás decir que estoy desesperada, con mi pierna buena temblando y mordiendo todas mis uñas con ansiedad, ¿verdad?

—¿Podrías dejar de mirar la pantalla y llamar a Dell?

—Espera, espera...

Thiare, quien ha venido a mi casa (lugar donde quedamos de acuerdo en juntarnos) meneando su mano sin despegar sus ojos del televisor. Papá y Finn sisean para que guarde silencio. Los tres están viendo *Breaking Bad* sin pestañear siquiera. Irónicamente, ella está

—¡Es el gran día y tú no pareces interesada en la feria! Dell debía haber aparecido hace una hora. No quiero perderme la firma... —Nada. Parece que soy un mero fantasma dentro de la casa— ¿Hola?

Me agarro la cabeza y gruño con frustración. ¿Por qué la ley de Murphy debe hacerse presente justo ahora? Ya saben, odio más que nada en el mundo ese famoso dicho: "Si algo malo puede pasar, pasará".

Camino hacia el sillón junto a la puerta y me echo sobre éste como si el trayecto hubiese sido muy largo. Lo cierto es que nuestra casa no es muy grande en el primer piso, no así en el segundo, que papá se vio en la obligación de ampliar.

Chloe está jugando en su laptop, a su lado, los trillizos no dejan de hacer expresiones con asombro.

—¿No que ibas a una feria de libros, Tercera? —me pregunta, para luego torcer sus labios. Al parecer, ha perdido pues los trillizos estallan en carcajadas burlonas.

—Dell no ha llegado —respondo.

—¿Por qué no le dices a papá que te lleve?

—Papá tiene que salir en un rato. Ni siquiera se ha cambiado el pijama, pero ya ves... Está embobado junto a Finn y Thiare en la serie que les hablé.

Chloe se echa a reír, volviendo a fijar sus ojos en la pantalla del computador. Es una lástima que los laptop hoy en día sean más interesantes que mirar a las personas. Las conversaciones ya no son lo mismo.

—¿Y Jax? —curioseas ocultando una sonrisa traviesa.

—¿Qué pasa con Tenorio?

—Qué él puede llevarte —contesta con cierto tono de obviedad.

Ya había pensado en esa posibilidad, pero la omití al segundo. Sé que pedirle a Mika que firme el libro yendo con su amigo puede ser una ventaja, pero mi propósito no es solo eso, quiero disfrutar amenamente

del recorrido y con Jax a mi lado no sé si pasará eso. Además, comentó que estaría ocupado. Yo le comenté: "He de suponer que ese "ocupado" tiene que ver con una chica", y él no se esmeró en negarlo.

—Claro, si claro...

Una eufórica bocina se escucha desde la calle. Los trillizos dejan a Chloe y corren hacia la ventana, asomándose y saludando. Me levanto con dificultad, siendo mi hermana menor la que abre la puerta para ayudarme luego.

—¿Qué hay, perras? —saluda Dell. Me limito a hacerle una seña al asomarme por la puerta— Mira lo que conseguí. —Dell se sube el jersey enseñando un vientre de goma bien ajustado a su cuerpo. Luciría como una embarazada si no fuera porque la cinta que rodea su cintura se nota—. Fantástico, ¿no? Con esto y la silla de ruedas que tengo en el maletero para tu asquerosa pierna, no tendrás que esperar para comprar u obtener tu firma.

—¿No crees que es un poco...?

—No me vengas con tus cosas —Gruñe—. Esto es ingenio. ¿Dónde está la maldita de Thiare?

Miro por encima de mi hombro al escuchar la voz de la ya nombrada Thiare desde el interior de la casa. Al llegar a mi lado, frunce el ceño ante el entusiasmo de su compañera de trabajo y amiga. Tras unos segundos, voltea alzando una de sus castañas cejas.

—¿Nos vamos?

...

Dell maneja como un demonio. Si tuviera que hacer una comparación entre ella y Jax, lo único que los diferenciaría es lo que tienen en la entrepierna, y que Jax no habla tantas groserías cuando conduce. De camino a la feria, no hay paradero donde mi querida amiga quiera bajarse para pelear a puño limpio con los demás conductores. Yo, que voy en el asiento de atrás con la pierna bien estirada, no sé de qué lugar agarrarme para no caer del asiento. Únicamente me sostengo del asiento del copiloto y aferro el hermoso libro titulado *El gato que se enamoró del pájaro* a mi pecho. Thiare la intenta controlar de vez en cuando, pero desde el inicio de los tiempos Dell ha sido una obstinada y, al parecer, fanática de *Rápido y furioso*.

—¡Llegamos! —dice satisfecha de su desastre, y es que se ha estacionado horriblemente mal.

—Uhm... ¿no crees que estacionar el auto en diagonal puede traer problemas? —le pregunta Thiare, pero Dell ya está abajo.

Thiare se baja también y abre mi puerta para ayudarme. Al salir del auto Dell ya tiene la silla de ruedas abierta. Observo la silla un instante y asciendo mi mirada hacia mi amiga.

—Vamos —insiste—, así andarás más rápido.

Dando un enorme suspiro me siento sobre la silla. Thiare es la que se coloca por detrás y me empuja, mientras tanto, Dell finge ser una embarazada acariciando su vientre.

La feria del libro parece ser más organizada que los años anteriores. Los puestos de venta ya no son cortinas o biombos enormes que los dividen unos con otro, sino que han se han preocupado más y ahora son cubículos de madera enormes y con buena decoración. Desde la silla de

ruedas puedo ver puestos de cómic, lugares donde venden recetas para comida saludable, hay un puesto con libros infantiles, editoriales presentando nuevos libros, lectores muy entusiasmados, niños que corren de lado a lado, ancianos en escuchando la charla que da quien parece ser una médico natural.

Creo que estoy en el paraíso. Mi nariz puede oler el aroma tan particular de los libros, ese aroma extraño a tinta de impresora. Es genialoso. Dell y Thiare avanzan de puesto en puesto siendo yo la que decide dónde ir. Me siento cual niña pequeña en su juguetería, o bien en una tienda de dulces.

Uno de los puestos tiene un enorme cartel de dos niños tomados de la mano sobre lo que parece ser un planeta. El planeta es rojo, y tiene unas letras amarillas muy llamativas que rezan «Más allá de la tierra».

—¡Vamos allá! —Señalo el puesto con el dedo y me giro (todo lo que puedo) para ver a Thiare. Ella asiente mientras comienza a pedirles permiso a las personas. Muchos se han quejado de que los "atropellamos" con la silla, pero con tantas personas es imposible no tener un percance.

El puesto de la saga *Más allá de la tierra*, está decorado en su interior con un fondo oscuro, como el del cielo, siendo unas estrellas plateadas pegadas las que reflejan la poca luz del exterior. Hay más estrellas colgando del techo con un hilo transparente. Sobre una mesa cubierta por un enorme mantel negro, están todos los libros de la saga, incluido el nuevo que salió recientemente. Un hombre junto a una mujer son los que atienden y responden a las preguntas de las personas con una enorme sonrisa.

—Permiso, permiso —comienza a decir Dell con desdén, frunciendo el ceño y empujando a las personas— Embarazada y discapacitada en camino.

Ya frente al puesto, me levanto de la silla porque de otro modo no podría deleitar mis ojos con la colección entera.

—¿Todavía queda *La historia de Notrux*? —pregunto al hombre, quien es el que más cercano tengo. Él alza sus cejas y sonríe. Tiene un ridículo aire a Tony, excepto que mi vecino adolescente no tiene el cabello decolorado.

—Creo que hay unos cuantos —contesta, volviéndose hacia una pila de cajas en el interior.

Comienzo a mirar los demás libros y extendiendo mi mano en busca de *La leyenda de Demartia*, otro libro de la saga. Sin embargo, un segundo agarra el mismo libro que yo. Rápidamente miro quien es, descubriendo que es un chico alto, con el cabello desordenado y de un particular color castaño, tiene los ojos verdosos y una sonrisa muy similar a la de Jax. Por un segundo pretendo sonrojarme, pues hay que tener dos dedos de frente para no encontrarlo atractivo. Pero, mi lado competitivo sale a la luz.

—Yo lo vi primero —le digo, apretando el libro con mis dedos.

Él sujeto hace lo mismo.

—No —objeta—, fui yo quién lo tomó.

Ambos aplanamos nuestros labios haciendo fuerza para ver quién atrae el bendito libro, cual mujer en oferta de ropa interior.

Arrugo las cejas esperando ayuda por parte de Thiare y Dell, pero cuando giro la cabeza en su búsqueda, me encuentro con Michi. Ella está cruzada de brazos, con los parpados algo caídos y mirándonos como si fuéramos dos simios peleando por una banana. Lanza un gruñido exasperado y nos arrebató el libro a ambos.

—Ambos, idiotas, contrólense. ¿Acaso no se han dado cuenta que allí — apunta con su cabeza al otro extremo de la mesa la pila de libros— hay más?

—Michi.

Ella extiende su mano y ambas hacemos el saludo de la hermandad Notrux. Luego se arrima al ladrón de libros y lo abraza por la espalda.

—Creo ya te había hablado de él...

—Con lo loquita que estás por mí seguramente lo has hecho muchas veces —le interrumpe él con una sonrisa ladeada y muy arrogante.

No hay que ser un genio para deducir quién es. Es el novio de Michi.

—Tu novio —respondo, adelantándome a la mirada de desaprobación que ella le daría—, Shane.

El sujeto lleva una mano a su cabello y lo despeina, para extender la otra.

—Soy Chase —se presenta—. Y soy, lamentablemente, el novio de esta loca.

Capítulo 34: "Feria del libro. Parte 2".

Arrogante y con ese aspecto a mujeriego me recuerda a Jax, hasta tiene algunos gestos muy similares al unineuronal que tengo por compañero.

Hago una mueca antes de estrechar mi mano con la suya, entonces inspiro para decirle mi nombre. Sin embargo, la aparición tras la mesa del chico con cabello decolorado me distrae.

—Aquí está el libro —dice, enseñándome *La historia de Notrux* envuelto en un plástico transparente. Lo recibo, aprisionándolo en mis manos.

Ahora es cuando corremos sin pagar. Oh, espera... tienes a Denny.

—¿Cuánto es? —le pregunto al chico, él señala el libro; tiene una pequeña etiqueta estampada con el costo de éste. Trago saliva con dificultad al ver el precio y a regañadientes meto mi mano al bolsillo. El precio es mucho más alto de lo que imaginé, pero el libro vale totalmente la pena. —Gracias.

Me vuelvo hacia Michi y su novio, Chase.

—¿Qué tal tu pierna, Murph? —curioseosa ella.

—Bien, estoy esperando la hora para que la partan en dos y mi pierna vuelva a ser normal otra vez.

—¿Murph? —interroga Chase, achicando los ojos y frunciendo el ceño.

—Sí —contesto—, ese es mi nombre.

Parece que quiere decirme algo, pues de una expresión confusa pasa a alzar sus cejas y sorprenderse. Hago caso omiso a lo que dirá, Dell está silbando guardando una distancia al tumulto de personas reunidas. El glorioso rostro de Mika se me viene a la cabeza y un choque eléctrico hace que me ponga en marcha y salga de mi letargo luego de haber comprado el libro.

—Ya me voy —les informo al par—. Nos vemos.

Haciendo una seña de despedida me incorporo entre las demás personas dando pequeños saltitos para apresurarme. Denny no me deja correr ni caminar deprisa a menos que comience a saltar como un canguro.

—Te lo dije —le dice Thiare a Dell apenas me ven llegar al lugar donde se encuentran—, no se resistió y compro algo.

—Es un libro de historia —le reprocho sentándome en la silla de ruedas que Thiare empuja. Examino la portada del libro y muevo mis dedos ansiando la hora para abrirlo.

—¿Quién era el chico con el que hablabas? —interroga Dell— ¡Era todo un bombón!

¿Con todas esas personas alrededor lograron ver con quién estaba hablando? Vaya, creo que Dell y Thiare tienen vista de halcón, ojalá yo tuviera esa misma habilidad.

—Es el novio de una amiga, se conocieron en la preparatoria pero estudian en universidades diferentes —contesto todavía asimilando el que Michi tenga un novio que parece ser todo lo contrario a ella. Es tierno ver que después de años continúan juntos, a pesar de la distancia y sus caracteres diferentes... Comienzo a sentir envidia—. En fin... —suspiro,

guardando *La historia de Notrux* en el bolsillo al costado de la silla. Saco el libro *El gato que se enamoró del pájaro* y lo dejo sobre mi regazo—.

¿Vamos con Mika?

A unos metros, casi por los últimos puestos con libros, mujeres de todas las edades están aglomeradas gritando y canturreando el nombre de Mika McFly como si fuese alguna banda de adolescentes o el mismísimo Justin Bieber. Incluso muchas llevan pancartas y tienen sus libros alzados para que lo vean. Es el puesto más residido que he visto hasta ahora y donde más escándalos hay. No quiero imaginar cómo debe estar Mika, pues la advertencia que Jax me dio hace días fue que no actuara como una fan loca, así como lo están haciendo todos.

No les mentiré, si tuviera mi pierna buena saltaría por encima de todas y pelearía con uñas y dientes para ser la primera en firmar el libro. No obstante, como falta tiempo para que mi buena amiga Denny me deje, no me queda de otra que asumir que estoy con el culo en una silla de ruedas.

—Mierda, cuántas personas... —comenta Dell parándose en la punta de sus pies para ver hacia el interior del puesto.

Thiare deja la silla y se le une a Dell.

—Alguien debería sugerirles hacer una fila para controlar esta cosa... — dice, negando con la cabeza y mirando con desaprobación el gentío. Dell y yo la miramos un segundo con obiedad— ¿Qué?

—Pues ve tú —le propongo—, yo no lo puedo hacer y Dell... —Miro su falsa barriga de embarazada—, bueno, ella tampoco.

Thiare blanquea los ojos y arrastrando sus pies sobre el pavimento rodea la multitud hasta perderse en ella. Luego de unos minutos esperando que

aparezca, vuelve con una enorme sonrisa que le va de oreja a oreja. Me guiña un ojo y luego se coloca detrás de la silla.

Antes de preguntar qué pasó, un sujeto de edad adulta, con una barba castaña muy prominente y los ojos caídos, comienza hablarle a la multitud de mujeres, chicas e, incluso, niñas, alocadas.

—Atención, gente —habla el hombre alzando la voz. Lentamente, todas se van quedando calladas y le prestan de su atención—. Vamos hacer una cosa: Como hay muchas personas y algunas ya son de edad o tienen problemas, las dejaremos pasar primero, haremos una fila para que esto se controle un poco. En calma y sin pelearse, esto es una feria, no un concierto.

En una desesperante cámara lenta con una canción muy épica de fondo, Thiare se abre paso conmigo en la silla hacia el puesto. Hago caso omiso a las miradas de las personas a las que no les han parecido bien lo que el sujeto barbón le dijo. Me siento como Katniss avanzando a la tarima luego de ofrecerse como voluntaria, aunque nuestra situación es muy diferente, y a diferencia de ella, yo estoy de camino al Edén para ver en persona por primera vez a Mika McFly.

Mi corazón se acelera con la disminución de cada centímetro. Contemplo la mesa con sus libros, algunos lápices, tazas y separadores relacionados éste, veo *El gato que se enamoró del pájaro* sobre una pequeña tarima con una portada diferente. Creo que es la edición especial. Del otro extremo, está el que parece ser su nuevo libro llamado *Derechos de Amar*. Había escuchado especulaciones de él, pero no sabía que lo estaría enseñándolo.

Calma, o morirás antes de conocerlo y tener tu dedicatoria.

No lo puedo evitar... ¡Voy a conocer a McFly!

La mujer anciana frente a mí chilla de alegría y sale por mi izquierda. Thiare avanza hasta quedar frente a la mesa y dejarme ver con magnificencia la perfección ante mis ojos.

Mika McFly.

Probablemente estoy delirando. Los efectos tardíos del golpe en la cabeza me están engañando, debe ser eso... Me volví loca. ¡Pero no importa! Tener a Mika McFly tan cerca compensa mi estadía eterna en el manicomio.

Es tan perfecto como en las fotografías de internet. Con su perfecto cabello castaño y con visos rubios. Lo lleva hacia atrás, mas lo tiene algo desordenado. Sus ojos son grandes y grises como nunca los había visto iguales... y su sonrisa... Los rumores tenían razón, su sonrisa es hipnotizante.

Es...

—¿Qué diablos es esto...?

La mirada de Mika, sus acompañantes y todos los demás, se posan sobre el vientre falso de Dell que yace en el suelo. Pasmada y sin poder creerlo, mi amiga abre sus ojos como platos y recoge el vientre falso ocultándolo detrás en su espalda. Volteo hacia Mika. Ya no hay sonrisa en su rostro, sólo una expresión que podría desatar la tercera guerra mundial.

—Pero qué tenemos acá... un par de chicas que pretendían engañarnos a todos —habla. Su mirada es totalmente escalofriante; tan fría y molesta. Apoya sus manos sobre la mesa y se inclina en mi dirección

provocando que me sienta muy pequeña y cohibida dentro de la silla—. Largo de aquí antes que les diga a todos que lo hagan ellos mismos. A patadas si es necesario.

Quiero excusarme y decirle que realmente Denny no es falsa, sino que realmente tuve accidente y mi pierna está enyesada, pero mi voz no sale. Estoy muda. Cada vez el sueño de obtener su hermosa dedicatoria en mi libro se aleja más y más.

—Espera un momento, hermano. Yo fingí el embarazo, pero ella está realmente accidentada —Sale a mi defensa Dell entre todos los gritos y abucheos de las personas alrededor—. Tiene una pierna de yeso.

Mika alza sus cejas y nos mira con repulsión, cual bichos.

—¿Realmente me harás contar? —inquire— No me gusta perder mi tiempo, menos con personas incapaces de engañar con trucos tan ruines. Por mentes tan absurdas como las tuyas, el planeta desevoluciona. Ahora, lár-guen-se.

—Hijo de...

Dell apuña su mano con ira, pero la agarro antes de que se ponga a despotricar y echarle insultos de Mika McFly. Ella me mira con exasperación y, lentamente, cede a mi silenciosa petición.

Entre abucheos e insultos, las tres nos largamos del puesto.

Tras la feria del libro, Thiare se ofreció a pagar una pizza familiar para subirnos los ánimos. O mejor dicho para subírmelos a mí, pues era yo la

que deseaba una firma del autor Mika. En *Marco's*, el silencio colma en nuestra mesa.

—Lo siento tanto, vieja —me dice—, debí afirmar mejor el vientre falso.

—Dell examina otra vez más la barriga de plástico que llevaba bajo el jersey.

Resoplo encogiéndome de hombros.

—Todo indicaba que este saldría mal. Si tienes culpa con lo de la barriga, pero, por otro lado, la maldición de mi nombre me persigue. Ya saben — las miro a las dos para luego sacar otra rebanada de pizza—, si algo malo puede pasar, pasará. La buena noticia es que compré *La historia de Notrux*.

Ambas amigas se miran y hacen una mueca muy lastimera, compadeciéndome.

...

La noche parece más oscura que de costumbre, nubes grises cubren las estrellas y apenas se logra divisar la luna. Estoy en un estado de aceptación luego de pasar la pena más enorme en mi vida y todos mis planes se fueran por el retrete. Solamente falta el violín de fondo o la mismísima banda sonora de La lista de Schindler para darle más dramatismo al asunto.

Frente a la puerta de mi casa, me despido de Thiare y Dell. Cuando el auto vuelve a arrancar hasta hacerse menos audible, respiro hondo y golpeo la puerta. Ni siquiera tengo ánimos de buscar la llave para abrir por mis medios, mucho menos los tengo para esbozar una sonrisa y fingir que mi día fue de maravilla.

Lo sé, estoy exagerando mi estado paupérrimo, ¡pero por Travis!
Pónganse en mi devastador lugar. El escritor al que por meses deseaba conocer seguramente me etiquetó de mentirosa. No me impresionaría si en alguna entrevista le preguntan: "¿Qué es lo que más te ha dado rabia en una feria de libros?", y él responda: "Un par de chicas hace un tiempo fingieron estar discapacitada y embarazada para conseguir mi firma".

Definitivamente, no quiero eso.

Chloe es quien me abre la puerta. Apenas me ve sonrío.

—¿Qué tal la feria? —pregunta, mirando mis dos libros; el de la saga y el que pretendía que Mika firmara.

—Ah... —Me quedo con la boca abierta un segundo planeando qué decir—. Nada mal.

—¿Entonces por qué la expresión tan penosa? —curioseas, arrugando las cejas.

Resoplo con más pesadumbre.

—Larga historia... me iré a la cama —contesto meneando mi mano para restarle importancia—. Hablamos mañana.

Luego de unos minutos, llego a mi habitación. Dejo ambos libros sobre el escritorio, cierro las cortinas y me recuesto sobre la cama para mirar con detalle el techo agrietado. No tengo nada interesante que hacer con mi vida.

Afuera se la colocado a llover. Unos pasos se escuchan desde el pasillo y luego el rechinado de la puerta de mi cuarto me hace mirar de reojo.

—¿Qué demonios te pasó para tener esa cara? Eres fea pero ahora te ves... fatal.

¿Pueden suponer quién es? Claro, nadie además de Jax me trata con tanta ternura y amabilidad.

Tos, sarcasmo, tos.

—No tengo ganas de responder a tu mala forma de ocultar que me adoras, Jax —advierdo girándome hacia la pared, dándole la espalda. Si no fuera por el piso, no podría oír que se está acercando.

—No tienes esos privilegios —recrimina lo dicho—. Viéndote así he de suponer que no fue un buen día.

Guardo silencio un instante para luego girarme hacia el otro lado. Jax se cruza de brazos en cuanto me ve y yo finjo hacer un puchero cual niña pequeña a la que han regañado.

—No tienes que ser Sherlock Holmes para descubrirlo. Mi preciada dedicatoria, hecha con la maravillosa mano de McFly, ha quedado en lo más precioso de mis deseos para morir allí por el resto de la eternidad.

—¿Por qué no te firmó? —pregunta, sentándose en la cama— ¿Te volviste como una loca? —Lleva una mano a su barbilla y ladea la cabeza, achicando sus ojos azules— La verdad, no te imagino como una.

—Es más complicado que eso... —digo en medio de un suspiro—. Bueno, al menos lo vi en persona.

Jax sonrío con arrogancia y emite un «já» que le hace inflar el pecho como el de una paloma.

—¿No se te olvida algo? —pregunta con un tono cantarín. Frunzo el ceño. Jax bufra con exasperación, entonces señala su pecho con sus pulgares—. Soy su amigo —dice con orgullo—, podría obtener su firma si lo quisiera. Solamente tienes que pedírmelo.

Su sonrisa ladina combina perfectamente con su mirada petulante. Quiere doblegar lo poco que queda intacto de mi orgullo para, seguramente, recordármelo por el resto de mis días. Pero su propuesta es demasiado tentadora como para oponerme a ella. Así que, mordiendo mi labio inferior con frustración, asiento.

—Tenorio, ¿podrías conseguirme la firma de Mika McFly?

—No —responde con sequedad—, tú la conseguirás. Iremos a su casa.

Jax se levanta de la cama y me extiende una mano, como si fuese un caballero de la edad media invitando a bailar a una chica. No puedo ocultar mi sonrisa y él tampoco hace mucho para ocultar la suya.

Capítulo 35: "Tres adolescentes poco convencionales".

—Sé que suena una completa mentira pero realmente Denny es real.

—Denny es su yeso —aclara Jax—. Lo obtuvo cuando me seguía después... ya sabes, saber lo de mi vieja.

Mika nos mira serio, sin mover un músculo de la cara, tampoco pestañea.

—¿Eres tú la demente pelirroja que intentó tirarse del campanario, golpeó a mi amigo y lo dejó inconsciente en el baño de la universidad, lo ayudó a buscar a su madre y lo apodó como el personaje de un libro clásico?

—Creo que eso resume toda nuestra historia hasta ahora —sonríó—. Pero sí, a menos que una de sus pobres víctimas lo llame por Tenorio también.

—Ellas suelen apodarme por cosas mucho más tiernas. —Me reprocha muy cerca de mi oreja. Debo inclinarme hacia el otro lado para que su aliento espiración no choque contra mi cabello.

Luego de torcer mis cejas y deformar mi rostro al de una anciana, vuelvo a deleitarme con Mika.

—Sólo quiero que firmes mi libro.

—Bien —dice—. Firmaré tu libro.

Se hace a un costado y nos permite entrar.

¡No puedo creer que esté en la casa Mika!

Es... es... demasiado genialoso para mis venas. Creo que este es el mejor regalo pre-navideño que podría obtener: el privilegio de conocer y estar con el tan famoso autor. Hasta su casa es perfecta, ordenada, pulcra y huele a lavanda. Los sofás son de un color beige y pegan muy bien con los cojines dorados y los rojos con diseño de renos y hombres de nieve. Puedo ver que en la mesa del centro hay un pequeño árbol de navidad hecho de vidrio, en el centro hay una pequeña y gruesa vela amarilla que lo ilumina.

Además, un olor estimulante a pizza le da el toque perfecto a mi situación. Creo que estoy en el paraíso.

—Siéntense como en su casa —habla Mika, pasando por mi derecha—, iré por un bolígrafo.

Debo estar sonriendo como una tonta. Suerte es que no haya babeado hasta ahora, porque lo haría. Sin embargo, no quiero un motivo más para que, esta vez, me corra de su casa. Imaginarme caminando bajo la lluvia sería mucho más dramático de lo que pensé hasta ahora. Y muy infortunado.

—Me debes la vida, Suicida —sentencia Jax echándose sobre uno de los sofás. Alzo una ceja al observarlo tener tanta confianza, pero he de suponer que esa excesiva demostración de confianza lo hace con todos, sobre todo los que son sus amigos.

Me siento en el sillón que está a su izquierda y contemplo cómo la vela se va derritiendo dentro del árbol.

—¡Argh! —Un gruñido se escucha desde un iluminado pasillo— Chase... ¡No puedes ponerle ají a la pizza!

Frunzo el ceño y miro a Jax, quien también me mira.

—Oh —exclama el novio de Michi junto a ella—, la pelirroja de la feria.

Doy un respingo sobre el sofá al verla y una confundida sonrisa traza mi rostro. También el de ella.

—Michi... ¿qué haces aquí?

—Eso es lo que debería preguntarte yo —contesta con pasmo. Sus ojos arrastran la sala hasta posarse sobre Tenorio—. Oh, vienes con él.

Chase saluda a Jax con un ademán y se sienta a su lado.

—¿Ustedes dos se conocen? —pregunta Tenorio, señalándonos. Luego, con una sonrisa burlona y torcida, se dirige a mí—: Ahora entiendo el porqué de tu mala suerte.

Vuelvo a arrugarme como lo habría la abuela y niego con la cabeza.

—No estoy entendiendo nada.

—Deja que te lo explique —dice Chase—. Todo comenzó con tres adolescentes poco convencionales que dominaban los pasillos de Jackson, nuestro antiguo colegio...

—Espera, espera —le detengo agitando las manos—. Es decir, que tú y él... ¿ya se conocían?

Michi chasquea la lengua y mira a mi compañero universitario con repulsión.

—Se acostó con mi mejor amiga, y lo hacía todo el tiempo con dos chicas —contesta—. ¿Qué haces con él? Te va a llevar por el lado oscuro.

—La he llevado por caminos mejores —se apresura a decir él, relamiendo sus labios.

—Eres un... —me muerdo la lengua recordando que me queda muy poco dinero como para insultarlo desde este momento hasta regresar a casa—
Tenorio.

—No uses mi apodo como insulto —objeta él, mirándome con aburrimiento.

—Ni isis mi ipidi cimi insilti.

Mika entra a la sala con el bolígrafo en su diestra. Intento ponerme de pie al verlo, pero me es imposible hacerlo con una rapidez que amerita la situación, así que, antes de que pueda lograrlo, él mismo se ofrece a ayudarme tendiéndome su mano. Mi cara arde, tanto que la película de *Los juegos del Hambre: En llamas*, necesita ser reemplazada por «Murphy Reedus: En llamas» incluyendo a Katniss en la portada.

—Gracias.

Mika de cerca es mucho más imponente e intimidante. A su lado me siento como un mísero insecto que teme ser aplastado. Le entrego el libro y él abre la primera página.

—Allí no, en la última.

Con sus ojos grises observa un par de segundos la dedicatoria que yace en la primera página, la misma dedicatoria que él le había hecho a Jax esperando que en algún momento vendiese el libro. La verdad, nunca planeé que firmara mi libro original, después de meditarlo en mi habitación la misma tarde en que estuvimos con Cole viendo una película, concluí que no podía dejar que el libro que Jax me había cedido quedara en el olvido. Era un regalo. Era *su* regalo. Quizás para él no tenía significado alguno, pero el que me haya dado algo tan importante,

lo tenía para mí. Por eso no quería que la firma se perdiera con los otros libros. Quiero que ambas dedicatorias permanezcan en uno.

Mientras Mika firma el libro, no puedo apreciar lo que escribe. Se limita a hacerlo como si espiarlo (o intentar hacerlo) fuera un delito federal penado con muerte.

—Ten.

Recibo el libro cerrado, casi temblando al sentir la cubierta en la palma de mis dedos.

—¡Muchisisisimas gracias! —chillo como una cabra loca. Mika frunce sus labios y cubre su oído con uno de sus dedos, demostrando malestar. Me encojo de hombros aun más avergonzada.

Pero la vergüenza queda en nada al escuchar una suave voz.

—¿Ya llegaron los demás, Mika?

Una chica de baja estatura, pálida como el papel, el cabello castaño oscuro y los ojos más verdes que pude ver en mi vida, baja las escaleras palpando con una delicadeza alucinante el pino sintético que rodea el posa-manos de ésta.

—Lamentamente sí, Pajarito —responde Mika, volteando en su dirección.

Pajarito.

Contengo la respiración. Ahora todo calza a la perfección; Mika, un gato. Ella, el pájaro. Su mejor amigo y la chica rubia de la que se había enamorado, y el desvergonzado amigo que le daba un toque de humor a la historia.

Es una historia basada en ellos, una historia que se proyecta frente a mis ojos ahora mismo.

Capítulo 36: "Esto no lo provocan los relámpagos".

Sobre la mesa redonda de la cocina hemos colocado un enorme mantel con bordado navideño que, según Mika, lo ha comprado Astrid, su *Pajarito*. Ella, ha puesto una plataforma con forma circular y de madera en el centro, con una delicadeza extrema reposó una de las tentativas pizzas recién horneada. Michi ha dicho que si luego morimos por el picor es netamente culpa de Chase, que ella no había querido ponerle ají.

Con la mesa puesta y la primera pizza servida, todos nos sentamos.

Y sí, tengo el enorme privilegio de hacerlo junto a Mika.

Todavía no puedo creer que esté en su casa, tampoco que me haya hecho una dedicatoria. Es algo de otro mundo, pero real. Me piñizqué un par de veces para cerciorarme que no he tenido otro dramático accidente a causa, esta vez, de la tormenta. También me he dedicado a observar todo, absolutamente todo, lo que está en la casa y, por supuesto, corroborar mi idea de que *El gato que se enamoró del pájaro* es una historia verídica y no estoy volviéndome loca por la emoción.

Degusto con mi olfato el aroma tan peculiar de la pizza con el ají delgado entre el queso. Me ganaré el premio a la universitaria más fanática de la pizza por comer dos veces en un día; en la tarde, después de la feria y ahora, en casa de Mika. ¿Habrás algún *Record Guines* relacionado con la pizza? Yo creo que sí, muchas personas están tan locas como para romper records mundiales relacionados con su singular amor por la pizza.

¡Alabado sea quién la creó!

Ya cuando todos comenzamos a comer, Michi se apresura en masticar y tragar, carraspea y mira a Astrid.

—Recuerdo que usabas lentes, te ves bien sin ellos —le comenta a Pajarito, luego se dirige a mí—. Yo me iba en la bus escolar junto a ella, fue después de que mi *Vespa* fuera robada.

—Es cierto —Asiente ella—, también te recuerdo. La primera vez que subiste al bus noté que no era la única que se sentía fuera de lugar.

Le sonrío con dulzura. Es la misma sonrisa que se narra tan correctamente sensacional en el libro. También la descripción es similar, pero sus nombres cambian. Supongo que Mika no quiso poner sus nombres por razones de privacidad.

Ver a Amphora y Mordekaiser juntos en la vida real es suficiente para no pedir regalo de Navidad o un deseo de Año Nuevo. Esta sorpresa compensa todos mis malos sucesos.

Agarro la botella de cerveza que Jax ha repartido en cada puesto de la mesa donde nos sentaríamos. Astrid es la única que se ha negado a beber cerveza y tomar jugo de melón.

—Tú no bebas. —Jax cubre la boca de la botella justo antes de que ésta toque mis labios—. Estás convaleciente.

—Tengo el pie enyesado, no me voy a morir por beber una cerveza.

—¿Qué le diré a tu padre cuando volvamos a casa y te vea toda borracha?

Chase, el novio de Michi, se echa a reír.

—¿No tiene tolerancia al alcohol? —pregunta alzando sus cejas—. No sé por qué me recuerda a alguien...

El intento de Michi por alzar una ceja se ve totalmente desastroso, al final, decide sentenciar su vida girando para verle.

—¿Lo dices por mí? —espeta.

—¿Si respondo que "sí" me golpearás? —La rubia mueve la cabeza acertando la pregunta, muy seria y con los labios platos—. Estás en la casa de Mika, si él quiere te corre.

Una sonrisa tan socarrona como la de mi compañero de Expresión Vocal, se dibuja en el rostro del castaño. Tiene unos dientes envidiables, debo confesarlo.

—Puedo hacerte sufrir de otras formas, Chase —responde Michi, bajando la mirada hacia su trozo de pizza.

—Luego yo soy el perverso, ¿no?

Luego de su afilado comentario contra el de Michi, Jax le da un mordisco a lo que queda de su trozo de pizza. Es obvio que entre ambos las chispas y el odio fluye tanto como alguna vez lo hizo entre nosotros. Conociendo a ambos, no puedo hacer más que mantenerme parcial y sentirme como Eris, la diosa del caos, viendo como estos dos seres tan diferentes van por la vida tirándose indirectas. O sobre la mesa, aunque he de suponer que cada encuentro es igual.

—Si van a quedarse aquí, nada de placeres carnales —advierte Mika, cargando la voz en las dos últimas.

Me da gracia a forma sutil que ha utilizado para referirse a "tener relaciones" en su casa. Ha sonado como si fuese Thiare, pero con mucha

más veracidad y oyéndose no tan ridículo. Vamos, no creo que salga nada absurdo de alguien como Mika McFly, por lo menos no ahora porque de acuerdo a los inicios de su libro, era un completo patán.

—Nosotros tenemos que volver —informo, pero el bello arte de la duda se aloja en mi psiquis y se estampa ahí recordándome que afuera hay un temporal que da miedo—. Lo haremos, ¿verdad?

—¿Hacer qué? —pregunta Jax regalándome una sonrisa más que sugerente. Le enseño mi expresión más repulsiva al cuestionar mi frase con su doble sentido tan latente. Él opta por volver su pizza y encogerse de hombros—. Supongo que sí, esperemos que la tormenta se calme.

Genialoso. Eso significa más tiempo con Mika, lo que se resumiría en: yo fangirleando en mi interior, pero actuando como alguien normal en el exterior.

No aguanto más.

—Me siento extraña estando entre todos ustedes —escupo cual globo desinflándose—. Se conocen desde hace tiempo, desde el colegio, y yo solo soy una recién llegada. —Me giro hacia mi izquierda, donde Mika está comiendo—. Me declaro eterna fan de tus novelas, historias, fotografías, ojos, tu forma de vestir, comer... y también la manera en que agarras el lápiz. Adoro tu manera de narrar, de hacer un pequeño dialogo como si se tratara del mismo Shakespeare. La intensidad de las escenas, nombres de las personas, sus apodosos... Todo. Eres perfecto. Admiro tu trabajo como nadie más, créeme. Soy tu admiradora número uno.

Exploté.

¿Ahora será el momento en que me corre de la casa y me deja otra vez desahuciada como perro callejero?

—Segunda —me corrige—. Eres la segunda. —Toma la mano de Astrid que reposa sobre la mesa y traza una sonrisa muy dulce, casi celestial—. Ella es la primera.

—Lindo, muy lindo —dice con sarcasmo Jax.

—Dejen el romance para cuando se quedan solos en casa —se burla Chase.

Tras la cena de pizzas, todos hemos acabado platicando. El tema sobre Jackson y los profesores no se ha quedado atrás. Michi se ha jactado de ser más inteligente que Chase y él le ha recriminado que no se ganó el premio a mejor estudiante. Entre sus discusiones y risas, han dado las dos de la madrugada.

—Tú. —Mika me apunta con la mirada (sé que eso es imposible y debería hacerlo con un dedo, pero su mirada es tan intimidante que da la impresión que lo hace con un cuchillo)—. Te enseñaré algo.

Me hace un ademán para que lo siga. Me levanto de mi silla y lo sigo. Salimos de la cocina hacia un pasillo largo, entramos por otro arco hacia el comedor, donde una maleta enorme está abierta con cientos de copias del primer libro de Mika.

La sala es de un acogedor color amarillo y la mesa es mucho más larga que la nuestra. Todo luce extremadamente ordenado, limpio y decorado por alguien profesional. Hasta las cortinas combinan con el piso de porcelana de un color marrón oscuro. No obstante, a pesar de ese toque tranquilo que desprende todo el sitio, los relámpagos y las gotas de lluvia golpeando con furia la ventana no hacen más que se me vuelque el corazón.

Eso, hasta que Mika saca entre todos sus libros de la maleta uno muy particular.

—Es el libro nuevo —señalo sin poder creer que lo vea de tan cerca—, el que estaba en el mostrador.

—Veo que el escándalo con tu truhana amiga no impidió que detallaras todo.

—No —contesto—, creo que fue una de las cosas que primero noté.

—Creí que sería buena idea que le echarás un ojo y me dieras tu opinión.

Mis ojos lanzan destellos de la emoción. Bajo mi pecho, dentro del tórax, mi alocado corazón ha pensado que está demasiado hinchado y pretende hacer ejercicios, porque ha comenzado a latir tan rápido que estoy considerando hacer mi testamento de despedida. Demasiadas cosas buenas para alguien como yo no puede ser verdad. Aquí debe haber una trampa.

—No hay ningún problema, en absoluto.

Me hace entrega del libro al terminar de acceder su petición.

Derechos de Amar tiene una portada donde predomina el purpura, muy diferente a la de su libro anterior, en la que el color amarillo teñía toda la portada y hacía resaltar las letras oscuras. No hay rostros o figuras de animales, en Derechos de Amar solo hay cerros y un cielo nebuloso. Su tipografía es similar a la del libro anterior, pero en esta ocasión la palabra «Amar» es mucho más legible. Por instinto, hago un repaso rápido de las hojas y huelo el interior. Tras unos segundos deleitándome con ese peculiar aroma a nuevo, cierro el libro y miro la contra portada; dos

perfiles están unidos queriendo besarse, pero no lo hacen, están a centímetros de cada uno, con sus bocas entreabiertas como si anhelaran aquel beso que no fue plasmado.

Me preparo mentalmente para leer de qué trata, y comienzo a leer:

«En una familia poco agraciada, se especula que las mujeres tienen una maldición la cual causa que jamás conozcan al hombre de su vida.

Diana Sthephan es la menor de seis hermanas; de pensamiento liberal, astuta e inteligente. Diana, pasa la mayor parte del tiempo junto a su inseparable amigo Louis, no tiene interés en buscar al amor de su vida, mucho menos en comprometerse. Desde niña, sabe que "aquella maldición" también le afecta. Por lo que a sus 17 años, parece ser un chico y no la chica que todas sus hermanas le piden ser.

Tras una salida, encuentra la casona Sthephan en llamas, a su madre y hermanas llorando a mares viendo cómo su hogar de siglos sucumbe en humos negros.

Sin nada de dinero, ni algún hombre que las mantengan, Diana es enviada con el hermano de su tío fallecido, Aragon Baptiste. Diana y su desconocido familiar caen en gracias, pero a su mujer no le agrada tener a una chiquilla de pocos modales en su casa.

Lejos de su familia, Diana está cerca de conocer a su peor pesadilla; el hijo de Aragon, Andrew Baptiste. Un joven cuatro años mayor que ella que la hará meterse en más de un problema, pero que tarde o temprano sacará una parte que había ocultado desde niña:

Su derecho a enamorarse.»

—¿Es una novela histórica? —pregunto retóricamente.

—Sí —afirma.

Ahora que lo recuerdo, a Mordekaiser, del libro *El gato que se enamoró del pájaro*, le gustaba Romeo y Julieta.

—Está bien, me parece interesante y algo fantasiosa, me gusta que sea un amor "prohibido" a causa de una maldición. Lo compraré cuando salga a la venta. Te doy mi fanática palabra.

Sonrío como una boba. Me siento tan malditamente condenada, con todos mis movimientos torpes y la cara roja como la sangre.

Creo que no es el mejor momento para pedirle que nos cuente el final.

Mi renovada melodía de celular haciendo honor a *Presto Agitato*, emana del interior de mi bolsillo. Le esbozo una sonrisa permisiva a Mika y él hace un ligero movimiento con la cabeza para permitirme responder.

—¡Murph! ¿Estás bien? ¿Por qué tardaste tanto en contestar? ¿Cómo está el auto?

—Estoy bien —contesto—, y el auto... también lo está.

Supongo.

—La tormenta empeora cada segundo, ¿estás en un lugar seguro? ¿Con quién estás?

Camino hacia una de las cortinas y cubro mi boca para que, en caso de que lo haga, Mika no lea lo que hablaré en un tono confidente con papá. Mika alza una ceja, luciendo fastidiado, y se marcha.

—Cené con Mika McFly, papá. ¡Es algo de no creer! Ah... y con Jax, Michi y otras dos personas más.

—¿Crees que te dejarían quedarte? Creo que es peligroso conducir con este clima, en los noticieros han dicho que no es preferible salir, mucho menos conducir.

¿Quedarnos aquí? ¡Eso sería grandioso! Desde ya comencemos a buscar cosas de Mika para venderlas luego en internet.

No seas absurda, consciencia mía. Ya te dije que con Denny poco podemos hacer.

—Lo preguntaré.

Vuelvo a la cocina luego de un rato examinando las cosas en el comedor. Me vi siendo tentada a revisar la maleta de Mika, pero me negué ante la posibilidad enorme de que mi mala suerte aflorara otra vez y me descubriera.

Michi y Chase recogen las cosas de la mesa, Astrid lava su vaso y los cuchillos que usamos para partir la pizza, y Mika saca de uno de los cajones de la encima un paño para sacar los trastes. Jax está sentado en su lugar, jugando con la tapa de su cerveza ya vacía.

—Me llamó papá —informo sentándome en mi puesto. Me acerco un poco a él, lo que provoca que me incline hacia el otro lado, alejándose y mirándome como si no entendiera mi gesto. Blanqueo mis ojos por su rechazo, mas le hago un movimiento con mi mano insinuando que pretendo decirle algo que no deseo que nadie más se entere. Me da algo de vergüenza tener que pedirle a Mika si me puedo quedar—. Dice que si es posible nos quedemos aquí, que es peligroso salir.

—Yo no tengo problemas —responde en el mismo tono bajo que yo—.
¿Tú?

Niego con la cabeza.

—Oye Mika, ¿podemos quedarnos?

No hay explicación, tampoco motivos. Tan es tan confianzudo.

—Sólo queda una cama de plaza y media —dice Mika.

—Dormiré en el sofá —expresa Jax—, como en los viejos tiempo.

Luego de otra charla, es Astrid quien me guía hacia la habitación donde me quedaré. Abre una puerta llena de stickers y advertencias de color rosa que prohíben la entrada al cuarto. Supongo que el antiguo cuarto de la hermana de Mika, quien se llamaba Allison.

—Buenas noches —se despide Pajarito, con una apacible sonrisa.

—Buenas noches.

Dentro del cuarto, el rosa predomina y me enferma. Es como la habitación de Jollie, pero mil veces más chillona y con la diferencia que todo acá no fue comprado en una tienda china, sino que parece especialmente para una familia del estatus de millonarios.

Aprieto el interruptor para encender la luz. No pasa nada. Me siento sobre la cama, tan cómoda como las que venden en el centro comercial (y donde Los Locos Adam, descaramente, siempre se recuestan) y enciendo la lámpara que reposa sobre el velador blanco. Es una linda lamparilla blanca con una sombrilla rosa.

Está demás decir que esto es completamente extraño, ¿no? Es como si fuera residente de un hotel de lujo. Extraño mi cama, ella y yo compartimos un vínculo. Si me acuesto en ésta ¿será una infidelidad?

El vigoroso sonido dándole la bienvenida a un relámpago hace que mi pregunta quede sin respuesta. Me sumo en el temor infantil que siempre señalan en los cuentos, películas. Endezco mi espalda y miro desde la cama hacia la ventana; las sombras perturbantes de ramas que lucen como dedos alargados hace que me queda fría del susto. El viento susurra cosas del exterior, como en las películas de terror.

¿Es el viento o alguien abrió la puerta al inframundo?

Me levanto de la cama y camino por el oscuro pasillo del segundo piso. No me pregunten cómo subí las enormes escaleras antes, fue muy vergonzoso tener a cuatro personas detrás, esperando con impaciencia llegar arriba. Me asomo por la baranda que da hacia la entrada de la casa, supuestamente el sitio en que Jax debe estar durmiendo.

—Jax... ¿Tenorio, estás por allí?

Volteo hacia el pasillo esperando no haber despertado a nadie.

Si es que se han dormido, cuestión que dudo.

—¿Qué quieres?

—Movilízate y ven —le ordeno—. Si ahí abajo agarras un resfriado, una bronquitis o pulmonía no quiero que me culpes luego.

Trago saliva esperando su respuesta. Se asoma desde abajo con su típica sonrisa llena de confianza y arrogancia.

—Lo que tú quieres es tenerme cerca.

Sabía que diría algo así. Resoplo al escucharlo.

—No seas absurdo.

Se carcajea falsamente, mas comienza a subir los escalones.

—Mientes tanto como respiras —acusa—. Tu ferviente negación demuestra más tus sentimientos hacia esta máquina del amor.

—Cada uno dormirá mirando hacia el lado contrario, nos daremos la espalda —adviento cuando llega arriba—. Fin de la discusión y de tus pensamientos lascivos.

—Como lo ordene la dama.

Dicho y hecho.

He obligado a Jax a que se acueste mirando hacia la puerta porque no quiere que al abrir mis ojos en medio de la noche me encuentre alguna entidad del más allá observando con sus ojos amarillos y muy inquietantes. Siempre creo que en algún momento pasará, por eso prefiero dormir mirando hacia la pared, cubierta hasta las orejas. Claro, después de unos minutos, entregada al mundo de Morfeo, mi plan se va al carajo.

Irónicamente, creo que estoy durmiendo en la misma cama con alguien peor que una entidad oscura. Pero bueno, cualquier cosa con malas intenciones que se asome por la puerta, acabará con él primero y sus gritos desgarradores me alertarán.

Es broma.

—¿Cómo se hicieron amigos, tú y Chase?

—Fue porque éramos compañeros —responde al pasar unos segundos. Su voz suena algo apagada, lo que me hace pensar que acabo de despertarlo—. Los tres íbamos en el mismo curso. Chase y yo teníamos muchas pretendientes, fuimos rivales en ese sentido... aunque siendo sincero yo siempre le ganaba en número. Una tarde, cuando por una

discusión nos enviaron a detención comenzamos a charlar, teníamos muchas cosas en común. Le conté de mamá, de video-juegos, hablamos de películas, música. Terminamos siendo amigos. Luego se unió Mika.

Si bien en el libro del gato y el pájaro se centra en su mayoría en el conflicto romántico entre ambos, también hay escenas que se ajustan a las vivencias de niño del protagonista y el porqué del odio al comienzo del libro hacia la protagonista. No obstante, sobre la infancia y niñez de sus dos amigos no se menciona mucho.

—¿Es verdad lo de su libro? —vuelvo a curiosear, recordando una cruda escena en particular.

—¿Qué tiene su libro?

—Bueno —trago saliva—, cuenta que sufrió bullying, que dos chicos lo defendieron.

Jax se ríe.

—Realmente tuvo los huevos para escribir sobre nosotros. Cuando Chase dijo que su libro era sobre su vida y que me cambió el nombre a Jack, nunca le creí.

—Deberías leer el libro —sugiero sintiéndome embobada por el pequeño peluche de un conejo sobre una butaca.

—Esperaré a que salga la película... si es que llega a salir.

Acomodo mis manos bajo mi cabeza, sintiéndolas frías. Es ese golpe frío y el contacto de mi rostro con mis manos lo que me hace recordar que, después de todo, estoy aquí por una razón.

—Gracias —musito por lo bajo, siendo como otro hercúleo sonido de relámpago provoca que mi pecho se contraiga.

—¿Qué? No te oí.

Le doy un golpe por debajo de las sábanas con Denny.

—Estoy expresando mi gratitud, unineuronal con complejo de playboy. —
Respiro hondo, volviendo a capturar con mis ojos aquel peluche—.
Gracias por traerme hasta aquí y apoyarme. Tenerte como amigo si vale la pena. Y no lo digo porque me convenga, sino porque realmente la vale. Eres especial, a tu manera. Y... también destacas para mí entre todos los demás.

Decir lo último es doblegar mi orgullo, pero en vista de que él lo dijo antes, también quise decírselo.

Es cierto. Jax siempre estaba allí. Yo no lo deseaba y siempre se visualizaba en mi campo, por importaba qué, su horrible rostro aparecía.

Pero, ¿por qué no dice nada?

—Oye... ¿me estás escuchando?

Me giro hacia en dirección a Jax. Apenas logro acomodarme, me quedo petrificada y falta de aire. No sé en qué momento lo ha hecho, no lo sentí hacerlo, sin embargo, lo hizo. Está con sus ojos cerrados, sus manos apodadas bajo su cabeza, y su todo su rostro muy tranquilo. Es muy patán ya se había volteando.

Y ni siquiera escuchó mis palabras de gratitud. En resumen: me he sincerado por nada.

Pero no importa, verlo cual niño pequeño durmiendo tan plácidamente está bien. Se siente extraño, no lo niego. Han sido incontables las veces que hemos estado así, cercanos, incluso mucho más... ¿por qué se siente tan diferente esta vez? Sus cejas lucen bien, sus alargadas y envidiables pestañas, su nariz, la forma de su barbilla, esa mejilla achatada que le da un toque cómico...

Es absurdamente lindo verlo así.

Voltéate antes de... Oh, mierda.

Sus penetrantes ojos azules acribillan los míos. Ser descubierta infraganti en un delito es poco decir comparado con lo que estoy sintiendo en este preciso momento. No sé qué es peor, que me haya descubierto observándolo descaradamente o que tenga la necesidad de continuar haciéndolo.

Es como un nuevo libro que quiero leer. Uno que estaba guardado en mi estantería y nunca llamó mi atención, pero que, en el momento, la captó de una forma muy peculiar para convertirse en el número uno entre los favoritos.

Me pregunto... estando así de cerca... ¿él puede oír lo acelerado que está mi corazón? ¿Acaso el suyo late igual que el mío?

Separo mis labios deseando poder excusarme, lanzar mis típicos comentarios sarcásticos rechazando la idea de poder verlo como "algo más". Pausadamente, bajo a sus labios, los que parecen estar más cerca que antes.

—No lo haré si tú no quieres —murmura.

—En estos momentos no sé qué quiero.

Capítulo 37: "No lo hagas".

Despierto bajo las suaves sábanas de la cama que en su tiempo debieron pertenecerle a la hermana de Mika. Me remuevo sintiendo el cuerpo sumamente cansado, agotado como si en la noche me hubiera dedicado a hacer ejercicio, cosa que, por si lo olvidaron (cosa que dudo) Denny me impide hacer. Muevo mi pierna enyesada y ésta da contra algo sólido que se queja tras mi espalda. Caigo en cuenta que es Jax, quien aún duerme. Me quedo quieta pensando qué demonios hacer al notar que desplaza su brazo por mi cintura y me apeg a su cuerpo murmurando cosas que mi cerebro no logra procesar del todo. Puedo percibir su perfil incrustándose en mi cabello.

—Ja-

Ahogo las palabras como favor humanitario para todo ser viviente sobre la tierra y la galaxia entera. Necesito un enorme vaso de leche. O mejor dicho, un cepillo de dientes y pasta dental porque la pizza con ají hizo sus males. Dios, ojalá estuviera en mi casa, en mi baño, con mi cepillo de diente y sin tener el temor de despeinar a nadie al abrir mi boca.

Si en todo este tiempo he tirado de mi boca mierda hechas palabras, esta mañana basta solo con abrirla.

Ahora que soy consciente de la bomba letal dentro de mi boca, necesito una buena forma de salir de la cama y aligerar el peso de mi vejiga, porque la cerveza que tomé no podía quedarse de brazos cruzados.

Oh, claro que no.

Bajo las sábanas tomo con una delicadeza propia de algún cirujano el brazo de Tenorio y lo corro librándome de su deliberado ataque. Inspiro

hondo sintiéndome en libertad y voy resbalando lentamente a Denny hacia el exterior de la cama. Luego mi otra pierna. Mis pies se encuentran tocando la alfombra. Me aparto las sábanas de encima y me siento sobre la cama unos segundos. Volteo para ver a Jax; él está durmiendo plácidamente.

Mi cuerpo está más liviano con la idea de no ser la única que luce como un fantasma con ojeras. Jax no se queda atrás en cuanto a mal aspecto.

Me levanto de una vez por todas y estiro mi cuerpo apoyando mis manos en la cintura, por detrás de la espalda. Un hueso me suena como si otro accidente lo hubiese roto. El dolor en mi hombro es continuo, por lo que debo moverlo para disiparlo. Ahogo un bostezo y camino hacia la ventana. Corro la cortina y descubro que ha nevado.

Saber que esos horribles relámpagos y la lluvia incontrolable trajeron consigo la nieve es una alegría para mi alma, el invierno en la ciudad es fascinante, el color blanco tiñendo las calles me trae a la mente muchas cosas entretenidas. Si no anduviese con una ropa tan andrajosa y con Denny, probablemente ya estaría en el patio haciendo un ángel de nieve.

Dibujando una sonrisa que me va de oreja a oreja, salgo de la habitación hacia el pasillo. Con el paso silencioso, avanzo en busca del baño. Oigo claramente murmullos desde el primer piso, además de deleitarme con el olor a tostada con mantequilla derretida. Mi tripa gruñe ordenando que la alimento ya, yo la consuelo acariciando mi barriga, cosa que no surte ningún efecto positivo.

Doy con el baño y me encierro con pestillo, apoyando mi espalda en la puerta como si huyese de algún asesino serial. Un retazo de El Resplandor hace una parada por mis recuerdos. Me aparto al instante, no quiero que algún loco rompa la puerta con un hacha y ésta se ancle en mi inocente espalda.

El baño es de azulejos blancos, tiene una bañera enorme en la que Finn, Jollie y yo cabríamos sin problemas. Abro la taza del váter que me recuerda a un documental sobre las casas de los multimillonarios japoneses pues el baño se parece mucho al de ellos. Después de una complicada maniobra para sentarme, aligero el peso de mi vejiga. De pie, me lavo las manos y aprovecho de echarme una ojeada; mi cabello luce igual que el de Mérida, estoy más pálida que de costumbre, con ojeras como si no hubiera dormido en días, sobre la comisura derecha una línea refleja que estuve aplastando mi mejilla durante toda la noche.

Creí que se acercaba Navidad, no Halloween.

—Lo mismo digo.

Me remojó la cara y al abrir mis ojos noto una taza transparente con dos cepillos de dientes, uno azul el otro rosa, y una pasta. Un furtivo pensamiento que yacía en lo más recóndito de mis entrañas pasa con mi cabeza ideando la más asquerosa muestra de obsesión (o falta de higiene) que alguien podría tener. Creo que es Anastasia, de Cincuenta sombras de Grey, la que piensa por mí cuando tomo el cepillo azul y lo observo. Trago saliva, volviéndolo a meter en el vaso. Que admire a Mika McFly no quiere decir tenga que llegar al extremo de cepillarme los dientes con su cepillo.

Agarro la pasta dental, estiro mi dedo.

Ya que no tengo cepillo de diente mejor me conformo con lo que tengo a mano. Ah, un chiste.

Qué pésimo chiste.

Sentada frente a la mesa, puedo oler el aroma amargo del café que Pajarito ha servido para mí. Al lado de la taza, un plato yace con dos tostadas.

Todavía me es de no creer que pueda tener presente a los personajes de *El gato que se enamoró del Pájaro*, mucho menos que esté desayunando con un escritor. Mi vena de fan quiere alocarse una vez más, sacarme millones de fotos con Mika y que, en lo posible, llene el libro que Tenorio me dio con dedicatorias. Pero claro, eso no haría más que espantarlo y me correría una vez más. Fue netamente suerte la que tuve para estar aquí, también que me eligiera para leer la sinopsis de su próximo libro. Oh, cielos, cielos, cielos... ¿Acaso El que está allá arriba pretende darme una muerte pronta? Espero que no. Necesito encontrar al amor de mi vida antes, tener mi tan esperada historia cliché.

—Deja de mirarme, comenzaré a creer que tus gustos cambiaron.

Un «pff» sale disparado de Michi. La rubia estudiante de Astronomía no ha hecho más que observarme con los ojos achicados y expeler un aura oscura desde que mi trasero se aplastó contra la silla.

—¿Disfrutaste de tu noche?

Su pregunta es sutil.

—Algo.

Me encojo de hombros con el cuchillo para la mantequilla en mi diestra y una tostada en la zurda. Mis tripas ordenan que me apresure. Estoy entre echarle al pan mermelada, margarina o huevos revueltos.

—¿Qué hiciste exactamente?

—Dormir y soñar que Damon me secuestraba. ¿Por qué?

—Porque Jax no durmió en su sofá —señala—. No hay que ser muy inteligente para saber qué algo más allá de un "dormimos" juntos ocurrió.

—Nada pasó —respondo, bajando la cabeza hacia la taza de café.

—Ustedes lavarán las sábanas —ordena con displicencia Mika.

Mi espalda se tensa, sé que el "ustedes" no iba dirigido a mí simplemente. Un bostezo como el gruñido de un león proviene de la entrada.

—Buenos días, corazón.

Mika mira a Jax sentarse junto a mí con un desprecio que azotaría el corazón de cualquier persona sensible o haría llorar a un bebé.

—¿Dormiste bien, Jax?

La sonrisa ladina intacta en el rostro del novio de Michi es una evidente forma de saber a que la pregunta tiene un doble sentido. Michi, a su lado, vuelve a mirarme. No hago más que regresarle la mirada con las cejas alzadas y mi frente arrugada y tensa.

—Como un recién nacido.

Mi garganta se ha achicado y tragar la masa de pan me es dificultoso. Un sonido extraño suena cada vez que intento beber el café. Creo que soy la

única que está actuando más extraña de lo normal mientras Jax... simplemente es Jax.

Me hundo en un barco de quejas y lamentos hacia mi persona, hasta que una suave voz provoca mi distracción:

—¿Van a quedarse al almuerzo?

—Tenemos que regresar —contesta Jax—. Tengo mi moto en su casa.

—Sí, además papá debe estar loco porque no me ha visto en toda la noche.

Mi despedida hacia Mika McFly fue un mero agarrón de manos y una fotografía para el recuerdo guardada por los confines de los tiempos en mi celular. Tuve que pasarme la mano por mi ropa porque estaba sudando como concursante en Quién quiere ser millonario. Fue una despedida simple que probablemente recordaré hasta que sea una anciana porque cosas así no se olvidan. Puedo decir con total afirmación que la Ley de Murphy no hizo su flamante aparición y que Diosito ha querido darme mi regalo navideño por anticipado. Todavía siendo el roce de nuestras manos y la sonrisa hermosa que esbozó cuando Michi tomó la fotografía en la sala. Soy alguien con una suerte extraña. La lotería no es nada comparado con todo lo que tengo. Incluyendo la dedicatoria.

Aferro el libro contra mi pecho contando los minutos para volver a casa y leer qué escribió Mika en la última hoja, como lo pedí. No quería hacerlo en público, mucho menos en su casa, pues terminaría chillando como marrano y golpeando los almohadones de la sala cual simio. Pero... la

tentación es fuerte. Ya no estoy en su casa, sino en el auto de papá de regreso a mi querido hogar. ¿Por qué no echarle un rápido vistazo?

Acomodo el cinturón que me va del hombro hacia la cadera. Tomo el libro y busco la última hoja. Inspiro hondo preparándome para leer:

«Una oveja no basta para alimentar al lobo.

A todas ellas se las devora sin piedad, excepto a la última.

Atte. Mika McFly»

—¿Qué te puso Mika en su dedicatoria?

Doy un pequeño salto en mi asiento. El cinturón de seguridad me aprieta el estómago y por un segundo dudo qué provoca la extraña sensación del hormigueo: si cinturón o escuchar a Jax. Me remuevo dentro de asiento.

—Lo que ponen todos.

Cierro el libro con vacilación. Espero que mi respuesta haya sonado lo justa y necesaria para que no pregunte más.

Pienso en la dedicatoria. No es la dedicatoria que esperaba, tampoco que me comparara con una oveja. Porque eso fue lo hizo, ¿no? ¿Qué quiere decir con su dedicatoria?

Mi celular suena con la indiscutible canción de los créditos de *Fight Club*. Es la canción de tono de llamada que le puse a Cole.

Contesto.

—*Terminé el libro. ¿Qué tal si salimos un día de estos para regresártelo? En un restaurant. Vestidos de etiqueta. Tomando vinos caros.*

Me quedo en silencio unos segundos escuchando sus «aló» y mirando de reojo a Jax, quien conduce sin prestarme mucha atención.

—Tengo a Denny.

—*Dudo mucho que sea impedimento para ponerte un vestido elegante. Yo pago.*

Me lo pienso un par de segundos más de los que tardé en contestar.

—Bien, me dices luego dónde y cuándo.

—*Seguro. Nos leemos luego.*

Corto sin esperar que continúe con su despedida. Me quedo mirando al frente, con el celular en mi mano, apretándolo con fuerza y esperando a que Jax pregunte lo obvio mientras dudo si debería decirle la verdad o mentirle.

—¿Es Gregory?

Me rasco detrás del cuello, evitando mirarlo.

—No —respondo con un hilo de voz—, es... Cole. Quiere que salgamos.

—Claro.

—Voy a ir.

—Bien.

—Bien.

¿Qué es esto? ¿Bajo la misma estrella?

El resto de camino a casa no hablamos. Me entretengo mirando por la ventanilla del auto las calles teñidas de blanco e intentado sonreír viendo a los niños más entusiastas cubiertos de ropa jugar con la nieve. Algunas personas limpian la entrada de auto, otro toman fotografías. Apoyo mi frente en el frío vidrio y pienso en lo que ocurrió en la madrugada.

Jax detiene el auto frente a su moto que está cubierta por un manto de cuero negro. No sé de dónde habrá salido, pero supongo que papá se apiadó de ella y la cubrió para que no le sucediera nada en la tormenta. Saca la llave, pero no se baja, y yo tampoco pretendo hacerlo hasta conseguir algo de ayuda. Volteo a verlo y lo miro; está con sus manos sobre el manubrio, mirando al frente.

—No lo hagas —habla.

—¿El qué?

Me mira con sus ojos serios y los labios planos. Baja la cabeza, riendo.

—No bajes primero, puedes resbalarte.

Capítulo 38: "Relatividad - Parte 1."

Jax baja del auto y cierra la puerta. Me quedo en silencio en el auto, procesando lo que dijo y todo lo que esperaba que dijera. Mastico sus palabras e intento digerirlas rogándome muy en el fondo que contenga las ganas de recriminar su cobardía. Pero no puedo. Espero a que abra mi puerta al tanto sostengo mi libro firmado, me ayuda a levantarme y procura no resbalar como bien lo dijo. Su mano está en mi cintura otra vez. Se siente diferente. Su tacto se siente diferente. O quizás es mera impresión mía.

Miro el tapete de bienvenida y espero que alguien del interior de la casa abra. Escucho los alocados pasos de los trillizos y la voz de papá ordenándoles que no corran. Me tenso bajo mi ropa al sentir que Jax se aparta. Inspiro y lo detallo de reojo por encima de mi hombro. Su silueta se ve borrosa.

—Si no quieres que vaya deberías haberlo dicho. Fuerte y claro.

Papá abre la puerta antes de poder escuchar la respuesta de Jax, cosa que agradezco porque si de verdad no iba a detenerme cuando dijo: «no lo hagas», entonces he abierto mi bocota en vano... otra vez.

—Hola, cariño —saluda papá. Sus dos brazos me aprisionan contra su cuerpo—. Estuvimos todos muy preocupados por ti y la tormenta.

Como haciéndonos una invitación a entrar, abre la puerta sin sentir pudor del desorden descomunal que hay dentro.

—Sí... *Todos* —habla Chloe cruzada de brazos sentada en uno de los sofás. Está despeinada y con su horrible pijama de una pieza—. Cierta señor exagerado hizo que todos durmiésemos en la sala.

Una sonrisa se me escapa al notar su fruncido ceño.

—Debe haber sido una excusa para ver la serie sin que los demás lo llamaran muertos de miedo por los relámpagos.

Los trillizos abrazan a Denny y luego salen corriendo hacia el pasillo con sus pijamas de cascanueces y los sonoros cascabeles cocidos en la capucha. Se ven realmente tiernos e inocentes. Saya se asoma desde la sala y me hace señas como saludos, detrás le sigue la abuela.

—¿Cuidaste bien de mi hija?

Mi mente hace que me centre en la pregunta que acaba de hacerle papá a Jax, queriendo escuchar todos los detalles de su respuesta.

—Sí, espero que no se haya oxidado con la lluvia, no pude estacionarla dentro de un garaje. —Mis ojos dan una vuelta completa al escuchar la simpática respuesta de Jax. Papá se echa a reír con su tono rasposo y grave, agarrándose el estómago y con la cabeza hacia atrás, disfrutando plenamente—. Oh —exclama el unineuronal—, se refiere a Murphy.

Omito contraatacar su fatídico plan para hacerme perder los estribos y me dirijo a Chloe.

—¿Dónde está Jollie? Necesito enseñarle algo.

—Está arriba con Pelusa.

Pelusa es el apodo que Chloe usa para referirse a la prometida de Finn. Su verdadero nombre es Naomi Bennet y se conocieron antes de que mi

querido hermano mayor —*tos, sarcasmo, tos*— fuese un sedentario que le hace la vida imposible a sus hermanos.

—Volvió de...

—Ajá —interviene la abuela caminando por el pasillo con su flamante e icónico bastón. guardo silencio al instante—, y volvió con ganas de casarse ya.

—A veces olvido que alguien tuvo el estómago suficiente para fijarse en Finn. —Me siento junto a *Cuarta*, estirando mi pierna enyesada sobre su regazo—. Me compadezco todos los días de ella.

—No sé si debería tomarse eso como un halago o sentirme mal.

La escalera cruje y unas botas militares muy gastadas comienzan a bajar lentamente. Una chica de rasgos asiáticos y con el cabello muy corto se presenta ante todos con una sonrisa. Está muy cambiada desde la última vez que nos despedimos de ella para que continuara con su servicio militar. Recuerdo perfectamente que llevaba su típica cola de caballo negra y los ojos marrones delineados con una larga línea sobre sus párpados. Una camiseta de un grupo de rock estaba debajo del colgante con su anillo de compromiso. Sus pecas cafés eran muy notorias y con Jollie, siempre le decíamos que eran chispitas de chocolate.

Naomi es alguien de aspecto rudo e intimidante. Era compañera de Jollie y solía defenderla cuando alguien la llamaba «zanahorias». Yo no le daba mucha importancia a los apodos, pero mi sensible hermana era un mar de llantos cuando volvía a casa. Sé que suena raro que te guste el hermano de tu mejor amiga, y lo fue cuando todos nos enteramos que ella y Finn estaban saliendo. A decir verdad, fue mucho más sorprendente escuchar que pretendían casarse algún día; la abuela casi tiene un paro

cardíaco gritando que por fin podría tener un bisnieto, como si no bastaran todos los nietos que ya tiene.

—Como sea —dice la asiática al llegar frente a mí—, qué gusto volver a verte.

—El gusto es mío.

—Le decía al yeso.

Ahora entiendo porqué el par de tórtolos se va a casar: Naomi y Finn son tal para cual. Siempre con ese extraño humor.

Quiero darle un golpecito en el hombro pero está demasiado lejos para consolidar mi acción, además, Naomi se aparta para capturar con sus marrones ojos a Jax junto a papá.

—Tú debes ser el novio de Murph.

—Eso es lo que ella quiere, pero no, soy un... —Me da una rápida mirada— amigo.

Necesito urgentemente descargar me con alguien. Un saco de boxeo que tenga la fotografía del rostro de Jax. Lo necesito de verdad.

Jollie me ha rogado quedarse con el libro El gato que enamoró del pájaro que tiene la singular dedicatoria en la última página de Mika. Ha chillado tanto como lo habría hecho en su lugar si es que el mismo autor no hubiese estado presente. Intentó sobornarme de una y mil formas, luego se quejó de lo mala hermana que soy en ocasiones al no dejar que leyera la dedicatoria. Naomi, a su lado, le decía que era dedicatoria y se

puso a divagar magistralmente diciendo que si alguien más leía las dedicatorias de otro, caería una maldición denominada: "La maldición del lector". Obviamente, ese cuento tan fantasioso no se lo creería ni un puberto, excepto la ingenua de Jollie, quien ahogó sus palabras corriéndome de su habitación. Tenorio ya no estaba cuando lo hice, por eso me sentí en la libertad de sacar mi *fangirl* interior y comentar con detalles cómo es Mika, dónde tiene su casa y sobre su novia. Habría dejado eso para mí, pero una explosión interna necesitaba desahogarse.

Y esa explosión tiene cierta influencia del patrocinador que conllevó a conocer una parte del escritor. Reflexionar lo que ocurrió hoy es tan cansino como hacer los trámites en una notaria. Pensé en buscar consejería con Maya, mas a sabiendas con qué saldría ella y su mentalidad, mejor decliné la idea. Si quiero saber qué rayos ocurre dentro de la cabeza de un chico, tengo que hablarlo con uno.

A pesar de ser un adolescente, Tony siempre me dio buenos consejos. No es una novedad que después de mi desasosiego al confesarme a él nos hayamos distanciado, no obstante, espero que continuemos teniendo esa peculiar confianza que nos hacía decir las cosas sin pelos en la lengua.

Realmente espero que platicar con él me ayude a entenderlo... A entenderme.

Cojo el papelerero junto a mi escritorio y abro la ventana. En la casa vecina, donde reside Tony, la luz de su habitación está encendida. Me siento una contrabandista o presidiaria que planea escapar de la cárcel con su vecino de celda. Agarro una bola de papel y la lanzo contra la

ventana. Una y otra, hasta que la cortina es corrida y el rostro de mi vecino queda al descubierto.

—¿Qué tienes? —interrogo al notar que su piel acaramelada está como la leche. Sus ojos caídos y rojos. Tiene unas enormes ojeras que delatan que no ha dormido bien. Dudo mucho que sea a causa de la tormenta. Lentamente corre la ventana.

—Problemas en la casa —responde con la voz quebrada. Carraspea para aclararse la garganta—. Mamá corrió a papá y no quiere pasar la Navidad con nadie. Tendré que irme donde la abuela.

Una mirada compasiva es todo lo que me permito darle, porque se la merece.

—Qué mal... ¿No quieres pasarla aquí?

—Chloe ya me hizo el ofrecimiento y le dije que no. No quiero que tu papá me meta a mí en el horno en lugar del pavo y salga con la excusa que se confundió.

Una carcajada burlona se escapa de lo más vasto de mis entrañas. Es curioso que tenga humor después de lo fatal que se ve.

—Eso suena a algo que querría hacer contigo. —Dejo el papelero sobre la cama para arrimar mis manos en los fierros—. Pero es Navidad y él lo entenderá.

Tony baja los hombros como si todo este rato estuviera conteniendo la tensión. Resopla tras unos segundos y se rasca la nuca.

—Hay algo más.

—¿Qué?

—El otro día estábamos en un partido y... un sujeto me dio una tarjeta.

—¿Esos tipos con gorra y playeras que llevan estampados de universidad? —Asiente con sus labios aplanados— ¡Eso es genialoso!

—Lo es —dice—, pero... quedar en una universidad significa dejar todo atrás y empezar desde cero. Dejar a Chloe y apenas estamos empezando.

Oh el amor adolescente.

Es lo complicado de enamorarte en la preparatoria, colegio o como Plutón quieras llamarle. Dicen que ser adolescente es sencillo, que no tienes preocupaciones, que todo es más fácil de realizar. Yo no lo creo tan así: la niñez y la adolescente son etapas fundamentales para conocer personas y conocernos a nosotros mismos. Nos comprometimos con problemas y nos acomplexamos de cosas irreverentes de personas insignificantes, pero todo eso, es una prueba para formarnos y enfrentar la adultez. Tienes amigos y estos se marchan. Comienzas un romance y una fuerza más grande que la misma te impide conciliarlo. Crees que eres el rey del mundo y luego algo te da una patada en plena cabeza para restregarte que estabas equivocado. Y al final, cuando sobrevives, miras hacia atrás con melancolía viendo todo lo que perdiste y lo con lo poco que te quedaste. Pero de eso se trata todo esto: la adolescencia es una etapa de preparación que si terminas mal, perjudicará todo.

Darle un discurso así a Tony no suena algo muy tierno, quizás realista, sí, pero no es la mejor solución por animarlo. A veces, mentir como todo adulto no es mala idea.

—Bueno, entonces que cada minuto cuente. Además, ¿no has visto películas de adolescentes? Siempre terminan yendo a la misma universidad o continúan un romance a larga distancia.

—En películas, Murphy —objeta con obviedad, casi rodando sus ojos—. Esto es la vida real. El deportista popular no se quedará con la chica nerd, la chica mala y el chico malo no se enamorarán por arte de magia, el mujeriego no cambiará por la chica, los amores a distancia no perduran, y no existe el "vivieron felices por siempre".

Ya habla como Jax.

—No seas pesimista antes de tiempo, primero debes intentarlo. —Eso ha sonado muy optimista para alguien como yo—. Creo que deberías conversarlo con ella de todas formas.

—¿Y si lo intento y ella luego dice que no quiere nada? ¿Sabes que todavía le gusta ese tipo mayor?

—Lo suponía —lento su mueca, pensando en ese sujeto inexpresivo—. Alguien no va a dejar de gustarte de la noche a la mañana, menos cuando existe una mínima posibilidad de que tú le gustes. Al final, todo lo decide el Órgano muscular bombea sangre.

Una linterna invisible se enciende sobre mi cabeza.

—Tú eres la rara. ¿Para qué me buscabas?

—Uhm, no... —Reniego con la cabeza—. Nada. Creo que ya conseguí una respuesta a mi interrogante.

Si al final el corazón tiene la última palabra, entonces dejaré que decida por mí. No más reglas. No más gestos. No más divagues. No más secretos. Que la cita con Cole sea la decisiva.

Capítulo 38: "Relatividad - Parte 2."

Examino mi reflejo en el espejo con Jollie, Naomi y Chloe a mi lado. Sus sonrisas dicen mucho, quizás más de lo que mi imaginación pueda deducir. Al parecer, el estrambótico vestido que he sacado de mi closet les ha parecido la vestimenta de un payaso para la función estelar del circo. Creo que el amarillo y el rojo con lentejuelas no pegan ni juntan. La verdad, viéndome con más detenimiento, puedo pasar desapercibida como un obsequio más bajo el árbol de Navidad.

—Ustedes son las que se visten a la moda y maquillan, dejen de sonreír como tontas y asesórenme.

Me aparto del espejo y acerco a la cama desecha, agarro el vestido y me lo quito tirándolo sin darle mucha importancia donde caiga.

—Deberías comer más pollo.

Sé perfectamente a qué se refiere Naomi al comentar aquello. No es mi culpa ser una tabla para planchar y que ella haya nacido privilegiada con delantera y trasera.

—Gracias, lo tomaré en cuenta.

—Y comprar ropa interior más... madura —le sigue el juego Chloe.

Bajo mi cabeza para ver mi ropa interior. Tal vez no es una buena idea salir a cenar con ropa interior de Bob Esponja. O usar ropa de la esponja con voz chillona en sí, porque vamos, el estampado con su cuadrada cara es como la de psicópata.

—Me la cambiaré luego. ¿Podemos elegir qué vestido usaré?

—Yo podría prestarte uno —habla Jollie, sentándose en mi cama—. Pero debes cuidarlo con tu vida.

—Claro, evitaré que se raje o le pase algo, es lo único que andaré trayendo encima... además, de Denny.

Jollie se pone de pie de un respingo y sale de mi cuarto tarareando cual niña pequeña. A ella, mi hermana mayor, le fascina todo este cuento de arreglarse para cenas, citas, maquillaje. Cosas de chicas que se preocupan por su aspecto físico y no presentarse ante las personas como personas muertas en películas de terror japonesas. Yo, a diferencia de ella, no estoy pendiente de darle una buena cara a los demás, sino que prefiero mostrarme lo más auténtica posible, con orejas, granos y todo. No estoy diciendo que esté mal arreglarse, pero no me llama la atención.

Es curioso que muchas de las protagonistas que me han tocado leer sean así: sin interés en la moda, aunque sí que ponen empeño en relatar con lujos y detalles como andan vestidas cuando salen de fiestas.

Tranquilos, omitiré dar muchos detalles en cuanto Jollie traiga su vestido, sé que es un fastidio y, algo presumido. Yo no luciré esbelta como La Sirenita ni acapararé las miradas de todos cuando entre al restaurant...

Bueno, probablemente lo haga cuando me vean llegar con zapatillas. No me acribillen, no puedo usar zapatos o tacones con Denny, lo más cómodo y a la altura son mis zapatillas de lona.

—Aquí está.

Jollie entra a mi habitación con un vestido azul en sus manos. Luce como una presentadora de TV con su sonrisa despampanante.

—Te verás genial.

¿Azul y yeso? Creo que me pareceré a Bella Swan versión pelirroja.

La cita elegante con Cole llegó cuando menos lo esperaba. A una semana de Navidad. Creo que debería estar ansiosa por ella, pero me siento tranquila y enfocándome en lo que hace unos días me propuse. Necesito saber de mis sentimientos y aceptarlos sin importar los que sean. No puedo seguir evitando las cosas, hacer una vista gorda a las situaciones estrafalarias que la vida me ha hecho pasar sólo para demostrarme a gritos qué es lo debería estar pasando. Entre ambos: Jax y yo.

Son casi al nueve de la noche. Hace un frío que apuñala todo mi cuerpo. Estoy vestida con el vestido azul de Jollie y me veo como un rectángulo con brazos y piernas. Chloe me arregló el cabello y Naomi me maquilló. Eso es todo, no más descripciones.

—Buenas noches, linda dama.

Cole saluda en la entrada incitándome a pasar mi brazo por su gancho. Se ve realmente bien, el su cabello alocado muy engominado, un smoking negro y zapatos del mismo color muy lustrados. Por un segundo me siento inmersa de vuelta en la época de mi graduación, cuando un chico al que nunca le había hablado me invitó. Creo que su nombre era Bernard y llegó con un montón de obsequios que se los regalé a Jollie. Es de mal gusto para nosotras que nos regalen cosas como desodorantes, shampoo o lo que sea relacionado con la higiene, es como si indirectamente quisieran decirte que hueles mal.

—Así que tu melena rebelde se rindió a las espesas garras del gel —le comento, deslizando mi brazo por debajo del suyo.

—Algún día tenía que ceder.

El frío se agolpa contra mis piernas. Quiero volver a mi habitación y meterme bajo las sábanas, pero no puedo. Afuera, aparcado frente a la casa, un taxi nos aguarda. El conductor está chateando por su celular, ojalá tenga encendida la calefacción.

Se supone que a las 9:30 deberíamos estar en el restaurant. No recuerdo cuál es, pero lo googleé apenas Cole me dijo y lucía de ensueño.

—¡Qué guapos! —La chillona voz de Maya es escucha cuando atravesamos puerta de las rejas. Mi querida y cibernética amiga está vestida como lo harían los famosos en una alfombra roja. Le lanzo un intento de silbido.

—Eh, Maya. ¿A dónde vas?

—Yo también tengo una cita —Me guiña uno de sus azules ojos—. Espero que tengan una linda velada. ¿Te cambiaste tu ropa interior con estampados?

Blanqueo mis ojos. A mi lado, Cole se echa a reír.

—Sí.

—Bien, no querrás que Cole salga huyendo cuando los vea, ¿no?

—Cierra la boca.

Le paradisier es el nombre del restaurant francés. Desde el exterior noté que hay un mural enorme en la pared central de una playa paradisíaca, con palmeras y arena blanca. Las mesas tienen cierta tonada caribeña donde predomina el marrón; en el centro tienen arreglos floreales con una vela cilíndrica de color blanco. Un sujeto muy respingado con la nariz elevada es el recepcionista, al entrar le pregunta a Cole si tiene reservación y nos guía hasta nuestra mesa.

—Qué elegante todo esto —le susurro a Cole siguiendo al recepcionista mientras babeo deleitándome con todos los cuadros y esculturas. Una sutil melodía en piano llega a mis oídos causando que la piel se me transforme a la de una gallina—. ¿Eres es Chopin? —le pregunto alzando un poco más la voz por el entusiasmo.

—Creo que sí... No sé... ¿Nocturne, tal vez? —responde mi acompañante frunciendo el ceño—. Siempre quise venir aquí. Por cierto, linda zapatilla.

Sus ojos se quedan pegados unos segundos en mi zapatilla negra de lona. Bajo los hombros con resignación, casi se me escapa un resoplido.

—Ni la mires, es la mejor que encontré.

Luego de pedir platos con nombres y pronunciaciones extraños, aguardamos a que el chef los prepare. Mi estómago no ha cesado de gruñir con una irá propia al convertirse en el representante del mismo pecado capital. He tenido que cambiar una y otra vez de posición al apoyarme sobre la mesa porque mis ojos viajan de lado a lado buscando los platillos de los demás, cediendo a la tortura y el masoquismo. Cole lo notado, me mira con atisbo, también con cierto dejo compasivo. Fui torpe al negarme a cenar, al menos comer un poco del apetitoso queque de la abuela que me enamoró a primera vista.

—Y... —comienzo a hablar, necesito concentrarme en algo que no sean mis sonoras tripas— ¿qué tal el libro?

—El final fue loco. Algo me decía que Tyler y el protagonista eran uno, pero... ¿dispararse a sí mismo y vivir?

Sí, eso fue una locura. ¿Es posible dispararte en la boca y vivir, al menos, por una centésima de segundo con tu garganta destrozada?

—¿Cómo te diste cuenta que Tyler no existía y que era parte del protagonista?

Una sonrisa ladina se forma en su rostro.

—Fue porque en ningún momento se revela el nombre del narrador. También porque los tres nunca estaban juntos en una habitación o sala. Eso me causó extrañeza. —Se agarra la barbilla—. Es un buen libro y la película creo que es muy fiel.

—Sí, creo que sí...

—¿Qué tal la serie?

—Buena, tanto así que mi papá y hermano están adictos a ellas. Todavía no acabo la última temporada ¡así que nada de spoilers!

—Descuida, no soy tan insensato.

Me tomo la barbilla achinando mis ojos.

—Sí, raramente eres como el Ken de Barbie. Todavía me pregunto qué tramas...

Mis ojos viajan una vez más hacia otro lado, no porque esté nerviosa al hablar con Cole, porque mi voraz apetito quiera consumir los patillos ajenos u otro de los cuadros me haya parecido curioso o llamativo. La razón es completamente diferente. Alucinante. Muy telenovelesca. Mi corazón da un vuelco y todo se torna en una cámara lenta. Mi alrededor es difuso.

No puedo creerlo... él está aquí.

Jax está aquí.

Camina hacia nuestra mesa con su chaqueta de cuero y su peinado desordenado. El recepcionista le sigue detrás en un inútil intento por detenerlo, pero cada vez que el anciano osa a tocarlo por el hombro Jax lo aparta con un brusco movimiento de hombros. Los ojos azulados de mi compañero de Expresión Vocal se ven totalmente intensos contra las luces que cuelgan del techo del restaurant. Su paso es decidido, sin tropiezos y directo.

Me siento totalmente contrariada sin saber cómo actuar, qué decir, qué debería hacer. Él no debería estar aquí, y al parecer, yo tampoco.

Cada segundo la distancia disminuye. Ya puedo oler su tenue olor a limón. Se para detrás de Cole y abre sus rojos labios mirándome fijamente.

—¿Estás bien?

La melodramática *Kreutzer* de Beethoven le da un toque que se asimila a la fantasía y la decepción a mi estado de pasmo. No hay ningún Jax en el restaurant, solo personas desconocidas, Cole y yo. Mi imaginación me ha jugado una vez más en contra, enseñándome lo que quiero ver. Era demasiado surrealista como para que fuese así, demasiado dramático para que ocurriera. Un vez más, necesito mirarme al espejo y decirme, una y otra vez, que esta es la vida real y no un libro.

—S-sí —respondo fingiendo interés en la copa con vino que el garzón nos ha servido hace unos minutos.

—Parece que viste un fantasma.

Tal vez lo hice.

La cita con Cole se puede resumir en una larga charla sobre la vida. Por algún motivo que no quiero preguntar ante la respuesta que puedo obtener a cambio, Cole siempre se limita a hablar lo justo y necesario sobre él. Siempre la que parlotea como loro soy yo mientras Cole me observa con una alargada sonrisa. Sin embargo, mientras hablaba recordé prestarle atención a los pequeños detalles. Esos insignificantes para cualquier persona, excepto las que están encaprichadas o buscan hacerlo. ¿Alguna vez han notado que el gustarte alguien te hace un observador de primera? Te fijas en todos los movimientos de la otra persona (la que te gusta), incluso cuando son mínimos, suspiras con cada sonrisa, tu pecho se contrae con cada contacto visual, te sientes idiota y prefieres no hablar. No quiero sonar arrogante o sacar hipótesis falsas, pero es probable que por eso Cole no sea de mucho «bla, bla».

Me habría gustado sentir algo así hoy, pero nuestra cita era la de dos amigos con gustos en común. Nada más. Me he visto tentada a hacer comparaciones con Tenorio, mas he declinado la idea.

Hay una forma para hacer que despierte del letargo de indecisiones. Solo una.

Cole me ayuda a bajar del taxi. Estoy de regreso en casa. Ya casi son las dos de la madrugada.

—Nada mal, eh.

Sonrío sosteniéndome de su gancho. La puerta de la reja está abierta, así que no vemos problemas en entrar al antejardín.

—Todavía estoy en una pieza, sin una zapatilla y con Denny, pero... no estuvo mal.

La fría brisa de invierno transita en medio de la noche, provocando que me encoja de hombros resguardando mi cuello. Quiero volver a mi cuarto, quitarme el maquillaje, el vestido de Jollie y meterme a mi cama. Golpeo la puerta para que alguien abra.

—Gracias por aceptar la cena —murmura Cole con sus ojos puestos sobre mí.

—Gracias a ti por llevarme —le respondo—. Fuiste muy amable.

Su «de nada» se resume en una sonrisa que podría derretir la nieve de toda la calle. Siento el silencio palpitante, uno de esos que necesitan suprimirse con una acción dada a la peculiar intimidad que envuelve a sus habitantes. Mastico palabras que no logran formarse y la idea de volver a golpear. Inspiro hondo, lo tomo por los hombros, coloco mi pie bueno en puntillas y lo beso, cerrando mis ojos con fuerza.

Es un beso del que Cole no parece dimensionar en absoluto. Me aparto, cuando siento la cerradura de la puerta. Entonces, lo miro con arrepentimiento.

—Yo... Lo siento.

Esquivo a papá y entro, cerrando la puerta de golpe y apoyándome en ella. Llevo mi mano al pecho y la dejo quieta, esperando sentir mi corazón acelerado. Latiendo desenfrenadamente por mi osada acción y por el beso con Cole, porque devoré sus labios. Pero no. Todo luce normal. No hay hormigueos, no hay ansiedad, no hay mariposas revoloteando en mi estómago, no hay labios calientes palpitantes. No hay nervios. Si quería una prueba para tomar mi decisión, creo que ya la tengo.

Mis pensamientos me trasladan hacia aquella noche de relámpagos, cuando Jax y yo estábamos bajo esa misma cama, bajo las mismas sábanas, refugiándonos de la noche, mirándonos con asombro, sumiéndonos en un ambiente del que habría jurado nunca padecer con él, porque me resultaba imposible. Porque creía que no era lo correcto. Recuerdo perfectamente sus palabras, como si pidiera permiso para cometer lo que en aquel instante ambos temíamos hacer. Me gustaría decir que no me alegró oírlas, mas no fue así. Estaba consternada. Se sintió como un choque el impacto de saber que me provocaba nerviosismo el tenerlo tan cerca, rendido y vulnerable. Ambos lo estábamos. Fue como un despertar. Y pasó. Terminamos entregándonos al tímido deseo de ahogar la distancia que nos separaba. Al comienzo fue tan corto e inocente, aparentando el miedo que sentíamos al rechazo o a la idea de que, lo que queríamos hacer, no era lo correcto. O no podía ser cierto. Aquel beso fue el primero en el que ambos participamos por igual, porque lo queríamos. Mi pecho subía y bajaba a son de un corazón que latía de prisa. Creí que podía morir. Fue cuando nos separamos y contemplamos.

Una sonrisa sonora se escapó de él, contagiándomela. Todo se tornó más raro aún. Ni siquiera con Tony había sentido esa emoción de confianza y sentirme ridícula al no saber cómo actuar. Supongo que Jax también la sintió, porque no paraba de sonreír. En su frente decía: «¿QUÉ RAYOS HEMOS HECHO?». Con mayúsculas y negrita. Todavía podía percibir el tacto de sus labios con los míos. Me apreté mirándolo otra vez a los ojos. Coordinados, una vez más, nos acercamos. Otro beso nos dimos; uno largo y más profundo. Uno que requería de más contacto. Que necesitaba tener mucho más cerca. Jax tomó mi mano, la acarició y se deslizó por mi brazo hasta mi cabello. Yo lo agarré del

escuálido cuello de lo que sea que haya estado trayendo en ese momento, lo apegué más a mi pecho. Su mano viajó luego a mi cintura y allí permaneció por un buen tiempo. Volvimos a mirarnos. Acaricié su cabello despeinado con mis dedos como si se le quitara pelusas con una delicadeza de cirujano. Él deslizaba un dedo por mi espalda.

—¿Vamos a olvidar esto? —preguntó.

Y no respondí, porque la respuesta más acertada era que no podría hacerlo.

Estoy perdida.

—Necesito hablar con Jax. —Papá y su pijama de reno se presentan ante mí. Es genial tener que leer y que alguien así te interrumpa. Lo digo en serio.

Vuelvo mis ojos al libro.

—Llámallo.

—¿Dijo algo sobre cómo o con quién pasaría la Navidad? —pregunta, arrugándose aún más de lo acostumbrado.

—No lo mencionó.

—¿Por qué no ha venido últimamente? —insiste, como si supiera sus motivos. Jax desapareció de la faz. Ni siquiera responde a su celular. No tengo, ni puedo imaginarme los motivos—. Podrías ir a su casa y preguntarle —insiste.

Respiro hondo sintiendo la maraña de pensamientos, a favor y en contra de hacerlo.

—Iré en auto —accedo finalmente.

Una risotada socarrona se dispara desde el otro sofá de la sala. Es de Naomi.

—¿Denny sabe manejar? —pregunta con un asombro muy fingido.

—¿Sabes manejar? —se le une Finn, quien está a su lado jugando con el celular.

—No, par de traumanoides. Ustedes llévenme.

Mientras vamos en el auto hago un recuento de lo que Maya me dijo hace una noche, cuando le llamé por celular en vista que ninguna de las dos quería caminar, con este espantoso frío, a la casa de la otra. Maya podría haberlo hecho sin problemas, pero su flojera es tan grande como su número de pretendientes. No sé cómo lo hace esa loca para tener tanto chico babeando por ella.

—Mentirte a ti misma no hará las cosas más fáciles —me recriminó—. Te gusta, ya está, no hay retorno cuando del corazón se trata. La razón no es nada ante el amor. Querías tu historia de amor: la tienes. Tú lo dijiste, querías una historia como de libro, ser la protagonista de tu propia novela. Sabías desde el comienzo como acabarían las cosas. Ya no puedes negar lo evidente, no puedes actuar ante el mundo... Mucho menos ante él. Te gusta Jax, es un hecho.

Con lo último mi voz emanó como del inframundo. No era como si me gustase Jax, sino que es algo que va en ese proceso. Y me da miedo. Me da mucho miedo.

—Él va en contra a todo lo que me planteo desde el comienzo —hablé—. Él es el antagonista de todos mis caprichos, el prototipo de chico que termina destrozándole el corazón a la protagonista para después hacer un asado con sus sobras... ¿Qué debería hacer ahora?

—¿Afrontarlo como alguien adulto? Escucha: Jax no es el chico perfecto, mucho menos cumple tus reglas o expectativa, pero ha demostrado ser honesto contigo. Él confía en ti, y tú confías en él. Nadie es perfecto, tú también tienes tus defectos... Y demonios, son diferentes, con maneras de pensar diferentes y humor distintos, pero se complementan de maravilla. Yo te dije que con atreverte no pierdes nada, aprendes cosas nuevas. Ya no tienes escape, Mamá Maya siempre tiene razón.

Como siempre, mi queridísima amiga no tiene pelos en la lengua. Sus consejos siempre me dejan aún más pensativa. Yendo a su casa es una buena forma de afrontarlo... espero.

—Esperen aquí —les informo a Finn y Naomi. Estamos frente al edificio donde reside Jax y sus bestiales amigos. Spencer no cuenta dentro de ese repudiable grupo, claro, además, según lo que dijo Jollie, está con su familia por las fiestas —. O den una vuelta, los llamaré cualquier cosa.

—Como lo ordenes, Pirata.

¿Pirata? ¿Ese apodo nuevo es por Denny?

Golpeo la puerta del departamento siendo uno de los compañeros de piso de Tenorio el que me abre. No sé cuál era su nombre, pero creo que se llama Shawn.

—¡Rojita! —exclama con asombro. Trae puesta una camisa desabrochada y la mancha de un pintalabios en el cuello— ¿Qué te trae por aquí?

—¿Está Jax?

—Está en su cuarto, nena —responde cediéndome la entrada—. Aunque yo no entraría allí si fuera tú.

Una sonrisa traviesa decora su viril rostro. Hago caso a las lascivas insinuaciones y me adentro al departamento, camino por el pasillo y golpeo la puerta del cuarto de Jax.

Nada.

Vuelvo a golpear y escucho un gruñido sacado del mismísimo inframundo. Frunzo el ceño y giro el pomo. No tiene asunto seguir dilatando el asunto, probablemente cuando me vea se espante y quede bien despierto.

Abro y asomo la cabeza al interior de la habitación.

Un extraño olor se adentra por mis fosas nasales. Es un olor entre el alcohol y el cigarro, pero muy concentrado. Recorro el desastre de cantidades monumentales de la habitación y me quedo quieta mirando el culo moreno de una mujer recostada entre las sábanas. Jax está sentado en la cama, colocándose apenas sus calzoncillos. Se ha quedado inmóvil y pálido al verme en la puerta.

Amaso las palabras que deseo escupirle y cierro la puerta, emprendiendo mi lenta caminata hacia el ascensor, partiéndome la espalda con cada paso que doy. Me repito una y otra vez que no hay razón para molestarme, que no debería molestarme. Ruego al cielo que conserve mi calma.

Es en el pasillo que su mano me retiene por el hombro. Por consecuencia me detengo y giro para mirarlo con la poca decencia que le queda, porque ni siquiera trae pantalones el muy...

—Puedo explicarlo... Fue algo muy casual...

—¿Qué? —inquiero—. No hay nada que explicar, Jax. ¿Por qué quieres justificar tu hambruna por el sexo opuesto? No me interesa. No debería. No soy tu novia.

—No sé, tal vez por...

Sé los motivos por los que s quiere justificar. No veo caso que lo haga, no soy su dueña. Yo también besé a Cole, aunque fue con razones muy diferentes.

—Olvida lo que pasó —Reniego con la cabeza volviéndome hacia el ascensor—. Nada pasó y nada pasará. Nos besamos y qué. No quiere decir que estamos amarrados el uno al otro. —Aprieto el botón para bajar—. Desde ahora llamaré antes de venir. Feliz Navidad.

Cuando el ascensor llega, me subo sin problemas. El silencio de Jax es delator.

Si el mujeriego no cambia por la chica, ¿qué lo hará cambiar?

Capítulo 39: "Libérate".

¿Es válido sentirme como una idiota? Creo que sí, tengo mis motivos. Los suficientes para sentir el intranquilo peso de la derrota en una competencia en la que no tenía nada que ver. Es como sentir pena ajena de mí misma. No me molestaría que ustedes se ríen de mi penosa realidad, o mi paupérrimo estado. Me gusta pensar que lo peor de haber venido hasta los departamentos —dónde no solo vive Jax, sino también mi progenitora— es que gastamos bencina y su precio se está inflando como globo en cumpleaños infantil, pero ese es el lado bueno de la situación. El lado malo es que una pizca de mi orgullo fue aniquilado vilmente al tener la remota idea de que el mujeriego de Jax había cambiado. Tantos libros, cuentos... tantas películas que sostenían mi teoría, pero no: ese por cierto diminuto donde el mujeriego sigue siendo un mujeriego tuvo que ocurrir aquí. Fue mi culpa creer que cambiaría de la noche a la mañana. Eso es lo que más me decepciona. No estoy en el derecho de reprocharle nada a nadie, menos a Tenorio. Él puede hacer lo que se le antoje con su vida. Lo sé... y, sin embargo, verlo me fue impactante. Sobre todo por el culo plástico que estaba a su lado en la cama. Esas son imágenes difíciles de borrar.

Cada paso que doy hacia la salida del edificio es uno en el que me digo «¡no debiste salir huyendo como una tonta despechada!». Tendría que haberme quedado, hacerle un par de preguntas o mentir sobre el porqué estaba allí y luego irme. No me culpen, fue un impulso por el impacto. Ojalá pudiera decir que fue por el impacto del culo de la morena, pero no es así.

Mierda, qué patética debí verme cojeando hacia el ascensor a toda prisa y que Jax me alcanza sin problemas por culpa de Denny. Y qué patética

al creer que me lo encontraría afuera del ascensor para oír la explicación que le rechacé.

Soy una bipolar, lo sé.

Ahora sí me llevo los premios a la tipa con más mala suerte y patética.

Culparme sólo a mí no es la idea, Jax también tuvo culpa; si aquella noche en la casa de Mika nada hubiese ocurrido, entonces, tal vez, la situación entre ambos sería diferente. Pero me ilusioné, y Jax también gatillo para que lo hiciera.

Bueno, ambos lo hicimos.

—Déjame ayudarte.

Una niña castaña empuja la puerta principal del edificio y permite que salga, ella sale detrás. Me parece sospechosamente familiar; sus gestos, sus ojos verdosos, el cabello castaño y ese aspecto a Margary. Es la hija de mi progenitora, la niña a la que tuvo después de *dejarme* con papá.

—Oh, eres tú —hablo entre dientes—. Gracias.

Al escucharme la niña ladea la cabeza y me examina arrugando las cejas.

—Eres Murphy Reedus.

—Sí —respondo buscando el auto de papá donde Finn se había estacionado—. Y tú eras...

—Charlotte —se apronta a decir.

Ah. Ya lo recordé. Fue algo cómo «Ella es Charlotte. Es tu hermana».

—¿Qué haces afuera? —pregunto sin saber qué decir.

—Espero a que mamá llegue, no me gusta estar sola en el departamento, mucho menos en un departamento lleno de universitarios.

Siento como mi garganta se seca. Busco de nuevo el auto de papá sin encontrar rastro del pelirrojo y su novia con rasgos asiáticos. ¿Dónde se metieron esos dos? Espero que no se estén dando de lote dentro del auto porque sería asqueroso. Pensar en esos dos besándose es repulsivo. Insisto: ¿cómo tiene estómago Naomi para salir con Finn? No, mejor dicho ¿qué tan loca puede estar para querer pasar el resto de su vida con él?

Y yo me creía loca...

Al no dar con algún rastro de ellos, vuelvo a la niña. Un silencio hiriente culmina su respuesta para enfatizar lo incómodo que es todo esto. Es una presentación formal con alguien que actué como un troglodita. Aquel día, en la cena, fui bastante borde cuando le recriminé a mi progenitora su rol de madre; Charlotte no tenía nada que hacer allí, mucho menos pagar los platos rotos de mi juicio contra su madre.

—Esto... sobre hace un tiempo, en la cena... Si fui despectiva contigo... no tuve la intención de hacerlo, la cosa era con Margary, contra ti no tengo nada.

La niña abre sus labios con sorpresa, como si recién captara de qué hablo.

—Tranquila, entiendo tu situación. Mamá ya me lo había contado. Dijo que estabas enojada con ella.

Nunca estuve enojada con ella, estaba decepcionada y eso conllevó a que la presión me sedujera y me molestara. Siempre veía a las otras

madres abrazando a sus hijos, diciéndole al oído cuánto los querían, siempre recibéndolos del colegio con una sonrisa resplandeciente, plena disposición para sus hijos y preparándoles comidas deliciosas. Margary nunca me dio esa oportunidad, nunca me abrazaba, nunca me dijo cuánto me quería, me iba a buscar demostrando en sus expresiones y gestos que era una carga, no tenía tiempo para mí y nunca me preparó ricos platos o comida especial como las madres en los comerciales de la televisión. Dicen que las personas siempre recuerdan lo peor de otras cuando están decepcionadas o molestas, pero hago un esfuerzo por recordar su lado bueno y no encuentro ninguna cosa.

—Te quiere, ¿sabes? —Charlotte irrumpe en mis pensamientos con su vocecita. Lanzo una carcajada corta, seca y llena de sarcasmo—. Es verdad, ella te recuerda todos los días. La he visto llorar un par de veces. Cuando hacemos alguna cosa siempre dice "a Murph le gustaba esto", "tu hermana veía este programa", o "no tires esto, lo hizo Murphy cuando tenía tantos años". A veces es molesto.

—Es el peso de la culpa.

Charlotte se encoge de hombros.

—Si ella tuviese la oportunidad de volver el tiempo y tenerte de nuevo, seguro que actuaría diferente. Deberías sentirte afortunada; tengo compañeros que fueron abandonados por alguno de sus padres (o ambos) y nunca los han vuelto a ver. Mamá al menos está allí, y quiere arreglar lo malo que hizo antes.

No puedo creer que me esté sermoneando una niña de... ¿cuántos?
¿Diez años?

—No puedes cambiar el pasado, Charlotte. Eso es imposible.

Se echa a reír mientras se agacha para atarse la zapatillas de loga tan gastadas como la pobre Denny.

—Lo mismo le dije cuando me dijo que tendríamos que ir a la cena contigo, pero mamá dijo: "no podré cambiar el pasado, pero sí podría cambiar el futuro". Ya sabes, esa típica frase cliché que dicen los psicólogos y poetas suicidas de *Tumblr*.

Mi risotada se ve fracturada ante el espectáculo sonoro de los gritos de Naomi y la bocina de la van.

—Debo irme —le informo a Charlotte. Ella se levanta, acomoda su ropa y asiento—. ¿Estarás bien sola? —Comienzo a caminar hacia el dúo de traumanoides.

—Claro, me quedaré charlando por aquí. Nos vemos.

Charlotte agita su mano como despedida y yo me subo al auto.

La vuelta a casa se me ha hecho eterna. No puedo detener mis pensamientos. Qué buen comienzo de día, ¿no? Primero Jax y luego la charla sobre mi progenitora. Claramente la segunda es la que más me fastidia. Los recuerdos pasados se sienten tan vivos, es como un monstruo agarrándose de mí lo que no me permite avanzar. No obstante, al recordar lo que Charlotte dijo, éstos se tornan tan frágiles... se agrietan lentamente dejándome en la duda sobre lo que debería hacer. Ojalá tuviera el discernimiento correcto, ojalá las decisiones fuesen fáciles de conllevar. No quiero matarme pensando en el pasado, en lo que hubiese sido sin Los Reedus, pero soy masoquista por naturaleza propia y tiendo a hacerlo para continuar el martirio.

—¿Qué pasa con esa cara, Tercera?

Elevo la cabeza encontrando a papá dentro de mi habitación. Ya puedo hacerme una idea a qué viene.

—El cirujano plástico no pudo mejorarla.

Una carcajada ahogada y muy cortada se cuelga en la garganta de papá. Le observo avanzar hacia la cama, al sentarse hunde la cama. Inevitablemente me inclino en su dirección, aunque no quiera hacerlo. Evito el contacto de nuestros brazos y lo nota, así que como castigo termina pasando su brazo por mi espalda y acorralándome.

—No digas esas cosas —dice, moviendo su mano en mi hombro—, eres un tomatito hermoso. ¿Qué sucede? Desde que llegaste a casa has estado pensativa, muy distante.

—Estoy cansada, papá.

—Eso, de ninguna manera, puede ser posible.

Es cierto. No puedo estar cansada ya que soy una vaga sin remedio y con una pierna tiesa.

Jugueteo con mis dedos, bajando la cabeza. Un sentimiento inquieto explora mi pecho incitándome a repasar todas mis dudas para que papá las resuelva. Lo quiero. Él siempre tiene algo que decir para reconfortarme o corregirme.

Doy un largo suspiro con mi boca, que daña mi garganta y le da un vuelco a mi pecho. Papá aguarda sabiendo que, aunque lo niegue al comienzo, siempre me termino sincerando con él.

—Creo que he cambiado mucho desde comienzos de año. También a lo largo de mi vida, desde que llegué acá. Aprendí a conocerme mejor y conocer a los demás. Sabes que siempre fui de carácter y con una respuesta para todo... Pero, últimamente, siento que una parte de mí se está yendo. Algo se desprende y no puedo evitarlo. No sé qué es, no sé qué pensar..., qué responder. Intento explorar en mi interior y encuentro a una Murphy Reedus que pretende hacer caso omiso a lo evidente, que tiene miedo al rechazo, y sé perfectamente por qué sucede. Creo que... tengo miedo de no tomar las elecciones correctas, de elegir mal. No quiero salir herida, pero tampoco quiero herir a nadie. Hoy me encontré con Charlotte, la hija de Margary y...

—Charlotte, tu hermana; Margary, tu madre —me corrige papá.

—Sí... Bueno, ella dijo que Margary todavía me quería, que lamentaba ser como lo fue antes —Los labios de papá se separan para hablar, pero meneo la cabeza para detenerlo—. Sé que es verdad, lo creo que verdad. Pero algo dentro de mí no quiere hacerlo. Algo en mí se niega a darle una oportunidad. Es un mundo donde todos somos pecadores, donde todos hacemos mal, pero me cuesta. Me cuesta mucho darle una segunda oportunidad.

Papá disuelve su agarre, bajando su mano a la cama y apoyando la otra, se echa hacia atrás elevando su barbilla.

—Las personas creen que es complicado pedir perdón, pero perdonar también lo es. Es normal que te sientas así, estás dolida, decepcionada, temes que vuelva a ocurrir. Nadie quiere resultar dañado y muchos quieren dañar. Pero, ¿te imaginas vivir en un mundo sin oportunidades, donde todo fuese penado, donde no existiera el perdón? Seríamos una civilización llena de rencor. Nadie merece vivir con rencor, menos una

jovencita como tú. Pasar el resto de tu vida sabiendo que te dañaron y perdonaste es un triunfo que sabe mejor que sacar la más difícil de las carreras universitarias. Es saber que tomaste la elección correcta. Es un paso más hacia la madurez. Es dejar el odio de lado; eso es lo que se desprende de ti. No te daré más la charla de «es tu madre, debes perdonarla», te diré que es una persona, con sentimientos, virtudes y oportunidades. ¿Alguna vez te detuviste a pensar por qué fue así? ¿Qué pasaba por su cabeza?

Un flujo de lágrimas recorre mi mejilla. Paso mis manos para que éstas no caigan por mi barbilla. Papá se incorpora observándome de lado, seca una lágrima en mi rabillo y sonrío.

—Gracias, papá.

Le doy un abrazo. Papá huele a lavanda y galletas. Recuerdo que ese fue el primer aroma que sentí cuando llegué aquí. Cierro mis ojos transportándome a aquella vez durante unos segundos.

—Cuando quieras, cariño —susurra—. Libérate.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Claro.

—¿Por qué la preferencia con Jax? ¿Por qué no Tony o Cole?

—Porque de dos personas con pensamiento y actuar diferentes se puede aprender. O se les puede enseñar. —Alza sus manos a la altura de sus ojos, enderezando la espalda. Forma con su diestra una escuálida mitad de corazón y con la izquierda hace lo mismo—. Un corazón roto y otro corazón roto forman uno.

Entiendo a qué se refiere, mas algo no me cuadra.

—¿Te refieres a lo que ocurrió con nuestras madres? —Mueve su cabeza asertivamente, dándole crédito a mi pregunta—. ¿Cómo sabes lo de Jax?

—Sus tíos y yo somos colegas. Ellos siempre se quejaban de lo revoltoso que era y es su sobrino, que sacaba malas calificaciones, que no podían controlarlo, que su madre lo abandonó... —Una cómica expresión con los ojos en blanco de papá provoca que lancé un bufido. Siempre hace lo mismo cuando volvía del colegio y nos contaba la poca paciencia que tenían algunas personas con los estudiantes—. Jax es un buen chico, uno que está lastimado. Nunca tuvo la atención de sus padres y ni la de sus tíos. Solo quiere afecto, uno que se sienta familiar; el cariño que le faltó de niño.

Me gusta pensar que las personas son puestas en tu camino por alguna razón, una que debemos descifrar. Podría hacer un repaso sobre las influencias que me ha hecho en mí cada ser terrenal con el que me he topado —*¿Patch, por qué tardas tanto?*—, si tuviera el tiempo suficiente antes de hacerme una anciana. Quiero pensar que todo sucede con su qué, cada vida, cada muerte, cada decisión e impulso. En mis diecinueve años me he encontrado con muchos que han marcado un antes y un después, ¿habré hecho lo mismo con ellos? ¿Tendré algo de influencia sobre la perspectiva de los demás? Si es así... Si puedo llegar a cambiar un *algo* de alguien, entonces tal vez...

—Necesito hacer una llamada, papá.

Antes de ponerme de pie, le doy otro abrazo a papá. Un atisbo de curiosidad se mezcla en su ceño, luego esboza una sonrisa. Salgo de la habitación buscando en los bolsillos de mi jersey el celular. Una persecución contra el tiempo me sume en la ansiedad. Sé que tengo todo

el tiempo del mundo, pero no quiero esperar. Desbloqueo la pantalla, busco entre mis contacto y marco.

...

Creo que el parque es la maldición para todas las parejas, siempre ocurre alguna tragedia. Si miro hacia mi derecha puedo ver a dos nos discutiendo. Un poco más a la izquierda dos amigas consuelan a otra. Detrás hay... Oh, una pareja besándose, ellos no cuentan. Lo que intento decir es que todas las personas con dramas amorosos terminan en un sitio como este. Es algo así como una tradición.

Se preguntarán qué hago aquí, sola, sentada en una banca y sin un libro en mis manos. Pues la respuesta es simple: estoy esperando a alguien. Es un momento serio que no me da para estar leyendo. Necesito meditar muy bien lo que diré, cómo reaccionaré en cualquier de las situaciones.

Ante todo me siento tranquila. Con el corazón algo acelerado, pero no lo suficiente para morir de una taquicardia. Creo que tomar esta decisión ha sido la correcta si es que pretendo empezar el año venidero sin ataduras, problemas y rencores. Tras la conversación con papá lo planeé todo y acordamos vernos aquí. Ese "alguien" —que por cierto, queridísimo lector, no es Mika McFly— aun no llega. Espero que lo haga pronto, no quiero morir congelada y que la única parte de mi cuerpo que resulte intacta sea mi pierna con Denny.

Miro la hora en mi celular; se ha retrasado diez minutos.

Un suspiro mejor parecido a un gruñido sale de lo más profundo de mi ser. Jugueteo con mi cabello e intento hacer una trenza, pero nunca aprendí a hacerlas, Jollie siempre las hacía por mí. De reojo noto que una chica pelirroja se sienta a mi largo. Hago caso omiso a sus

movimientos hasta que la oigo carraspear. Ese singular sonido suele usarse para llamar la atención de algún desconocido, así que la miro esperando que pregunte algo o comience una típica plática sobre desconocidos.

Pero dudo mucho que ese sea el caso. Con solo ver a la persona que tengo a mi lado, choco con el costado de la banca e intento afirmarme en el respaldo.

—Por la santísima madre de...

Mi voz se pierde en el asombro. Ante mí, con una horrible peluca pelirroja, un gorro cubriendo su cabeza, un maquillaje muy recargado y la extraña vestimenta como la de los maniqués en las tiendas chinas, Cole me sonrío. Mejor dicho, intenta hacerlo. ¿Quién podría sonreír en un caso así? Yo no. Yo...

—¿Cole, realmente eres...? ¿Cómo es que...?

No puedo crear palabras, tampoco pensarla. Cole está a mi lado, vestido como una versión barata mía.

—Hola, Murph.

—¿Qué... —amaso la palabrota dentro de mi boca obligándome a sellar los labios unos segundos— rayos?

Baja la cabeza y empieza a jugar con sus dedos con cierto dejo de vergüenza. Por Dios, hasta sus gestos y expresiones son similares a las mías. Es como si estuviese viéndome en un espejo; uno que está en el circo de lo bizarro.

—Es una larga historia, una que ocurrió el día en que me defendiste.

Frunzo el ceño y comienzo a sacudir la cabeza, incrédula. Refriego mis ojos con las manos y luego me golpeo la cara para comprobar que no estoy en un jodido sueño.

—Am... uhm... ¿eres gay?

—No, me gustan las chicas Murph. Me gusta una en particular que... no eres tú. Lamento muchísimo haberte dicho que me gustabas. Me gustas, como persona, tú eres mi admiración. Siempre quise ser como tú.

—¿¡Co-como yo?! —Me inclino para examinarlo— ¿Estás drogado?

Niega con la cabeza, solemne. Un bochorno comienza a inundar mi cuerpo.

—No, Murphy Reedus. No soy un drogadicto, tampoco soy gay. A mí... me gusta vestirme como mujer: soy travestí.

Y eso basta para que mi cabeza colapse.

Capítulo 40: "Muchas 'eres' y 'emes' antes de Navidad".

Una apacible voz comienza a oírse en la lejanía tornándose cada segundo más clara. Intento ordenar mis pensamientos y entender qué me sucedió. Es la imagen de Cole lo que me hace dar un brinco que vuelca mi corazón. Me repito que el motivo de mi asombro no es una alucinación, que estoy sobria y, por sobretodo, cuerda. Me arrincono otra vez al extremo de la banca y analizo el rostro del sujeto que besé hace tan solo unos días.

Tranquilízate, por favor.

Me calmaré.

Inspiro hondo y exhalo relajando mis pulmones. Cole me observa paciente.

—¿Estás mejor? —Asiento en respuesta a su pregunta. Todavía mi cabezota no puede comprender qué está pasando; sin embargo, de algo estoy completamente segura: la confesión de Cole me ha facilitado el trabajo—. Es difícil asimilarlo, ¿verdad?

Esculpe una sonrisa llena de incomodidad, creo que mi reacción exagerada no la esperaba. Vamos, ¿quién se desmorona de la nada? No quiero sonar arrogante, pero creo que estoy hecha para el drama y, por consiguiente, el teatro.

—Aún mantengo la leve impresión que esto se trata de un sueño. — Extiendo mi índice y toco su mejilla, manchando la yema con algo de base—. Pero no lo es. ¿Por qué?

—¿Por qué no es un sueño o por qué estoy vestido así?

Lanzo una sonrisa boba y nerviosa.

—Lo segundo —contesto, observándolo con más agallas—. ¿Cómo llegaste a comprender que eres... bueno... travestí?

Pronunciar la última palabra me es sumamente extraño, tal vez porque nunca se me cruzó por la cabeza entablar una conversación con alguien de esos gustos. He hablado con centenares de homosexuales, pero ¿un hombre heterosexual que se viste de mujer? Aquí debe haber algo más oculto.

—Antes de contártelo todo mereces una disculpa por no decírtelo antes. Dije que me gustabas y cuando preguntaste qué ocultaba tontamente te dije que nada.

—Ah, no te preocupes por eso —meneo mi mano restándole importancia a sus mentiras, a decir verdad estoy más interesada en su historia—. Mejor cuéntame.

—Está bien —Suspira notándose algo nervioso—. Tú eres como mi musa, eres mi inspiración. Lo fuiste desde aquel día en que me ayudaste, creo que en ese instante comenzó todo. Tú eres como mi ejemplo a seguir, eras la persona en la que yo quería transformarme. A pesar de habernos cruzado algunas veces, para mí era todo un honor; podía aprender de ti. Obsesión, amor... no sé cómo llamarlo, lo que sentía iba más allá. No sabes cuántas veces dudé de mi sexualidad, entendía que lo que hacía... lo que hago —se corrige— es sumamente extraño e impensado. En la preparatoria conocí a Julia, fundamos nuestra banda Warrixr y me enamoré perdidamente de ella.

Julia, la chica baterista de cabello rosa. Recuerdo que era muy buena tocando y bastante simpática. Así que a Cole le gusta ella. Debí suponerlo.

—Ella sabe que...

—Fue por ella que comencé a vestirme como chica —se apronta a responder—. Ella fue el catalizador que me llevó a vestirme como tú un día y... la idea de sentirme como una chica nos gusto a ambos, a ella y a mí.

—¿Pero vestirme como yo!?

Bien, bien... me calmaré. Eso de antes ha sido un impulso guardado a causa de la noticia.

—Lo lamento —digo con la garganta comprimida— todavía no lo asimilo.

Una sonrisa comprensiva se dibuja en el rostro de Cole. Recién, estando más calmada, puedo notar que se ha afeitado y su maquillaje es tan elaborado que me da envidia el hecho que al maquillarme quede como un zombie.

—No eres de la única que me vestido. Y no creas que esto lo hago seguido, es... una clase de fetiche.

—Pues tu fetiche casi me hace explotar la cabeza —reirimino, amasando mis sienes con los dedos. De pronto, un choque eléctrico me pega en plena consciencia y mi ánimo recae al suelo junto con mi orgullo—. Mierda, y yo te besé aquella noche cuando fuimos a comer.

Cubro mi rostro con las manos para que no note que estoy al rojo vivo.

—De nuevo, perdóname si te ilusioné todo este tiempo diciendo que me gustabas. Estar contigo es divertido, es muy especial para mí. Se me fue de las manos... Yo... no debí haberte hecho ilusiones.

—No. No, no... —elevo mi cabeza para mirarlo directamente a los ojos— No me has ilusionado. No negare que la primera vez que Maya nos presenté casi se me mojan las bragas, pero con el tiempo me di cuenta que solo estaba siendo superficial y no sabía lo que quería. Me siento fatal por haberte besado para aclarar mis sentimientos. ¿Sabes? No puedes imaginar cómo me siento; es algo entre la confusión y el alivio. Confusión por la sorpresa que me has dado y alivio porque temía romperte el corazón.

Dejo que el aire helado entre a mis pulmones y me anestesia por unos segundos.

—Podemos seguir siendo amigos —irrumpe en el silencio—. Ahora que no hay nada que te oculte es mejor. Y, por favor, no me mires como un bicho raro, hay muchos como yo.

—Tengo un hermano que colecciona insectos, y mírame: hice tres reglas para conseguir a protagonista de mi historia. Creo que tú estás más cuerdo que todos los Reedus juntos.

Lanza una fuerte carcajada que vuelve a relajarme.

Perfecto. Justo lo que faltaba en mi historia para ser la protagonista ideal: no tendré al típico amigo gay, pero sí a uno que le gusta vestirse como chica.

...

Mañana es Noche Buena y todos en la casa están impacientes. Hoy cenando, papá nos encaró diciendo que alguien abrió uno de los regalos bajo el árbol. Como el regalo no tenía nombre para quien iba dirigido, los sospechosos éramos todos, incluyendo la abuela, quien se mostró como la única sospechosa cuando culpó a Rain, nuestro obeso y malhumorado gato. Mama nunca confesó haber sido ella, por lo que no nos quedó de otra que pensar que sí tenía algo de razón a pesar de que Rain vive todo el tiempo en la calle, incluso ahora que está todo nevado.

La cena tuvo su siguiente momento de tensión: Chloe le preguntó a papá si Tony podía cenar con nosotros, le contó brevemente su problema con la familia (problema del que ya todos somos conscientes con los gritos que se oyen por toda la calle) y le confesó, además, sobre su relación. Papá se transformó en una cereza con barbas al escucharla, todos en la mesa creímos que su trastorno de padre protector salía a flote para hacerse un sitio sobre la mesa, cosa que no ocurrió; papá esbozó una sonrisa forzada y finalmente asintió con las manos temblorosas.

«Claro, Cuarta, tu 'novio' puede cenar con nosotros», accedió con los dientes apretados.

Vamos a ser muchos en una mesa, ya me imagino cómo se volverán todos al abrir los regalos. Y no hablar cuando nos toque sacar un papelito del canasto; la tradición de la casa es que, luego de cenar nadie puede levantarse de la mesa, en el centro, junto a las velas, hay un canasto lleno de papelitos doblados que ocultan el nombre de algún Reedus, a la persona que sacamos debemos decirles unas emotivas palabras que sí o sí terminan en unos sollozos, porque ¿qué es la Navidad sin un poco de sentimentalismo? Una vez acabadas las palabras emotivas y los sollozos que duran un segundo, todos nos vamos a dormir con nuestros pijamas

navideños para que, temprano por la mañana, los más pequeños de la familia chillen con deseos de abrir los regalos.

Me gustan las Navidades con Los locos Adams.

¿Sabes lo que no me gusta? Es que no pueda leer en la tranquilidad de mi habitación.

—¡Murph...! Morfina... Oye, sé que estás ahí. Suicida, asómate por tu ventana.

¿Alguna vez se han preguntado cómo actuarían si la persona que no desean ver ni en fotos está gritándole a tu ventana hace media hora? Yo he intentado ignorar los gritos, pero son incesables, desesperantes y me recuerdan a un Romeo mal interpretado. Soy una buena persona, no me juzguen anticipadamente, solo quiero que la persona que está gritando afuera de mi casa se congele, y si es posible que le roban su ruidosa moto.

Concéntrate Murphy, continúa leyendo. Allí abajo no hay nadie de tu interés, solo un futuro muñeco de nieve.

Eso intento, eso intento...

La puerta de mi habitación se abre hasta chocar contra el escritorio. Naomi baja su larga y esbelta pierna con la que abierto para luego cruzarse de brazos. Está despeinada, molesta y con bata negra.

—Maldita sea, Murphy —ladra—. Asómate por la jodida ventana para que podamos dormir. Te golpearé si mañana tengo ojeras.

Bajo el libro acomodándome en la cama.

—¿Por qué no mejor golpeas al que está allá abajo?

—Porque no me interesa golpear personas despechadas.

Jax no es ningún despechado, es alguien con un apetito muy peculiar. Las ganas de querer mirarlo a la cara me son devastadoras, nulas e insípidas. Es algo que planeé hacer luego de la Navidad, para mentalizarme y decirle todo lo contenido que llevo dentro, pero claro, Tenorio no puede esperar nada. Además, estoy segura que sus intenciones al venir aquí no son para arreglarnos o explicarme qué hacía con la morena de culo descubierto. Él ya gritó que necesitaba mi ayuda.

Descarado ser unineuronal con apetito por las morenas.

—Le diré que se vaya —Naomi sacude su cabeza conforme con mis palabras—. Al salir cierra la puerta.

Sola en mi habitación, con los gritos como nueva compañía, me levanto de la cama con pesadumbre y me acerco a la ventana. Está cerrada, pero una pequeña brisa helada choca contra mi mano al correr las cortinas. Sin emitir sonido, abro la ventana contemplando con incredulidad a un Jax Wilson gritándole a la ventana de Tony, no la mía.

—Uhm... mi casa está por aquí —digo, sintiendo el frío palpando mis huesos. Jax se gira con torpeza en mi dirección y sonrío (creo)—. ¿Estás borracho?

—Un poco *mmmareado*, pero *nnnnadaj* de lo que preocuparse.

Mareado. Sí, claro.

—Si no estás borracho demuéstalo: párate en un pie —le desafío. Jax no duda ni un segundo en contradecir mis palabras y sube su pie

intentando conservar el equilibrio sobre la nieve—. Lo sabía estás borracho. ¿Qué haces aquí?

—Estoy en un gran problema.

Lo sabía.

—Partiendo por el hecho de que te quiero partir en dos la cara, sí, lo estás. ¿En qué lío te metiste ahora y que te hizo pensar que podría ayudarte?

—Erres... mmmi ammmiga, ¿verrrrdad?

Los amigos no se besan. Cielos, que me llame "amiga" quiere decir que ocurrirá lo mismo que con Tony. Luego dirá que le gusta Jollie o, no sé..., Finn. Una leve necesidad de compadecerme de él se apodera de mis pensamientos. Meneo la cabeza para disipar toda compasión y autocompasión.

—Justo ahora no me apetece ser "tu amiga", ¿sabes?

—¿Quieres serrr algo mmmás, cariño?

Allí está, el Jax de siempre. El de toda la vida. El que creí que su apetito por sus víctimas había acabado. Qué tonta soy. Tonta por no cuidar mis palabras con significados ocultos que se prestan para malas interpretaciones.

—A lo que me refiero es que no tengo intenciones de ayudarte.

Cierro la ventana de golpe y, de paso, procuro que las cortinas no permitan que algún halo de luz ilumine hacia el exterior. Pero no me muevo. Me quedo de pie frente a la ventana, conteniendo un suspiro que no puedo descifrar. Ahogo en mis pensamientos, las palabras directas de

Maya, mi percepción sobre el sujeto al otro lado de mi ventana. ¿Por qué tiene que ser él? De todos las personas, el mundo se las ingenió para unirne de alguna u otra forma con Jax Wilson, y yo, la muy estúpida, sabiendo las repercusiones no me percaté en el antes y el después que nos marcó.

Me dio media vuelta y escucho dos golpecitos apresurados a mi espalda. Me giro sobre Denny y corro las cortinas, encontrando a Jax ansiando no caer. Abro la ventana para sostenerlo desde su chaqueta de cuero, mas es demasiado tarde. Un grito en la oscuridad es lo último que sale de su boca hasta caer en la nieve.

—¡Estúpido mundano! —chillo, caminando a toda prisa hacia la escalera. Amira, Emer y Chloe se asoman por la puerta de sus cuartos y me siguen el paso.

—¿Qué fue eso? —pregunta Amira.

—Jax se ha caído desde mi ventana.

Un grito ahogado se apodera de la boca de mis hermanos. Impacientes, pasan por mi lado y bajan la escalera a toda prisa. En unos segundos, llego al encuentro de un inconsciente Tenorio.

—¿Está muerto? —pregunta Amira, agachándose para verlo con más detalle.

Me inclino para verle, aunque poco efecto surte. La noche es espesa y la luna no está a nuestro favor.

—Eso parece... —respondo, examinándolo— ¡Emer deja de picarlo con esa rama!

Emer, sin hacer gesto alguno, tira la rama. El rostro de Jax se arruga y un quejido casi imperceptible nos indica que está vivo.

—La nieve debe haber amortiguado su caída —dice Emer con un dejo de tristeza.

Chloe se agacha a su lado, lo examina otro par de segundos y luego voltea su cabeza para mirarme por encima del hombro.

—¿Lo llevamos adentro? —pregunta.

Emer y Amira se les une. Arrastro mis ojos de vuelta hasta Tenorio y me cruzo de brazos.

—Hagámosle un favor al mundo y dejemos que se congele.

—Ay... —se queja Jax— Ay, mmmi bello cuerrrrpo.

—Ah, qué mal... —se lamenta Amira—. Sí está vivo. Vámonos.

Capítulo 41: "El corazón roto".

Papá y Finn meten a un inconsciente Jax en la casa. Lo recuestan sobre el sofá y la abuela —compadeciéndose del unineuronal— le coloca encima una manta de polar. Todos los presentes nos quedamos mirando al castaño frunciendo el ceño, esperando que se siente y nos dé alguna explicación. Parece que esa muestra de humildad que escupió anteriormente fue dentro de su inconsciencia, porque luce como un cadáver.

—Pobre Johan —mama suspira, mirándolo durante otro rato más con la cabeza ladeada—. Esto es culpa de Murph —acusa y me señala con su bastón—. Si no hubieses despechado...

—Abu... Mama, ¿qué te hace pensar que lo es? —Por alguna razón la mala de la historia soy yo. Claro, el chiquillo bonito llega borracho y dispuesto a cometer suicidio, pero no, la culpa es mía porque se rompió la espalda. Bah.

—Solo míralo... Es la viva imagen de un hombre al que le rompieron el corazón —le sigue Finn.

Aprieto mis puños de tal forma que el frío por estar afuera se anula por completo.

—Yo lo veo igual —comenta Chloe, frunciendo el ceño—. La misma cara de bobo.

—Al fin alguien de mi parte —cacareo alzando las manos al cielo—, y que es razonable.

Jax se comienza a retorcer bajo la manta de polar. Todos volvemos a clavar nuestros ojos, expectantes a sus movimientos.

—¿Y dices que no es un despechado? El pobre reconoce la voz de la persona que lo abandonó.

Quiero golpear a Naomi por su comentario, pero sé, perfectamente, que si le doy un leve golpe en el hombro ella me lo regresará multiplicado al infinito. Soy demasiado joven para morir en manos de la futura mujer de mi hermano mayor. O que termine con el brazo enyesado, así como para que Denny tenga una nueva compañera.

—¿Dónde esssstoy? —pregunta Jax agarrando su cabeza. Me pregunto para qué se la agarra, allí no tiene nada importante, ¿o sí?

—Estás con Los Reedus, Jax —le informa papá con la voz alzada, pausada y modulando cada palabra—. Te caíste de la ventana.

—Casi mueres —agrega Amira.

La abuela golpea con su mano el pecho de Chloe y la mira ceñuda.

—Ve hacerle un té al pobre muchacho —le ordena.

—¿Yo? —La cabeza de la cuarta hija de los Reedus retrocede varios centímetros ante su incredulidad—. Que vaya Murphy, es su culpa.

—Tss... —siseo— ¿dónde quedó el apoyo?

—Se esfumó junto con tus... —Naomi forma unas garras con sus manos y las coloca sobre mis inexistentes pechos. Finn y Chloe se echan a reír, yo me cruzo de brazos con las cejas planas.

Esto se llama «Destruyendo a Murphy Reedus», el pasatiempo favorito de mis queridos hermanos. Creí que después de varios años me acostumbraría al maltrato familiar que padezco a diario, pero no. Sigue siendo como una patada en el estómago.

—Niños, basta —calla papá—. Tercera, cariño, juntaremos dinero para tus implantes luego, ahora concentrémonos en Jax.

Oh. No dijo "tu novio". Papá debe ser el único que se percató que entre Jax y yo las cosas no andan bien. Acepto su suspicacia, pero su comentario sobre los implantes está totalmente de más.

Omito refutarle que no quiero ni tengo pensado en usar implantes, solo me limito a voltear para examinar una vez más al Casanova de cuarta que tengo como compañero. La interrogante sobre en qué necesitaba mi ayuda se aloja en una parte aislada de mi cerebro, mientras tanto, me planteo algunas formas dolorosas en hacer despertar de una buena vez.

—¿Por qué no me dejan a solas con él?

Mi sugerencia a acatan algunos. Los apuro sacudiendo la mano, a regañadientes los espectadores se marchan volviendo a sus cosas. Papá es el único que tarda en subir las escaleras, antes me da una pequeña mirada que me pide precaución. Plasmó un intento de sonrisa para responderle que no pretendo hacer nada malo. Ya estando solo Jax y yo en la habitación, me siento en el sillón frente al sofá, declinando la idea de lanzarle un balde con agua para que reviva.

—Jax, despierta —le llamo al punto de la impaciencia.

Tenorio frunce el ceño, lanza a los cuatro vientos una maldición quejosa y luego pone sus manos tras su espalda para estirarse.

—¿Mm... Murph? —Me mira pestañeando pesadamente.

—Sí, genio, soy "Mmmmurph". —Creo que debo pedirte una gran disculpa por el apodo que te coloque, Jax. No eres un unineuronal,

porque no tienes cerebro. ¿Qué pasaba por tu cabeza al colgarte de mi ventana?

Todavía desorientado, hace un esfuerzo por sentarse. Medita unos segundos su respuesta. Guarda silencio, uno muy confuso, entonces parece recordar a lo que venía y agranda sus azules ojos que chocan de lleno contra los míos. Su entusiasmo obliga a mi espalda estrellarse contra el respaldo.

—Situaciones desesperadas requieren medias desesperadas... —Arruga el ceño cerrando los ojos—. No. Escucha: estoy en problemas, te necesito.

Blanqueo mis ojos mirando al cielo, pidiendo clemencia y paciencia al que está allá arriba. Al bajar la barbilla y dar con el rostro suplicante de Jax, mi estómago se me revuelve. Un remolino en el estómago hace que quiera vomitar.

—No me mires así —ordeno en voz baja—, poniendo todas las expresiones de perrito abandonado no aceptaré ayudarte. Al menos no ahora.

—¿Por qué no? —cuestiona acercándose más.

Me callo, por fin sin tener que decir.

—No lo entiendes, Jax... —musito bajando la cabeza—. Ni siquiera yo lo entiendo.

Me resta encogerme de hombros. ¿Cómo decirle que todo se volvió en mi contra y terminé queriendo algo más de él? Con lo cabeza dura que es Jax seguramente no lo entenderá, ser explícita y decirle que el presagio sobre cómo terminaríamos se está volviendo realidad desde mi

hemisferio es lo más sensato. Pero no quiero decirle nada, no después de lo que vi en su departamento. Así que, tal vez, lo mejor es dejar mi lado directo de lado e ir por lo sutil.

No. Él no lo captará.

Respiro hondo y me animo a confrontarlo.

—¿Alguna vez quisiste a la persona equivocada? Dime, Jax, ¿alguna vez te fijaste en alguien aún sabiendo que nunca te correspondería? Porque eso es...

—Efectos colaterales —interrumpe.

El resto de las palabras mueren en mi boca. Ese pequeño impulso que lleva por nombre atrevimiento se desinfla junto con la tensión de mis hombros.

—Efectos colaterales —repito.

—Precisamente de eso se trata todo esto. —Se remueve en el sofá y pasa su mano por detrás del cuello, mostrándose incómodo. Dudo mucho que esta sea una declaración y que venga a decir lo mucho que me añora. Já, creo que eso se aleja mucho a la realidad. No, Jax está preparándose para una confesión—. Que soy un mujeriego no es ninguna novedad, ¿verdad? —Le regalo una sonrisa ladina, no espera a que responda y prosigue—. Tampoco lo era en el colegio, tuve a muchas... pretendientes. Sé que debes estar pensando: el crecer sin una madre influyó en mi búsqueda exhaustiva por el sexo opuesto, que el reto que me impuse cuando encontrara a alguien que no cediera ante mí fue por ego... y quizás lo es, no lo sé. Sin embargo, no toda la influencia fue a causa del desapego con mamá. Alguien más lo causó. Mi juego por

las chicas con diferente color de cabello comenzó cuando me rompieron el corazón., no por aburrimiento.

»Pasó muy rápido. Fue cuestión de segundos. La conocí una tarde de verano, jugaba en la solitaria calle frente a la casa de mis tíos. Vivía a dos casas, con sus padres y hermanos. Mi pelota dio a parar justo en sus pies y ella me la regresó tirando la pelota al depósito de autos. Prometió que me la regresaría, cruzó la reja y la seguí. Consiguió la pelota sin problemas con una sonrisa. Me flechó, rápido e indoloramente. Y continuó haciéndolo durante los siguientes años... y los siguientes... y los siguientes.

»Sabía de mis locuras, mis pretendientes y, sobre todo, sabía que me traía loco. Loco de remate. Nunca se permitió quererme más allá de una simple amistad. Una de años. Estaba completamente enamorada de un hijo de puta con dinero que la trataba como quería; era mayor, mucho más mayor. Ella le era devota y yo le era devota a ella. Maldición... si hubiese tenido un poco de criterio, ambos... entonces todo sería más simple.

»Conociéndome bien supuso un plan para sacarle celos a su jodido novio. Yo, obviamente, sería el sujeto de pruebas. Unos meses antes de terminar el colegio, me invitó a salir y yo como un tonto acepté. Cenamos, vimos películas, reímos, cantamos y luego, nos fuimos a un hotel. Ya supondrás lo que pasó».

Jax está sobrio, completamente sobrio. Creo que nunca había sido tan serio relatando algo.

—Tuvieron relaciones —contesto en voz baja para que nadie más me escuché.

—Y fuimos descubiertos por el mismo novio. Vaya paliza la que me llevé...

—Ya puedo imaginarte con moratones y el labio partido.

—No —me para y señala mi pecho—, de aquí. Sufrí un "efecto colateral" y no solo eso, meses después me llevé una noticia...

Trago saliva esperando a que confirme la sospecha que he almacenado durante todo este tiempo. La pausa que hace es tortuosa, martirizante y casi dolorosa. Mojo mis labios con la lengua sintiendo que todo mi cuerpo se seca. Jax apoya los brazos sobre sus rodillas y detiene su mirada en un mechón de mi cabello.

—Tienes una hija —digo sin más, supliendo a la necesidad de confirmar lo que él no parece corajudo de decir—. Sharick.

—Ese es el problema, Murphy, no sé si ella es mía.

Lanzo un jadeo contrariado.

—Jax, por favor... Esa niña tiene tus ojos.

—Es que no has visto los ojos de *ella*.

Una pequeña sonrisa se asoma entre sus comisuras. Es una sonrisa llena de nostalgia. Una que nunca le vi.

«A Jax le rompieron el corazón y sigue enamorado de quien lo hizo. Y eso no es todo: posiblemente tiene una hija», me repito una y otra vez en el silencio que se aloja entre ambos. La amargura que dejan sus palabras se va reproduciendo lentamente en cada zona de mi cuerpo. Es un balde de agua fría que punza, duele y... decepciona.

Decepciona saber que alguien más ocupa su corazón durante todo este tiempo.

Prepara tus maletas, Murph, nos vamos otra vez a la friendzone.

Ya me comienzo a acostumbrar a ese frío sitio. Por Dios.

—Sigo creyendo que no soy la persona indicada para ayudarte. Mucho menos después de que me cuentas algo así...

Contengo la respiración.

Necesito decírselo.

—Pero si ni siquiera te he dicho para qué te necesito.

—Bueno, escúpelo de una buena vez —habla mi orgullo, o lo que queda de él.

Los ojos Jax brillan a contra luz, eleva su mirada y me pierdo entre los divagues sobre lo tonta que soy y la remota posibilidad que tengo de ganarme el premio a La mujer más estúpidamente caritativa; porque vamos, querer ayudar a la persona con la que tienes sentimientos encontrados y acaba de romperte el corazón indirectamente merece un honorífico mundial. Creo yo que lo merezco con creces.

—No estoy borracho.

Miro hacia los lados frunciendo el ceño esperando que su aclaración sea para alguien más. Vuelvo a mi «yo».

—Bien... supongamos que no lo estás y tu dificultad para hablar con anterioridad fue a causa de tu anomalía cerebral.

Oh, estamos intentando ser graciosas. Esto es más grave de lo que pensé.

—Hablo en serio —replica en tono monótono. Su seriedad palpable me está intimidando—. No estaba borracho. Unas locas de remate me estaban acosando, sus amigas me anestesiaron... sedaron, ¡qué sé yo! ¡Están dementes! —exclama. Lo hago callar recordando que ya todo en casa están acostados para la celebración Navideña—. Quieren obligarme a ser un padre para la hija de... —se detiene. Comprendo, no quiere mencionar *su* nombre— ella.

—¿Y por qué no quieres? Si tuviste sexo sin condón entonces atente a las consecuencias. Hay algo llamado ADN —explico—, te haces una prueba y puedes saber si aquella pequeña es tu hija o no.

Entrelaza sus dedos tornándose una vez más serio. Un golpe frío penetra en mi espalda baja.

—Su mamá no ha firmado los papeles autorizando la prueba, y hasta que no lo haga yo tampoco los firmaré, ni pretendo ser *alguien* para la niña.

¿Ella no quiere? Eso suena como el típico caso de las mujeres embarazadas que retienen a los hombres con aquella excusa de «hazte cargo». No me gusta que tomen a los niños como carga, no es algo digno nada nadie. Sentirse como un peso es horrible, yo lo sé. Pero ha ocurrido que algunas personas abusan de sus estados para beneficios monetarios. ¿Y si "ella" en realidad quiere hacerle creer a Jax que es el padre porque el novio millonariamente rico y mayor la dejó? Existe una posibilidad de que ocurra, pero... ¿hacerlo ahora? ¿Qué más hay oculto aquí? Por otro lado, si realmente Jax es el padre de Sharick, entonces tiene que hacerse cargo, no creo que sea tan hipócrita para cometer lo que a él le hicieron de niño.

Suspiro, largo y pesadamente.

—¿Y dónde intervengo yo en todo esto?

—Quiero que la convenzas y hagas que firme esos papeles.

—¿Cuándo?

—Yo te diré cuando.

Preguntar si lo que me pide es una broma está lejos de formarse en mi cabeza, su rostro completo indica que está hablando con verdad y transparencia. Es curioso tener que ver este extraño lado de Jax; ese que se sincera en ocasiones, del que no sé qué esperar. Me impresiona que se muestre tan abierto ante cosas tan serias. Aprecio su confianza, de verdad lo hago. Sin embargo, su petición duele. Duele mucho. He de estar completamente embobada, cual polilla en ampolleta, para aceptar lo que me pide. Llámenlo estupidez, llámenlo curiosidad, pero mi cabeza se mueve asertivamente en respuesta.

—Haré lo que pueda —pronuncio en un hilo de voz. —El rostro de Jax se ilumina al escucharme—. Pero será con una condición.

Parece desconcertado.

—Claro, la que quieras.

Subo las escaleras. El camino silencioso que me resta hasta llegar es la mejor forma para meditar sobre lo ocurrido, procesar la información nueva, buscar la mejor manera de sobrellevarlo y cumplir lo que he dicho. Mis pasos lentos son ecos que causan pesadumbre sobre mis hombros. Mi cabeza está hecha un desastre, mis pensamientos pesan más que la misma Denny. Soy una maraña de contradicciones, maldiciones y quejas. La bipolaridad está latente en lo más recóndito de mi ser.

Preguntas como «¿qué pasará ahora?» o «¿podré seguir con esto?» se almacenan bajo candado y se instalan allí, en una zona de mi cerebro fría y orgullosa.

Entro a mi habitación siendo golpeada por la brisa fría que se cuele por la ventana. Ah, claro, la dejé abierta cuando Jax cayó desde ella. Paso a paso me acerco a las rejas frías y me aferro a ellas anestesiando mis palmas. Comienzo a reír. A reír fuerte y desde el interior.

Jax cayó desde mi ventana como un intento fallido de Romeo. Estaba gritándole a la ventana de Tony por equivocación. ¿Qué rayos? ¡Eso es gracioso!

Río más ganas, más alto, hasta que mi voz se va apagando y se transforma en nada.

Me arrastro hasta mi cama. Entro en las sábanas y me cubro hasta la mollera. El calor que hay dentro es reconfortante; tan cálido y anexo al mundo real. Este es mi pequeño mundo, mi cuento de fantasía donde la protagonista si consigue cambiar al chico malo y viven felices por siempre.

Cierro mis ojos perdiéndome en la inmensidad de cosas por las que podría soñar. Vuelvo a abrirlos al indagar otra vez en lo que ocurrió abajo.

No sé qué es lo que me aterra y confunde más: si la confesión de Jax, la historia de su primer amor, que posiblemente es padre, su petición casi imposible de cumplir, el que haya aceptado mi condición con aquellas palabras.

«Solo si estás dispuesta a terminar con el corazón roto.»

Capítulo 42: "La siguiente página".

Jollie se ha lucido decorando la mesa. Desde que planeamos quién sería el Reedus que la decoraría, ella se ofreció diciendo que la mesa luciría como nunca antes la habíamos visto. Nuestra larga mesa está cubierta por un mantel blanco con bordados beige de hojas que se van entrelazando entre sí, cuatro velas marrones iluminan a lo largo, excepto en el centro, donde una corona dorada rodea la famosa canasta con los papelitos que ocultan los nombres. Cada plato tiene una ramita dorada sobre lo que vendría siendo nuestras servilletas blancas. Y la decoración de todo el lugar... Parece como si hubiésemos pagado una reserva para el más lujoso restaurant.

—Falta encender esta vela —indica Amira dando saltos detrás de su silla. Ha quedado justo frente a la última vela marrón y eso parece emocionarla más que toda comida.

—Ya voy, ya voy...

Tomo el mechero y lo enciendo notando que mi dedo pulgar está negro. Mastico una maldición examinando mi vestido blanco esperando que no lo haya manchado en alguna zona, bastante me costó plancharlo para la ocasión como para mancharlo con algo.

Una vez encendida la vela, le entrego el mechero a Jollie para que lo esconda de los alocados pirómanos que tengo por hermanos. Saya, Finn y Naomi dejan sobre la mesa las ensaladas que faltaban terminar. Papá hace una inspección en la vestimenta de los trillizos y se asegura que sus corbatas estén derechas. Emer endereza los cubiertos.

El timbre suena.

—Abriré.

Chloe se acomoda su falda antes de dirigirse a abrir la puerta. Una vez que la abre, el rostro de Tony aparece desde el otro lado, esbozando un intento de sonrisa que se ve tan forzada como la que esculpe papá a verlo. Me río por lo bajo al ver que mi vecino adolescente está más formal que nunca, con una corbata de humita que lo hace ver sin cuello.

—Buenas —saluda a todos con su mano en alto.

—¿Trajiste los regalos? —pregunta Finn al verlo. Tony frunce el ceño sin comprender—. Esa era la condición para cenar con nosotros, macho.

Tony palidece mientras los demás se ríen. Chloe es la única que blanquea sus ojos y toma a la pobre estatua del brazo para que coloque junto a ella en la mesa.

—Muy gracioso, *Finn el humano* —le reprende para luego enseñarle la lengua.

Un puchero se dibuja en los labios del pelirrojo en señal de su rendición.

Saya llama a que todos cojan sus platos para servirnos el arroz. Jollie, en su trance navideño como buena hermana, toma el mío para que no tenga que ir a la cocina cargando a Denny. Chloe toma el de Tony. Él y yo no tardamos en cruzar miradas de «necesito hablar contigo». Algo me dice que tendremos que esperar hasta después de la cena para platicar.

Una vez que todos se adentran al comedor, papá nos da la señal para que nos sentemos. Como es una costumbre, ninguno comienza a cenar

sin antes dar las gracias, así que, nos tomamos de las manos y cerramos los ojos.

Papá se aclara la garganta y respira hondo:

—Dios, gracias por tener la oportunidad de reunirnos en esta mesa y disfrutar de una compañía familiar que pocos tienen. Te agradecemos por cada una de nuestras vidas, por tener salud, por la muestra inmensa de Tu amor y porque lo demuestras en el día a día. Gracias por permitirnos celebrar el nacimiento de tu hijo, a quien enviaste para salvarnos. Permite que esta sea una velada que nunca olvidemos, que quede guardada en nuestras retinas. Amén.

Un «amén» unánime se escucha por la sala. Un ademán es lo que nos indica que podemos servirnos los filetes de carne al horno que están en los platos.

Al terminar de cenar, dejamos los platos sobre una mesita con ruedas para despejar la mesa. Los trillizos juegan con las ramas doradas que estaban en los platos, por lo que es el momento preciso para sacar los nombres del canasto.

Papá en semblante solemne y con pecho inflado cual paloma, rebusca en el canasto un papelito. Introduce la mano dentro y saca un arrugado papel que desdobla enseguida; su rostro se transforma y le da una rápida mirada a su invitado, Tony. Chloe y yo disimulamos unas risitas cubriéndonos la boca con las manos.

Ya cuando todos tienen sus papelitos, comenzamos el típico discurso emotivo. Papá, como el cabeza de la familia, es el que comienza. Por supuesto, todo este cuento de hablar en público y decirle lo que sientes a

la otra persona en frente de todos los demás, pone nervioso y ansioso a cualquiera.

—Me ha tocado Tony, ¡vaya casualidad! —Todos se ríen, excepto Tony que parece desvanecerse con todo el sudor que desprende su cuerpo. Su espalda y hombros se tensan, está tan erguido que sobrepasa a Chloe por una cabeza—. Muchacho —comienza—, tienes un largo camino por recorrer y aprender, espero que cuando avances lo hagas por un buen camino. Que mientras salgas con mi Chloe no me la arrebatas, porque mis hijas son mi tesoro, por eso las cuido y quiero lo mejor para ellas. Si te hago un lugar en esta mesa, será con la condición que le abras el corazón a Cuarta, así como ella lo ha hecho contigo... —Hace una pausa tensando la mandíbula. Su mano busca un cuchillo que se ha quedado sobre la mesa y lo agarra con tal fuerza que sus dedos se tornan blancos y rosados— Y si me llego a enterar que la hiciste llorar...

—Considérate muerto —Finn termina la frase pasándose una mano por el cuello y ladeando la cabeza como si se lo cortara. Tony se apega al respaldo de la silla con los ojos casi saliendo de sus orbes.

Qué familia más amorosa.

—Gr-gracias —titubea el pobre adolescente pasándose la servilleta por la frente—. Tomaré en cuenta todos sus... consejos.

¿Consejos? Yo diría que amenazas. No, yo si fuera él ya estaría haciendo mis maletas para marcharme del país.

Un movimiento con la cabeza en son asertivo, es toda la respuesta que dice papá.

A Tony le toca Chloe. Después de la típica frase melosa de enamorado que promete el cielo y la tierra y, prácticamente, una devoción casi celestial —juro que faltó que el cielo se abriera y los ángeles tocaran el arpa desde allí para ponerle más romanticismo a sus palabras—, a Chloe le llega su turno con la abuela. La pobre Cuarta ha tenido que repetir una y otra vez lo que le ha dicho a la abuela para que ésta pueda oírla. A la abuela le toca Amira, y a la pequeña saltamontes le toca el inexpresivo Emer. Emer no gasta mucha saliva en Jollie, pero ella termina haciendo el discurso más largo, hasta ahora, sobre lo grandiosa y buena amiga que es Naomi. Naomi le agradece infinitamente a su futura suegra el que la haya aceptado en su hogar sin mirar más allá de sus creencias (Naomi es atea) y le informa con una enorme sonrisa que cuidará de Finn.

—Eres una más de la familia, Naomi. —Saya le extiende la mano a la asiática para estrecharla desde el otro lado de la mesa. Un «aw» se escucha en el comedor de parte de todos—. Y tú también, Murphy.

Saya se remueve en su asiento y me mira con ojos esperanzados. Un vuelco me da el corazón a sabiendas que por fin ha tocado mi turno para escuchar las palabras.

Las manos comienzan a sudarme. Las oculto bajo la mesa y empiezo a jugar con ellas.

—Cuando llegaste siendo apenas una niña no sabía si aceptarte o no, estaba sometida a ver todos los días en ti lo que Gregory me había hecho. Un día jugabas con Finn y Jollie, jugaban a pillarse en el patio, corriendo de lado a lado como locos. Ellos te aceptaron apenas llegaste y los admiré por eso, pero yo... no podía. Hasta que aquella tarde te caíste y te golpeaste la cabeza. —Oh, eso explica muchas cosas—. Gregory no estaba, llevó a Clementine y Edwin a una revisión de su rodilla...

—Oh, mi Edwin —exclama la abuela en tono melancólico.

Edwin es el abuelo. Que en paz descanse.

—Yo tuve que hacerme cargo de ti, ocuparme como lo habría hecho con mis hijos y, fue ese momento en que me espanté, tan desgarradoramente, que entendí estaba siendo muy egoísta, que en realidad tú no tenías culpa alguna sobre el error de tu padre, que me necesitabas, que lo que necesitabas no era ni es una madrastra como la de Cenicienta, sino una madre de verdad. Lo sentí tan profundo, cuando te tomé en mis brazos mientras llorabas. Lo sentí aquí, en mi corazón, el quererte como una hija más, alguien de la familia. No tienes mi sangre, pero sí la de tus hermanos. Y si Dios te puso en mi camino, creo que fue para reprender mi egoísmo y enseñarme sobre el perdón. Esa misma tarde, después de llevarte a ver con el médico, perdoné a Gregory. Tuve que hacerlo, y no fue fácil. Sentirse traicionada por el ser que amas, saber que te engañó y abusó de tu confianza decepciona. Me vi a futuro, vi a mis hijos, te vi a ti y pensé: ¿realmente quiero vivir así? No, quiero vivir bien, quiero vivir feliz, sabiendo que pude perdonar y, por sobre todo, que lo hice por amor. Ahora, yo te pregunto: ¿realmente quieres vivir así?

Aprieto mis labios con fuerza. Sé perfectamente a qué se refiere con aquella pregunta.

—No —musito, confirmando mi respuesta negando con la cabeza.

—No importa el tiempo que te tome, Murphy, la vida es un libro al que siempre puedes dar vuelta la página. Te quiero.

Un picor hace que mis ojos se humedezcan. Le agradezco a Saya sus palabras mientras el condenado de Finn finge llorar como en las

telenovelas despedazando por completo la atmosfera melancólica que surgió de pronto.

Idiota.

Lo peor de todo es que me ha tocado él para dedicarle el discursillo.

—Me ha tocado Finn, el humano —farfallo dándole una mirada de pocos amigos.

—¡Oh, iré preparando los pañuelos!

—Cállate y déjame hablar —lo corto y resoplo cual toro en plena arena—. Bueno, Finn: no eres el mejor de los hermanos; eres pedante, un desastre como comediante y tienes esa extraña manía de verte si tienes el copete bien parado, feo y narcisista. Pero, a pesar de tus defectos, eres buen hermano y sé que puedo contar contigo siempre, y se agradece. Gracias por que a pesar de nuestra diferente forma de pensar y sabiendo que soy solo tu media hermana, me aceptaste como si me hubieses visto nacer. Te diría que puedes contar conmigo para lo que quieras, pero no quiero contagiarme con tu estupidez.

—¡Oye...!

—Es una broma —le reprocho arrugando mi nariz—. Ah, y disfruta mientras puedas de tu media soltería, Naomi tiene planes macabros para ti después de casarse.

Y finalmente, a Finn le toca papá. Después de agradecer su paciencia y decirle todo lo que genial que es, Finn nos dice la (no tan) sorprendente noticia que él y Naomi planean casarse por el civil para finales de Enero.

La buena nueva sirve para alegrar el ambiente y hacer sobremesa hasta que dan las doce de la noche. Entre abrazos asfixiantes y buenos deseos, los trillizos ponen la figurita del niño Jesús en el pesebre. Amira y Chloe se quedan del porqué no podemos abrir los regalos y Naomi acusa a Finn de no saber comer como las personas civilizadas al arruinar la camisa que le trajo especialmente desde no-sé-dónde. La abuela y Saya charlan en la sala de estar bebiendo chocolate caliente, Emer le habla —leyeron bien: le habla— a su peluda araña. Jollie llama a Spencer por celular, y Tony está sentado en el sofá.

—Si papá no te cortó la cabeza cuando llegaste, no lo hará ahora. Tranquilízate.

Me siento a su lado, contemplando con magnificencia la locura innata que culmina las navidades con Los Reedus. En ocasiones me he preguntado qué pasaría si firmamos contrato con alguna cadena de televisión para hacer esos típicos programas de TV basura enseñando lo que hacen las familias. ¿Quién sabes? Hasta podríamos ser los próximos Kardashian.

¡Ni lo sueñes! ¿Quieres que todos se enteren de la mala suerte que tienes en el amor y tus fantasías con Damon Salvatore?

Okey, mejor paso.

—Es mejor que estar solo en el cuarto de visita de la abuela —Hace una pausa—. Y dudo que tu padre sea tan extremista, de hecho, me gusta cómo se esmera en cuidar a sus hijas. Es admirable.

—Papá es el mejor. —Sonríó apenas lo dice viendo a papá tomar a Jensen, uno de los trillizos, en brazos—. ¿Qué tal está tu familia?

Tony sacude los hombros.

—Igual que siempre, gritándose por todo. Realmente estoy considerando la propuesta de irme a estudiar a otra ciudad, aunque deje muchas cosas atrás. ¿Por qué nada puede ir bien? Es... tan extraño. Si quieres ser feliz en un área de tu vida siempre tienes que sacrificar algo a cambio.

—Es como la alquimia; necesitas un intercambio equivalente.

—Sí. —Se desabrocha la corbata y desabotona el primer botón de la camisa—. ¿Y a ti qué te sucede?

Trago saliva con dificultad.

—A mi nada.

—No puedes engañarme —Me da un codazo—. Puedes ocultarlo a los demás, pero te conozco y... —Coloca su dedo índice entre mis cejas— noto que algo ocurre.

En estos momentos deseo darme de cabezazos hasta perder el conocimiento, así, al menos, puedo huir de mi bocota.

—Pues, creo que sigo sin tener suerte en el amor y acabó gustándome la persona menos indicada.

«Efectos colaterales», recuerdo.

—¿Hablas de Jax?

Lo reprendo por decirlo en voz tan alta con un aleteo de manos que provoca la sospecha de Chloe. Tony y yo le regalamos una forzada sonrisa, que responde enseñando la lengua.

—Sí, bueno... es él. Pasó lo que tenía que pasar, pero el muy... unineuronal está enamorado de una tipa a la que ni siquiera puede llamar por el nombre. Y eso no es todo, posiblemente tiene una hija.

—Recuerdo cuando lo sospechabas, pero ¿realmente no sabe si es su hija?

—La mamá de la niña no quiere firmar los papeles. Él me pidió que la convenciera y...

Una seca carcajada se le escapa.

—¿Qué pretende enviándote a ti para que la convencas? ¿No puede hacerlo él mismo?

—Supongo que no quiere verla. No lo sé.

—Y como siempre velas por los demás le dijiste que sí. —Asiento sumamente arrepentida, cabizbaja, desolada. Tony mira al cielo contando lo poco que le queda de paciencia—. Perdiste la poca cordura que te quedaba. ¿Alguna vez dejaras de suplir tus sentimientos y velar por ellos?

—Creo que si me pidió eso no fue porque sea un cobarde, creo que lo hizo para enseñarme algo.

—¿Por qué lo dices?

—Porque se dio cuenta de lo que siento por él. O eso fue lo que dio a entender.

Por la mañana los pasos avasalladores de los trillizos hacen que todos nos despertemos. La apertura de los regalos es un desastre de cantidades monumentales. Yo, como buena persona que conoce el

verdadero significado navideño, soy la última en bajar la escalera para abrir mis obsequios. Aunque si no fuera por Denny estaría con todos mis libros nuevos meciéndolos como una madre a su bebé. Saludo a Tony, quien durmió en el sofá, y noto que ya abrió el pequeño regalo que Chloe le obsequió.

Jeff me entrega dos regalos; uno de parte de Los Reedus, el otro le pertenece a Margary, mi progenitora.

Primero, busco un sitio donde pueda abrir ambos regalos. Me arrincono junto al árbol de navidad. Luego, estando con una pierna flexionada y la pierna con Denny estirada, dejo el segundo regalo en mi regazo.

Es la saga de La reina roja.

Atesoro en mi pecho los libros que puedo como muestra de mi agradecimiento, y para impregnar mi olor en ellos. Tomen nota: esa es una forma genial de "marcar territorio".

Continúo abriendo el siguiente regalo. El de mi progenitora.

Una masa de nervios se aloja en mi estómago mientras desato la cinta. Quito la cinta y hago a un lado el papel de regalo. Destapo la caja y observo el interior. Un pequeño álbum de fotos yace envuelto de papel celofán de todos colores.

El álbum está lleno de fotografías mías cuando solo era una niña que vivía con su madre.

—Papá...

Mi querido padre intenta disimular que le prestaba interés a otra cosa en el momento que elevo mi cabeza.

—Dime, cariño —finge demencia.

—¿Cuál es el número de Margary?

...

El olor a limón se adentra en mis fosas nasales mientras la oscuridad adormece mis otros sentidos. Abrazo mis piernas queriendo ocultar mi cabeza entre el hueco hay entre mis muslos y pecho. Siento que algo baja por mi espalda y me sacudo temiendo que sea alguna araña.

Por favor que no sea una araña.

Aprisiono mis piernas otra vez, haciéndome un ovillo entre la ropa que cuelga. El halo de luz que se cuelga desde el exterior es la única fuente que me indica que, si bien los minutos en los que me he ocultado aquí han sido eternos, aún es de día. El pensamiento efímero e infantil —del que puedo dar por sentado que todos hemos deseado tener— por querer tener la habilidades de manejar el tiempo a mi antojo vuelve a inundar mis pensamientos.

Resoplo.

Me siento una cucaracha que teme ser pisoteada. Sí, esa es la comparación perfecta en la que me encuentro.

Un silbido se oye en la lejanía. Ahora la manilla de la puerta y... sí, ese es el rechinado que hace la puerta al abrirse. Un portazo y más silbidos.

—... *I love the girl, but God only knows it's. Getting hard to see the sun coming through. I love you... but what are we going to do?*

Jamás creí que la odiosa voz de Tenorio fuera como un canto divino.

Corro la puerta del armario de golpe y observo su rostro de espanto en cuanto el golpe hace que se gire en mi dirección.

—Hola, Tenorio —le saludo en medio de su grito ahogado.

—¡Demonios, Murphy...! —Coloca una mano sobre su pecho con dramatismo—. Casi me matas del susto.

Una sonrisa quiere colarse en mis labios.

—Eres un exagerado —me quejo—, no estoy tan fea.

—No, pero... Mierda, creí que eras la tipa de El Grito versión pelirroja.

Ahora sí estoy sonriendo.

Estúpida Murphy, controla tus hormonas.

—Quizás pronto lo sea... Ten cuidado por las noches, eh.

Jax me extiende su mano para que no salga arrastrándome de su armario. Antes de aceptar su muestra de caballerosidad, lo pienso. Agita su mano, insistiendo, por lo que dejo de lado mi orgullo y acepto. Su mano está cálida, muy por lo contrario de la mía.

—¿Cómo llegaste hasta aquí?

—Llegué en auto, caminé y subí por el ascensor, volví a caminar, golpeé, nadie abrió, giré el pomo de la puerta principal y se abrió... Entonces, ¡heme aquí! A menos que te refieras a qué hago aquí.

Gruñe con impaciencia.

—¿Qué haces aquí? —se corrige.

Buena pregunta, muy buena pregunta. Mientras caminaba por el lúgubre y frío pasillo hasta aquí me la hice, incluso estando en la oscuridad del armario.

—Meh —Me encojo de hombros restándole desinterés a la importancia de la pregunta—, tenía deseos de visitar tu horroroso, hediondo y desordenado cuarto porque no hay mejor lugar para hacerme un ovillo.

—¿No puedes pasar un día sin ver este cuerpo, verdad?

Se señala con una mano, y por ende mis ojos recorren a un Jax desde sus ojos hasta la punta de sus botas. La camisa a cuadros que trae puesta está desabotonada completamente y mis ojos parecen disfrutar de la imagen que se presenta ante ellos bajo la ropa del unineuronal.

Conservo la calma.

—Creo haberte dicho que en los libros a los chicos lo describen mil veces mejor, Tenorio.

Eso está mejor.

—Eso no dijiste anoche.

—Anoche ni siquiera hablamos.

—Apuesto a que lo pensaste. —Qué idiota es, ¿realmente ha comenzado a gustarme alguien así?—. ¿Vas a decirme que haces aquí?

Me desparramo en mi sitio.

—Escapo de un desastre emergente —contesto luego de gimotear—. Margary, mi progenitora, me invitó a cenar y... escapé. Me aterró entrar en su departamento, sentarme en la misma mesa que ella, su marido y

Charlotte. Cada segundo me dice que no debí aceptar. ¿Y si en realidad yo soy la cena? —Ahora soy yo la que se señala—. Mírame, soy comida para perros.

—Cálmate, tú no eres la Suicida con agallas que yo conozco.

—Creo que esa Murphy quedó muy atrás, sobre todo tratándose de este tema. Estoy muy susceptible. —Me abrazo a mí misma.

¿Dónde está Peeta para consolarme?

—¿Andas en tus días?

Reniego con mi cabeza queriendo blanquear mis ojos, pero estoy demasiado ansiosa para hacerlo. Trato de respirar hondo, pero mi cabeza estalla y comienza la muestra de mis inquietudes más oscuras.

—¿Y si todo se arruina? ¿Y si se enoja y de verdad me sirven de cena? ¿Y si toda esta amable invitación solo es una fachada para pagar todo lo que le he dicho?

Vuelvo a llenar mis pulmones con oxígeno.

—No lo descubrirás si no vas —responde Jax en un tono pasible.

Tengo que ser una suicida en potencia para venir aquí, la habitación de quien fue mi peor y más repudiable enemigo para sentirme bien escuchando su familiar voz. ¿Realmente soy una tonta al venir aquí? ¿También lo fue él al buscar mi ayuda? Seguimos escapando de nuestros problemas y buscándonos para solucionarlos. Eso no parece cambiar.

—¿Con quién pasaste la Navidad?

Tos, Que no se note el cambio de tema, tos.

—Mi papá y tíos —responde haciéndose a un lado cuando intento ver qué guarda en su espalda—. ¿Qué tal estuvo la tuya?

—Interesante —respondo a secas—. ¿Qué ocultas allí detrás? —Me acerco para mirar tras su espalda, pero él se rehúsa a enseñármelo. Alargo mi brazo, y da un paso hacia atrás— ¿Jax?

—Nada interesante. —Lo miro aburrida y me cruzo de brazos. Lentamente, saca de su espalda lo que ocultaba—. Pensaba dártelo envuelto. —Es un libro. No. Es *el* libro de Mika: Derechos de Amar. A regañadientes me hace entrega del libro, el cual aferro contra mi pecho suplicando que los latidos de mi corazón no se oigan por toda la habitación—. ¿No me vas a dar las gracias? ¿Crees que lo estoy haciendo gratis, Suicida?

Trazo una pequeña sonrisa, aun incrédula por el inesperado regalo.

¡Estúpido Tenorio, si no quiere enamorarme entonces no debería hacer cosas como ésta!

—Gracias... —murmuro—. No tengo nada para regalarte.

—Bueno, ya que estás en mi cuarto... —Levanto el libro en señal de amenaza— ¡Estoy bromeando! —exclama cubriéndose la cabeza.

—Creo que ya debería irme. Adiós.

Me giro resguardando el libro entre mis brazos y me dirijo a la puerta.

—Aguarda un segundo. —Me paro en seco, petrificándome. ¿Lo de pagarle en carne va en serio?

Lo miro por encima del hombro.

—¿Qué?

Mis ojos lo ven acercarse. Alerta roja. Todo mi interior pasa al estado gelatinoso.

—Tu cremallera —informa, haciendo un gesto con su dedo para que me gire—. Deja que te ayude.

Así que eso fue lo que sentí en el armario.

Siento los dedos de Jax agarrar la parte baja del vestido para estirarlo. Los dedos de su otra mano recorren mi piel mientras sube la cremallera del vestido. Su respiración rompe contra mi cuello provocando cosquillas placenteras en las que trato no pensar. Mis hombros se tensan ante su tacto, la tela suave de mi vestido se agolpa a mi espalda. Ahora sus manos van a mi cabello, la cola de caballo que Jollie me hizo debe estar hecha un desastre... Huele mi cabello y exhala un áspero suspiro, uno que yo omito. Contengo la respiración cerrando mis ojos. Mi mano está sobre el pomo de la puerta.

¿De verdad esto está pasando?

Desliza sus dedos y luego no siento nada, solo sus palabras chocando contra mi hombro.

—Juntémonos para Año Nuevo —musita.

Estoy a un milímetro de romper con mi cordura.

—Voy a pasarla con mi familia.

—Entonces invítame también —dice al instante. Ha sonado como una súplica.

—Lo voy a considerar.

Abro la puerta y lo obligo hacerse a un lado.

Una vez afuera del departamento, me apoyo en la puerta aún repitiendo sus palabras en mi cabeza.

Jax quiere empezar el nuevo año conmigo.

«Si no afronto esto ahora, jamás podré pasar a la siguiente página», alentarme a mi misma después de distraerme con Jax es lo mejor que se me ocurre mientras espero que la puerta se abra.

Tengo miedo.

Estoy aterrada.

Estoy temblando como protagonista en película de terror.

Abro los ojos al escuchar la puerta. Charlotte es quien abre.

—Eh, Feliz Navidad —me saluda—. Pasa.

—Feliz Navidad.

El departamento de Margary es igual de pequeño que el de Jax y sus amigos, con la diferente que éste está ordenado, no hay marca de moho en las paredes, olor a yerba y mi miedo por contagiarme con una enfermedad venérea es nulo si me llego a sentar en algún sofá.

—Murphy.

Aquella voz hace que el pecho se me comprima. Desde una de las habitaciones que está en el largo pasillo, se asoma Margary, mi progenitora.

—Hola —saludo sin más. No hay sonrisa, no hay gesto con la mano. Mi espíritu y coraje se quedaron mirando el tapete.

—Charlotte y tú ya se conocen, ¿cierto?

Ambas chicas asentimos.

—Hablamos un par de veces, mamá.

Mamá. ¿Por qué oírle decir eso hace que me sienta fatal?

—Creo que solo fue una vez —aclaro, fingiendo calcular mentalmente.

—Algo es algo, ¿no? —Un hombre alto bien parecido a presentador de circo aparece desde otra habitación.

—Murphy, el es Marlon, mi marido.

El hombre de bigote prominente extiende su mano para que la estrechemos. Lo dudo unos segundos, pero termino cediendo recordándome que no puedo ser tan descortés en su propia casa.

Un silencio incómodo comienza a crearse. Es como si ellos esperaran algún comentario de mi parte. Yo, claramente, no estoy en condiciones de decir «pio» sin alterarme o querer huir. Me conozco lo suficiente como para saber que, si abro la boca por iniciativa propia no pondré reparos en escupir todas mis inquietudes y quejas. Eso, damas y caballeros, es lo que me aterra de todo este circo.

—¿Por qué no nos sentamos? —pregunta Margary con una sonrisa de oreja a oreja, haciendo vista gorda al incómodo momento.

En un parpadeo me encuentro sentada frente a mi progenitora.

—Margary me contó que estudias Teatro.

Ahí está la salvadora charla sobre qué estudias o qué pretendes hacer con tu futuro. Gracias por la creatividad. Adiós.

—Sí, primer año.

—¿Es como pensabas? —curioseosa Charlotte.

—La verdad, creí que los profesores eran más cuerdos... o algo así.

Una risita se le escucha a mi progenitora.

—Los actores son locos que no han sido internados —comenta Marlon, tomando el vaso con jugo.

¿Estamos cenando con jugo? Ni siquiera lo había notado.

Otro silencio que se rompe con Margary.

—Charlotte quiere ser psicóloga —dice con otra sonrisa. Alarga su mano para acariciar el cabello de la castaña que tiene al lado, que vendría a ser mi media hermana— ¿verdad, corazón?

«Podrías mantener al margen tu amor de madre con tu hija "legal" o tener la decencia de hacerlo cuando yo no esté observándolas», pienso y me ahogo.

Me ahogo en una nueva decepción.

Los tres parecen notarlo. El silencio vuelve. Margary desvanece su sonrisa y palidece.

—Lo siento.

El rostro sonriente de mi progenitora se ve totalmente fracturado con su fatídico error. Un error que parece adormecerme por completo. El nudo

en mi garganta se agranda y solo me resta negar con la cabeza, beberme el jugo y esperar a que la cena no se arruine.

Pero es demasiado tarde. Margary vocifera su discurso:

—No puedo imaginar lo horrible que debí ser para ti, Murph. Todos merecen tener una buena infancia y yo no te la di. —Sus ojos y los míos se humedecen. La luz tenue de la sala me afecta más que a ella, al parecer. Cierro los ojos un milisegundo esperando tranquilizar el huracán que tengo dentro—. Aprendiste a caminar por tus medios, a dibujar para entretenerte, a sobrevivir en mi ausencia. Perdóname, mi comportamiento no tiene excusas y creo que es eso lo que más te molesta.

Cuento otra vez los segundos siendo apuñalada por el silencio.

—No estoy molesta, sí decepcionada —murmuro sin querer mirarla. Mi voz es quebrada, tanto, que necesito servirme jugo para continuar—. Era una niña tonta que buscaba tu aprobación por todo y no la conseguía, siempre la misma mirada aborreciéndome... —Intenta volver a hablar, pero la detengo—. Era una niña y siempre me pregunté qué hice mal para ganar tu rechazo, ¿no me comí toda la comida?, ¿acaso metí bulla jugando?, ¿no guarde bien mis juguetes? Fue en una discusión que tenías con papá cuando descubrí mi error, y es que yo jamás debí haber nacido. Eso era, un mero estorbo, lo oí de ti. Dolió, y aún duele. Me aterra la idea de entregarme a alguien y me rechace, me cuesta abrirme a otros y todo porque lo oí de mi mamá. —Seco una lágrima rebelde, y ella hace lo mismo con las suyas—. Pero sirvió, tu rechazo me sirvió para ser alguien con carácter, el dolor me hizo aprender de él y a entender que la única opinión que me interesaba era la mía. De nadie más. ¿Por qué de eso se trata la vida no? Si haces algo malo, aprendes de él para

no hacerlo a futuro. Si alguien te falla, entonces aprenderás a ser más precavido. Y por mucho tiempo te guardé rencor sin comprender que influenciaste gran parte de lo que soy y seré. Y me pregunté día y noche el por qué, le pregunté a Dios, cuál era su plan para que mi propia madre me cediera, por dinero, con papá, entonces entendí que era conocer a Los Reedus, conocer a Tony, reunirme con Maya, enamorarme de los cuentos y libros. Por eso, creo que... no hay nada que perdonar.

—Fui muy ingrata —acusa en voz muy baja.

—Ambas lo fuimos. Perdón por decirte tantas cosas...

—No. No hay nada que perdonar. Ojalá pudiera ser la madre que siempre mereciste, pero veo que ya eres toda una mujercita —una sonrisa algo triste se dibuja en sus labios—. Creciste tan rápido... Puedo... ¿puedo abrazarte?

Su pregunta me desconcierta. Mis piernas comienzan a temblar. Lentamente, estallando en sollozos imprevistos, asiento en respuesta. Margary se pone de pie y llega a mi lado. Con el corazón latiéndome a mil, me pongo de pie, viendo cómo extiende sus brazos para consumir el abrazo.

¿Así que esto es madurar? Me gusta cómo se siente.

Capítulo 43: "Mad Sounds".

Me siento liviana; no peso nada y Denny tampoco.

Todo lo que dije y pensé en esa cena fue como meter mis garras dentro del pecho y sacar toda esa masa oscura que me ataba. Después de decir todo, la cena fue menos incomoda; esto no quiere decir que olvidamos el pasado, comenzamos a reír con cualquier cosa y nos comportamos como familia feliz en comercial de televisión. No. Claro que no. Las cosas no cambian de un día a otro. El que le haya dicho a... Margary que no tenía que pedir perdón y que yo también erré en su momento, significa que dejé de lado esa faceta mía donde deseaba que desapareciera de la tierra, la tragaran los hombres topo y nunca más la oyera. Incluso sigue doliendo el hecho de verla como la madre ideal para alguien que no soy yo, con su familia hecha, sabiendo que yo no le fui necesaria, pero ella me buscó. Ella buscó mi perdón.

Sé que una herida no sana de la noche a la mañana, y esto no es Harry Potter como para que alguien lance un *Vulnera Sanentur* y la cure. Tomará tiempo, y es algo que lo sé. Estoy dispuesta a esperar el tiempo que sea para que la herida sane; de todas formas, ya crucé la primera etapa para ello.

No les mentiré, se siente sumamente extraño. Es casi como una fantasía. El corazón me latía a mil por horas en ese instante, al sentir el tacto de mi progenitora desde hacía años. Realmente era una gelatina andante; tanto antes de la cena, en la cena, y después de ella.

Y cuando papá me fue a buscar, mi estado anímico estaba realmente sensible. Un toquecito... una diminuta sonrisa y todo volvía a caer.

De regreso a casa me consintió con una invitación para comer pizza en Marco's.

En la pizzería aproveché de preguntarle qué haríamos para la celebración del nuevo año.

—No perderemos la tradición —dijo, buscando una servilleta para limpiar sus comisuras llenas de salsa—. Vamos a pasarla en la parcela de tu tío George.

La parcela de tío George se encuentra en el lado más solitario de la ciudad. Es un sitio amplio, con pastizales, cosechas, árboles y una vista alucinante del cielo nocturno. Hay dos casas; la de tío George y la de invitados. Nosotros llegamos a la de invitados, obvio. Entre ambas casas está la piscina (donde solo los valientes y con la sangre muy caliente se atreven a meter en invierno) y una terraza que sirve para charlar, pista de baile y lugar de relajación. Para no morir congelados y despertar en el año 3000, siempre comemos en la casa de tío George, luego salimos para bailar, reírnos mientras charlamos y encender juegos pirotécnicos ilegales.

Es broma.

Llegar hasta allí se tarda una hora y algunos minutos más, no nos queda de otra que vestirnos allá.

¿Se imaginan ir vestidos en el auto? No gracias, quiero guardar mi sudor cuando rompa la pista de baile con mis pasos aprendidos y estudiados de *Dirty Dancing*.

Oh, cierto... Denny.

—¿Crees que... pueda haber un lugar extra en la mesa? —Papá achicó sus ojos, examinándome con sospecha. Me incomodé hasta el punto de tener que disimularlo bebiendo soda—. Lo digo porque... no sé, sabes que hay personas que no tienen con quién despedir el año... y...

—Jollie dijo, exactamente, las mismas palabras —comentó—. Quería invitar a su "amigo" Spencer. ¿Qué amigo quieres invitar tú?

Supuse que preguntó eso por Cole y Jax, aunque ustedes saben bien por cuál le pregunté.

—Uno con complejo de Spider-man.

—Jax.

—Jax —repetí.

—Claro, no hay problema. —Bufé sin pensarlo. Una tensión no pensada surgió al preguntar. No lo noté, pero mis hombros estaban tensos—. ¿Puedo preguntar qué ocurre con él?

Me detuve a un milímetro de darle una mascada a la otra rebanada de pizza. Pegué una bocanada de aire que golpeó mi garganta, tuve que toser y volver a tomar soda para que controlara mi ataque.

Por todos los cielos, necesitaba asistir a un curso para controlarme cuando alguien hiciera u ocurrieran cosas inesperadas. Creo que hay un curso del que no recuerdo su nombre. Luego lo buscaré en San Google.

—¿"Qué ocurre con él"? Nada, papá, ¿por qué la pregunta?

—No sé... —Alargó su mano para acariciar mi cabello y ponerlo tras mi oreja— Tal vez me equivoqué. No todos los corazones rotos pueden unirse y formar uno; a veces, éstos mismos se destruyen entre sí.

«¡Y hasta ahora nos lo dice!», pensó mi consciencia.

Y me fui a la cama con esa última frase arañando mi cabeza.

Y desperté con esa frase arañando mi cabeza.

...

Hago un último recuento de mi lista verificando que todas las cosas que necesito para pasar el 31 de diciembre y el 1 de enero en la parcela de tío George, alejada de la sociedad y el los fuegos artificiales que todos se reúnen a ver.

Con todo guardado en la mochila, y los gritos de Los Reedus corriendo de un lado a otro, solo me falta guardar el vestido dentro del plástico para que no se dañe. Nunca está demás vestirse como toda una princesa para estas fechas, donde suelo hacer la excepción a pesar de congelarme las piernas.

En mi pecho puedo sentir la ansiedad de que llegue ese instante, en que los abrazos para recibir el nuevo año, ocurran. Ya saben esa teoría que dicen, ¿verdad? No soy alguien pretenciosa y supersticiosa, a pesar de ser perseguida por la mala suerte, pero hay una clase de tradición dentro la cual dice que si deseas encontrar al chico de tus sueños o simplemente conseguirte un novio, la primera persona que tienes que abrazar pasadas las doce, es un hombre. Varón, macho, ser racional que pertenece al género humano, semejante con aparato reproductor diferente... ustedes me entienden.

Puede que ese invento lo haya creado una persona como excusa para abrazar al amor de su vida. No sé, pero vale intentarlo. Aunque debo confesar que yo lo he intentado todos los años, y heme aquí: soltera, friendzoneada, con un yeso en la pierna, ansiando conseguir al príncipe azul de cuento que me salve de la torre.

Ocasiones se han dado en las que miro al cielo y pregunto «¿qué pepinos estás planeado para mí, Dios?».

Ojalá, en este nuevo año, consiga las respuestas.

—Tercera, ¿está todo listo?

Cierro la cremallera del plástico con el vestido en el interior.

—Sí, todo está listo.

Finn agarra mi mochila, la cuelga en su hombro y sale de mi cuarto. Yo le sigo detrás con el vestido guardado, mas mi cerebro me envía un fax para que salga de mi letargo y reaccione. Miro mi estantería, olvidé por completo colocar en mi lista un libro.

Soy una hereje, merezco ser azotada, torturada, mutilada y luego quemada.

Y en lo posible ser cremada. Nadie quiere tu espíritu chocarrero rondar por aquí.

Oye gracias, se nota lo mucho que me adoras, consciencia. Además, sin mí tú no vives.

—¿Cerraron todo? ¿Puertas, llaves de paso, el gas...?

Las sardinas pelirrojas apretadas en el auto blanqueamos con las insistentes preguntas de papá. Siempre que vamos de viaje se pone

como un loco histérico que revisa cada parte de la casa con temor a que un ladrón entre. Se devuelve a comprobar hasta si el pasto está bien cortado. Es desesperante.

—Ya, Gregory. Contrólate. Mira a los niños, van todos incómodos.

Saya es la voz de la razón para todos. Apuesto a que todos le agradecieron por su gesto misericordioso al detener a papá, quien pretendía bajarse del auto... otra vez.

—Eso no pasaría si "cierta persona" no se hubiese colado.

Desde el espejo retrovisor, papá le da una miradita a Tony que podría partir en dos el mundo. Sin embargo, tiene razón. Por cosas lógicas, el que Chloe haya invitado a Tony, nos hace ver como sardinas. Voy más encorvada que de costumbre, con mis hombros encogidos y los codos tocándome el vientre.

Apartando el hecho que sufriremos una hora y media de viaje creyéndonos contorsionistas, me alegra que Tony celebre con nosotros.

Llegamos siendo recibidos por el tío George y su esposa. Su alocado perro, Doo, también nos recibe; primero nos ladra, luego nos huele y finalmente comienza a corretear y subirse encima. Jollie, Chloe y Finn toman en sus brazos a los trillizos a causa del canino.

Nos enseñan la casa como si fuésemos a comprarlas. El olor a madera es satisfactorio, el rechinado que emite la escalera al pisarla le da su toque macabro. La casa es como una cabaña ampliada donde el típico grupo de amigos va a hospedarse, comienzan a morir misteriosamente, poco a poco, hasta que la pareja de enamorados encuentra al asesino y lo mata.

Hay cuatro habitaciones; como de costumbre, Chloe, Jollie y yo dormiremos en la misma habitación, aunque esta vez se nos suma una invitada extra: la abuela. Tendremos que soportar sus ronquidos a mitad de la noche.

La vista desde la sala principal es grandiosa, se pueden ver las montañas, los árboles a las afueras de la parcela, las rosas junto a la ventana, parte de la piscina y la inmensidad de cielo azul. Desde la cocina se puede ver parte del cielo, un ventanal da hacia la terraza.

Esta casa es el lugar ideal para cumpleaños. Solíamos celebrarlos aquí, pero al ver una zona alejada de la ciudad, nadie asistía.

Además de ese fatídico problema, existe algo peor: solo hay un baño.

Uno.

Lo que significa que se desatará una guerra por ocuparlo.

—Yo le apuesto a Chloe. Jollie no es de usar la violencia y es más delicada, Chloe le dará un caderazo y adiós baño.

Finn se pone a meditar; estamos apostando quién ocupará primero el baño.

—Puede que tengas razón, pero no olvides que las chicas se vuelven locas con estos temas. Votaré por Naomi, da buenos rechazos.

—Yo también apuesto por Chloe —dice Tony, rascándose la barbilla—. Aunque Naomi...

Finn le da un pequeño empujón en el hombro.

—No mires tanto a mi chica —advierde el pelirrojo.

Tony responde con otro empujón.

—No me interesa tu chica, yo tengo la mía.

Finjo vomitar con la típica discusión de machos. ¿Qué es todo eso de alardear sobre sus chicas? No son objetos o trofeos. Tampoco les pertenecen.

Hombres...

—¡Tercera...!

Doy un saltito en el sofá. Papá está haciendo señas al otro lado de la ventana. Frunzo el ceño sin entender qué dice. Me hace una seña para que vaya hacia donde se encuentra hablando con tío George, entonces caigo en cuenta de qué se trata. Me levanto del sofá con el estómago bailoteando bajo mi ropa. Los ladridos de Doo van dirigidos al ruido espantoso que emite la moto de Jax.

Sé que es él porque reconozco el ruido.

Llego afuera encontrando a Jax quitándose el casco, vestido con un smoking negro, camisa blanca con el primer botón desabrochado. Su cabello castaño con intervalos de visos rubios está peinado hacia atrás; unos mechones rubios tocan su frente. Luce como para un comercial de perfumes para hombres. Es como Chris Pine en Armani Code.

Golpe mental. Control corporal.

—Murphy Reedus —ronronea acercándose.

Mis manos se vuelven sudorosas.

—¡Murphy!

Spencer parece sorprendido. Una sonrisa se cuela en sus labios al dar con él. Le respondo la sonrisa y espero a que se acerque para besar su mejilla como saludo.

Gracias por salvarme de ser un glaciar en pleno proceso a derretirse.

—¿Cómo estás? Feliz Navidad —le digo abrazándolo.

—Todo bien. ¿Cómo va tu pierna?

Arrugo la nariz.

—Denny está algo chiflada.

Vuelve a sonreír. Spencer continúa teniendo ese dejo de inocencia tan característico en su persona. Su cabello está desordenado por el casco, pero está igual a como recuerdo de nuestros extraños encuentros.

—¿Tú eres Spencer?

Papá, con voz profunda, hace que la sonrisa de Spencer desaparezca en un nano segundo. Se vuelve hacia su persona más pálido que la nieve de las montañas e intenta hablar.

Oh cielos, había olvidado que el pobre chico es un desastre público si de hablar se trata. Mírenlo... bueno, léanlo, parece un pobre corderito hacia el matadero.

—S-sí, señor. Spencer Mason —se presenta, extendiendo su mano para estrecharla.

Papá lo observa con una falsa arrogancia, como en la escena donde Malfoy se presenta ante Harry. Creo que esa misma sensación incómoda acontece ahora.

Tras unos eternos segundos, en los que milagrosamente Spencer no se ha hecho encima, papá le estrecha la mano.

—Pareces un buen chico.

—Lo es papá —intervengo—, cuando me asaltaron fue él quien me ayudó.

—Entonces, te debo mucho —Aprieta su mano con más fuerza. Las cejas del pobre chico se tuercen mientras papá agita su mano y Jax, a su lado, se carcajea—. Aún así, más te vale cuidar a mi Jollie.

Un silbido se escucha desde el ventanal. Tío George saluda a los recién llegados con un ademán para luego pedirle a papá que lo ayude con no-sé qué. Finn y Tony aparecen en escena.

—Finn —saluda Jax—. Y el puberto.

—Tanto tiempo, Jax —le responde enseguida el moreno—. ¿Todavía te funciona?

Me echo a reír, luego recuerdo que soy la voz de la razón entre ambos. Y aunque ustedes digan lo contrario, piensen: soy la única civilizada entre los cuatro chicos... Tal vez, después de Spencer.

—No se peleen —se inmiscuye Finn—. Jax, ¿por qué no mejor te muestro dónde dormirás?

—¿Para qué? —Se encoge de hombros Tenorio, sus ojos van de mi hermano hasta dar con los míos— En la noche me colaré en la habitación de la rojita aquí a mi lado.

Blanqueo mis ojos y termino cruzándome de brazos denegando su acción.

—Ten cuidado, unineuronal —adviento en un tono engreído—. Dormiré en el mismo cuarto que la abuela; tal vez entres en la cama equivocada.

Tony y yo nos echamos a reír. Jax solo se esmera en verse como un niño pequeño en el cuerpo de un adulto. Finn alienta para que lo acompañe, finalmente asiente dirigiéndose hacia el interior de la casa, pero al pasar junto a mí su mano roza contra la mía y la toma como si se tratara del viento. El color rojo se aglomera en mis mejillas, mi corazón salta con frenesí dentro de mi pecho.

Cierro los ojos, calmándome.

Liberación de dopamina y hormonas: cancelada.

Gracias.

—¿Spencer, por qué no vas con ellos? —Por poco olvido la presencia del tímido chico.

—¿A-ah?, claro, claro.

Durante toda la cena he tenido que soportar ese lanzamiento de miradas intrigantes que Jax me ha lanzado cual flecha directo al corazón. No sé a quién se le ocurrió sentarlo al frente de mi nariz, pero la tensión se me ha subido hasta el pescuezo. Y hablando de eso, he sido más de una vez hipnotizada por la manzana de Adán de Jax. Cada cucharada ha quedado a medias al observarla.

Por suerte Jax, siendo Jax, no lo notó.

Dejando de lado mi guerra interna que luchaba entre la seducción y el hambre (aclaro: hambre de comida), la cena estuvo bien. Los típicos chistes sobre la vida y adolescencia fueron contados, papá y su hermano

relataron momentos tragicómicos sobre sus navidades y año nuevos. Saya comentó horrorizada una anécdota que le ocurrió en una parcela como ésta, cuando era niña.

Espero, desde el fondo de mi corazón, que ninguna luz proviniendo de ningún lado se vislumbre entre los árboles.

Salimos a la terraza esperando que los adultos sirvan el helado de piña en copas para que, pasadas las doce, podamos servir el champagne.

—¡QUEDAN DOS MINUTOS! —grita Finn justo en mi oreja.

Me doy un pisotón con Denny y él se va refunfuñando y quejándose del dolor hacia Naomi. Su querida prometida lo recibe con un puchero acariciando su cara, como si fuera su madre, entonces me da una mirada que dice «te ahorcaré por esto». Yo le respondo mostrándole las divinidades que puede hacer mi dedo corazón.

Tony está charlando con Chloe y Spencer. Jollie tiene del gancho a la abuela. Papá está junto a Saya, viendo la hora. Los trillizos juegan acarician a Doo, quien disfruta de los cariños. Amira y Emer están distraídos con los insectos que vuelan alrededor de la luz. Doy un paso hacia el extremo de la terraza, contemplando el cielo nocturno.

«*Queda un minutoooooo*», informa el locutor de la radio.

—¡UN MINUTO!

Los alaridos nerviosos de todos revolucionan en ambiente. Alguien le sube a la radio. Otros se buscan para estar cerca cuando el momento llegue. Spencer busca a Jollie, quien le sonríe agarrándolo por el gancho con su brazo libre.

¿Y Jax? No está en ninguna parte.

Idiota. ¿Con quién rayos voy a abrazarme ahora? ¿Qué creía? ¿Qué iba a llenarse el estómago, beber de nuestro vino y largarse? Doble idiota.

«¡Y empieza la cuenta, señores!»

Todos cantamos la cuenta regresiva desde el 10. Las sonrisas nerviosas de todos se dibujan en la cara y...

—¡FELIZ AÑO NUEVO!

El grito es unánime. Todos comenzamos a abrazarnos. Jollie comienza a llorar de la emoción, y la abuela parece agradecida de pasar un nuevo año con nosotros. Papá me dice que está orgulloso de mí. Saya también. Tony me saluda diciendo que soy genialosa (cosa que ya sabía).

Entre saludos, sollozos y mi extensa familia saludándose en medio de la terraza, logro distinguir a Jax saliendo desde el ventanal con la expresión sorprendida. Sus azules ojos me buscan entre tanto pelirrojos y, por un segundo, parece que la distancia que no separa es infinita. Una lucha por llegar a encontrarnos se vuelve frustrante, esquivar personas abrazándose es todo un reto. Llegamos al centro de la terraza, el lugar de nuestro encuentro, quedando a unos treinta centímetros de «no sé qué hacer».

Soy yo la que habla primero:

—Feliz año, Jax.

—Feliz año, Suicida.

Sonríe con picardía dándome un abrazo que correspondo sin meditarlo.

Yace este momento, en que nuestros cuerpos están atados, cruzados y sujetos al otro, el que quiero recordar, pues abrazar a Jax se siente realmente bien.

El champagne no tarda en llegar. Todos brindamos por un año lleno de éxitos y decisiones sabias. En la radio la músicaailable comienza a sucumbir en los cuerpos de los mayores, siendo la abuela la primera en menearse como si no usara bastón. Papá y Saya le comienzan a aplaudir. Naomi arrastra a Finn para bailar también.

Resoplo bajando la cabeza para observar a Denny.

—Gracias —farfullo con fastidio.

—De nada.

Mi ceño fruncido se fractura al notar la hilarante sonrisa de Jax. Se sienta en una silla continua a la mía.

—Por un segundo casi creo que Denny cobró vida propia. —Su sonrisa se vuelve arrogante, por lo que decido bajarle sus aires de grandeza—. *Casi.*

—Si Denny hablara sería un problema para los dos, aunque más para ti.

Me guiña uno de sus ojos. El viejo truco para seducir a una chica. Vaya, vaya, qué creativo. Me cruzo de brazos prestándole atención a los raros pasos de baile de Spencer y Jollie.

—Me declararé inocente de todo.

—Inocente no es una palabra que te describa, Suicida. —Punto para el unineuronal. Al parecer, su deseo de año nuevo fue otra neurona—.

¿Qué tal te fue con tu mamá?

Me torno serio y vuelvo a mirarle. Él también luce serio, su smoking negro le da un aspecto de empresario en fiesta de millonarios. Debo admitirlo —aunque me carcoma la consciencia—, se ve como el deseo prohibido de toda chica. Justamente, el terriblemente cómico apodo que se anotó en mis contactos, le queda a la perfección.

O quizás es que lo estoy viendo con otros ojos.

Hormonas.

Hormonas.

—Fue extraño —respondo luego de mi ataque de adolescente—, pero... supongo que las cosas pasaron de odio a aceptación y... —doy un largo suspiro— luego perdón.

—¿Se arreglaron?

—Las cosas así no se pueden "arreglar"; es como tapar el sol con un dedo, sus razón siempre se verán expuestos. Lo que quiero decir es que, aprendí de lo que me pasó y por eso la perdoné. Decidí no guardarle más rencor. Darle una oportunidad. —Jugueteo con mis dedos sobre el regazo, usando mi vestido como pista—. Nos... nos abrazamos y todo ese cuento.

Jax posa su pesada mano sobre mi cabeza y revuelve mi cabello.

—Aaah... —suspira con esmero— creces tan rápido. —Aparto su mano con rudeza y lo insulto para mis adentros. No obstante, todo deseo por verlo en una bañera con serpientes se frustra al ver su expresión

desanimada. Jax me hace parecer una bipolar, contagiándome su expresión—. Yo también intenté hablar con la mía —confiesa—. Muy diferente a lo que a ti te ocurrió, ella no quiere, ni por dinero, saber de mí.

—Es La mano derecha de Lucifer, ¿qué esperabas?

Jax sonrío de mala gana.

Bien, no se me da bien consolar personas. No me lancen piedras.

Tampoco me pidan que lo bese.

Mad, sounds...

Una música que se pierde en la lejanía, va y viene, provocando que el silencio que se alzó con la sonrisa de Jax se rindiera al lento ritmo.

Ambos le prestamos atención un segundo. Jax se pone de pie, se quita la chaqueta de encima y la coloca sobre el sofá donde anteriormente estaba sentado. Frente a mí y extiende su mano para que lo acompañe.

Quiere bailar, cuestión que veo complicada con Denny.

—Es un lento —insiste—, no vas a bailar rock and roll.

All night long they reappear

Make you get up and dance

Yeah they make you get up

Tiene razón.

Acepto su invitación y me veo arrastrada hacia el centro de la terraza, donde algunos todavía bailan. Jax posa sus manos en mi cintura de una

forma sutil, poco atrevida. Comienza a revolucionar mi interior sin que pueda aplicar método alguno para detener su dictadura sobre mí.

Levanto mis brazos para rodear su cuello, y entrelazo mis dedos detrás. Nos dejamos llevar lentamente por el ritmo de la canción, olvidando que hay otras personas a nuestro lado. Me concentro en su mirada, y él en la mía, como si no existiera nadie más.

Suppose you've gotta do what you've gotta do

We just weren't feeling how we wanted to

Abre sus labios y comienza a musitar lo que sigue.

You sit and try sometimes

But you just can't figure out what went wrong

Then out of nowhere, somebody comes and hits you with a

Ooh la la la

Me opongo a toda consciencia y consecuencia, deseando volver a tenerlo cerca. El coro se repite, una y otra vez como un susurro en mi cabeza. Nuestro acercamiento previo se convierte en nada, me aprisiona contra él pereciendo al mismo deseo que tengo. Apoyo mi cabeza sobre su hombro, escondiendo mi perfil bajo su barbilla, en su cuello, repitiendo el coro con los ojos cerrados.

—Parece que lo único bueno que me ha pasado en todo este tiempo has sido tú —murmura cerca de mi oído.

—Oye —le paro con una sonrisa tonta que él no podrá ver—, esas frases empalagosas son tiernas, pero no son lo mío. —Su pecho se infla, sé

que está riendo. También inspiro hondo—. Gracias, también creo que conocerte no ha sido del todo malo.

—¿"Del todo"? —repite con desconcierto sin detener el enternecedor ritmo.

—Sí —Trago saliva—, me sacaste muchas canas verdes. Y sigues siendo un unineuronal.

Su pecho sube y baja a mayor frecuencia.

—Yo también te quiero —pronuncia despacio y bajo, directamente para mí.

Well don't they make you get up?

Yeah they make you get up

El coro vuelve a repetirse en el silencio y finalmente acaba. Antes de dar lugar a otra canción, nuestro alrededor estalla en aplausos y chiflidos desenfrenados. Jax y yo nos separamos, guardando la distancia. Todos nos están mirando, gozando de nuestro ñoño espectáculo.

Un color rojo intenso invade mis mejillas y vuelvo a mi asiento. Jax hace lo suyo, alocándose el cabello y caminando con disimulo hacia el otro extremo de la terraza.

Miro a mi alrededor. Estoy rodeada de personas y, sin embargo, me siento sola. Sin esa invasión que Jax provoca en mi subconsciente.

Ocurrió antes, cuando se marchó de casa tras llegar y contarme todo. Después de haberle impuesto mi condición.

La recuerdo, tanto así que me introduzco una vez más en mis propias palabras.

«La condición es que me prometas... me prometas que si esa niña es tu hija, serás un padre para ella. No repitas lo que tus padres hicieron contigo, o lo que mamá hizo conmigo. Promételo, Jax.»

Estaba lista para buscar al chico de mis sueños y la vida, una vez más, me demostró que ese tipo de cosas no podemos elegirlos. Llegan en el momento menos oportuno y con la persona que menos planeaste.

No importa. Mientras él esté aquí, atesoraré el momento.

Vuelvo a ponerme de pie y lo busco. Jax está fuera de la terraza, mirando el cielo estrellado.

—Jax —le llamo bajando los escalones—, necesito hablar contigo. Tengo algo que decirte.

Me ayuda a bajar los pequeños escalones. El césped frío y húmedo por la noche provocando que mi piel se torne como la de una gallina. Es eso, o el impulso que tuve para llamarlo se esfumó cuando volteó a verme.

—¿Vienes a buscar una estrella fugaz? —curioseas con una sonrisa ladina.

Niego con la cabeza, inspirando hondo.

—No sé cómo pasó —comienzo, temiendo ver sus ojos—. Supongo que tuvo que darse en un momento. Con todos nuestros encuentros, debí preverlo. —Sonrío encogiéndome de hombros—. Algo siempre me ataba a ti. Tal vez, indirectamente. La cosa es que, te veía todos los domingos en la cafetería con una mujer diferentes y... me repugnaba. De verdad, me repugnaba cada parte de ti; sus gestos, sonrisas, tu cabello castaño, tu forma de hablar tan arrogante, el que no tomaras a nadie en serio, tus ojos azules siempre mirando con picardía... Te detestaba —afirmo,

empuñando las manos—, y no era la única. Jamás creí que podía aprender de algo bueno de ti, pero me enseñaste mucho; como el no juzgar a nadie por lo que demuestra hacia los demás. Me enseñaste que no eres el idiota que rompe corazones porque sí, que tú también tienes uno. Que todo parte con algo rompiéndose, y la consecuencia de nuestros actos puede afectarnos a ello. Aprendí a conocerte, a valorarte, a quererte. A disfrutar de tus comentarios y tu compañía. Estoy agradecida de eso. Mucho. —Cierro los ojos reuniendo el valor necesario—. Lo que intento decirte es que...

—Lo sé.

Un jadeo se me escapa por la interrupción. Abro los ojos otra vez, mirándolo con fastidio.

—¿Vas a dejar que lo diga yo o no?

Se echa a reír.

—¿Dónde quedó el amor y el cariño de hace unos segundos?

—Acabas de arruinar mi discurso —argumento en un tono quedo. Me cruzo de brazos y giro para darle la espalda—, ¿qué esperabas?

—Eso se puede arreglar —reprocha—. Mira esto.

Alzo una ceja y volteo.

—¿Qué?

Posa su mano sobre mi hombro descubierto y se acerca para plasmar en mis labios los suyos.

—Un beso, eso esperaba.

Quiero sonreír, pero prefiero dejarlo para después. Arruinar el momento no servirá para recordarlo, a menos que...

—¡Euuuuuugh! —Amira nos apunta con su dedo índice y la cara de horror— ¡Murphy y Jax se están besando!

Muy bien, dejemos el momento romántico para después.

Capítulo 44: "Las cosas nuevas que sé de ti - Parte 1".

Después del casi-beso, terminé vomitando corazones.

Es broma. En realidad, Jax y yo nos sentamos al pie de la terraza, congelando nuestros traseros y hablando de la vida como si se tratara de la cita que nunca llegamos a tener. O de esos concursos de citas donde los participantes se hacen preguntas.

Uno al lado del otro, hablando como amigos de toda la vida. Mi subconsciente gritaba desgarradoramente desde algún lugar de mi cabeza: «ahora te mandará a la friendzone». Pero no fue así.

Todo fue muy... especial.

Mientras estoy esperando al traumatólogo, hago un recuento de las cosas que sé de Jax:

1. Su comida favorita es la carne mongoliana con arroz. Aunque se deleita poca veces con ella, siempre termina comiendo comida chatarra.
2. En esta primera pregunta el muy Tenorio especificó que estaba hablando de comida y no de mujeres de dicha nacionalidad.
3. Nunca le interesaron los videojuegos hasta que un viejo amigo lo invitó a jugar; aún así, no sufre al no jugar, prefiere pasar.
4. Nunca tuvo mascotas, pero se llevaba muy bien con el perro de su vecina.

5. Su primera vez fue con una compañera, cuando era un puberto que apenas le crecía el vello facial. El nombre de la chica es Toribia (¿eso realmente es un nombre?).

6. Dice que su película favorita es Rocky. Confesó —bajando aún más el tono de su voz— que en realidad, su película favorita es El diario de Noah.

Cito: "Mi sensibilidad es como la de una niña cada vez que la veo".

7. Nunca fue bueno escribiendo; sus trabajos los hacían chicas a cambio de besos y... algo más.

8. Pensó estudiar Mecánica en su tiempo, pues el teatro le resultaba muy extremista y temía que sus amigos se rieran por elegir una carrera universitaria donde los ejercicios vocales se escucharan como un pájaro buscando aparearse.

9. Siempre le gustó el Teatro, por ende, no entró porque a las chicas les gustaran los actores, sino por pasión.

10. El único libro que ha leído por iniciativa propia ha sido *El silencio de los inocentes* de Thomas Harris.

11. Nunca metió en una pelea por una chica estando sobrio.

12. Cuando era niño, le costó pronunciar la «erre» y palabras como perro las pronunciaba como «pedro». Le fue muy frustrante las constantes correcciones que todos lo hacían, por eso prefiere a los gatos.

13. Si alguna vez se da la ocasión, quiere interpretar algún personaje de Mika McFly (suspiros) y así conocer sus historias. Le da pereza hacerlo.

Eso ya lo sabía, pero bueno...

14. Su banda favorita es Gorillaz.

15. Su peinado está inspirado en el de Elvis Presley.

16. Jax imita al rey del rock a la perfección. La abuela chilló al pillarlo bailando.

17. Se considera alguien con suerte.

18. Teme "querer" mucho.

19. Aprendió a tocar guitarra gracias a "ella".

20. Todavía no está preparado para enviarme con "ella".

La misteriosa chica que le rompió el corazón a Jax continua estando en el tablón de ajedrez, inquietando tanto su existencia como la mía.

Recuerdo a la mujer pelirroja que vi cuando me accidenté. ¿Ella es la mamá de Sharick? De ser así, ¿por qué tanto misterio con ella? Ya nos vimos una vez. Dos, contando en el karaoke.

Miento: tres veces, cuando la vi con Cole.

Lo más lógico es creer que ella no es la mamá de Sharick... ¿Quién es? ¿Cuál es la misteriosa chica que le rompió el corazón a Jax y lo convirtió en todo un Don Juan?

—¿Murphy Reedus? —Una mujer de traje blanco llama. Elevo la cabeza junto con las cejas en su dirección. Ella me mira—. Es su turno.

Asiento dejándole a una dormida Maya el libro Derechos de Amar, el mismo que tiene una dedicatoria completamente alucinante como la anterior.

«Para "La Caperucita Roja".»

¿Esperaban algo más? Yo quería un testamento del tamaño del mismísimo libro, pero eso sería mucho pedirle. Y siento sincera, creo que esta vez, el que Jax se haya acordado de mí en Navidad y dedicara su tiempo para que Mika firme, resulta mucho más especial.

Me estoy volviendo en una tonta enamorada... ¡De verdad comenzaré a vomitar corazones y gomitas de colores!

Basta.

Golpeo el hombro de Maya para que despierte. Asustada y desorientada, seca la saliva rebelde que osa a escaparse de su comisura, mira hacia los alrededores ubicándose, me busca y hace una mueca, como si verme de pie, esperando que reciba el libro, fuese todo un fastidio para su persona.

Intentaré no juzgarla, después de todo fue la única que aceptó venir aquí cuando recordé que tenía una cita con el traumatólogo.

Hoy le diremos adiós a Denny.

—Sostén mi libro y cuídalo con tu alma —le ordeno tan seria como un moái.

Me encamino cual tortuga hacia la enfermera que llamó mi nombre, luce impaciente esperando a que llegue.

Ella ve una pelirroja caminando en cámara lenta. Para mí este momento es similar a ese instante donde el hombre pisaría la luna por primera vez. La música épica suena desde los parlantes celestiales retumbando en un estallido de voces gloriosas que se estallan con cada paso.

Un pequeño paso para la enfermera, un gran salto para Murph.

—Murph, si no te apuras, te dejaré aquí tirada para que los jotes vengan a devorar el poco trasero que tienes.

Oh, qué linda es la amistad.

Estoy cargando a Denny en mis brazos como si se tratara de un bebé nacido. Soy una madre despojada de su pequeño, al que recién parió. Vi como la partieron en dos con una sierra que casi provoca un paro cardiorrespiratorio. Vamos, estaba tranquila con mi pierna estirada luego de escuchar que mi silenciosa amiga iba a terminar en el tarro de la basura, entonces el tipo demoniaco exiliado del inframundo se giró con una sierra como si fuera... ¡No sé! Dentro de mi desesperación terminé cayéndome de la camilla estrellando mi trasero contra las baldosas. El demonio en la tierra detuvo la sierra mientras la enfermera, horrorizada, hizo lo posible por levantarme.

Un pequeña sesión psicológica —muy improvisada— llevó a decirme que no tenía que preocuparme por la sierra, me aseguraron que mi pierna no pasaría de rota a enyesada y luego a partida en dos. Palidecí buscando alguna forma de controlar mi sudor excesivo. Apreté los ojos, dientes, manos y hasta el trasero. La sierra volvía a sonar.

Todo acabó en el momento exacto que mi alma se separaba de mi cuerpo.

La mano izquierda de Lucifer iba a tirar a Denny, por lo que decidí quedármela.

Eso es amor puro e inocente.

—¡Tira ya esa cosa!

—Denny es importante para mí, ¿cómo puedo despojarme de mi pequeña? ¿Sabías que daba buenos pisotones con ella?

—Sí también caminabas como una anciana —Maya arruga su perfecta nariz, mirando mi debilucha pierna—. Cariño, no quiero ser mala, pero tu pierna necesita una buena depilada. Ahora. Antes de que alguien aparezca y vea que andas con un calcetín rojo en una pierna.

Me inclino para mirar mi pierna. En efecto, mi pierna puede pasar desapercibida como la de un oso.

—No puedo caminar como Dios manda, Maya. Mi pierna se siente tan ligera... Creo que en cualquier momento se romperá en dos.

—Debiste traer unos jeans. —Hace un extraño ruido con su lengua como el de un insecto, negando con la cabeza—. La señorita trajo zapatillas, un libro, pero olvidó los jeans.

—A mí no me da vergüenza enseñar que tengo una pierna velluda, es algo natural y se justifica.

¿A quién intentas engañar? Si alguien te ve así morirás de vergüenza.

Calla, al menos déjame como una valiente mujer moderna frente a los demás... Cielos.

La rubia adelanta el paso saliendo hacia la acera. Los autos pasan, ninguno muy interesado en detenerse. Camino tras Maya, con la pierna volando a mi lado. Realmente se siente extraño. Muy extraño. Jadeo reafirmando el abrazo hacia Denny y me apresuro en llegar al lado de mi amiga.

Sin embargo, una voz infernal sacude mi mundo.

No, no, no, no... ¡No ahora!

Capítulo 44: "Las cosas nuevas que sé de ti - Parte 2".

La tensión se suma en mis hombros y un revoloteo de gusanos sacudiéndose en la sal se hace presente en mi estómago. La voz cautiva que ha llamado se corta y ahora, supliendo a una corriente eléctrica que despide mi hombro cuando una mano se posa sobre él, la presencia de un tercero hace su escena.

Mi respiración se pausa al sostener con más fuerza a una fallecida Denny. Giro sobre mi pie, ya que el de mi pierna (la peluda) no lograría conciliar un movimiento acertado o equilibrado. La mano se deja caer al costado de una figura varonil que viste un abrigo negro. Una pulsera con el dije de una guitarra se vislumbra entre el choque de los vagos rayos del sol.

La tensión constante se apacigua con la sonrisa de Cole.

—Cole Anderson.

Pronuncio, e inevitablemente la imitación barata que hizo de mí se cuela por mi cabeza como la bala de un suicida que acaba de jalar el gatillo. Tal vez eso estoy haciendo ahora mismo. No sé. Recordar aquel extraño suceso en el parque me provoca un sabor agridulce que se balancea entre la incredulidad y la comprensión.

—¡No puede ser! —Exclama con sorpresa al dar con Denny en mis brazos. Se echa su cabello relativamente largo hacia atrás y luego toca con sus dedos el yeso— Denny ha muerto.

—Ahora mismo creo que está agonizando —contesto con un dejo de melancolía en mi voz.

Maya retrocede hasta nosotros refunfuñando mientras sus tacones rosas chocan contra el pavimento emitiendo un placentero sonido.

—¿Tú también crees que esta... —mi querida amiga busca la mejor palabra para describir a Denny, observándola con el ceño fruncido— cosa tiene vida o algo por el estilo? Cuando quieran los atienden, eh. Y será gratis en vista al serio caso que ambos padecen.

Ahora que Maya está aquí, con Cole presente, puedo voltear hacia atrás en el tiempo, a ese momento en el que me habló de Cole y nos presentó. ¿Sabía ella lo de Cole y su raro fetiche? ¿Acaso lo sabe ahora?

Examino a la rubia demente que tuve que soportar de camino hasta el hospital; está hablando con Cole, animada, sin esa inquietud que, probablemente, yo intento no demostrar estando con él desde que confesó su secreto. A juzgar por cómo se relacionan, y sabiendo que mi mejor amiga no me presentaría a un sujeto que evidentemente está enamorado de otra persona, no lo sabe.

— ...Es una descuidada —sentencia Maya mirándome cual *Slytherin* a *muggle*—. No lo digo porque cruzó con luz roja y terminó con un yeso, sino porque ni siquiera recordó traer jean. Mira su pierna.

Me agacho en un intento por cubrir mi pierna, la que termino colocando detrás de la otra para que un curioso Cole no logre ver mi nueva moda.

—Cállate, Maya —farfullo aún flexionada—. Cole ni siquiera se había percatado de ella.

—Descuida —pronuncia Cole sonriendo entre dientes—, es algo natural y casi no se nota.

—Casi —remarca Maya, cruzándose de brazos.

Tomo una bocanada de aire pronunciado silenciosas maldiciones.

—¿Qué pasa contigo? —recrimino—. Estás peor que nunca.

—Estoy con el maldito periodo y me duele el trasero. ¿Nos vamos ya?

Compadezco a la persona que salga con Maya, pues será alguien que tendrá que desarrollar mucha paciencia y serenidad hacia su persona y el mundo en que mi problemática amiga lo envolverá.

—¿Van a sus casas? Porque a la vuelta están los chicos de la banda en la van y podríamos llevarlas... Gratis, por supuesto —agrega al no obtener respuesta alguna desde nuestros hemisferios.

Miro a Maya y ella a mí, para que en una reacción unilateral, terminemos girando hacia Cole y asintiendo.

La pesadilla toma lugar tras la respuesta acertada; el camino para llegar a la esquina y doblar hacia el auto de la banda Warrixr me es una pesadilla de nunca acabar. El suplicio de un camino interminable es la tortura que debo pagar por comportarme tan mala desde que nací. Mi pierna se siente flácida, velluda y ligera como la pluma. Mis pasos cortados hacen que Maya y Cole se adelanten en lo que parece ser una carrera que evidentemente no ganaré.

—Necesito un poco de ayuda acá —informo—. Gracias.

Mi lentitud impaciente a la rubia que cumple todos los requisitos para ser la bruja malvada de la historia juvenil —ya saben, como la típica popular

que está con el deportista y todos la odian en secreto porque es tan borde y arrogante que merece el deprecio de todo el universo—, así que comienza a golpear el pavimento con un pie, cargando su peso en una cadera y cruzándose de brazos. Cole, como siempre tan altruista, se acerca para ayudarme.

—A la orden, capitana —dice el pelo azabache haciendo un gesto militar. Busca un sitio de donde agarrarme para ayudar y termina deslizando su mano por mi cintura, apretujándome contra su firme cadera bien resguardada bajo su abrigo. El tacto frío de su mano contra mi cintura me provoca la inesperada piel de gallina. Puedo sentir mi velluda pierna engrifarse.

Maya se adelanta dándonos la espalda, entonces mi yo chismosa no puede evitarlo y se apodera de Murph.

—¿Maya sabe sobre...?

—No lo sabe —responde abruptamente—, ni pretendo decirle. Eso que te conté es muy íntimo, tanto para mí como para Julia. Te agradecería que no le contaras... A nadie.

Ese nadie ha sido cargado y un tanto amenazante. Claro que no le diré a nadie, me tacharían de loca.

—Descuida, no soy una bocona.

Ese secreto muere con ustedes.

—Gracias.

Una sonrisa dulce se agranda en el rostro de Cole.

—¿Qué haces acá? ¿Ocurrió algo?

—Nada grave —Se carcajea despacio—, solo problemas con la comida de...

De pronto, una masa borrosa pasa por el rabillo de mi ojo. Cole desaparece de mi vista y todo contacto con su persona se desvanece como si el viento haya hecho de las suya y su peso se volviera nulo. Es el grito ahogado que da en el acto, el que por acto-reflejo me incentiva a hacer un seguimiento para descubrir qué rayos a pasado.

El olor a limón invade mis fosas nasales cuando Jax hace un nuevo movimiento empujando a un incrédulo Cole que apenas razona para defenderse. Mi corazón amenaza con salirse entre mis costillas y estrellarse en la acera con la aparición casi espectral de Jax.

—¿Qué demon...

Un golpe propinado por el castaño causa la irrupción a una pregunta que yo también formulo entre mis pensamientos, la confusión y el deseo de saber si lo que se presenta frente a mis ojos es real. La cara de Cole se voltea por la intensidad del golpe y en un pestañear, el azabache se lanza sobre Jax para regresárselo sin duda.

Ahora es Jax el que tiene la cara golpeada. Aprieta sus puños con fuerza e intenta interceptar un golpe bajo que Cole logra esquivar. El forcejeo entre ambos no tarda en llegar, observándose con los ojos inyectados en sangre y la piel de los golpes enrojeciendo cada segundo.

—No te atrevas a ponerle un dedo encima a Murph —amenaza Jax entre dientes—. Farsante de mierda.

—¿Farsante yo? —pregunta con incredulidad el otro— Eres tú el que se las da de galán, siendo que todos en la universidad conocen tu reputación.

La fuerza de ambos cuerpos culmina sin tener un vencedor. Otra tanda de fallidos golpes los une otra vez. Las personas comienzan a percatarse de la pelea y mis intentos por detenerla.

—No te hagas el santurrón, te vi besando a la rosadita de tu banda — farfulla otra vez Jax.

La sorpresa invade a Cole, quien pierde esta ronda y termina cediendo a la fuerza de su contrincante. Jax se aprovecha y arremete con otro golpe, pero me adelanto a su jugada; el puño de Jax se estrella contra Denny provocando que la pobre vuelva a partirse en dos. Un quejido de dolor asalta los labios de mi compañero de Expresión Vocal, quien retrae su puño flexionando todo su cuerpo hacia el punto central de todo su cuerpo, escondiendo el puño entre su mano y el vientre.

Cole, por su parte, toca con sus dedos la comisura de su labio donde impactó el segundo golpe de Tenorio. Una mancha de sangre tiñe las yemas de sus dedos.

—¿Estás bien? —le pregunto tomándolo desde el brazo para atraerlo a la realidad y examinarlo mejor.

Un efusivo movimiento con su cabeza me deja claro que sí lo está. Maya lanza un grito eufórico hacia el cielo después de contemplar la escena y se acerca con pasos agigantados que la hacen ver como una mamá que arremeterá contra sus dos hijos.

—¿Un "estás bien" para él y para mí nada? —pregunta Jax con la voz quebrada por el continuo dolor. Su expresión arrugada, achatada y el golpe que le propinó Cole enrojeciendo más que sus propias mejillas, es el toque tragicómico que le faltaba a mi día, definitivamente.

—Oye fuiste tú el que llegó por arte de magia y empezó la pelea.

Defiendo a nadie, porque Cole le regresó el golpe a Jax. Como siempre dijo papá: "si alguien inicia una pelea y la respuesta son golpes, entonces ambas partes tienen igualdad de culpa. Una pelea necesita dos o más personas, no funciona de a uno". Recuerdo que nos dijo eso cuando Jollie y yo nos agarramos de las mechas jugando Uno, ese juego del demonio que tiene fama de separar hasta familias.

—¡Yo estaba defendiendo tu dignidad, Suicida! —se excusa con dramatismo.

—¿De qué demonios hablas? —interviene Cole torciendo sus cejas y abriendo los ojos como huevos fritos.

—Que estás interpretando el papel de Príncipe Azul cuando eres incluso peor que yo —recrimina el castaño aún con su mano oculta. Sus ojos azules van desde Cole hasta dar conmigo—. Este sujeto sale con la tipa de su banda, te ha estado engañando todo este tiempo.

Mi cerebro imite un «click» conjugando todos los cabos sueltos y entendiendo qué pasa. Lejos de ser una escena de celos, es una muestra efusiva de idiotez. La segunda neurona de Jax Wilson a muerto, señores, mi más sentido pésame.

Aunque no puedo culparlo del todo: Jax, al igual que Maya, no tiene idea que sé el secreto muy oculto del chico que pretendía ser perfecto. No sabe que a Cole Anderson le gusta vestirse de mujer y que a su novia, Julia, le gusta verlo así. De todos los fetiches que escuché, este le hace competencia al de excitarse con los pies de las personas.

Eugh.

—Ya lo sabía, desde antes de Navidad —explico—. Y Cole no intentaba engatusarme, solo me ayudaba para llegar a la van de su banda.

Válgame, Jax sí sabe como agregarle una pizca de adrenalina a un día común y corriente.

Admito que aprecio, en lo más oscuro de mí ser, el que se haya preocupado de algo que no debe. Eso de meter su nariz en el tema de Cole le da un toque tierno.

¿O solo soy yo la que piensa eso? Díganme que no, por favor.

—Exacto —se une Maya—. ¿Sabes que hay algo que se llama "conversar"? Trata de hablar entre dos o más personas. Nada de golpes.

El ego de Jax se asoma lentamente al caer en cuenta del ridículo que acaba de hacer. Se pasa su mano el cabello para despeinarlo, sus hombros se enderezan junto con su espalda. Eleva un tanto su barbilla y sonrío a medio labio.

—¿Y qué tal todo? —pregunta.

—Perfecto hasta que un troglodita hizo su aparición —hablo, colocando mi mano como visera y moviendo mi cabeza de un lado a otro—, ¿lo has visto por aquí? ¡Oh...! —exclamo deteniéndome frente a él— Aquí está.

Cole se agacha para recoger los restos de Denny; no sé en qué momento la dejé caer, supongo que cuando Jax la golpeó. Se lo recibo aprisionándola otra vez en mis brazos.

—Ahora volvemos a casa —agrega Maya girándose, cual diva de Hollywood, su largo cabello por poco choca contra la mejilla de Cole, mas él logra hacerse hacia atrás.

Emprende su caminata hacia la van y Cole le sigue detrás. Le doy una mirada recelosa a Jax para que se disculpe con el músico. Una rabieta

de niño pequeño por parte del unineuronal termina al darle un codazo en el vientre.

—Eh, Cole... —se precipita a gritarle al recomponerse—. Siento el malentendido, ya sabes... son los impulsos.

La respuesta que obtiene se limita a un movimiento de cabeza. Yo comienzo a seguirlos detrás, cojeando, pero Jax me detiene con un silbido que me hace parecer un perrito. Solo falta que saque la lengua y levante mis orejas al verlo.

—¿No quieres invitarme a tu casa? —me pregunta.

—Sí.

—¿Quieres? —vuelve a preguntar con incredulidad.

Alargo mi mano y le doy dos palmaditas en su hombro.

—No —reniego—, sí a que no quiero.

Antes de girarme para huir lo más rápido posible, vuelve a detenerme.

—Casi me rompes la mano con Denny —acusa—, merezco una compensación a cambio.

Me largué a reír soezmente.

—Si te giras lograrás ver que ese edificio enorme es un hospital y tratan toda clase de heridas —le informé—. También tratan enfermedades mentales, por si te interesa.

Como podrán imaginar, hice caso omiso al ingenioso trato de Jax por querer hacerme responsable de su agresividad injustificada. Sin embargo, el Casanova de cuarta no se permitió desistir de su propuesta

con tanta facilidad e suplicó para que su auto invitación fuera confirmada.

Hice un esfuerzo por no salir de mis cabales y negarme, pero terminé accediendo, rindiéndome. Jax podía ir a casa cuando se la antojara, ¿por qué tanta insistencia?

Le informé a Maya y Cole de mi cambio de plan, diciendo que Jax — quien estaba guardando su distancia de la camioneta y los amigos de Cole— me llevaría a casa en su moto.

Misericordia no es una palabra que utilice mucho en mi Diccionario de palabras dichas con frecuencia; no obstante, el tener que volar sobre la moto de Jax conllevó a hacerlo. Además de que mi vestido se elevó con la velocidad y el viento frío apuñalándome las piernas, tuve que aferrarme a Tenorio cada vez que la creación del infierno (al que muchos llaman «moto») resbalaba en cada vuelta. Mi momento de paz absoluta se vio liquidado con crueldad al comprobar que la luz roja de los semáforos duraba realmente poco. Parte de Denny salió a la libertad y esperé que no se estrellara contra la ventana de algún auto o la cabeza de una persona; mi expediente no se vería bonito con un «homicidio involuntario», ¿verdad?

Ya todo tomó su lugar al llegar a casa, mi hogar dulce hogar.

Fue como un encuentro con el paraíso. Por un segundo creí haber muerto, todo a causa de Jax.

—¿Qué pasó que estás tan pálida?

Se burla de mí, sabe que odio su moto.

Paso de él adentrándome al antejardín de la casa, abriendo la reja. Una vez frente a la puerta, golpeo para que me abran.

Es Naomi la que abre enseñando todo su maquillaje corrido. Recién se está levantando al parecer. Qué horror.

Los trillizos aparecen tras ella y me abrazan con sus bonitas sonrisas de pelirrojos naturales en sus rostros. Con gestos curiosos me piden mostrarles a una moribunda Denny, la que les entrego llorisqueando por dentro.

La casa se sume en un silencio absoluto que da miedo. Le hago un ademán a Jax para que me siga hasta la cocina.

—Limpia la sangre de tus nudillos, iré por algodón y alcohol.

Un callado Jax asiente dirigiéndose al lavaplatos junto a las encimeras. Antes de salir, miro el tarro de las groserías y advierto la cantidad de monedas que tiene, no vaya a ser que el muy descarado saque dinero. O se eche a gritar del dolor con insultos al aire y tenga que poner yo dinero.

Voy al estrecho baño al final del pasillo y busco detrás del espejo algodón, venditas adhesivas y alcohol para desinfectar los nudillos en cualquier caso. Al dar con las tres cosas, vuelvo a la cocina. Jax se está mirando los nudillos y toqueteando la zona.

—¿Puedo preguntar qué hacías en el hospital? —pregunto entregándole las cosas.

—Tuve que hablar con alguien —contesta sin muchos ánimos. Un resoplido se le oye al final de la frase. Destapa la botella de alcohol y vierte un poco del líquido sobre el algodón. Con su cabeza gacha, alza

su vista y se carcajea en un tono bajo—. ¿Y eso? —señala con su barbilla mi pierna.

Un sonrojo insano se apodera de mis mejillas. Disimulo.

—¿Esto? Es una protección contra el frío invierno —explico—. La mayoría de las mujeres solteras, como yo, solemos dejarnos las piernas sin depilar.

Invierno + flojera + pantalones = pantis de pelos.

—Esa es la peor excusa que oí para justificar la flojera —sentencia, pasando el algodón sobre sus nudillos—. Tú eres especial y decidiste que fueran medias.

Entrecierro los ojos y me cruzo de brazos, apoyando mi espalda baja contra una encimera.

—¿Ya terminaste con tu mano? Puedes irte. Adiós.

—Tan fría... —Hace un puchero— ¿Y dices que te gusto? Bah.

—No necesitas recordarte cada dos minutos lo que siento por ti, ya sé que te hace feliz.

Ríe de nuevo, con voz profunda. Un quejido colma su boca y cierra un ojo torciendo sus cejas. El efecto quemante del alcohol está haciendo efecto.

—Otra cosa nueva que aprendo de ti, eh —dice para luego soplar sus heridas.

Recuerdo nuestra larga plática en la noche de Año Nuevo, donde me contó muchas cosas sobre él y yo le diría sobre mí, pero decidió que ese trabajo lo haría por sus propios medios, hasta conciliar veinte cosas.

—¿Cuántas llevas? —pregunto en forma de un susurro, como si temiera hacerlo.

—Muchas.

—Ese no es un número —recrimino, mostrándole las vendas. Declina mi oferta para verse como un macho que soporta dolor y demuestra su rudeza dejando expuesta su herida.

—Llevo catorce —confiesa tornándose serio.

Es esa faceta de Jax la que me pone inquieta, revuelve mi corazón y lo sirve de cena para ustedes. Abre sus labios para decir algo a la vez que yo pretendo hacer lo mismo.

Su celular interrumpe nuestras voces y las atrapa dentro de nuestros labios, sellándolos. Algo impaciente, Jax saca su celular del bolsillo de su gastado jean, le da un vistazo a la pantalla y luego me mira con desconcierto, arrepentimiento, qué-sé-yo. Oculta el celular contra su cuerpo y se recompone.

—Tengo que irme —informa—. Nos vemos.

Guardando el celular, ésta vez, en el interior de su chaqueta se dispone a salir por el arco hacia el pasillo; sin embargo, una fuerza superior al razonamiento hace que lo detenga.

Capítulo 45: "La casa amarilla".

Mis dedos contra la chaqueta de cuero que siempre trae puesta no pretenden aligerar la fuerza con que la agarran. Mi mano se tensa con su reacción; Jax se gira un tanto para captar que soy yo el que lo ha parado en serio, justo antes de colocar el pie en el pasillo. El acto que me ha destinado a someterme a no querer que se vaya, ahora se ha perdido y la duda se abre paso.

Es la misma duda que me surgió con su llamada. La misma que infectó mi cabeza, cual bacteria, con su escamada gestión por ocultar la pantalla de su celular. Todo en que lo pude creer llevaba un apodo que, gracias a su relevante repetición, se ha quedado marcado.

Ella.

Quiero preguntar si realmente se trata de su persona, si aquel espectro que lo atormenta acaba de llamarlo. Necesito preguntar si está dejando mi casa, en la que tanto entusiasmo puso para que lo aceptara, por una *ella* que ni siquiera le mostró indicios de quererlo... o desearlo. Que lo usó. ¿De verdad su «tengo que irme» se debe a eso?

De ser así, ¿yo qué?

Vendrá cuando se le antoje, dirá lo que se le antoje y cuando llegue el momento, volverá con ella. No quiero ser el plato de consuelo.

Abro mis labios para preguntarle, porque mi Murph interna lo pide a gritos. Yo no puedo callar y contenerme, pero a veces eso es lo más justo. Tal vez, solo estoy pensando mal y el motivo de su casi huida no tiene nada que ver con su *ella*.

—Uhm... —me remuevo, bajando mi mano, liberándolo de mi deliberado agarre— Gracias por traerme.

Traidora.

En efecto, guardarme mis dudas puedo sonar una traición descarada para cómo soy, pero ya la he jodido muchas veces malinterpretando personas y diciendo cosas que no tendría que haber dicho. Esperaré. Esperaré a que la realidad y la verdad salgan a la luz.

Siempre sale a la luz.

—Si quieres un beso de despedida solo tienes que pedirlo.

Genialoso. Jax y sus interpretaciones.

Una carcajada muy fingida se oye desde el pasillo. Papá hace su aparición especial, pasando las manos sobre su cabello para peinarse.

—No en mi presencia —sentencia en un tono bajo, muy macabro.

La risa de Jax emana de su interior como un temeroso «jiji» que le da un toque cómico a su fachada de galán en la época de los 80's. Le hace un ademán a papá en señal de saludo, y el cabeza de Los Reedus se lo regresa elevando su mentón junto en el momento que entra a la cocina. Se planta junto a mí y pasa su brazo por mi espalda para apretujarme contra él. Está marcando su territorio de padre, qué novedad.

—Ay, papá... —me quejo sacudiendo mi cuerpo para que me suelte. Cuando por fin lo hace, cojeo hasta Jax para empujarlo desde la espalda, incentivando su salida.

Doble traición: ahora soy yo la que quiere que se marche.

—¿Qué? —pregunta con desconcierto papá, encogiéndose de hombros— Estoy defendiendo tu integridad —se excusa abriendo los ojos como plato, sigue con su rostro de «yo no hice nada». Ahora se inclina de forma confidencial, como si la persona de quién "cuida mi integridad" no estuviera aquí—. Ni siquiera me ha pedido permiso para salir contigo.

Jadeo con el calor invadiendo mi cuerpo entero.

—Ni lo hará, no estamos saliendo.

Arrastro a un conmocionado Jax que no tiene idea alguna para defenderse o decir algo sobre la disputa padre-hija que se presenta ante él. Papá se pone a dramatizar sobre nuestro supuesto beso y a contar las veces que, mientras estuve enyesada nos encontró viendo películas acostados en mi cama, las desapariciones y encuentros. Entre otras cosas que no logro oírle al llegar a la puerta.

Le echo un rápido vistazo a los trillizos que todavía se entretienen con la moribunda Denny, antes de salir de casa. La paz de la calle desierta es un signo apacible de una victoria momentánea. El silencio aguarda para una incómoda despedida.

Jax se da media vuelta para quedar frente a mí. Trago saliva buscando el pomo de la puerta para juntarla y así nadie intenté inmiscuirse en nuestros asuntos.

—¿No estamos saliendo?

La pregunta que se esculpió en los labios de Jax me saca de la laguna sosegada en que el silencio me sumió. Casi me atraganto con mi propia saliva por la pura indignación que me causa su pregunta.

—Claro que no —contesto luego de un jadeo. Jax eleva sus cejas como si todo este tiempo creyera lo contrario. Sus ojos azules se ven oscuros ocultos de la precaria luz del sol que nos brindan las espesas nubes grises. Mis mejillas vuelven a encenderse—. No me tendrás hasta que lo oiga de tu boca —expongo—. Hasta que puedas y te atrevas a expresarte abiertamente.

—Pero si soy muy abierto contigo —coloca una mano sobre su pecho con dramatismo, dándole un serio aspecto a los afeminados de un *reality* que antes transmitían por la televisión—, en el buen sentido de la palabra —aclaro con mi desconcierto.

Chasqueo la lengua negando el que sea un descarado. Sí, ha sido una persona abierta, dispuesta a contarme cosas que, probablemente, no ha hecho con cualquiera —como el tema de Penny (o Anastasia) y cómo le rompieron el corazón—, pero más allá de eso, jamás aclaró lo que siente hacia mi persona. Estoy entre la duda y el enjambre de preguntas que me ahogan cada vez más. Si soy una amiga para él o, simplemente, otra persona con la que puede compartir sus lascivos labios. Todo me es confuso. Odio la incertidumbre de no saber qué soy para él. Lo peor de todo esto, es que con su antiguo amor, todo luce como que me iré una vez más a la friendzone.

En mi frente está el cartel: «Murph, la eterna friendzoneada».

Gracias.

—No eres lo suficientemente claro para mí.

—¿No soy lo suficientemente claro? —vuelve a preguntar como si mi duda fuese una ofensa para Sir Jax.

—Sí, nunca has dicho lo que sientes por mí —explico—, sigues tratándome como una amiga.

—Te dije que no tenía problemas con pasar el resto de mi vida contigo.

Pero un «me gustas» fuerte y claro no me vendría nada mal.

Suspiro con pesadez.

—Por favor, Jax Wilson —El que pronuncia todo su nombre le provoca una mueca—, ese es uno más de tus elaborados diálogos para conquistar chicas. No olvides que te conozco desde la cafetería.

Cierto. Antes de decírmelo a mí en el centro comercial, se lo oí decir a otras víctimas de sus asquerosos encantos. Y digo asquerosos porque son básicos para un mujeriego de su calaña. Y yo también caí como mosca en la telaraña, aunque, en mi defensa, puedo decir que sus primitivos encantos no son lo que me atrae hacia su persona. Es algo diferente, algo que no puedo explicar con simples palabras ni describir con las mismas.

—Además —continúo—, no quiero ser la segunda opción. No quiero ser el premio de consolación y estés conmigo porque *ella* no te toma en cuenta... o no quiere nada contigo —bajo la voz ante su reacia reacción. Mi bocota hizo de las tuyas una vez más, revelando una de mis principales inquietudes—. Sigues ocultando cosas y, sin confianza, no hay nada; solo una amistad muy extraña.

El silencio apacible que nos regalaba la soledad de la calle, se transforma en un arma que apuñala por todos sitios, donde tienes que cuidarte para no salir lastimado.

—¿Eso es lo que piensas?

Su pregunta es un susurro casi desgarrador.

—Es lo que pienso porque así es. ¿Acaso has visto cómo te tornas cuando hablas de la chica que te rompió el corazón?

Tensa su quijada. Su manzana de Adán sube y baja. Está nervioso.

—No.

—Deberías —acuso—. Y teniendo en cuenta todo eso, sabiendo que aún la quieres... no puedo evitar que me gustes. Es frustrante ver que la persona con la que te encariñaste tiene ojos para alguien más y no ha podido sobreponerse de ella. Si no superas el pasado, no vas a vivir el presente. O incluso, el futuro.

La indignación ahora es de parte de Jax, quien pasa sus manos por la cara con exasperación, como si no pudiera creer lo que estoy diciendo. Cuento los segundos en los que permanece con sus manos en el rostro, fregándose la cara en un intento por, creo yo, conservar su paciencia. Finalmente, se queda quieto y da un paso para quedar tan cerca que debo dar medio paso hacia atrás y estrellar mi espalda con la puerta.

—Sybill Quaid es su nombre —musita—. Tiene veintidós años. Vive en Wall P. Street, número 551; es una casa amarilla con muchas flores en el antejardín. Ella vive allí.

Conservo el aire a falta de éste por la sorpresa. Las palabras de Jax resuenan en mi cabeza como un villancico navideño. Trato de conservar la calma mientras repito el nombre de la chica que tiene el corazón de Jax, pero un beso en la mejilla me deja sin habla y pensar.

Detallo cada uno de sus movimientos: caminando hacia su moto, subiéndose, colocándose el casco y luego encendiéndola. Un movimiento involuntario en mi mano hace que reaccione y me ponga en marcha para preguntar qué debo hacer, cómo debo actuar, qué necesito decir. Sin embargo, el sonido de la moto se pierde por la calle, dejándome en un mar de dudas y a una yo ahogándose en ellas.

...

Ha pasado casi una semana desde que Jax me dijo el nombre, la edad y la dirección de "ella". Después de todo este tiempo guardándolo, me lo ha dicho de la nada. Deduje que lo hizo como una forma de escapar, pero la idea central con la que pudo hacerlo fue para llevar a cabo su petición. Por otro lado, no encuentro solución para el parásito que se alojó en mi cabeza con la idea de que quiere mostrarme algo. Algo que no puede ser explicado con simples palabras.

¿Qué intenta decirme? ¿Qué intenta hacer?

Estoy dispuesta a ir hacia la misma casa y hacerle frente a Sybill, la chica que le rompió el corazón a Jax, pero... ¿es el momento adecuado? La intriga y el temor tienen su propio debate, siendo el último quien lleva la bandera. Me aterra descubrir qué hay detrás de todo esto; los motivos por los que Jax no se atreve ni a pronunciarse por allá, por los que vive huyendo de su antiguo amor.

Un reencuentro con la persona que te destrozó nunca es bueno, superarlo es difícil... pero es necesario.

Cinco días han pasado y las preguntas solo se duplican. A veces me pregunto qué habría ocurrido si no habría aceptado la petición de Jax. Qué estaría pasando ahora mismo con su persona de no haber accedido

y puesto mi condición. Quizá todo iría mejor y la cabeza no me sería una mierda, en todos los sentidos de la palabra porque, tengo dudas y una cabellera esponjosa a causa de la falta de acondicionador.

Maravilloso.

—Ve y descubre qué ocurre.

Apoyo mi frente en los barrotes de la celda donde duermo... digo, los barrotes de la ventana. Tony está asomado desde su ventana, comiendo un pedazo de pan con jamón que tuvo la necesidad de hacerse para escuchar con detalle mis frustraciones. Pensé en Maya, pero la chiquilla sigue teniendo un humor de perros y no quiero oír sus ladridos.

—Me da algo de miedo. ¿Y si solo empeoro las cosas?

—Culpa a Jax, fue él quien te pidió hacerlo. Dijiste en Navidad que te pidió que convezas a esa tal...

—Sybill —le ayudo.

—Sybill para demostrarte algo, que sorprendentemente se percató de tus sentimientos, tal vez quiere que veas con tus propios ojos que ya no la quiere.

¿Por qué demostrarlo y no decirlo? Ah, claro, porque no le creería. O eso he de suponer.

—¿Qué puedo decir al presentarme allá? Estoy muriendo de curiosidad.

Tony la el último mordisco al pan, mastica y traga a una velocidad alucinante y se aclara la garganta, inflando su pecho cual paloma.

—Hola soy Murphy Reedus y estoy enamorada de la persona a quién le destruiste el corazón —me imita de mala forma. Al terminar se carcajea.

Seamos sinceros: eso suena a algo que diría.

—Uh —me quejo—, de actor te mueres de hambre, Tony.

—Sí... por eso creo que aceptaré la beca. ¿Crees que tenga una posibilidad de decirle a Chloe sin que me maten tu papá y Finn?

Lo medito unos segundos contemplando mentalmente un par de reacciones, tanto de papá, Finn y Chloe, pero en ninguna se salva de una amenaza mortal.

—¿Sabes? Existe internet, no tienes por qué terminar con Chloe, puedes tener una relación a distancia con ella.

Un chasquido se le escapa.

—Ese tipo de relaciones no dudan.

Pienso en Michi y su novio, el amigo de Jax, aunque cada vez que hablo con ella por internet y el foro de Más allá de la Tierra, solo me dice cosas macabras con las que torturaría a su querido novio. En vista a eso, dejando de lado su parte salvaje y morbosa, llevan una buena relación.

—Conozco personas que sí tiene una relación así y siguen viéndose después de años.

—Suerte, nada más.

Gruño colocando mis manos en la reja.

—No seas pesimista...

Un grito furioso llama a Tony. Los ojos marrones de mi vecino adolescente se abren a la par entre el asombro y el miedo. Es su madre.

—Debo irme —informa.

—Ten cuidado.

—Igualmente. Suerte.

Bajo el escalón del bus que me ha dejado en Wall P. Street.

Después de una semana de un relajo externo, mi cojera dada a la costumbre de andar con Denny es casi nula. Mi paso se asimila a la de una persona normal; la independencia por andar sola en las calles y la libertad de salir donde se me plazca que me fue robada en el momento del accidente ha vuelto en gloria y majestad. Ahora lo único que me ata es la incertidumbre por conocer a la tal Sybill Quaid, la madre de Sharick y vieja amiga de Jax.

La calle se ve tranquila. En la lejanía se puede ver parte de las vías del metro. Las casas son todas diferentes, con un enorme antejardín que la nieve cubre. Los autos aparcados son nulos y se nota que es un sitio donde no transitan muchas personas en coche, aún así, alguien o algunos se ha esforzado en limpiar la viena frente a las entradas de la casa y sus garajes. A diferencia de donde vivo, aquí la existencia de arboles es nula, así también los decorativos navideños que le fascinan a Los Reedus. No hay negocios, por lo que se me complicará en el caso de no hallar la casa.

Solo tengo la descripción de Jax; casa amarilla y con flores.

Mis pasos son lentos, atenta a cualquier movimiento y avistamiento de dicha casa. Guardo la hoja con la dirección que anoté después de salir de la conmoción, aquel día en que Denny agonizó en manos del traumatólogo y luego en mano de los trillizos.

Por fin llevo un jean y unas botas, después de una cantidad de tiempo eterna sin hacerlo. Mi abrigo impermeable en caso de que llueva tiene polar en el interior, lo que me hace sentir como un oso polar. Todo mi cuerpo está abrigado, excepto mi cara. Los guantes no me dejan sentirla, pero luce tiesa, congelada. Un chocolate caliente no me vendría nada mal, pero dudo que Sybill me invite amablemente a beber chocolate y sentarme en su sala.

Me cubro la boca con mis manos y reparto un poco de calor interno en mis manos, para colocarlas en mis mejillas. Mi nariz duele con el aire frío y pica. Un ataque de estornudos provoca que cierre mis ojos a la fuerza y detenga el paso para no chocar.

Busco un inexistente pedazo de papel higiénico sin dar con él. Un lamento sale cantando desde lo más recóndito de mis pulmones. Logro conservar la calma y concentrarme en mi búsqueda, mas ésta concluye al descubrir que he parado justo frente a una casa pintada de color amarillo y con el número 551.

La casa es de un piso, no tiene rejas de protección, está llena de flores y plantas secas en el antejardín. Unos arbustos muertos por el frío invierno hacen un caminito hacia la puerta blanca. Por fuera, todo luce mal cuidado, como si no importara mucho darle a los desconocidos una fachada bonita en la que pueden creer que aquí existen personas que se preocupan por la imagen que reflejan.

Trago saliva pues mi garganta se ha secado. Inhalo y exhalo preparándome para dar el primer paso hacia la propiedad y no salir huyendo. La sensación es similar a cometer un delito o encarar al peor de tus enemigos.

En estos momentos me habría agradecido el crear algún diálogo, monólogo, presentación escrita para leer o algo para convencer a Sybill el que se permita hablar conmigo. Mi pecado es venir aquí sin estar preparada. Una semana más de reflexión no sería mala idea, de todas formas estoy a tiempo de declinar y salir corriendo.

Soy curiosa. Necesito saber de una vez por todas quién ocupa el corazón de Jax.

Frente a la puerta blanca con el número inscrito, golpeo pausadamente, saboreando los nervios. Mi mano tiembla al bajarla. La espera me es un pasaje al inframundo.

Cierro los ojos y suspiro, haciendo un preparativo mental como en los tiempos que estudiaba y no gozaba de vacaciones. La calma inunda mis venas hasta que el rechinado de la puerta irrumpe en ellas. Abro los ojos de golpe; una mujer joven de cabello azabache me observa curiosa.

—¿Diga?

—Vengo en busca de... ¿Sybill?

Mi inseguridad en el nombre provoca que la chica se ponga a la defensiva.

—¿Para qué y quién la busca? —pregunta manteniendo su suave tono.

—Soy Murphy Reedus, amiga de Jax Wilson.

El cierre de la puerta es instantáneo. Es el único ruido que causa eco en la calle. Me quedo de pie esperando a que suceda algo, que me vuelvan a abrir. Nada pasa. Cada centésima de segundo me repite que fue una pésima idea venir y mencionar mi honorífico «amiga de Jax Wilson».

Aprieto mis puños debatiendo el quedarme o marcharme. Mi raciocinio no pretende darse por vencido y opta por algo más...

Mucho más ridículo.

—¡Vengo sola, sin él! —grito causando más eco que el portazo. Esa frase me deja sin aliento y sumamente cansada—. Probablemente ni siquiera sabe que estoy aquí...

Bajo la cabeza asumiendo que ya no abrirán, que causé saliva y dinero en vano. Bueno, al menos sirvió para ejercitar mi pierna.

Me dispongo a dar la vuelta y marcharme por donde viven. Una discusión en el interior de la casa capta mi atención y declino la idea, entonces la puerta vuelve a sonar y se abre.

Pero la mujer de cabello azabache no es la que abre, sino alguien más.

—Soy Sybill —pronuncia calmada.

El impacto al verla es obvio, tanto que no puedo disimularlo. Siempre imaginé a Sybill como una mujer pelirroja, incluso como la mujer que tantas veces encontré. No esperaba encontrarme con alguien completamente diferente.

Como dijo Jax, sus ojos son azules y brillantes, similares a los de él pero con una chispa que los hace especiales. Su piel es blanca, pálida. Es alguien delgada, más de lo normal. En sus labios, de una curva muy particular, el rosado no existe. Su nariz es fina y alargada, con un tubo

para respirar que me recuerda al de Hazel. El tubo va desde su nariz hasta sobre sus orejas visibles. No tiene cabello, pero un gorro de lana cubre su cabeza. Sybill anda en una silla de ruedas y viste ropa del hospital.

En el hospital me tocó ver a muchas personas así, pues la quimioterapia les dejó como sello el ser reconocidos a simple vista. El asombro al verlos y la compasión instantánea siempre renacían al verlos, sabiendo que su enfermedad era un tema sumamente delicado y ésta vez, ocurre lo mismo...

No hay dudas, Sybill tiene cáncer.

Vine con la idea de encontrarme con la típica mujer que deshecha hombres a diestra y siniestra, que no tiene corazón y su arrogancia es latente, casi palpable. Pero esto cambia todos los parámetros del prejuicio que me creé sobre su persona.

Sybill hace un gesto esperando a que hable.

—Hola —saludo con una sonrisa destructiva, tan fatal que Sybill lo nota—. Soy Murph, la amiga de Jax.

—Eso oí —Sonríe con gracia—. La pregunta es: ¿qué haces aquí? Dijiste que no vienes de su parte.

Perfecto, ella está haciendo las preguntas.

—Él solo me dio tu nombre y la dirección. Que esté aquí es por él, pero no del todo. Yo... —bajo la voz sintiéndome una idiota—, quería conocerte.

—No hay mucho que conocer de mí además de que tengo mi pase listo para una muerte segura. —Un regañido se escucha desde el interior de

la casa, Sybill agranda sus ojos y los blanquea—. A algunas personas no les gusta el humor negro. ¿Quieres entrar, Murphy Reedus amiga de Jax Wilson? Luces peor que yo.

Otro regañido se escucha del interior, esta vez destapa una sueva risita por parte de Sybill. Asiento metiendo mi mano en el interior del bolsillo de mi abrigo por precaución.

—Siéntete como en casa —habla con la voz relajada.

La mujer de cabello azabache que estaba sentada en la mesa, se levanta para perderse en una de las habitaciones. Cierra la puerta y nos deja solas.

—Teníamos chocolate caliente, pero se acabo —informa paseándose frente al sofá que está a mi lado. Al detenerse, sacude su cabeza—. Siéntate, no seas tímida.

Hago caso solo porque ella me da una sensación de confianza muy extraña. Su voz despreocupada a pesar de su aspecto y la forma de sus expresiones tan confianzudas no me hacen verla como alguien con cáncer, sino como alguien que conozco desde siempre. Si siempre fue así, Jax tuvo muchas razones para enamorarse de su persona.

—Gracias. ¿Quién es la mujer que abrió? —pregunto una vez que mi trasero da con el colchón del sofá.

—Una amiga —contesta— y una de mis enfermeras. Suelen ser dos pero la otra prefiere cuidar a mi hija.

—¿Sharick?

La sonrisa de Sybill se fractura.

—Veo que Jax te habló de ella. Supongo que tuvo que hacerlo para que vinieras aquí. ¿Cómo está él?

Mi cuerpo se tensa y temo responderle. Los celos son despiadados, incluso en estos casos. Detengo el mundo dentro de mi cabeza y reflexiono mi respuesta.

—Está bien.

Una pausa. Una eterna pausa.

"Está bien" no convence a nadie que parece interesarse por la vida de quién pregunta; pero mi egoísmo no me permite decirle más. ¿Qué quiere que le diga sobre Jax? ¿Le hablo sobre nuestra extraña relación? ¿Le saco en cara las cosas lindas que me ha dicho como si marcara mi territorio? Jax puede actuar como un animal, obviamente no lo es. Comportarme como una defensora y tratarlo como de mi propiedad solo demostrará mi inseguridad. Tampoco sé hasta qué punto sabe de él hoy en día. Jax no me dijo nada sobre Sybill.

—¿Sigue estudiando Teatro?

Me desinflo mentalmente. Eso quiere decir que no han hablado y su relación es casi nula. Sharick puede ser lo único que lo ata a ella.

—Repitió Expresión Vocal.

—Oh, escuché de eso. Le pasó por irresponsable...

—Así es él —me encojo de hombros y reímos—. Aunque... —Hago una pausa volviendo a la primera vez que hablamos— lentamente está cambiando. Está madurando a un paso muy lento, pero lo está haciendo.

—Dicen todos le llega su momento, yo soy de las que cree que nunca terminamos de madurar.

Puede que tenga razón. Tal vez la palabra madurar está sobrevalorada o hacemos mal uso de ella. Maduramos por áreas, no en un ámbito más extendido.

Si me detengo en el tiempo y volteo a mirar cómo éramos antes, podemos ver pequeños cambios desde nuestro encuentro en la torre de la universidad hasta ahora, donde ambos nos dimos un empujón dentro de cada área. Quizás Jax no haya cambiado mucho, pero influyó para que yo lo hiciera.

—¿Puedo preguntarte algo?

Sybill alza sus cejas rubias, como el cabello de Sharick, prestándome atención.

—Claro.

—¿Por qué no quieres firmar los papeles para autorizar la prueba de ADN?

Mi pregunta hace que apegue su espalda en el respaldo de su silla. Su rostro pálido y sus ojos llenos de vida sufren un contrapunto que los hace tornar serios y enfadados. El tema de Sharick no parece gustarle, pero no tiene ningún problema con hablar de Jax.

Mueve sus labios en muecas silenciosas. Su mirada baja hasta un costado.

—No pudiste contenerme más, ¿eh? —sonríe de mala gana y yo me sonrojo por mi evidencia. Pasa su lengua mojando sus labios reseco y continúa—. Si no he firmado los papeles es porque sé que mi Sharick es

hija de Jax. El tiempo en que estuvimos juntos y tuvimos relaciones entre mi novio y yo nada pasaba —explica—. Jax no se hará cargo, sea o no sea el padre. Lo sé, y ese es un motivo más para no firmarlos. No quiero que el día en que muera mi hija quede bajo la tutela de un padre irresponsable, que no la desea... Sharick lo es todo para mí. No quiero obligarlo a nada, son mis locas amigas las que insisten en que firme, ¿ya te hablé de las locuras que hacen para obligarlo? Si Jax tiene fama de huir de sus responsabilidades, entonces, ¿qué será de Sharick? Yo solo busco lo mejor para mi hija mientras tenga vida, ¿entiendes? Y hacerlo firmar un par de papeles no lo transformarán.

Un «crack» se escucha en mi interior.

—Estás afirmando que... realmente Jax es el padre. —Asiente en silencio secando una pequeña lágrima que cae de sus ojos azules—. Pero él...

Me detengo por la falta de aire. Es eso o que las posibilidades de mentir y callar la verdad catapultan la demencia interna que llevaba bien oculta. Si Sybill no tiene idea que Jax está dispuesto a ser un padre para Sharick, entonces todo marcharía bien para mí. Él no tendría que estar con Sybill, hacerse cargo de su supuesta hija y vivir una doble vida. Estaría libre de empezar de cero, sin responsabilidades si miento y le digo que Sybill lo engañó y su ex es el padre.

Podría hacer eso y vivir con la carga de una mentira macabra. O decirle la verdad a Sybill, convencerla para que firme, entonces lo que ocurra después quedaría en la decisión de Jax.

Capítulo 46: "Personaje secundario".

Cada uno de nosotros vivimos dentro de una historia. Siempre pensamos o deseamos tener la historia de nuestro prójimo más afortunado, amasamos la idea que los relatos en los libros y las películas nos entregan, sin notar que frente a nuestros ojos una historia vívida yace; una que construimos en base a nuestras decisiones. Así como nosotros coexistimos en nuestra propia narrativa, participamos siendo los secundarios de otra... Tal vez hasta meros extras. O quién sabe, incluso el antagonista.

Yo tengo mi propia historia, donde me determiné en buscar al chico de mis sueños consiguiendo que, en una treta enrevesada, me viese envuelta en el Juan Tenorio de la universidad. Guiándome de las historias que con tanto esmero leía desde la pubertad, supe que entre ambos algo ocurriría si seguíamos juntos. Uno de los dos tenía que caer, y terminé cayendo yo, sin percatarme que su historia no es como la mía, que dentro de la suya soy el personaje secundario.

Podría mentirle a Sybill, decirle que Jax no quiere nada con ella; que sigue siendo el mismo sujeto que huye de sus responsabilidades. Pero las mentiras siempre salen a la luz; entonces me convertiría en la antagonista. En una descorazonada celosa que no se rige moralmente bien. Me adueñaría de una historia que no me pertenece y jamás me perteneció, porque es de Jax y las decisiones que tome para que su historia continúe le pertenecen solo a él.

No quiero ser la mala en esta historia, tampoco la perra sin corazón que quiere al chico para ella. Si tanto me dolió que mamá me dejara,

sabiendo de su irresponsabilidad, lo mejor es que Sharick no pase por lo mismo. Aunque duela cada una de las repercusiones que la decisión de Jax traigan.

—Pero...

Las palabras se atorán en mi pecho y el dolor va en aumento. Es la falta de aire la que me impide hablar y pensar correctamente. Sybill ladea su cabeza esperando a que prosiga:

—Pero Jax está dispuesto a ser un padre para ella. Quiere firmar, pero lo hará si tú lo haces.

—Eso no lo puedes confirmar —objeta sin darme tiempo de resollar.

Aprieto mis puños con disimulo ante la arraigada idea de no decir más. Quedarme callada parece una opción tentadora, pero sumamente egoísta.

—Lo hará —digo por fin—. Yo se lo pedí y me lo ha prometido. Piénsalo, por favor, ¿qué pasará cuando...

—¿Cuando muera? —interrumpe de golpe—. Ya he pensando en eso un par de ocasiones. Si eso llega a ocurrir, cosa que pasará en cualquier momento, mi Sharick quedaría huérfana. Lo sé, las chicas siempre me lo recuerdan, por eso buscan tan desesperadamente a Jax para que se haga cargo de Sharick cuando yo ya no esté. La incertidumbre de saber qué pasará con ella es difícil de concluir, intento no hacerlo...

—¿Prefieres enviarla a un orfanato para que personas desconocidas la cuiden y esté allí durante años viendo como los más pequeños se marchan con una familia? ¡El servicio social no siempre funciona y los orfanatos son terribles! Allá no todo es color de rosa, tampoco acá, pero

si alguien quiere abrirle el corazón a tu hija y lo ha prometido, ¿por qué negárselo?

—Hace mucho que Jax y yo no hablamos —argumenta, haciéndole una señal a la mujer de antes que se asomó cuando subí el volumen de mi voz. Carraspeo avergonzada al darme cuenta que cedí en la desesperación por un segundo—. Sé que es una buena persona, que sus dramas familiares no eran buenos, lo sé. Pero no me asegura que Sharick tendrá un futuro cuando yo deje de ser un cadáver en silla de ruedas, ¿comprendes?

—Nadie puede confirmarte eso —contraataco—. Y sí, Jax es genialoso, tiende a ser alguien loco en ocasiones, pero no es agresivo ni un hombre que anda despreciando a los demás. De hecho es alguien que está dispuesto a perdonar y pedir perdón, a no repetir su historia familiar y cumplir con sus responsabilidades. Quiere madurar y aceptar sus errores, porque sabe que vivir sin amor duele.

Paso el dorso de mi mano por mi mejilla inconscientemente. Es el movimiento de dejarla sobre mi regazo lo que me hace percibir un viento frío golpeando una zona alargada, donde unas lágrimas se van secando sobre mi piel. Trago saliva para disipar el complejo nudo que parece aumentar con cada minuto.

Sybill también se limpia del rostro un par de lágrimas. Su nariz está roja y sus ojos también, lo que me hace fácil identificar que llora.

—Dale una oportunidad para demostrarte que habla más serio que nunca —concluyo—. No lo hagas porque te lo estoy pidiendo, hazlo por tu hija. Por favor, firma la autorización para la prueba de ADN y así comprobar su paternidad; si sale positivo Jax no dudará en hacerse responsable.

Un jadeo se le escapa. Es uno que la saca de sí, como si recién lograra digerir todo. Posiblemente yo también me vi así, tal cual ella está.

—¿Lo prometes?

—Esa fue la condición que le pedí —musito recordando otra vez aquella charla en mi casa, cuando Jax llegó de improvisto—. Y eso fue lo que él prometió.

Salgo de la casa amarilla con un peso sobre mi pecho. Mi cuerpo, ya acostumbrado al calor del interior, se congela al inspirar con fuerza una vez que miro la desolada calle. Un sentimiento extraño se apodera de mí, describirlo no creo que sea posible. Está rozando la angustia, la tristeza y la satisfacción de haber logrado *algo*.

Al cerrarse la puerta tras de mí, camino dejando los terrenos de la casa 551 y volver sobre mis pasos hacia el paradero.

La competencia interna de emociones busca a un ganador, por lo que decido distraerme sacando mi celular para leer los mensajes.

El casamiento por el civil de Finn y Naomi cada vez está más cerca, y como la asiática tiene sus excentricidades, no se ha conformado con una comida para celebrarlo, sino que prácticamente quiere resucitar a todos los famosos para que canten en la fiesta. O al menos esa es la pequeña discusión que se ha firmando en el grupo que hicimos de *WhatsApp*. Ahora, una competencia por coronarse como La reina del spam ha dado sus inicios entre Chloe y Jollie.

Vuelvo hacia el apartado con los chats y deslizo la pantalla hasta dar con la fotografía de Jax y su nombre de contacto, Tu deseo prohibido.

Accedo a los mensajes, después abro el teclado táctil. Espero. Espero poder reunirme de valor, contarle todo lo que Sybill y yo hablamos.

Decirle que llegamos a un acuerdo, que no sé cómo, pero logré convencerla para que firmara. Sin embargo, las futuras posibilidades que convergen mi decisión dejan que la angustia se cuele en mi pecho rematándose como la vencedora.

Sí, dejé que mi corazón hablara. Dejé de lado, una vez más, mi egoísmo para contarle a Sybill que Jax está dispuesto a ser un padre y no repetir la historia familiar por la que pasó. Le conté que él no estaba dispuesto a dejar que Sharick viviera con un padre ausente, así como él no tuvo una madre. Puse mi mejor esfuerzo para decirle que sin ella, Sharick quedaría sola y que el firmar los papeles podría asegurarle un futuro, al menos con alguien que se esforzará en protegerla y quererla.

¿Qué pasará cuando se vuelvan a ver? ¿Resurgirá el amor? ¿Jax seguirá teniendo sentimientos hacia ella? Si eso llega a ocurrir, entonces ¿qué será de mí? ¿Seré el personaje secundario? ¿La extra?

Por todos los libros del planeta, ¿es qué jamás lograré encontrar mi historia de amor? ¿Por qué no puedo conocer a alguien, ser amigos, enamorarnos y casarnos? Oh, claro, esta es la vida real y por la culpa de los libros he idealizado una historia para que la vida real me dé un martillazo en mi roja cabeza y me diga: «no, rojita, usted no conseguirá a su príncipe tan fácilmente».

Gracias, ya lo entendí.

Ya no puedo contar con los dedos de mi mano cuantas decepciones amorosas he tenido. Partiendo por mis amores literarios y los rechazos en la vida real.

Me detengo en el paradero guardando el celular en mi bolsillo, luego miro hacia el nublado cielo.

—Si el que está allá arriba quiere que viva sola y con gatos, solo tiene que decirlo. Me facilitaría el trabajo para que no me esté ilusionando con el amor de mi vida y esas cosas, ¿eh? Solo es una sugerencia.

Y vaya sugerencia.

Un sonoro ruido acercando una tormenta, es lo que obtengo como respuesta. De la nada, tras el gruñido proveniente del cielo, las gotas comienzan a caer. Hoy el sujeto del clima no dijo nada sobre lluvias, por lo que confiada salí sin paraguas.

Me sacudo bajo la lluvia y me pongo la capucha del abrigo impermeable antes que mi cabello relativamente peinado no se convierta en un peinado afro, lleno de rudos y bien redondo.

—Okey, okey —digo, bajando la cabeza y subiendo mis manos en señal de rendición—. Ya entendí, gracias.

Miro la calle. Todo se ha tornado más oscuro que antes. El bus no tiene señal de querer llegar y todo lo que mis ojos ven son gotas cayendo al pavimento.

Me abrazo para conservar el calor de mi cuerpo, entonces el pesimismo de un día extraño me alcanza. Como si mis piernas perdieran, tengo que agacharme y juntar fuerza, mientras mi interior se va desmoronando lentamente. La respiración se me va cortando hasta el punto del dolor en mi pecho. Me cubro el rostro con ambas manos para ocultarlo del mundo sintiendo la necesidad de llorar fuerte, desde lo más hondo de Murphy Reedus.

La chica con agallas y directa también siente y piensa. La chica que quiere demostrarle a todos que está bien, no lo está, porque después de tanto tiempo, cuando pretende abrirle su corazón a alguien más, resulta

que ese alguien tiene un problema y posiblemente otro amor. La chica que buscaba a su amor, terminó siendo golpeada por la realidad; dura y sin miedo a quebrarla. La chica que quería su historia épica, pero terminó asumiendo que dentro de la historia que decía pertenecer su papel solo era secundario, que ayudaría al protagonista a resolver su problema y ya.

Esa soy yo: el personaje secundario en la vida de alguien que ella consideraba el primero.

Cállate idiota y deja tu dramatismo. Todavía no sabes qué pasará a futuro, tampoco si Jax realmente es el padre de la niña. Me deprimes.

¿Estoy sonando demasiado pesimista? Tal vez sí.

Jodido Andrés.

Lo cierto es que aún no sabemos qué siento Jax por Sybill, o qué sentirá cuando la vea de nuevo. Sé que me pidió a mí convencerla para que firmara los papeles, pero sigo convencida que esos no fueron los motivos.

¿Quería decirme que todavía sigue enamorado de Sybill? ¿Quería decirme que solo siente lástima de ella por su enfermedad? ¿Me estaba usando para su propio beneficio? ¿O solo me pidió su ayuda porque soy su *amiga*?

Con tantas preguntas y tanta lluvia moriré ahogada.

Vuelvo a ponerme de pie. El bus hace un cambio de luces. Tengo que fruncir el ceño, tanto como la abuela, achicar mis ojos, ponerme las manos de visera e inclinarme hacia adelante para ver si el transporte es el que me deja cerca de casa.

En efecto, si lo es.

Lo detengo y antes de subir me sacudo. Pago mi cuota y busco un asiento, pero todos están ocupados. Es cuando me fijo que más personas están mojadas que caigo en ese pozo oscuro del razonamiento y la verdad; uno que me dice a gritos que no soy la única con problemas y hay personas pasando por situaciones mucho más complicadas que la de un desamor.

Muy bien, gracias por la lección de hoy.

...

Hoy sábado, antes de despedir las vacaciones de invierno, tendremos una tarde de chicas para comprar vestidos. ¡Estoy super emocionada! — *tos, si claro, tos*— ¡Yuju!

Después de una agitada mañana donde el trío de locas las compras buscaban modelos por internet para el casamiento, yo buscaba distraerme leyendo la saga que papá me obsequió para navidad. Tuve que subir el volumen a mi música ya que Jollie y Chloe no dejaban de chillar sobre los modelos de vestido que les llamaba la atención y Naomi no dejaba de preguntar qué rayos podía usar; se quejaba de los vestidos largos diciendo que no era un monja mucho menos una santa, se quejaba de los vestidos cortos diciendo que no se vería decente. ¿Quién la entiende? Más indecisa no puede ser, pero ¡ay de aquella persona que se lo diga! Salta como leona peleando por su presa. Suerte la mía que yo no padecí sus gruñidos infernales, sino que fue el mismo Finn cuando decidió echarle un vistazo a los vestidos.

Mi búsqueda de un vestido se reduce a que no tenga un escote pronunciado y sea cómodo. Fácil y simple. ¿Por qué querría alguien usar

un vestido que le incomoda? Como siempre digo: es mejor sentirse bien y vestirse bien.

Bueno, creo que esta es la primera vez pero qué más da.

Las cuatro tomamos el bus. Yo no escatimo en dejarle al trío el asiento de la ventana. Chloe se sienta a mi lado, saca su juego portátil y se pone a jugar. Jollie y Naomi continúan viendo vestidos desde el celular de la pelirroja.

—Uhm... ¿qué vestido pretendes comprar? —le pregunta la asiática.

—Uno blanco —responde—, obvio.

—¿Blanco?

La pregunta se me escapa de la nada. Es que vamos, da mucha gracia.

—Por supuesto, como la tradición.

—La tradición era que las novias usaran vestidos blancos —interviene Jollie— porque llegan vírgenes al matrimonio.

—Esa tradición se perdió hace mucho —se defiende Naomi mirando sus uñas—, no es mi culpa. Yo usaré un vestido blanco, punto final.

—Como quieras.

Después de tomar el metro, nos bajamos a una cuadra y media de la primera tienda con vestidos. Desde la vitrina se pueden ver maniqués enseñando vestidos con poses sumamente exóticas y sus cuerpos sumamente delgados.

Naomi abre la puerta de vidrio y la dueña nos sonrío apenas nos ve entrar.

—Oh Dios, pelirrojas y una asiática.

¡Oh por Dios, cuanta diversidad cultural! Por favor...

—Buenos días —saluda la futura Reedus.

—Hola, ¿cómo est...

Una música de ultratumba con violines y una voz de ópera que hela la sangre, resuena dentro de mi bolso. *Lacrimosa*, no es la mejor elección de tono de llamada, pero define perfectamente con sus altos y bajos cómo me siento.

—Lo lamento —digo entre dientes, metiendo la mano al bolso en busca del celular. Una vez que lo consigo, veo que la llamada entrante es de nadie más que Jax.

Rechazo la llamada sin dudarlo.

Hoy no, Tenorio, hoy no.

—Estamos súper —contesta Jollie para matar el silencio por la interrupción.

—¡Fantástico! Pueden hacerse una idea de qué bus-

Lacrimosa ataca otra vez.

Apretó mis dientes mirando hacia el cielo clamando por paciencia.

Esculpo una sonrisa culposa a la mujer y vuelvo a cortar.

Respira hondo, Murph. Inhala, exhala.

Para evitar problemas, silencio el celular dejándolo en modo vibración.

¿Por qué siento que esto ya pasó antes y a causa de la misma persona?

—Estuvimos viendo modelos por internet... Quizás tengas algunos —informa Naomi—. Te los enseñaré.

—Me parece super...

Cierro los ojos en medio de un gruñido. Mi celular no para de vibrar. Finjo demencia mostrando más interés en los vestidos del mostrador, asintiendo con mi mano en la barbilla.

—¿No vas a responder? —pregunta Naomi con fastidio.

—Prefiero pasar.

—¿Por qué? —curioseas Chloe, ladeando su cabeza al mirarme.

—Estamos escogiendo un vestido para Naomi, ¿no? —Esa respuesta es razonable, alguien deme puntos por la coherencia y no decir una idiotez—. Yo también tengo que buscar uno que me quede.

—Tu interés en los vestidos es inexistente —recrimina, cruzándose de brazos como toda una diva—. Oye, mira, no te tortures, ve con él.

—¿Cómo sabes que es...

—Porque te brillan los ojos de estúpida enamorada.

—No lo digas así —me quejo—, yo no soy la que se va a casar. Ya me oyeron, no contestaré.

Apago el celular poniendo fin a los insistentes llamados de Jax Tenorio Wilson.

Sé que sus llamados se deben al mensaje que le dejé después de visitar a Sybill. Estoy siendo una gallina cobarde ocultándome en un fallido anonimato para no dar explicaciones contundentes, pero entiéndanme, después de cumplir mi cometido al convencer a Sybill Quaid para que

firme y escuchar sus motivos, no quiero involucrarme en ese incomprensible lado turbio. Menos ahora que mis (estúpidos) sentimientos por Tenorio ven la luz. Hubiera preferido que todo esto se solucionara antes, donde la disyuntiva por saber qué siente él hacia Sybill y hacia mí no existía.

Supongo que un frío y escuálido mensaje de: «Sybill firmará los papeles, pero tendrá que probarte. Aquí está su número. Suerte.» no le pareció lo bastante detallado. O no captó el mensaje entre líneas que decía: «yo ya no me meteré».

Jax y su falta de comprensión. Ha estado con tantas mujeres y todavía no logra entender nuestro peculiar mensaje; que no dice nada y a la vez dice demasiado.

—¿Qué tal se me ve este vestido?

Chloe sale del probador luciendo un vestido azul eléctrico con un escote en forma de corazón. Sus mejillas están rojas por la espera de nuestra respuesta.

—Te ves divina —elogia la tipa que deja abierta la coja con pendientes que le enseñaba a Jollie.

—Sí, muy curvilínea —agrega Naomi, acercándose a Cuarta para acomodarle el cabello—. Y con un peinado así, mejor.

Sonrío viendo a una confianzuda Chloe girar con el vestido y se detiene de frente.

—Tercera —me llama. La mujer que nos atiende, que aún no se acostumbra a nuestro apodo incluso después de explicarle el porqué, suelta una sonrisilla cargada de mofa—, ¿por qué no te pruebas uno?

No tengo una remota imagen del vestido que quiero, solo que sea sencillo. Recorro con mi mano los vestidos que están colgados sin dar con ninguno de mi agrado. Suelto una mueca de inconformidad, así que, temiendo perder la oportunidad de una venta segura, la mujer —que se presentó como Ruth, ahora que recuerdo— se acerca con la caja de aretes cerrada.

—Yo te buscaré uno ideal para ti.

Doy dos pasos hacia atrás viendo buscar vestidos y pasar de muchos como una máquina. La rapidez con la que agita su mano es admirable, en serio, ojalá yo leyera tan rápido como sus ojos captan los vestidos y cambiase de máquina como ella hace con los mismos.

Sigue su corta travesía hasta detenerse en un vestido corto de color verde esmeralda.

—Este te quedará perfecto; tiene relleno en los pechos y se ciñe a tu cintura.

—¿Ese "tiene relleno en los pechos" es una indirecta? —inquiero tomando el vestido. Ruth se echa a reír.

No importa qué responda, sé qué lo dijo con esa intención. ¿Por qué todos tienen la necesidad de acomplejarme por ser una tabla de planchar?

Entro al probador vecino donde Chloe se cambió. Dejo mi bolso tirado en un rincón y corro la cortina para encerrarme en ese cuartito estrecho. Cuelgo al costado el vestido para darme un rápido vistazo a mi aspecto. Empiezo a desvestirme por el abrigo, dejándolo sobre la butaca, luego la camiseta. Mi torso solo queda con mi feo sujetador con estampados de corazones ya gastados por el uso y el lavado. Resoplo desganada,

descolgando el vestido; lo tomo desde los hombros y compruebo que no está nada mal. Bajo el cierre de su espalda y me lo pongo desde arriba, sintiendo la presión de no poder ver nada y el comienzo de una claustrofobia previa antes de ver la luz. El vestido solo se desliza por mi cuerpo. Hago a un lado mi cabello y sin dificultad me subo el cierre.

Está lindo. Es un vestido de encaje tipo *vintage* que me llega hasta las rodillas. Su cuello es amplio y el escote no es lo suficientemente pronunciado. El relleno es casi inexistente.

Me gusta.

—¡Murph...!

El estrepitoso ruido que emite la cortina al correrse hace que el corazón se me acelere. Una fuerza me obliga a dar un paso adelante, contra el espejo, para no chocar contra la figura de un invasor Jax.

—¿Qué rayos...?!

Me giro incrédula para reprender a Jax y su desfachatez al entrar aquí. Afuera del probador, los chillidos enloquecidos de las chicas queriendo echarlo quedan en la nada misma cuando procedo a asomarme y decirle que esperen un momento.

—¿Por qué no contestas a mis llamadas? —pregunta en voz baja, soltando una mirada que me recorre con incredulidad—. ¿Y ese vestido?

No entiendo por qué siempre nuestras conversaciones son en los lugares más extraños.

Un efímero pensamiento como recordatorio de cierta escena en un ascensor de *Cincuenta sombras de Grey* se me cruza por la cabeza.

Aplano mis labios consumiendo tal escena, pero voy cediendo lentamente al deseo de ser consumida por la adrenalina de un acto ajeno al de una chica decente.

Sacudo mi cabeza disipando cada pensamiento hasta que queda en nada.

—¿Qué haces acá? —pregunto, omitiendo su interrogación.

—¿Qué haces tú acá?

—Hola —saludo—, estoy probándome un vestido. ¿Y tú?

—Fui a tu casa y me dijeron que viniste al centro. Te he buscado por todos lados y te encuentro aquí. Bueno, en realidad vi a tus hermanas y supuse que tú estabas acá.

—Ya me encontraste, dime qué quieres.

La tensión sobre sus hombros desaparece, perfilando a un Jax que no entiende nada. Puedo hacerme una vaga idea de qué quiere preguntar, así que...

—¿Cómo que ella sí quiere firmar? —Lo sabía. Taaaan predecible—
¿Fuiste? ¿Y eso de "probarme" va en serio?

Me vuelvo al espejo bajando la cabeza mientras finjo con mis manos soberbia y un desinterés que quema.

—Eso dijo ella —respondo—, quiere probar que serás un buen padre. Y tú estás dispuesto a ser un padre, ¿cuál es el problema?

—Que tendré que cuidar a una niña que apenas conozco. Y no sé nada de paternidad.

—Ser padre no es algo que se aprenda, solo se hace y ya. Hay ayudantías, podrías ir a la biblioteca. Recuerdas qué es una biblioteca, ¿no?

Desde el espejo lo veo blanquear sus ojos al oír lo último.

—No voy a poder hacer esto solo.

Ahora soy yo la que blanquea los ojos rogando por paciencia.

—Jax, estás bastante grandecito y peludito para hacer esas cosas solo. Eres hombre, actúa como tal y enfrenta esto. —Acomodo su ropa cual madre lo hace con su hijo, él no se queja, sino que parece reflexivo con mis palabras—. Te haces la prueba de paternidad, cuidas de la niña y demuéstrale a Sybill que serás un buen padre.

—Pero te necesito ahí —suplica—, ¿no te das cuenta?

—¿De tu falta de neuronas? —bromeo, aunque eso no hace reír ni a la abuela.

—Que dependo de ti. No puedo hacer esto solo.

El corazón me da un vuelco. Maldigo internamente su nueva habilidad para hacerme chillar de emoción con un par de palabras. La pérdida de cordura cuando se está encaprichada debería considerarse un pecado capital; y la sumisión a éstas pagarse con la muerte.

—Te ayudaré con la niña, pero tú enfrentarás solo lo de la prueba de ADN.

Capítulo 47: "¿Idiota o gentil?"

—Tú eres la persona o más idiota o más gentil del mundo.

Otra vez aquí: atrapada entre los regaños de mi querida amiga Maya, quien no se guarda las cosas y su alma caritativa es casi nula. A veces me pregunto cómo logramos ser amigas teniendo unas personalidades que chocan entre sí y sacan chipas incluso. Supongo que nuestra bella amistad se debe a que ninguna de las dos se miente y siempre nos decimos las cosas, aunque eso traiga problemas. Teniendo esto último en cuenta, no debería ofenderme con su apático comentario tras haberle hecho un resumen de mi corta vida.

Como lo suponía, ella no considera nada cuerdo el que me permita ser de ayuda para Jax cuando, todos sabemos —y creo que ustedes también opinan lo mismo— es algo que necesita enfrentar solo. Pero no puedo negarme sabiendo que necesita de mí y lo haya dicho con tales palabras. Y no olvidemos que me regaló no uno, sino dos libros con la dedicatoria de Mika McFly, *El gato que se enamoró del pájaro* y *Derechos de Amar*. Considerando aquellos minúsculos gestos y sus detalles, ¿cómo podría negarme? Mi deber de heroína para mi historia de amor me obliga a ser alguien de bien, aunque suene tan estúpido como para enterrarme viva.

—Lo segundo.

—¿Lo segundo? —repite con incredulidad, quitando sus manos portadoras de enormes garras pintadas de rosa de su rostro— ¡Vas a salir con la hija de la enamorada de Jax! —Ahora se frota la sien con los ojos cerrados y sus cejas muy alzadas.

—Todavía no sé si continúa enamorado de ella o... le gusto yo.

Esa duda es una carga que necesito quitarme de encima, definitivamente. Ojalá pudiera preguntarle directa y sin pelos en la lengua a Jax. Ojalá. La verdad es que me da un poquito de temor su respuesta, si es que obtengo una a cambio.

—Veamos, Murphy... —Maya me hace introducirme en su juego de psicóloga/paciente, donde la sala de su casa se transforma en una oficina y yo estoy preparada para que me informe, punto por punto, los motivos para encerrarme en el manicomio. Cruza sus largas piernas, con las que podría fácilmente modelar para calzado, apoyando su espalda en el respaldo de su sillón. Yo tengo la necesidad de estirarme sobre el sofá que estoy, pero disuelvo la idea—. Puede que a Jax le gustes, puede que lo de "dependo de ti" sea cierto; ambos se han ayudado mutuamente y él debe apreciarlo tanto como tú lo haces, pero hay una delgada línea que él no tiene que pasar, y lo está haciendo. Si cayó en un plan estúpido para sacar celos y como resultado es padre, entonces tú no tienes narices que meterte en ese asunto.

—¿Por qué? —cuestiono, haciéndome un ovillo sobre el sofá.

—Depender de una persona puede sonar lindo y agitar corazones, pero no quiere decir que sea algo bueno. Ser dependiente de alguien no es para toda la vida, o se transforma en una carga o esa misma persona dependiente termina independizándose, ¿comprendes?

Me desparramos sobre el sofá hasta quedarme como lo haría un paciente en el psicólogo. Mis manos sobre mi vientre se sienten calientes; comienzo a jugar con mis dedos para ocuparme en algo más que asimilar las dos opciones que Maya ha dictado.

—¿No hay más posibles motivos por su actitud?

—Tal vez, querida —se encoge de hombros desligando sus piernas—. Puede que yo sea la equivocada y él tenga buenas intenciones. Quizá necesita cerrar su pasado y te busca en el futuro, por eso esa mañosa necesidad de tenerte a su lado. Solamente lo sabrás si le preguntas.

Rezongamos al mismo tiempo.

—Se lo preguntaré —anuncio, sentándome como las personas decentes otra vez.

—¿Cuándo? ¿Cuándo lo estés ayudando con sus problemas de padre e hija?

—A su debido tiempo.

Me pongo de pie casi de un salto y camino hacia la lujosa puerta de los Holdman. Es domingo y ya es tarde.

—Suerte entonces. Y si Jax te rompe el corazón, sabes dónde encontrar a la doctora corazón experta en amor: Mamá Maya.

Podría jurar que el guiño que acaba de hacer con su ojo sonó con un cómico «tin» de caricatura y el típico brillito se asomó por el rabillo.

Haré oídos sordos a la auto-promoción que acaba de hacerse. No creo que haga falta recordarles las desdichadas citas con los chicos que Maya me presentó; uno bajo, otro ladrón... otro con el fetiche de vestirse como mujer. No, señores, los candidatos que la loquera de turno me presenta siempre tienen un "algo". Prefiero conseguirme una cita por internet en esas páginas de chat que siempre tienen anuncios falsos sobre premios como el «eres el visitante número 5893493848583, te ganaste iPhone 10» o el típico «Mujer soltera cachonda a una cuadra de tu casa quiere sexo sin compromiso».

Oh sí... las maravillas del internet.

Mejor dejen de pensar en cosas absurdas y me preparo para el regreso a la universidad. Oficialmente, mañana, será un lunes alocado y le diremos adiós a nuestras lindas vacaciones de invierno.

El nuevo horario de la universidad es horrible, partiendo por la asignatura de Maquillaje. ¿Pueden hacerse una idea de quién reprobara ese ramo? Acertaron. A menos que el examen final sea cómo maquillarse cual *zombie*, entonces creo que me eximiré sin problemas, no pasaré ni haciendo ayuno y rezando día y noche.

Pero lo dudo.

Se vale soñar.

Después de Maquillaje —que para mi fortuna solo son una hora y media— me toca volar hacia el otro lado del campus al gimnasio para la asignatura de Rítmica (¿eso será como yo me lo imagino?) y luego volar otra vez a la clase de Historia del arte, tenemos media hora libre para entrar a Historia del teatro universal y finalmente Introducción Actuación.

El jueves será el único que podré tener un día relajado —ojo, dije «día» porque los demás saldré tarde— y coincidir con el unineuronal en Expresión Vocal. También podré volver a encontrarme con el profesor Leyton, que hace siglos no sé de él.

La última noticia que Dell hizo de su relación extraña entre ella y Leyton, fue que terminaron siendo amigos con derechos. La loca futura enfermera dijo que las cosas entre ellos ya no funcionaban —y especificó muy bien a qué se refería con "las cosas"—, así que antes de acabar como enemigos y odiarse, prefirieron alejarse. Como la idea fue de Dell,

apuesto mis libros a que en un mes más ya no querrá saber de Leyton y se fijará en otro hombre mayor.

Espero que Leyton no me eche bronca si llega a pasar. Por otro lado, creo que nuestro convenio de profesor y asistente se hundirá como el Titanic con mi nuevo horario.

Necesito salir y buscar un nuevo trabajo.

...

Sentada en mi banco al final de la sala, leyendo el segundo libro de La reina roja y disfrutando del aroma a café emanando desde el vaso polipapel que compré antes de entrar, puedo decir con propiedad que la vida se disfruta con sus pequeños detalles, esos que nos llenan de placer. Como ahora. Agradezco ese toque tan particular que nos motiva cuando las cosas no parecen querer marchar correctamente. O la ansiedad conlleva a odiarnos y odiar el mundo, provocando que nuestro día se vuelva insostenible.

Y todo marcharía genialoso, maravilloso, fantástico y más cosas con «oso», de no ser porque una visita propensa a sacarme de mis cabales, está jugando con mi paciencia.

Bajo el libro, dejándolo reposar sobre mi regazo.

—Jax... —inspiro para no perder la cordura perfilándome en su dirección— Unineuronal querido, ¿puedes dejar de roncar?

Alargo mi brazo para zarandear al único descarado que se atreve a usar su mesa como cama y tiene la habilidad de dormirse en un pestañear. Es como esos sujetos en los programas de televisión que hipnotizan a alguien del público cuando cuenta hasta tres.

—¿Ah? ¿Qué?

El desorientado Tenorio busca una cara familiar en quién sostenerse y reconfortarse, pero parece que la mía solamente lo espanta. Hace un brusco movimiento hacia atrás, saltando con un dramatismo exagerado. Sea broma o no, me cruzo de brazos molesta al notar que una de sus piernas chocó contra mi mesa y desparramó algo de café.

—Si corriste tu mesa para verme perder la paciencia, pues lo estás logrando.

Busco en mi bolso papel higiénico, lo enrolló alrededor de mi mano y lo pongo sobre la mesa.

Un ronroneo se oye a mi lado.

—Suicida, no tienes que actuar arisca cuando ambos sabemos que mi presencia te descontrola el corazón.

—Prefiero tenerte a... —miro la distancia que existe desde su anterior puesto y el mío— ¿cuatro metros? lejos de mí. Gracias y adiós.

Dicho lo último, vuelvo con el trabajo de secar mi mesa. Saco más papel, lo enrolló y dejo sobre la mesa. Es el tacto de la mano de Jax sobre la mía, que me provoca un chispazo, obviándome a quitar la mía. Para no delatarme, tomo mi libro.

—No te enfades. Me sentía muy solito allá, al otro extremo de la sala.

Forma un puchero tan nefasto que da nauseas. No omito la cara de horror al verlo.

—¡Qué bizarro!

—¿Qué pizarrón? —pregunta aparentando una inocencia ajena a él. Mira hacia adelante y abre sus ojos con sorpresa—. Oye, tienes razón, ¡es enorme!

Me río ocultando la sonrisa al bajar mi cabeza.

—Eres peor de lo que pensé —comento, buscando la página del libro donde quedé.

—Otra cosa nueva que sé de ti —pronuncia.

—¿Cuál? —curioso, prestándole interés.

—Me adoras —anuncia con arrogancia. Le doy un pisotón que por poco lo vuelve verde—. ¡Ah! —se queja, volvieron a formar un puchero. Como no tengo cargo de consciencia, sino que disfruto cada uno de mis pisotones, Jax prefiere guardar la compostura y volver a su modo arrogante, coqueto y rebelde—. Que cuando ríes en silencio tu nariz se abre y cierra —confiesa por fin, con la verdad.

¿Cómo Calamardo?

Me cruzo la nariz con ambas manos, sintiendo un rubor asomarse por mis mejillas.

—Eso suena feo.

—Es gracioso de ver... y muy sexy.

Un «pff» por su truco barato se me escapa volando por la boca.

—¿Te parece sexy como se mueve mi nariz?

—Y como muestras tu escepticismo con preguntas obvias. Sigue así y me veré en la obligación de robarte un beso.

Es la llegada de Leyton lo que provoca que ambos callemos; Jax prefiere mirar al frente, mientras yo... bueno, intento que el festín de mariposas en mi estómago se calme. Viendo de reojo que Leyton saluda a unos cuantos estudiantes de la primera fila y se distrae colocando sus cosas en el escritorio, la tentación se apodera de mí.

—Jax... —pronuncio lo suficientemente alto para que el susodicho me oiga pero los demás no. El unineuronal se gira con sus ojos muy azules contrastando toda la visual opaca de la sala, entonces, al percibir que su guardia está baja, pasmo un beso sobre sus labios—. Las mujeres también podemos robar besos.

Una sonrisa de victoria colma mi rostro de felicidades asegurando que ese beso no se lo esperaba para nada.

Es el llamado desde el más allá que ejecuta nuestro corte de alas y nos trae de regreso a la tierra. Jax y yo nos miramos para volver mecánicamente nuestras cabezas hacia la persona que ha dicho mi apellido.

—Reedus —vuelve a llamar Leyton.

—¿Sí?

Oh, no... ¡Otra vez no!

Puedo ver lo que se avecina.

—¿Puedes pasar adelante? —¡Lo sabía!— Y Wilson también. Resuman lo que aprendieron el primer semestre.

...

Mi agitada semana se resume en una Murph sufriendo con maquillajes excéntricos, rítmicas sin ritmos, demostraciones de actuaciones donde mi pudor se ha marchado y dormir en Historia del teatro universal. Ah, y como olvidar ese resumen de toooooodas las clases de Expresión Vocal teniendo a Tenorio como compañero. Y ese «tenemos que hablar» del profesor Leyton después de clases.

El comienzo del fin de semana se reduce en una Murph padeciendo la desdichada, insolente y tan nefasta Ley de Murphy; empezando porque mi búsqueda de un nuevo trabajo se ha ido al retrete con los trillizos robándome el periódico y dándoselo de desayuno al pitbull del vecino. ¿Les mencioné que mis suposiciones fueron ciertas y ya no podré trabajar de ayudante en Clarckson? Si no lo sabían, ahora sí.

Después de quejarme y maldecir internamente —porque si lo hacía en voz alta tendría que poner dinero en el tarro de las groserías— pretendí calmar mis ánimos con un baño de espumas (cortesía de Jollie). Me metí al baño y disfruté un minuto de la gloriosa armonía de todos mis problemas consumiéndose con tal baño, hasta que el peludo, gruñón y apático Rain creyó que era un pájaro en picada y se dio un chapuzón en la bañera para salir arrancando del susto. Con lo obeso que está, prácticamente se llevó toda el agua consigo y dejó todo lleno de pelos.

La persecución del felino fue por toda la casa, literal.

A la hora de almuerzo, unas ricas empanadas de queso, terminé atorándome con la mesa y escupiéndola por la mesa. Mis jadeos de moribunda que presencié su muerte se intensificaron cuando el jugo, que supuestamente me calmaría, causó una comezón en mi garganta trayendo más tosidos.

Mal, muy mal.

Y ahora, mi suerte se reduce en ser la consejera no especializada de Jax.

El momento en que mis neuronas hicieron conexión percatándome que desde cierto punto Maya tenía razón, me impuse ciertos límites para no cruzar. Límites donde pueda concebir que mi lado bueno y mi lado malo formen un equilibrio. Así que, el viernes al escuchar de la boca del mismo Tenorio que firmaría lo papeles y le encargaron cuidar de Sharick, bajo la supervisión anónima de alguien que no se puede imaginar, accedí guardando mi distancia: él y la niña por su lado, y yo con mi celular guardando distancia. Nos comunicaremos a través de mensajes de texto y en casos extremos intervendré.

Jax no quiere darle una mala impresión a nadie, mucho menos a la pequeña. Dijo que sus tratos con los niños no son malos, pero ser una figura paternal para ellos... Seamos sinceros, eso suena raro para cualquiera.

«**Deséame suerte**», leo el último mensaje de Jax. Desde la distancia puedo verlo de camisa celeste, un abrigo gris y pantalones de lona. Se ha obligado a dejar de lado su faceta de chico malo de los 80's para no espantar a la pequeña.

«**Rómpete una pierna**», escribo recibiendo un emoji enojado. «**¿Qué?**»

«**Esto no es una obra de teatro**»

«**¿Ah, no? Pero si estás fingiendo ser alguien decente... Jajá**»

Me busca con sus ojos alrededor del lugar; es una plaza llena de cemento con una estatua enorme de un pájaro. Desde mi distancia prudente, sentada en una banca y fingiendo leer, logro ser testigo del cambio que Jax sufre al notar, a lo lejos la figura de la mujer pelirroja que siempre me topé en compañía de Sharick.

Un nervioso Jax Wilson se guarda el celular en el bolsillo trasero para forzar una sonrisa. Primero saluda a la mujer y luego a la pequeña niña rubia que cuelga de su cuidadora. La niña no parece desconocerlo, mucho menos tener una pizca de timidez. Si pudiera escuchar, aunque sea percibir, lo que el par habla sería una primicia. Sharick suelta la mano de la mujer pelirroja y procede a saludar formalmente a Jax en el tiempo que él extiende su mano para estrecharla. Rápidamente agarro mi celular, torpe y apurada, con el fin de captar aquel gesto terriblemente tierno.

Mi codiciosa fotografía sale corrida, enseñando rostros deformes del trío.

—Será para la otra —digo en voz baja, bajando el celular.

Vuelvo a concentrarme; la mujer pelirroja se despide del dúo plantando un beso sobre la cabeza de Sharick. Jax se queda solo, visiblemente nervioso. Se agacha quedando a la altura de la pequeña, entonces pretende decirle algo, pero la niña niega con la cabeza.

Una mueca de «¿qué hago ahora?» culmina la cara de Jax. La niña comienza a correr a su alrededor riendo mientras él saca su celular.

El mensaje llega casi instantáneamente.

«No quiere ir al parque... Ayudaaaaa»

«Pues llévala a comer al McDonald's, le compras una cajita feliz y verás cómo te amaré por el resto de su vida».

Llámenme Murph "Dedos veloces" Reedus, esposa de Peeta.

Vuelvo a vista al frente. Jax termina de leer el mensaje y le hace la propuesta a Sharick. La pequeña ahora da saltitos de alegría aplaudiendo. Con un ademán, Jax la guía para que salgan hacia la avenida principal, con el conglomerado de personas.

A regañadientes me pongo de pie para seguirles el paso, no sin antes capturar todos sus gestos con la linda cámara del celular.

En la revuelta de personas y el frío, la pequeña rubia de ojos azules eleva su mano buscando la de Jax, pero no la toma, se agarra la manga del abrigo gris. Mi corazón se derrite ante su evidente inocencia, sobre todo al ver que Jax se sorprende y pronuncia algo con una sonrisa más apacible.

Me deslizo sobre la acera hasta que mi seguimiento se reduce a buscar un asiento disponible en las afueras del restaurante. Jax y Sharick están dentro, pero apenas puedo verlos, mi vista se reduce a la ventana donde los niños en el interior juegan.

Refunfuñando, saco mis cosas para fingir leer. Por primera vez creo que el mundo exterior al libro está mucho más interesante, y es que ver a Jax junto a una pequeña vale en oro. Quizá, en su momento, pueda sobornarlo con ello.

No es una mala idea, eh.

Sharick aparece en la ventana subiéndose a los juegos. Jax, de manera difusa, logra verse ayudándola. Aprovecho una vez más el momento para

fotografiarlo procurando que la saliva cual bulldog no se me caiga. La sonrisa de perversión y fascinación no tarda en ver la luz en mi rostro.

Así transcurren varios minutos hasta que Jax y Sharick se sientan dentro de la tienda, en una mesa cercana a la salida. Mi posición puede dar con la espalda de la pequeña y el rostro de Jax.

«Siempre quise que alguien me comprara una cajita feliz :(»

Sonrió compasiva. A mí me compraban una que debía, obligatoriamente, compartir con Jollie.

«Mierda, está llorando. El coso se rompió»

«Pues cambiando con la boleta», escribo con mis dedos flash, intentando ver hacia al interior. Hay tantos gritos, chillidos y lloriqueos que no sé cuál es el de Sharick.

«¡Consuélala antes, hombre!»

Sharick parece callarse y escuchar a Jax. La conversación entre ambos comienza a fluir despacio provocando que una ansiedad por saber qué tanto hablan me inunde. Los ojos de Jax brillan y su sonrisa no se queda atrás. Esa incomodidad del comienzo se desvanece cada segundo. Incluso un antojo reclama unas buenas papas fritas en mi estómago.

Y un sundae no vendría tan mal tampoco.

Oh, eso no estaría mal. Pero antes una foto más.

Mi mano tiembla queriendo subir una vez más el celular y fotografiarlos. Creo que me estoy volviendo una adicta a las fotografías como Kim Kardashian a las *selfies*. ¡Qué horror! Si esto sigue así yo...

—Señorita, venga con nosotros.

Una mano pesada sobre mi hombro provoca que gire delatando una actitud sospechosa que se torna aún más así al comprobar que aquella voz es de un policía.

—¿Cómo? —pregunto en un hilo de voz— ¿Por qué?

—Su presencia está inquietando a los padres y niños del lugar —se une otro policía, ambos con lentes de sol cuando el día está gris y friolento.

O tal vez son yo la que ha comenzado a temblar del puro susto.

—¿Qué? —pregunto con incredulidad, otra vez. Mis palabras son tan desequilibradas como quien camina en una cuerda floja—. No —niego con entusiasmo guardando mis cosas, incluyendo el celular, dándoles la espalda—, estoy comprando.

—Y sacando fotografías —agrega una persona ajena a los policías.

—Yo no... —antes de girarme para refutar sus palabras, un impulso violento me saca del asiento cual almohadón de plumas. Me agarran por debajo de los brazos, pretendiendo sacarme arrastras del lugar— ¡Eh! —chillo— Esperen... Es un malentendido ¡No! ¡No, no, no! ¡Jax...!
¡JAAAAAX!

Mi príncipe azul sin caballo sale del McDonald's a toda prisa para detener el ultraje que los policías están cometiendo contra a mí. Lo veo correr en una cámara lenta mientras en mi imaginación todo luce irreal; su vestimenta de persona común se vuelve en una vestimenta acorde a la antigua, coronándolo con una aureola de oro y su infaltable capa dorada.

El golpe de mi pecho contra la patrulla me regresa a una penosa realidad.

—Es un completo malentendido... —explica Jax. Su voz está cerca—. No la arresten, ella está conmigo. Es un mal entendido —repite.

El peculiar sonido de las esposas al abrirme incitan a que siga defendiéndome.

—¡Exacto! ¡No soy una enferma que le saca fotos a los niños de otros! — (Sí soy una enferma que le saca fotos a la persona que le gusta haciendo cosas poco vistas, pero eso no tiene nada de malo.)—. Le estoy sacando fotos a él.

—¿Por qué? —interroga uno de los policías, creo que es el que me tiene agarrada.

—Porque se ve bastante tierno —confieso—. Además, ¿desde cuándo no está permitido sacarle fotos a alguien? ¡Por Dios!

Mi bolso me es arrebatado. La búsqueda de mi celular logra su cometido en un par de segundo. Al fin me sueltan.

—Enséñenos el celular —me ordena el segundo policía.

Desbloqueo la pantalla y abro la cámara. Mi galería con fotografías de Jax y Sharick. Se las enseño como lo pidieron. La suma de la vergüenza se mece sobre mis mejillas, quiero volverme invisible.

—¿Ven?

Los dos policías me regresan el celular.

—Nada de fotos —advierte uno.

—Nada de fotos —repito, pasando de la vergüenza al enojo.

Gimoteo notando que todos los presentes tienen sus ojos sobre mí. Miro a Jax, quien está aguantando las terribles ganas de echarse a reír. Abro

mis labios para vomitarle y reprocharle que todo esto es su culpa, pero el tironeo de mi manga me interrumpe. Sharick, con sus ojos azules y la inocencia plasmada en su rostro, mi mira batiendo sus largas pestañas.

—¿*Edes* una villana?

No, el sinónimo de mala suerte.

Capítulo 48: "Terror en las profundidades".

Vuelvo a reírme con su rostro derrotado y el aspecto de perro mojado.

—Deja de reír y ayúdame —ladra elevando su mano en mi dirección en busca de ayuda.

Mi ser despiadado y astuto logra interpretar su intención otra vez. Adopto una pose arrogante y altanera, elevando un tanto mi barbilla para mirarlo con superioridad.

—No voy a caer en ese truco barato. Mira, si nadas un poco más te encontrarás con una escalera, ella te ayudará a salir mejor que yo.

Sus hombros y expresión decaen junto con su orgullo. Quiero echarme a reír una vez más, no obstante, una voz ajena a nosotros me petrifica. Mi cabeza anuncia futuros problemas si somos descubiertos; al parecer el unineuronal también, así que toma aire y se sumerge en el agua. Miro hacia la entrada viendo un halo de luz desde el otro lado de la puerta.

¡DESPIERTA O ESTAMOS PERDIDAAAAS!

Mi cuerpo reacciona. Busco la silla más cercana y me oculto del lado contrario a la puerta, agachándome lo suficiente para que, sea quien sea, no logre encontrarme. Cierro los ojos contando los segundos, esperando que los pulmones de Jax tengan la capacidad necesaria para aguantar bajo el agua un poco más.

Al llegar al veinte, abro los ojos y compruebo que la persona al otro lado de la puerta no esté.

No hay nada ni nadie.

—Unineuronal... —llamo acercándome a la piscina—, ya se fue.

Jax sale a la superficie y sacude su cabeza, se pasa las manos sobre los ojos y logra verme con una sonrisa.

—Esto se siente mejor que tener...

—No lo digas —interrumpo sabiendo que el unineuronal es partidario de comentarios con doble sentido, o bien, comentarios netamente explícitos sobre el sexo.

—¿Por qué no vienes a relajarte un poco? —Se saca los zapatos y los lanza hacia afuera.

Observo cómo nada hacia atrás sin problemas y gozando de su broma fallida.

—No quiero terminar mojada —contesto displicente—. Gracias.

—¿Dónde quedó la complicidad? —denuncia en un tono triste.

Me acerco a la piscina envuelta en la satisfactoria sonrisa que mi compañero de Expresión Vocal tiene en la cara. Cuando alcancé a tocar el agua se sentía genialosa. Lo admito.

—Eso debería preguntártelo yo cuando te reías de mí el otro día... ¡Y todo porque creyeron que era una pedófila o qué sé yo!

Se carcajea.

—Ese tipo de cosas solo te ocurren a ti. Eres taaaan especial.

Otra vez la voz ajena a nosotros se hace presente. Esta vez la luz ya está a unos metros de descubrirnos. Miro a Jax preguntando en silencio qué hacer, pero su respuesta se reduce a agarrarme del vestido y hacerme caer al agua.

El frío adormece mi cuerpo y mis pensamientos. Las apuñaladas que siento por todos lados evitan que contenga el aire en mis pulmones por un segundo más. Cierro los ojos con fuerza suplicándome ser fuerte, guardar un poco más de oxígeno en mis insanos pulmones. Es allí que una fuerza me lleva de nuevo a la superficie.

Jax me pega a su cuerpo sujetándome desde la cintura con fuerza entretanto hace un intento por mantenerse a flote. Respiro hondo, tratando de normalizar la escala sube y baja de mi pecho.

—¿Estás bien? —pregunta una vez que busco apoyar mis manos sobre sus hombros.

—Sí está helada —me quejo todavía agitada.

—Pero podemos calentarla —murmura en mi oído.

El escalofrío no se hace esperar. Me aparto de él sin pensarlo dos veces renegando su comportamiento depravado.

—Idiota.

Una sonrisa torcida es todo lo que obtengo. Se pasa un dedo por su labio inferior y baja la mirada hasta mi parte baja.

—Puedo verte todo.

Mi vestido flota en el agua como volatín elevándose con el viento. Con una mano cubro mi parte frontal para que mis bragas dejen de verse.

—¿Y la persona que venía?

—Al parecer se arrepintió y no entró. Aunque conociendo tu contagiosa mala suerte, quizá llegue con cinco guardias, ocho patrullas de policías y tu padre a sacarnos de acá.

Eso suena como algo que me ocurriría.

En silencio me quito los zapatos y los tiro junto a los de Jax. Una sonrisa pícaro se cuelga en mis labios y aprovecho de lanzarle agua mientras se distrae nadando.

—¡Eh!

—Estoy nadando —me excuso alzando las cejas con inocencia.

Ahora la sonrisa traviesa le pertenece a él. Me agarra del vestido atrayéndome en su dirección. Mi pecho golpea el suyo provocando que un jadeo se me escape. Me apoyo en él sintiendo un impulso que me lleva cuesta abajo, sumergiéndonos en el agua fría. Jax me atrapa y alcanzo a abrir mis ojos para observar su difuso rostro hasta que se acerca para besar mis labios. Sus dedos tras mi espalda sensibilizan la zona. Con mis ojos cerrados, entregándome a la placentera sensación que un beso bajo el agua nos da, deslizo mis manos a su cuello, alojándolas detrás.

Es tan irreal la sensación, como si volara a través de las nubes, supliendo a que una poderosa pero delicada brisa me guíe. Solo somos nosotros, nadie más.

Volvemos a subir a la superficie a falta de aire y a besarnos de forma desesperada, como si lo ansiáramos hace años. Me abraza obligándome a reposar mi barbilla sobre su hombro con nuestros pechos chocando entre sí. Para dejar de nadar lo rodeo con mis piernas, aferrándome con fuerza a su cuerpo. Él acaricia y también se apoya en mí. Un aire tibio choca en mi cuello.

—Te quiero, Murphy Reedus—susurra—. Tenlo siempre presente.

Capítulo 49: "Un día más".

A tres días del martirio que conlleva ser una persona soltera en ese día especial para todas las personas felizmente enamoradas, la segunda descendiente de los Reedus ha demostrado su lado más histérico, fastidioso y chillón. Caminar ya no le basta, con lo macabra que se ha puesto, podría andar por las paredes como la niña del exorcista sin dramas.

Papá no se queda atrás buscando y preguntándonos qué regalo le gustaría a Saya.

Entiendo que salir con alguien para San Valentín es sinónimo de «tengo que regalar algo para demostrarle a mi pareja que la amo», lo que no entiendo son los motivos que tienen para alterarse y alterar el humor de todos los demás. Quizá no logro entenderlo porque nunca he salido con alguien y en mis diecinueve años robando oxígeno he pasado el 14 de febrero en mi casa, consumiendo todo lo de la nevera, viendo televisión y despotricando a esas personas que tanto empeño ponen para manifestar su amor cuando eso pueden hacerlo todos los días. Digo, ¿por qué tiene que ser el día de los enamorados y no los otros? ¡Esas cosas hay que decirlas siempre!

Sonaré como una amargada, pero ese día deplorable es mero invento de los empresarios para llenarse los bolsillos. Así como las demás celebraciones, excepto Navidad; esa fecha se justifica y además me gusta. Cero reproches.

Mis planes consisten en ver una maratón de alguna serie —que no tenga nada que ver con amor, ejem— con una bolsa de papas fritas encerrada en mi habitación, oculta del mundo y toda luz que provenga desde el

exterior. Y sola, obviamente, con mi amargura. Específico esto último ya que muchos solterones desesperados le han añadido un singular honorífico a aquel desastroso día.

El día del amor y la amistad. ¿Les suena de algo?

No quiero justificar mi soledad y sentirme más querida estando con mis amigas. Además, ¿quién querría pasarla conmigo? Todas tienen novios y Maya siempre consigue alguna cita con sus amores de internet.

A mí no me engañaran. El 14 de febrero es un día más, tan así que ni siquiera es feriado.

«¿Tú y yo el día de los enamorados?»

A menos que un mensaje sugerente cambie todos mis aburridos planes.

Me arrastro hacia fuera de la cama tratando de desenredar las sábanas de mis piernas. Apoyo mis manos en el piso alfombrado y emprendo el recorrido hasta la puerta avanzando como un gato muy perezoso.

—¡Jollie!

Logro ponerme de pie y miro por encima de mi hombro el desastre que deje en el camino.

—¡Jollie! —vuelvo a llamar caminando por el pasillo. Llego a la escalera y bajo los escalones de dos en dos para llegar más rápido al primer piso.

Chloe está sentada en el sofá junto a la ventana, escuchando música y tarareándola.

—¿Ocurre algo?

Jollie aparece desde el baño arreglándose su largo, cuidado y rojo cabello.

La segunda y la cuarta Reedus están muy arregladas para una salida al minimarket que planificaron después del almuerzo, y de la cual, por cierto, yo salí excluida cuando mi interés por el 14 de febrero era tan insuficiente como lo es la probabilidad de que a Dolores Umbridge le agrade Harry Potter. Pero ya que he recibido un peculiar mensaje de una persona peculiar, mis planes han cambiando.

Sé que me deben estar llamando hipócrita por suspender mis hermosos, hilarantes y dinámicos planes —tos, sarcasmo, tos—, lo sé. Solo pido que se pongan en mi lugar. ¿Realmente le dirían que no a la persona que les gusta si les invita a salir? Hay que ser muy idiota para negarse a tal cosa. Yo soy una tonta, pero no a tal punto, por eso acepté dichosa la invitación.

—¿Qué le comprarás a Spencer para San Valentín?

—Un chocolate.

Mis hombros se bajan de sopetón al escuchar la respuesta de Jollie.

—¿Un chocolate? ¿Solo eso?

—Un chocolate hecho con amor por mí —explica posando una mano sobre su pecho—, eso tiene más significado.

Miro al cielo sin poder creer su aclaración.

—¿A ese regalo llegaste después de actuar como un demonio? — reprocho sintiéndome más arrugada de lo acostumbrado.

—No le digas nada... —sugiere Chloe, con uno de los audífonos entre sus dedos— por nuestro bien.

Una mirada desafiante se apodera de la fachada de chica buena que Jollie siempre trae consigo.

—La intención es lo que cuenta —se defiende la segunda Reedus moviendo su cola de caballo hacia atrás como toda una diva—. ¿Te unes o no?

La pregunta va dirigida a mí. Por algún motivo siento como si la decisión fuese de vida o muerte, como si estuviera eligiendo a qué facción unirme.

—No sé si a Jax le gusten los chocolates... —digo finalmente, estirando mis labios más de lo normal, gimoteando con timidez—, pero no se me ocurre nada más.

Antes de encogerme de hombros, la pesada mano de papá detiene mi gesto.

—Un momento —dice con voz gruesa y áspera. Al girarme compruebo que tiene su frente arrugada y la expresión severa—. Tú de acá no te mueves, estás castigada.

Mi cabeza va a parar tres metros más atrás de mi cuerpo. Me recompongo moviendo mis hombros, papá me suelta y alza sus cejas al ver mi rostro de consternación.

—¿Castigada? ¿No estoy bastante grande para que me castigues?

—Mientras vivas bajo mi techo puedo castigarte todo lo que quieras. Y te recuerdo que aún no cumples veintiún años.

La sonrisa socarrona en sus labios no se hace esperar. Se cruza de brazos, viéndose como el jefe déspota y malo que siempre relatan en libros de sujetos empresarios y desdichados, porque si estamos hablando de libros de romance... Uf, esos están llenos de secretarias o trabajadoras de puestos bajos que consiguen llamar la atención de su apuesto jefe y él le propone algo que no dejará de ser extremadamente tentador. Aunque claro, la vida real no es así y una lectora apasionada vive creyendo que, a la hora de buscar trabajo, se encontrará con un jefe así.

Un motivo más para culpar a los libros.

En fin, creo que me desvié del tema.

—Solo iré con mis hermanas a comprar cosas para hacer chocolate — expongo tratando de ser la niña buena de hace años, esa que conservaba su inocencia lejos de los libros.

—Sí, papá —interviene Jollie colocándose a mi lado en forma de apoyo—. Es una actividad entre hermanas.

Papá da un paso. No sé si yo estoy más pequeña y encorvada o él está usando zancos, porque se ve como un gigante; extremadamente intimidante. Me paro derecha, contemplándolo como a un edificio de mil pisos. Automáticamente trago saliva ante su imponente altura.

—Te quiero aquí antes de las 19:00, Tercera —advierde señalándome con su dedo de Shrek—. Será tu pago por lo que ocurrió en la fiesta de tu hermano.

Un choque caliente se agolpa en mis mejillas y me lleva a la noche en la piscina con Jax.

Si de noches especiales hablamos creo que esa fue una de ellas; todo tan místico, lleno de sensaciones candidatas a perder la cordura, la diferencia entre besos, la exploración de nuestros cuerpos en el agua, esa extraña paz que se mezclaba con el deseo de unirnos para fugarnos del mundo... Todo se sentía tan especial que me prometí no olvidarlo mientras nadaba en esa piscina protegida por los brazos de Jax. Por fin actuábamos como personas normales que no temían demostrar sus sentimientos. Personas razonables que pretendían enloquecer de amor.

Hasta que la profecía de Jax se cumplió. O una parte de ella.

Un sujeto de negro que al costado derecho de su chaqueta tenía cocido el logotipo del hotel, llegó portando una linterna para sacarnos a gritos de la piscina. La indignación no se hizo esperar y, cuales niños pillados infraganti haciendo una travesura, esperó a que saliéramos de la piscina, muertos de frío, y nos escoltó de regreso a la sala de eventos. La música se detuvo, el animador dejó de cacarear como gallo por la mañana y todos nos prestaron atención. El rostro de decepción que se dibujó en papá podría ser el próximo meme de las redes sociales.

Resumiendo todo: a los ojos de papá soy una adolescente pervertida que tiene complejo de pez.

—¿Crees que con un paquete alcance para el molde?

Comparo la bolsa de chocolate y el molde con forma de corazón que Jollie tiene en su canasto. Asiento sin tener la menor idea. Jollie sonrío orgullosa de su elección y echa la bolsa con chocolate al canasto.

Reafirmo el agarre del mío quejándome mentalmente de los pocos carros que hay en un supermercado. Emprendemos nuestro camino hacia la

comida refrigerada. De reojo noto que Chloe no lleva nada. Me paro de golpe sintiendo cómo el canasto de Jollie se entierra en mi espalda.

—¿Tú no le harás nada a Tony? —le pregunto a la cuarta frotando mi espalda mientras Jollie se echa a reír.

—No sé... —responde la menor esquivando mis ojos— Estamos enojados... —resopla con impaciencia—. Okey, solo yo estoy molesta.

—¿Por qué? —curioseas Jollie desde el otro lado de Chloe.

—Va a aceptar una beca que lo lleva a Narnia —Me río—, lo que significa que al salir de la universidad él y yo será igual a nada. Game Over.

Jollie y yo negamos con la cabeza.

—Tan pesimistas... —suelto escueto—. Pueden verse y seguir en contacto con la magia del internet.

Una sonrisa de comercial se forma en mis labios. Una realmente falsa.

—Sí... —baja la cabeza mirándose los pies—, pero no será lo mismo.

—Entonces atesora los momentos hasta que ese día llegue.

Con las últimas palabras dichas, Jollie le guiña un ojo a Chloe. Sonrío al recordar que yo también dije lo mismo para el año nuevo.

Recorro el pasillo con el fin de alejarme del ajetreo que Chloe y Jollie están armando escogiendo qué comerán para la cena de hoy. Lejos de hacer yo el ridículo, acepto mi pequeña y simple libertad fingiendo no conocerlas, aunque eso sea imposible pues nuestro color de cabello y rostro nos delata.

Me detengo frente a una oferta de cereales y leche, entonces una sombra cubre la luz de mi espalda. Volteo encontrando a Margary a mi lado, sonriendo con un misterioso dejo de orgullo y dulzura.

—Murph, hola.

—Hola —le regreso el saludo sin saber qué hacer; si darle un beso en la mejilla o mantener la distancia—, ¿cómo va todo?

—Muy bien —contesta entusiasta—. Haciendo las compras del mes, un poco tarde claro. ¿Y tú?

Desde la última vez que nos vimos luce más cansada, pero conserva ese toque familiar que me llena de nostalgia.

—De maravilla —respondo—, estoy comprando... —miro mi canasto— cosas. Viene con mis hermanas.

—Hace siglos que no las veo. —Las busca y al no dar con ellas vuelve a centrarse en mí—. ¿Ya entraste a la universidad? ¿Qué tal te ha ido?

—Todavía no me acostumbro a mi divorcio —señalo mi pierna donde antiguamente estaba Denny. Margary se echa reír—. Después de tanto tiempo de vacaciones todo es un desastre con los nuevos ramos y eso...

Aprieta sus labios ladeando ligeramente su cabeza con compasión.

—Oh... Esfuérate mucho y conseguirás resultados —me da dos palmaditas tímidas en el hombro—. Espero que algún día vayas a comer de nuevo, estoy aprendiendo nuevas recetas, me volví una adicta a los programas de cocina. —Baja su cabeza hacia mi canasto. Hago un intento por ocultar el paquete con chocolates y el enorme molde de un corazón flechado. Sí, todo muy cursi—. ¿Eso es chocolate?

—S-sí —balbuceo sin comprender por qué me siento tan cohibida de pronto—, vamos a preparar chocolate... para el día de los enamorados...

—¿Te doy un tip? —pregunta con interés acercándose más de lo normal. Su olor fraternal me trae ligeros recuerdos—. No regales un corazón gigante si pretendes que él lo coma, hazlo como los bombones, guárdalos en una bolsita o créala tú con papel celofán, así no deja el chocolate a medio comer.

Eso suena razonable.

—Tomaré el consejo.

—¡Genialoso! —Creo que estallará de felicidad— Te deseo un hermoso día de San Valentín.

—Gracias...

Su mano toca con delicadeza mi mejilla, acariciándola con cierta pena y temor al rechazo apagando mis palabras de agradecimiento.

—Me hace muy feliz verte —confiesa—, y ser de ayuda.

...

Hace cuarenta y cinco minutos que Jax debería estar aquí y no hay rastro de su fea cara. Cuarenta y cinco minutos de tortura, viendo a parejas tomadas de la mano y paseándose con una felicidad que me hace enfurecer. Juro que vi veo a una pareja más besuqueándose frente a mi nariz voy a lanzarles la *maldición cruciatus*, para que se retuerzan en el suelo húmedo del dolor, entonces yo me reiré con la típica carcajada malvada que todos los villanos necesitas, obligatoriamente, tener.

¿Por qué siempre que voy a citas soy la primera en llegar? Cole también lo hizo en una cita.

Lo malo de todo no es la espera. Vamos, todos puedes tardarse unos minutos en llegar; pero si alguien te ve arreglada, luciendo como una persona decente, oliendo a flores y maquillada como artista en la alfombra roja, se dará cuenta que te han plantado.

No hay humillación más devastadora que ser plantada y las personas se percaten de ello. Mucho peor si eso ocurre para el San Valentín.

Mientras pretendo leer un menú gourmet que un sujeto le repartía a las personas que transitaban fuera de la pastelería, cuento los segundos que le restan a mi paciencia.

Un minuto más y me largaré para retomar mis antiguos planes.

Busco mi celular dentro de la cartera y veo la hora. Son las 19:35.

—Voy a matarlo.

—¿A quién?

El sujeto a mi lado en la banca baja el periódico y enseña su rostro. Los inconfundibles ojos azules no podrían pertenecerle a ningún hombre más. Jax sonrío con arrogancia dándome un beso en la mejilla que me saca del desconcierto. Había notado que alguien se sentó a mi lado, pero jamás pretendí descubrir quién era.

—Eres un asno, Jax.

Golpeó su hombro y luego me levanto de la banca.

—Así te encanto, cariño.

Si esa arrogancia fuera comida no habría más hambruna en el mundo.

—No te aproveches de la situación, *cariño* —le regreso la sonrisa—. Yo nunca dije que te quisiera.

Extiende su mano y tironea de mi falda juguetonamente. Pongo mi pie sobre su zapato en forma de amenaza. Su sonrisa desaparece al instante. Con esa muestra de respeto me doy por pagada, así que abro mi bolso y busco el regalo que le hice.

No soy una chef experta, mucho menos catalogo para los programas de televisión sobre cupcakes; sin embargo, para ser la primera vez que «hago» (porque solo consiste en derretir el chocolate y verterlo en un molde) chocolates no me han quedado mal. Tuve que luchar y emprender una oración para que los pequeños chokolatitos quedaran perfectos. Eso son mencionar lo torturante que fue la decoración de los chocolates.

Después de pasar varias horas sufriendo junto con Jollie y Chloe, mis bombones quedaron lindos a la vista y de buen sabor. Después de la decoración, puse los bombones en papel celofán rojo, uní las puntas e hice una bolsita que amarré con cinta blanca. Ya con los bombones envueltos, metí la bolsa dentro de una taza que compré en el mismo supermercado con la frase «Mi amor perdurará en el tiempo».

Sí, lo sé... No es el mejor regalo, pero algo es algo.

—Ten. Tu regalo.

Jax alcanza la taza. Examina el interior abriendo sus ojos con sorpresa al ver la bolsa roja con los chocolates.

—¿Los hiciste tú? —pregunta con asombro.

—Pruébalos; si te gustan diré que sí los hice, si no... diré que los hizo Jollie.

Niega con la cabeza riendo. Ahora examina la taza.

—"Mi amor perdurará en el tiempo" —lee en voz baja. Algo en mí se tensa y espero que se burle de la cursilería que sale escriba, pero, increíblemente, no lo hace. Gira la taza para ver el otro lado y frunce el ceño—. ¿"Feliz día mamá"?

—Omite eso, no me fijé que era una taza para el día de las madres hasta que llegué a casa.

—Y la flojera fue más grande como para ir a cambiarla, ¿no?

El unineuronal puede ser muy despistado y un asno la mayor parte del tiempo pero admito que me conoce.

—Soy culpable —confieso encogiendo los hombros.

Jax se flexiona a un lado y mete su mano al bolsillo derecho de su chaqueta.

—Esto es para ti —informa haciéndome entrega de un pequeño regalo.

Son hojas con forma de corazón afirmadas entre sí con dos corchetes. La portada roja reza «Cupones validos solo por hoy» escrita con plumón negro. Adentro, hay ocho hojas con diferentes "cupones".

- Se canjea por un abrazo.
- Se canjea por comida gratis.
- Se canjea por un chiste.
- Se canjea por un piropo.

- Se canjea por un baile (puede ser sensual).
- Se canjea por un beso.
- Se canjea por un secreto.
- Se canjea por 20 cosas que sé de ti.

Parece el regalo de un niño para su madre, incluso la caligrafía es como la de un niño. Omito preguntar si se lo robó a alguien más o de verdad lo hizo él, mas abstengo las ganas. La sonrisa de boba no me la puede quitar nada ni nadie.

Entre todos los regalos que alguien pueda recibir este es el más feo y tierno.

—Creo que usaré este ahora.

Saco el quinto cupón y se lo enseño. Jax lo recibe expectante y se desinfla al verlo.

—¿Hablas en serio? —pregunta levantándose con pesadumbre.

—Estoy esperando... —canturreo cruzándome de brazos.

—Bien. No vayas a salir huyendo, eh.

Se frota detrás del cuello, retraído y me regresa el cupón. Mirando hacia todos lados, probablemente atestiguando que no haya algún conocido cerca, comienza a mover sus brazos al aire tarareando You Should Be Dancing. La Onda disco se va apoderando de su cuerpo, se suelta indiferente a las miradas de los curiosos que pasan. Algunos se ríes al verlo y otros imitan sus pasos en forma de burla.

Entre risas, lo tomo por los hombros para que se detenga.

—Lindo pasos, Travolta.

—Te quedan siete cupones —advierte sofocado.

—No importa, ya me vengué de tu irresponsabilidad. ¿A dónde iremos?

—No lo sé —vuelve a la banca, abriendo los chocolates—. Pensé que tú habías planeado algo.

—Yo pensé que tú planeaste algo, fuiste el de la sugerencia.

Alza su vista y me mira con aburrimiento.

—Tú eres la que lee y sabe de cosas cursis, yo no. —Abro mis labios para excusarme en las múltiples citas que siempre le veía en la cafetería, pero se apresura a mis palabras—. Eso no eran citas, solo charlas y luego charlas en la cama.

Asno.

Opto por sentarme a su lado. De reojo veo como abre la bolsa con mis chocolates; saca uno y le da una mordida.

—¡Uhm...! —Se gira conmovido a tal punto que el color se borra de su cara— ¿No tienen veneno, verdad?

—Si quisiera matarte ya lo habría hecho.

—Opino que uses el sexto cupón y así saber que no hiciste chocolate con veneno.

Blanqueo mis ojos buscando el sexto cupón.

«Se canjea por un beso»

—Prefiero guardarlo para más adelante. —La sonrisa coqueta entenece su rostro de chico malo. Mi corazón se permite latir con fuerza y todo mi ser suspirar mentalmente—. Creo que ocuparé el segundo.

Saco el segundo cupón y se lo entrego. De un salto Jax se pone de pie y se acerca, achicando sus ojos.

—Yo elegiré el lugar —susurra—. Te quedan seis cupones.

Me pregunto qué pasará cuando los cupones se acaben.

Capítulo 50: "Cada parte".

Jax para la moto afuera de un restaurante chino llamado Mai Lan Fan. Baja quitándose el casco y colgándolo en el manubrio, luego me ayuda a bajar.

Me quito el casco, contemplo el restaurante.

No tengo una vasta idea sobre citas en la vida real, ustedes saben por qué, tampoco conozco los misterios o los pasos que tienen que tener excluyendo los puntos que cumplir en las citas que tuve en Los Sims 4, por lo que estar sentada en una mesa frente a Jax me cohibe un tanto.

Siendo Tenorio el experto, se dedica a hacer el pedido. Encarga una porción de wantanes, arroz, carne mongoliana y rollitos de primavera. Soy tan inexperta en todo esto que jamás he probado los wantanes, si mi memoria no me falla.

—Elige otro cupón —sugiere mientras esperamos en la barra.

Busco en mi bolso el librito con los cupones y los releo. Uno de ellos me provoca una mueca y lo saco con cuidado, procurando que los demás papeles no se suelten. Una vez en mis manos, guardo los cupones restantes y le enseño el que escogí.

—A ver... "Se canjea por un chiste" —lee y achica sus ojos mirando hacia un punto fijo, buscando con qué chorrada salir—. Tengo uno, pero hacerte reír es difícil.

—Fingiré que está bueno. —Esbozo una sonrisa similar a la de Barbie. Jax frunce los labios y con sus manos aplasta mis mejillas para arruinar mi perfecta sonrisa—. Me reiré, lo prometo.

Lentamente baja sus manos dejando mis mejillas sensibles y rojas.

—¿Qué le dijo un jardinero a otro?

—¿Otro qué?

—¡Jardinero! —exclama con histeria— Arruinaste el chiste.

Chasqueo la lengua mirando al frente, ignorando su mirada de niño reprochándole a su madre el que no le haya comprado un juguete.

—No me culpes, tú no sabes contar chistes.

Siento su mirada atornillando mi cabeza. Es una de esas miradas que no sé cómo interpretar. Empiezo a inquietarme por fin atreviéndome a mirarlo.

—¿Qué? —le pregunto desafiante.

—Tenía un chiste tan bueno que se te iban a caer las...

Cubro su boca antes de que lo diga.

—Voy a matarte si lo dices. —Se echa a reír fuerte y claro llamando la atención de los presentes. Refunfuñando como la anciana amargada que soy, saco los cupones y quito el cuarto de ellos—. Canjeo este cupón ahora mismo.

Suspiro por la nariz cual toro molesto. Podría echar humo.

—¿Un piropo?

Lo medita.

Lo medita.

¡Y lo sigue meditando!

—¿Si no tienes nada lindo que decirme para qué lo pusiste en el cupón?

Abre sus ojos con asombro y niega con cabeza y manos.

—No, no, ese no es el problema.

—¿Entonces cuál es?

—Es que no hay piropos que basten para una persona como tú.

Una sonrisa temblorosa es el resultado al que llego comprendiendo que caí en las enrevesadas redes de su pequeño juego al hacerme creer que no tenía un piropo para mí. Estaba llegando a una resolución errónea y en los vanos celos al recordar todos esos métodos y palabras cursis que les soltaba a sus víctimas. Sin embargo, el unineuronal tenía su as bajo la manga. No hay mejor piropo para una chica que hacerla sentir como alguien que sobrepasa las barreras de lo común.

—Pensé que soltarías un piropo típico de camionero —confieso por lo bajo.

—Eso es lo que esperabas —dice triunfante—. Pero si quieres uno...

—Paso. Gracias.

Su cuerpo se pega al mío. Puedo sentir el intercambio de calor.

—Te quedan cuatro cupones —musita en mi oído causando que la gravedad de mi cuerpo se aligere y pretenda estar en el cielo.

Da dos pasos al lado; el chino que nos atendió llega con las cosas que Jax pidió. Enseguida mi estómago se cree en el derecho de exigir alimento. Con una seña, sigo a Jax hasta una mesa junto a la ventana.

Lo primero que pruebo son los wantanes, luego los rollos.

—No está nada mal... —comento degustando el singular sabor a verduras que quedó en mi boca.

—La comida china es la mejor. Lo malo es que si comes demasiado terminarás odiándola, por eso prefiero no comerla siempre.

Esa es la desgracia de la rutina.

Jax luce feliz y orgulloso de la gran elección que hizo. Verlo tan animado me da algo de ternura con voraces deseos de agarrarle las mejillas y moldearlas como si fueran de plastilina.

—Me gustaron los rollitos.

—Prueba esto —me acerca el tenedor de plástico con un trozo de carne y la acerca a mis labios. La observo antes de abrir mis labios y aceptar su ofrecimiento—. Es rico.

Saboreo la carne y su sabor a soya con verduras. No está nada mal, pero no es lo mío.

—Prefiero los rollitos.

Obtengo como respuesta una mirada aburrida y su lengua como insulto. Busco otro wantán y lo unto en la soya. Jax pincha otra carne y lo acompaña de arroz, pero antes de meterlo a su boca abre sus ojos como plato y sonrío como un demente.

—¡Ya sé dónde ir!

Jax guarda todas las cosas dentro de la bolsa que el chino nos dio y me agarra del brazo arrastrándome hacia la salida. Apenas puedo preguntarle qué rayos le pasa y dónde pretende llevarme pues cuelga la bolsa con comida china en el otro lado del manubrio y me pone el casco,

sin mostrar interés en mi rostro confuso. Lo sigo con los ojos, estudiando su recorrido, viendo cómo guarda la comida en el maletero de la moto y procede a resguardar su cabeza en el casco que dejó colgando.

Se sube, saca las llaves, enciende la moto.

El motor ruge con tanta fuerza que el frío recorre mis espaldas advirtiéndome que vamos a salir disparados a una velocidad temeraria. Me apronto en aferrarme a Jax para no salir volando e ir a parar en Marte.

El tiempo se anula en suplicas al cielo para que nuestro destino llegue pronto, y por supuesto que llegue viva con todas mis extremidades. Refuerzo el agarre con una frenada escandalosa y chilló en mi interior, que a gritos me advierte que es el final de mi vida.

Pero no.

Jax se detiene después de interminables, macabros e insanos minutos que amonestaban con ser los últimos. Trago saliva reuniendo el valor de abrir un ojo y contemplar lo que yace exterior al casco.

—¿Es un... cementerio?

Me quito el casco lentamente, sintiendo cómo la sangre se me va enfriando. Frente a mis ojos la puerta doble de hierro oxidado rechina con el remezón del viento tenue. A los lejos puedo ver las lapidas blancas reposando en el mojado césped del lugar.

El aura huele a muerte, literalmente hablando.

—¿Qué pasa? —me pregunta Jax al bajarse. Su sonrisa llena de mofa se amplía al verme— ¿Le tienes miedo a los muertos?

—No —vuelvo a tragar saliva—, pero... —mi lengua quiere trabarse y las palabras temen salir. Reúno valor— ¿no es un poco tétrico pasar San Valentín aquí?

Jax se ríe quitándome el casco de mis manos.

—Tranquila, este día y muchos más arman una especie de autocinema para los más osados. —Ahora me agarra por debajo de los brazos y me baja de la moto como si no pesara nada—. Solo ponen clásicos y hoy seguro que una película romántica.

Frunzo el ceño recorriendo el largo sendero que hay en el lúgubre cementerio.

—Pero estar entre lápidas...

—Más espectadores —bromea, aunque yo no le veo la gracia.

La consciencia me remuerde y mis ganas de salir corriendo van en aumento; sin embargo, el tacto de su mano en la mía, invitándome a entrar hacen que despierte del letargo. Pestañeo dispuesta a objetar una vez más lo mal que suena pasar el día de los enamorados en un cementerio y «solos», pero dos parejas nos saludan con un ademán y entran sin preocupaciones.

—No me gustan los cementerios —gimoteo aferrándome al brazo de Jax. Nos estamos introduciendo a los tempestuosos terrenos—. De niña me traumé con Thriller.

Es irónico que los papeles de Thriller y nosotros sean los mismos: la chica aterrada y el chico que goza de la noche. Solo falta que Jax se ponga a cantar y bailar... otra vez.

—*¿It's close to midnight and something evil's lurking?*

—Shh... no empieces a cantar —ordeno apretando con fuerza su brazo—. Voy a usar el cupón que se canjea por un secreto.

—¿Qué clase de secreto quieres saber?

Mi mente se detiene a varios pasos más atrás. Hay tantas cosas que quiero... no, que necesito saber de Jax Wilson que no sé por cuál empezar. Es un hecho que algunas facetas de Jax no han sido exploradas y no lo conozco tanto para saber los detalles básicos que lo conforman. Por otro lado, todos tenemos secretos y la persona en la cual me estoy aferrando tiene muchos más, pero... ¿cómo preguntarle por todos? No podría. En una situación así, lo que me queda es preguntarle en su ámbito romántico, suplir a mis interrogantes sobre Sybill y él, saber si todavía siente algo por ella.

Viendo cómo se pone al hablar de ella... Mejor irme por lo simple, no quiero que esta noche se arruine.

—Un secreto... Ya que estamos en un cementerio dime cuál es tu mayor miedo, además de "querer demasiado".

Hace un sonido con la boca que amenaza mi pobre y asustado corazón para que salga corriendo. Jax parece notar mi mini parocardiaco.

—Bueno, tengo ciertos traumas con los puentes. También le temo a los tiburones.

—¿Algo más grande y serio?

Lanza un resoplido que se mezcla con una risa corta.

—Dentro de todos mis temores, mi mayor miedo es quedarme solo. Puedo estar lleno de personas, puedo salir con las chicas que quiera, pero esa sensación, ese sentimiento de soledad... Si alguna vez lo has

sentido podrías entenderlo. Estar solo es horrible, sobre todo cuando son pocas las personas que llenan esa soledad. Una vez me sentí así, vacío, y... no quiero volverlo a estar.

Gracias a Los locos Adams nunca me he sentido sola, agradezco que eso no haya sido así porque, escuchando a Jax, la soledad luce como el pase gratis a la depresión, más terrible que la misma muerte.

—Mira...

De regreso a la realidad. Despliego mi vista hacia la anchura del terreno que presenta el cementerio, encontrando al final de éste una pantalla enorme transmitiendo baladas antiguas. Para mi sorpresa, personas de todas las edades están situados en diferentes puntos del cementerio, frente a la pantalla, reposando sobre manteles, cantando, riendo, hablando y, algunos, besándose bajo la luz que la luna nos regala.

Recuerdo que en el colegio algunos compañeros repartían folletos sobre una noche de terror en el cementerio y muchas veces me entró la curiosidad para saber cómo era. Jamás se me cruzó por la cabeza que hoy lo sabría.

—Nunca vine a esto.

—Deberías venir para halloween, a ver si eres tan valiente.

—No me desafíes, jovencito.

Buscamos un sitio apartado y sin muchas lápidas, se me hace de mala educación sentarme sobre una lápida sabiendo que hay una persona bajo mi trasero. Encontramos un sitio elevado y centrado con la pantalla desde donde se pueden ver a cada una de las personas. Coloco mi cartera en el césped húmedo y me siento.

—Voy a terminar con el culo mojado, como si me hubiera meado —
replica Jax echándose hacia atrás.

—Si eso pasa y alguien pregunta, diré que te hiciste del susto.

Arranca un poco de maleza para tirármela en la cara, pero logro cubrirme con los brazos. Sus ojos estudiam cada uno de mis movimientos esperando que le regrese su fugaz jugada y empuñe hierbajos para lanzárselo. Agarro maleza invisible, pretendiendo arrojarla, pero me detengo observando su sonrisa oculta bajo su brazo dándome por satisfecha. Riendo entre dientes me recuesto en el césped. El frío empapa mi chaqueta, puedo sentirlo. Es una sensación incómoda al principio, luego cuando te acostumbras el frío se convierte en adictivo.

Jax vuelve a su estado y también se recuesta, a mi lado, con sus manos bajo la cabeza usándolas de almohada. Contemplo su envidiable perfil, serio, observando las diminutas estrellas que adornan el cielo nocturno. Lo observo y mi estómago se estruja con los deseos saltando por querer tenerlo más cerca de lo que está. En silencio voy trazando un camino con mis ojos explorando más allá de lo que siempre vi en él, descubriendo cosas que provoca en mi interior que rozan la demencia.

Me acomodo de lado, con las piernas flexionadas, mis manos bajo mi mejilla, mi cuello al descubierto, ambicionando el privilegio de tener esta noche solo para mí.

En la eternidad de la presentación de un Jax callado e indiferente a todos y sumamente adictivo a la vista para mí, el susodicho se gira para quedar de frente, apreciando nuestra compañía en base a lo que ven nuestros ojos.

—Voy a canjear el sexto cupón —susurro en forma de petición.

El pedido no se hace esperar. Jax se arrastra acortando la distancia que antes nos separaba, sin disolver la postura en la que está. Aguardo en silencio, con mis ojos cerrados, sensibilizando mis labios que ansían sentir el toque de los suyos una vez más. Inspiro expectante, consciente del adormecimiento que la noche fría provoca en mis labios, no obstante, el aliento cálido de Jax sobre éstos lo disipa todo. Primero es una suave fricción que va desde mi barbilla a mi labio superior, luego de derecha a izquierda; se detiene apenas rozándolos, entonces los presiona de forma corta. Una seguida de otra, marcando cada parte de mis labios. Su mano escabrosa amenaza con apoderarse de mí, atrayéndome con un rápido movimiento. Abro mis ojos con sorpresa, pero el beso que me da luego me fuerza a cerrarlos para degustar de nuestro encuentro en su plenitud.

Se siente como estar bailando encima de las nubes.

Se siente sumamente bien.

Entierro mis dedos en su cabello mientras Jax forma un recorrido de besos hacia mi cuello. El particular aroma a limón que siempre trae consigo se adentra en mis fosas nasales.

Sin embargo, algo lo para de pronto, dejando por mi parte unos labios palpitantes que ambicionaban más de los suyos.

—Necesito decirte algo...

Se corta una vez más, sentándose y volteando hacia la enorme pantalla del cine improvisado. La luz anaranjada invade su mejilla y entre ella y las sombras nocturnas, vislumbro parte de su seria expresión. Me siento y le echo un miradita curiosa a la pantalla detallando el anaranjado

atardecer que se reproduce en la escena, un hombre está remando sobre un pequeño bote hacia la nada.

Es la película *El diario de Noah*.

—Es algo importante —continúa tomando mis manos. Su pulgar acaricia mi dorso.

Se atropella con un profundo resoplido armándose de valor. Puedo notar cuando el corazón comienza a dar saltitos nervioso dentro de mi pecho entusiasmado a mi estómago, para que se aloque. Los nervios me invaden.

—Estoy esperando que lo digas —le animo, buscando su desvanecida mirada.

Abre sus labios. Por fin se atreve a mirarme.

—Yo... independiente de los resultados de la prueba, sea o no sea el padre de Sharick, decidí hacerme cargo —manifiesta en un tono solemne, serio y casi desgarrador—. No importa si su padre es otro, yo quiero hacerme cargo de ellas.

Instintivamente quiero apartarme, digerir la noticia a solas. Necesito saber que no estoy soñando, que esto realmente está pasando. En el momento que pretendo rehuir de su tacto, aprisiona mis manos con más fuerza.

—¿Ellas?

Jax baja la cabeza y pronuncia despacio.

—Sharick y Sybill.

Aprovecho la instancia para soltarme y ponerme de pie. ¿Realmente escuché bien? No estoy soñando, ¿verdad? Me abrazo tocando mis brazos, mi rostro, suplicando que sea un mero sueño, no una devastadora pesadilla de la que necesito, con fuerza y agonía, despertar. Amaso esa idea mientras miro alrededor, el cementerio, la película, las voces de las personas... Todo.

Inspiro hondo. ¿Y si tal vez lo malinterpreté?

—¿Manteniéndolas monetariamente? ¿Visitándolas los fines de semana? ¿Cómo?

Jax tuerce sus cejas apiadándose de la situación. La culpabilidad que siente es palpable, lo que me hace deducir la respuesta a mis preguntas.

—No —pronuncia con pesadumbre—, estoy diciendo que formaré una familia con ellas.

Se pone de pie cuando pretendo dar media vuelta y marcharme. Pero una parte de mi orgullo magullado, arañado y propenso a destruirse cree que es una buena idea quedarse aquí y seguir sufriendo, porque no hay una idiota tan masoquista como Murphy Reedus.

—¿Y qué hay de mí? —le pregunto implorante.

—Podemos... ser amigos.

¿Amigos?

Estrepitosos jadeos se aglomeran en mi pecho.

—¿Me estás mandando a la *friendzone*? Esto es... —doy un paso al frente apuntándolo sin poder quitarme de encima el rostro de

consternación— ¿estás cortando conmigo aunque nunca tuvimos algo serio?

—No, no, no... —Me toma de los hombros, pero lo aparto con una rudeza bestial. Hace solo unos minutos quería tenerlo cerca y ahora... ahora no quiero saber de su existencia—. Entiende, Murph. Yo... no puedo dejarla. No puedo apartarla. Al encontrarla, verla en el centro médico y en su estado yo...

Los temblores se apoderan de mi cuerpo.

—Pero dijiste que me querías —musito recordando esa noche en la piscina.

—Te quiero, Murphy, pero no te amo. Sé que...

El «crack» es inminente.

—¿Y a ella sí? —me atrevo a preguntar.

Resopla bajando la cabeza. Me mira como un perro avergonzado y lleno de culpa, sabiendo que ha hecho algo malo y necesita arreglarlo, pero que es demasiado tarde para hacerlo.

—Cada parte —confiesa—. Amo cada parte de ella desde el primer día que la conocí.

Eso destapa la bomba interna que llevo dentro. Aprieto mis puños con fuerza y planto una bofetada en su mejilla. Lo empujo deseando verlo lejos.

—¡Me usaste! —le grito golpeándolo una y otra vez mientras amargas lágrimas osan a escurrirse por mis mejillas— ¡Me usaste para solucionar tus problemas y ahora me desechas como una basura!

—¡No te usé! —contradice, harto de mis golpes. Me toma de las muñecas con una fuerza superior a la mía, de nuevo cedo ante él parando los golpes. Las lágrimas nublan mi visión y los sollozos se alojan en mi garganta, lastimando todo su interior—. No —vuelve a negar—, te dije que dependo de ti... Yo aprendo de ti y si pudiera tenerte para siempre a mi lado lo haría...

—Siendo tu amiga —termino la frase por él. Una risotada histérica se me escapa desde las entrañas. Dejo la fuerza bruta y él lo nota. Me deja en libertad—. Ah mierda... —vuelvo a reír agarrándome la cabeza. Mis pies se pasean de un lado a otro, impaciente— ¡¿Cómo he podido ser tan idiota?! Sabía que esto era demasiado bueno para que me estuviera pasando a mí, ¡sobre todo porque llegué a fijarme en ti sabiendo el desenlace de toda historia que involucra al mujeriego! —Me cubro la cara con ambas manos, anhelando perderme del mundo— ¿Tan ciega soy?

—Murph...

Inspiro con furia y señalo a la persona que tengo al frente, con mi mano temblorosa, observando directamente sus ojos azules.

—¿Murph? Ni siquiera deberías pronunciar mi nombre. Aun sabiendo lo que harías viniste aquí, me invitaste a pasar el día de los enamorados contigo para... ¿para qué? ¿Romperme el corazón? Porque lo conseguiste, te felicito. —Me agacho y recojo mis cosas—. No me vuelvas a hablar, esto se acabó.

—¿Qué pasó con el "no me abandones"? —inquieta de pie.

Dispuesta a marcharme, termino acercándome con pasos furiosos.

—Dejaré algo en claro —farfullo—: tú no me estás abandonando, yo te estoy abandonando a ti.

Capítulo 51: "Catarsis".

—Soy una patética, ¿verdad?

La Vie En Rose suena en el ambiente. Observo mis manos alzadas, buscando imperfecciones, toques, rastros de algo que deje atrás. Las palpo, la una con la otra, con la sensación de una calidez que ya no tengo. Entonces, al recordar entre mis borrosos pensamientos qué fue lo que dejé, no me queda de otra que bajarlas y abrazarme entre sollozos que amenazan con el destape de lágrimas y mocos. Flexiono mis piernas, quiero hacerme un ovillo, ser consumida y desaparecer.

—Sí, soy una patética por dejarme ilusionar y pretender ser algo de alguien, cuando la realidad es completamente diferente —poso mis manos sobre mi pecho, sintiendo mi adolorido corazón palpitando—. ¿Cuántas veces tienes que salir herido para aprender la lección? Quizá... nos conocimos en el momento indicado y me enamoré en el momento erróneo. —Resoplo destapando mis emociones con fiereza. Un halo de luz se cuelga por la ventana provocando que cierre los ojos, fastidiada—. Mierda...

—Por favor, no digas groserías aquí.

Miro al sujeto frente a mí. Su expresión severa me recuerda a la de papá; también me da una sensación de tranquilidad y hogar. Me disculpo con un movimiento de cabeza para no arruinar mi consulta terapéutica.

—Lamento la palabrota. Lo que quiero decir es que... Por Merlin, no hice caso a ninguna advertencia, hice oídos sordos y vi con ojos ciegos a todo. —proceso a sentarme en el asiento, inclinándome hacia el sujeto para que me escuche—. La dedicatoria de Mika, por ejemplo... "Una oveja no basta para alimentar al lobo. A todas ellas las devora sin piedad,

excepto a la última". ¡Era tan obvio! La advertencia estaba allí, siempre estuvo allí, pero mi cerebro no pudo concluir y se dejó llevar por los impulsos. Por el amor, por esas malditas... —me detengo; el hombre de gafas me mira sobre ellas con rostro molesto— benditas mariposas. Fue muy sutil, demasiado diría yo. Jax devora a todas las ovejas (o sea las chicas) y a la última (o sea yo) la trata diferente porque logra remover algo en su corazón, en su interior, pero termina devorándola de todas formas. En pocas palabras, acabaría con el corazón destrozado tarde o temprano. Qué tonta fui... —inspiro por fuerza por la nariz para que la mucosidad del interior no se escurra, así como mis mejillas— Es que no sé a quién debería odiar: si a mí por caer bajo los encantos de un mujeriego connotado o a él porque permitió que todo esto ocurriera.

Creo que los dos tenemos parte de culpa, después de todo también intentó advertirme. Recuerdo aquella noche en que cayó de mi ventana, me contó el secreto que lo aquejaba y me buscó —una vez más— para resolverlo. Yo le dije, por creerme Barney pretendiendo tener amor para todos, que si Sharick sería su hija fuera un padre para ella, con todas sus letras y nombres, para que la historia sobre su madre y la mía no se repitiera. Oí perfectamente su advertencia y asumí que si el momento llegaba tal vez se alejaría de mí, por eso quise atesorar cada segundo de nuestras vivencias, tenerlo para mí mientras podía y... sin embargo, desconociendo aún la prueba de ADN acuchilló mi corazón diciendo que no importaban los resultados de ésta, que sería un padre para la niña.

La segunda apuñalada fue oírlo decir que quería ser mi amigo, ¿qué quiere el muy mundano? ¿Tenerme a su lado como amiga viendo cómo tiene su familia feliz mientras babeo por él? Después de ser rechazada por el hermano de Maya, Petyr, en el colegio, luego por Tony, Cole — aunque eso fue por parte de ambos—, ahora se les suma él.

No. No, no y no.

No quiero ser más la *friendzoneada* Murph. Gracias, pero no.

Y la tercera apuñalada fue la que dejó con hemorragia todo mi inocente, debilucho y poco ejercitado cuerpo. Su "te quiero, pero no te amo" dolió más que golpe con el sillín de la bicicleta "allá abajo", si es que saben a qué me refiero.

Si doy un rápido vistazo hacia atrás, todo este absurdo desenlace era obvio.

—¿Soy patética? —vuelvo a preguntarle al hombre.

—Niña, no tengo idea de qué estás hablando.

Torno mi vista hacia el espejo retrovisor sucumbiendo a la mirada austera y cansada del hombre al que le contaba mi reciente problema amoroso.

—No entiendo ese afán de las jovencitas para contarle todos sus amores y desamores a un simple taxista —agrega negando con la cabeza. Mantiene sus manos en el volante y su cara también. Ya no luce como papá, sino como una persona normal.

Me limito a guardar silencio y no responder con un «contarle cosas a personas desconocidas es mucho más fácil». Me acomodo en el asiento ahogándome en las replicas desesperadas que necesito contarle a alguien. Anhele con todo mí ser conseguir algún consejo, ser consolada o lo que sea... Necesito que alguien me diga que no soy patética por tener un nuevo desamor.

—Abrirle el corazón a una persona desconocida, aunque sea para contar nuestras penas amorosas, resulta gratificante.

—Soy un simple taxista —recrimina cambiando de canción aprovechando que ha parado en una luz roja—, no la Doctora Corazón. Las chicas han llegado a tal extremo que una vez tuve que salir buscando a un ex novio por todo un aeropuerto.

Suelto una sonrisa escueta; la primera desde que ocurrió todo el desastre. Vuelvo a tornarme seria al escuchando la tonada de What A Wonderful World. La voz áspera y profunda de Louis Armstrong debería obsequiarme un ápice de alegría, esperanza y pasividad, mas todo lo que consigo en deprimirme junto a la ventana, mirando a las personas enamoradas caminando en las calles, enamorados hasta las patas. Y me echo a llorar, abrazando mis piernas sobre el asiento.

—Lo odio... —algo gorgotea en mi garganta—. Lo odio, lo odio, lo odio... —chillo ocultando mi rostro del mundo— Lo... Yo, realmente, lo quiero. ¿Existe algo para olvidar a una persona aunque sea unos minutos?

—Sí, el alcohol.

El conductor estira su brazo hasta la guantera del autor, la abre y saca una cantina de bolsillo. Con una destreza que yo no podría tener jamás (razones por la que no tengo interés en conducir), la extiende para entregármela.

Mis manos tiemblan con la duda de recibirlo o no. Vamos, puedo estar mal de la cabeza y el corazón, pero lo suficientemente bien para no recibir cosas de extraños.

—Es solo alcohol —aclara fastidiado.

Recibo la cantina con las manos temblándome y la barbilla también. La abro lentamente, como todos mis movimientos, desmotivada de la vida.

—Salud.

Pronuncio alzando la cantina lo suficiente para que el taxista lo vea. Miro el agujero oscuro, cierro los ojos y de doy el primer sorbo. El líquido amargo y quemante invade el interior de mi boca. Trago con fuerza, cierro mis ojos y hago una mueca de desagrado.

—Es solo ron, no está tan mal.

«Díselo a mi pobre garganta», pienso dispuesta a matar mis neuronas con otro trago.

El segundo trago adormece mi garganta. El sabor agridulce en mi boca es picante y casi doloroso, pero a mi lado masoquista le gusta. Me recuerda a la comida china que probé hoy, hace solo unas horas.

Paulatinamente mi mente me guía por ese sendero extraño y turbio que me transporta al momento exacto donde recogí el orgullo que me quedaba y decidí marcharme de una buena vez del cementerio, omitiendo el pavor que sentía por las pálidas y la oscuridad del tétrico lugar.

No quería llorar, quería gritar, destrozar el mundo y rehuir de la mirada de Jax, de su rostro en mi memoria, del replay que emitían sus palabras en mi cabeza, de la forma en que me tomó, su descarada petición, de mis sentimientos hacia él... quería retroceder el tiempo y jamás haberlo conocido. O al menos advertirme que nunca fue el indicado.

Ni lo será.

Iba colina abajo, conteniendo las intensas ganas de llorar. Solo quería volver a casa para ocultarme del mundo en mi pequeño círculo de libros,

dejar la realidad inmersa y suplir a la fantasía. Ilusionarme con mis queridos amores literarios.

Pero ese hecho fue interrumpido. Mi paso se detuvo de golpe durante una explosión de sollozos que deseaba no tener, porque no era lo correcto. Porque estaba traicionando mis palabras, perdiendo su cruel veracidad.

Estaba sensible al tacto, por lo que sentirlo una vez más tuvo como consecuencia la detención de mi mundo. Puedo sentir sus brazos alrededor de mi cuerpo, interrumpiendo mi huida. Su cuerpo apegado al mío, respirando sobre mi hombro. Su voz fracturada al igual que la mía.

Ese momento es vívido; también el último.

—Te quiero —me confesaba una vez más.

Inhalé profundo, limpiando mi interior. Tomé sus manos con delicadez y me liberé de su agarré. Con mi diestra mantuve agarrada su mano y me giré para verlo por última vez.

—Yo también, pero no más. Se acabó.

Fue entonces que, con paso firme, continué mi camino hacia la enorme puerta del cementerio municipal. Llamé a un taxi para volver a casa y terminé contándole mi día terrible.

Fin de la historia.

—Es un tarado con el cerebro de un simio. No, hasta los simios tienen más raciocinio que ese asqueroso depravado.

Thiare le da una mascada a su rebanada de pizza como si la rasgara, mastica como un verdadero animal, molesto y con deseos de descuartizar a alguien. ¿Puedes imaginarse quién es ese "alguien"? Si pensaste en esa persona que empieza con «J» acertaste.

—Si llego a verlo en la universidad juro que lo golpearé —sigue Dell, quien descarga su ira contra la pobre mesa de la pizzería Marco's—. Bastardo hijo de Lucifer. Es un maldito. ¿Cómo pudo hacerte eso después de todo lo que hiciste por él?

Thiare chasquea la lengua tras beber un sorbo de su bebida.

—Ojalá existiera una forma de demanda por jugar con los corazones —dice pensativa.

—Entonces el maldito tendría cadena perpetua —sentencia Dell sonriendo con maldad.

Creo que dentro de la imaginación de mis queridas amigas ya ha torturado a... a ustedes saben quién de diferentes formas. No me asombraría si las dos desquiciadas van a la biblioteca en busca de los antiguos libros con las torturas más despiadadas de la edad media.

—Ya da igual —hablo con la voz rasposa—. Está enamorado y no es de mí. Eligió a su amor y punto. Se acabó. Me toca superar la situación como lo hice antes, olvidar que existe y existió algo entre nosotros. No vale la pena seguir sufriendo por alguien que tomó su decisión, no puedo obligarlo para que se enamore de mí.

—Oh... ¿y si muy enfermo te dice que ya no quiere nada con su nueva noviecita? No vayas a pasarte de idiota de decirle que sí con una sonrisa, Murph —advierte la futura enfermera, Dell. Sus ojos desafiantes

escarban dentro de mi cabeza buscando, probablemente, un indicio de debilidad si es que llega a ocurrir su pregunta.

—Murph no es tan boba —reprende la castaña frunciendo el ceño. Se vuelve a mí para observarme con un dejo de duda—, ¿verdad?

Que me diga que no quiere nada con Sybill y no quiere hacerse cargo de Sharick no ha ocurrido, tampoco se ha mostrado arrepentido de su decisión. Es un hecho que el dolor se pronunció en los rostros de ambos aquella vez y que sus palabras pudieron no ser adecuadas, mucho menos las dijo en el momento ideal. Quiero pensar que eso lo ha motivado para aparecer por mi casa, con su moto rugiendo a lo lejos, golpeando nuestra puerta con la esperanza de que sea yo quien le abre. No tengo deseos de contarles cuánto tiempo pasó desde San Valentín, pero sí decirles que siete veces Jax ha gritado buscándome, encontrándose con papá o Saya.

La primera vez papá fue benevolente y no le dijo nada. *Él* salió invicto de su encuentro.

Ya para el séptimo encuentro, la paciencia de papá estalló, mas conservó su semblante tranquilo, flexible y paternal.

—Jax —comenzó a decirle mientras yo escuchaba todo desde la habitación de Jollie, pues la mía no da al frontis de la casa—, aprecio mucho los buenos momentos que Murph pasó contigo y nosotros contigo, teníamos confianza y te tratamos como a uno más. Espero que seas feliz y disfrutes de la vida. Sé que estás arrepentido y quieres verla, lo sé —hizo una larga pausa en la que la espera para que prosiguiera se me hizo eterna—. Ahora, agradecería que no vinieras más. Tampoco que la busques. Sabemos que el rencor no lleva a ninguna parte y no

pretendemos guardártelo, pero una persona dolida no sana tan fácilmente, sobre todo cuando de amor se trata. Te abrimos la puerta y ahora te la cerramos por el bien de Murph. Eso es todo.

Los locos Adam me recibieron una vez más cuando mi corazón retaba con hacerse añicos.

Papá fue el primero en consolarme abrazándome con fuerza, acariciando mi cabeza, diciendo que me desahogara, que todo era esto es parte de la vida, que una decepción amorosa no significa el fin del mundo.

Después de las palabras de papá Jax se limitó a tener encuentros conmigo en la universidad. Se aprendió mi horario y, cada vez que podía, esperaba afuera de la sala con la intención de hablarme.

—¿Hasta cuándo seguiremos fingiendo que nada pasó? —me preguntaba cada vez que podía.

Y yo le respondía:

—Nada pasó.

Arrepentido o no, el hueco en mi pecho dolía de tal forma que no deseaba nada. Me ahogaba consciente que él no me mira de la misma forma que yo a él.

—Debo volver a la universidad —les informo a Thiare y Dell mirando la hora en mi celular—. No quiero llegar atrasada otra vez.

—¿Qué te toca? —pregunta Thiare.

—Ya nadie la toca —bromea Dell riendo con crueldad. Puedo ver los cuernos en su cabeza al escupir su comentario—. No me miren así, estuvo bueno, perras.

Me pongo de pie buscando mi mochila.

—Cultura II —contesto acomodando la mochila en mi espalda y agarrando mi vaso plástico con bebida—. Nos vemos luego.

—Cuídate, ¡y no leas mientras caminas! —Se despiden ambas sacudiendo de un lado a otro sus manos.

En la universidad, cruzo el umbral adentrándome a los terrenos con los pensamientos más elevados que los de Greta fumando yerba. Una parte en mí se siente paranoica, mirando en todas las direcciones para no encontrarse con ustedes saben quién. Mi martirio diario empieza al poner un pie aquí.

—Murph.

El corazón me da un vuelco con la pronunciación de mi nombre. Me giro lentamente buscando al emisor, entonces toda tensión creada se aligera de golpe. Exhalo con fuerza y sonrío.

—Cole Anderson. —El azabache me regresa la sonrisa para plantar un beso en mi mejilla—. ¿Cómo va todo?

—No me quejo —responde encogiéndose de hombros. Eleva su mano para que logre notar que lleva dos dedos enyesados—. Nunca acaricies a un perro pretendiendo calmarlo, mucho menos cuando se trata de un rottweiler.

Arrugo mis cejas con su advertencia absurda.

—Eso todo el mundo lo sabe —hablo en un tono obvio. Cole hace un puchero de niño bueno—. No sabía que andar con yeso se puso de moda.

—Una moda que impulsaste tú.

Adopto una pose arrogante y me miro la uñas. Cole pone una cara de sorpresa y le doy un golpecito en el hombro para que se entere que estoy bromeando.

—¿Cómo les pusistes?

—Petra y Pedro. —Esos nombres suenan más ridículos que el mío—. Y... ¿qué ocurrió?

¡ALARMA! ¡ALARMA!

—¿Qué ocurrió con qué? —espeto con un tono muy defensivo. Los dos dedos de Cole señalan hacia mi rostro con temor a que mi bestia interna sea liberada. O peor, que saque mi varita y le lance una maldición—. Oh —finjo sorpresa—, mis ojeras. Pues... tengo nuevos libros.

Es la mejor excusa que se me ha ocurrido, por favor denle créditos a esta pobre panda en riesgo de extinción.

Cole acaricia su cuello emitiendo un extraño sonido con su boca. Me achico, alarmada pues parece que ya conoce mi penosa situación.

—No tienes que mentir, un pajarito me lo contó.

—Maya —digo furiosa, empuñando mis manos con fuerza—. La voy a matar.

Sabiendo que cometió un error y ahora está en problemas, Cole sacude sus manos intentando calmarme.

—Solo fue un comentario, no la borres del mapa —pide clemencia, aunque internamente es lo único que no puedo dar—. Oí que se marchará a Nueva York.

El cascarón se rompe y todo mi ser se descompone, se desinfla cual globo con un pequeño agujero. Mi estabilidad mental y corporal se quiebra ante la mención. Sé a quién se refiere con el último comentario; eso es lo peor de todo.

—¿Ah, sí? —pregunto con indiferencia.

—Convalidó ramos y terminará los estudios allá.

Una sonrisa ladina traza mi rostro. Una adolorida que busca verse indiferente.

—Qué considerado de su parte.

Con la información que Cole a dicho llego a un convenio para ponerme de acuerdo conmigo misma y retomar la vida tal cuál es. No puedo estancarme porque alguien me rechazó, porque todos los romances (o literarios) que he pretendido tener se ven arruinados y la palabra "amiga" es la definición honorífica que queda junto a mi nombre.

La vida sigue y Jax lo sabe.

Yo también lo sé. Pero saber no es lo mismo que entender o comprender; ese es mi fallo. No obstante, el que Cole me haya dicho que se marchará y, probablemente será con Sybill y Sharick, armará una vida allá significa que yo también puedo hacerlo.

Ese es el impulso y la motivación que necesitaba. El «click» que abre mis ojos.

No puedo mostrarme como una fracasada, derrotada por una simple decepción amorosa porque solo fue una piedra en el camino. Una piedra en el camino con la intención de enseñarme a levantarme.

Yo también tengo el derecho a ser feliz; para ello debo corregir mi primer error.

...

Metó el periódico al bolso apenas sintiendo su textura. Tengo las manos entumecidas por el frío invierno que no pretende desprenderse de la ciudad. Las personas tienen que estar abrigadas hasta volverse irreconocibles con toda la ropa que lleva encima.

Yo soy una de ellas.

Soy una universitaria al borde de ser un oso polar que actualmente busca trabajo para saciar su hambruna de letras y romances literarios, de esos que hacen vibrar el corazón y te dicen que estás vivo.

Apenas desperté después de una noche charlando de ventana a ventana con Tony, mi vecino adolescente, salí al almacén para comprar dos periódicos: uno para papá y el otro para mí.

De regreso en casa los Reedus tenían una disputa por quién necesitaba usar con más urgencia la ducha ya que otra vez los otros baños están malos. Suerte para mí que usé la otra parte de mi cerebro y me bañé el día anterior por la noche, antes de hablar con Tony.

Pero mi interés por traer conmigo el periódico solo es una parte de lo que pretendo para mi día.

La otra parte está en mi bolso, junto al periódico.

Dije que necesito corregir mi error para solucionar mis problemas y obtener mi derecho a ser feliz, olvidar mis problemas y comenzar — metafóricamente hablando, claro— desde cero.

El amor no tiene etiquetas, no puedes catalogarlo, no puedes describirlo y, sobre todo, no puedes planearlo. No puedes obligarte para interesarte con alguien, mucho menos crear una lista sobre cómo debería ser. El amor pasa de forma inesperada y sucede, en ocasiones, con quien menos esperas. Siempre esperé a mi príncipe azul; creí que era una obligación tenerlo y anticipé lo que no debía. Tener que decidir por sobre el corazón fue mi error y ahora lo pago con creces.

Pero, hay ocasiones en que la vida actúa de forma extraña. Demasiado, tal vez. A veces, tomar distancia es la mejor forma para abrir nuestros ojos. A veces, sufrir tiene como resultado aprender.

Culpo a los libros por llevarme a idealizar un amor ajeno a la vida real, pero me culpo la mayor parte a mí por creer que tendría que ser así. El no saber distinguir la realidad de la ficción, fantasear con un romance perfecto, salir en búsqueda de lo que no está en nuestras manos tendrá como resultado una decepción, y el haberme puesto reglas para ello fue mi error principal.

Lo dijo Jax y ahora lo digo yo.

La realidad supera la ficción porque de ésta sacamos nuestros ideales. Y hay que saber distinguirla.

Yo creé tres reglas buscando un amor ideal, cuando debían ser para mí y nadie más.

—Murph... ¡Reedus!

El dolor en mi espalda hace que mi ceño se comprima en el centro de mi cara. Comienzo a moverme lentamente, con mi cuerpo pesando más de lo acostumbrado.

—Te perdonaré solo porque es la primera vez que lo haces, espero que no se repita.

Un golpe indoloro es el choque que necesito para abrir mis ojos de golpe, atontada por el espacio relativamente extraño donde me encuentro.

Ya nos llevaron al manicomio... ¡YA NOS TILDARON DE LOCA!

Trago saliva pero ésta solo me provoca un ataque de tos incasable. Me froto con el antebrazo la cara para comprobar que estoy despierta, con todos los sentidos alertas.

Observo a mi alrededor hallándome en la sala del profesor Leyton sin ningún compañero a la vista.

—Cuando salgas cierra la puerta —me pide antes de abandonarme en la fría habitación.

Un choque eléctrico se da un recorrido por mi espalda baja hasta detenerse en mi cuello.

Me dormí en clase de Expresión Vocal por primera vez.

El susto no se hace esperar. Agarro mi bolso y compruebo que mis cosas estén en orden; mi celular, el libro nuevo, el periódico, el diario, un rollo de papel higiénico, mi cuaderno, los lápices. Todo tal cual lo dejé.

Salgo de la sala acatando la petición de Leyton y emprendo mi largo trájín hasta la torre más alta de la universidad: el campanario.

La rutina que perdí con el tiempo provoca un efecto peor que el cigarro podría causar. Mi respiración se acorta y necesito hacer uno de mi boca, dando largas bocanadas de aire para no tener un ataque al corazón en la mitad de las escaleras y caerme.

Aunque dudo mucho que sobreviva si caigo a la altura en que me encuentro.

Necesito hacer más ejercicios. Mañana mismo me pongo a buscar en *Youtube* personas bailando zumba para la cámara.

Luego de largos minutos, donde mis deseos por tener superpoderes y la habilidad de volar se volvieron una idea insistente, llego hasta el final de la escalera, atravieso lo que queda de la puerta y veo la luz al final del túnel. O del campanario.

Subo jadeando y con la lengua afuera. Ni siquiera tengo una botella con agua para saciar mi sed.

Mi acto suicida al ver hasta aquí es para que nadie logro interrumpirme dentro del importante cambio —al menos para mí— que tendrán las tres reglas.

Aquí empezó todo y aquí se tiene que terminar, ¿no?

Paso mi mano por la campana gigante, observando de reojo mi reflejo. Me siento frente a la baranda viendo entre cada barrotes los tejados del campus, algunos edificios en la lejanía, montañas grisáceas y el cielo nublado.

Procedo a sacar la lapicera y la dejo sobre mi oreja, escarbando mi cabello para hacerlo. Luego saco el diario; lo abro y busco la hoja donde escribí las tres reglas antiguas.

Allí están: rayadas por mí misma, y en compañía de una hoja doblada por la mitad que reza mi nombre... o el intento de él:

«Para Murf»

La mala caligrafía y ese fallo no puede pertenecerle a nadie más que Jax Wilson.

La conmoción del descubrimiento provoca que mi corazón se acelere y bombee con fuerza. Todo mi cuerpo tiembla cuando dispongo a tomarla y desdoblarla.

«Te engañé, si sé escribir tu nombre. También sé escribir "ayuda". Mi mala ortografía fue una excusa para fastidiarte, por eso tu nombre mal escrito.

Sé que no quieres saber de mí y lo entiendo, pero es mi último día en la ciudad. No puedo irme sin una despedida. Esta me pareció más adecuada en vista a todo lo que pasó.

Me voy.

No lo hago solo. Me voy con Sybill y Sharick. Me voy con ellas y tu recuerdo, porque te sigo queriendo y deseo que, si alguna vez nos volvemos a encontrar, lo sigas creyendo.

Yo te llevaré siempre conmigo, ¿harás lo mismo tú? No me sorprendería si la respuesta es no, aunque conociéndote sé que no podrás olvidarme.

Es broma. No arrugues la hoja aún.

No soy bueno con las despedidas, así que solo tengo dos cosas que decirte.

Primero: espero que encuentres a alguien que te haga más feliz de lo que yo podría hacerte.

Segundo: ya que mencioné la palabra "conociéndote" necesito decirte un par de cosas que conocí de ti.

Bueno, son 20.

1. Te gusta la pizza.
2. Te gusta la música clásica. También la música de los 80's.
3. Suelas vestir con jeans porque te da flojera depilarte (esto es un hecho).
4. Tu color favorito es el rojo. Si un libro tiene rojo como portada lo tomas sin pensar.
5. Eres demasiado benevolente.
6. No te gustan los mujeriegos.
7. Aunque tus libros preferidos son de romance, la saga de Harry Potter se gana tu amor.
8. Te crees una maga.
9. Tienes un humor raro y a veces ofensivo.
10. Siempre estas dispuesta a prestar ayuda, no importa de quién se trate.
11. Tu mala suerte es contagiosa y muy divertida.
12. Tienes miedo al rechazo amoroso.
13. Tu familia está por encima de todo.
14. Mika es tu escritor favorito.
15. Eres buena mintiendo.

16. Se te da bien la actuación, como a mí... ejem.

17. Tu nariz se mueve cuando ríes.

18. Las discusiones siempre tienes que ganarlas tú.

19. Mientras más fuerte te golpean, más fuerte atacas.

20. A pesar de estar dolida siempre logras levantarte y buscar la solución al problema. Te fuerzas por los demás tanto que te olvidas de tu misma.

Podría más pero tal vez ni siquiera las leíste, no quiero que me estalle el cerebro.

Ojalá pudiera ser la mejor persona para ti, Murph. Ojalá pudiera darte todo lo que te mereces.

Y si quieres insultarme, díselo a la luna que será una de las pocas cosas en común que tendremos en la distancia.

Te quiere, Jax (el unineuronal con complejo de Tenorio).»

¿Qué es esta carta? ¿Yo antes de tí?

Paso el dorso de mi mano sobre mis ojos para secar las precarias lagrimas que me ha dejado la despedida de Jax.

Incluso escribiendo suena como un unineuronal, idiota y egocéntrico.

—No sabes cuántos insultos recibirás de la luna —pronuncio acercando la hoja a mi pecho, siendo consumida por los recuerdos y las palabras escritas transformándose en reales, como si el mismo Jax las estuviera diciendo en mi mente.

Doblo el papel y lo dejo dentro de mi bolso.

Es hora de enfocarme a lo que vine.

Releo las reglas impuestas que he escrito en lugar de las anteriores mientras tanto espero que el bus llegue. He tenido que cambiar la página como gesto simbólico para escribirlas, además que el espacio de antiguo era poco.

En fin. Nuestras reglas simples para no cometer errores garrafales.

1. No hay lugar para ilusiones.

Creo que esto está demás decirlo y aclararlo. A veces juzgamos por lo que vemos y no apreciamos lo intangible. A veces nos dejamos llevar por las apariencias y por lo que queremos ver. Dejemos las ilusiones a los magos y pisemos tierra.

2. No hacer comparaciones.

Comparar a una persona con otra es lo peor que podemos hacer... sobre todo si esa "otra persona" es de un libro.

3. Saber que la vida real es mucho más cruda que en los libros.

Sí, tanto así que mi espera por la carta de Howgarts es tan terrible como el desamor mismo. Ya han pasado ocho años y nada de nada... Ay, mis infantiles sueños.

Con esas tres reglas simples podré distinguir la vida real de la ficticia y espero, que la suerte siempre esté de mi parte.

A menos que...

—¡Por las barbas de Zeus!

Un golpe adormece mi trasero sacudiendo todo mi frágil cuerpo. No sé qué rayos ha pasado; en un segundo estaba leyendo mi diario y en otro

estoy sentada en el suelo con una colitis aguda que no provocó ninguna comida.

—Lo siento tanto...

Elevo mi barbilla buscando al progenitor de mi derrumbamiento.

—Sé que no destaco, pero no tienes que recordármelo —escupo entre dientes poniéndome de pie. El sujeto alto me responde con una confusa expresión. Suelto un bufido bajando la cabeza y lamentándome del desastre que hay en el suelo—. Olvídalo.

—No fue mi intención, de verdad —aclara agachándose y recogiendo las hojas repartidas por todos lados. Logro apreciar que tiene varios libros, uno de ellos de la saga de Percy Jackson. Alarga su mano y recoge mi diario, el cual arrebató de inmediato.

—Esto es mío —me excuso con voz algo mimada.

El sujeto asiente abriendo sus labios para decir algo, pero se arrepiente luego. Me agarro a su lado para ayudarlo y le regreso sus pertenencias.

—Gracias —responde sonrojándose levemente—. Y lamento la brutalidad de hace un rato.

—No hay problemas.

Hace un ademán como despedida, abrazando los libros y se marcha corriendo.

Un sujeto con complejo de Flash.

Hoy en día se ve de todo en la ciudad.

Vuelvo a casa con el único deseo de reposar mi trasero huesudo en el sofá, tomar chocolate caliente, sentirme en casa, querida y con la sensación de que al fin hice algo correctamente.

Pienso en la carta de Jax y en su paradero. Pienso en su nueva vida y el cómo será de padre.

No le deseo mal y él tampoco me lo desea a mí.

Supongo que así termina todo.

Abro mi bolso y busco la hoja de Jax, la dejo en un lado del sofá tratando de ocultar que está dedicada a mi persona. Luego saco mi diario que luce un tanto diferente. Torciendo las cejas sin comprender los motivos, procedo a abrirlo en busca de mis reglas, pero nada de lo que encuentro me es familiar.

De hecho, nada en el diario me pertenece.

—No... —musito con incredulidad, los nervios me salen de los poros—. No puede ser...

Me he traído el diario del sujeto que me chocó en el paradero.

Repaso las hojas una vez más para verificar que estoy en lo correcto. O tal vez decirme que es un sueño más. Una ilusión.

Hojeo el diario lleno de escritos, fechas, canciones, dibujos y me detengo en tres puntos anotados en una hoja que lleva por título: «Las tres cosas que debe tener mi chica ideal». Sigo leyendo hasta leer las tres reglas que el sujeto se impuso.

1- Debe ser honesta, tanto conmigo como con los demás.

2- Debe ser responsable.

3- Debe quererme y respetarme tal cual soy.

¡¿Es una broma?!

—Murph, cariño —La voz de papá me regresa al mundo real justo en el momento que la histeria llegaba a su punto culmine. Sonríó forzadamente para demostrar que todo anda como viento en popa—. Murph... Maya quiere hablar contigo.

Con pesadumbre me levanto del sofá, sacudiendo la mano para informarle que yo me encargaré. Camino hacia la puerta en medio de un bostezo que me hace lagrimear.

—Abre ya, puedo oírte —canturrea la loca con complejo de loquera. Antes de que comience a gritar con su chillona voz, abro la puerta encontrándola arreglada de pies a cabeza con su típico color rosa—. Hola, Murph.

—¿Qué haces acá? —espeto cruzando los brazos— Todavía estoy molesta porque le contaste a media universidad que Jax me rompió el corazón.

El rostro de ofendida no se hace esperar. Posa una mano sobre su pecho sin ocultar la enorme «O» que se forma en su boca.

—¿Vengo con buenas noticias y me dices esto? Me pierdes como amiga y aliada, cariño.

¿Aliada?

—Oh, qué problemón —sobreactuó sin mover un músculo de mi cara. Una mueca de fastidio se muestra en su rostro—. ¿A qué vienes?

Ah. Ahora Maya es sinónimo de bipolar, pues sonrío de oreja a oreja pestañando más de lo habitual, como toda una Bella Swan en la película de *Crepúsculo*.

—Conseguí a tu chico ideal —Blanqueo los ojos al escuchar su frase. Me esfuerzo en volver adentro y cerrarla puerta, pero Maya pone su pie entre la puerta y el umbral—. No, escucha... este es diferente a los demás. Es un chico tímido y sus hobbies se reducen a leer... ¡Cómo tú! Es muy tierno y... y apuesto que se llevarías genialoso... jeje, como tú dices.

—Sabes que no quiero citas, chatear con hombres, ilusionarme o...

Me callo al contemplar la foto en el celular de Maya. De camisa a cuadros sobre una camiseta amarilla, el cabello algo ondulado, los ojos marrones, brackets y ese semblante preocupado y apresurado que ya logré conocer, solo se me viene a la cabeza la imagen del sujeto que me chocó en el paradero.

¿Una casualidad?

Las casualidades no existen, consciencia mía.

¿El destino?

Tal vez...

—¿Te gusta? —pregunta Maya con una sonrisa pícara.

Un efímero pensamiento se me viene a la muerte y se aferra a ella.

El amor funciona de formas impredecibles y, a veces, llega cuando menos lo esperas.

Epílogo

Mi cuerpo cansado es mecido por una mano casi imperceptible. Puedo sentirla sobre mi brazo ocupando toda la fuerza para conseguir su cometido. Me remuevo en la cama queriendo hacerme un ovillo, ocultarme entre las sábanas y continuar durmiendo.

—Despierta ya... —ordena una voz chillona— Lo prometiste.

Conservo el aire en mis pulmones un momento para lanzarlo con pesadumbre. Hago un esfuerzo por abrir los ojos, pero no logro ver nada; tengo que refregarlos con mis dedos para conseguirlo.

Pestañeo con fuerza hasta que un dedo diminuto arrasa otra vez con mi visión. Suelto un grito de dolor con mi ojo punzado lagrimeando sin cesar.

—Lo siento —vocifera entre risas traviesas.

—Eso no se hace, Sharick... —gruño normalizando mi visión—. Un día de estos me dejarás tuerto. Tienes cinco años, sabes que eso es peligroso.

—Si *Jaz* no durmiera tanto esto no hubiera pasado —se defiende.

Suprimo una mueca mirándola de aburrimiento. Estiro mi brazo y golpeo suavemente su frente. Sharick, toda una actriz en práctica, se echa hacia atrás como si una bala hubiese impactado en su frente.

Me siento en la cama y estiro mi espalda emitiendo un gruñido bestial.

—Me baño, visto y salimos a la heladería —le informo a la rubia que recibe la noticia con una alegría propia de los niños de su edad.

Comienza a dar saltitos en la cama canturreando que tomará helado todo el día y del sabor que quiera.

Hoy se cumple un año desde que su madre falleció, y no soy bueno consolándola. La única estrategia que tengo para que olvide aquel fatídico día, es con distracciones que a todos los niños les gusta.

—No sueltes mi mano.

Bajamos del metro; está lleno por donde se mire, todos cegados por sus propios asuntos y sin remordimiento de que algo le ocurra al prójimo. Reafirmo mi agarre con la pequeña mano de Sharick, pero se queda atrás, desplazada por la multitud. Tengo que agacharme y tomarla en brazos.

—No te vayas a perder —le advierto ante su mirada. Esboza una sonrisa y pellizca mi nariz para destaparse carcajadas. Yo contraataco haciendo lo mismo.

Subo la escalera hasta la superficie. Es sol veraniego nos golpea justo en la cara, provocando que ambos giremos al ser cegados. Con un pataleo, Sharick me pide bajar aún manteniendo el ceño fruncido a causa del sol. La suelto hasta que queda estable en el suelo y tomo su mano.

—¿Qué helado vas a querer? —pregunto para mantener la plática mientras caminamos. Con los torpes pasos de ella tengo que estar al tanto de que no caiga.

—Manjar —responde luego de meditarlo—. Me guuuuuusta el manjar. ¿Por qué se llama manjar al manjar? ¿Qué persona le puso manjar al manjar?

Mi cabeza sufre un remolino con tantas preguntas que ni siquiera sé la respuesta.

Típico de los niños, haciendo preguntas y cuestionamientos que ni el mejor de los científicos podría responder. Los niños y su complejo de filósofos.

—Se le llama manjar porque... —busco una respuesta, pero nada se me ocurre—. Existía una mujer que... uhm...

Demonios. Ojalá mi imaginación en estos casos fuera tan fructífera como sobre el escenario. De ser así yo...

—Ya bajé del metro... Sí, sí... me siento como el Sr. Weasley cuando Harry va al juicio por hacer magia...

No puede ser.

¿Realmente es ella?

Era tan parecida y hablaba sobre un libro, ¿no?

Giro sobre mis pies para comprobar si mis sospechas son ciertas. A lo lejos, entre las personas, una cabellera pelirroja destaca entre todos los demás. Es un rojo vivo que antes ya lo había visto. Y su voz... Su voz, algo cambiada, revive una chispa en mi interior.

—¿Jaz? —pregunta Sharick, tironeando de mi mano para sacarme del impacto— ¿Pasa algo?

Abro mis labios siendo arrastrado por el asombro. De todas las pelirrojas con las que me he topado, ella es la que más se parece. Su aroma, su cabello, su voz, su forma de expresarse...

Mierda, es ella.

—Ven, Sharick. —Tomo en brazos a Sharick para que no se quede atrás y pueda avanzar con rapidez entre las personas.

Si pudiera alcanzarla... Si tan solo pudiera verla una vez más, me doy por pagado. Lo juro.

—¡Jaz, la heladería está por el otro lado! —exclama la pequeña, consternada.

—Lo sé —contesto—, vamos a hacer algo antes.

Apresuro el paso sin quitar mis ojos del rojo vivo que se acentúa entre la ciudad gris. Cada paso, cada palpar acelera mi sistema motor. Me siento torpe y casi demente, pero no importa. Ya nada importa.

Solo me restan unos pasos para tocar su hombro, hacer mis sospechas ciertas.

—No seas mundano... Ya casi llego.

Un jadeo se me escapa. Acortando la distancia, mirándola desde atrás, mis dudas ya están resueltas. Bajo a Sharick y busco su mano para que me tome y no se pierda en la enorme ciudad. Voy siguiendo los pasos de la pelirroja llenándome de valor. Estiro mi mano para detenerla y ver su rostro otra vez.

—¡Oh, ya te veo! —exclama agitando su mano al aire.

Miro por encima de su hombro, deteniéndome, preguntándome con quién habla. Y cuando pretendo tocar su hombro para que se gire, mis dedos solo tocan la punta de su rojo cabello y luego, el aire. Apresura el paso encontrándose con los brazos de un tipo más alto que ella.

Me detengo en seco contemplando la escena. Los dos rompen el abrazo y se marchan charlando sobre algo que no logro entender.

Esbozo una sonrisa viendo cómo se aleja, feliz y sin rastro de preocupaciones.

No hay dudas, era ella.

Era Murph Reedus.